

ALFAGUARA

Joyce Carol Oates

Un libro de mártires americanos

Narrativa Internacional Traducción de José Luis López Muñoz



ALEAGUARA

Joyce Carol Oates

Un libro de mártires americanos

Narrativa Internacional Traducción de José Luis López Muñoz



Joyce Carol Oates

Un libro de mártires americanos

Traducción del inglés de José Luis López Muñoz

ALFAGUARA



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Chase Twichell
y Russell Banks,
y
para mi marido
y primer lector,
Charlie Gross*

SOLDADO DE DIOS
Luther Amos Dunphy

2 DE NOVIEMBRE DE 1999

Muskegee Falls, Ohio

Di una sola palabra y mi alma será salva[\[1\]](#).

El Señor me dio la orden. En todo lo acontecido no vaciló su mano.

Se oyeron gritos:

—¡Atrás!

Apunté en primer lugar a Voorhees. El médico abortista dijo con voz ronca y cortante:

—¡Atrás! ¡Baje esa arma!

Y otros gritaron:

—¡No! ¡No!

El Señor ejecutó mis movimientos tan deprisa que los ojos del enemigo ni siquiera tuvieron tiempo de reflejar miedo o alarma. No manifestaron terror alguno, tan solo sorpresa pura y simple. Al avanzar por la entrada para automóviles tras la estela de la furgoneta Dodge de los abortistas con el arma apoyada ya en el hombro y los cañones alzados, hubo muchos que me miraron con asombro y sobrecogidos porque a los manifestantes se les había prohibido expresamente congregarse allí, al igual que desde hacía varios años se nos había prohibido presentarnos con nuestras pancartas o incluso rezar en el patio delante del Centro para Mujeres de Broome County; sin embargo allí estaba uno de nosotros, un soldado del Ejército de Dios, y del que algunos sabían que era Luther Dunphy, quien, desobedeciendo audazmente aquella prohibición, superó la barrera y sin la menor vacilación siguió a la furgoneta por la entrada para coches más deprisa de lo que nadie esperaría de un hombre de su tamaño.

¡Dios guía mi mano! Dios no permitirá que fracase.

El enemigo conocido como Augustus Voorhees acababa de apearse de la furgoneta. Eran las 7.26 de la mañana. El centro para mujeres no empezaba a recibir a su clientela (es decir, muchachas embarazadas y mujeres convencidas de que no deseaban ser *madres*) hasta las 8.00. Al médico

abortista (casi exactamente de mi misma altura, que es un metro ochenta y dos, y de pelo entrecano despeinado muy semejante al mío) se le había ocurrido llegar pronto para evitar así a los manifestantes y entrar por la puerta trasera del centro, pero pecó de insensatez en su astucia, porque la policía de seguridad de Muskegee Falls no solía presentarse hasta las 7.30 (y algunas veces más tarde), y para cuando la llamaran aquella mañana, Voorhees, herido de bala, se habría desangrado ya como un marrano. El abortista no me vio hasta que me encontraba a menos de dos metros tras él, acercándose muy deprisa, y la expresión en el rostro de su acompañante hizo que se volviera con un gesto de total sorpresa y conmoción.

—¡No! ¡Atrás! ¡No...!

Ya en aquel instante apretaba yo el gatillo, los cañones apuntándole por encima del pecho, así que el disparo del primer cañón derribó a Augustus Voorhees y le arrancó la parte inferior de la mandíbula y la garganta, dejando una herida terrible de ver, como si el Señor hubiera mostrado su cólera con un único zarpazo de una garra enorme; porque previsora mente yo había apuntado alto, dado que ignoraba si el asesino abortista llevaba chaleco antibalas. (Más adelante se supo que no se protegía así, desdeñoso del destino que le esperaba.) A pesar de aquel espectáculo, cuando aún resonaba la ensordecedora descarga, el Señor dio firmeza a mis manos mientras con toda tranquilidad encañonaba a su «acompañante» y cómplice, muy cerca ahora, que gritaba «¡No! ¡No! ¡No dispare!» con torpe desesperación mientras trataba de alejarse y se protegía débilmente el cuerpo con brazos y manos; pero aquellas palabras llegaron demasiado tarde, y les hice tan poco caso como a los graznidos de los pájaros de plumas negras agolpados en el cielo invernal sobre nuestras cabezas mientras el segundo disparo le destrozaba la cara y gran parte de la garganta, proyectando hacia atrás su cuerpo ya sin vida al igual que había sucedido con el de Voorhees, también inerte, los dos cadáveres juntos sobre el asfalto, delante de la furgoneta, derramando sangre en abundancia en muy pocos segundos, tal como Dios lo había querido.

Con el éxtasis del Señor recorriéndome los brazos y las manos como si se tratara de electricidad, apenas me impactó el retroceso del arma en el hombro, semejante a la coza de una mula; solo sentí el entumecimiento posterior, y el dolor en lo más hondo del hueso.

—¡Dios se apiade de ti! Que Dios te perdone...

Había preparado aquellas palabras para utilizarlas mientras me inclinaba

sobre el pecador caído (porque estaba seguro de que Voorhees moriría impenitente), pero en el momento de pronunciarlas es muy posible que las dijera en voz demasiado baja como para que se oyeran por encima de los gritos y alaridos que resonaban detrás de mí.

Pocas personas habían sido testigos de la ejecución. Era muy temprano y menos de doce los manifestantes reunidos delante del centro médico.

De manera que aquellos segundos pasaron despacio. Porque fue como si Luther Dunphy se hubiera apartado un poco, observando. Lo que vio y lo que oyó le llegó *en silencio* desde lejos.

Sin perder la calma —porque todo aquello me lo había puesto el Señor delante como en un mapa geológico, sin la confusión de los nombres de un mapa ordinario, tan solo con los relieves del terreno—, deposité con cuidado la Mossberg del calibre doce con dos cañones sobre una pequeña elevación en el asfalto de la entrada para coches, donde dos grietas perpendiculares sugerían (al menos a mis ojos) la Cruz del Señor.

A unos cuatro metros de los caídos y del arma (depositada sobre la Cruz) y en posición perpendicular a la escopeta, me arrodillé.

Entre los caídos y el arma, entre el arma y Luther Dunphy y entre Luther Dunphy y los caídos se podía trazar una línea que estableciera un triángulo de lados (desiguales) con el vértice en la Cruz del Calvario que alguien podría decir que era *accidental* en el asfalto y que nunca ningún ojo humano habría detectado, de no ser por la intervención del Señor al guiarme.

Soy un hombre grande aunque ya no soy ágil. Me duelen las rodillas con frecuencia, a causa de una incipiente artritis, según dicen. Los huesos de mis caderas y los músculos de la parte inferior de la espalda también me duelen con frecuencia, pero a pesar del dolor nunca me quejo a mi jefe ni a mis compañeros techadores ni dejo traslucir sensación alguna de sufrimiento en el trabajo o en casa (excepto si mi querida esposa lo advierte, ya que no me es posible disimular con ella, dado lo bien que me conoce al cabo de dieciséis años de matrimonio), así que, después de dar muerte al abortista y a su cómplice, tuve buen cuidado de arrodillarme con los brazos en cruz (aunque ya los notaba muy pesados, trémulos e insensibles) para esperar la llegada de la policía de Muskegee.

Dios misericordioso, te encomiendo mi alma. Si es esa tu voluntad, me reuniré contigo en el paraíso antes de que pase esta hora.

Permanecí con la cabeza inclinada, mientras en los ojos, aunque estuvieran

cerrados, se me agolpaban las lágrimas. Porque me daba cuenta de que mi vida (mortal) como Luther Dunphy había terminado sobre el asfalto de la entrada para coches del centro para mujeres en aquel segundo día del mes de noviembre de 1999. Mi vida como amante esposo y padre cristiano, y ciudadano corriente de Muskegee Falls, Ohio. Nacido en Sandusky, Ohio, el 6 de marzo de 1960 y dispuesto a morir ya, en aquel lugar, algo que me parecía del todo claro porque precisamente la noche anterior había «leído» la siguiente inscripción en una lápida: *Yahvé me lo dio, Yahvé me lo ha quitado.*

Absorto en oración, me encontrarían con los brazos en cruz, en la postura de quien se rinde y con las manos bien visibles, sin empuñar arma alguna. Absorto en oración «como extasiado», pero «dispuesto a cooperar», algo que señalarían los agentes de Broome County que se acercaron con el arma desenfundada.

Y desde lo más hondo del corazón le rogué al Señor que me diera refugio a su lado en aquel momento. Le rogué al Señor que permitiese que se terminara todo allí mismo. Porque de lo contrario me convertiré en prisionero suyo y me juzgarán en su tribunal socialista y ateo, ese tribunal que te ha abandonado. Y se burlarán de mí y me ridiculizarán y al final ese tribunal ateo me condenará a muerte. Pero una muerte a su manera, que no será rápida. Me doy cuenta sin duda alguna de que se retrasará y será vergonzosa y podría ser que me faltaran las fuerzas para no dejarme llevar por la desesperación. Porque verme sentenciado al corredor de la muerte me destrozaría el alma, a la manera en que se labra en la roca un gran abismo. Le rogué al Señor en su misericordia que me permitiera hacer algún gesto amenazador cuando llegase la policía para que disparasen contra mí en el sitio donde me había arrodillado. Que me ejecutaran mediante un diluvio de proyectiles de modo que aquella mañana fuésemos tres los cuerpos sin vida sobre el asfalto, como señal para que el universo mundo sepa que la carnicería que es el aborto debe acabarse.

Pero el Señor, en su inescrutable sabiduría, no me concedió su permiso. Aunque había estado tan junto a mí como el corazón que me latía en el pecho, ahora se había alejado para regresar a su montaña y observar desde allí a su siervo y a su soldado una vez concluida la misión encomendada.

Así que mi vida no acabó aquella mañana. El Señor permitió en cambio que la insensibilidad se apoderase de mí, provocando un total sometimiento. Me esposaron y me detuvieron en nombre del Estado de Ohio, con pérdida

de la libertad que nunca recuperaré en lo que me reste de vida.

Giros

La vida es una cuestión de *giros*. O al menos así es como los llamo yo.

Un *giro* es una sorpresa. Como si te agarrasen de los hombros por detrás y te obligaran por la fuerza a *girar*, a *volverte* a mirar algo que para ti permanecía oculto hasta ese momento.

Un *giro*, y nunca vuelves a ser el mismo. «Se me cayeron de los ojos unas como escamas.» Aunque todos los que te conocen jurarán que sigues siendo el mismo que (creen) que conocen.

Fue «pura casualidad» que diez días antes de la ejecución de Voorhees llegara al centro para mujeres unos minutos antes de mi hora habitual, que es, aproximadamente, entre las 7.45 y las 8.00. Pero por lo visto aquel día había menos tráfico del ordinario por la autopista, de manera que cuando llegué y aparqué en la calle solo encontré a otro manifestante frente al centro, una cara que me resultaba familiar, un hombre unos diez años mayor que yo (que había cumplido treinta y nueve), pero del que no sabía el nombre completo, tan solo «Stockard», lo que tanto podía ser nombre como apellido. Había en él un algo de dignidad y firmeza que hacía pensar en un *hombre de Dios*, o (quizás) en un sacerdote católico vestido de paisano. O, como sucede a veces, un *antiguo sacerdote*. El mío es un caso parecido, si bien no soy un *antiguo ministro* sino un *antiguo ministro seglar* de la Iglesia de San Pablo Misionero. Nos saludamos como amigos, aunque amigos prudentes, porque no soy partidario de estrecharle la mano a todo el mundo y desconfío de las personas de «mano abierta» (así llamadas); empezamos a hablar tranquilamente (iban llegando otros manifestantes, de uno en uno o en parejas, mientras nosotros seguíamos un poco apartados) y Stockard me explicó que Voorhees, el médico abortista, estaba ya dentro. Había llegado antes de las 7.30, en una furgoneta conducida por un «acompañante» (para vergüenza suya, ese voluntario del centro para mujeres era Timothy Barron, de cincuenta y ocho años, comandante ya retirado del ejército de los Estados

Unidos) que había procedido a aparcar detrás del edificio para no ser visto desde la calle donde nos manifestamos. El personal (todo mujeres entre las que hay varias «enfermeras tituladas») que trabaja o colabora en el centro de manera gratuita llega antes de las 8.00, y es a partir de esa hora cuando empiezan a presentarse las primeras madres, y para entonces también ha aparecido la policía de seguridad, normalmente entre las 7.30 y las 7.45. Pero aquel día la policía (integrada por dos agentes de Muskegee Falls que se quedan dentro del coche o al lado, a no ser que exista algún motivo para acercarse al centro) no llegó hasta las 7.51.

Para tener una información más exacta le pregunté a mi camarada: «¿Quiere eso decir que algunas veces el médico abortista llega bastantes minutos antes que la policía?»; y Stockard dijo que sí, y que creía que últimamente sucedía con más frecuencia que antes.

—Voorhees llega pronto para estar ya dentro y a salvo antes de que el centro abra las puertas.

Pronunciaba *Voorhees* con algo que se podría llamar tranquila indignación.

Voorhees era desde julio el (nuevo) director del centro médico, tras haber abandonado su puesto anterior de abortista en Michigan. Sabíamos de su larga asociación con Planificación Familiar y que era especialista en ginecología y obstetricia. Había llegado a Muskegee Falls a raíz de la dimisión de la directora anterior, que solo estuvo siete meses en el cargo.

Durante un periodo muy breve existió la posibilidad de que cerraran el Centro para Mujeres de Broome County. Lo que nosotros nos proponíamos era desanimar y desacreditar a todas las personas relacionadas con él. Algunos activistas habían sugerido quemarlo (aunque yo no era uno de ellos por aquel entonces). Pero apareció «Augustus Voorhees», una persona con tanto prestigio que su nombre destacaba en la lista SE BUSCA: ASESINOS DE BEBÉS ENTRE NOSOTROS, publicada en boletines de noticias, incluido el *Centinela*, del EJÉRCITO DE DIOS.

En octubre de 1999 Voorhees figuraba como tercero de la lista. Hasta el asesinato en Livingston, Kentucky, del abortista Paul Erich a manos de Shaun Harris seis semanas antes, Voorhees ocupaba el cuarto lugar.

A medida que unos asesinos desaparecen de la lista, otros ocupan su sitio.

Ahora mismo hay diecinueve nombres en esa lista, todos ellos médicos que han traicionado su vocación de *no hacer el mal*.

Ha habido una gran agitación en los medios (socialistas, ateos) encaminada a «censurar» la página web del EJÉRCITO DE DIOS. Peticiones para que la lista SE BUSCA: ASESINOS DE BEBÉS ENTRE NOSOTROS se elimine. Pero se trata de la primera enmienda a la Constitución de los Estados Unidos: libertad de expresión.

Igual que es derecho nuestro como ciudadanos estadounidenses llevar armas.

El Ejército de Dios entiende que liquidar a un abortista supone salvar vidas de niños. Si se pudiera acabar con Voorhees, los bebés que fuesen a ser asesinados por sus manos y por las de cualquier otro médico abortista que siguiera su ejemplo tendrían nuevas posibilidades de vivir.

Porque (según nuestros cálculos) solo en el centro médico de Muskegee asesinan entre quince y veinte bebés al día con el instrumental del abortista. Esas cifras espantosas se pueden multiplicar por los muchos abortistas que operan en la totalidad de los Estados Unidos: ¡algunos días las muertes se cuentan a cientos!

Es insoportable que muera de esa forma incluso un solo bebé, y aunque nada más se produjera *una muerte*, cualquier cristiano tendría que sentirse obligado a ponerse en pie y protestar.

Por la manera en que mi camarada pronunció el apellido *Voorhees* quedaba de manifiesto toda esa repugnancia e indignación.

Aquella mañana no hice más preguntas sobre la hora de llegada de Voorhees, el médico abortista. No dejé traslucir en presencia de Stockard ningún interés ni preocupación especial. No soy una persona con facilidad de palabra y mi instinto es proteger a otros, según mi costumbre como marido y padre. En caso de que actuara utilizando la información facilitada por él, no quería que la policía detuviera a un inocente y lo acusara de complicidad con cualquiera de mis actos, porque es bien sabido, tal como nuestros dirigentes nos lo han advertido, que no debemos involucrar a otros en nuestras acciones de ninguna de las maneras, dado que la policía despliega una red muy amplia para acusar, denigrar y castigar a los inocentes, comenzando por nuestras familias y pasando después a otros manifestantes. Lo que hice, en cambio, fue empuñar mi pancarta como si fuera cualquier otro día, pese a notar un intenso zumbido en la cabeza, por cuanto una honda alegría me impedía pensar con claridad.

Dios me había enviado un mensaje personal que no era posible ignorar o malinterpretar: *¡El asesino no está protegido! Es vulnerable.*

Para vergüenza mía carecía (aún) de la fortaleza necesaria para responder a aquel *giro*. Al terminar la mañana, cuando abandoné la vigilancia en el centro para mujeres para ir a trabajar, la sensación de alegría había desaparecido, dejándome presa de la agitación y muy nervioso: trataba de no pensar en *aquello*.

Aun así, durante algunos días no pude pensar en otra cosa. Como algo colocado delante de mis ojos, algo que no era «real» pero que me importunaba. Como cuando estás mirando algo y hay una diminuta línea flotante que tratas de no ver pero que no puedes dejar de ver.

Aquello. La posibilidad de que Dios, el Señor, que ha hablado a otros y les ha mostrado la manera en que se puede cumplir su voluntad en el mundo de los seres humanos, me hubiera hablado por fin a *mí*: aquello me aterraba, porque no podía compartirlo con nadie, ni siquiera con mi querida esposa.

Sin embargo, siempre que estaba solo o me alejaba en mis pensamientos de otras personas (incluso de mis hijos pequeños que me tiraban de la manga o me daban cabezazos, según su manera de pedirme *¡Papi, mira!*, lo que me partía el corazón) seguía siendo consciente de *aquello*.

En los últimos tiempos ha estado llegando pronto. Antes que la policía.

¿Cuántos minutos? Podrían ser diez, doce minutos...

Es un asesino, y además cobarde. Se esconde en el interior del centro, entre mujeres que son sus víctimas... a las que sacrifica.

Voorhees. Uno de los de la lista.

¿Era aquello lo que Stockard me había dicho? ¿O me había comunicado aquellas ideas sin hablar?

Los ojos le brillaban, indignados, detrás de unas gafas sin montura, de forma octogonal. No necesitaba decir: *¡Hay que parar al asesino! Uno de nosotros debe detenerlo.*

En el trabajo, colocando tejas en una casa con vistas a un barranco en un barrio residencial de Muskegee Falls (un nuevo chalé «colonial» de un tamaño que podría contener dos casas como la mía, dado que la parcela es de casi dos hectáreas, seis veces el tamaño de mi propiedad), cada golpe de la herramienta mientras martilleaba era un impacto en el corazón: *A un bebé lo*

están golpeando para matarlo, a un bebé lo extraen del vientre materno, a un bebé se le niega poder nacer, un bebé va a morir. Y el cuerpo de una mujer o de una muchacha ha sido violado por el instrumento del abortista de la misma manera que se le ha violado el alma. Porque, con frecuencia, a personas que el Señor quiere como madres *les lavan el cerebro* y no tienen ni idea de lo que están aceptando.

Una mujer no sabe lo que quiere en realidad. Sobre todo una mujer embarazada, cuyo estado mental se ha visto perturbado por eso que llaman «hormonas».

Todas las mujeres de mi entorno —mi madre, mi hermana y mi querida esposa Edna Mae— lo han reconocido. Y mujeres con dificultades a las que me correspondió consolar cuando era ministro seglar de nuestra iglesia. A menudo una mujer confesaba no haber querido decir lo que había dicho cuando estaba enfadada o descontenta, reconocía que la había dominado una especie de locura. Son *esos días*. O son los *sofocos*. Porque Satanás habla entonces por la boca femenina, que se vuelve fea y deforme. Y hay un sentir de Satanás en sus pensamientos. La debilidad de una mujer o de una muchacha que «cede» ante el deseo de un hombre no es el peor pecado, dado que se puede perdonar como Jesús perdonó a María Magdalena. Pero es un hecho que *hay que proteger a las mujeres de la peor equivocación de su vida.*

¡La idea de que nuestros maravillosos hijos pudieran haber muerto a manos del abortista si las circunstancias hubiesen sido diferentes! Porque existe una ceguera ante el destino que es imposible comprender.

Un hijo eres *tú mismo*. Y sin embargo, un hijo es *distinto de ti e incognoscible*.

Estamos en la tierra para protegernos y amarnos unos a otros, pero somos especialmente responsables de los más pequeños, de los niños y los bebés.

Sobre los tejados de las casas de desconocidos esas ideas se me presentan con frecuencia. Toda mi vida laboral ha sido así, desde que empecé a los catorce años en Sandusky donde mi padre era carpintero y techador y donde comencé a llevarme al tajo con él. Mi padre tampoco era un hombre con facilidad de palabra y apenas me tocaba nunca (ni a mis hermanos y hermanas), excepto en los momentos en los que quizás me agarraba de la mano para sujetarme al subir a un tejado: *¡Te sostengo!*

Era como una bendición que papá me cogiera con fuerza de la mano.

Me resulta preocupante que ya no haya apenas trabajo de carpintero ni de

techador para alguien tan joven como era yo entonces. No es nada probable que pueda llevar a Luke conmigo a una obra con la esperanza de que Fischer Construction lo acepte.

Aunque tampoco está claro que Luke quiera trabajar como lo hago yo. O que fuese a ser tan competente con las manos como lo era yo a su edad.

Cuando te subes al tejado de cualquier edificio, te elevas por encima de tu estado natural. Hay ideas que solo se te ocurren en los tejados de esos edificios porque lo primero que sucede cuando te yergues y levantas los ojos es que el cielo se te abre de una manera diferente a cuando estás en el suelo. Los árboles no están por encima de ti, algunos están por debajo o a tu mismo nivel. A los catorce años aquellas subidas a lo más alto de las casas me emocionaban, era estimulante empuñar un martillo, trabajar junto a mi padre y saber que estaba *condenadamente orgulloso* de mí como solía decir (si no a mí, a otras personas) y ver la envidia en los ojos de los demás obreros porque mi padre tenía un hijo como Luther, trabajador excelente y que nunca se quejaba o se aburría como otros chicos. No estaba preparado aún para la sabiduría del Señor (porque había tosquedad en mi alma a aquella edad), si bien desde el principio la manera de «abrirse» del cielo me causaba una gran impresión. Es difícil explicar en qué consistía, excepto que sentía con toda claridad que ninguna de mis acciones iba a dejar de ser observada y juzgada.

Eso es lo primero, el cielo «abierto»; y lo segundo es que los tejados (por lo general) están *en pendiente* bajo tus pies, por lo que se trata de algo distinto a un suelo llano. No piensas nunca que conoces bien ningún tejado, porque lo más probable es que *tenga inclinación* y necesites estar siempre sobre aviso. Eso no sucede en el suelo. Incluso un borracho dará por sentada su regularidad. Para un tejado se necesitan botas de trabajo con suelas adherentes. Se necesita una gorra para protegerse los ojos del sol. Se necesitan guantes. En una pesadilla estás en un tejado (con mucha pendiente) desprotegido, y no tienes ni gorra ni guantes ni botas sólidas de trabajo y cuando vas a buscar la escalera de mano descubres que la han retirado y no hay manera de bajar.

Empiezas a sudar por todos los poros del cuerpo cuando ves que se han llevado la escalera.

Si saltas desde el tejado, tal vez te rompas las dos piernas. O quizás la espalda o el cuello. Recorres todo el perímetro de la casa, con unas piernas que apenas te sostienen, te pones en cuclillas mientras buscas la escalera que

ya no está; y lo extraño, además, es que no hay nadie por los alrededores. En la vida real nunca estás solo en un tejado con un martillo en la mano, no lo recuerdo nunca desde los catorce años; en la pesadilla, sin embargo, se han llevado la escalera, todos los demás se han ido, capataz incluido, y por encima de tu cabeza el cielo permanece... «abierto».

Durante mis primeros años de techador lo emocionante era descubrir cada mañana ¡qué nuevos pensamientos se me ocurrirían! Porque siempre aparecen nuevas ideas que presionan desde el cielo.

Era entonces cuando el Señor me hablaba con frecuencia. Jesús me hablaba para consolarme en los momentos difíciles, pero también para alegrarse conmigo en los instantes de felicidad.

Porque no siempre sabes que *eres feliz* a no ser que te sea revelado.

Que *has recibido la bendición* de unos hijos y de una esposa cristiana amante y leal, y de un trabajo (casi siempre) seguro incluso en tiempos de «recesión»... Para eso quizá necesites que te informe alguien cuyos conocimientos sean superiores a los tuyos.

Excepto que, desde que sucedió lo de Daphne, las ideas no son nuevas. Como con el papel matamoscas, donde las moscas, atrapadas, zumban. Y ninguna mosca atrapada en el papel pegajoso se libera nunca, aunque aparecerán más moscas, atrapadas y zumbadoras.

Se trata de *pensamientos zumbadores*.

Era así sobre todo en los meses de calor. El intenso olor de la tela asfáltica ablandándose al sol, un olor como de ratones, de cadáveres de ratones en un sótano. Desde lejos oía a otros que conversaban. Y había también ruido de martillazos. Pero irrumpían los *pensamientos zumbadores*.

Los talones bien hundidos en las tablas (inclinadas), y el aliento que me brotaba denso y trabajoso. La transpiración que me caía por los costados. Mi tufo corporal mientras rezumaba sudor como si se tratara de lágrimas.

Pero desde que Stockard me habló y los dos nos entendimos, comenzó un tiempo nuevo. El cielo se volvió de color perla y brillaba. No se veía el sol, pero el aire brillaba. Había nubes de formas tan asombrosas que estabas tentado de pararte a mirarlas durante muchos minutos. Era también tentador ver pasar las nubes. El verano se había acabado ya, estábamos a finales de octubre y una luz blanca parecía reflejarse hacia lo alto desde la tela asfáltica.

La luz del paraíso. Se te han abierto los ojos.

Mis martillazos estaban llenos de fuerza, eran precisos. Hundían clavos de

ocho centímetros en las tablillas, fijándolas en hileras descendentes. Con cada uno de mis martillazos llegaban las preguntas: ¿quién será el próximo? ¿Quién será el siguiente que dé un paso al frente?, ¿que golpeará al enemigo? Como los camaradas que, valientes, han dado un paso al frente en Florida, en Kentucky, en Michigan, en Nueva York y en Ohio.

Defender a los que no han nacido aún. Homicidio justificado.

Me había removido la conciencia que James Kopp, un camarada del Ejército de Dios al que solo conocía de nombre, hubiera asesinado al médico abortista Barnett Slepian en Buffalo, Nueva York, casi un año antes, en el Día de los Excombatientes (11 de noviembre) de 1998, y se le hubiese condenado a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. Muchos de nosotros rezábamos por él, para que no se hundiera en la desesperación. Algunos años antes, el mártir Michael Griffin había dado un paso al frente para eliminar al notorio médico abortista David Gunn en una clínica para mujeres de Pensacola, Florida, y había entregado su vida a cambio de la del asesino de bebés. Sin olvidar a Terence Mitchell de Traverse City, Michigan —por el que rezamos el año pasado—, a quien se declaró culpable de homicidio y se condenó a cadena perpetua.

En Livingston, Kentucky, Shaun Harris había acabado con el abortista Paul Erich, y seguía a la espera pendiente de juicio...

Ahora el Señor había puesto sus ojos en Luther Dunphy y no me podía esconder. Sobre el tejado de la casa con vistas al barranco, la casa de un hombre rico, con la violencia del sol golpeándome la cabeza a través de la tela de la gorra, hasta llegarme al cerebro; como si se tratara de un problema de geometría en el libro de texto de mi hijo Luke, se me hizo ver que existía *la siguiente persona que tenía que actuar* y que esa persona iba a ser... yo.

«Di una sola palabra y mi alma será salva.»

En mi vida se habían producido otros *giros* violentos. Esos *giros* alteraron el curso de mi existencia, por lo general sin que me diera cuenta en el momento, aunque sí más adelante. Pero nunca un *giro* había sido tan evidente como la misión que el Señor me encomendaba.

Durante el resto del día trabajé con más ahínco que nadie en nuestra cuadrilla. Con más dedicación que los más jóvenes, que gastan demasiado tiempo hablando y riendo entre ellos, diciendo ordinarièces y contando chistes verdes. Y risas como esas, demasiado fuertes, como el aullido de las hienas, pueden conmigo.

Tú, Luther Dunphy. Tú eres el elegido.

Elegido para acabar con el asesino abortista Voorhees para que tus hermanos cristianos se regocijen.

Hay agitación en el martilleo de los clavos, pero es una agitación controlada. Toda la carpintería es una acción controlada, con una finalidad. Un clavo y otro clavo. Una sucesión de clavos en la construcción de una casa. ¡Cuántos clavos, cuántos martillazos! *Dios Nuestro Señor mira con asombro a Luther Dunphy, en quien ha puesto sus complacencias.*

—¿Luther? Escucha...

Voces que se alzaban desde abajo en mi dirección y que oía (por supuesto que las oía) pero a distancia, a través de la distracción que me proporcionaba la voz más apremiante que me susurraba al oído.

Ed Fischer, el capataz, me llamaba. Y oía a alguien más, también llamándome. Pero ante la conmoción de descubrir que Luther Dunphy había sido escogido por el Señor, y que Luther Dunphy era yo, no me pareció que pudiera responder, sino que me los quedé mirando, enmudecido.

Sin duda Luther Dunphy era un techador excelente. Un trabajador excepcional en todos los sentidos. Responsable, de confianza, nunca precipitado, nunca descuidado ni incompetente, que no bebía en el tajo, que no se peleaba con nadie, once años trabajando con nosotros y solo se ausentó, quizá durante seis semanas, para restablecerse a raíz de un accidente que casi le cuesta la vida. E incluso entonces, se reincorporó tan pronto como le fue posible y, aunque a veces se le notaba el dolor en la cara, nunca se quejaba.

Era inusual que perdiese los estribos, a diferencia de la mayoría de la gente con la que trabajamos. Tampoco usaba palabras malsonantes u obscenas como les sucede a otros tipos a los que no se les cae de la boca el joder, coño, la puta... y eso es todo lo que saben decir... No nos causó una sorpresa excesiva enterarnos, por las noticias, de que había estudiado para ministro del Señor en una escuela bíblica de Toledo antes de trasladarse aquí.

Aunque era evidente que Luther tomaba precauciones con lo que decía. No hablaba mal de nadie a sus espaldas, eso es seguro. Nunca se enfadaba; al menos, no se le notaba.

Debido a la recesión no estamos construyendo tanto como solíamos. Hemos tenido que despedir a algunos trabajadores, pero, por mi parte, siempre que he podido he tratado de darle trabajo. Dunphy tenía experiencia y habilidad y, en el caso de esta familia con hijos pequeños, por supuesto que estaban preocupados, y se le nublaba el rostro si le reducía el número de horas. Pero nunca se enfadaba.

Algunas veces «se ausentaba»; te miraba mientras le estabas hablando pero no te veía... le aparecía una especie de vacío en los ojos, como cuando se le quedan abiertos a alguien que se duerme...

Ese terrible accidente que sufrió el año pasado en la autopista, y que le costó la vida a una hija pequeña, siendo él quien conducía. Nadie le ha hablado nunca sobre eso... cómo demonios sabría uno qué decirle...

Estábamos al tanto de que era miembro de esa iglesia evangélica... cómo se llama... Iglesia de San Pablo Misionero. Sabíamos que participaba en los piquetes contra el aborto delante del centro para mujeres, haciendo lo que ellos llaman una «vigilia». Pero a nadie se le hubiera ocurrido que pudiese llegar tan lejos... que Luther Dunphy, entre todo el mundo, fuese a disparar y a matar a sangre fría a dos personas, aunque fuesen asesinos de bebés, Dios del cielo, nadie podía prever algo así.

El milagro de la Manita

La primera vez que me enteré de lo de la *Manita* no salía de mi asombro.

Era la época en que Edna Mae acababa de aparecer en mi vida y me había relacionado con la Iglesia de San Pablo Misionero. Fue una época de gran felicidad, pero al mismo tiempo una época en la que me embargaba a menudo una sensación de ahogo, algo que me dificultaba mucho la respiración, me impedía hablar y hacía que los ojos se me llenaran de lágrimas, la clase de lágrimas que se presentan sin motivo aparente ni relación con ningún sufrimiento; porque no era desgraciado ni me sentía nostálgico, sino que estaba contento, porque iba a casarme pronto y mi querida Edna Mae y yo íbamos a crear una familia.

En la iglesia nos daban folletos para pasárselos a nuestros vecinos y amigos y para dejarlos en sitios estratégicos, y uno de ellos tenía en la portada la imagen de una *manita* que, como se veía con toda claridad, tenía que ser la de un niño tan pequeño que no había hecho más que nacer; o que aún no había nacido.

EL MILAGRO DE LA MANITA

A mitad de un aborto, mientras un médico estaba a punto de extraer por la fuerza con sus sangrientos instrumentos al bebé (vivo) del vientre de su madre, advirtió de repente un movimiento en el cuello del útero, y sintió un contacto, al tiempo que veía con asombro la manita del bebé que se le agarraba a un dedo y lo apretaba como para gritar

¡Estoy vivo! ¡Estoy vivo! ¡No me mates, que estoy vivo!

Y sucedió entonces que la operación para abortar se detuvo. Porque ni el médico ni la enfermera que le ayudaba (que también había sido testigo de la

aparición de la manita) pudieron seguir adelante. A partir de aquel momento, aquel médico no volvió a realizar ningún aborto y pasó a ser defensor de los nonatos y a organizar con otros médicos la cruzada contra el aborto. La enfermera tampoco volvió a colaborar en ningún aborto y ayudó a organizar al personal sanitario en la misma cruzada. La joven madre cambió igualmente de parecer y decidió conservar al bebé; el embarazo llegó felizmente a término y el niño nació en un parto normal con el saludable peso de — kilos.

Porque, como puede verse, la Manita se agarra al corazón de todos.

Edna Mae me pasó el folleto para que lo leyera. Luego se me acercó sin hablar y al tocarme el brazo con la mano vio que mi rostro estaba lívido y que el temor y el amor de Dios me llenaban el corazón, y siempre sin decir palabra, me abrazó.

Defender a los indefensos

«Dos son las víctimas de todo aborto: un bebé muerto y una conciencia también muerta.»

Palabras de la Madre Teresa. Una santa católica de la que no habíamos oído hablar. Palabras tuyas, pronunciadas con la voz del profesor Willard Wohlman.

La pregunta era: ¿qué te dicta tu conciencia? ¿Qué te dice Dios *a ti*?

¿Cómo sabes cuándo Dios te ha elegido para comportarte de una manera que suponga una *desobediencia al Estado*?

¿Cómo sabes que es deseo de Dios que *arrebates la vida a otra persona por tu propia mano*?

En junio de 1998 recorrimos más de trescientos kilómetros desde Muskegee Falls, que se encuentra a orillas del río Muskegee (setenta kilómetros al norte de Marion, Ohio), y atravesamos todo el estado para llegar a Huntington, en Virginia Occidental, donde íbamos a oír hablar al prestigioso profesor Willard Wohlman sobre cuestiones relacionadas con el movimiento cristiano Provida. El tema de la velada era *Defender a los indefensos: En favor de la vida en la época del aborto*.

Aquello había sido poco después de la desaparición de Daphne, en el quinto mes de nuestro luto, de manera que Edna Mae me había acompañado porque a mi querida esposa se le hacía difícil quedarse sola en casa, con los niños pero sin su padre, por una razón tan incomprensible para mí que no puedo hablar de ello aquí porque lo que quiero es hablar del famoso profesor.

Edna Mae me decía *Tienes que cuidar de mí, Luther. Tienes que estar como mínimo en la habitación de al lado. No basta con que pienses en mí y reces por mí, eso no es suficiente, Luther*.

En casa, los mayores cuidarían de los pequeños. Y estaba Noreen, la hermana de Edna Mae, que vendría todos los días para echarles un ojo.

Hablo del profesor Willard Wohlman, docente en una distinguida

universidad de Nueva Inglaterra. Ha escrito muchos libros eruditos y ha trabajado como consejero del presidente en cuestiones de moralidad y de ética. Ha aparecido en televisión. Ha intervenido en debates sobre aborto, anticoncepción, planificación familiar y matrimonio homosexual. Su libro más famoso es *La visión sagrada en el mundo secular*, que fue un superventas durante muchos meses. Entre sus ensayos figuran «Un hombre, una mujer: matrimonio cristiano» y «La conciencia de un cristiano», que Edna Mae y yo hemos leído y comentado juntos.

Ahora pienso a veces que la voz que oigo en mi interior es la del profesor Wohlman, de la misma manera que me llegan las palabras del Señor, y que las dos voces se unen en una sola, semejante a un trueno que retumba durante mucho tiempo.

Bebé muerto. Conciencia muerta.

¿Qué te está diciendo Dios a ti?

El profesor Wohlman habló en un salón anexo a la iglesia católica de San José en Huntington. El acto estaba patrocinado por la Coalición Americana de Activistas Provida. Unos dieciocho feligreses de nuestra iglesia de Muskegee Falls, pertenecientes al Ejército de Dios de Broome County, y algunas otras personas (como nuestro pastor, que no quería «que se le asociara» de manera oficial con el Ejército) nos trasladamos en varios coches para asistir a la reunión.

La Coalición está formada por organizaciones protestantes y católicas que tienen en común su oposición al fallo *Roe contra Wade* del Tribunal Supremo de 1973. La intromisión en la vida de las personas de los gobiernos estatal y federal (ambos ateos y socialistas) genera desconfianza. La realidad es que el *aborto es asesinato*, convencimiento que todos compartimos.

No importa que un embarazo sea consecuencia de una violación, un incesto o cualquier otra circunstancia atenuante. Porque, ¿qué importancia puede tener todo eso para el bebé en el útero, o para Dios, que es el padre de todos? Ninguna, por supuesto.

Nuestras esposas no discuten sobre estas cuestiones. Nos escuchan atentamente y no es frecuente que disientan.

Edna Mae no «sabe» que su marido es miembro del Ejército de Dios ni tampoco que ha hecho determinados votos. No es necesario hablar de eso, como no hay necesidad de hablar en voz alta de cosas que nunca se ponen en duda.

En nuestra iglesia el reverendo Dennis, nuestro joven pastor, nos había hablado muchas veces de Willard Wohlman. Había sido idea suya que nos trasladáramos de Muskegee Falls a Huntington, en Virginia Occidental, formando una pequeña caravana.

¡Fue en verdad emocionante! El reverendo Dennis nos explicó cuánto nos parecíamos a los peregrinos al hacer aquel viaje. Yo no había sentido un arrebató tal de anhelos y esperanzas desde hacía años, cuando fui por vez primera a Toledo, dispuesto a comenzar mis estudios en la Escuela para el Ministerio Pastoral cuando era todavía muy joven.

Descubrí en internet que, de joven, Willard Wohlman había estudiado en un noviciado jesuita de Chicago, pero que abandonó antes de ordenarse sacerdote. Había sido un demócrata «acérrimo» durante toda su vida hasta que su partido pasó a apoyar la interrupción voluntaria del embarazo, momento en el que lo abandonó para adoptar una postura independiente, que era como él la llamaba.

—¡Ah! Cuánta...

Edna Mae me apretó mucho la mano con intención de murmurar *Cuánta gente*, pero se le quebró la voz al entrar en el salón anexo a la iglesia de Huntington. Ya no era corriente en la vida de Edna Mae entrar en un sitio y descubrir rostros desconocidos, ¡y tantos! No asistía a más servicios religiosos que los de nuestra iglesia, donde todo el mundo conoce a todo el mundo y formamos como una familia, por lo que ni siquiera necesitamos mirar a otra persona para saber de quién se trata.

Me resultaba doloroso ver el rostro de mi querida esposa en aquel instante porque sus facciones habían envejecido por los estragos del sufrimiento, y el espíritu del Señor, que había brillado con tanta fuerza en sus ojos de muchacha, parecía haberse desvanecido como un cabo de vela tan consumido que la llama termina por morir.

Su piel ya no estaba tersa y tenía bolsas bajo los ojos, cosas relacionadas con los medicamentos que le habían prescrito. A mí no me gustaba que mi querida esposa tomara aquellas medicinas, pero el doctor nos había asegurado que las necesitaba en aquel momento.

Edna Mae tiró de mí, como un niño se puede colgar de la mano de un adulto. Había en ella un entusiasmo inusual mezclado con temor, que se manifestaba en su curiosa postura, con los hombros inclinados hacia delante, como los de una persona que se dispone a resistir un fuerte viento. El hecho

de que llevara un impermeable muy arrugado de un delgado material como vinilo y de color morado oscuro y en los pies un calzado muy endeble, algo parecido a zapatillas de estar por casa, que dejaban al descubierto gran parte de sus pies, muy blancos, que parecían, como las piernas, también muy blancas, no estar cubiertos por medias, hizo que me sintiera incómodo.

No quería pensar en lo que Edna Mae pudiera llevar debajo del impermeable que había sacado a toda prisa del armario. Era temor mío que mi querida esposa no estuviera adecuadamente vestida en un lugar público, pero no había pensado en inspeccionarla, con la preocupación de marcharnos a la hora convenida.

—¡Luther! Corre. *Aquí.*

No soy tan audaz como para querer sentarme en la mismísima primera fila de cualquier reunión. Soy alto y corpulento y en mi caso es muy fácil que me sienta demasiado expuesto cuando los ojos de desconocidos me examinan de pies a cabeza sin simpatía ni aceptación; me sonrojo ante la más mínima provocación y destaca en especial una marca de nacimiento de color rojo semejante a una pala, con una textura como de lija, en la mejilla izquierda. También, hasta hace muy poco, Edna Mae era muy tímida, pero ya no, porque una violenta especie de pesadumbre la domina como una criatura invisible que la oprimiera con sus anillos haciendo que a veces se eche a reír de manera destemplada sin razón evidente.

Desde nuestros asientos en la parte más delantera del salón, aunque muy laterales, Edna Mae torció mucho el cuello para examinar a fondo el escenario. Juntó las manos, muy blancas y delicadas, a la altura del pecho en un gesto como de rezar, que podría parecer exhibicionista a alguien que no conociera a mi querida e infeliz esposa.

Para algunos de nosotros era algo nuevo sentirnos a gusto con católicos. Se sabe desde hace mucho tiempo que la Iglesia católica se considera la única verdadera Iglesia cristiana, lo que es inaceptable e históricamente inexacto, pero la Coalición (que se formó a finales de los años setenta) se basa en la oposición a nuestro enemigo común y tiene prioridad sobre nuestros desacuerdos. Protestantes y católicos estamos unidos en el servicio a los bebés amenazados por los abortistas, porque no hay nada más importante que proteger a los nonatos que no se pueden defender.

También desaprobamos el control de natalidad —la fea palabra es *anticonceptivos*— que apoya y fomenta un estilo de vida promiscuo al que

los adolescentes son particularmente proclives, influenciados por la televisión, una música pop de lo más vulgar, y las películas y las clases de «educación sexual» en los institutos.

Edna Mae y yo nunca habíamos hablado de estas cosas hasta que perdimos a Daphne. Porque los hijos que nos han nacido parecían venir del Señor sin problemas y con su bendición. (Edna Mae, al menos, nunca se quejaba de molestias durante el embarazo y el parto, ni tampoco a la hora de criar a nuestros hijos, ni por sentirse mentalmente «inundada» como ahora le sucedía.) Pero en estos últimos tiempos parecía querer hablar de ciertos asuntos embarazosos para mí, relacionados no solo con Daphne sino con nuestros demás hijos, y con «trastornos femeninos», que también sacaba a relucir aunque la oyeran los pequeños, como si no se diera cuenta del todo de lo que estaba diciendo, algo que resultaba terriblemente embarazoso en particular para nuestra Dawn, de once años, que empezaba a manifestarse poco respetuosa con su madre. Existían también otros problemas que yo ignoraba entre Edna Mae y su familia: su madre, sus hermanas. Y empezaba a resultar evidente que descuidaba las tareas del hogar para ver la televisión cristiana durante la jornada, lo que la dejaba alterada e inquieta y con tendencia a llorar para cuando yo regresaba a casa.

Era yo quien preparaba la cena, si hacía falta. Nuestras hijas mayores y yo.

A la Operación Rescate se le había hecho mucha publicidad en la televisión y en la radio cristianas, y en iglesias y centros comunitarios por todo Ohio. En nuestra iglesia el reverendo Dennis había hablado de ello durante meses. Fue emocionante ver entrar a tanta gente en el salón y saber que todos aquellos desconocidos eran aliados nuestros. Según mis cálculos (mi cabeza sumó y multiplicó por su cuenta, nada más contar veintidós asientos por fila y treinta filas), a las siete y diez, que fue cuando empezó el programa, había seiscientos sesenta personas en el salón.

El pastor de la iglesia de San José nos dio la bienvenida. Luego el presidente de la Coalición, que es un ministro de la Iglesia baptista de Gallipolis (Ohio), subió al estrado para presentar al profesor Willard Wohlman.

Para entonces era grande la emoción en la sala. Imposible equivocarse: *el espíritu del Señor estaba con nosotros*.

El profesor Willard Wohlman no es un hombre que impresione. Con indudable aspecto de profesor —o de maestro—, parecía en la cincuentena, o

ligeramente mayor, solo de estatura media, algo encorvado, escasos cabellos grises peinados hacia atrás sobre una frente despejada y una nariz afilada con apariencia como de cera. Vestía un traje marrón oscuro que se diría de buena calidad, además de camisa blanca y corbata. Pero sus ojos rebosaban afecto detrás de unas gafas sin montura que parecían incendiarse mientras hablaba. Y una voz de suavidad aterciopelada, como de locutor radiofónico, pero capaz de volverse cortante de repente.

Con aquella voz que resultaba fascinante, porque había que *escuchar todas y cada una de sus palabras*, el profesor Wohlman habló por espacio de sesenta y cinco minutos. No lo hizo como los predicadores a los que estábamos acostumbrados, sino con una voz más reposada, la voz de alguien que se dirige solo *a ti*. El profesor habló de la «podredumbre moral» del «Estado secular», de la «bárbara brutalidad» de *Roe contra Wade*, alusión que nos hizo sonreír con tristeza al oírle decir *Woe*^[2] en lugar de *Roe*. «Un fallo que avala el asesinato de los inocentes por el Estado.»

Luego pasó a hablar con más energía de la «necesidad de un ejército cristiano» para contrarrestar las «fuerzas del aborto». Oí de sus labios una palabra que no conocía, «feticidio», cuya comprensión me resultó terrible, porque significaba, según nos explicó, *el asesinato de un feto*.

En aquel momento Edna Mae empezó a llorar. Casi en silencio mi querida esposa se cubrió los ojos con un pañuelo de papel, la cabeza inclinada y un temblor en los hombros, como si tratara de distanciarse de cualquiera que tratase de consolarla. Así que no la toqué, allí sentado, las mejillas encendidas y la sangre latiéndome con fuerza, oyendo apenas las palabras del profesor aunque sin apartar los ojos de su rostro, mientras seguía en el estrado por encima de mí, hablando con la calma de la rectitud.

Gran parte de lo que dijo el profesor era difícil de seguir. En nuestra iglesia los ministros no tienen por costumbre razonar de esa manera. Y así quedó claro que la diferencia entre el profesor católico y el resto de nosotros radicaba en un razonamiento como aquel, que, en cierta medida, era posible seguir mientras el profesor hablaba; pero uno nunca podría recordar después lo que dijo y menos aún repetírselo a otra persona. Porque el profesor recurrió a la «ley natural» como un modo de refutar a quienes abogan por el aborto:

—Su error consiste en afirmar que el feto, que se forma por la unión del óvulo femenino y el esperma del varón, y es por consiguiente y enteramente

una nueva entidad, no es, todavía embrión, un ser humano; y luego, cuando se refuta esa afirmación, argumentan que sí, que el feto *es un ser humano*, pero *no es todavía una persona en el sentido legal*.

El profesor Wohlman hizo una pausa para permitir que su público tomara conciencia de la atrocidad que suponía semejante afirmación y luego continuó:

—Un argumento como ese permitiría a la sociedad eliminar a seres humanos a los que no se considere plenamente «personas», niños nacidos con discapacidades físicas y mentales, adultos que hayan sufrido derrames cerebrales y otras disfunciones, los ancianos que ya no pueden cuidarse solos y dependen a la fuerza de otros. Una vez que se acepta que una clase de seres humanos tiene derecho a juzgar a todos los demás, a decidir quiénes son «personas» y quiénes no, se ha abierto la puerta para el Holocausto nazi, para el genocidio, para que el Estado pueda decidir sobre nuestra vida. *No se puede permitir que suceda algo así. El sacrificio de cualquier bebé inocente no debe pasar ignorado, sin nadie que lo llore.*

Tratar de seguir al profesor era como abrirse camino por una zona pantanosa donde de repente podías perder pie. Porque al parecer citaba en latín (al menos eso parecía, aquellas palabras que sonaban extranjeras tenían que ser latín); y habló de un «padre de la Iglesia» (*Au-gus-tin* según su pronunciación) y de un teólogo católico de la Edad Media (Thomas A-qui-nus). Ambos eran, dijo el profesor, *santos*.

¡Santos! Según el Nuevo Testamento todos los cristianos son *santos*.

Para nosotros era una idea extraña afirmar que algunos seres humanos eran *santos* de una manera que no recoge el Nuevo Testamento. Porque allí queda claro que solo hay un camino para llegar a Dios, que es Jesucristo, nuestro Salvador, pero que no es un *santo*.

Para mí era una idea nueva que acercarse a Dios podía no ser tan fácil como se nos había enseñado. Incluso en la Escuela para el Ministerio Pastoral de Toledo tomabas de la Biblia el tema que iba a ser el centro de tu sermón, de manera que leías aquellos versículos tan familiares a la congregación y hablabas del relato contenido en los versículos, e incluso aquello había sido todo un reto para mí, porque no tenía ideas originales para ningún sermón, y solo era capaz de imitar los que había oído, o los que mis profesores me habían pasado para estudiarlos como buenos ejemplos de sermones, y a veces incluso entonces no sabía qué decir, la lengua parecía hinchárseme dentro de

la boca y la mente se me quedaba en blanco. ¡Pero el profesor Wohlman no leyó ni un solo versículo de la Biblia!

Al parecer no tenía una Biblia consigo en el estrado. Qué extraño era aquello, aunque en el momento no tuve tiempo para considerarlo.

Al otro lado del pasillo, en la misma primera fila donde estábamos Edna Mae y yo, se hallaba una mujer de más edad que, según tenía yo razones para creer, era la esposa del profesor Wohlman. La señora Wohlman era una persona fornida, de piel blanca que parecía esmaltada, y con arrugas diminutas. Rostro severo, sombrío. Mantenía muy fruncida la boca, de labios finos, mientras contemplaba a su marido, en el estrado, brillantemente iluminado. Me pregunté si la señora Wohlman estaba orgullosa de su marido. ¿Lograba entenderle?

Por el boletín de la Coalición había sabido que los Wohlman llevaban cuarenta y seis años casados. Habían tenido siete hijos, aunque dos habían muerto de forma prematura: uno de leucemia infantil y otro en un accidente durante un traslado en Vietnam con otros soldados estadounidenses.

Me pregunté si el profesor disponía, gracias a su especial perspicacia, de algún razonamiento que explicara la muerte de un joven mejor de lo que consigue hacerlo un protestante.

También por el boletín de la Coalición me había enterado de que Willard Wohlman, considerado el filósofo cristiano conservador más «destacado» de nuestro tiempo, enseñaba filosofía moral, teoría política y jurisprudencia (asignatura que supuse se ocupaba de jurados y de derecho) en una «universidad de la Ivy League» (era el nombre que se le daba). Uno de sus antiguos profesores jesuitas de la Universidad Loyola de Chicago había dicho de Willard Wohlman que era «el alumno más brillante» que había tenido nunca.

En una entrevista le preguntaron al profesor por qué había dejado el noviciado sin ordenarse sacerdote. Su respuesta fue humilde: «Llegué al convencimiento de que Dios tenía otros planes para mí».

La Compañía de Jesús es la más estricta de las órdenes religiosas de la Iglesia católica, según palabras de Wohlman. Su intención había sido comprometerse con los votos de pobreza, castidad y obediencia. Pero se le hizo saber, por intervención divina, que su vida fuera de la Compañía iba a ser más exigente.

A continuación el profesor cambió de tono para hablarnos de personas que

conocíamos bien: *Michael Griffin. Lionel Greene. Terence Mitchell*. Sus fotografías se proyectaron en una pantalla situada detrás de Wohlman y provocaron considerable sorpresa y muchos comentarios entre el público. Porque aquellas personas eran soldados muy elogiados de la Operación Rescate (la organización secreta) que habían disparado contra abortistas y que, en consecuencia, habían sido encarcelados por el gobierno.

A Michael Griffin y Lionel Greene los habían juzgado, declarado culpables y sentenciado a cadena perpetua en Pensacola, Florida, y en Waynesboro, Indiana, en 1994 y 1995, respectivamente. A Terence Mitchell lo habían detenido en marzo de 1998 por matar a un abortista en Traverse City, Michigan, y estaba por entonces a la espera de juicio.

El profesor Wohlman habló de cómo aquellos hombres que «se habían atrevido a dar un paso al frente», «a hacer algo fuera de lo común» en defensa de los nonatos, habían cometido un «homicidio justificado».

Terence Mitchell, de veintinueve años de edad, exmarine y miembro de Los Corderos de Cristo, organización católica provida, había pasado muchas horas rezando antes de presentarse en la clínica abortista de Traverse City con una escopeta de dos cañones; después de disparar contra el médico, sin intentar escapar de la policía, procedió a entregar el arma utilizada e hizo una confesión completa ante las autoridades.

—¿Y qué dijo Terence Mitchell? Dijo que no tenía elección. Si no hubiera detenido al médico abortista, habría matado a más bebés aquel día.

El profesor Wohlman alzó los ojos hacia las fotografías, proyectadas en la pantalla, de Griffin, Greene y Mitchell. Eran rostros que nos resultaban familiares porque los habíamos visto muchas veces en internet. En aquel momento, sin embargo, adquirieron una nueva fuerza.

Sentí congoja en el corazón: Terence Mitchell parecía muy *joven*. Incluso con barba parecía lo bastante joven para casi ser mi hijo.

Los ojos preocupados del exmarine permanecían fijos en nosotros. Hacían que nos avergonzáramos de nuestras vidas seguras y egoístas, que Jesús miraría con desprecio si no fuese porque es nuestro Salvador, que nos ama y no nos juzga con dureza.

Con grave entonación el profesor Wohlman continuó:

—En algunos círculos se considera «criminales», «asesinos», a estos valientes. Pero nosotros sabemos que no es así. He defendido que tales actos son «homicidios moralmente justificados». No hay «homicidios» en una

guerra, por ejemplo; un soldado no es un criminal ni un asesino por enfrentarse al enemigo. Aquí la situación es la misma. Cualquier acto de desobediencia civil, en oposición a un asesinato aprobado por el Estado, está «justificado». Pensémoslo: ¿tendríais elección posible, excepto la de impedirlo, si un niño fuese agredido y asesinado delante de vuestros ojos? Si aquí, en este estrado, en este mismo momento, a un niño se le estuvieran asestando puñaladas, se le estuviese dando muerte con un cuchillo de carnicero, y gritara de miedo y de dolor... Si pudierais impedir que ese asesino degenerado matara al niño, por supuesto que lo impediríais. Si un espectáculo tan horrible se produjera delante de vuestros ojos, ninguno os podríais inhibir, con un gesto de impotencia, y limitaros a no hacer nada. *Os resultaría imposible.*

El profesor hablaba con tranquilidad, pero la voz le temblaba de emoción. Apretaba los puños una y otra vez. La luz lanzaba destellos en sus gafas. Vi que llevaba zapatos negros muy relucientes, zapatos de vestir, con suelas muy finas que no se sujetarían en un plano inclinado y que resultarían peligrosas en cualquier superficie resbaladiza.

Reinaba el silencio en la sala; la inmovilidad de quien contiene el aliento. Solo Edna Mae seguía sollozando a mi lado.

Yo trataba de contener las lágrimas, pero eran de rabia, no de pena. También apretaba repetidamente los puños, más grandes que los del profesor. Como alguien que camina de espaldas, descuidado, por el borde de un tejado, también yo sentía el peligro de una caída inesperada.

La aterradora sensación de *perder el equilibrio*.

Durante unos segundos el profesor guardó silencio, como si rezara, con la cabeza inclinada, mientras los allí presentes compartíamos el horror de ver, asesinado ante nuestros ojos, a un niño inocente.

Para mí no eran ninguna sorpresa las fotografías de bebés abortados. Las lamentables y horripilantes imágenes para las pancartas de nuestros piquetes que la Coalición nos proporciona y que alzamos delante de la clínica abortista, y a veces en la calzada, para obligar a las personas a que *vean* lo que no desean *ver*. Y está la *Manita*, que se encuentra por todas partes. Esas fotografías siempre me destrozan por dentro, tal como se lo proponen. Pero el profesor Wohlman era capaz de conseguir que «viésemos» un niño vivo en el estrado, asesinado delante de nuestros ojos.

—Y siempre, y sin descanso, a no ser que los detengamos, los asesinos

abortistas destruirán y desmembrarán bebés en los vientres maternos con el consentimiento de un gobierno sin Dios. A no ser que los detengamos.

Por toda la sala se oyeron murmullos de asentimiento. Haciendo fuerza, yo me apretaba las rodillas con los puños en tensión.

Acto seguido el profesor Wohlman nos explicó que estaba redactando una petición «revolucionaria» a la que tendríamos acceso a través de los dirigentes de nuestras iglesias o en el boletín de la Coalición, y que esperaba que nos llegase al corazón y que se la trasladáramos a otras personas. Confiaba en que la firmásemos y mandáramos ejemplares por correo a una lista de personas que se publicaría *online* y que incluía a nuestros funcionarios electos y congresistas, además de al presidente de los Estados Unidos.

—Esto es lo que dirá la petición:

»“Nosotros, los abajo firmantes, declaramos el estado de guerra en la lucha por defender vidas humanas inocentes.

»Declaramos nuestra adhesión a la Palabra de Jesús y no a la Ley del Hombre.

»Declaramos que no renunciaremos a *emprender todas las acciones concretas que sean necesarias para defender vidas humanas inocentes*, incluido el uso de la fuerza.

»Declaramos que toda la fuerza necesaria para defender la vida de un niño ya nacido también es legítima para defender la vida de un nonato.

»Declaramos que los mártires Michael Griffin, Lionel Greene y Terence Mitchell, aunque hayan transgredido una ley estatal, no han quebrantado la ley de Dios; aunque hayan acabado con la vida de abortistas que se disponían a cometer un terrible acto de feticidio, no son culpables de asesinato sino de intervención para evitar un asesinato premeditado. Eso quiere decir que unos hombres valientes han llevado a cabo actos de defensa contra asesinos, no para salvar su propia vida sino las vidas de bebés nonatos. Por consiguiente, el uso de una fuerza letal estaba justificado. Rezaremos para que, en el caso de Terence Mitchell, el tribunal entienda nuestro planteamiento y lo absuelva de los cargos presentados contra él por el Estado de Michigan”.

El profesor Wohlman miró a los presentes como si nos estuviera mirando dentro del corazón. Sus ojos nos inspeccionaron, fila tras fila de oyentes. Sus ojos se posaron en mí.

A partir de aquel momento, el profesor pareció hablarme a mí, a Luther

Dunphy, con especial intensidad, hasta la conclusión de su discurso:

—Entended bien esto, hermanas y hermanos míos en Jesucristo; hay mártires para cada una de las causas que hablan al corazón de la humanidad. Puede ser que Terence Mitchell sea absuelto (y viva el resto de sus días sabiendo que se le ha forzado a derramar sangre) o tal vez no sea absuelto, como les ha sucedido a sus camaradas, y el Estado lo encarcele. Como a Michael Griffin y Lionel Greene, puede ser que se le condene a cadena perpetua. No es posible predecir su destino. Dios, sin embargo, observa, y Dios recompensará. Han sido mártires por nuestra causa, y habrá más en el futuro. Rezad por nuestros valientes mártires y rezad por nosotros, para que tengamos la fortaleza de actuar como debemos, cuando debamos hacerlo.

En la sala abarrotada se oyeron muchos gritos y murmullos: «Amén».

Y el mío entre ellos: «Amén».

Concluida la charla seguí en mi asiento sin moverme. Porque no lograba animarme lo suficiente como para ponerme en pie en aquel momento y marcharme. Hubo entre nosotros más personas que siguieron sentadas, al tiempo que otros se quedaron en los pasillos, hablando entre sí en voz baja.

Edna Mae me tiró de la manga, pero yo no parecía capaz de moverme. No sé cómo había sucedido, pero el profesor se había dirigido directamente *a mí*.

—¿Qué es esto, Luther? ¿Dónde estamos? ¿Por qué estamos aquí? —Edna Mae hablaba con una especie de ansiedad poco precisa, o trataba de sonreír, tocándome el brazo, dubitativa.

Me resultó perturbador ver cómo mi querida esposa, aunque (estaba seguro) había escuchado con gran atención al profesor durante la última hora, tenía todo el aspecto de alguien que se ha despertado de un sueño y no tiene una idea clara de dónde se encuentra.

Amablemente le expliqué dónde estábamos y por qué habíamos venido aquella tarde, con otros amigos de nuestra iglesia, a Huntington, Virginia Occidental. Sus ojos preocupados parecieron recordar algo vagamente.

Tuve la seguridad de que no tardaría en darse cuenta de dónde estábamos, sobre todo cuando viera caras familiares. Es algo que le sucede con frecuencia cuando ha tomado la medicación que le prescribe nuestro médico, porque, una vez que le he explicado la situación, necesita unos minutos para orientarse si está en un lugar desconocido.

—¿Y dónde están nuestros hijos, Luther? ¿Fuera, en el coche?

—No, cariño. No los hemos traído, ¿recuerdas? Están de vuelta en casa, sin problemas.

Era una extraña manera de hablar: *de vuelta en casa, sin problemas*. Como si nuestros hijos, después de marcharse, hubieran vuelto a casa. Era algo que me sucedía con frecuencia cuando hablaba, porque no tengo la facilidad de otros con las palabras, y si alguien me está mirando a la boca, digo cosas que me vienen a los labios sin entender lo que digo.

—Estamos en Huntington, Virginia Occidental, cariño. Pero ya vamos de camino a casa.

—Por supuesto... Virginia Occidental. Lo sabía —Edna Mae sonrió, con una pícaro sonrisa infantil, para ocultar su confusión—. Te estaba poniendo a prueba *a ti*, Luther.

Edna Mae no se había dado cuenta de que su pañuelo de papel empapado en lágrimas se le había caído al suelo, así que me agaché de prisa para recogerlo y escondérmelo en el bolsillo. Traté de no pensar en que pocos meses antes Edna Mae se habría avergonzado muchísimo ante un descuido personal tan llamativo, por el que, en el pasado, había reñido con frecuencia a nuestros hijos. Como le habría sucedido al verse con un impermeable tan arrugado y el pelo apelmazado y peinado de cualquier manera detrás de las orejas, un tiznón de lápiz de labios en la boca y lo que quizá fuesen manchas de «colorete» en las mejillas amarillentas.

En el exterior de la sala nos esperaban varios miembros de nuestra congregación, porque habíamos quedado en regresar juntos a casa en una especie de caravana, debido a que ya era de noche.

El reverendo Dennis y los demás hablaban con entusiasmo de la reunión. Sentí parecerles abrupto, porque no estaba nada seguro de poder hablar con normalidad de mi experiencia, dado que las palabras del profesor Wohlman me habían llegado al corazón. También me resultó penoso observar a los otros hablando con mi querida esposa y a Edna Mae tratando de responderles, porque no me gustaba la manera en que la examinaban de arriba abajo, sobre todo los ojos de las mujeres, con avidez de pájaros picoteando la tierra.

No era normal en mí que evitara hablar con el reverendo Dennis, a quien admiraba como verdadero pastor cristiano, como tampoco era habitual en mí que faltase al respeto a la esposa del ministro. Todo lo que recuerdo es que nos dirigimos a buen paso hacia nuestro coche, que estaba aparcado a poca

distancia; quiero decir que, sujetándole el brazo, obligué a Edna Mae a caminar todo lo deprisa que le era posible. Si a mi esposa le sorprendió ver aquellos rostros familiares en aquel entorno desconocido, no tuvo tiempo de manifestarlo. Detrás de nosotros flotó un murmullo que no estoy seguro de haber oído: *¡Pobre Edna Mae!*

Ya en el coche, Edna Mae se quedó dormida casi de inmediato a mi lado. Mientras que en otro tiempo mi querida esposa habría estado atenta y preocupada por mi manera de conducir de noche en la autopista, donde grandes camiones con remolque llegan rugiendo por detrás con luces centelleantes cuyo reflejo en el espejo retrovisor ciega a los conductores, y luego te adelantan peligrosamente a cerca de ciento treinta kilómetros por hora, aquel día Edna Mae se desentendió por completo de la situación, como una criatura a la que solo preocupase encontrar una postura para quedarse dormida.

Me pareció que había recogido las piernas sin medias debajo del cuerpo para acurrucarse como podría haberlo hecho un niño. Sin embargo, cada vez que la miraba veía que no era así y que estaba bien sentada, pero desplomada en el asiento, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta.

Pronto su respiración pasó a sonar como humedecida, en una especie de ronco jadeo. Desde lo de Daphne, Edna Mae o bien no dormía en absoluto o dormía demasiado, un sueño plúmbeo pero con gorgoteos del que era casi imposible despertarla. (Resultaba desagradable oír a nuestros hijos gritar a su madre para despertarla allí donde se hubiese quedado dormida, que podía ser un sofá, o a veces incluso el suelo del cuarto de estar o de la cocina. En especial la voz exasperada de Dawn: «*¡Mamina! ¡Despierta!*».)

En aquel sueño profundo Edna Mae respiraba de manera extraña, tal como había empezado a hacerlo en los últimos meses. Durante varios segundos parecía dejar de respirar mientras la escuchaba, aunque trataba de no hacerlo y contaba los segundos desde que había dejado de respirar: uno, dos, tres... seis, ocho, diez, hasta que se le oía un chasquido en la garganta como el abrirse de una esclusa y un repentino resoplido violento tan intenso que se despertaba, inhalando angustiada como una persona que se ahoga... Pero pronto recaía en el sueño y al cabo de unos pocos minutos dejaba otra vez de respirar. Todo el ciclo se iba repitiendo con más frecuencia, por lo que tenía que darle un suave empujón y llamarla por su nombre para instarla a respirar, porque aquello tan extraño no sucedía cuando estaba despierta, sino solo

cuando dormía muy profundamente, de manera que era cuestión de que *se acordara de respirar*, algo que a los demás, por alguna razón, no nos hace falta recordar.

¿Qué le sucedería si no la despertase para que volviera a respirar? ¿Se daba allí una manifestación divina que yo debía interpretar? Era algo que me preocupaba mucho, porque no acababa de entenderlo, algo así como retirar diminutos arrancamoños de las vueltas del pantalón, una tarea que no se acaba nunca.

Sabía, sin embargo, que la Operación Rescate iba a provocar un *giro* en mi corazón. De aquello parece que me había dado cuenta antes incluso de que hiciéramos planes para ir en coche hasta Virginia Occidental.

Pensaba con calma en cómo el profesor me había mirado dentro del corazón y me había visto *a mí*.

Rezad por nuestros valientes mártires. Y rezad por nosotros...

Durante semanas había estado pensando en asistir a su conferencia sobre *Defender a los indefensos*. Pero sin plantearme que Edna Mae fuese a acompañarme en un trayecto tan largo porque no estaba bien de salud. Me sorprendió que dijera de repente *Llévame contigo, Luther... me da miedo quedarme sola en casa sin ti. Tienes que cuidar de mí*.

Al principio no entendía qué me quería decir con eso. Porque se queda con frecuencia sola en casa cuando nuestros hijos están en clase y yo paso fuera todo el día trabajando. Pero luego, cuando Edna Mae siguió hablando, aunque divagara, con interrupciones de risas que la dejaban sin aliento, pareció quedar claro que mi querida esposa tenía miedo de quedarse sola en la casa sin que su marido cuidara de ella *por la noche*.

Su ruego solo podía querer decir (así lo pensé) que le asustaba la posibilidad de hacerse daño en mi ausencia.

Sin querer, podía tomar un exceso de medicación. O, de manera menos accidental, podría «hacerse daño» con un cuchillo afilado, o de alguna otra forma terrible.

Por supuesto: *no era su intención. Era un modo de decir lo triste que está, lo desgraciada que se siente. Hasta qué punto necesita la protección de su marido*.

Aunque es cierto que esa responsabilidad me llenaba el corazón de amor de esposo. Y de amor de padre cristiano por mis queridos hijos.

Aquella noche, después de regresar pasadas las doce a Muskegee Falls y a

nuestro hogar (a oscuras), Edna Mae apenas era capaz de mantener los ojos abiertos mientras la ayudaba a salir del coche y entrar en la casa; le costó mantener el equilibrio mientras la llevaba casi auestas hasta nuestro dormitorio. Mientras subíamos las escaleras parecieron suceder dos cosas al mismo tiempo: el ruido de una puerta que se cerraba en el piso de arriba y la aparición, en lo alto de la escalera, de Luke, nuestro hijo de trece años, en pijama, descalzo y mirándonos con gesto preocupado. Aunque me faltó perspicacia para entenderlo de inmediato, es probable que una de nuestras hijas, supongo que Dawn, fuese la responsable del portazo, al entrar de prisa en la habitación que compartía con su hermana Anita antes de que pudiéramos verla; mientras Luke, el hijo que más se me parece, un muchacho con ojos que son jóvenes y viejos al mismo tiempo, se quedaba para saludarnos y preguntar qué le pasaba a su madre; a lo que respondí, procurando usar un tono jovial:

—No le pasa nada, hijo, excepto *que hace mucho que se tenía que haber acostado*.

Pero el muchacho siguió mirándonos, nada convencido. No es frecuente ver a un niño con el ceño tan fruncido como el de Luke; y es perturbador observar cómo se muerde el labio inferior, como si quisiera hacerse sangre. A veces me parece verle en la mejilla izquierda una pequeña marca rojiza de nacimiento que en realidad no existe. (No soy capaz, sin embargo, de dejar de buscársela... muchas veces en un mismo día.) Siento como si un tornillo me atravesara el corazón, porque sin duda nuestro primogénito se hará tan alto y corpulento como su padre, y hay una especie de impotencia en ello, porque tendrá la responsabilidad de proteger a otros que son más pequeños y más débiles que él; y es muy fácil *perder el equilibrio* en esa tesitura, y se está siempre expuesto: el cielo está siempre «abierto» por encima de uno.

—Vuelve a la cama, hijo. Mañana tienes clases —le dije en voz baja.

—¿Mamina está bien? —insistió Luke, todavía preocupado.

—Mamina está *cansada*. Y yo *también*, hijo. ¡No me busques las cosquillas! —todavía con un tono de voz jovial, aunque el chico captó mi mirada de advertencia, de amor enlazado con advertencia, o de advertencia con cariño; y rápidamente se alejó para regresar al cuarto que compartía con su hermano más pequeño, descalzo y callado como si de hecho le hubiera levantado la mano, aunque no había sido así.

Es una responsabilidad terrible ser progenitor. En un sueño me vino la idea

hace años, a raíz de que nos hubiera nacido el primer hijo: *Creced y multiplicaos* es la maldición de la humanidad.

Pero no era aquella la voz (reconocible) del Señor ni de Jesús. Era una (posible) voz burlona para poner a prueba a Luther Dunphy, que había aspirado a ser ministro del Señor en la Iglesia de San Pablo Misionero y estaba a prueba por aquel entonces.

En nuestro dormitorio desvestí a Edna Mae con torpeza. Debajo del impermeable mi querida esposa no estaba desnuda (como yo había temido) sino que llevaba una camisa de franela nada limpia que podía ser de uno de nuestros hijos mayores, y una falda de pana, también manchada, que parecía haber salido del cesto de la ropa sucia; no se había puesto ni medias ni calcetines; y la ropa interior —que yo no iba a quitarle y que le quedaba grande debido a la reciente pérdida de peso— tenía un color grisáceo a consecuencia de los muchos lavados.

Desde lo de Daphne, mi pobre esposa ha perdido por lo menos siete kilos. Yo, por el contrario, he ganado peso en el tórax, un bulto de grasa semejante a un puño que me recubre el corazón.

También con torpeza le pasé el camisón por la cabeza; al enganchársele, Edna Mae se debatió débilmente por un momento contra mí, la cara oculta. Ya demasiado tarde me di cuenta de que se lo había puesto del revés. Pero ella se había desplomado sobre la cama, hundida en un sueño ligero, con la boca abierta. Y con un hilo de saliva en la barbilla. La ayudaría a colocarse bien en la cama, la taparía con las sábanas y rezaría para que pasásemos la noche en calma, porque aquellas eran noches que me parecían peligrosas, las noches, semanas y meses después de lo de Daphne, cuando aún existía incertidumbre, como cuando un jurado está deliberando sobre un veredicto que te concierne pero que no entiendes del todo.

El dormitorio estaba en penumbra. Recé de rodillas junto a la cama. Es lo que tengo por costumbre en ocasiones así: utilizo la antigua oración de mi niñez que me enseñaron a repetir haciendo eco a la voz de mi padre. *Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino...* Porque palabras como aquellas eran para mí el consuelo que había supuesto el whisky en otra época.

Durante algún tiempo seguí despierto en la oscuridad, tumbado junto a mi querida esposa. Estaba por completo exhausto y, sin embargo, parecía no poder dormir porque sentía demasiado la presencia de mi cuerpo grande y

torpe; necesitaba ducharme, porque olía a sudor, pero ya no había tiempo, eran casi las dos de la madrugada. El pie (derecho) del acelerador me dolía por haberlo apretado mucho tiempo, y terminó por convertirse en calambre (de noche padezco a menudo de calambres en los pies y en las piernas). La autopista interestatal se me echaba encima, aunque apenas iluminada por los faros de mi vehículo, y no estaba claro (en mi ansiedad, no quería experimentar girando el volante) si las manos con las que conducía poseían poder alguno para «dirigir» el coche o si el volante era falso y se me había proporcionado (con falsedad) para aplacarme. Como cuando se dice de una niña, ya sin vida: *está con los ángeles*.

Y, sin embargo, era el padre quien decía tales palabras, ¿no es cierto? Porque era misión mía dar la noticia al resto de nuestros hijos.

«Vuestra hermana ya está con los ángeles. No hay necesidad de llorar.»

Como uñas rascando en una pizarra, el sonido de las lágrimas. Un sonido insoportable.

Me había llegado la voz apagada de Edna Mae que hablaba con nuestros hijos, en algún lugar del piso de arriba, y les decía que no tenían que llorar, que no tenían que llorar porque llorar desagradaba a su padre; si tenían que llorar, debían esconderse o esperar a que su padre no estuviese lo bastante cerca para oírlos. ¿Entendían lo que les estaba diciendo?

La voz femenina apagada y ofendida y aun así con sentido práctico, voz sobre la que yo no tenía (del todo) seguridad de haberla oído o imaginado, ni sobre las voces de nuestros hijos al responder y que no me parecía haber oído.

¡Tan cansado! En una situación en la que estrellitas y rostros de desconocidos parecen venírsenos encima desde detrás de nuestros ojos cerrados.

Pero no estaba cómodo en nuestra cama, donde las sábanas habían llegado a oler como nuestros cuerpos y el supurar de nuestro dolor. Y el rezumar de la indignación. Y la repugnancia. Porque en los últimos tiempos me había tocado cambiar la ropa de la cama cuando mi pobre esposa no recordaba si la había cambiado o no, y era evidente que no lo había hecho, ni se había acordado de bañarse, cuando en otro tiempo era tan meticulosa que incluso se reía de sus excesos. Y ahora pasaban los días y (me parecía que) Edna Mae no se cambiaba de ropa interior, ni se lavaba ni, incluso, en ocasiones, se cepillaba el pelo.

A nuestros hijos les explicaba que su madre estaba muy cansada. Que le habían *recetado una medicación* que le producía cansancio, de manera que, en aquella época tan triste de nuestra vida, tenían que cuidar de mamá.

Nuestra cama era más grande de lo normal, pero los pies me llegaban hasta el borde, y siempre estaba empujando por allí las sábanas. Me tumbaba de espaldas a Edna Mae, apretando mucho los ojos al cerrarlos. En esa posición me sentía como algo que se ha venido abajo en el cementerio, algo que ha caído a plomo sobre la hierba desde una de las lápidas más grandes y que ya no es posible enderezar. Y Edna Mae a mi lado, no de costado y vuelta de espaldas sino boca arriba, que no era una buena posición, porque así respiraba de manera irregular y humedecía la colcha blanca de lana que la madre de Edna Mae había tejido para nosotros como regalo de boda y que, según nos había explicado, era de *punto de diamante*, y había sido en otro tiempo muy bonita; a mí siempre me ha parecido asombroso que la hubiera hecho mi suegra y he sentido como una bendición que la familia de mi querida esposa me aceptara como hijo, dado que (para mí estaba claro aunque no lo estuviera para ellos) Luther Dunphy *no era digno*.

Y ahora me parecía de nuevo, como cuando la mirada del profesor se había detenido sobre mí, que no era un verdadero protector de los débiles y de los indefensos, sino un cobarde que no tenía derecho a llamarse cristiano.

Un cristiano es alguien que sacrifica su vida en el martirio. Lo sé desde hace mucho tiempo, pero no quería reconocerlo porque es mucho más fácil esconderse en el seno de la familia y pretender que amarla y protegerla es tu única responsabilidad.

Qué largo se me hizo, cuantísimos minutos, despierto como estaba en la cama, pero tratando de dormir pese a aquellos pensamientos condenatorios, y esforzándome por no escuchar la dificultosa respiración de la mujer que tenía a mi lado. Hasta que a la larga —como sabía que iba a suceder— su respiración pareció detenerse y entonces, después de unos segundos de desesperación, durante los que el sonido fue como si la estuviesen estrangulando, la toqué para despertarla, suplicándole: «Edna Mae. *Respira*».

Entonces mi pobre esposa dejaba escapar, sorprendida, un resoplido, y durante un momento de confusión parecía haberse despertado; luego se hundía de nuevo en el sueño, pegada a mí.

Ahora está con Daphne. Nuestra hija la reclama.

Casi veía los bracitos de nuestra pequeña estrechamente abrazados al

cuello de Edna Mae, tirando de ella hacia una oscuridad que era como fango negro.

Aunque la niña no emitía sonido alguno. Es poco frecuente encontrar una criatura que no produzca ningún sonido.

Con Daphne es más feliz que con nadie. Están las dos con los ángeles. La mayor muestra de cariño sería enviar a la madre allí, para que estuviese con la niña y la consolara.

No es esta la primera noche que he meditado sobre mi responsabilidad con mi pobre y querida esposa. Fue, sin embargo, la primera vez que me atreví a incorporarme, apoyándome en un codo, a su lado, para retirar mi almohada y considerar que sería un acto de clemencia conseguir que la desconsolada madre dejara de penar; y las palabras *sufrimiento*, *consuelo* me resonaban en la cabeza como a veces sucede cuando una canción popular se te mete dentro y se resiste a la expulsión, de la misma manera que cuando algo fibroso se te ha metido entre los dientes. *Sufrimiento*, *consuelo*. Jesús parecía empujarme hacia aquella consideración. Porque no podía tratarse de una casualidad, ¿verdad que no? El sonido mismo de las palabras, que eran como música.

Jesús es infinitamente compasivo con todas las criaturas, y no desea que suframos como Él sufrió por nosotros. Indeciso, alcé la almohada para colocársela sobre la cara a Edna Mae, que empezó a contraerse a medida que respiraba más despacio, y enseguida pareció dominarla una sensación de ahogo, crispándosele la boca y haciendo muecas en una sonrisa que era como la de una calabaza de Halloween y no se parecía a ninguna expresión que yo hubiera visto nunca en el rostro de mi pobre esposa, y aquello me llenó de consternación.

No se debatirá mucho tiempo. Porque tú eres fuerte y sabes lo que se debe hacer.

Cierto, soy mucho más fuerte que Edna Mae. Y sin embargo, la fuerza de un ser más pequeño, de un niño por ejemplo o de un gato, puede ser considerable, y una sorpresa. Y si esa criatura te araña las manos, tu fuerza menguará.

De todos modos, si apretaba la almohada contra su cara y le inmovilizaba la cabeza sobre la otra almohada, y esta a su vez contra el colchón, y no me ablandaba, no se debatiría durante mucho tiempo. Y sería un acto de *misericordia* evitarle más *sufrimientos*.

Edna Mae dejaría de lamentarse por la pérdida de nuestra hija, que está con

los ángeles y con Jesús. No estaba bien que se afligiera tanto por Daphne si Dios se la había llevado para estar con Jesús. En eso era un mal modelo para nuestros hijos.

No siempre está claro cuáles son nuestros deberes. Soy el padre y soy responsable. Si le evitara más sufrimientos a Edna Mae, no se me culparía. Es decir, Dios no me culparía.

Al mirarme, sus ojos ya no me acusarían. Ya no advertiría a nuestros hijos que no llorasen en lugares donde su padre pudiera oírlos.

Por la mañana Edna Mae no recordará (probablemente) dónde estábamos anoche. Si se lo recordara y le repitiera algunas de las observaciones de Willard Wohlman, diría enseguida que sí, que se acordaba. Y de hecho recordaría algo.

La diferencia entre recuerdos verdaderos y recuerdos falsos no siempre es evidente.

Había empezado a apretar la almohada con más fuerza contra el rostro de mi esposa. Tenía que ocultar (a mis ojos) toda la cara, aunque en realidad solo era necesario que quedaran cubiertas la boca y la nariz. Muy cerca, en la oscuridad, Jesús nos observaba.

Si se resiste, tienes que retirar la almohada de inmediato. La elección ha de ser suya, Luther. No tuya.

La presión de la almohada no era extrema. Estaba de acuerdo con lo que Jesús aconsejaba, la elección tenía que ser de ella y no mía.

Otra idea se me presentó también con la fuerza de un martillazo: «Asfixiar a mi mujer será señal inconfundible de que no cuento con el favor de Dios. De que Dios no tiene un plan para mí».

A veces ya había expresado en voz alta ideas parecidas. Sobre los tejados, donde sabía que el ruido de los martillazos sobre la madera nueva disimularía mis palabras y nadie las oiría.

O cuando me quedó claro que nunca llegaría a ser ministro de la Iglesia de San Pablo Misionero, pese al gran anhelo de mi corazón, y que solo llegaría a *ministro seglar*, porque los superiores dudaban de mi habilidad para «captar la atención» de la feligresía, y porque también tenían dudas sobre otros aspectos relacionados con la vida de un ministro del Señor. Al principio me sentí herido, pero luego, al explicármelo personas a las que admiraba, comprendí que la decisión era de Dios y no suya: *Es la voluntad de Dios, solo nos queda aceptarla.*

Y entonces, cuando aquello me lo explicó un anciano ministro del Señor que yo respetaba más que a nadie, de repente se me cayeron de los ojos unas como escamas y entendí.

La voluntad de Dios, solo nos queda aceptarla.

Hay muchas maneras de servir a Dios, Luther. No existe únicamente el camino del ministerio.

Esa es la gran sabiduría de nuestras vidas: no resistirte al plan de Dios para ti, ni tratar de apropiarte un plan con la pretensión de que es el de Dios.

Al apretar un poco más la almohada sobre su rostro, Edna Mae empezó a mover la cabeza y a forcejear. Pero insistí todavía con más fuerza y entonces empezó a retorcerse como podría hacerlo un gato en una repentina explosión de pánico, no arañándome las manos (como había temido) sino sujetándome las muñecas para apartarlas; y a través de la almohada me llegaron gritos ahogados: ¡No! No no...

Al instante alcé la almohada del pálido rostro contraído. Los labios estaban cubiertos de saliva y los ojos parpadeaban frenéticamente.

—Has tenido una pesadilla, cariño... Te estabas asfixiando mientras dormías.

Era cierto, Edna Mae había estado haciendo ruidos como de ahogarse durante el sueño. Su respiración se había vuelto entrecortada, como si hubiera estado corriendo. Ahora, sentada en la cama, se la veía asustada y confusa, como alguien que no sabe en absoluto dónde se encuentra.

Mientras jadeaba y sollozaba a medias, la agarré suavemente por los hombros, tan frágiles, y la zarandeé para calmarla.

—¡Edna Mae! ¡Para ya! Era solo una pesadilla... Ya estás a salvo.

Busqué a tientas la lámpara de la mesilla, que parecía haberse caído como si hubiera habido una pelea. La enderecé con cuidado y la encendí. A la luz mortecina, Edna Mae me miró despacio como si tratara de identificarme.

Las pupilas, muy dilatadas, parecían del todo negras. En la mesilla de su lado de la cama estaba su Biblia, muy usada (la tenía desde muy joven), y uno de los peluches de Daphne, que se parecía al oso color canela del que me había desprendido semanas antes.

—Dormías boca abajo, Edna Mae, con la cara en la almohada. Te has asustado al sentir que no podías respirar. ¿Ves? Has mojado la almohada de saliva...

Edna Mae se estremeció con algo similar a su antiguo desagrado de

persona escrupulosa en exceso. Le resulta embarazoso que se le recuerde que ha incurrido en semejante comportamiento o en cualquier tipo de desaseo personal. No se lo reprocho.

Mi manera de relacionarme con mi familia y con cualquier persona joven es hablar con cortesía y amabilidad y sin juicios severos, porque ese fue uno de los grandes descubrimientos de mi formación como ministro (seglar).

Un cristiano es una persona que hace sentirse a otros esperanzados y a gusto consigo mismos. Ni avergonzados, ni tristes ni preocupados.

Edna Mae se volvió para mirar el reloj de la mesilla de noche. Los números señalaban las 2.11 de la madrugada, algo que mi querida esposa pareció no entender, porque, dadas nuestras costumbres, una hora tan tardía no parecía real. Las dos ventanas del dormitorio solo mostraban la oscuridad exterior, muy pegada a los cristales, semejante a un rostro tan próximo que no distingues los rasgos.

—¡Oh, Luther! Lo siento. Estás todavía despierto por culpa mía...

Le dije que no fuese tonta, que no era culpa suya que siguiera despierto.

Con un murmullo de disculpa se bajó de la cama.

A través del camisón de algodón se le dibujaban las vértebras de la espina dorsal, tan delgada se había quedado mi pobre esposa. Cuando me ofrecí a ayudarla me apartó la mano con una risita desazonada. Porque parecía que ya estaba despierta del todo. Con algo de esfuerzo y un poco vacilante llegó hasta el pasillo y el cuarto de baño junto a la puerta de nuestro dormitorio.

Descalza se movía tan calladamente que no se oían sus pasos. Confié en que no se cayera y tuviese que correr a socorrerla, se despertaran nuestros hijos y saliesen a toda prisa de sus cuartos... Para entonces sudaba ya a mares, y me limpié la cara con el borde de la sábana.

Me invadió una profunda sensación de náusea: no podía creer lo que había estado a punto de hacerle a mi querida esposa: *¿Asfixiarla? ¿Para evitarle nuevos sufrimientos?*

—Pero eso no está permitido. Sé que no está permitido.

Lo dije en voz alta con una especie de asombro infantil. Si Jesús era testigo, quería que lo oyera.

Oí tirar de la cadena en el cuarto de baño y después un grifo. Las tuberías de esta casa son antiguas y hay que cambiarlas pronto. Oí el *¡clic!* del armarito de las medicinas al abrirse, así como el ruido al agitar las pastillas en un frasquito para hacerlas salir.

Casi era capaz de ver cómo le temblaba la mano a mi querida esposa.

Y, sin embargo, pese a lo cansado que estaba, y a lo mucho que me pesaban los párpados, entendí que en realidad no podía ver a través de la pared cómo Edna Mae se vertía las pastillas blancas sobre la palma de la mano.

Luego me llegó otro sonido. Las pastillas se le escurrieron entre los dedos y cayeron al suelo. Acto seguido una brusca aspiración muy rápida —«¡Dios mío!»— al agacharse para buscarlas a tientas y recogerlas una a una del linóleo, que no estaba nada limpio.

Se oyó de nuevo ruido de agua y un nuevo gemir de las tuberías. Y esta vez el *¡clic!* de un vaso depositado con un poquito de violencia sobre la loza del lavabo.

Cuando Edna Mae regresó a la cama, a sus pies les costaba aún más trabajo sostenerla. Su cara, con la blancura del papel, presentaba en las mejillas manchas rojas como de urticaria. Tenía los ojos hinchados e inyectados en sangre y sin embargo (vi que) revelaban un algo furtivo, la testarudez del secreto. Llevaba el pelo apelmazado y en rígidos mechones como las plumas de un pollo muy flaco.

¡Mi adorada Edna Mae! El corazón se me llenó de amor hacia ella, no en su apariencia de aquel momento, sino tal como era cuando la vi por vez primera en la iglesia de Mad River, a los diecisiete años, en lo que ya me parecía otra vida, antes de que alzara los ojos, llenos de timidez, para verme *a mí*.

¡Los dos tan jóvenes! Para entonces ya había dejado yo de estudiar. Había decidido abrirme camino por mi cuenta y no seguir trabajando con mi padre como él hubiera querido, para pasar en cambio el verano con mis tíos en Mad River a cincuenta kilómetros al sur de Muskegee Falls y trabajar en su granja de productos lácteos.

Si no hubiera ido a pasar el verano en Mad River.

Si no hubiera ido a los servicios religiosos aquella mañana de domingo.

Pero el Señor había decretado que tenía que suceder. Había decretado que Edna Mae Reiser y Luther Amos Dunphy se encontrasen en aquel lugar y en aquel momento en junio de 1977 y que nuestros hijos fuesen naciendo en el momento establecido. Porque de ninguna otra manera podrían haber progresado nuestras vidas para que nuestros hijos viniesen al mundo tal como sucedió y se los bautizara en Jesucristo.

La Edna Mae que *es* y la Edna Mae que *fue*. Difícilmente podría pensarse que la mujer de treinta y seis o treinta y siete años (yo no estaba absolutamente seguro de la edad de Edna Mae como tampoco de las edades exactas de nuestros hijos porque cambian todo el tiempo, así que toda la familia se ríe de su *papi* al que siempre están corrigiendo y riñendo) pudiera ser la madre de una Edna Mae Reiser de diecisiete años con su cara redonda y tanta timidez en los ojos.

No es el mismo tipo de mujer, pensaría cualquiera. Ni la misma sangre.

Según mis recuerdos, aquel día en la iglesia Edna Mae llevaba un vestido blanco. (Porque se estaba preparando para ayudante de enfermera, como supe después.) Aunque ella se ha reído siempre de mí, diciendo que no, ¡que no llevaba un *vestido blanco* aquel día! De ninguna manera se le hubiese ocurrido ir de uniforme a la iglesia. Lo que llevaba era un vestido rosa con estampado de flores y unas bailarinas blancas.

Ahora Edna Mae se estaba quejando de lo mucho que le cansaba conducir de noche, algo que yo no entendía bien. Qué egoísta era yo que la obligaba a conducir pese a que odiaba hacerlo de noche, sobre todo en la autopista interestatal, por lo que ahora le dolía la cabeza y necesitaba tomar algún medicamento para volver a dormirse de inmediato.

¡Sí que era una sorpresa! Porque Edna Mae no había conducido ningún vehículo desde la catástrofe de enero de este año. Estaba seguro. Luke o Dawn me lo habrían dicho. Nunca le habría pedido a mi querida esposa que condujera de noche por la interestatal aunque disfrutase de buena salud. Pero no rebatí su afirmación porque solo habría servido para empeorar las cosas.

—¿Has tomado más de esas condenadas pastillas, Edna Mae? ¿Aunque tienes que levantarte dentro de muy pocas horas?

Pronunciar la palabra *condenadas* delante de Edna Mae tenía el efecto de una bofetada. Pero de una bofetada muy suave, para llamar su atención, y no para insultarla como hubiera sucedido con otras palabras más duras.

El disgusto al oír murmurar la palabra *j***** a nuestra hija Dawn unas semanas atrás, en la cocina, mientras cerraba cajones con violencia, hablando sola cuando creía que no había nadie que pudiera oírla. *Que te j****, p*** caraculo, que te j****, ¿te enteras?* Riendo despectiva al imaginar un duelo verbal con uno de sus compañeros de clase.

Mi disgusto había sido tal que regresé al coche. Y volví a entrar en casa aturdido, unos minutos después, para evitar un enfrentamiento con mi hija.

Sabía, por supuesto, que Edna Mae se había tomado una o más pastillas en el baño. Sabía que ya no iba a ser capaz de levantarse por la mañana antes de que los niños se fueran al colegio y yo a trabajar. Los mayores ayudarían a los pequeños como lo habían venido haciendo desde enero y, al regresar a casa por la tarde, no les sorprendería encontrar grogui a su madre, todavía en camisón y hablando de manera ininteligible.

Sé que las pastillas que el médico le ha recetado producen «adicción». Sé que existe un problema de «dependencia». Pero el médico ha insistido: sin ellas Edna Mae padecería una «grave depresión».

Es un pecado contra Jesús estar *deprimido*. *Desesperarse* es un insulto contra Jesús, que murió por nuestros pecados, como si Jesús no fuese suficiente para ti, pero no quiero decirle a Edna Mae algo así para no ponerle las cosas todavía más difíciles.

En una mujer, las debilidades del hombre se duplican o se triplican. Su voluntad de resistir la tentación de desesperarse no está bien desarrollada, como le sucede con los músculos del hombro y de la parte superior del brazo.

Me levanté deprisa de la cama, que estaba muy necesitada de un cambio de sábanas. (No quise comprobar si, en su momento de pánico, cuando parecía posible que se asfixiara, mi pobre esposa se había orinado encima y había mojado la cama.) La ayudé a acostarse de nuevo, le coloqué bien la almohada debajo de la cabeza y me senté un rato con ella, acariciándole una mano, que estaba extrañamente caliente y seca.

—¿Qué hora es, Luther?

—¿Qué *hora*?

—Sé dónde estamos, pero... ¿cuándo...?

Nuestro ministro nos ha dicho que hay un tiempo más allá del tiempo. No tenemos palabras para hablar de él. Es un pensamiento que también se me ha presentado cuando estoy de pie, con la cabeza levantada, y veo de una ojeada la disposición y los tipos de nubes: su forma, color y espesor particulares.

En silenciosa respuesta a su pregunta, apreté con fuerza la mano de Edna Mae.

Tenemos fe, el significado de todo esto nos llegará desde lo alto. Como una ligera lluvia cálida que es una bendición.

Ya fue una bendición que Edna Mae volviera muy pronto a dormirse. Yo confiaba en que no se acordara por la mañana de ningún detalle de la pesadilla de asfixiarse.

Lo bueno de los malos sueños es lo pronto que se olvidan.

Mientras Edna Mae dormía en nuestra cama, con la boca abierta y una respiración ronca y húmeda, pero con menor agitación que antes, sentí que también yo me tranquilizaba poco a poco; y un sentimiento de gratitud me llenó el corazón. Porque parecía decidido ya que nadie me pediría evitar a mi querida esposa *nuevos sufrimientos*. Y no estaba tan claro que Dios no le reservase a Luther Dunphy un destino especial.

Sin hacer ruido apagué la luz y me deslicé bajo las sábanas junto a aquel cuerpo femenino.

«Gracias, Dios mío: me has mostrado el camino como te había suplicado que hicieras.»

Poco tiempo después de aquello, sin informar a mi querida esposa, me hice miembro de la Operación Rescate, organización que había descubierto gracias al boletín del Ejército de Dios. En total asistí solo a tres reuniones, en las que nunca hablé. Pero, al igual que los demás, prometí estar dispuesto a *entregar mi vida por Jesús*.

La hija perdida

Sucedió en enero de 1998. Aunque vi cómo el otro vehículo entraba en la autopista, no pude frenar a tiempo.

Nevaba con poca intensidad y en la calzada empezaba a formarse una fina película de hielo reluciente.

También aquello supuso otro *giro* para mi alma. ¡Jesús, perdóname!

A cierta distancia, delante de mí, vi que la camioneta entraba en la autopista sin respetar el *stop*. Venía por County Line Road, muy cerca ya de nuestro pueblo. Es una carretera que yo utilizaba a veces para ir al vertedero del condado. No se usa mucho, de manera que no hay semáforo, tan solo una señal de *stop*. Con la nieve cayendo, la camioneta no era tan visible como si hubiera brillado el sol, porque la carrocería era de un color indefinido, como de canto rodado.

Cuando conduces por la autopista estatal al norte de Muskegee Falls, el límite de velocidad es de noventa kilómetros por hora. Y hay pocos semáforos.

De repente sucedió: la camioneta ocupó el carril de la derecha.

Siempre existe una tendencia a no ver lo que tus ojos están viendo cuando lo que ves es terrible. Cuando otra persona se ha atrevido a comportarse de manera tan caprichosa y en violación de la ley. Porque lo que había hecho la camioneta se llama *parada incompleta* y supone una violación de la ley.

Yo regresaba a casa una vez terminadas las ocupaciones de una mañana de sábado, y me quedaba poco más de un kilómetro para llegar. Y distraído como estaba (porque hay mucho en lo que pensar cuando tus horas de trabajo se han reducido en un tercio y se tiene una familia de cinco hijos, a uno de los cuales se le ha diagnosticado un *problema neurológico*), vacilé al parecer durante un segundo, una fracción de segundo, pensando: *No. No vas a salir de golpe a la autopista. No delante de mí.*

No es habitual que yo piense así. Excepto a veces, detrás del volante de mi

coche, cuando otros tratan de cortarme el paso o aprovecharse de mi buena voluntad. E incluso entonces, al girar en un semáforo, un giro a la izquierda por ejemplo, tengo por costumbre (de ordinario) permitir que el conductor en el carril opuesto gire primero, por pura amabilidad; porque un joven ministro del Señor, muy admirado en Toledo, se había comportado de esa manera, en imitación de Jesús, y me había causado una gran impresión. Por otra parte, tampoco tengo por costumbre superar el límite de velocidad en ninguna carretera, dado que la «gestión de la ira» me ha enseñado a controlar ese tipo de agresividad, que es como se la llama, tanto en las carreteras como en otros lugares.

Ofrecer la otra mejilla, como Jesús nos enseñó, es un buen consejo muy sólido, y lo que siempre se nos ha dicho. La persona perjudicada por la ira eres tú.

Pero por lo que parece la camioneta que salía de County Line Road apenas redujo la velocidad antes de incorporarse al nutrido tráfico de la autopista. Quienquiera que estuviese al volante del vehículo podía ver cómo el tráfico del carril de la derecha se dirigía hacia él y calcular (hay que suponerlo) que no disponía (probablemente) del tiempo suficiente —al entrar en la autopista— para aumentar la velocidad y evitar la colisión, pero, de todos modos, entró por las bravas.

Sería un joven, supuse. Alguien con menos de veinte años.

Posiblemente un varón de mi edad. Pero no una mujer ni un hombre mayor.

Desde algún sitio cercano me llegó el terrible sonido de un claxon, o de varios. E incluso cuando mi pie saltó sobre el freno, pisándolo a fondo, era demasiado tarde para evitar la colisión con el vehículo que tenía delante y que viajaba a una velocidad más o menos idéntica a la mía, pero que ahora estaba frenando para evitar alcanzar a la camioneta que tenía delante; y sin pensar, porque no había tiempo para pensar, giré el volante bruscamente hacia la izquierda y pisé aún con más fuerza el pedal del freno aunque ya los neumáticos se deslizaban sobre la fina lámina de hielo. En el espacio de unos segundos se produjo una triple colisión, mientras —como nos enteraríamos después— la camioneta seguía en el carril derecho de la autopista, acelerando y alejándose sin mirar atrás (por lo que parece) y sin que después al conductor culpable se le detuviera nunca.

Sucedió mientras la nieve caía suavemente. De un cielo de nubes

amontonadas que eran como algodón sucio. Y mi voz se alzó, incrédula y furiosa: *¡No! Maldito seas, NO.*

Pero en aquel momento se produjo el impacto, el morro de mi coche golpeando la trasera del que iba delante, a una velocidad inferior, aunque no mucho, a los ochenta kilómetros por hora; y los dos vehículos patinaron, girando sobre sí mismos como los coches de choque de una verbena; y casi de inmediato un tercer vehículo, que yo no había visto hasta entonces —una ranchera conducida por una joven con su madre de avanzada edad en el asiento del acompañante—, fue alcanzado por los nuestros, giró bruscamente hacia la mediana y fue a estrellarse con un ruido atronador contra el guardarraíl.

Sin tiempo para pensar: *He tenido un accidente. Me voy a morir.*

Sin tiempo para rezar: *¡Jesús, ayúdame! ¡Ayúdame, Dios mío!*

Así de deprisa sucedió todo: mi coche había patinado hasta chocar con los otros dos, y a los tres los declararían *siniestro total*, el metal abollado y arrugado como un acordeón; siguió el terrible impacto y luego... silencio, como el silencio después de un trueno que ha desgarrado el cielo.

A continuación los gritos de sorpresa, miedo, dolor...

En la confusión me pareció que el automóvil había explotado, pero era el airbag, que me había golpeado el pecho y la parte superior de los brazos, y que despidió además alguna clase de ácido que me produjo graves quemaduras en la cara. Y parece que en aquel momento quedé inconsciente, porque la cabeza se me había proyectado hacia delante, como si se me fuera a separar del cuello, y también me subió a la boca un gusto agrio, de bilis. Acto seguido ya no estaba detrás del volante sino que había salido disparado y me encontraba sobre la calzada. Después me dijeron que me había desabrochado el cinturón de seguridad, pero no lo recuerdo. Recuerdo, en cambio, que me arrastré con las manos y las rodillas sobre el firme helado de la autopista, y traté de avanzar sobre cristales rotos, o algo desmenuzado como plexiglás, con la boca llena de sangre y una presión en el pecho que no me permitía respirar.

De entre la confusión surgían llantos y gritos, así como ruido de pasos cerca de donde tenía la cabeza; muy pronto se unió el silbido ensordecedor de una sirena, y supe que me estaban alzando, pero sin la menor idea de adónde me llevaban. No *veía*, pero un entrechocarse de luces cegadoras me inundaba los ojos y, aunque no podía *respirar*, hasta mis pulmones entraba un aire

helado que me perforaba el pecho.

A gran velocidad me trasladaron a un hospital de Springfield, a treinta kilómetros de allí, algo que no supe en aquel momento. Tampoco entendí que era un *choque* lo que había sucedido. Ni supe que otros vehículos llevaban a otras víctimas del accidente al hospital: no sabía la palabra para *ambulancia*, ni para *hospital*. Lo extraño era que no sentía miedo, algo que después me parecería maravilloso. No sentía pánico. Ni siquiera pesar, tan solo una leve decepción porque no iba a poder volver a casa como había planeado; no volvería a ver a mi querida familia ni ningún rostro humano, aquello fue algo que sí supe. Y delante de mí apareció un rayo de luz que era algo así como una autopista, porque había ocupado el lugar de la carretera, y me iba a llevar consigo, pero seguí sin sentir miedo porque descubrí la presencia de Jesús dentro de mí (aunque a Él no lo veía).

Me pareció (es cierto que nunca lo vi a Él con los ojos de la carne) que Jesús me había «salvado» la vida; al mismo tiempo, se me hizo saber que mi vida *estaba en Jesús*, y que no había diferencia alguna entre *Jesús y Luther Dunphy*.

De manera que no existió el miedo. Fue como sumergirse en agua tibia y tranquila: no eres capaz de decir dónde se acaba tu piel y dónde comienza el agua. Y el agua te hace flotar, como si fueras un bebé que no necesita agitar ni brazos ni piernas porque no existe miedo de ninguna clase.

No sé el tiempo que seguí en aquel estado de tranquilidad y calma. Más adelante se me diría que había llegado inconsciente al servicio de urgencias y con la tensión arterial muy baja, en *estado de shock*. Después se me daría la terrible noticia de que otras personas habían muerto en el accidente, aunque en el mismo hospital había otro superviviente; y que se me mantuvo con un sistema de *soporte vital* durante cuarenta y ocho horas.

Es muy extraño «despertar», como si fuese algo que hubieras elegido, cuando no es ese el caso: no tienes otra posibilidad. Recibí la sorpresa de abrir los ojos en una habitación de paredes blancas, llena de aparatos que emitían sonidos, y con el aspecto del interior de un frigorífico, y ver rostros de desconocidos que no cesaban de desvanecerse como en el fundido encadenado de una película, porque yo no era capaz de mantener la atención necesaria para seguir despierto más de unos pocos segundos. Y un poco más tarde se presentó mi querida esposa Edna Mae (aunque un tanto indistinguible de mi madre cuando tenía su edad), que me tocó la mano y se

echó a llorar y rezó por mí; y otras personas a las que conocía, cuyas caras me resultaban familiares. Fue así como supe que Jesús me había devuelto a los míos, porque *no me había llegado aún el momento de reunirme con Él.*

El cráneo, me dijeron, se me había *fracturado* y presentaba una delgada grieta a lo largo de la coronilla. También lesiones en las vértebras de la parte inferior de la espalda, los dos brazos afectados y dislocado el hombro derecho, además de costillas rotas, junto con *traumatismos* generalizados, porque tal fue el nombre que les dieron. Y muchas heridas y cardenales en la cara, además de las quemaduras producidas por el ácido. ¡Y los dos ojos morados! Sin embargo el dolor era una sensación flotante a la que me podía subir como uno se sube a un colchón inflable en una piscina; y si me mantenía diligente y no me hundía y no sentía lo peor del dolor, todo parecía estar sucediendo en un lugar remoto dentro de mi cuerpo, como un ruido desagradable que se oye en una habitación lejana, que palpita rítmicamente. Aunque más adelante descubriría que aquella sensación era la consecuencia de la morfina que se me administraba gota a gota, y que no era buena para mí, así que tan pronto como pude hacer saber mis deseos al personal médico les dije *¡No más morfina!*

En la Iglesia de San Pablo Misionero no creemos en medicamentos (excepto recetados, cuando son imprescindibles), ni en marihuana, bebidas alcohólicas y tabaco. Creemos que en todos los momentos de la vida el alma está en comunicación con Jesús y que esa comunicación no se debe ensuciar, como tampoco querriás que se ensuciara una ventana recién lavada.

Más adelante también me hablarían del gran pesar por que me hubiese sido arrebatada mi pobre niñita querida. En cuanto a Edna Mae, no la dejaban visitarme en el hospital porque no cesaba de llorar y de gemir. Aunque por mi parte no recordaba que ninguno de mis hijos hubiera estado conmigo en el coche. Estaba seguro de que no había sido así.

Cuando pude hablar con calma dije *No. No estaba conmigo. No había nadie conmigo.*

Y me contestaron: *¡Sí que estaba, Luther! Tu hija Daphne estaba contigo, en el asiento para niños de la parte de atrás, porque la llevabas de vuelta a casa desde la de su abuela, y ha muerto a causa de sus lesiones en el accidente.*

(¿Era esa la criatura de la que hablaban? ¿Mi pobrecita niña que solo tenía tres años? Pero estaba seguro: ninguno de mis hijos se encontraba ni

remotamente cerca del lugar del accidente.)

Más adelante se llegaría a saber la identidad de las otras víctimas, de las cuales dos habían muerto; nunca se llegaría a saber, en cambio, la del conductor que se dio a la fuga y al que no se llegó a detener después de haber cometido un *homicidio vehicular*.

Fueron muchas las veces que protesté: *¡No llevaba a Daphne conmigo! No es verdad.*

Es cierto que Dios ha considerado oportuno castigar mi perfidia de muchas maneras, pero no así, porque la niña era inocente y Dios la habría protegido.

Cuando volví a casa del hospital pasó algún tiempo antes de que pudiera andar, primero sin ayuda y después sin bastón. Y pasó mucho tiempo antes de que pudiera volver al trabajo y aun entonces con mucha lentitud y precauciones (por el dolor en la parte inferior de la espalda en particular). Pero con la ayuda de Dios, regresé. *No me quejé ni una sola vez, porque agradecía haber conservado la vida; y entendí que, cuando la pierda, cuando Dios me la quite, no será una ocasión para la tristeza sino para la alegría.*

Sucedió que, a diferencia de los demás, mi querida esposa no hablaba de Daphne. No trató de convencerme de que nuestra hijita de tres años había estado en el coche conmigo, dado que no hablaba de ella en absoluto. Y otros miembros de la familia me dijeron que no era necesario pensar en ello.

Es agua pasada. Dios se la ha llevado consigo, ahora ya está con los ángeles.

Al cabo de algún tiempo volvió a ser posible que Edna Mae me abrazara, y que yo la abrazase a ella, sin hablar de nuestra pérdida. Parecía claro que me perdonaba el error de haber utilizado el vehículo en la autopista en aquel momento, con la nieve cayendo, mala visibilidad, y una delgada lámina de hielo formándose sobre la calzada.

No mencioné delante de Edna Mae, ni de ninguna otra persona, la furia en mi corazón contra el conductor de la camioneta, furia que podría haber desagradado a Dios.

Yo no creo que mi automóvil fuese demasiado deprisa en el momento del accidente. Nunca se me acusó de algo así. Ni tampoco de que no hubiera respondido con la necesaria velocidad a la hora de pisar con fuerza el pedal del freno y girar el volante para evitar el choque, si bien, al parecer, girar el volante no sirvió de nada.

Aunque es cierto que estaba distraído con mis pensamientos. Como una

nube de mosquitos alrededor de mi cabeza, aquellos pensamientos hicieron que me irritara y me impacientara y me llenaron el corazón de beligerancia, dado que el espectáculo de cómo la camioneta, en lugar de detenerse en la señal de *stop*, se aventuraba a salir a la autopista no hizo que sintiera miedo (que es lo que me tendría que haber sucedido) sino que surgiera en mí el deseo de castigar.

¡No! No voy a reducir la velocidad por ti.

Maldito seas.

Una alegría rabiosa me llenó el corazón como el resonar de una trompeta... aunque casi de inmediato pisaba el freno con fuerza, pero demasiado tarde.

Si bien se nos diría después, a los supervivientes, que no habríamos podido hacer nada para salvarnos.

Fuera lo que fuese lo que le había sucedido a Daphne, lo cierto es que desapareció de nuestras vidas. Durante todo el tiempo que tardé en restablecerme entendí que aquello era mi castigo por lo sucedido, aunque se me explicara que no había sido culpa mía. Fractura de cráneo, edema cerebral, hombro dislocado, zona lumbar: aunque no tomase «calmantes» (que es como se los llama) mi memoria era deficiente, y durante mucho tiempo mi visión presentaba manchas, como cuando se ha mirado demasiado directamente al sol. Si alguien me decía, «Luther, salimos al mediodía», diez minutos después ya no recordaba lo que se me había dicho; y en el trabajo, una vez que me fue posible reintegrarme, Ed Fischer estaba obligado a darme instrucciones cuidadosas sobre qué hacer más de una vez.

En ocasiones recordaba que se me había dicho algo importante, pero sin recordar de qué se trataba. En otros casos ni siquiera recordaba que se me hubiera dicho algo.

No ha sido culpa tuya. Jesús se la ha llevado para estar con Él.

Así me lo explicó nuestro pastor, al igual que otras personas de nuestra iglesia que rezaban por mi restablecimiento y también por el de Edna Mae, que se había desmejorado mucho, incluso cuando ya empezaba yo a recuperar fuerzas.

Me impuse como ejercicio obligatorio, primero mientras estaba en casa y más adelante cuando volví al trabajo, examinar el accidente desde todos los ángulos. Y veía con toda claridad que *en el asiento para niños de la parte de*

atrás del vehículo no había ninguna criatura de tres años.

Son muchísimas las veces en mi vida, siendo padre, que he sujetado a un niño pequeño en el asiento de atrás, a veces a dos niños en dos asientos, uno al lado del otro, y estoy seguro de que no hice nada de eso aquel día. Lo que me pasó por la cabeza como un fogonazo en el momento del choque fue el pensamiento de que *si muero, por lo menos no morirá nadie conmigo.*

Veía cómo empezaba todo en algún sitio detrás de mis ojos. Con una sensación de vacío en las tripas porque no había forma de detenerlo. La camioneta procedente de County Line Road —sin desacelerar apenas en la señal de *stop*— entraba en el carril de la derecha unos setenta metros por delante (el conductor, invisible para mí, tomaba la rápida decisión de que podía acelerar lo suficiente para evitar que lo alcanzase el primer vehículo que se dirigía hacia él) (sí, es un riesgo que un conductor puede asumir, un riesgo que yo probablemente había asumido en mi vida más de una vez, pero nunca cuando llevaba a alguien conmigo en el coche), porque siempre existe la esperanza, aunque no tengas preferencia, de confiar en que el tráfico (probablemente) reduzca la velocidad en beneficio tuyo.

De manera que el conductor que iba delante frenó su vehículo antes de que yo pudiera comenzar a frenar el mío. Por lo que mi automóvil se estrelló contra la trasera del suyo, en medio del sonido de frenos chirriando, y luego el choque, que fue como una avalancha que parecía prolongarse y prolongarse.

Te descoyuntas como un muñeco de trapo. Perdido para ti mismo.

Una vez que se ha producido un choque, no es posible volver atrás. Pero antes de que se produzca hay una extraña sensación casi de *lentitud* cuando (es lo que piensas) tienes tiempo suficiente para tomar una decisión, crees que tienes tiempo de girar el volante en otra dirección (por ejemplo), con lo que se evitará la colisión, o empezar antes a frenar, o después... y el choque podría evitarse, o sucedería de otra manera.

Veía el accidente a cámara lenta. Al despertarme me daba cuenta de que lo estaba viendo. Mientras hablaba con otra persona también lo veía. Como en una película en la que todo está claro en un primer instante, pero luego comienza a desmoronarse y a derretirse. Y oía los frenos, que eran los de mi coche, y oía el sonido angustioso de patinar, cambiar de dirección, estrellarse. Y oía los alaridos. *No oía llorar a ninguna criatura.*

Mi automóvil (una berlina Dodge de 1993 que había pasado la inspección

técnica tan solo unas semanas antes, y a la que se consideraba en buenas condiciones pese a los ciento cincuenta mil kilómetros recorridos) golpeó al vehículo de delante, reculó y fue a estrellarse contra el guardarraíl de la mediana. Después de los desconcertantes primeros momentos del accidente yo sentía estremecerse el aire, sentía las vibraciones del aire como si se tratase de agua, hubo un temblor de metal, y cristales destrozados que adoptaron la forma de escarcha, el capó abollado y doblado sobre sí mismo como si un gigante le hubiera puesto un pie encima, con todo su peso.

Silbidos del vapor que se escapaba. Y gritos, peticiones de ayuda.

El accidente fue uno de los *giros* de mi vida, algo de lo que me di cuenta más adelante. En aquel momento no fui capaz de entender su significado. Durante mucho tiempo el dolor me martilleaba la cabeza, y también me dolían el cuello, la espalda, las piernas, las rodillas, incluso los pies... cosas que me perturbaban porque no soy una persona a quien le guste hablar con otros de sus dolencias, ni manifestar cualquier tipo de angustia que signifique autocompasión. La consecuencia fue que no llegué a descubrir si Luther Dunphy había sido responsable del accidente de una manera que nadie más estaba en condiciones de saber; o si había sido culpa mía solo en parte; o si había sido por completo responsabilidad del conductor de la camioneta, y mi participación en él, como la del resto de los implicados, nada más que *accidental*.

Me daba cuenta, sin embargo, de que mi relación con Dios era casi con toda seguridad más íntima que la de ninguna otra de las víctimas, al igual que mi relación con Jesús.

El pastor de nuestra iglesia me lo dijo prácticamente así al orientarme después del accidente. Hay cristianos cuyos lazos con Dios son más íntimos, y de los que Dios espera más que de otros cristianos; es un hecho probado: las Escrituras están llenas de referencias a personas así. El ministro dijo que en nuestros días eso no tenía por qué ser distinto de lo que sucedía en los tiempos bíblicos.

Muchas veces traté de pedir ayuda a Dios, pero Dios solo me concedió saber que todo lo que podía esperar era que se me permitiese vivir a pesar de mis heridas.

Es posible que muriera en el servicio de urgencias de Springfield. Creo que me «reiniciaron» el corazón. El cardiólogo me dijo algo en ese sentido. No quise conocer los detalles, pero entendí que las oraciones de mi familia

habían convencido a Dios para que se compadeciera de mí.

Aun así me pareció mal, y algo muy amargo (pero en secreto; nunca hubiera reprochado nada a Dios) que el Señor se hubiese llevado a mi hijita y no a mí. Porque cuando regresé a casa Daphne ya no estaba entre nosotros.

Aunque mi querida niñita no había muerto en el choque, se había ido; había dejado este mundo para entonces.

Muchas veces imaginé cómo, si Dios me hubiese dado la oportunidad, le habría dicho sin vacilar: «Quítame la vida, pero respeta la suya», y me habría reído al decirlo, una llama esplendorosa iluminándome el rostro, y con la voz resonante de júbilo, como me sucedía a veces (hace ya mucho tiempo) en mis días de bebedor, cuando no era más que un soltero ignorante y ciego.

¡Pobrecita niña! Daphne era una criaturita Down, que es como las llaman. Una pequeña de lo más dulce; todos la queríamos muchísimo.

Edna Mae y Luther la querían, al igual que toda la familia: sus hermanos y hermanas, hasta la bocazas con cara de comadreja... ¿cómo se llama? Dawn. Su abuela Marlene Dunphy (que vive al lado nuestro) siempre estaba rogándole a Edna Mae que se la dejase a ella, porque la niña era muy feliz todo el tiempo, se le iluminaba la carita, muy redonda, solo con verte, y se le escapaban risitas de entusiasmo y agitaba las manos. Le encantaba que la cogieses, que la abrazaras y la besases; le gustaba el contacto con las personas y nunca se apartaba como haría otro niño, que se impacienta si se le abraza con mucha fuerza o si el abrazo se prolonga un poco más de la cuenta.

Había algo raro en la boca de Daphne. Decían que no estaba bien formada, demasiado estrecha para la lengua. Y a veces le veías esta colgando, como la lengua de un perro cuando jadea. Pero acababas por acostumbrarte. No siempre entendías lo que estaba diciendo, debido a la lengua demasiado grande y también a una voz demasiado aguda, como la de un pájaro parlanchín, pero por lo general se podía adivinar que era algo como Quiero a la abuela, tal como le habían enseñado a decir.

Como asegura la gente, los bebés Down son especiales a los ojos de Dios. Daphne no era la única en Muskegee Falls. Y hay que distinguir los «retrasados» y los «moderadamente retrasados». Sin duda son especiales comparados con otros niños, los llamados «normales».

Ningún niño Down ha sido nunca un «mocoso malcriado». En una página web sobre el síndrome de Down que me enseñó Marlene Dunphy, se afirmaba como un hecho probado en la historia de la medicina.

Marlene tenía conexión online con padres y abuelos de niños Down y pasaba tiempo comunicándose con ellos. Pero a Edna Mae y a Luther no les interesaba nada de eso. Ni siquiera se podía sacar el tema: Edna Mae se disgustaba y Luther se enfurecía.

Daphne, la niña de los Dunphy, era la más pequeña de sus hijos y el último bebé (se suponía) de Edna Mae. Lo que ella misma pensaba no lo sabía nadie. Antes de casarse se había formado como enfermera o quizás como ayudante de enfermera y hablaba a veces de volver a trabajar cuando sus hijos crecieran, no porque el matrimonio necesitara el dinero (era bien evidente que lo necesitaban, tantos hijos y todos los arreglos que la casa precisaba, el coche viejo y baqueteado que conducía Luther, y el hecho de que siempre había algún enfermo en la familia), sino porque le gustaba trabajar, le encantaba trabajar en un hospital o en un hogar de ancianos (decía), porque ayudar a la gente la hacía feliz, porque para eso estamos en la tierra (decía). Sin duda Edna Mae Dunphy era de lo más feliz con un bebé en casa. Amamantar a un bebé, eso la hacía feliz. También la hacía feliz ocuparse de un niño enfermo. Hay mujeres así, yo no soy una de ellas, pero conozco a dos o tres (en mi misma familia); es una actitud patética porque a la larga los hijos crecen y llega un momento en que ni siquiera desean que los mires y no digamos nada de tocarlos y abrazarlos, y entonces anhelarás que esos mocetones vuelvan a ser pequeños, pero no habrá nada que ocupe su lugar.

Aunque es verdad que un hijo con síndrome de Down nunca crecerá. Nunca se apartará ni se burlará de ti. Ni se irá de casa.

A Daphne se la quería tanto porque parecía feliz todo el tiempo. Incluso cuando (más adelante llegó a saberse) no estaba tan bien ni mucho menos. Tosía y se ahogaba como si (quizás) fuese alérgica a algo como el polen o el pelo de gato y podía inquietarse mucho si tenía que sentarse en algo que la constreñía, como en el caso de un cochecito de niño. Cantar la emocionaba, y cantaba canciones, acompañando a las voces de la radio, como si fueran personas de verdad que estuvieran en la habitación con ella.

De muy pequeña a Daphne se la había bautizado en la Iglesia de San Pablo Misionero. La familia la llevaba a los servicios religiosos la mayoría

de los domingos y las tardes de los miércoles, y si se emocionaba más de la cuenta y parloteaba alzando demasiado la voz, Edna Mae la sacaba de la iglesia y esperaban en el coche.

A toda la feligresía le encantaba la pequeña Daphne Dunphy. El ministro la bendecía como una más de las ovejas del Señor.

Dicen que los niños con síndrome de Down tienen un aspecto raro, con esas caras planas, como de luna, parecidas a un rostro mongol, pero Daphne no era así en realidad y se parecía más a una muñeca con facciones delicadas muy bien pintadas. Tenía el pelo de color castaño claro y sus ojos, aunque pequeños, eran hermosos y oblicuos, además de ligeramente estrábicos, de manera que nunca sabías con qué ojo te miraba. Su abuela nos dijo que había nacido con unos pulmones y un corazón débiles: los Dunphy dudaban entre operarla del corazón como sugerían los médicos o poner su confianza en el Señor.

Fue una sorpresa oír aquello. Cualquiera pensaría que la cirugía cardiaca (en la Facultad de Medicina de Columbus) sería muy cara, pero Luther decía que un «cardiólogo infantil» la operaría gratis o por una cantidad muy reducida que pagaría un tercero, aunque a Luther le preocupaba que se tratara de algún tipo de programa benéfico o del gobierno federal, cosas que rechazaba. Quizá por sus creencias religiosas, o por razones estrictamente personales, le alteraba mucho la cuestión de los «subsídios federales» y de las «prestaciones sociales» procedentes del «Estado socialista», que era «ateo e impío».

Daphne era dura de oído, pero había llegado a un punto en el que casi podía leer los labios. Te miraba a la cara como si contuviera el aliento. ¡Ningún otro niño se interesaba tanto por un adulto! Los Dunphy empezaron a sospechar que algo iba mal cuando vieron que no aprendía a ir a gatas hasta que tenía un año, y que solo echaba a andar, si alguien la llevaba de la mano, cuando tenía unos dos. No comía como otros niños, tenía algún problema para masticar y tragar. Y padecía de hipotiroidismo, que fue corregido con medicación (aunque a los Dunphy no les gustaba dársela). Se notaba que tenía problemas de «desarrollo» solo con mirarla. Fue triste cuando llegó a ser lo bastante mayor para darse cuenta de lo que otros niños de su edad podían hacer y ella no; le resultaba frustrante y lloraba. Pero le bastaba estar con su madre para ser feliz, y no necesitaba jugar con nadie más. Se reconocía en el espejo a diferencia de un perro o un gato, y le

gustaba saludarse agitando las manos y reírse de sí misma como un monito.

La familia Dunphy no tenía nada de inusual. Una familia normal (más o menos) hasta que nació Daphne. E incluso aquello, algún tipo de discapacidad o hándicap para aprender, no es inusual en una familia. Luther Dunphy trabajaba para Fischer Construction, tejados y carpintería. Edna Mae y él pertenecían a la iglesia evangélica de Cross Creek Road, donde Luther había trabajado mucho como carpintero, techador y pintor y donde siempre hacía gratis cualquier arreglo. Incluso después de tener aquel terrible accidente y casi morir, y de pasar seis semanas en el hospital, tan pronto como se reincorporó al trabajo volvió a presentarse en la iglesia para ayudar. Tenían dos hijos y dos hijas, todos de más edad que Daphne. El mayor, Luke, era un aprensivo, según explicaba su abuela, al igual que Luther, pero un buen chico, muy responsable, como su papá. A Dawn, la mayor, le costaba trabajo estar a la altura en el colegio, pero la pequeña era una chiquilla bonita y callada que le caía bien a todo el mundo.

Noreen nos contó que su hermana Edna Mae había tenido algunas hemorragias durante el embarazo, que era ya el sexto o el séptimo, porque a lo largo de los años había sufrido uno o dos abortos espontáneos. Y la gente empezaba a decir que Luther tenía que cuidar mejor de su mujer y no dejarla embarazada todo el tiempo. La familia de Edna Mae decía que ya era demasiado mayor y que tendría que haber sacado conclusiones. Pero ¿por qué echarle la culpa a la mujer? Es más culpable el hombre. Y, si los mirabas a los dos, veías de inmediato de quién era la culpa: sin duda de Luther, que se lanzaba sobre su mujer como un semental en celo. A veces se le veía en la cara, en los ojos, una expresión como de una cerilla encendida y apagada de inmediato: nada más que el rescoldo. Con toda seguridad, Luther tenía sentimientos muy intensos, por mucho que los disimulara.

Y Edna Mae cedía siempre ante todo el mundo, con una sonrisa que era como una gomita elástica estirada hasta casi romperla. Se le estaba cayendo el pelo, se le veía el cuero cabelludo por debajo, y también, alrededor de la uña del pulgar izquierdo, las costras en los sitios donde se había mordido. Era esa clase de mujer cristiana incapaz de levantar una mano para protegerse si alguien venía hacia ella con un bate de béisbol. Aunque se estuviera ahogando.

El médico de Muskegee Falls la había mandado ir al hospital de Springfield para un examen prenatal porque tenía dolores y hemorragias,

pero no lo había hecho porque temía que en el hospital «le hicieran algo» mientras la examinaban. A Edna Mae se le hacía muy cuesta arriba aceptar un examen pélvico, incluso después de explicárselo con mucho detalle, y aunque hubiese una enfermera a su lado todo el tiempo. Y Luther tampoco se fiaba de ningún hospital. Su confianza no iba más allá de su iglesia: tampoco le bastaba cualquier iglesia cristiana, solo la suya. (Que enseñaba a sus fieles a desconfiar de las demás iglesias cristianas.) Pero al final Edna Mae fue a que la examinaran en el cuarto mes de embarazo, y allí le practicaron una am-nio-cen-te-sis. Una vez se dispuso de los resultados, al matrimonio se le informó de que el bebé vendría al mundo con deficiencias, así llamadas, respiratorias, neurológicas y cardíacas; hoy en día es posible ver todas esas cosas en el vientre materno gracias a los rayos X. Por supuesto, también se ve si va a ser niño o niña, pero no te lo dicen si no quieres saberlo. (Los Dunphy no quisieron saberlo.) De manera que el médico les dijo que había muchas posibilidades de que la criatura naciera con el síndrome de Down y les explicó en qué consistía. Les dijo a los dos que se pensarán bien si querían «interrumpir» el embarazo, lo que se podía hacer en el hospital, como una intervención quirúrgica normal.

Como es lógico, tanto Edna Mae como Luther se enfadaron mucho, abandonaron el hospital de inmediato y se volvieron a casa.

Edna Mae rechazó de plano aquel diagnóstico. Se negó a hablar de cualquier clase de «interrupción» con ningún médico. Para ella el bebé estaba vivo, ¡lo sentía vivo dentro! Dijo que Jesús cuidaría de ella y del bebé, dijo que en el pasado solo había tenido hijos sanos y Jesús se encargaría ahora de cuidarla. Todos rezarían para que naciera un bebé sano. Luther fue incluso más categórico que Edna Mae: no dijo gran cosa a nadie pero, decididamente, nunca aceptaría la «interrupción», que era lo que hacían en los países nazis y comunistas, como la «esterilización». Rezarían con toda el alma para que el bebé estuviera sano y eso bastaría.

(Algunos de nosotros no estamos tan seguros de qué pensar al respecto. En nuestra iglesia, que no es evangélica como la de los Dunphy, no hay creencias absolutas. De hecho no es una buena idea hablar de ese tipo de cosas, como en el caso de la política, donde existen los que reverencian al presidente y los que lo detestan, o de los sentimientos de la gente sobre la guerra del Golfo o sobre cualquier otra guerra. Luther Dunphy no era una persona que hablara mucho y menos aún que discutiera. Cuanto más hondos

son los sentimientos, menos se habla de ellos. Lo que puede ser engañoso, como los actos de Luther han demostrado. Desde que lo conocimos se le notaba la testarudez en el rostro. La posición de la mandíbula, como la de un caballo cuando ya ha decidido algo y nada logrará que cambie de opinión.)

Algunas personas que conozco mantienen que si Dios te manda un hijo, te lo envía dando por sentado que lo puedes aceptar. Dios no te va a mandar un hijo al que no puedas querer, ni cuidarlo como es debido, y yo eso lo creo. Pero también hay cristianos que «interrumpirían» un embarazo como el de Edna Mae puesto que se lo habían prescrito y se hubiera llevado a cabo en un hospital y no en una clínica abortista.

No es algo de lo que haya que avergonzarse. Esa es mi opinión. Edna Mae y Luther no estaban en absoluto de acuerdo, sin duda alguna. Para ellos sería como un asesinato. Pero yo creo que si la madre está casada, si hay un padre y el médico lo sugiere, no es lo mismo que un aborto, que es con toda claridad asesinato y debería prohibirse.

De manera que regresaron a casa y nunca volvieron a Springfield. Y Edna Mae se cuidó tratando de no trabajar demasiado y llevó el embarazo a término. Rezaron mucho, toda la familia. Y los feligreses de su iglesia también rezaron por ellos. Y el bebé nació cuando estaba previsto y no pareció que presentara demasiados problemas. Para cuando se me invitó a ver a Daphne en casa de Marlene, tenía ya unas semanas y un aspecto que no era muy extraño aunque fuese muy pequeña y estuviese muy arrugada, con la cara redonda, los ojos achinados y la divertida lengüecita asomándole todo el tiempo. Se la veía muy dulce y observadora para tratarse de un bebé. Y cuando lloraba no parecía tan enfadada como para que te diesen ganas de taparte los oídos y salir corriendo del cuarto.

Después de algo así como un año la gente empezó a decir que el nuevo bebé de los Dunphy «no estaba bien», y algunos lo calificaban de deficiente mental o de bebé Down. Pero eran muchas las cosas hermosas de Daphne que se podían ver, si le dedicabas algún tiempo. Y también se veía por qué Edna Mae siempre la llevaba en brazos y se preocupaba tanto de ella.

Cuando nos enteramos de que aquel angelito había muerto en el accidente de tráfico en la autopista nos echamos a llorar. ¡Fue un disgusto tremendo! Tres años, y ni siquiera los aparentaba. Qué tristeza. Porque pensabas que la pobrecita niña no había tenido una vida de verdad y ahora le habían quitado incluso la vida que se le había concedido.

Los caminos de Dios son misteriosos, eso es un hecho. No es posible subrayarlo en exceso.

Y lo sentías muchísimo por Edna Mae, que había querido tanto a la pequeña. Y por Luther, que también la quería y era quien conducía el coche.

Eso fue algo que Luther Dunphy nunca superó. Haber sido él quien conducía el coche.

Pecado

Desde los doce años y durante muchos más que vinieron después, viví en la suciedad y en la vergüenza.

Todos mis amigos eran como yo. Todos los chicos que conocía. Incluso recordarlo es espantoso. Sobre todo porque mi madre se avergonzaba de mí. Veía las sábanas de mi cama y mi ropa interior, que estaba manchada de inmundicia. Pero si yo trataba de lavar aquellas manchas, también se daba cuenta.

Era una situación muy incómoda la que se producía entre nosotros cuando estábamos solos en una habitación. No había mucho que decir, y yo no culpaba a mi madre por odiarme, como tampoco hubiese culpado a ninguna otra persona. A veces, sin embargo, al comer con la familia y quitar después la mesa, dejaba caer adrede un tenedor, un plato, un vaso, para que mi madre reaccionara, aunque solo fuera por la sorpresa; y mis hermanos se reían, porque se aliaban entre ellos contra mí, que era el más joven; y mi padre me ordenaba que limpiara el estropicio, y yo me apresuraba a hacerlo, malhumorado y silencioso.

Las mujeres me veían mirarles los pechos, el vientre, las piernas. Se me demudaba el rostro, sentía que los ojos se me entornaban como los de una serpiente, pero era incapaz de mirar en otra dirección. Y entre las piernas, mi «cosa» como una serpiente, que se movía por decisión propia, se ponía dura y no había manera de pararla. En el instituto, a los catorce años, todos los profesores eran mujeres. En las clases me colocaban al fondo del aula con otros chicos que no les gustaban y de los que quizás tenían miedo. El respaldo de mi pupitre se podía apoyar contra la pared para hacer saltar la pintura y dejar una señal. Con las rodillas era capaz de levantar el pupitre y dejarlo caer, haciendo ruido. La expresión de alarma en el rostro de la profesora me hacía ver que le gustaría reprenderme y expulsarme del aula, pero que no se atrevía.

En Sandusky se decían las mayores groserías sobre Felice Sipper durante los primeros años de secundaria. Más adelante fue Beverly Sipper quien tuvo que dejar de estudiar por quedarse embarazada, y en primaria tampoco les iba bien a Irene Sipper y a su hermano Ronald, el de la cabeza afeitada (como prevención para los piojos). Se decía de los Sipper que vivían en una caravana junto a la estación de ferrocarril y que eran *gentuza blanca*.

En aquellos primeros años de secundaria se decían cosas crueles de Felice Sipper. Incluso las chicas bien educadas la despreciaban, al igual que todos los chicos. Por las paredes aparecía su nombre garabateado. En un paso elevado de cemento, y con pintura roja de espray, estaba escrito FELICE SIPPER LA CHUPA.

Chicos amigos míos eran los autores. En una clase vacía me había apoderado de trozos de tiza que podíamos utilizar en paredes de ladrillo aunque la lluvia borrara después las palabras. Había más gente cuyos nombres se garabateaban para burlarse de ellos en público, tanto chicas como chicos, pero Felice Sipper era quien despertaba el interés más persistente. Nuestras profesoras no la miraban, porque les resultaba ofensivo el espectáculo de aquella criatura con acné, suéteres baratos de nailon y faldas demasiado grandes que se le caían por tener una cintura demasiado estrecha, de manera que la cremallera lateral nunca estaba en su sitio.

A mí Felice Sipper me daba pena. Con un puño mojado trataba de borrar, cuando nadie me veía, algunas de aquellas odiosas palabras.

Reparé en el dolor y en la debilidad de su rostro mientras estaba inmóvil, delante de su taquilla, en el corredor donde se alineaban las aulas, tratando de hacer caso omiso de las miradas insistentes y de los susurros, y la lujuria me dominó como un deseo de matar.

Un día, ya después de clase, cuando me quedé solo, seguí a Felice Sipper. Al verme pareció asustarse. Si echaba a correr, no correría tras ella. Silbaría con mucha fuerza y reiría para mis adentros. Tomaría otra dirección pero sin apresurarme, porque no quería que pensase que primero la había seguido y después había dejado de hacerlo.

Felice había entrado en el paso subterráneo de Union Street, siempre con goteras. Esperé a que algunas chicas de más edad hubieran subido los escalones y se hubiesen marchado y luego entré por el otro lado. Felice caminaba despacio con los ojos bajos como si no advirtiera mi presencia

incluso cuando me paré delante de ella.

—Eres una guarra. Irás al infierno cuando te mueras.

Trató de seguir andando, evitándome. Le cerré el paso.

Era mucho más pequeña que yo. Apenas me llegaba al hombro. Llevaba el pelo apelmazado y de un extraño color como de paja. Tenía la piel de un tono cetrino oscuro con manchas; no era «blanca» como el resto de nosotros. Pero el pelo no era de negra ni tampoco los labios.

Cuando intentó darse la vuelta, para irse corriendo, la sujeté por un brazo que era tan fino como un palo.

—¿No te importa ser una puta guarra que va a acabar en el infierno?

—¡Déjame en paz! *Tú sí que eres un puto guarro y puedes irte al infierno.*

Me resultó ofensivo y al mismo tiempo emocionante que los ojos de Felice Sipper me fulminaran con un odio repentino y con la desesperación que puede brillar en los de un animal acorralado cuando se dispone a hundirte los dientes en la garganta.

Al ver aquello cedí y la dejé marchar. Era muy raro —no me había sucedido nunca— que alguien más pequeño, chica o chico, se hubiera enfrentado conmigo de aquella manera, y tampoco a ninguno de mis amigos les había sucedido nada semejante. Porque nunca habíamos tratado de intimidar a nadie que fuese de nuestro tamaño, o edad, y que se pudiera enfrentar así con nosotros.

Y Felice echó a correr, pero mientras corría se volvió para decirme, por encima del hombro, algo que sonó como: «¡Que te den por culo, gilipollas! Me das asco... ojalá *te mueras*».

Su voz era aguda como el grito de un pájaro. Y sus palabras me resultaron tan sorprendentes que no la seguí ya, sino que la dejé marcharse mientras me quedaba dentro del paso subterráneo, tan lleno de goteras como maloliente.

No les hablé a mis amigos de aquel enfrentamiento. No se lo conté a nadie, y sin embargo pareció saberse a partir de entonces que Luther Dunphy tenía derechos de alguna especie sobre Felice Sipper, por lo que más valía que otros chicos no se atrevieran a interponerse.

La veía en la tienda junto a la estación de ferrocarril, y si estaba sola, me acercaba. De las chicas, Felice era la que tenía una manera de estar como la de una corza, a punto de saltar y salir disparada, con un pie en diagonal, como de puntillas sobre la acera.

Y yo me quedaba a unos pocos metros, como si no advirtiese en absoluto

su presencia. O podía entrar en la tienda, comprar una botella de Coca-Cola y volver, y allí estaba Felice Sipper, con aire burlón, vuelta hacia mí, limpiándose la nariz con el dorso de la mano.

—*¡Tú!* Qué demonios quieres *tú*.

Si le ofrecía la botella para que bebiera, Felice negaba con la cabeza, acompañando el «No» con una mirada de desprecio, pero si se la ofrecía una o dos veces más, podía ablandarse, apoderarse de la Coca-Cola y beber en el sitio donde había estado mi boca; ver aquello —que Felice Sipper pusiera la boca en el mismo sitio donde había estado la mía— hacía que me estremeciera de emoción.

—¿Qué se dice, Felice? —le preguntaba yo.

Y Felice contestaba, torciendo el gesto:

—Gracias.

Y yo insistía:

—Gracias, qué —(refiriéndome a que Felice debería decir *Gracias, Luther*), pero Felice respondía, burlándose:

—Gracias, gilipollas.

Detrás de la estación, en la zona de maniobras donde guardaban viejos vagones de mercancías que se iban oxidando entre hierbas muy altas, Felice Sipper permitía a chicos mayores tocarla y hacerle cosas. Compartían pitillos y cerveza. Quizá le daban algunos centavos que sacaban de los monederos de sus madres. Conmigo era diferente, porque no estaba nunca con otros chicos, sino siempre solo, y es que entre ella y yo había un entendimiento especial.

A veces Felice no quería hacer las cosas que a mí me apetecían, pero no podía decir *¡No!* por miedo a enfadarme. Su reacción de desagrado era una risa muy aguda, como un pájaro que chilla al molestarlo, pero, a diferencia de un pájaro, no podía echar a volar para escapar. Nunca gritaba ni se defendía, que yo recuerde.

A veces le «daba un escarmiento» como mis padres me lo daban a mí cuando era más pequeño: mi madre con la mano y mi padre con el cinturón enroscado como una serpiente. Aquello hacía que el placer fuese más intenso. Me excitaban sus lágrimas, la nariz que le goteaba y la boca manchada. Con la mano en su nuca le empujaba la cabeza hacia abajo, como se hace con la cabeza de un perro que obedece a su dueño.

Había en Felice Sipper un sabor intenso, como a sal. Me gustaba que tuviera las uñas sucias como las mías, aunque eran más pequeñas; también las

manos eran pequeñas, con huesos tan frágiles como los de un gorrión y que, aunque no lo hiciera, podría haber aplastado con las mías en cualquier momento, y Felice lo sabía, y (según creo) yo le gustaba por eso. Beverly, su hermana mayor, le pintaba las uñas de rojo brillante o morado oscuro, lo que me excitaba, incluso cuando el esmalte empezaba a saltarse. A veces llevaba colgada una cruz de plástico de color verde oscuro; ella decía que era «jade» y que había pertenecido a su abuela, pero ni Felice ni su familia iban a la iglesia, y decía que nadie en su familia creía en Dios excepto para decir, cuando las cosas salían mal, que era *la voluntad de Dios*.

Le pregunté si no les daba miedo no ir a la iglesia, porque quizá Dios se enfadase con ellos y los castigara, y Felice decía, encogiéndose de hombros, que eso ya había sucedido.

En otra ocasión, iba a ser la última, aunque yo no lo sabía por entonces, estuvimos en uno de los viejos vagones de mercancías, y allí me arrodillé sobre hojas secas y otros desechos, y Felice Sipper, con las piernas y los muslos al aire, me maldijo y me dio patadas. Los destellos de su blanco vientre desnudo me excitaban, así como la suave pelusa entre sus piernas. Después de terminar no me podía mover y me tumbé de espaldas, jadeante, entre las hojas y la basura, aturdido como si hubiera recibido una descarga eléctrica que me hubiese dejado paralizado.

No me resultó nada claro por qué en aquel momento, y no en alguna otra ocasión anterior, Felice Sipper se asqueó y se enfadó conmigo, y después de vestirse de nuevo y de secarse la cara, con los ojos echando lumbre, sacó una navaja de algún bolsillo, y solo advertí el brillo de la hoja en sus manos un segundo antes de que me la clavara en la pierna a la altura del muslo, y el dolor fue tal que no llegué a entender lo que estaba sucediendo, y me disponía a escapar como fuera cuando la navaja me hirió de nuevo, esta vez en el costado, entre las costillas, y Felice me gritaba algo que sonaba como *Te odio, cerdo, más que cerdo*, y acto seguido se marchó: saltó del vagón y salió corriendo.

Yo sangraba por los cuatro costados. El dolor era como un ruido muy alto, ensordecedor, que no era capaz de entender, pero traté de incorporarme gimoteando, mientras me esforzaba por contener la hemorragia. Felice me había apuñalado con decisión, pero las heridas eran poco profundas y no me

habían seccionado ninguna vena ni arteria (al menos eso parecía). Tenía la respiración entrecortada. Me temblaban las manos. Me llevó algún tiempo restañar la sangre. Apretando las heridas logré detener lo peor de la hemorragia.

Cuando salí a rastras del vagón anocheecía ya. Iba a llegar tarde a cenar y entré en mi casa por la puerta de atrás para evitar a mi familia en la cocina y subir hasta el baño; allí me lavé las heridas, intenté vendarlas y escondí la ropa ensangrentada en un lugar que más adelante me permitiera deshacerme de ella. Cuando bajé mi madre dijo: «¡Luther! ¿Estás enfermo? Nunca te he visto tan pálido». Mi padre vio que no me encontraba bien y no me riñó. Norman y Jonathan, mis hermanos, se hubieran reído, pero también notaron que me había pasado algo. Mientras trataba de comer tuve un ataque de náuseas y me sentí muy mareado, y me hubiese caído al suelo si no llega a sujetarme uno de mis hermanos.

Mi madre creyó que tenía la gripe. En Sandusky, cuando no te sentías bien, cuando te sentías tan enfermo que te querías morir, se solía decir *Seguro que es la gripe*.

En lugar de aborrecer a Felice Sipper, tuve ganas de volver a verla. Aun así no volvería a verla porque, según las noticias que me llegaron, los Sipper habían tenido que marcharse del pueblo porque sus parientes de la casa recubierta de tela asfáltica los habían echado. Y solo mucho más tarde caería en la cuenta de que las puñaladas de Felice Sipper en mi carne (pecadora) habían sido un aviso de Jesús, diciéndome que había ido demasiado lejos y que, si no desistía, me alcanzaría un castigo todavía peor.

Había chicos a los que perseguíamos, a los que tirábamos al suelo, les dábamos patadas y les restregábamos la cara por el barro. A un muchacho (de la clase del instituto para chicos atrasados) lo perseguimos a lo largo del arroyo, hasta un trecho de fango, le bajamos los pantalones y con barro, piedrecitas y gravilla le frotamos las ingles y el pene hasta que gritó y lloró pidiéndonos que parásemos.

En otra ocasión, después de que un chico hubiera denunciado a uno de mis amigos al director por robar en las taquillas del instituto, lo perseguimos hasta la zona de maniobras de la estación y lo atamos como se ata a los terneros para marcarlos: las muñecas detrás de la espalda, los tobillos ligados

a las muñecas, y un nudo corredizo alrededor del cuello, de manera que si trataba de soltarse se estrangularía él solo.

¿No nos importaba que pudiera morirse?, quizá se pregunte alguien.

Después de marcharnos, y cuando los demás ya habían vuelto a sus casas, regresé a la zona de maniobras de la estación para desatar a Albert Metzger y retirar el trapo sucio que le habíamos metido en la boca. Le dije que no se lo contara a nadie porque de lo contrario lo mataríamos, y aunque casi no podía hablar, susurró *Sí*.

Me estaba tan agradecido por salvarlo que casi me besó las manos.

Pero a la tarde siguiente unos agentes de policía vinieron a mi casa, los recibió mi padre, que me llamó para que bajase, y me preguntaron sobre Albert y dije que no, que no sabía nada del asunto, de lo que fuese que le habían hecho, que no tenía ni la menor idea. Pero tartamudeaba tanto que apenas se me entendía y era evidente que mentía.

De todos modos los policías se marcharon. Mi padre se quedó hablando con ellos junto al coche patrulla, y fuera lo que fuese lo que les dijo o lo que ellos le dijeron, lo cierto fue que no me detuvieron y se marcharon.

En el umbral de la habitación que yo compartía con Jonathan, mi padre se detuvo para mirarme con repugnancia. Me preguntó qué sabía del muchacho «casi estrangulado» y «al que habían tenido que llevar al hospital» y yo repetí que no sabía nada, que no tenía nada que ver con lo sucedido.

Tartamudeaba tanto que empezaron a saltárseme las lágrimas.

Mi padre llevaba algo en la mano, que mantenía a la altura del muslo. Yo no quería mirarlo con demasiado interés, pero parecía del tamaño de un martillo y estaba envuelto en una toalla o en un paño. Cuando traté de escabullirme y correr escaleras abajo, mi padre me golpeó con aquel objeto en la espalda y en las nalgas y, mientras caía, en un lado de la cabeza. Me derrumbé pesadamente, pero con una idea tranquilizadora: *Ya ha terminado todo. Ahora me puedo morir*.

Allí donde había caído me esperaba Jesús. Vi que estaba descontento conmigo, pero no me habló con dureza, como mi padre, para reprenderme.

Mi padre nunca le explicó a mi madre (que nos había oído desde abajo) por qué me había «dado un escarmiento» como lo hizo, ni por qué durante mucho tiempo nunca me miraba, ni quería que yo entrase en ninguna habitación en la que estuviera él; por qué se me obligaba a comer solo en la cocina después de que terminara el resto de la familia. No era tanto el comportamiento con

Albert Metzger lo que le exasperaba como el hecho de que hubiese tratado de engañarle *a él*.

Incluso cuando acompañaba a mi padre y trabajaba con él en una obra, solo me hablaba si era estrictamente necesario. Pese a ser cristiano ni perdonaba ni olvidaba con facilidad. A la larga, la indignación y la repugnancia que le inspiraba disminuyeron por un lento desgaste, a la manera en que un linóleo recién brillantado pierde su brillo y se apaga, pero llega un momento en que se deja de notar.

Me ponía enfermo pensar que mi padre no me quería. Me había querido (quizás) como un padre quiere a su hijo, pero al decepcionarlo y no haber encontrado la manera de tartamudear una disculpa, ni una explicación o una excusa por haberme atrevido a mentirle, no podía mirarme con cariño; ni siquiera con paciencia. Y en una ocasión había visto en la cara de mi madre, cuando sin querer me di la vuelta en la cocina en un espacio pequeño y estuve a punto de tropezar con ella, un gesto de miedo: *Ha pensado que iba a pegarle. Cree que soy un animal.*

Uno tras otro mis hermanos mayores habían decepcionado a mi padre, cada uno a su manera. Pero acabarían por madurar, se marcharían de casa, se casarían y tendrían hijos; y nuestro padre los vería ya como hombres semejantes a él y los perdonaría. O, más bien, se olvidaría de lo enfadado que estaba con ellos cuando eran unos ignorantes y vivían en su casa, ocupando muchísimo sitio; por lo que también, por ese otro motivo, los perdonaría.

Fue por entonces cuando llegué a darme cuenta de que Jesús *no nos reprende*. Lo normal en el mundo es acusar y castigar, pero Jesús, en cambio, nos habla desde nuestro interior cuando llega el momento, con nuestra propia voz. Dado que, por supuesto, sabemos todo lo que hay que saber de las enseñanzas de Jesús. *Pues Dios no ha enviado a su Hijo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él.*

Sabemos que Jesús ha muerto *por nosotros*. Aunque en la ceguera y la fiebre del pecado de lujuria lo ignoremos o finjamos no saberlo.

De todos modos seguía portándome mal con las chicas. Si una de ellas se mostraba distante, la despreciaba por *estirada*, y si era cariñosa la despreciaba por *guarra*. Me avergüenza decir que cuando conocí a Edna Mae Reiser lo que me vino de inmediato a la cabeza fueron pensamientos sexuales

y no un deseo de «amor». Aunque también entendí que se trataba de una buena chica cristiana y me inspiró respeto. Por otra parte me causó buena impresión saber que se estaba formando para ser ayudante de enfermera y que trabajaba a tiempo parcial en una residencia de ancianos de Muskegee Falls.

Tras aquel primer encuentro tardamos varios meses en volver a vernos. Porque por entonces salía yo con otra chica. Me trataba con mujeres de más edad, una de ellas una divorciada con hijos pequeños.

El instituto lo había dejado ya. Mis notas eran aprobados o suspensos, excepto en formación profesional (talleres), en donde sacaba notables y en donde el señor Bidenmann, nuestro profesor, me pedía con frecuencia que ayudara a otros alumnos sin habilidad ni destreza manual.

Cuando volví a ver a Edna Mae Reiser no me mostré tan tímido. Aunque sabía que era virgen, y muy inocente en su relación con los hombres, la obligué a realizar determinados actos en contra de sus deseos y la hice llorar. Lo sentí por ella, pero también me impacienté, porque era una porquería lo que le había forzado a hacer, tocarme y permitir que la tocara. Y otras cosas que pasaron entre nosotros y que la obligué a acatar y que hubieran provocado que Felice Sipper me clavara la navaja en la tripa. Y luego, más adelante, hacia la época de Navidad, cuando estábamos solos en casa de sus padres, que olía a ramas de acebo recién cortadas, vi una expresión en su rostro que era severa y de súplica al mismo tiempo, y me oí decirle, *Avergüénzate, porque has hecho cosas indecentes. No quiero volver a verte.*

Dije aquellas palabras por la emoción misma de decirlas. Nunca había dicho nada parecido en toda mi vida, pero me marché asqueado o fingiendo estar asqueado. No la llamé en doce días y volví a salir con otra chica mayor del instituto que no esperaba tanto de mí. En el aparcamiento de la residencia de ancianos esperaba en mi coche para ver entrar a Edna Mae por la parte de atrás del edificio, con su uniforme blanco de ayudante de enfermera, finas medias blancas y zapatos blancos con suelas de crepé, unas veces con más chicas también uniformadas de blanco, y otras sola.

En mis pensamientos la quería, si ella, a su vez, me quería. Pero el acto sexual se había interpuesto entre nosotros. Aunque la había obligado a hacerlo, me parecía que se había comportado como una mujer débil al no pararme los pies. Me disgustaba por el apocamiento mostrado al ceder a mis deseos. Yo no era capaz de contenerme, como si fuera un jabalí en celo. Las

babas de mi semen sobre sus muslos eran para mí una imagen tan vívida que al evocarla más tarde me excitaba de inmediato y mi pene adquiría la dureza de una barra de hierro.

El ardor sexual me inundaba por todas partes. La sangre me latía a toda velocidad y con fuerza, y desde la entrepierna me subía al vientre y al pecho. La lengua se me hinchaba como si fuera un pene. El cuerpo se me había convertido en una gran Cosa, dilatada y tiesa, apenas capaz de avanzar tambaleándose. Si no me proporcionaba placer a solas, se me hacía insoportable. Pero si cedía, me dominaba la repugnancia. Hacía años que no estudiaba la Biblia ni tampoco iba con regularidad a la iglesia, pero recordaba las palabras de Jesús *Si tu ojo te escandaliza, sácatelo y échalo de ti; que más te vale entrar con un solo ojo en la vida que con ambos ojos ser arrojado en la gehena de fuego.*

En el viejo granero detrás de nuestra casa en Sandusky, sobre el banco de carpintería de mi padre (que mis hermanos y yo teníamos prohibido tocar), llegó a haber un destornillador en mi mano temblorosa. Era uno de los más grandes de la caja de herramientas. Durante un buen rato lo sujeté tembloroso con las dos manos acercándome despacio a la cara la punta (roma), pensando *¡Sácatelo! ¡Sácatelo de una vez, cerdo!* Pero al final me faltó el valor.

Y sin embargo Jesús no me juzgó, lo que por aquel entonces fue un gran alivio para mí y me preparó para más adelante, cuando Jesús se alojaría en mi corazón por decisión suya para salvarme *a mí.*

Mis amigos (que también habían dejado el instituto para trabajar) y yo bebíamos hasta enfermar. Meábamos y vomitábamos. Solo éramos felices juntos porque no nos juzgábamos (como lo hacían nuestras familias), y aun así cuando no bebíamos evitábamos vernos. A menudo nos peleábamos. No sabíamos por qué nos detestábamos como les sucede a los hermanos que han compartido un cuarto y una cama maloliente durante demasiado tiempo. Al entrar en el sucio aseo de una taberna de Overhill Road vi a uno de ellos en un urinario, la cara encendida y tosca, con un grano enrojecido o una pústula en la mejilla que atrajo mi atención; me dominó entonces una rabia de borracho, lo agarré por el cuello y me propuse derribarlo, le golpeé con los puños y lo pateé cuando cayó; le di además un empujón tal que se golpeó la cabeza con el urinario y, en lugar de ayudarlo, me marché a toda prisa de la taberna; y apenas si me preocupó la idea de que pudiera morir de una fractura de cráneo o de un cuello roto.

Se me hincharon los nudillos, que me sangraban a causa de la agresión. Hasta los pies me dolían, por las patadas a un cuerpo que no se resistía. Tenía además cortes en la cara, me faltaba el aire y me dolía la antigua herida entre las costillas, en el sitio donde Felice Sipper me había hundido la navaja de ocho centímetros.

Tardé semanas en volver a ver a mis amigos. No sabía nada del muchacho al que había pegado y que se agrietó el cráneo al golpearse contra el urinario, pero no creía que hubiese muerto o estuviera hospitalizado porque no había encontrado nada ni en el periódico ni en la televisión local. Llamé por teléfono a Edna Mae Reiser sin conseguir hablar con ella. Pero perseveré, encargué a su madre que le transmitiera mis mensajes y llegué a conocerla gracias a aquellas conversaciones; tuve la sensación de que a la señora Reiser le había caído bien, aunque nunca me había visto. Luego, en otra ocasión, volví a reunirme con mis amigos, dado que uno de ellos se había alistado en el ejército y se marcharía pronto a un campo de entrenamiento básico, en la época emocionante (porque la televisión hacía que pareciese emocionante) en que el ejército soviético había invadido un remoto país asiático llamado Afganistán, desafiando las advertencias de los Estados Unidos, y existía la posibilidad de una nueva guerra, esta vez entre los Estados Unidos y la Rusia soviética; también surgió el tema de la paliza en el aseo para hombres, y mis amigos se avergonzaron, creyéndome la víctima. *Luther, ¿no has descubierto nunca quién te hizo eso? ¿Nunca le viste la cara? A ese cabrón habría que matarlo.*

Cuando el pastor de la Iglesia de San Pablo Misionero me bautizó por segunda vez a los veintidós años, Jesús se alegró en mi corazón. No necesitó decir: *Sabía que vendrías a mí, Luther. Todos estos años te he estado esperando y lo sabía.*

Sucedió muy deprisa. Edna Mae me había llevado a una iglesia nueva de Muskegee Falls de la que sus amigas le habían hablado. Nada más entrar (aunque el templo no estaba terminado y olía a madera nueva) sentí una agitación en el alma como si hubiera llegado a mi hogar y se me fuese a reconocer como miembro.

El pastor era mucho más joven que el de nuestra iglesia de Sandusky, al que nunca me pareció que le cayera bien, y siempre me confundía con mis

hermanos. El nuevo pastor me recibió con una sonrisa y me dio la bienvenida como amigo. Era de mi altura y más o menos de mi mismo peso, pero con pelo rizado de color arena, y pálidos ojos grises de una franqueza y cordialidad inusuales. Podía tener unos treinta y cinco años. De manera muy cálida me pidió que le llamara «Dennis» y no «reverendo Dennis». Tan pronto como mencionó el trabajo que se necesitaba hacer en la iglesia — aislamiento y colocación de tejas—, le dije que me gustaría ayudarle; y cuando me respondió que no estaba seguro de que la iglesia se pudiera permitir un techador profesional, le expliqué que no esperaba pago alguno, que trabajaría por el bien de la iglesia y para servir a Jesús.

Lo dije sin pensármelo dos veces. Al instante noté que el corazón se me llenaba de alegría, mientras que la expresión en el rostro de Edna Mae fue al mismo tiempo de asombro y de adoración.

Cuando nos quedamos solos, Edna Mae lloró conmigo, de pura felicidad. Dijo lo mucho que me quería, explicó que me había perdonado el daño que le había hecho y que nunca volvería a pensar en ello. Para entonces, sin que ninguno de los dos lo supiera, llevaba mes y medio embarazada de Luke, nuestro primer hijo.

Muy pronto, transcurridas pocas semanas, tanto Edna Mae como yo recibimos el bautismo en la Iglesia de San Pablo Misionero. Y poco después nos casamos.

La vocación

—Tienes que dejarte guiar por el corazón, Luther. Si es que estás absolutamente seguro de que es eso lo que quieres.

Una curiosa peculiaridad de nuestro pastor era que, cuando sonreía, el rostro parecía contraérsele por un instante, como si sintiera algún dolor; y cuando se reía, la risa era silenciosa, y parecía descoyuntarle el cuerpo de una manera que también parecía dolorosa.

Le respondí, envarado:

—No es lo que yo quiero, reverendo Dennis, sino lo que el Señor me pide que haga.

—¡Te lo ha pedido! Bien.

Había esperado que me estrechara la mano en un gesto fraternal como hacía a menudo, con Edna Mae y conmigo y otros miembros de nuestra comunidad, al saludarnos al entrar en la iglesia y cuando nos despedíamos al terminar los servicios religiosos. Pero ahora no me pareció tan amistoso. El ímpetu infantil con que me había presentado ante él resultó ser un cálido rayo de sol sin sitio alguno que iluminar. No parecía lógico que nuestro querido pastor se sintiera tan incómodo con un hermano cristiano que había acudido a él con jubilosas expectativas.

Me había entusiasmado la posibilidad de confiar al reverendo Dennis la noticia de mis esperanzas en una carrera en la iglesia, algo de lo que llevaba meses hablando con Edna Mae, y sobre lo que habíamos rezado juntos en busca de orientación; pero no recibió mis confidencias como yo había anticipado. Por el contrario, después de hablarle durante unos minutos, explicándole mi plan para convertirme en ministro del Señor de la Iglesia de San Pablo Misionero, como él, gracias a la inspiración recibida mediante sus sermones y su ejemplo, desvió la conversación interesándose por mi familia, mi trabajo y el lugar donde vivíamos en Muskegee Falls, con un tono de voz que no indicaba el menor entusiasmo sino tan solo un tipo corriente de

amistosa curiosidad, como si apenas hubiera escuchado mis palabras anteriores.

Durante algunos minutos desconcertantes me preguntó incluso por mis padres, que vivían en Sandusky, a quienes él solo había visto una vez, con ocasión de mi boda, tres años antes.

Me costó trabajo responderle. No se me ocurrían las palabras adecuadas. Mis padres no estaban contentos conmigo debido a mi conversión a la Iglesia de San Pablo Misionero, aunque a mi madre la sabía deseosa de ver a sus nietos, y muy dolida porque Edna Mae y yo parecíamos no encontrar tiempo para visitar Sandusky como a ella le gustaría, y porque tampoco los invitábamos con frecuencia a visitarnos. (No era culpa de Edna Mae, por supuesto. Mi querida esposa afirmaba «adorar» a mis padres, y a toda mi familia. Pero a mí no me apetecía estar con mi padre, de la misma manera que mi padre tampoco quería vernos. En consecuencia, nos encontrábamos en un punto muerto, que creo que es como se llama esa situación, porque ni mi padre ni yo estábamos dispuestos a ceder. Como yo era ya marido y padre, embarcado en mi propia vida, *no tenía intención de rendirme ante el viejo.*)

—Podrías empezar como misionero, Luther. No sería necesario que te ordenases como ministro para «ocuparte» de nuestros hermanos de África.

¡Misionero! No me lo esperaba.

El reverendo Dennis pasó a explicarme, aunque buena parte de lo que dijo lo sabía ya por sus sermones, que había sido misionero en África Occidental durante seis años, cuando tenía poco más de veinte; le gustaba mucho decir, con una de sus rápidas y dolorosas sonrisas, que algunos de los días «más felices» de su vida los había pasado allí, pese a las muchas dificultades, incluidas las enfermedades (paludismo, dengue).

—Los retos para un cristiano en un sitio así son... bueno, ¡casi aplastantes! A los africanos no parece impresionarles la idea de un «salvador», como podría pensarse que les sucedería considerando cómo viven: tan pobres y con tan poca educación. No parecen tomarse el infierno en serio: sonrían y agitan la cabeza. Es muy difícil explicarles el paraíso como un *lugar espiritual*. Se quedaban perplejos acerca de Jesús, sobre si era hombre o «dios», y estaba claro que no tenían un concepto de la «inmortalidad». La mitad del tiempo no sabíamos cuánto entendían de nuestras enseñanzas y cuánto fingían entender, como hacen los niños. Fundamos una pequeña escuela, en la que se enseñaba inglés y aritmética, además de instruirlos en los Evangelios. Tuvimos muchos

conversos, o, por lo menos, eso era lo que parecía... Como ya he dicho, resultaba difícil saber hasta qué punto eran serios cuando daban la bienvenida a Jesús en su corazón y a qué hondura llegaban nuestras enseñanzas. A veces se mostraban muy ceñudos y luego, en otras ocasiones, se desternillaban, ¡pero nunca sabíamos por qué! Nuestra misión terminó trágicamente cuando estalló una guerra civil y tuvimos que huir. A la larga, la mitad de la población asesinó a la otra mitad.

Los labios del reverendo Dennis se contrajeron en una sonrisa. Un estremecimiento como de risa le recorrió el cuerpo.

Por primera vez, al estar sentado frente a nuestro pastor, veía su rostro muy de cerca, y me maravilló la palidez y el color pétreo de sus ojos; y vi una línea delgada pero dentada, al parecer una cicatriz, que le cruzaba la garganta, y que me hizo estremecer ante la idea de que se la hubiera hecho en África uno de sus salvajes «conversos». En aquel momento no me pareció tan joven y apuesto como cuando estaba en el púlpito, con el rostro transformado por la alegría del Señor.

¡Qué podía importarme a mí la *misión africana*! ¿Cómo podía el reverendo Dennis, que me había parecido tan cariñoso, como un verdadero hermano, y no como mis hermanos de sangre que me eran indiferentes, imaginar que dejaría de buen grado mi hogar, mi joven familia, mi trabajo y mis responsabilidades para vivir con nativos de África y convertirlos al cristianismo? Lo cierto era que tampoco aquí, en los Estados Unidos, me sentía a gusto con los negros la mayor parte del tiempo.

—También los africanos son «hijos de Dios», ¿sabes, Luther?

El reverendo Dennis habló de manera ligeramente reprobatoria, como si estuviera leyéndome el pensamiento.

No se me ocurrió nada que responder. Me pareció que me miraba la boca, que empezó a temblarme.

—Si piensas que tienes «vocación»...

Vocación. Aquella palabra que me había parecido sagrada, y también a Edna Mae, sonaba ahora vagamente absurda. Hizo que me acordase de la señora S***, cuyas entonaciones irónicas y risas destempladas tanto nos desconcertaban en la escuela dominical.

—... ¿estás interesado, Luther, en inscribirte en una escuela para el ministerio pastoral? ¿Cuándo podría resultarte factible? ¿Qué te parece?

Trataba de no traicionar mi decepción por el hecho de que el pastor al que

tanto admiraba me estuviera hablando con aquel tono dubitativo y desalentador, como si pareciera pensar que carecía de «vocación»... mientras que él, saltaba a la vista, ya la tenía a mi edad. No se me ocultaba que había estudiado y se había ordenado en la Escuela para el Ministerio Pastoral de Toledo, por lo que yo albergaba la esperanza de que me recomendase para entrar allí.

Poco después de casarnos, y para estar más cerca de la Iglesia de San Pablo Misionero, Edna Mae y yo nos habíamos mudado a Muskegee Falls, una población pequeña del tamaño aproximado de Sandusky, donde no faltaban oportunidades para que yo encontrara trabajo sin depender de la intervención de mi padre. Porque era un marido y un padre joven y orgulloso, y no me gustaba que se me conociera como el *hijo pequeño* de Nathaniel Dunphy. Y si encontraba trabajo como techador o carpintero, no me apetecía seguir en la misma empresa que mi padre, como había estado haciéndolo desde los catorce años.

En aquel sitio nuevo, donde había alquilado una casa de madera en Front Street que procedí a pintar por fuera y por dentro, era muy feliz con mi vida. Vivía con las preocupaciones habituales a la hora de mantener a mi familia, y el temor a que alguno de mis hijos enfermase, o a que Edna Mae pudiera enfermar otra vez de melancolía (como le había sucedido a raíz del nacimiento de nuestro segundo vástago, una niña, por espacio de varios meses), pero eran cosas de poca importancia comparadas con la certeza de que la Iglesia de San Pablo Misionero era la iglesia «verdadera», y de que yo estaba destinado, como el reverendo Dennis, a ser ministro en ella.

(Nunca había sido capaz de llamar «Dennis» a nuestro pastor, aunque él me lo había pedido. Porque no sentía que fuésemos [aún] iguales.)

Desde que escuché su primer sermón, cuando Edna Mae me llevó a aquella iglesia, el joven pastor me había producido tal asombro y admiración, y sentía tal entusiasmo en su presencia que llegó a parecerme que Dios me había llevado hasta él con un propósito; del mismo modo que me había hecho conocer a Edna Mae Reiser en una época de mi vida en la que era poco más que una criatura salvaje, indigna de alcanzar la felicidad espiritual.

Había vivido, además, una época de peligros mortales. La paliza en el aseo de la taberna, que podía haber acabado con un hombre muerto, me había dejado una impresión imborrable.

Dios te ha perdonado esta vez, Luther. Pero estás advertido.

A partir de entonces evité a mis antiguos amigos. No los había invitado a la boda porque (como dijo Edna Mae) no se servirían bebidas alcohólicas en la celebración, y mis amigos llevarían muy a mal no poder beber.

Después de aquello no volvimos a vernos; y cuando me llegó la noticia de que el amigo que se había alistado en el ejército había muerto en un accidente de helicóptero mientras estaba destinado en Oriente Medio, sentí una punzada de horror y de compasión, y me arrodillé para rezar por él. Pero no hice ningún esfuerzo por ponerme en contacto con su familia ni con nuestros amigos comunes.

Porque aquella había sido mi vida de *depravación y de pecado*. Mientras que la de ahora era bien distinta. No bebía más de dos o tres cervezas a la semana, y en ocasiones ninguna. Porque Edna Mae no bebía, y la mayoría de los miembros de la Iglesia de San Pablo Misionero no tomaban siquiera bebidas gaseosas; y aunque mi querida esposa nunca manifestaba con claridad su desaprobación, yo sentía que mi comportamiento la incomodaba, y me fijaba en cómo mantenía a nuestros hijos a distancia, al parecer temerosa de que pudiera hacerles daño en momentos así.

Si me inclinaba para rozarle la mejilla con los labios, Edna Mae se apartaba, aunque fuese muy poco; en la cama, del mismo modo, si mi aliento olía a cerveza, Edna Mae murmuraba, somnolienta, *¡Buenas noches!*, y se daba la vuelta.

Si llegaba a tocarla, a acariciar su cuerpo, suave y denso, que se ha vuelto más suave y más denso con los sucesivos embarazos, se quedaba muy quieta y no se resistía, porque una esposa nunca debe rechazar a su marido, como Edna Mae sabía muy bien. Pero no se volvía hacia mí en la cama; tampoco me rodeaba el cuello con los brazos en un gesto de cariño muy femenino si había el más mínimo rastro de olor a cerveza en mi aliento. El respeto que sentía por mi esposa me impedía volverla hacia mí por la fuerza, algo que nunca haría excepto si estuviera borracho, y ya no lo estaba nunca en aquella época de nuestro matrimonio.

La Iglesia de San Pablo Misionero enseña que la vida espiritual es una vida de pureza. No contaminas tu ser con alcohol, bebidas gaseosas, cigarrillos o cualquier clase de tabaco, chicle, azúcar refinada, edulcorantes o alimentos de los que se sabe que contienen colorantes artificiales. El juego está prohibido en cualquiera de sus manifestaciones, incluso juegos de cartas como el *gin rummy* o de los que necesitan un tablero como el Monopoly. A los miembros

de la Iglesia se les aconseja no tener televisores para evitar que sus hijos se corrompan. Se recomiendan emisoras de radio cristianas. Se desaconsejan la mayoría de las películas. Tampoco se acepta más método anticonceptivo que la *abstinencia*.

(Cuando oí por primera vez esa palabra ¡ignoraba su significado! Me pareció una idea muy extraña: si un hombre y una mujer se habían casado, ¿cómo o por qué tendrían que practicar la *abstinencia*? Abstenerse del coito con la esposa propia, con la que se duerme todas las noches, parecía imposible para un hombre de apetitos normales.)

(Por entonces tampoco estoy seguro de que conociera la palabra *aborto*, que es mucho más fea.)

—¿Y qué hay del aspecto económico, Luther? ¿Puedes dejar de trabajar para convertirte en estudiante a tiempo completo?

—Tenía esperanzas de conseguir una beca... Había pensado en la Escuela para el Ministerio Pastoral de Toledo.

El reverendo Dennis frunció el ceño ante aquella observación. Yo confiaba en que sonriera, por tratarse de algo que conocía bien. Pero lo que hizo en cambio fue hablar muy despacio, sin mirarme a los ojos:

—Bieeen...; no abundan las becas en Toledo, mucho me temo. Son muy pocas, y de ordinario se dan a personas más jóvenes que acaban de terminar la enseñanza secundaria.

Yo esperaba que dijese *Fui uno de esos, por supuesto. Nada más salir del instituto. Beca.*

Tal como había ensayado, respondí humildemente que en realidad no había planeado estudiar a tiempo completo. No me sentiría cómodo si dejaba mi oficio del todo, porque, de una manera u otra, llevaba ganándome la vida desde los catorce años.

—Edna Mae y yo hemos calculado que si trabajo unas treinta horas a la semana en Muskegee Falls podría asistir dos días a las clases de Toledo, con lo que tendríamos ingresos suficientes para mantenernos durante algún tiempo. Y además nos hemos esforzado por ahorrar.

—Pero, Luther, ¡qué horario tan agotador! Aunque la mayoría de los alumnos de Toledo estudian a tiempo completo, viven más cerca de la escuela. Quizás algunos tengan familia como tú, pero es probable que no necesiten además trabajar y desplazarse.

—Lo tenemos resuelto, Edna Mae y yo. Mi esposa está tan convencida

como yo de que puedo llegar a ser ministro de la Iglesia de San Pablo Misionero. Y está Jesús: siento que Él me ayudará también —hablaba con testarudez, nada dispuesto a ceder.

—¡Bien, Luther! Ya veo que te lo planteas con mucha seriedad. Pero deberías saber que la vida de un pastor no es fácil, y no se gana demasiado. Probablemente menos, amigo mío, de lo que ganas tú como carpintero.

Aquello no se me había ocurrido. No había pensado en que *se me pagara* para ser pastor como él.

Al ver el desconcierto en mi rostro, el reverendo Dennis dijo:

—Vuelve a verme en otro momento, Luther, después de pensar todo esto a fondo un poco más. Y examina con más detalle los aspectos prácticos de tu situación, con una familia todavía muy joven...

—Gracias, reverendo. Así lo haré.

Aunque mi conversación con el pastor no discurrió como yo había anticipado, no permití que me dominara el desaliento y seguí rezando y leyendo todo lo que estaba a mi alcance sobre escuelas para el ministerio pastoral en Ohio y sus alrededores; sobre todo me centré en la de Toledo, e inicié una correspondencia con el decano, enviándole cartas escritas con gran cuidado y redactadas con la ayuda de Edna Mae. Y al cabo de varias semanas, durante las que hablé muchas veces con el reverendo Dennis tras los servicios religiosos y en otras ocasiones, nuestro pastor reconoció por fin, alzando las manos (como bendiciéndome), que después de todo parecía muy posible que tuviera *vocación*.

—¡Estás muy decidido, Luther! Dios sea contigo.

Con gran amabilidad, accedió a recomendarme a la Escuela para el Ministerio Pastoral de Toledo, donde se aceptó mi solicitud y se me invitó a comenzar el proceso de matriculación en el otoño de 1986. Nuestro pastor se ofreció incluso a recomendarme para una beca (aunque no me hice ilusiones, porque no estaba nada seguro de que su recomendación fuese a ser entusiasta). La mayoría de los alumnos lograban completar el programa de instrucción en un semestre, pero en mi caso, como solo podía estudiar a tiempo parcial, y tendría además que trasladarme desde Muskegee Falls a Toledo para asistir cada semestre a las clases de solo dos de las asignaturas, en lugar de cuatro, me podría considerar afortunado si terminaba en un año.

—Pero, Luther, ¿podrán garantizarte una iglesia cuando te gradúes? —me preguntaba Edna Mae, preocupada.

Mi querida esposa me hizo tantas veces la misma pregunta que me acostumbré a responderle con un encogimiento de hombros.

—Pregúntale al reverendo Dennis. Fue *él* quien me lo prometió.

—¡Gracias, Jesús, por tu ayuda! Solo deseo difundir tu palabra.

Muchas veces, solo en mi coche, mientras iba a Toledo o regresaba a Muskegee Falls, pronunciaba esas frases en voz alta, para consolarme.

Empezó entonces una época difícil de mi vida, que se hizo aún más ardua y fastidiosa en los meses de invierno de 1986 a 1987, cuando el viaje desde Muskegee Falls a Toledo, de unos ciento treinta kilómetros, se vio a menudo dificultado por fuertes vientos y nevadas; y una o dos veces, a mitad de camino, me vi forzado a regresar, porque la carretera estaba intransitable.

Incluso los días despejados el viaje era agotador, como descubrí muy pronto. Las mañanas que iba a Toledo, que eran las de los lunes y los miércoles, me despertaba antes de que amaneciera por puro nerviosismo y emoción, desayunaba yo solo en la cocina a toda prisa y salía antes de las seis, porque mi primera clase («La Biblia del ministro del Señor») era a las nueve y no quería que mi familia me retrasara. La segunda clase («La destreza y el arte de la predicación») era a las dos de la tarde. Después trataba de hacer los deberes en la biblioteca de la escuela, antes de emprender el viaje de vuelta hacia las cinco. Los días en que trabajaba —martes, jueves y viernes— el capataz insistía en que hiciera más horas, de manera que con frecuencia empezaba a las siete de la mañana y seguía hasta las siete de la tarde, con un descanso de media hora para el almuerzo. (Por supuesto, agradecía mucho aquel trabajo. Entendía que el capataz me miraba con buenos ojos porque estudiaba para ser ministro del Señor y al mismo tiempo tenía que mantener esposa e hijos de corta edad.) Volvía exhausto a casa y cenaba lo que Edna Mae me hubiera dejado en el horno, mientras ella bañaba a nuestros hijitos y los acostaba. A menudo en aquellas noches estaba demasiado cansado para cruzar más que unas pocas palabras con mi querida esposa antes de caer rendido en la cama. Me daba cuenta de que mi horario era también muy duro para ella, porque, además de que nadie la ayudaba con las tareas del hogar, su salud no siempre era buena y tenía dos niños pequeños de los que ocuparse. (Edna Mae padecía de debilidad respiratoria, así llamada. Si pillaba un mal catarro, era muy probable que acabara en

bronquitis o incluso en neumonía. También con frecuencia parecía que se había quedado de nuevo embarazada, lo que la emocionaba y la preocupaba, y cuando resultaba ser una «falsa alarma» sentía tanto alivio como tristeza.) De todos modos a mí me llenaba de esperanzas la perspectiva de llegar a ser ministro del Señor. *Seré carpintero, como Jesucristo. Edificaré mi iglesia con mis propias manos y se me admirará como a ningún otro ministro de la Iglesia de San Pablo Misionero.*

Excepto que la Escuela para el Ministerio Pastoral de Toledo no resultó ser lo que esperaba. Había otros costes, aparte de la matrícula ordinaria, a los que se daba el nombre de «honorarios»; por añadidura, los libros de texto resultaron ser más caros de lo que yo sabía que costaban los libros corrientes. La mayoría de mis compañeros eran más jóvenes que yo, y apenas parecían sino alumnos de secundaria; aun así se mostraban distantes, como si se sintieran (quizás) intimidados por mi tamaño, como los chicos más pequeños de las escuelas de Sandusky que me tenían miedo, y al mismo tiempo se creían superiores porque sacaban mejores notas. *Mequetrefes, podría acabar con vosotros con una sola mano. Hijos de puta.*

Me nacía una rabia extraña, como las burbujas de calor que despide el alquitrán. No era consciente de aquel sentimiento hasta que se presentaba de repente y me cortaba la respiración.

Había unos pocos alumnos en la escuela mayores que yo; hombres con más de cuarenta y de cincuenta años que habían decidido «cambiar de carrera» y hacerse ministros. Dos habían sido docentes y uno contable. Otro había sido «ministro seglar» en una iglesia de Michigan, ¡durante treinta y dos años! Aquellas personas me inspiraban una simpatía teñida de compasión (si no de desdén) como la que el reverendo Dennis parecía haber sentido por mí, por cuanto advertía las escasas probabilidades de que hombres de mediana edad como aquellos llegaran a ser elegidos para pastores de cualquier iglesia.

Sería sin duda un *pastor joven* el preferido, impregnado por la alegría y la fortaleza de Jesús, y a quien los feligreses quisieran como a un hijo o a un hermano. No un hombre mayor que había fracasado en la vida seglar y se volvía hacia la Iglesia como un convaleciente podría entrar en una casa de reposo.

Tampoco las clases me resultaban del todo interesantes. En los años transcurridos desde que dejé el instituto había perdido la costumbre de leer

libros; cualquier tipo de lectura prolongada, que necesitara concentración, hacía que me dolieran los ojos. Estudiar el Antiguo y el Nuevo Testamento para el curso «La Biblia del ministro del Señor» exigía sobre todo la lectura de versículos del texto sagrado, muchos de los cuales había aprendido de pequeño. Aunque no hubiera podido repetirlos de memoria en voz alta, al tratar de leerlos en silencio mi cabeza se sabía las palabras de antemano, como podría sabérselas un monito, de manera que tenía problemas para entender casi cualquier texto que se me encargaba leer en la Biblia, en razón de la impaciencia y el aburrimiento.

En la biblioteca de la escuela, donde pasaba tiempo entre clases y trataba de trabajar en mis asignaturas, con frecuencia casi llegaba a dormirme y sin embargo me dominaba la inquietud. Se me hacía difícil tomar notas sobre mis tareas de clase porque leía y releía los mismos pasajes muchas veces, que no me parecían muy distintos de otros pasajes en otras páginas y en otros libros. En ocasiones, aunque sentado, descubría que me desplomaba sobre la mesa con la cabeza caída y la cara apoyada en su superficie como si me hubiera quedado dormido y llevara allí mucho tiempo, sin conseguir siquiera recordar dónde me hallaba.

¡Luth... er!

Nuestros profesores eran ministros ya jubilados de las iglesias de San Pablo Misionero en el Medio Oeste. En otro tiempo habían sido misioneros en África, como el reverendo Dennis, o en China y en América Central, pero ahora tenían ya muchos años, hablaban despacio y con frecuencia parecían no saber cómo contestar a las preguntas que les hacían los alumnos. (No en mi caso: yo no tenía nada que preguntarles y me sorprendían las cosas que se les ocurrían a mis compañeros, como por ejemplo: ¿Dónde había estado Satanás antes de que Dios creara el Jardín del Edén? ¿Había allí dinosaurios o reptiles voladores? ¿Había creado Dios piojos, garrapatas y parásitos, además de gérmenes, que también encontraron refugio en el Arca de Noé, llegando por tanto a salvarse? Pero ¿por qué?) Ninguno de los miembros del claustro de profesores de Toledo era ni la mitad de interesante y apasionante que el reverendo Dennis, ni siquiera los de mediana edad.

Fue un golpe bastante duro para mí (aunque no debería haberlo sido) descubrir que la asignatura titulada «La destreza y el arte de la predicación» implicaba tener que predicar de verdad. Aunque me había imaginado hablando desde el púlpito algún día, como el reverendo Dennis, a una

cautivada asamblea de creyentes, no era capaz de imaginarme preparando un verdadero sermón para ese día. Creía poder hablar tan bien, o incluso mejor, que la mayoría de mis compañeros, pero cuando me puse a ello tartamudeaba con frecuencia, perdía el hilo y empezaba a sudar profusamente. No soportaba que otros me mirasen con fijeza y repararan en la marca de nacimiento en mi mejilla.

El signo de la bestia. Luther Dunphy.

El reverendo Lundquist, mi profesor, tuvo conmigo mucha paciencia, y se esforzó por elogiarme, pero yo no parecía saber cómo «componer» un sermón excepto recordando lo que otros predicadores habían dicho. Los ejemplos de sermones en nuestro libro de texto de Williams Evans, *Cómo preparar sermones* («Jesús es tu mejor amigo», «La alegría de la Resurrección», «Satanás apuesta por tu alma», «Conoce al Espíritu Santo», «Falsos dioses en los Estados Unidos», «El verdadero significado de la Navidad», «La Segunda Venida: ¿estarás preparado?»), me resultaban demasiado familiares, porque todo el mundo los utilizaba como modelos y no me servían de inspiración. Cuando me era posible, asistía a los servicios religiosos de la iglesia anexa a la escuela, pero a los predicadores les faltaba el fuego y la alegría del reverendo Dennis y, como estaba muy cansado la mayor parte del tiempo, acababa por quedarme dormido a mitad del sermón. Me desconcertaba que a un ministro pudiera «ocurrírsele» una idea sobre la que predicar sin necesidad de imitar a otro predicador.

Los sermones tenían que tratar diversos temas y ocuparse de ocasiones especiales: Navidad, Pascua de Resurrección, bodas, bautismos, funerales. Sobre el tema del bautismo, por ejemplo, yo no sabía qué decir que no se hubiera dicho ya muchas veces y que no resultase conocido para cualquier reunión de fieles; no tenía otros conocimientos que los que nuestros profesores nos habían transmitido, en su mayor parte citas de los Evangelios. (La preferida era *Juan 3, 5. En verdad, en verdad te digo que quien no naciere del agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de los cielos.*) Pero si trataba de repetir lo que otros habían dicho, las palabras carecían de fuerza y no resultaban convincentes, sacadas como estaban del cuaderno donde tomaba notas, de manera que mi «sermón» era muy corto.

Ni siquiera el tema del aborto, que se mencionaba con frecuencia en los periódicos desde que el presidente Reagan había prometido volver a ilegalizarlo en los Estados Unidos, y que despertaba grandes pasiones en

otros, parecía inspirarme. Cuando trataba de imitar las palabras del reverendo Dennis, que predicaba contra el aborto porque era *una matanza de inocentes*, mis palabras no sonaban convincentes aunque sabía que eran absolutamente ciertas.

Se nos explicaba que la Iglesia de San Pablo Misionero estaba hermanada con otras iglesias evangélicas de todos los Estados Unidos en su oposición a lo que recibía el nombre de *aborto libre*, de la misma manera que coincidían en su oposición al *socialismo*, al *comunismo*, al *ateísmo* y a la *homosexualidad*. Existían legisladores partidarios de nuestra causa en todo el país y muchos grupos organizados para presentar casos ante el Tribunal Supremo de los Estados Unidos, y conseguir que el aborto se declarase ilegal una vez más, como antes de 1973, y que se pudieran cerrar las clínicas donde se practicaba. Al oír predicar al reverendo Dennis sobre el tema, sentía que el corazón me latía con peligrosa intensidad porque las palabras *matanza de inocentes* resultaban terribles; pero, de todos modos, cuando me llegó el turno de subir a un púlpito y «predicar» sobre el tema en nuestra clase de Toledo, me temblaban la voz y las rodillas y hablaba tan bajo y tan deprisa que el reverendo Lundquist tuvo que interrumpirme: «¡Luth... er! Más despacio, hijo. Por favor».

Me puse colorado. No me atreví a alzar los ojos para ver a los otros alumnos intercambiar sonrisas de suficiencia.

En aquella asignatura mi nota sería un notable bajo al final del semestre. Preferí olvidar que se trataba de la calificación más baja de los doce alumnos de la clase, porque eso me habría hecho envidiar y aborrecer a mis compañeros y al reverendo Lundquist (amable y con el pelo blanco, que se pasaba gran parte de la clase rememorando para nosotros sus primeros tiempos como ministro de la iglesia metodista de Barnstead, Oklahoma), y aquello me resultaba angustioso como cristiano.

El viejo no te recomendará nunca para que seas pastor de una iglesia. Aunque consigas el título. Más te vale renunciar ya, ahora mismo.

Ahórrate el dinero de la matrícula, estúpido. Ahorra gasolina.

¡Luth... er!

En «La Biblia del ministro del Señor», al leer el libro del Génesis, el reverendo Dilts, nuestro profesor, nos dijo que la historia del Jardín del Edén había tenido lugar hacía aproximadamente diez mil años; pero uno de los alumnos más jóvenes preguntó si no había pasado mucho más tiempo, como

cincuenta mil años (al parecer eso era lo que le había contado alguna persona de autoridad por la que sentía gran admiración). Por otra parte, «científicos ateos» afirmaban que Dios no nos había creado y que, en realidad, los seres humanos descendíamos de los simios. El reverendo Dilts nos dijo con gran vehemencia que se trataba de ideas ridículas sin base en las Escrituras.

En mi cuaderno apunté aquellos datos: *10.000 años / 50.000 años*. Subrayé cuidadosamente *10.000 años* porque era la cifra del reverendo Dilts y la que probablemente se nos pediría en el examen final.

A otros alumnos de la clase, como también al reverendo Dilts, parecía preocuparles que muchos norteamericanos estuvieran llegando a aceptar ideas ateas o socialistas como resultado de las enseñanzas en colegios públicos y en los cursos de ciencias de los institutos, y todavía más preocupante era la «educación sexual», pero yo estaba demasiado cansado o distraído para interesarme mucho por aquellas cuestiones y a menudo me despertaba sobresaltado después de una cabezada, avergonzado al pensar que el reverendo Dilts pudiera haberse dado cuenta. (¡Estoy seguro de que se daba cuenta!) En tales momentos sentía vergüenza y preocupación por desaprovechar el dinero que ganaba con mi trabajo pagando la matrícula de la escuela, y por el hecho de que a Edna Mae la destrozaría que no consiguiera mi diploma. Los dientes me castañeteaban con una extraña sensación de frío, como si estuviera asustado, y en una ocasión el reverendo Dilts se volvió hacia mí, con aire perplejo, como si yo hubiese hablado en voz alta: «¿Luke? Perdona, ¿Luther? ¿Qué piensas tú?».

¿Qué *pensaba* yo? No había seguido la conversación atentamente. Era una semana en la que teníamos miedo de que Edna Mae se hubiera quedado embarazada una vez más; una semana en la que nuestros dos hijos tenían una infección de oído; y una semana, además, en la que un cliente se había quejado a nuestro capataz de que un trabajo de carpintería en una escalera que habíamos hecho otro empleado y yo *no era lo que había pedido*, y quizás hubiera que repetirlo. Todo lo que pude pensar fue que el debate en clase tenía que ver con el ateísmo en los centros públicos de enseñanza, y con la prohibición de rezar en las aulas de la que era culpable el Tribunal Supremo (?) de Washington, D.C., resultado de la influencia socialista sobre los jueces (?). Entonces se me ocurrió decir:

—Es la voluntad de Satanás.

Aquellas palabras me habían saltado a los labios. No se me ocurrió añadir

ni una sílaba más.

El reverendo Dilts habló despacio:

—«La voluntad de Satanás.» Sí. Creo que estás en lo cierto, Luther. En mis años de vida, sin ir más lejos, desde la presidencia de Franklin Delano Roosevelt, la legión de Satanás está acumulando poder en los Estados Unidos.

Un escalofrío recorrió la clase. Pude imaginar, porque casi se me iba la cabeza a causa de la fatiga, el rostro en sombras de Satanás en una de las ventanas del aula, sonriendo hacia la nuca del reverendo Dilts sin que el anciano pastor se diera cuenta.

Uno de los alumnos más jóvenes y listos de la clase, y a quien había llegado a aborrecer por su inteligencia y por el evidente favoritismo con que el reverendo Dilts lo distinguía, preguntó:

—¿Entraremos un día en guerra, reverendo?

Y el anciano ministro dijo, con satisfacción:

—Ya estamos en guerra con el enemigo ateo, hijo mío. Esa guerra no ha hecho más que empezar *pero los enterraremos*.

¿Guerra? ¿Qué querían decir? Hubiera imaginado que se referían a una guerra como la de Vietnam o la de Corea... Aún tardaría algún tiempo en darme cuenta de que se referían a una guerra dentro de los Estados Unidos, cristianos contra ateos por el alma de nuestro país.

Pero yo os digo que todo el que mire a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón.

Es doloroso confesar que no fui fiel a mi querida esposa durante más de tres años, y que traicioné mi matrimonio y a mi familia en un momento vergonzoso, cuando era alumno de la Escuela para el Ministerio Pastoral y (como a cualquiera le parecería lógico) había decidido consagrarme a Jesús con más fervor que nunca, a fin de prepararme para servirle durante el resto de mi vida.

Incluso antes de aquella época he de confesar que deseé a distintas mujeres en mi corazón. En cualquier sitio, hasta en la iglesia. Incluso con Edna Mae y mis hijos a mi lado y la cálida mano de un niño apretando la mía.

A veces las mujeres eran desconocidas vislumbradas en una tienda, o en la calle. Otras veces eran conocidas, incluso esposas de los propietarios para los

que trabajaba.

En ocasiones no eran mujeres sino jovencitas. Conduciendo por Front Street desde la Segunda Avenida, junto al instituto... De repente allí estaba Felice Sipper, que esperaba en el bordillo de la acera a que el semáforo se pusiese en verde, y que después andaba de aquella manera tan suya que atraía sin remedio mis miradas, incapaz de hacer otra cosa. No pareció advertir mi presencia mientras la miraba a través del parabrisas, sucio del polen de los robles.

No se trataba de Felice, por supuesto. Yo tenía ya veintiocho años, nunca volvería a encontrarme con ella.

En aquel comienzo de la primavera (1987), cuando el aire empezaba a caldearse a mediodía y me dominaba una terrible inquietud, no soportaba seguir por más tiempo en la escuela y me atrevía a hacer novillos después del almuerzo: aquel semestre la clase de la tarde era «Vida pastoral práctica». Se tardaba poco en llegar en coche a la ciudad vieja de Toledo a lo largo del río Maumee, donde se acumulaban los bares en unas pocas manzanas, y en ninguno de ellos era probable que hubiese nadie que me conociera, ni siquiera que hubiese oído hablar de Luther Dunphy, de la Iglesia de San Pablo Misionero. ¡Qué felicidad sentí al entrar en uno de ellos! El alivio y la satisfacción de alguien que ha llegado por fin al lugar perfecto que le estaba esperando.

Los olores especiales de un bar, incluso los olores de un servicio nada limpio, urinarios, suelos encharcados, humo azulado de cigarrillos y puros: los ojos se me llenaban de lágrimas, ¡era todo tan maravilloso! En el espejo de detrás de la barra, una ligera capa de polvo. Muy por encima colgaba en ángulo un televisor con una pantalla tan llena de color como un libro infantil; incluso los anuncios me emocionaban por su condición de misteriosos y prohibidos.

Qué tal, amigo. ¿Qué vas a tomar?

¿Puede ser cerveza de barril?

En el bar me sentaba en un taburete con un cojín muy gastado, que parecía encajar bien con mi trasero. Me sentaba, me inclinaba hacia delante para apoyarme en los codos, miraba la televisión parpadeante y veía en el espejo que tenía enfrente el sonriente y amistoso rostro satánico que no juzgaba a nadie.

¿Vive por aquí?

Muskegee Falls.

¿Dónde está eso?

Al norte de Springfield.

¿Qué le trae a Toledo?

La llamada de Jesús.

¿Cómo? La llamada de...

Jesús.

Con el tiempo sucedió que el barman y algunos de los parroquianos llegaron a saber quién era yo, un alumno de la *Escuela Pastoral* al que llamaban *reverendo*. Aquello me hacía sonreír porque era halagador, aunque yo sabía que bromeaban, si bien su bromear encerraba cierta conciencia de la seriedad de mi misión y cierto respeto hacia mí, creo yo.

A veces, sin proponérmelo, enhebraba una conversación con una mujer. Porque siempre había al menos una en el bar, fuera cual fuese el establecimiento que visitaba, siempre había una mujer que me podía reconocer y llamarme *reverendo*. Me invitaba a un trago o yo la invitaba a ella. Suavemente me ponía una mano en el brazo y si había oscurecido, lo que en los días en que el cielo estaba cubierto podía suceder incluso a las seis de la tarde, me preguntaba si quería ir a su casa a comer algo. Le daba las gracias y le explicaba que tenía que volver en coche a Muskegee Falls enseguida, para cenar con mi familia.

¿A qué distancia está tu casa?

Ciento treinta kilómetros.

¡Ciento treinta kilómetros! ¿No es ya demasiado tarde para llegar a cenar, reverendo?

Muy pronto, como el tiempo pasaba tan deprisa, ya era noche cerrada, y de alguna manera sucedía que me encontraba en casa de la mujer, o en un cuarto del piso de arriba, y una terrible debilidad me dominaba las extremidades, y un rugido se apoderaba de mis oídos, de manera que era incapaz de resistirme cuando la mujer me ofrecía otra cerveza, de la clase que fuera; finalmente, me tocaba de una forma que me excitaba enormemente y yo la tocaba a ella; me invitaba a su dormitorio y a su cama, que estaba sin hacer y olía a cuerpo de mujer. Y así sucedió, no una sino varias veces, más de las que quisiera recordar, en la primavera de 1987, que la vergüenza de mi comportamiento fue como un trapo aceitoso que frotara la superficie de un espejo limpio para enturbiarlo.

Aunque estaba casado y era feliz en mi matrimonio y con mis queridos hijitos, y aunque estaba decidido a ser ministro de la Iglesia de San Pablo Misionero, me iba de putas con frecuencia en la ciudad de Toledo cuando la debilidad me dominaba. Después de una rápida llamada telefónica a Edna Mae, con la excusa de que mi coche se había averiado, o de que necesitaba reparar un neumático, pasaba la noche en uno de aquellos sitios; a menudo hacía la llamada desde el teléfono de la mujer que estaba detrás de mí y que me frotaba la espalda con manos tibias. En la voz de mi querida esposa reconocía el temor que yo le inspiraba y como fondo el grito de un niño: *¿Pa... pá? ¿Dónde está pa... pá?*

Una mujer te creerá porque querrá creerte.

Tal es la sabiduría de Satanás. Aunque se trate de sabiduría verdadera, y venga de Satanás.

Pronto, en aquella misma primavera de 1987, aunque no era frecuente que Edna Mae y yo estuviésemos juntos *de esa manera*, mi querida esposa se encontró embarazada de nuevo. Y durante la agitación de aquellos meses, cuando me quedaba a pasar la noche en Toledo y faltaba al trabajo a la mañana siguiente, sin tener ninguna excusa convincente que ofrecer a mi patrono, aunque Edna Mae entendió que no le estaba diciendo la verdad, no quiso acusarme, pero se vio afectada por fuertes calambres un día que yo no estaba con ella y perdió al bebé en el tercer mes de embarazo.

Sucedió en el dormitorio de nuestra casa. Una experiencia tan terrible y tanta sangre perdida que hubo que reemplazar el colchón y el somier. Algo tan espantoso que Edna Mae tardó tiempo en reponerse.

Y nuestros hijitos sobrecogidos de miedo al ver a su madre bañada en sangre, coágulos de sangre en el suelo del cuarto de baño, su madre gritando de dolor y desesperación y su padre ausente en lugar de estar cerca como correspondería a un esposo y padre.

A las mujeres de Toledo las rechazaba lleno de repugnancia después de haberlas utilizado. Que se me entregaran tan de buena gana y sin embargo manifestaran sorpresa e incluso se declarasen heridas cuando me apartaba de ellas... aquello sí que me sorprendía.

En secreto rezaba de rodillas.

Me avergüenzo, Jesús. He fornicado con putas y he traicionado a mi querida esposa y a mis hijos.

Y Jesús decía, en voz tan baja que casi no le oía: *Las mujeres no son putas,*

Luther. Son hermanas tuyas en mi nombre. Pero es verdad que las has utilizado y has traicionado a tu querida esposa y a tus hijos.

En la Escuela para el Ministerio Pastoral parecían saber que Luther Dunphy se había convertido en una persona problemática. Porque mis notas en el segundo semestre eran más bajas que las del primero, dado que con frecuencia no entregaba ninguna de las tareas que se me asignaban. La lectura se me hacía cada vez más difícil, y sentía pinchazos de dolor detrás de los ojos. Me escapaba a un bar al mediodía y regresaba para la asignatura de la tarde despidiendo olor a cerveza, y sin duda me presentaba con la cara roja y desarreglado y toda la clase sabía que era un pecador y un fracasado, lo que era un motivo de satisfacción a ojos de los demás, porque incluso un cristiano no se sabe *bendito* hasta que no sabe que otro *no lo es*.

El decano me llamó a su despacho para decirme lo decepcionado que se sentía, así como el disgusto del reverendo Dennis por mi pésimo rendimiento académico, después de las «concesiones» que se habían hecho para que pudiera inscribirme como alumno especial.

(¿*Concesiones?* Yo no estaba al tanto de nada parecido, seguro que no. Se me había dispensado del requisito de completar mi educación secundaria, pero de nada más.)

Con irritación en la voz, el decano me preguntó si me gustaría abandonar mi formación. En ese caso podía devolverme parte de la matrícula y los honorarios; porque estaba al tanto de los sacrificios que habíamos hecho mi mujer y yo para matricularme en el centro.

En un instante estuve del todo sobrio. Le respondí *¡No!* Yo no renunciaría jamás.

—Prefiero morir a renunciar a difundir la palabra de Jesús, que es mi vocación.

La Iglesia de San Pablo Misionero no aprueba la violencia contra personas o propiedades. Siempre ha condenado todos los actos que atentan contra las leyes estatales y federales y no está asociada en modo alguno con organizaciones radicales como Operación Rescate.

La Escuela para el Ministerio Pastoral de Toledo rehúsa hacer llegar a

los medios de comunicación el expediente académico de Luther Amos Dunphy. Es de dominio público que el señor Dunphy se graduó en mayo de 1987, obteniendo un diploma en Ciencia del Ministerio Pastoral.

Ningún portavoz oficial de la Iglesia de San Pablo Misionero ni de la Escuela para el Ministerio Pastoral de Toledo confirma que Luther Amos Dunphy se uniera a los movimientos militantes antiaborto Ejército de Dios y Operación Rescate por no haber conseguido un puesto como ministro. Es de dominio público que el señor Dunphy disfrutaba de la consideración de ministro seglar adjunto a la Iglesia de San Pablo Misionero de Muskegee Falls, Ohio, durante los años 1988-1999.

Un ministro seglar es un miembro de la feligresía que participa en las actividades de la iglesia y que ayuda al pastor de numerosas maneras según las necesidades: orientación, visitas a los enfermos, enseñanza de la Biblia, ayuda en el mantenimiento de las propiedades de la iglesia. Dado que el señor Dunphy era techador y carpintero experimentado, se sabe que prestó servicios profesionales a la iglesia en esa competencia de forma intermitente.

Un ministro seglar no recibe por lo general ningún salario.

El reverendo Dennis Kuhn, de la iglesia de Muskegee Falls, ha cooperado plenamente con los cuerpos de seguridad locales y estatales y con la fiscalía de Broome County en su investigación sobre las muertes por arma de fuego presuntamente cometidas por el señor Dunphy en el Centro para Mujeres de Broome County el 2 de noviembre de 1999. El reverendo Kuhn ha reconocido ser miembro de la Coalición Americana de Activistas y de la Liga de Acción Provida, que son organizaciones antiabortistas, pero no del Ejército de Dios ni de la Operación Rescate.

El reverendo Kuhn ha emitido además un comunicado para los medios de comunicación:

«Con intensa inquietud y absoluta conmoción he tenido noticia de que Luther Dunphy, miembro durante muchos años de nuestra congregación, es el (presunto) autor de la muerte de dos personas asociadas con el Centro para Mujeres de Broome County. Ni yo ni ningún otro miembro de nuestra iglesia del que yo tenga constancia sabíamos de la activa participación de Luther Dunphy en Operación Rescate. Ni yo ni ningún otro miembro de nuestra iglesia del que tenga constancia estábamos al tanto de la (presunta) intención de Luther Dunphy de “asesinar” a los abortistas. Aunque nuestra iglesia es incondicionalmente provida —y se opone al aborto en cualquier

manera o forma, por tratarse de una matanza de inocentes con aprobación legal en los Estados Unidos en el momento presente—, no justificamos, ni lo hemos hecho nunca, la violencia contra quienes practican el aborto ni con las personas con ellos asociadas. No justificamos la violación de las leyes estatales y federales y no excusamos a quienes la cometen pese a nuestra solidaridad con sus convicciones morales.

»Existe una gran distancia entre creer que el aborto es un asesinato santificado por el Estado y aceptar que cualquier individuo tenga el derecho de “acabar con la vida” de un asesino abortista. La Iglesia de San Pablo Misionero se opone terminantemente a semejantes actos y no está de manera alguna asociada con quienes los lleven a cabo.

»Aunque sigo en contacto con Luther Dunphy, preso en la actualidad en el centro penitenciario de Chillicothe, en el estado de Ohio, no estoy en condiciones de proporcionar ninguna clase de información sobre él, ni de transmitir declaraciones que haya hecho a terceros ni a los medios de comunicación. Es cierto que participo en el Fondo para la Defensa de Luther Dunphy, que agradece donativos para ayudar a la apelación en favor suyo ante el Tribunal Supremo del estado de Ohio: talones, giros postales, dinero en efectivo. Tan poco como unos dólares, tanto como varios cientos; o miles... Todo es bien recibido y muy apreciado en el nombre de Jesús».

Soldado de Cristo

El que derramare la sangre humana, por mano de hombre será derramada la suya: porque el hombre ha sido hecho a imagen de Dios.

Durante las largas horas de la noche esas palabras del Génesis resonaban en mis oídos. Varias veces me desperté sobresaltado, creyendo que las había oído en nuestro dormitorio y en nuestra cama, pronunciadas por una voz ronca y profunda que era incapaz de reconocer. Y que, en caso de haberlas oído, habrían despertado también a Edna Mae, que dormía a mi lado su sueño sudoroso e intermitente a base de tranquilizantes.

Porque, al fin, llegaba la mañana del 2 de noviembre, el día que, por ciertas señales de Dios, se había elegido como *día de la ejecución*.

«Señor, haré lo que Tú me ordenes. Si es ese tu deseo.»

El que derramare la sangre humana... El asesino abortista no ha derramado sangre de hombres sino de bebés nonatos. Su justo castigo será que otro derrame su sangre en un lugar público, donde todo el mundo podrá verlo, caído y derrotado.

No tenía la menor duda de que se trataba de la voluntad de Dios. Pero ya era más complicado aceptar a Luther Dunphy como encargado de poner por obra la voluntad de Dios.

En la biblioteca de la escuela de Toledo había leído, o había tratado de leer, *Un libro de mártires*, del inglés John Foxe. Era un libro muy antiguo, del siglo XVI (de hace tanto tiempo que no podía imaginarme qué clase de personas vivían en esa época), pero «actualizado» para el lector moderno. Incluso así no es un libro de lectura fácil. Las descripciones de las muertes por tortura y del martirio de cristianos protestantes en oposición al «papado de Roma» me resultaban difíciles de leer durante más de unos pocos minutos. Después me sentía débil y lleno de ansiedad sin saber en aquel entonces el porqué.

Ahora, sin embargo, veo con claridad que Dios me había estado guiando.

Como alguien con los ojos vendados, pero que se deja llevar de la mano por otro, con plena confianza y lealtad.

Sentiría un escalofrío de orgullo, pensaba yo, el día en que el distinguido profesor Wohlman proyectara en una pantalla la fotografía de Luther Dunphy y hablase de mí con admiración, como *mártir por la causa*, a un público nutrido.

No tenía la menor duda de que me iban a detener y a juzgar por asesinato si completaba con éxito mi misión. Como otros lo habían hecho antes, más recientemente Terence Mitchell, al que se había juzgado y declarado culpable, sentenciándolo a cadena perpetua en el norte de Michigan sin posibilidad de libertad condicional.

Rezad por nuestros valientes mártires y rezad por nosotros, para que tengamos la fortaleza de actuar como debemos, cuando debamos hacerlo.

Yo no era un soldado por la causa ni valiente ni intrépido. En las reuniones de Operación Rescate, guardaba silencio y miraba al suelo mientras otros hablaban con pasión. En todo momento, desde que Stockard se había sincerado conmigo, estaba muy asustado y no me cansaba de pedir que el Señor cambiara sus planes y me dejara volver a mi vida ordinaria.

Tu propia hija: el asesino la habría golpeado en el vientre materno si hubiera podido.

A veces, en las peores horas de la noche, cuando se me cansaba la cabeza y me dominaba la confusión, me parecía que a nuestra querida Daphne la habían derribado en la autopista los asesinos abortistas y no un conductor desconocido en una camioneta. (Y al recordar lo sucedido había llegado a parecerme que la camioneta había golpeado mi coche o que mi coche se había estrellado contra la camioneta.) Y por lo tanto parecía que, con la ejecución de Voorhees, el asesino abortista, Dios se proponía hacer justicia en favor de nuestra hija.

En otra ocasión me pareció que sentía el toque de la Manita en el brazo; y cuando abrí los ojos para ver (porque estaba medio dormido por el cansancio), descubrí que solo se trataba de un recuerdo de Daphne, cuando todavía era muy pequeña, agarrándose a mi brazo: *¡Pa... pá!*

Desde que Stockard me explicó que el médico abortista se había acostumbrado a llegar pronto al centro, antes que los policías, había pasado muchos días como en trance. Porque no parecía haber refutación posible: ¿por qué, si no, tendría que haberme enviado Dios aquella información? Se

me habían enviado además otras señales, igualmente imposibles de rechazar. Tres noches antes, en *La hora de Tom McCarthy*, que Edna Mae y yo vemos a veces, hubo un debate feroz sobre «la vergüenza y la atrocidad» del aborto y se presentaron en la pantalla fotografías de «asesinos abortistas»: seis rostros y nombres que yo conocía por la lista SE BUSCA: ASESINOS DE BEBÉS ENTRE NOSOTROS, y uno de ellos era Augustus Voorhees.

Fue una sorpresa verlo. En la pantalla del televisor se parecía a cualquier otro hombre. Me resultó inconcebible, dado que nadie lo hubiera tomado en la calle por un emisario de Satanás.

Por la disposición de sus rasgos me recordó a uno de los techadores de nuestro equipo que estaba todo el tiempo alegre o trataba de dar esa impresión. Siempre me decía: *¡Luther! ¿Te va todo bien, chico?* Como si no esperase otra respuesta que una sonrisa y un encogimiento de hombros, eso le bastaba. Voorhees era algo mayor que Sam, con sus cuarenta y seis años. En la fotografía, el abortista fruncía el ceño, estaba serio y tenía una expresión (me pareció) de tristeza y culpabilidad.

Sentí un revuelo de emoción y una terrible incomodidad. Recordaba mi repugnancia de muchacho a apretar el gatillo al ver un ciervo en la mira del rifle, mientras mi tío y los demás me reñían por mi lentitud.

En la televisión Tom McCarthy estaba furioso. Su voz emocionada parecía dirigirse a mí. *Asesinos de bebés*, estaba diciendo. *Indignación, matanza de inocentes. Clínicas que son fábricas de abortos, como Planificación Familiar, que difunde la promiscuidad...* No era sorprendente, dijo, que los cristianos empezaran a levantarse para golpear al enemigo, no ya con piquetes y protestas delante de las clínicas, sino echando mano de *medidas más audaces*.

De manera prudente, Tom McCarthy no pronunció las palabras *asesinato, ejecución*. Tampoco utilizó los términos *soldado, Ejército de Dios, Operación Rescate*.

Con fingida compunción habló de un abortista muerto a tiros en Kentucky seis semanas antes por un hombre llamado Shaun Harris. «Pensad en ello de la siguiente manera: al médico no lo mataron, solo se le hizo la liquidación en el tercer trimestre.»

Acto seguido Shaun Harris apareció en la pantalla. Era un hombre robusto de unos cuarenta años que sostenía un rifle en la mano derecha, la culata

descansando sobre el muslo y el cañón apuntando hacia lo alto.

Luego, en rápida sucesión, imágenes de Michael Griffin, Lionel Greene y Terence Mitchell.

Todas las fotografías se habían hecho al aire libre. Ninguno sonreía, ceñudos, los ojos entornados a causa del sol. Griffin con la cabeza descubierta, los demás con gorras de trabajo. Tom McCarthy señaló que se los había condenado a cadena perpetua en cárceles de máxima seguridad.

Después pasó a hablar de Harris, Griffin, Greene y Mitchell como *soldados en una guerra sin declarar*. Aunque no llegó a justificar su *desobediencia civil* (fueron sus palabras), quedó claro que los admiraba, y mucho.

«Vivimos en un país patético, cobardemente pseudosocialista, en el que hombres heroicos que defienden la ley moral con sus propias manos pasan a ser “asesinos”, mientras que los verdaderos “asesinos” a sangre fría se convierten en nuestros “serviciales abortistas”.»

Tom McCarthy hablaba con desprecio. Sentí un escalofrío de esperanza, pensando que quizás un día me diese *a mí* su aprobación.

Apareció entonces en la pantalla la fotografía de una lápida mortuoria de color rosa adquirida por la Liga de Acción Provida de Simcoe, Illinois, y colocada en el cementerio local para conmemorar la muerte, en un solo año, de más de setecientos bebés «forzados a perecer» mediante el aborto...

SANTOS INOCENTES

NONATOS HIJOS DE DIOS

1 de enero a 31 de diciembre de 1997

Cuando el televisor pasó a los anuncios sentí un gran alivio. Edna Mae había estado mirando a la pantalla, y a la lápida mortuoria, con estremecida intensidad.

Yo sabía que pensaba en la lápida de nuestra hija, en el pequeño cementerio detrás de la iglesia, que no era mucho más que un prado con unas cuantas sepulturas en aquel momento, dado que la fundación en Muskegee Falls de la Iglesia de San Pablo Misionero databa solo de 1983. Y nuestra comunidad de fieles, como al reverendo Dennis le gusta subrayar, es una *comunidad joven y vigorosa, llena de salud*.

—¿Qué piensas de esas personas que «defienden la ley moral con sus propias manos» y disparan contra los médicos del aborto? —porque, de

repente, me había parecido imprescindible hacerle aquella pregunta a Edna Mae.

La palabra *aborto* sonó extraña en mis labios. No la había pronunciado nunca en voz alta y menos aún delante de mi querida esposa, excepto en aquellas circunstancias especiales.

Porque me daba cuenta de que el tiempo se me acababa.

Y es que recordaba una observación de mi abuelo, en su ochenta y ocho cumpleaños, que no era de autocompasión, sino amable y sonriente. *Vaya. Me parece que al viejo se le acaba el tiempo, ¿eh?*

Edna Mae se volvió para mirarme, parpadeando despacio. Vi que tenía los ojos humedecidos y ligeramente inyectados en sangre y que le había aparecido una sustancia blanquecina en las comisuras de la boca. Seguía llevando un albornoz que estaba bastante sucio. Nuestros hijos mayores y yo habíamos preparado la cena, que mi querida esposa apenas había probado.

Estaba obligado a pensar que, una vez que yo hubiese desaparecido, Edna Mae saldría de su sopor y dejaría de tomar las pastillas que le estaban devorando el alma. Porque no podía suplicarle más de lo que ya lo había hecho, ni forzarla a que las abandonara. Pero si me ausentaba, si no estaba siempre en casa para cuidar de nuestros hijos y hacer la compra, Edna Mae volvería a su antiguo ser, estaba convencido. Porque Jesús la guiaría.

Sin duda le resultó sorprendente que le hiciera semejante pregunta, dado que yo no acostumbraba a hacer preguntas así a nadie. Me dijo muy despacio:

—Pienso... pienso en lo terrible que es... para sus esposas y madres y para sus hijos si es que los tienen... Creo que son muchas las vidas que se acaban cuando un hombre es un soldado de Cristo, no solo la vida de los médicos abortistas.

También a mí me sorprendió que mi esposa hablara de aquella manera, con toda seriedad, como si hubiese meditado durante algún tiempo sobre la cuestión.

Y luego añadió:

—No somos nosotros los que debemos juzgar. Lo nuestro es ungir los pies del mártir, eso es todo.

Entrega tu vida por Jesús.

Durante la noche interminable permanecí tumbado con los ojos abiertos,

mirando la débil luz de la ventana que iluminaba la oscuridad, y con el corazón latiéndome muy deprisa por el miedo a lo que estaba obligado a hacer. Me acariciaba con los dedos, como hacía con frecuencia, la áspera cicatriz del costado, donde Felice Sipper me había clavado la hoja de su navaja, además de la otra cicatriz en el muslo, lo que me proporcionaba una especie de consuelo durante la noche. Y tragué saliva muchas veces o traté de tragarla, porque tenía la boca muy seca.

De manera que tiritando e inquieto durante toda la noche, aunque también sudaba mucho, tuve que ir varias veces al baño desde el dormitorio sin hacer ruido. Porque había algo que me pellizcaba la vejiga y me obligaba a orinar en breves chorros ardientes llenos de espuma y con un olor intenso y metálico.

Tenía miedo de que mis intestinos se convirtieran en agua hirviendo. No existe mayor vergüenza que la de perder el control del intestino cuando un soldado ha emprendido una misión sagrada.

Al final me levanté a las 5.20 de la mañana lo más silenciosamente que pude.

«Esta va a ser la última vez. Mi última noche en esta cama.»

Una especie de asombro me dominó al percatarme. Y, sin embargo, no toqué con los labios la frente de mi querida esposa por temor a despertarla y a inquietarla.

Era una extraña observación la que Edna Mae había hecho pocas noches antes. Esa faceta de mi mujer me sorprendía. Como cuando llegué a saber que, a veces, había visitado la tumba de nuestra hijita sin decírmelo y sin pedirme que la acompañara.

Aunque, por otra parte, Edna Mae no tenía sospecha alguna de mis planes. De lo contrario habría tratado, sin duda alguna, de detenerme.

Lento como en un sueño cerré la puerta de nuestro dormitorio.

Lento luego por el pasillo. Dije adiós a nuestros hijos: en el cuarto de los chicos, Luke y Noah dormían en su cama; en el de las chicas, Dawn y Anita. Y aún había otra más... eso me pareció, por un momento.

Gracias, Dios mío, por estos hijos que son una bendición para mí.

¡Era tanto el amor que sentía por ellos! ¡Tanto el pesar porque nunca volvería a ser su *papi*, sino un hombre que había elegido otra vida y que se convertiría en un desconocido para ellos, al servicio del Señor!

Para prepararme descendí en silencio dos tramos de escaleras hasta el

sótano.

Ninguna hora tan temida como la que vendría a continuación.

La noche anterior había colocado la ropa en el sótano. Me acordé del verano anterior en J.C. Penney, donde había comprado zapatillas para mis hijos y para mí y además, por alguna razón que entonces no habría sido capaz de explicar, una camiseta de manga larga y color caqui que me había parecido una camisa de soldado, así como unos pantalones también de color caqui con bolsillos muy hondos a ambos lados en los que podría llevar munición si lo necesitaba.

—¿Le gustaría probárselos? —me preguntó la vendedora con entonación amistosa. Pero le dije que no era necesario porque, tal como indicaba la etiqueta, los pantalones eran de mi tamaño.

Edna Mae solía reírse de mí porque la ropa que me ponía me estaba a veces demasiado grande. Me pasaba desde niño, dado que mi madre no quería estar todo el tiempo comprando ropa nueva y adquiría en consecuencia prendas lo bastante grandes para que fueran «crecederas», lo que a mí me parecía muy razonable.

Más adelante, al empezar a vivir solo, mantuve la misma costumbre. Porque nunca me he sentido a gusto cuando la ropa me quedaba «como un guante».

Sonreí al recordar aquella tarde con mis hijos. Era poco frecuente que estuviésemos juntos pero sin Edna Mae. La vendedora preguntó cómo se llamaban y yo se lo dije, muy orgulloso: «Luke, Dawn, Noah y Anita...». Y de nuevo me pareció que faltaba alguien, lo que me cortó la respiración, de manera que la vendedora esperó a que siguiera hablando y los niños se sintieron muy incómodos.

Aunque se habían portado muy bien en el centro comercial. No como esos niños que corren, desenfrenados, y que gritan y se tropiezan con la gente que está comprando.

Se empeñaron en ponerse las zapatillas nuevas para volver a casa y tuve que guardar las viejas en las cajas de las nuevas. Zapatillas de colores muy vivos.

¡Gracias, papá! Son geniales.

Luego les compré helados. Eran casi las cinco de la tarde. Edna Mae no

tenía que saberlo. Era una cosa muy pícara y estupenda, compartir un secreto con mis hijos sin que lo supiera su madre.

Me di cuenta entonces de que había visto en sueños, la noche anterior, la inscripción en mi tumba. Se confundía en mi recuerdo con la lápida de los *Santos Inocentes Nonatos Hijos de Dios* en el cementerio de Illinois, aunque había visto la mía con toda claridad: *Luther Amos Dunphy 1960*, pero sin la fecha de mi muerte. En lugar de unos numerales grabados, lo que había en la piedra era un borrón.

Así era como había sabido que Dios no se ablandaba. Dios iba a dirigirme hacia la necesaria ejecución. Había que hacerlo, imposible dar marcha atrás.

También preparé la noche anterior la escopeta Mossberg que mi abuelo me había regalado años atrás. Había limpiado aquel arma pesada con la que no había disparado desde hacía doce años, aunque sin llegar a cargarla. Porque incluso en los últimos días seguía pensando aún que quizá Dios se ablandara. Además, nunca se debe tener un arma cargada en un hogar donde hay niños.

Manos tan temblorosas y dedos tan entumecidos que a duras penas conseguí introducir los cartuchos.

Tanta humedad en los ojos que no lograba ver con claridad. Un momento de pánico ante la idea de que, en el instante crucial, no fuese a ser capaz de ver con claridad el blanco.

Al recordar cómo —cuando cazaba con mi padre, mis tíos y mis primos en los bosques alrededor de Sandusky, y estaba deseosísimo de no desmerecer ante los adultos, temeroso de su desprecio— había disparado a destiempo aquella misma escopeta, enviando los perdigones a ningún sitio, fallando el blanco: en aquel caso concreto un faisán.

Otras veces había abrigado la esperanza de derribar un ciervo con un disparo de rifle. Solo (en una ocasión) llegué a herir al animal, y quedé muy afectado por el espectáculo. La mayoría de las veces no disparaba en absoluto.

Apuntar y disparar contra un ser humano situado apenas a pocos metros de distancia... *¡Dios mío, ayúdame! Dios mío, dame fuerzas.*

Para entonces temblaba tanto que casi no fui capaz de cerrar la cremallera de mi chaqueta negra de nailon.

Por fin subí las escaleras hasta la cocina y encendí la luz. ¡También lo hacía por última vez! En la puerta del frigorífico había dibujos a lápiz, obra de mis hijos pequeños, que en realidad no había visto nunca: jirafa, elefante,

tigre. (¿De quién eran? ¿De Anita? ¿Por qué aquellos animales? De repente quise saberlo por encima de todo.) Y alrededor del fregadero y de la mesa estaba el suelo de linóleo, muy desgastado, que le había prometido cambiar a Edna Mae y que aún seguía pendiente.

Bebí leche a toda prisa del envase de litro y medio. No me podía arriesgar a comer nada, ni siquiera cereales, por temor a sentir náuseas.

El cortavientos negro de nailon, que me llegaba hasta las rodillas, serviría para ocultar la escopeta. O, al menos, para esconderla todo el tiempo necesario. Porque no serían muchos los que me observaran detenidamente hasta que ya fuese demasiado tarde.

La gorra que uso en el trabajo calada hasta los ojos. Una costumbre que tengo; como el borde me deja una señal roja en la piel, Edna Mae me había frotado una vez con los dedos para hacerla desaparecer.

Desde el teléfono de la cocina, un aparato de plástico de color albaricoque situado en la pared, me apresuré a llamar a Ed Fischer al número de su oficina, porque ya sabía que nadie me iba a contestar a aquella hora tan temprana. Dejé el mensaje de que no iba a poder ir a trabajar por un motivo que ya le explicaría más adelante.

Sin querer pensar en la reacción de Ed cuando se enterase. Ni en cómo reaccionarían los otros miembros del equipo, los amigos que conocía desde hacía años, desde que nos habíamos venido a vivir a Muskegee Falls.

Una sensación de esperanza me dominó, algo que me había pasado a menudo en ocasiones así, al salir fuera y respirar el aire de primera hora de la mañana, que aquel día era cortante y frío. También me resultó placentero girar la llave de contacto y oír cómo el motor se ponía en marcha y pensar en cómo, con un coche, se podían recorrer miles de kilómetros por autopistas; hasta California, y Alaska...

El verano que pasé con parientes en Mad River, para trabajar en su granja lechera, mi intención había sido viajar antes con mi amigo del instituto hasta Alaska y trabajar allí en los barcos que pescan salmón. Pero nuestros planes no salieron adelante.

La mano de Dios me había guiado en aquello. No lo supe entonces.

Conduje hasta el Centro para Mujeres de Broome County por un camino que me era familiar. Casi cuatro kilómetros. Y también por última vez. Se me encogió el corazón al ver en un cruce por delante de mí una camioneta que frenaba al llegar ante una señal de *stop*.

Como llegaba al centro antes de lo normal, había más sitios donde aparcar por los alrededores.

Desde los actos de vandalismo cometidos el verano anterior, no se permitía aparcar en la calle más próxima. En el edificio se habían colocado contraventanas como protección. Con un espray alguien pintó de rojo las paredes, que después se habían limpiado lavándolas a presión o volviéndolas a pintar. *Asesinos de bebés. Arded en el infierno.* Yo no había participado en aquellos actos, obra de ciertos miembros del Ejército de Dios cuyos nombres el reverendo Dennis no debía saber, por su propio bien.

A esas horas, las 7.20 de la mañana, eran pocos los manifestantes. Pero Stockard estaba allí, en la acera delante del centro, de charla con cinco o seis personas más que habían llegado desde Springfield en una furgoneta. Yo no conocía sus nombres pero sí sus caras y sabía que eran católicos. Por cómo hablaba Stockard con ellos, y la deferencia con que lo trataban, tuve de nuevo el convencimiento de que había sido sacerdote, pero no lo era ya, y me pregunté por las razones, pero ya era demasiado tarde para tratar de averiguarlo.

¡Era tal la angustia que sentía! Había querido ser ministro de la Iglesia de San Pablo Misionero y hablar del mensaje de Jesús a todos los que quisieran escucharme. Pero la Iglesia no me había aceptado, y tampoco Dios me había querido como mensajero para propagar su palabra.

Algunos años antes se había legislado en Ohio que los manifestantes tenían que permanecer como mínimo a dos metros de los abortistas y del personal del centro, y se les prohibía congregarse en el camino de acceso o bloquear el paso para llegar a la puerta principal, si bien, con frecuencia, se hacía caso omiso de aquella ley.

El centro no abría sus puertas hasta las 8.00 y ninguna madre se presentaba antes; cuando llegaban no se atrevían a salir del coche hasta que se acercaba algún voluntario para acompañarlas y ayudarlas a superar a los manifestantes que les gritaban ya: *¡No! ¡No! ¡No lo hagas!*

Y la familiar salmodia que con tanta frecuencia resonaba en mi cerebro como el latido de un pulso indignado:

*La libre elección es una mentira,
los niños prefieren sin duda la vida.*

A aquella hora no estaba llegando ninguna madre. Pero Voorhees no tardaría. De eso estaba seguro.

Dios guía mi mano. Dios no permitirá que fracase.

Estaba decretado. Nada iba a cambiar ya. Los bebés programados para ser asesinados aquella mañana no lo serían si yo actuaba como estaba decretado. Y los bebés que el abortista habría asesinado en días sucesivos también se salvarían.

Esperé en mi coche con el motor apagado. Había sudado hasta tener la ropa empapada, pero ya me estaba calmando. Por fin, a eso de las 7.25, llegó la furgoneta Dodge de color azul marino y se situó en la entrada para automóviles. Al principio no conseguía ver cuál de los hombres que viajaban en la parte delantera era Voorhees, porque había dos; luego comprobé que Voorhees no era el que conducía, sino que iba sentado al lado de su «acompañante», es decir, su guardaespaldas, uno de los voluntarios del centro a quien veíamos con frecuencia y que se mostraba especialmente agresivo y desafiante con nosotros.

Solo tardé un instante en salir del coche.

Enseguida me situé detrás de la furgoneta, moviéndome con rapidez. Voorhees se había apeado ya. No me costó identificarlo porque conocía bien su cara. Y vi sin dificultad el blanco porque mi visión se había estrechado curiosamente: era maravillosa la manera en que Dios me había hecho ver como por un túnel, o con un telescopio, de modo que solo divisaba el blanco, sin distracciones de ninguna clase.

Ya había alzado el arma hasta el hombro, y había apuntado y disparado cuando el abortista todavía trataba de disuadirme a voz en grito con roncas palabras: «¡Atrás! ¡Baje esa arma!».

En la insensatez de la total sorpresa, el sentenciado alzó el brazo, la mano con los dedos extendidos, como para suplicarme, o para protegerse el rostro.

Después, me agaché sobre el hombre caído y ensangrentado y mis labios apenas se movieron.

—¡Dios se apiade de ti! Que Dios te perdone.

Todo terminó muy pronto. Esperé de rodillas a la policía.

Si cierro los ojos, también consigo dejar de oír las voces. Voces vulgares e ignorantes de quienes *no saben lo que hacen*.

Desde aquel momento solo me dirijo a Dios y no a la humanidad.

No me dirijo a los que me quieren ni tampoco a los que me odian.

Aunque Dios no me conteste, eso no significa que deje de oírme y de bendecirme como soldado suyo.

Di una sola palabra y mi alma será salva.

VIDA Y MUERTE DE
Gus Voorhees

UN ARCHIVO

La hija del abortista

—Tienes que agradecer que *a ti* no te matara.

Recuerdo, sin fecha

—¿Por qué no podemos vivir con papá?

Porque vivir con papá es peligroso.

—¿Es que no quieres a papá? ¿Estás enfadada con él?

Sí. Estoy enfadada con papá. Pero sí, le quiero.

Recuerdo, sin fecha: fragmentos de cristales por los aires

¡Tenía la boca tan seca como si le hubieran dado muchos puntos en la lengua para cosérsela!

Puntos con hilo negro que ya había visto en el antebrazo de su papá cuando le retiraron la gasa del vendaje; y el espectáculo fue tan terrible que escapó de allí sin poder siquiera gritar.

Qué le ha pasado a papá qué le ha pasado

Han dicho que trozos de cristales. Tiraron algo contra una ventana, y desde allí volaron... *fragmentos de cristales.*

Sesenta y seis puntos en el brazo izquierdo de papá, cubierto de hirsutos pelos oscuros.

Sesenta y seis puntos cosidos con hilo negro, tan feos que al verlos se le habían alojado en el cerebro como si se tratara de metralla.

Sesenta y seis puntos con hilo negro, pero papá se reía diciendo lo contento que estaba, porque en la sala de urgencias le habían explicado la suerte que había tenido, dado que cualquiera de las tres esquirlas de cristal de más de siete centímetros le podía haber seccionado una arteria importante.

Cerró los ojos con fuerza. No había querido ver. Darren, su hermano, no se cansaba de mirar.

Mi hermano lo memorizará todo, creo.

Sobre aquella vida en Michigan, perdida para mí.

No recuerdo nada con claridad. Como cristal hecho añicos. Ves cómo ha caído en el suelo, pero eres incapaz de imaginártelo antes de que se rompa, ni su forma, ni siquiera su tamaño.

No lo recuerdo, pero si escribo unas pocas palabras, otras palabras seguirán (a veces) de manera inesperada.

«¡Tenía la boca tan seca como si le hubieran dado muchos puntos en la lengua para cosérsela!»

«Os pudriréis en el infierno»

Después de que papá muriera, nuestra madre recibió cartas que habían pasado por la oficina de correos o que alguien había metido con violencia en nuestro buzón, o había tirado dentro de casa solo con abrir la puerta exterior de tela metálica, o (pocas veces) había colocado debajo del limpiaparabrisas del coche que conducía.

Era un error abrir cartas como aquellas, lo sabía. Pero aun así...

Tan terribles que nuestra madre podía caer de rodillas sobre el suelo (de madera noble) con una de aquellas cartas en la mano crispada.

Su rostro era un rostro desfigurado por un espasmo de dolor. Su rostro era un rostro que no te atrevías a mirar, por el temor de que fueras a echarte a reír como un niño estúpido, tan asustado que no sabe dónde meterse.

Ahora ya sabes qué es lo que se siente, zorra atea.

Tú y los tuyos os pudriréis en el infierno.

ASESINOS DE BEBÉS.

Entrevista(s)

¿Qué es lo que más recuerdas de tu padre, el doctor Augustus («Gus») Voorhees?

¿Qué es lo que más recuerdas de tu vida de familia en Michigan?

Y ¿dónde, concretamente, vivíais en Michigan? ¿Ann Arbor, Grand Rapids, Saginaw, Bay City y... una o dos temporadas en Detroit?

¿Siempre vivisteis con vuestros progenitores, o acaso tu padre vivía a veces en otro sitio? Y si era así, ¿trataba a menudo de reunirse con vosotros?

¿Le visitabais alguna vez?

¿Cómo explicaba vuestra madre sus ausencias (si es que las explicaba)? ¿Echabais de menos tú y tus hermanos tener un padre al que pudierais ver con más frecuencia?

¿Cómo llevabais tú y tu familia mudanzas tan frecuentes?

¿Creaba problemas para vuestra educación? ¿Para vuestra vida social? (¿Teníais una «vida social»?)

¿Sabían vuestros profesores quién era vuestro padre? ¿Vuestros compañeros, amigos? ¿Vuestros vecinos? ¿Qué consecuencias tuvo en vuestras relaciones?

¿Estabais orgullosos de vuestro padre?

¿Os parecía mal (a veces) la vida que llevaba?

¿Lo queríais?

Vuestro padre dijo que Jenna Matheson, vuestra madre, era para él la «esposa y compañera ideal»: ¿a ti te parecía, y a tu hermano y tu hermana, en la medida en que puedas hablar por ellos, que el matrimonio de tus padres era «ideal»?

¿Se lamentó alguna vez tu madre o manifestó decepción o frustración por haber tenido que renunciar a su carrera profesional para ayudar a promover

el trabajo de tu padre? ¿Por ser madre a tiempo completo y ayudante del doctor Voorhees durante muchos años?

¿Era tu madre una madre a «tiempo completo», o es una exageración?

¿Sabíais tus hermanos y tú que vuestro padre era un «defensor incansable» de los derechos reproductivos de las mujeres en el Medio Oeste y en especial en Michigan?

¿Sabíais que vuestro padre era un «paladín» del derecho al aborto?

¿Sabíais, de niños, lo que significaba «derecho al aborto»?

¿Sabíais que vuestro padre practicaba abortos?

¿Sabíais que tenía muchos enemigos?

¿Sabíais que se le consideraba «difícil» incluso entre quienes eran sus aliados?

¿Habéis leído las publicaciones de vuestro padre? ¿Conocéis bien su (famoso, controvertido) discurso pronunciado en la Conferencia Nacional de Liderazgo Femenino en 1987, en Washington, D.C.?

«No puede existir una democracia libre donde uno de los sexos esté encadenado a un “destino biológico”.» ¿Estáis familiarizados con esa declaración, tantas veces repetida, del doctor Gus Voorhees?

¿Sientes, o has sentido alguna vez, de muy joven, que estás «encadenada a un “destino biológico”»? ¿O heredaste de tus padres una marcada identidad feminista?

¿Hay algo que lamentos de tu infancia en Michigan? ¿Algo que hubieras querido que fuese de otra manera? (Al margen, por supuesto, del trágico fin de tu padre.)

¿Eran felices tus padres?

¿Cómo era ser hijo de Gus Voorhees?

Y en el caso de tu madre, Jenna Matheson, ¿qué consecuencias crees que tuvo para ella ser la mujer de Gus Voorhees?

¿Erais conscientes de niños de las muchas amenazas que existían contra la vida de vuestro padre?

¿Teníais noticia de los actos de vandalismo, amenazas de muerte, amenazas de bombas que fueron dirigidos contra los centros para mujeres con los que colaboraba vuestro padre? Y hasta donde tú sabes, ¿cuál era la reacción de vuestra madre ante todo eso?

En el seno del movimiento Libre Elección, a Gus Voorhees se le ha llamado «gran hombre» o «mártir valeroso por la causa»; pero en el movimiento Provida, el filósofo conservador católico Willard Wohlman ha calificado a Gus Voorhees, por ejemplo, de «hombre amoral, absolutamente malvado»; de «asesino de masas, tan perverso como un criminal de guerra nazi». ¿Qué sentimientos os inspiran a ti y a tu familia tales reacciones extremas ante el doctor Voorhees?

¿Cómo se os dio la noticia, a ti y a tus hermanos, de la muerte de tu padre el 2 de noviembre de 1999 en el Centro para Mujeres de Broome County, en Muskegee Falls, Ohio?

¿Se os informó, en aquel momento, de que el doctor Voorhees había sido asesinado por un pistolero solitario asociado con el Ejército de Dios y la Operación Rescate, organizaciones cristianas de derechas? ¿O bien tuvisteis noticia de esos detalles más adelante, cuando ya erais mayores?

¿Se os permitió, por entonces, leer información sobre la muerte de vuestro padre o ver telediarios o documentales? ¿Asististeis a alguno de los distintos homenajes en su memoria que se celebraron en Ann Arbor, Lansing, Detroit?

¿Fue la muerte de tu padre un choque terrible para ti, para tu hermano Darren y para tu hermana Melissa? ¿Perder a vuestro padre sirvió para uniros más o tuvo el efecto contrario?

Jenna Matheson, tu madre, ha rechazado todas las peticiones de entrevistas a raíz de la muerte de vuestro padre, ¿lo ha hecho para proteger su intimidad, por razones de salud (mental), o es que tu madre está preparando unas memorias de su vida con Gus Voorhees y no desea compartir recuerdos personales con los medios de comunicación?

¿Dónde vive tu madre en el momento actual? (¿Sabes que las cartas enviadas a Jenna Matheson a cualquiera de sus antiguas direcciones se devuelven al remitente con la anotación «no se ha podido entregar»?)

¿Te llevas bien con tu madre en el momento actual?

¿Consideráis tú (y tu familia) que la pena capital es la sentencia apropiada para el asesino de tu padre? ¿Una sentencia así supondría una «conclusión» para ti (y tu familia)?

El doctor Voorhees se oponía sin reservas y con la mayor firmeza posible a la pena de muerte, ¿también tú?

Venganza

Dios, ayúdame a ser fuerte.
Ayúdame a ser tan cruel como el mundo.

Éramos niños maleados por el sufrimiento. Éramos niños con corazón de manzana silvestre marchita y sonrisa de calavera. Harías bien, si eras un niño bueno, en apartarte de nuestro camino.

Decía yo: ¿Por qué se merecen tener padre y madre? Los odio.
A veces decía: ¿Por qué tendrían que ser felices? Los odio.

Hicimos planes para secuestrar a su perrito de pelo duro que ladraba demasiado. Fantaseábamos con ocultar al airedale terrier al que llamaban Mutt en algún sitio donde nunca se les ocurriese buscarlo; le daríamos de comer y acabaría por querernos *a nosotros*. Y Darren dijo que si Mutt no cooperaba, lo mataríamos.

¿Cooperar cómo? (Tuve que preguntárselo.)

Obedeciéndonos.

¿Obedeciéndonos cómo? (Tuve que preguntárselo. Necesitaba oír cómo mi hermano precisaba lo que íbamos a hacer, sentir la emoción de saber que estaba en nuestra mano hacerlo.)

Haciendo lo que le digamos, estúpida. Moviendo el rabo y queriéndonos.

Era emocionante y alarmante pensar (¿en serio?) en secuestrar al perro de nuestros vecinos. Porque eran vecinos que se habían hecho amigos nuestros, que se habían compadecido de nosotros y que admiraban a nuestra madre. A veces se me paraba el corazón, y luego me latía muy fuerte para echar de

nuevo a andar cuando Darren se agachaba y me decía al oído en un susurro:
¿Que qué haremos? Matarlo.

¿Matarlo cómo? (Tenía que preguntárselo.)

¡Igual que te voy a matar a ti, cretina!

Y Darren me aporreaba y me abofeteaba una, dos, tres veces, no sopapos fuertes de verdad (mi hermano sabía perfectamente cómo darlos) sino rápidos cachetes que escocían y humillaban, me encendían las mejillas y hacían que se me saltaran las lágrimas, aunque nunca lloraba.

Era esencial, yo no lloraba.

Por supuesto, nuestro plan de secuestrar a Mutt se quedó en nada. El deseo de venganza no produjo ningún resultado. Éramos demasiado mayores para ser niños, en realidad. Habrían hecho falta ojos especiales para ver cómo el sufrimiento nos pudría de dentro afuera, niños atrofiados, feos niños trasgos a los que hubiera sido una obra de misericordia eliminar con un rifle de francotirador: *uno, dos.*

«Mal» y «cielo»

—¡Buenas noticias, chicos! El mal no existe.

Esa era su manera de hablar. A veces.

Acto seguido nos aseguraba que no había ni *demonios*, ni *Satanás*, ni *infierno*.

Sí hay (quizá) un *cielo*, pero no está en un sitio muy lejano y no es nada extraordinario.

Y nosotros queríamos saber, ¿por qué el *cielo* no es nada extraordinario?

(Siempre te decían que el *cielo* era del todo extraordinario.)

Y papá respondía: porque el *cielo* solo son dos cosas; amor y paciencia.

Y el amor no es otra cosa que paciencia. Tomarse el tiempo. Centrarse y esperar. Eso es amor.

¡Pero nos parecía muy decepcionante! No era algo que quisiéramos oír. Todavía éramos demasiado pequeños para hacernos una idea de lo extraordinarios que eran el *amor* y la *paciencia de los seres humanos*, lo poco frecuentes y pasajeros, y para saber si papá se reía de nosotros, porque nunca éramos capaces de decir si hablaba en serio o en broma o las dos cosas al mismo tiempo.

La última visita a la isla de Katechay.

Ninguna premonición. Ni el menor indicio.

En la orilla de la isla de Katechay, en la bahía Wild Fowl (una ensenada de la bahía Saginaw en el lago Huron). No en la playa de arena donde la gente se bañaba cuando hacía buen tiempo, sino en otra más distante, áspera y pedregosa, donde las dunas eran muy compactas y estaban frías incluso cuando les daba el sol. Siempre llena de algas, trozos de madera podrida, pececillos y pájaros en descomposición, huesos dispersos. Un día de una luminosidad demasiado cegadora para estar en la mismísima orilla, un día frío y ventoso, de manera que el agua era como algo estremecido, con tantas

aristas como papel de aluminio, y no había ningún sitio donde los ojos pudieran descansar, su superficie cambiaba de continuo y si la mirabas con demasiada fijeza acababa por hacerte daño.

Íbamos de excursión a lo largo de la orilla, la última excursión, aunque nadie supiera que era *la última*. Una excursión de cuatro kilómetros, dijo papá.

En nuestras excursiones papá anunciaba la distancia, ida y vuelta. Porque algunos no éramos tan buenos andarines como otros. A algunos se nos tenía que dar la seguridad de que papá nos tomaría en brazos y nos llevaría si se nos cansaban las piernas o se nos doblaban las rodillas.

Porque papá siempre aseguraba con un guiño: No se abandonará a nadie.

Gus Voorhees era médico, estaba a favor de la precisión. Análisis de sangre, escáner de órganos internos, rayos X y resonancias magnéticas. No saber no es una virtud, la ignorancia puedes pagarla con la vida.

Chicos, recordadlo siempre: en la ignorancia *no está la felicidad*.

Si te hacía una pregunta, había que darle una respuesta precisa. No podías murmurar entre dientes de manera vaga sin mirarle a los ojos.

Eh. Levanta la cabeza. Quiero *verte*.

Para papá sonreír era lo más natural del mundo. Así que cuando no sonreía, lo notabas.

¡Sin aliento, tratando de no quedarnos atrás! Dunas como colinas y pequeños barrancos que se desintegraban cuando te acercabas demasiado y que te tiraban de los pies. El viento nos azotaba la cara, nos sorbía la respiración y hacía que los ojos se nos llenaran absurdamente de agua como si estuviésemos llorando.

Sin embargo no nos quedábamos atrás. Naomi y Melissa, las pequeñas, decididas a mantenerse en la estela de Darren, su hermano de piernas más largas; y Darren en la estela de papá, que se había distraído y que, olvidando dónde estaba, había apresurado el paso.

¡Papá, por favor! Espera.

Espéranos. ¡Papá!

La excursión de aquel día por la orilla de la bahía Wild Fowl no nos pareció nada especial. No nos pareció un día que hubiese que recordar y, en consecuencia, lo perdimos en gran parte. Como las banderas hechas jirones que ondeaban al viento en el sitio del faro donde se almorzaba, en Bay Point. Era imposible saber lo que representaban las banderas porque estaban

demasiado descoloridas. Papá nos había llevado en la ranchera desde nuestra casa (alquilada) cerca de Bay City, a una hora y veinte minutos en coche hasta la isla de Katchichew, donde había una cabaña que se nos permitía usar, propiedad de unos amigos de papá y mamá que les habían dejado la llave. Excepto que el verano se acababa, eran los últimos días de septiembre, y empezaba a hacer frío, incluso al sol. Y si el sol quedaba oscurecido por nubes tan oscuras como garabatos de lápices de colores, comenzabas a tiritar.

A nosotros nos resultaba difícil entender dónde había estado papá en las últimas semanas. Porque a veces era en más de un sitio, y no recordábamos los nombres que (quizá) veíamos con malos ojos y no deseábamos recordar. En aquella ocasión había regresado a primera hora de la mañana de dondequiera que hubiese estado, algún sitio en el norte de Michigan donde (como nos dijo) necesitaban desesperadamente a un especialista.

¡Desesperadamente! —rió mamá—. ¿Es que hay alguna vez algo que no sea desesperado?

Añadiendo a continuación: ¿Y qué hay de nosotros? ¿Es que no estamos desesperados?

De manera que papá nos estaba diciendo, no a mamá (que en lugar de venir a la excursión se había quedado en casa con su máquina de escribir, en la mesa al aire libre), sino a nosotros, que el *mal* no existía, pero que había *cielo*, si te acordabas de que el *cielo* no era nada extraordinario ni sorprendente; podía no ser más que una excursión por la orilla del lago, un día ventoso a finales de septiembre; algo nada memorable en sí mismo, lo importante —si nos acordábamos de que lo habíamos hecho— era que estuviésemos allí juntos, que nos parásemos a almorzar en Bay Point y que, aunque no fuese un gran almuerzo, hubiéramos estado todos, los cinco, prescindiendo de lo que sucediera después: eso es *el cielo*. ¿Os dais cuenta, chicos?

Vale, papá, decíamos. Nos avergonzaba que papá nos hablara como a otros adultos, demasiado *en serio*.

¿Sabéis qué, chicos? Prometedme que esparciréis mis cenizas aquí cuando me muera.

Cuando me muera. Es posible que no lo oyéramos ninguno.

Un niño no oye la palabra *morir* en labios de su padre o de su madre. No.

Deberíamos haber dicho que sí, por supuesto. Cualquier cosa que papá quisiera que dijéramos, la decíamos, y cualquier cosa que quisiera que

creyéramos, la creíamos. Incluso si no teníamos ni idea de lo que papá estaba diciendo ni en aquella ocasión ni en otros muchos momentos.

Cirugía especial

Algo que tenía que ver con *bebés*. ¿Qué quería decir aquello?

Sabíamos de dónde venían los bebés. Creíamos que lo sabíamos, porque nuestros padres nos lo habían dicho. Los bebés de los animales y los de los seres humanos. (Pero los pájaros eran distintos, y los reptiles. Sus bebés salían de huevos.) (¿*Por qué* algunos bebés salían de la tripa de su madre y otros de huevos, como los huevos de gallina que uno se podía comer? Eso nunca quedó claro.) Nos avergonzaba y nos emocionaba pensar en el sitio de donde *habíamos salido*, y que se suponía que era la tripa de mamá.

(En realidad no nos lo creíamos. ¡Era tan pintoresco! Como uno de los chistes tontos de papá que hacía que te rieras tanto que acababas meándote encima. Pero teníamos que fingir que nos lo creíamos. *Del vientre de mamá, cuando le llegaba a uno el momento de nacer.*)

(Llena de ansiedad, Naomi le dijo a Darren: La tripa de mamá no es lo bastante grande. Nunca hemos podido ser tan pequeños como para caber ahí dentro. Naomi tragó saliva ante aquella idea, una idea tan terrible que la hizo parpadear muy deprisa y con una sensación de náusea y de ahogo que le ascendió por la garganta, porque ¿qué sucedería si, de algún modo, fuera inevitable que pasara y Naomi tuviera que alojarse de nuevo en la tripa de mamá aunque fuese demasiado grande? Aquella idea hizo que se sintiese indispuesta y con escalofríos porque ni siquiera se podía expresar, era tan terrible como las ilustraciones de su libro de cuentos favorito, en el que la pobre Alicia mordisqueaba de manera imprudente una seta y crecía demasiado como para caber en una habitación de tamaño normal, por lo que tenía que meter el brazo por una chimenea, sacar el otro por una ventana y aplastar la cabeza contra el techo... Pese a que la idea la aterró, Darren se limitó a reírse de ella y a darle un empujoncito que indicaba algo así como un perdón, aunque también pusiera de manifiesto lo tonta que era, y hasta qué punto mucho más joven y más débil que él.)

(De los hijos, Naomi era *doña angustias*, como papá la llamaba. *¿Qué tal está mi pequeña doña angustias?* Naomi no estaba segura de que *doña angustias* fuese una descalificación definitiva por el hecho de convertir a alguien en insoportable, dado que, por otra parte, parecía claro que papá no hacía más que tomarle el pelo y lo que se esperaba era que te echaras a reír cuando papá se burlaba de ti.)

No se nos decía exactamente a qué se dedicaba nuestro padre ni por qué vivir con él resultaba *peligroso*.

Sabíamos que nuestro padre era médico, *el doctor Voorhees*. Pero no sabíamos qué clase de médico.

Algo que tenía que ver con *bebés*. Eso pensábamos.

Se nos explicó que había mujeres y chicas que precisaban de una cirugía especial que solo médicos con la formación de nuestro padre podían proporcionar. Se trataba de mujeres y muchachas que habían descubierto que estaban *embarazadas*, y el embarazo era *no deseado*.

Un embarazo puede ser *no deseado* por muchas razones y una de ellas porque suponga una amenaza para la vida de la madre.

Otra es que se haya producido en un momento equivocado de la vida de la madre.

Y otra, que sea el resultado de algo que se ha forzado a hacer a la madre, resultado que la madre *no quiere y que no tiene por qué soportar*.

Se nos explicó que había médicos, como nuestro padre, que practicaban esas intervenciones quirúrgicas no solo porque eran muy necesarias, sino porque otras personas se oponían a que se hicieran por razones religiosas o «morales», por lo que un médico como nuestro padre debía tener mucho cuidado para que no le atacaran esas personas.

No sabíamos qué significaba eso: *atacar*.

¿Como en una película? ¿Como en la televisión? ¿*Atacar* con cuchillos, armas de fuego? ¿*Atacar* con una bomba?

Darren era el que hacía preguntas. Naomi se mordía las uñas y sonreía absurdamente. (Melissa era demasiado pequeña para que nada que se le contara pudiese asustarla.)

De los hijos de Gus Voorhees, Darren era el mayor. Naomi era tres años más joven que Darren y Melissa dos años menor que Naomi. A Darren le

producía una satisfacción inmensa saber que *siempre sería mayor que sus hermanas. Siempre sería más alto, más grande, más listo y más fuerte.*

Lo que significaba que podía proteger a sus hermanas si necesitaban protección. O podía castigarlas si, en ausencia de nuestros padres, lo requerían.

No estábamos del todo seguros de lo que significaba *em-ba-ra-zo*. Se nos explicó, pero por alguna razón no lo entendimos bien. Por lo menos, Naomi no lo entendió. *Em-ba-ra-zo* era, como *cáncer*, una palabra siniestra que no se decía en voz alta, no fuese a oírla algún adulto.

El *em-ba-ra-zo* era un asunto de *libre elección*, se nos explicó.

Una mujer debe tener control sobre su cuerpo: se trata de un derecho humano fundamental.

Darren, que siempre tenía que estar discutiendo para demostrar lo listo que era, lo mucho más astuto que era que sus hermanas pequeñas, Darren, el listillo, preguntó: ¿Un hombre también? Y papá y mamá dijeron *Sí, por supuesto. Un hombre también.*

«¿Papá me habría hecho daño?»

Melissa era *adoptada*. La habían *escogido*. A diferencia de Darren y Naomi, que habían llegado a la familia *por casualidad*.

Un día, sin embargo, Melissa le dijo a mamá con su voz susurrada de ratoncito:

—Si tú y papá no hubieseis querido tenerme, ¿papá me habría hecho daño?

Y mamá replicó al instante:

—Pero es que papá y mamá siempre han querido tenerte. *A todos vosotros*.

Al decir *todos vosotros*, mamá incluía a Darren y a Naomi.

Al decir *todos vosotros*, mamá quería hacer saber a Melissa que no era en absoluto alguien de fuera, sino *uno de nosotros: hermano, hermana, hermana*.

(¿Estaba Naomi allí, era testigo de aquel diálogo? Más adelante daría por sentado que había estado en la cocina con mamá y con Melissa para oír aquellas palabras. No podía estar en otro sitio. Tampoco escuchando a escondidas. Estaba con mamá y con Melissa en la cocina en la casa de madera de Drummond Street, en Grand Rapids, donde Melissa y Naomi iban a la escuela Montessori, mientras que Darren estaba ya en los primeros años de secundaria; papá, por su parte, era médico y cirujano agregado al Centro Médico de la Universidad de Grand Rapids, y mamá era una *mamá-que-se-queda-en-casa* pero que trabajaba como consultora legal para la oficina local de Planificación Familiar.)

(A las dos niñas les encantaba ayudar a mamá en la cocina. A preparar las comidas, y a recoger y limpiar después de las comidas. A Naomi le gustaba porque era dos años mayor que Melissa y más competente que su hermana, y mamá lo sabía, por lo que la animaba a enseñar a Melissa, lo que hacía que Naomi se sintiera a gusto. Las dos tenían su propia esponja para enjuagar los platos: la de Naomi era rosa y la de Melissa, verde. Aquellos colores no podían cambiar. Las dos colocaban con mucho cuidado y ordenadamente los

platos enjuagados en el lavaplatos, porque se ponían muy contentas cuando mamá las elogiaba: *¡Muchas gracias, chicas! Habéis hecho un trabajo perfecto.*)

Pero hoy, con su suave voz de ratoncita, Melissa dijo:

—Nadie quiso *tenerme*. Mi verdadera mamá no quiso quedarse conmigo.

—Pero... pero... —mamá tartamudeó dando la sensación de que no sabía qué decir—, pero *no era esa su intención*, Melissa.

¡No era esa su intención! Aquellas palabras de mi madre tenían tan poca fuerza y eran tan poco convincentes que Naomi fingiría no haberlas oído.

«Adoptada»

Por qué tendrían que *adoptarla*. ¿Acaso no somos suficiente...?

Es la pregunta que todos los hijos hacen a sus padres cuando aparece un nuevo bebé en el hogar familiar. La más razonable de las preguntas, pero a la que ninguna respuesta satisface.

Darren se indignó, resentido. Naomi se sintió profundamente herida.

Que nos digan por qué no somos suficiente. ¡Vaya!

Años después Naomi recordaría haber observado a sus padres con la *niña nueva* desde la escalera. Y Darren en un escalón por debajo, muy inquieto.

Los amigos aparecían por la casa para ver a la *niña nueva*. Todo aquello sucedía en la casa (alquilada) de Seventh Street, en Ann Arbor. En la sala de estar, donde habían llevado a la niña, resplandecientes aureolas de luz. Grititos de placer, voces animadas tanto de mujeres como de hombres. Felicidad embelesada de adultos que hace sentirse incómodos a los niños.

Por supuesto, los padres de Darren y Naomi los habían preparado para la *niña nueva*, para la *adopción*. De todas maneras era un choque. ¡Desde luego toda una sorpresa!

Ya a los seis años a Darren le preocupaban los motivos (¿ocultos?, ¿secretos?) detrás de las acciones de otros de las que desconfiaba. No le había gustado la aparición en el hogar familiar de la primera *niña nueva*, varios años antes, que resultó ser su hermana Naomi a quien, con el tiempo, había llegado a tolerar.

Pero la *niña nueva* fue particularmente poco oportuna. Porque ahora se encontraba con dos niñas en casa cuando antes no había más que una, y las niñas disfrutaban de una suavidad peculiar que despertaba, en los adultos, emociones de una clase que Darren sabía bien que él no provocaba.

Aunque Naomi, con tres años, era una niña muy pequeña, le preocupaba ya que, de algún modo, de formas que no era capaz de prever, la *niña nueva* la afectara de una manera que no conseguía imaginar.

Veinte años más tarde la pregunta aún tiene la capacidad de herirla en sus momentos de mayor debilidad.

¿Por qué no éramos suficiente...?

La preciosa Melissa, que era como una muñeca, con sus densas pestañas oscuras y sus perfectos rasgos en miniatura, era una huerfanita china que papá y mamá habían adoptado gracias a sus «contactos» en Shanghái. Darren aseguraba recordar que sus padres ¡habían ido en avión a Shanghái para traerla! Naomi, sin embargo, no lo tenía claro.

Darren aseguraría que había estado en el aeropuerto hasta ver «volar» al avión; y que también había ido al aeropuerto cuando el avión «tomó tierra». (Nada de todo aquello era cierto, sin duda alguna. Pero Darren insistía en mantenerlo.)

A Naomi, que no tenía recuerdos de cuando había llegado a casa la *niña nueva*, que solo se acordaba de cuando la *niña nueva* ya parecía llevar algún tiempo con ellos, se le explicaba que se había «emocionado mucho» con su nueva hermanita y que quería tenerla en brazos «todo el tiempo»... pero Naomi no conservaba ninguno de aquellos recuerdos.

Mucho de lo que tiene que ver conmigo debo aceptarlo mediante un acto de fe. Los recuerdos de otros, mezclados con los míos que se han desvanecido.

Cierro los ojos y veo el disparo que golpeó a mi padre en la cara y todo lo que era papá destruido en aquel instante incluidos los recuerdos que sus hijos tenían de él y por tanto ¿qué sentido tiene tratar de desenterrarlos si están perdidos? Pero si Naomi examinara los álbumes de fotos de su madre, rebosantes de instantáneas sueltas y de polaroids, descubriría muchas fotografías de la infancia, muchas de mediados y finales de los noventa, después de que Melissa se hubiera incorporado al hogar de los Voorhees. Entonces extendería las fotos sobre una mesa para que todos las contemplasen.

Allí estaba la prueba: la crónica (visual) de una *familia feliz*.

El examen demasiado minucioso de aquellas fotografías la dejaría llorosa y estremecida. La pequeña Melissa y también Naomi abrazadas a mamá en el columpio del porche, la pequeña Melissa y también Naomi alzadas sobre los musculosos brazos de papá...

Papá tenía barba algunas veces. Otras, no. La barba de papá no era como su pelo (de color rojizo) sino canosa e hirsuta, mezclada con hebras oscuras muy retorcidas. La barba de papá era *rasposa y divertida*.

En Grand Rapids no había muchos chinos. No era frecuente verlos, de no ser en los restaurantes chinos, que eran los favoritos de mamá y de papá en aquella ciudad. En el colegio de Naomi no había niños chinos.

Al principio notabas que Melissa era distinta, pero pronto dejabas de darte cuenta. No «veías» nada inusual en Melissa excepto el pelo muy negro y muy sedoso y brillante y que sus ojos tenían una forma diferente de los de otras personas y también que era tan bonita como una muñeca. Existía además en ella una quietud y una capacidad de atención que no se encontraba en otros niños.

Lo que explicaba el que a veces en el colegio o en algún otro lugar público (como el centro comercial de Grand Rapids) nos resultase asombroso que otras personas la mirasen tan fijamente, sin recatarse, al verla con nuestra familia; o que niños de más edad se atrevieran a decir cosas estúpidas y mezquinas que ponían de manifiesto lo ignorantes que eran.

¿Niñita chinita?

Hola, ojitos de rendijita.

¿De dónde has salido, tan amarillita?

Melissa no parecía oír aquellas burlas. Mamá nos alejaba muy deprisa. Nunca volvíamos la vista.

¡Co-mu-nis-TAS!

Muy pocas veces papá nos acompañaba en las visitas al centro comercial o al supermercado. Pero si papá estaba con nosotros, nadie hacía comentarios groseros, al menos que nosotros pudiéramos oír.

A Darren y a Naomi se les había explicado lo que significaba «adopción». El tema surgió como por casualidad, lo dejamos para más adelante, y luego volvimos a abordarlo con más detalle. Era el modo que tenían nuestros padres de tratar cuestiones como aquella: de forma metódica. Fue así como se nos hizo entender que tendríamos en la familia una hermanita nueva que sería *adoptada*. Cuidadosamente, papá y mamá nos presentaron aquel cambio al alimón: nos leyeron libros de cuentos chinos para niños, nos mostraron libros chinos de fotografías y pusieron en nuestro televisor vídeos de gente de China, y de arte y de historia chinos.

Lo que se nos contó: «Melissa» no era más que una niña pequeña, pero

procedía de una gran civilización antigua que había cultivado las artes, la ciencia y la agricultura y que había construido canales y carreteras y la Gran Muralla cuando (como dijo papá) nuestros antepasados todavía saltaban de árbol en árbol.

Durante mucho tiempo, en alguno de mis momentos de ensoñación, aún veía figuras humanas columpiándose de los árboles como monos. Me sentía incómoda y preocupada y sin embargo terminaba por arrancarme una sonrisa.

Su ser me ha impregnado. Trataría de escapar, pero en realidad no quiero. Su ser está en todas partes. A través de sus ojos miro lo que él no vio nunca, aunque es él quien lo interpreta para mí.

Antes de adoptarla, papá y mamá nos enseñaron fotografías de Melissa. Ya aquello nos pareció una traición, la manera en que se nos presentaron las fotografías, la manera en que se nos convocó para sentarnos juntos en el sofá, de un modo que nos pareció poco natural, incluso falso; entendíamos que nuestros padres tenían aquellas fotografías en su poder desde hacía ya algún tiempo, y debían de haberlas comentado juntos, en la intimidad del dormitorio al que en determinados momentos se nos prohibía el acceso; sin embargo ahora se comportaban como si las fotografías fuesen nuevas y esperasen que reaccionásemos como ellos.

—Bien, ¿qué os parece?

Pero Darren no dijo nada. Naomi, tampoco.

—Vuestra nueva hermanita es muy guapa, ¿verdad que sí?

Con gran cautela, Darren se encogió de hombros. Naomi frunció el ceño, mordiéndose las uñas.

A pesar de la prueba que aportaban las fotografías, el hermano y la hermana ofendidos no se creyeron del todo que fuesen a tener una nueva hermanita de China ni de ningún otro sitio. Darren no se lo creía de verdad y Naomi no pensaba en ello *en absoluto*.

Pero luego, un día, una niñita de siete meses con suaves mechones de delicados cabellos negros apareció en la casa de Grand Rapids, en los brazos de mamá, y con papá muy cerca detrás, y desde aquel momento Melissa fue su *hermanita*.

Para escándalo de los dos, la niñita era *real*. Los hermanos ni siquiera habían sido capaces de entender la idea de un bebé, y ahora el bebé resultaba ser *real*.

Podías salir corriendo y esconderte. Podías mirar boquiabierto y parpadear

delante del moisés. Podías actuar de manera muy tonta parlotando y riendo como un mono, o te podías quedar muy callada, apretando las mandíbulas hasta que te dolían las muelas. En realidad daba lo mismo, papá y mamá apenas se daban cuenta.

Darren echaba chispas de resentimiento y de celos; Naomi sabía que a su hermano le hubiera gustado estrangular a la recién llegada. Durante mucho tiempo Darren fue incapaz de pronunciar el nombre «Melissa», a diferencia de Naomi.

Se intercambiaban susurros juntos llenos de mezquindad. ¡Deseaban que sus padres devolvieran a Melissa a China! Nadie la necesitaba.

Aunque fuésemos demasiado jóvenes para plantearnos que evidentemente faltaba algo en la familia, nuestros padres habían sentido la necesidad de un tercer vástago cuando papá se acercaba a los cincuenta, mamá estaba ya en una edad en la que engendrar un hijo empezaba a ser «problemático», y en una época en la que el trabajo de papá se hacía cada vez más peligroso.

Pero Melissa era *tan pequeña* que a Darren y a Naomi les resultó difícil odiarla durante mucho tiempo.

Fue muy agradable lo que sintieron cuando Melissa empezó a reconocerlos y a sonreírles, a las pocas semanas de su llegada. Una sensación muy agradable que Melissa ¡apretase su puño diminuto alrededor de tu dedo! Melissa agitaba además las manos en dirección a Darren, entusiasmada, como si tuviera un mensaje particular que transmitirle. Los chillidos como de gatito que emitía no eran inteligibles, pero Darren fingía entenderlos.

—¿Cuánto puede entender la niña de lo que decimos? —Naomi estaba ansiosa por saberlo.

—La niña entiende *sentimientos*.

(Era una frase con tintes shakesperianos, recordaría Naomi años después. Pero papá la dijo por entonces como si fuera suya propia, y es muy probable, desde la perspectiva de Gus Voorhees, que lo fuese.)

Solo varios años después, cuando Melissa era lo bastante mayor para entender, o para entender en parte, papá y mamá le explicaron que había sido *adoptada*.

A ella le dijeron que había sido *escogida*. A diferencia de la mayoría de los hijos que les nacen a sus padres —como Darren y Naomi, por ejemplo— y

que llegan al mundo como sorpresas (aunque sorpresas muy especiales), a Melissa la habían *escogido de manera libre y deliberada*.

Con su voz seria de papá, nuestro padre explicó:

—Un hijo adoptado es un hijo escogido. Un hijo adoptado es un hijo muy deseado. Un hijo adoptado tiene dos juegos de padres, y está en el mundo por partida doble. Están los padres biológicos —a los que algún día Melissa podría tal vez encontrar si lo deseaba, al menos a la madre biológica—, y están los padres adoptivos, que la han elegido entre multitudes.

La palabra extraña era *multitudes*. No sabíamos qué hacer con ella. Había algo terrible en la idea: un verdadero océano de bebés, y Melissa entre ellos, pero a duras penas distinguible de ninguno de los otros. No tiene nada de sorprendente que, con los ojos bajos, ella esperase a que terminara la dura experiencia.

La caja blanca

—¡Eh, Nao-miii! Algo para ti.

Era una caja blanca. Pero no una caja blanca limpia.

Una de esas cajas de donuts, con manchas de grasa.

Ya no era la escuela Montessori de Grand Rapids. Nos habíamos mudado a Saginaw, también en Michigan. Con cada nuevo colegio eran menos los nombres que me apetecía aprender y no conocía los de aquellas chicas que nos sonreían a Melissa y a mí.

Después deduciría que no eran las que habían preparado la caja para nosotras. A quienquiera que se le hubiese ocurrido aquel «regalo» tenía que ser mayor. De los primeros años de secundaria o más.

—Eh, Naomi. Te lo puedes quedar, es para tu hermana y para ti.

(No quería pensar que las verdaderas palabras, masculladas con un sonido nasal, habían sido *para tu hermana chinita y para ti.*)

Estaban emocionadas. Sus ojos volaban, centelleantes.

Cometí la ingenuidad de pensar: *¿Es que les caigo bien? ¿De verdad?*

Las manos me temblaban de emoción, o de miedo.

—Vamos, ábrela, Nao-miii. Es para ti.

El corazón me latió, esperanzado; hacia lo alto, como hojas aspiradas por un viento repentino. Porque estaba muy sola allí, dondequiera que (en los últimos tiempos) aquel *allí* se encontrase.

Mientras retiraba la cuerda, mal atada, agachada encima de la caja, y con Melissa mirando en silencio, trataba de no ver que había otros chicos y chicas de más edad, a cierta distancia, junto a la esquina de la pared del colegio, viendo lo que hacíamos.

Abrí la caja. Del interior salió un olor desagradable.

Parpadeé y miré. Melissa dejó escapar un gritito.

Le di una patada a la caja, agarré a Melissa de la mano y tiré ciegamente de ella, de vuelta al interior del colegio.

Calientes bocanadas de bilis me subieron a la boca, me tuve que encorvar, dominada por la náusea.

Vomitó en el suelo y en mis zapatillas. Y la pobre Melissa, aterrada, preguntando ¿qué era?, ¿qué ha sido? Porque no había visto lo que había en la caja, no con la claridad con que lo había visto yo.

Aquella noche Melissa se despertó gritando en la cama vecina a la mía.

Después de que mamá hubiese apagado la luz de la mesilla, que tenía la forma de una oveja de lana muy crespada, me dediqué a apretar mucho los ojos para no ver la caja, y lo que estaba dentro destrozado y ensangrentado, pero no fui capaz de dormir.

—No era más que un sueño, cielo. Una pesadilla.

Mamá abrazaba a Melissa, que gimoteaba y se estremecía.

Mamá me preguntó si tenía alguna idea de qué era lo que tanto había asustado a mi hermanita, en qué consistía la «pesadilla».

Ni idea.

En los brazos de mamá, Melissa se tranquilizó al cabo de algún tiempo. Sentí unos celos enormes al verlas, mi madre que era tan guapa (pensaba yo) y mi hermanita, que era una preciosidad, tan estrechamente enlazadas. La lanuda oveja blanca que era nuestra lámpara de mesa despedía una luz cálida, pero creaba sombras muy nítidas, sombras como hojas de cuchillos, en los pliegues de la ropa de ambas camas y en el espacio de debajo, donde podía haber algo escondido.

—Es este sitio... Saginaw. No nos quieren aquí. Y nosotros tampoco queremos estar.

Mamá hablaba en un ronco susurro. Abrazaba a Melissa, que se aferraba a ella, jadeante. Había un tono de reproche en la voz de mamá que significaba *La culpa es de vuestro padre. ¡No mía!*

—¿Estás segura de que no ha sucedido nada, Naomi? ¿A Melissa? ¿A ti? ¿En el colegio?

Negué con la cabeza. *No.* Me molestaba que se me despertara, si bien, en realidad, no estaba dormida.

¿Y qué podría haberle contado a mi madre? Me faltaban las palabras adecuadas.

Cuando le pregunté a Darren: ¿Es verdad que papá mata bebés?, mi hermano hizo una mueca y dijo, con altivez, que no era así como los llamaban.

No lo entendí. ¿Quiénes eran los que «llamaban»? ¿Y a *quiénes*?

Fe-tos, dijo Darren. Los llaman *fe-tos*, estúpida.

«Muy torpe»

En otra ocasión, en las escaleras del gimnasio en la escuela primaria Saginaw South, una chica muy grande, que se apellidaba Biedenk, me empujó por detrás e hizo que me cayera y me torciese un tobillo. Aunque traté de no llorar, el dolor fue muy intenso.

¡A ver si te gusta esto, zorra! Tu viejo es un puto asesino de bebés, ¡joder!

Había sido un accidente en las escaleras. Así se lo expliqué a los adultos.

Tenía mucha prisa y no miré bien. Había dado un paso en falso.

La culpa es mía, soy muy torpe.

«Un asesino de bebés vive en tu barrio»

Cuando aquellas octavillas (de color amarillo mostaza) aparecieron por vez primera, en los buzones de los vecinos y bajo los limpiaparabrisas de sus coches, empujadas por debajo de las puertas exteriores de tela metálica, clavadas en los postes del teléfono en nuestra manzana de casas; rasgadas, rotas, llevadas por el viento; aplastadas contra las cercas de alambre, incluida la nuestra; flotando boca abajo en los charcos como mudas cosas muertas... no lo supimos porque nuestra excusa era *Somos niños, no se nos exige saberlo*.

Y lo poco que sabíamos no lo admitíamos porque saber algo no es lo mismo que admitir que lo sabes, especialmente ante tus padres; y si no admites que sabes algo, no estás obligado a saberlo ni estás obligado a recordarlo.

Darren lo sabía, pero Naomi no. Melissa tampoco.

Durante mucho tiempo, durante años, Melissa no lo supo.

Y sin embargo: habíamos visto a Melissa agacharse para recoger una de aquellas feas octavillas de color amarillo mostaza en la acera, que la lluvia había vuelto resbaladiza, cerca de nuestra casa, mirarla con fijeza, alisarla y seguir mirándola, ¿perpleja?, ¿curiosa?... Al parecer sin alarmarse ni asustarse; doblándola y metiéndosela en la mochila como para conservarla.

Además: crucecitas blancas de madera clavadas en el suelo, de noche, delante de la clínica dirigida por Gus Voorhees; crucecitas que el personal debía retirar a toda prisa cuando llegaba por la mañana y *que nosotros no habíamos visto con nuestros propios ojos y que en consecuencia no recordaríamos*.

Como tampoco oíamos salmodiar el *Padrenuestro* ni el *Ave María*.
Igual que no oíamos el sonsonete en verso que era como una canción de
cuna equivocada:

La libre elección es una mentira,
los niños prefieren sin duda la vida.

Solicitud, Escuela de Artes y Ciencias. Universidad de Michigan[\[3\]](#)

Háblenos de sus antecedentes. Dónde nació usted, dónde se crio, recuerdos de su infancia y de su familia. Por qué quiere estudiar en la Universidad de Michigan y qué espera encontrar aquí.

Porque era una historia que se nos había contado muchas veces. Porque éramos una familia de Ann Arbor.

Porque nací en el hospital universitario de Ann Arbor, el 7 de abril de 1987.

Porque entonces éramos felices.

Porque en la Universidad de Michigan existen instalaciones especiales para alumnos con *discapacidades*.

Porque el doctor Gus Voorhees, mi padre, se licenció con la calificación de *summa cum laude* en la Escuela de Artes y Ciencias en 1974 y más adelante en la Facultad de Medicina con una especialización en cirugía obstétrica y salud pública. Porque mi padre expresó el deseo de que todos sus hijos estudiaran en la Universidad de Michigan y, en honor suyo, tengo la esperanza de que así sea.

Porque mi padre no me abandonó sino que me quiso.

Porque ahora mi familia está destrozada. Porque yo estoy destrozada.

Porque al estudiar en la Universidad de Michigan en la ciudad de Ann Arbor estaré viviendo en el lugar en que vivieron mis padres.

Porque, según se me ha contado, de joven mi madre me llevaba en un cochecito por las calles de Ann Arbor, por sus jardines y a través del campus de la universidad, cuando yo era muy pequeña. Porque de joven mi padre me

llevaba en una mochila cuando dábamos paseos por el jardín botánico.

Porque, según se me ha contado, vivíamos en un dúplex alquilado en Third Street y más adelante en un edificio de apartamentos en State Street. Porque, según se me ha contado, el restaurante favorito de mis padres era Szechuan Kitchen en State Street, donde se preparaban mesas en el patio cuando hacía buen tiempo y allí me sentaban en una trona.

Porque, según se me ha contado, *¡entonces sí que éramos felices!*

Porque era la época anterior a que papá se ausentara con tanta frecuencia.

Porque era la época en que, cuando papá se marchaba, no teníamos miedo de que no volviera.

Porque no recuerdo con claridad nada de aquella época, y lo que sí recuerdo es algo así como las imágenes que se tienen de una película que solo se vio una vez hace mucho tiempo.

Porque es esa clase de recuerdos que se tienen de una película que no te pareció importante por aquel entonces, ya que lo importante era si tenías hambre y si tenías que ir al baño: la urgencia de necesitar que tu madre te llevara deprisa a un cuarto de baño antes de que se produjera un accidente.

Unas angustias tan insignificantes, las necesidades (corporales) de un niño. Esos son nuestros primeros recuerdos y no los atesoramos.

Y por eso tengo la esperanza de, si la Universidad de Michigan en Ann Arbor me acepta, poder recordar parte de la felicidad de mi vida perdida.

Porque la Universidad de Michigan en Ann Arbor es una de las grandes universidades públicas de los Estados Unidos.

Porque mis padres creían en la enseñanza pública más que en la privada, porque mis padres tenían fe en la «democracia», algo que ya no es tan popular hoy día.

Porque tenían esperanzas para sus hijos. Porque soy una de sus hijos.

Porque estoy tratando de entender... la responsabilidad de una determinada «ascendencia».

Porque mi padre no creía en dudar *de aquello que, de manera instintiva, sabes que es tu deber.*

Porque Gus Voorhees, mi padre, se matriculó en la Universidad de Michigan en Ann Arbor cuando tenía dieciocho años y mi misión es descubrir cómo llegó a ser la persona que fue a partir de entonces... si es

posible saber algo así.

Porque dentro de pocos meses cumpliré dieciocho años.

Porque fue allí donde mis padres se conocieron: Ann Arbor, Michigan. Sin aquel lugar y aquel momento no se habrían conocido.

Mi hermano Darren no viviría. Yo tampoco.

Mi hermana Melissa viviría, pero en Shanghái (?). O quizás Melissa no habría sobrevivido.

Durante un viaje a China en los años ochenta, desde un barco que navegaba por el río Yangtsé, mi padre vio los cuerpos de criaturas recién nacidas en el agua color de cieno.

Niñas, nos dijeron.

Porque él lo había visto y no lo había olvidado.

Porque es muy poco lo que podemos hacer. Pero es nuestro deber hacerlo.

Porque él no había perdido la fe y yo tengo la esperanza de aprender qué es tener fe.

Porque cuando asesinaron a mi padre el 2 de noviembre de 1999, el disparo de aquella escopeta aniquiló todos los recuerdos de nuestra familia.

Porque como somos aquella familia, quedamos aniquilados en aquel instante.

Porque lo que se ha perdido solo se puede recuperar con esfuerzo.

Porque si la Universidad de Michigan en Ann Arbor me acepta, seguiré trabajando en el archivo sobre la vida (y muerte) de Gus Voorhees, mi padre. Porque utilizaré la biblioteca de la universidad para investigar exhaustiva y metódicamente, algo que no he intentado (aún) hacer.

Porque perdí años en los que no me fue posible empezar.

Porque de manera aleatoria y anárquica inicié el archivo a raíz de la muerte de mi padre sin saber lo que estaba haciendo, como una rata rescata cosas que entreteje en su nido, y ahora que soy mayor y menos *discapacitada*, seguiré archivando de forma más reflexiva. Porque mi madre se enfadó mucho conmigo cuando descubrió lo que había estado haciendo, aunque no lo había hecho adrede pero sí (según a ella le pareció) en secreto, porque es verdad que no quería que lo viese, de manera que estaba escondido en un lugar

inadecuado en el que había humedad, y buena parte del material estaba hecho trizas, deteriorado e inservible. Porque mi madre suponía que lo que yo estaba haciendo era deliberado y secreto porque eso es lo que a ella le parecía, pero ella no tenía ni idea de lo que yo estaba haciendo porque ni yo misma lo sabía, dado lo desperdigado de mis pensamientos y que para mí no estaba claro que «Naomi» fuera la misma persona de un día para otro ni que esa persona fuese de fiar.

Porque si la universidad me acepta como alumna de primer año, me comportaré como tal desde ese momento. Porque imitaré el comportamiento visible de otros alumnos y a partir de ahí creo que podré deducir con éxito el que no es visible.

Porque mi madre dijo *Lo siento, no me es posible seguir siendo vuestra mamá.*

Porque mi madre dijo *Tendréis que abriros camino vosotros solos. Lo siento.*

Porque a raíz de la muerte de mi padre mi alma enfermó.

Porque desde muy joven detestaba a quienes tenían vivos a sus padres.

Porque había una rabia terrible en mí, incluso cuando les sonreía, pensando *Algún día lo sabrás. Llegará el día en que estén muertos.*

Porque han pasado años y el asesino vive todavía en la cárcel de Ohio.

Porque estamos esperando a que se muera, a que lo *ejecuten.*

Porque es algo enfermizo y odioso estar esperando la *ejecución* de otra persona.

Porque si la universidad me acepta, utilizaré todos los servicios de la biblioteca para investigar la vida y muerte de Gus Voorhees. Lo que hasta ahora se ha hecho sin orden ni concierto y de manera pueril, pasaré a hacerlo con cuidado, lo prometo.

Porque hay microfilms en la biblioteca que aprenderé a examinar. Utilizaré ordenadores.

Buscaré cartas, instantáneas, manuscritos... toda clase de documentos. Investigaré.

Entrevistaré a gente de Ann Arbor y de Ypsilanti que conoció a mi padre.

A gente que conoció a mis padres. Médicos y personal del hospital, mujeres del centro de salud. Amigos, vecinos. Me presentaré y les diré *¿Se acuerda de mí? Soy Naomi, la hija de Gus Voorhees.*

«Falsa alarma»: junio de 1997

¿Eran felices tus padres?

¿Cómo era ser hijo de Gus Voorhees?

Y en el caso de tu madre, Jenna Matheson, ¿qué consecuencias crees que tuvo para ella ser la mujer de Gus Voorhees durante dieciséis años?

—Porque lo digo yo, y no lo es.

A mi hermano Darren, tan extraño él, se le había metido en la cabeza, a la manera en que algo fibroso se te puede meter entre los dientes y poco a poco volverte loco porque no consigues sacarlo, que la decisión de nuestra madre, o más bien el repentino cambio de planes de nuestra madre, no era una buena idea.

Le insistí:

—¿Por qué no? ¿Cuál es la diferencia?

—No es bueno cambiar de planes de forma impulsiva.

—Estás siendo ridículo.

—Tú sí que eres ridícula.

Exasperado, mi hermano me miró con ferocidad. De manera deliberada busqué con los ojos las manchas de acné que tenía en la frente y en las mejillas y que impedían que fuese un muchacho llamativamente atractivo.

Con la virtuosa testarudez con que rebuznaba con su trompeta en el garaje donde mi madre lo había desterrado con la súplica de *¡Darren, por favor! Algunas de nosotras estamos tratando de no volvernos locas*, dijo:

—Debería haber llamado antes.

—¿Cómo sabes que no ha llamado?

—Porque *se lo he preguntado*. Y ha dicho que «no es necesario».

Darren había reproducido la altiva tranquilidad de la voz de nuestra madre pero no el temblor que subsistía por debajo. La burla, si es que era eso, me

molestó, porque la verdad evidente y perdurable era que quería a mi madre mucho más que a mi difícil hermano.

—¿Por qué no llamas tú mismo a papá, en ese caso? Si te parece tan esencial.

—¿Por qué tendría que llamarle yo? *Es ella* la que es su esposa, maldita sea.

En labios de Darren *ella* era una palabra odiosa, semejante a un silbido, y con la que se proponía molestar.

A continuación añadió:

—Tiene determinadas intenciones de las que no quiere que estemos enterados.

—¿«Intenciones»?... ¿De qué estás hablando?

—Una *idea*. Una *razón*. Algún condenado *motivo*.

Patilargo y desgarrado Darren. A los trece años era casi tan alto como nuestra madre y se cernía sobre mí cuando quería algo así como amenazarme con su ser mismo. Por una extraña timidez fraterna parecía evitar a Melissa, a quien no quería amedrentar pero con quien le resultaba difícil hablar.

En el fondo, Darren se sentía protector con sus hermanas, más jóvenes las dos. Si es que llegaba a ser necesario. Porque esa actitud protectora es *deber* de un hermano responsable.

—¡Qué demonios! Me da lo mismo.

Darren habló repentinamente exasperado, con repugnancia.

Estábamos en el piso de arriba, en el estrecho pasillo de techo bajo en el que a veces se oía el débil zumbido de unas moscas que no siempre quedaban a la vista. Con malos modos, mi hermano me apartó para pasar, como si mis preguntas le hubieran molestado. Podría haber evitado tropezar conmigo de haberlo intentado, pero no lo hizo, respirando con fuerza por la boca como un animal jadeante, ansioso por marcharse antes de hacerle a su hermana un daño de mayor consideración.

En una familia con más de dos hermanos siempre existe el inevitable hermano mayor, que puede ser una chica, en este caso un varón, agobiado por un precoz conocimiento de la política familiar, conocimiento del que se excluye a los otros hermanos, que de ese modo siguen siendo jóvenes y viviendo despreocupadamente. Se trata de una responsabilidad que nadie agradece, algo que Darren parecía saber de antemano, pero ineludible, por otra parte.

Un buen día se me preguntaría si mi hermano había sido un niño irritado, o inusualmente emotivo, antes de la muerte de nuestro padre, y yo contestaría, tratando de protegerlo, *Mi hermano era un chico normal para su edad, su clase social y su época. Éramos una familia normal y éramos felices excepto cuando no estábamos seguros de si éramos felices o no, porque se nos obligaba a pensar sobre ello y a ponerlo en duda.*

Y ¿nos queríamos? Sí. Nos queríamos.

—¡Chicos! ¡Vamos! Llegaremos tarde.

Mamá nos llamaba desde abajo. ¡Aquella voz!

Una voz luminosa, feliz en apariencia, una voz de sensatez maternal. La voz de una mamá televisiva en el límite (jovial) de su paciencia, ascendiendo por las escaleras.

—Bajad, *mes amis*, ¡o nos marcharemos sin vosotros!

Una voz con entonación festiva. Casi te lo podías creer.

No la voz suplicante que habíamos oído (sin proponérselo) al teléfono: *Gus, por favor, no dejes de llamarme. Estoy preocupadísima por ti pensando que estás en ese sitio, cariño.*

Melissa ya había bajado —o incluso estaba ya fuera, bien sujeta en su asiento de la ranchera— porque (adoptada, ontológicamente insegura) nunca *llegaba tarde.*

De hecho, si mamá quería que saliéramos de casa a las doce en punto y no lo hacíamos hasta varios minutos después, era lógico que dejara traslucir su irritación.

Bajamos de prisa las escaleras. Al andar, Darren, que iba delante, pisaba con fuerza inusitada, según su costumbre en la casa (alquilada) de Salt Hill Road que tanto le disgustaba, como si esperase romper así los escalones de madera.

Inmediatamente detrás, Naomi no se atrevía a acercarse mucho por temor a pisarle los talones, lo que provocaría que Darren se volviera furioso para golpearla con la mano abierta, como se castiga a un perro demasiado entusiasta.

A veces (hay que confesarlo) Naomi le pisaba los talones por simple jugarreta de hermana menor o por puro despecho; pequeños ataques como aquellos eran bastante conscientes, aunque se los podía confundir fácilmente

con otros, del todo accidentales, por los que era injusto culparla.

—Ándate *con ojo*.

—No lo he hecho *aposta*.

Casi al alimón salimos de la casa. Porque nunca faltaba el toque, placentero a medias, del pánico infantil...

¡Espera! Espérame.

Un día soleado y cálido de mediados de junio en Huron County, Michigan: hacía justo una semana que habían terminado las clases.

Una luz incandescente brillaba en un cielo desteñido que reflejaba las aguas irregulares del lago Huron, a ocho kilómetros hacia el norte, e invisible desde Salt Hill Road.

Como una nube de color lila pálido —pantalones de lino con chaqueta a juego—, nuestra madre se deslizó para ocupar el asiento del conductor en la ranchera. Sus lustrosos cabellos oscuros estaban recogidos en una trenza muy gruesa que iba a caerle entre los omóplatos. Los ojos, que tendían a humedecerse cuando había mucha luz, se los resguardaba con unas gafas de sol, mientras que la boca, descrita por nuestro padre (de manera turbadora para nosotros) como *eminente besable*, era de intenso color ciruela.

Al lado de mamá estaba nuestra hermanita Melissa, vivaracha y oscuramente bonita. Tan pequeña y tan discreta que casi podías no darte cuenta de que estaba allí.

Pero Melissa *estaba* siempre.

No nos gustaba reflexionar (ni a Darren ni a Naomi les gustaba reflexionar) sobre cuán a menudo Melissa se sentaba delante con nuestra madre o, con menos frecuencia, con nuestro padre. Sucedió de la noche a la mañana, al parecer de manera irrevocable: tan pronto como Melissa fue lo bastante mayor para no tener que usar el asiento infantil trasero, tan humillante, pasó a ocupar el asiento del acompañante, junto al conductor.

Nosotros no nos quejamos, *hicimos como si no nos diéramos cuenta en absoluto*.

Pero que a nosotros dos, los hermanos mayores, nos tocara compartir con tanta frecuencia el asiento trasero del coche, condenados a nuestra mutua compañía y forzados a mirar impasibles al exterior por las ventanillas laterales, haciendo caso omiso el uno del otro de manera muy marcada, no

era ya tan divertido.

Ahora íbamos a llegar (casi) tarde. A toda prisa mamá dio marcha atrás en diagonal por la entrada para coches llena de baches y charcos, maldiciendo entre dientes: «¡Maldita sea!».

Nuestra casa (alquilada), situada a cinco kilómetros al oeste de Sainte Croix, un pueblo pequeño de Michigan, era una casa de madera de un blanco deslucido, como las plumas manchadas de una gaviota. Una casa sin el menor interés, una casa que no «veías» si no te ponías delante; una casa que no servía para alimentar recuerdos, aunque sí era, o llegaría a serlo, una casa para alimentar remordimientos como las setas venenosas que aparecían en el suelo húmedo alrededor de sus cimientos.

A doce kilómetros en la dirección contraria a Sainte Croix (11.400 habitantes) había un pueblo más pequeño llamado Bad Axe (3.040 habitantes). Cuando nos trasladamos a Huron County, una zona rural, desde Saginaw, nuestra madre había dicho que al menos no íbamos a vivir en un sitio llamado *Bad Axe*^[4]. ¡Nadie me creería!

La granja de madera se había construido sobre un montículo desigual, un bulto de tierra en lo más alto que era como el pulgar de una mano. En los cimientos de piedra se leía con dificultad un año: 1939.

La entrada para coches sin asfaltar torcía y se escoraba cuesta abajo hasta Salt Hill Road, donde el buzón de aluminio estaba ladeado y lleno de abolladuras debido a las numerosas colisiones.

Hubo otra casa en Sainte Croix que nuestros padres alquilaron, o intentaron alquilar, varios meses antes. Se trataba de una casa estilo rancho en una calle residencial (solo a tres manzanas de la escuela primaria donde Melissa se iba a matricular) y a la que ya nos habíamos mudado en parte cuando algo se estropeó, un malentendido sobre los términos del arrendamiento, o un desacuerdo entre el propietario y mi padre, o una «disputa», pero el caso fue que las cajas de embalaje que ya habíamos desempaquetado tuvieron que rehacerse a toda prisa y mansamente y hubo que volver a cargar el remolque alquilado, de manera que en un solo día de agobios nos mudamos una segunda vez a la granja de Salt Hill Road que mis padres habían visto, y rechazado, mi madre con especial vigor, semanas antes.

La vaga promesa de nuestro padre era que pronto encontraríamos otra casa, más conveniente, en Sainte Croix.

Para evitarnos los autobuses escolares rurales, que no nos habían resultado muy agradables a ninguno de nosotros en la primera semana o dos de clases, nuestra madre solía llevarnos y traernos.

(Nuestros padres nos habían pedido que no habláramos de los autobuses escolares. Que no nos quejásemos. Nos evitarían aquellas experiencias —la intimidación, el acoso, las amenazas sexuales, todo el «comportamiento grosero»—, pero no teníamos que pensar que éramos en modo alguno *superiores* a los hijos de nuestros vecinos de Huron County.)

(Nuestros padres eran inflexibles, idealistas, liberales sin fisuras [por lo general]. Solo creían en la educación pública y esperaban convencerse el uno al otro de que la estancia de sus hijos en el sistema de escuelas públicas de Huron County no sabotearía nuestra educación ni nuestras oportunidades de estudiar en universidades de primera categoría.)

En la ranchera Darren se mostraba inquieto, preocupado.

—Mamá, ¿has llamado a papá? ¿Sabe que primero vamos a reunirnos con él? —Darren fue incapaz de resistirse y preguntó.

—No, Darren. Tengo que dejar el coche en el taller para que pase la inspección. Eso lo sabes.

—Pero...

—Llegaremos al centro antes de que tu padre se vaya. Por favor, ¡no catastrofices!

Aquella era la advertencia más seria de nuestro padre a su familia: *Por favor, ¡no catastrofices!* Se trataba de una palabra inventada, algo que descubriríamos más adelante. Pero que en ningún caso —de ninguna de las maneras— se aplicaba a nuestro padre en persona.

Papá vivía con un horario tan apretado, y estructurado de una forma tan intrincada, que casi siempre funcionaba con retraso, huyendo de llamadas telefónicas, buscando llaves de coche extraviadas, carteras, en ocasiones incluso zapatos, por lo que no soportaba que las ansiedades de los demás se sumasen a las suyas.

El Darren de ojos de lince había descubierto en la ranchera, aquella misma mañana, que la pegatina de la inspección técnica de vehículos había caducado cinco meses antes. Con una desaprobación en la que se mezclaban el desaliento y el regocijo se había apresurado a explicarle a nuestra madre que se exponía a que le pusieran una multa, y posiblemente a que la detuvieran, por conducir sin una pegatina válida, emitida por la Dirección General de

Tráfico de Michigan.

—Más valdrá que papá o tú llevéis cuanto antes el coche para que pase la inspección.

Papá tenía su propio coche, más reciente, un Volvo de 1993, *seminuevo*, y mamá había heredado para el día a día la ranchera Chevy de 1991. En consecuencia, la responsabilidad por la ranchera había caído entre los dos adultos como un balón dividido, que corría de manera descuidada entre sus pies, sin que nadie lo recogiese.

El primer plan para aquel día había sido reunirnos con papá a la una para almorzar, a la orilla del lago, en el restaurante The Cove, que se había convertido en el nuevo restaurante favorito de nuestros padres, con vistas al lago Huron, ocho kilómetros al norte de nuestra casa; papá iría hasta The Cove desde el centro de Sainte Croix, a poco más de tres kilómetros. Aquella mañana, sin embargo, sin consultarle, mamá había concebido una nueva idea «brillante y pragmática»: iríamos a Sainte Croix, dejaríamos la ranchera en el taller, y haríamos a pie la corta distancia hasta la clínica para mujeres donde Gus Voorhees era médico jefe y lo sorprenderíamos: «No lo habéis visto nunca trabajando. Os lo merecéis». Luego, razonaba mamá, nuestro padre nos llevaría a todos a The Cove y, para cuando regresáramos del almuerzo, a primera hora de la tarde, la ranchera estaría lista para que la recogiésemos en el taller.

Por supuesto, el remilgado Darren se oponía a aquel plan por dos motivos: en primer lugar era un *cambio de planes*, lo que parecía irritarle por principio; y en segundo lugar, ¿qué pasaría si nuestro padre salía, camino de The Cove, antes de que nosotros llegáramos al centro para mujeres? ¿Cómo íbamos a llegar después al restaurante?

—No seas ridículo, Darren. Estaremos en el centro médico a las doce y media. Tu padre no va a salir hacia el restaurante hasta la una menos cuarto, si es que no sale más tarde. Gus Voorhees no ha llegado nunca demasiado pronto a ningún sitio y no es probable que empiece a hacerlo hoy.

—Creo que sería mejor que llamaras a papá.

—A tu padre no le gustan las llamadas inoportunas cuando está trabajando. Nos limitaremos a darle una sorpresa.

—¡No es una *llamada inoportuna*! ¡Somos nosotros!

—A tu padre no le gustan las *llamadas innecesarias*. Es un hombre muy ocupado.

—Pero... ¿y si sale pronto hacia The Cove?

Tan descerebrado como un lorito, mi hermano se repetía. Y presentaba de una manera tan desalentadora aquellas objeciones superficiales que nuestra madre se rio de él. ¡Era imposible que eso pasara! ¡Por qué se ponía tan tonto! Había un algo tenso y provocador en la risa de nuestra madre, como rascar una pizarra con las uñas.

—Pero... pero... ¿y si la ranchera no está lista cuando regresemos del almuerzo? ¿Cómo vamos a volver a casa? —aquel era el titubeante *coup de grâce* de Darren.

—¿Que cómo vamos a *volver a casa*? Darren, vivimos a menos de cinco kilómetros. Siempre encontraremos alguna manera de *volver a casa*.

En el espejo retrovisor los ojos de Jenna centellearon en nuestra dirección a modo de advertencia, aunque aún sonreía. Su estado de ánimo era alegre, entusiasta.

¡Qué hermosa nos parecía! Antes de la devastación.

Mamá dijo que si la ranchera no estaba lista cuando regresáramos del almuerzo, podíamos esperar en la biblioteca pública:

—Tengo que ir de todos modos para recoger un libro. Quizá Sainte Croix no sea como Ann Arbor, pero la biblioteca no está mal.

Era muy frecuente que nuestra madre iniciara una observación nostálgica con *Quizá no sea como Ann Arbor pero...*

Hacía mucho que ya no vivíamos en Ann Arbor. Para mí, toda una vida.

Darren rechazaba con desprecio la mayoría de mis recuerdos de Ann Arbor como equivocados, fraudulentos. Sobre todo me encantaba recordar un lugar y una época en la que (todos lo sabíamos, mi madre apenas disimulaba sus sentimientos) Jenna Matheson había sido más feliz. Yo había nacido (es decir, así *me lo habían contado*) en el hospital de la Facultad de Medicina de la Universidad de Michigan en donde por aquel entonces Gus Voorhees era uno de los médicos en plantilla; muy poco después pasó a interesarse por otra clase de atención médica, la salud pública, orientada hacia la comunidad, centrada en las mujeres, así que nos mudamos. De Ann Arbor era poco lo que yo recordaba con claridad, excepto un enorme parque con colinas y senderos para excursiones que había recorrido de muy pequeña en una mochila a la espalda de mi padre: la emoción de aquellas excursiones, un placentero traqueteo, como cuando te mecen en una cuna, y ver el parque extenderse de manera asombrosa ante tus ojos incluso mientras, lo que era muy extraño, te

llevaban de espaldas a la dirección de la marcha...

Mamá, por supuesto, había hecho excursiones con nosotros por aquel sitio tan hermoso que llamaban el *jardín botánico*. Y Darren también... no me quedaba más remedio que aceptarlo. Aunque *a él* solo lo recordase vagamente.

Durante el trayecto hasta Sainte Croix entre descampados, granjas y casitas de madera de un blanco sucio y tan *asquerosas* (la palabra que Darren utilizaba con más frecuencia) como la nuestra, mi hermano siguió encogiéndose de hombros, agitando sus largas piernas desgarradas e igual de inquieto a mi lado, hablando en voz muy baja pero con la intención de que nuestra madre le oyera. Al final Jenna dijo, mirándolo por el espejo retrovisor:

—Escucha, Darren: es mi cumpleaños, prácticamente. Se me tendría que dejar hacer lo que quisiera en mi condenado cumpleaños.

—¡No cumples años hasta la semana que viene!

La forma tan descarada en que mi madre tergiversaba los hechos parecía ofender en particular a Darren. A los trece años se había vuelto cada vez menos imaginativo, y más quisquilloso y moralizante, no acerca de sí mismo, sino del resto de la familia. En especial, los intentos humorísticos de nuestros padres le ofendían, como si, en sus oídos, tal humor tuviera como fin oscurecer una realidad más cruel y más profunda que se cernía como una densa niebla más allá del descuidado follaje que rodeaba nuestra casa.

Nuestra madre estaba diciendo, con tono de súplica:

—Escucha. Estoy segura de que esa es la razón de que tu padre quisiera hacer hoy una «excursión». Se habrá marchado la semana que viene... a Washington D.C. Y también se fue el último fin de semana. Por favor, trata solo de relajarte, Darren. Pareces tan... enfadado...

Darren murmuró algo que sonaba como *¡enfadado! ¡Por Dios!* y se retorció, presa de la desesperación, dando patadas en el respaldo del asiento del conductor.

En nuestra familia había llegado a establecerse la tradición de la *excursión familiar*. Se trataba de aventuras planeadas por nuestro padre, por lo general del todo improvisadas, cuando se presentaba una *oportunidad* en su abarrotado calendario, lo que suponía unas horas *arrancadas al olvido*, como le gustaba decir. La *excursión familiar* tenía el aire de lo inesperado y de la sorpresa; no podía incluir a otras personas, solo la familia Voorhees (dos

adultos, tres niños); invariablemente incluía ir en coche a algún sitio, lo más lejos posible dentro de los límites impuestos por el tiempo disponible y el sentido común: en una ocasión, al lago Houghton; otra vez, a Saginaw Bay en Katechay Point. Era raro que Gus Voorhees se tomara varios días seguidos de descanso (siendo precisos, era raro que quisiera tomárselos), pero cuando podía, y nosotros no teníamos clases, llevaba a «su camada» a la isla Mackinac, en el norte de Michigan, donde nos alojábamos en una cabaña destartalada que pertenecía a unos parientes.

Eran nuestros momentos más felices. Supongo que se lo imaginan.

No era frecuente que nuestra madre se mostrara tan entusiasta y divertida como lo estaba aquel día; no era frecuente que sonriera tanto, y de manera tan *rutilante*.

Salvo que posiblemente se pasase de *rutilante*.

Nuestra madre había hecho un esfuerzo por vestirse bien para la excursión. Nada de su habitual camisa de franela, camiseta, vaqueros rotos y mugrientas zapatillas de deporte Nike, o, lo más frecuente en ella, al menos bajo techo, los pies descalzos; se había puesto un traje de lino de color lila bastante elegante que había comprado en una tienda de ropa usada de la ciudad residencial de Birmingham, a las afueras de Detroit (porque mamá compraba la mayor parte de su ropa en tiendas de segunda mano, por una cuestión de principios: le escandalizaban los precios de casi toda la ropa). Se había cepillado y trenzado el pelo, que le llegaba casi a la cintura, y se había «maquillado». *Se ha puesto guapa para Gus Voorhees aunque no es (lo sabe, y lo acepta) una belleza, sino más bien una mujer apasionada e intensa capaz (en ocasiones) de convencer a un hombre (a aquel hombre) de que es guapa, o de que tal vez no sea muy guapa, pero da igual la belleza: lo que importa es la pasión y la intensidad.*

A menudo había periodos —días, semanas— en los que nuestra madre no sonreía mucho. En los que una de sus sonrisas se asemejaba a una goma elástica que se estira cada vez más. Había sucedido en los peores días del interminable invierno de Michigan que ya habíamos dejado atrás. (Nunca querías pensar: sí, y que también volverá.) En las noches en que nuestro padre no volvía a cenar a casa porque estaba en otro sitio, en otra cena; o estaba del todo ausente, en otra parte del estado, o en otro estado; «cenaba en compañía de» donantes con capacidad para dar mucho dinero (en Birmingham, Bloomfield Hills, Grosse Pointe) a organizaciones de mujeres y

que resultaban ser señoras acomodadas (de avanzada edad, solas) para quienes el tiempo que pasaban en compañía de Gus Voorhees era muy emocionante.

Nuestro padre se había convertido en un héroe feminista en Michigan, en determinados círculos, a raíz de su apasionada intervención ante la asamblea legislativa de Michigan en 1981, que convenció al suficiente número de legisladores (en su mayor parte conservadores) para aprobar la creación de una comisión especial sobre los derechos médicos de las mujeres en materia de reproducción, de la que Gus Voorhees había formado parte. La asamblea legislativa también autorizó un aumento en el presupuesto de los servicios médicos comunitarios para mujeres, un tema tan controvertido en Michigan como en el resto de los Estados Unidos: ¿Deben utilizarse fondos públicos para practicar abortos? ¿Y qué clase de aborto?, ¿terapéutico, por causa de violación o incesto, optativo? ¿Deben utilizarse fondos públicos para la anticoncepción? Se descubría que cuestiones de bienestar social que parecían haberse decidido de una vez por todas años atrás no estaban decididas en absoluto, sino más bien sometidas a un ataque constante, y cada vez más vulnerables desde la elección de Ronald Reagan como presidente en 1980. Ningún asunto despertaba mayor pasión en los dos grandes partidos políticos, y cada vez que se elegía una nueva asamblea legislativa, y con cada nueva campaña para mantener, aumentar o reducir el presupuesto, Gus Voorhees intervenía como médico portavoz de salud pública.

Nuestro padre llevaba mucho tiempo sufriendo ataques de sus enemigos (nos enteraríamos después de su muerte). Se nos había permitido ver algunos de los comentarios más favorables en los medios de comunicación: noticias en periódicos de Ann Arbor y Detroit, artículos de portada en el *Boletín de Antiguos Alumnos de la Universidad de Michigan*, *Michigan Public Health* y *Michigan Life*, una semblanza de Gus Voorhees, «Defensor de los derechos de las mujeres», en el *New York Times Magazine*.

Más o menos al cumplir los cuarenta había renunciado en la práctica a tener vida privada. Nuestra madre lo decía con tristeza pero también (pensábamos nosotros) con un toque de orgullo.

¿Famoso? Infame.

No es posible separar ambas cosas.

Tardes de invierno al borde del crepúsculo en las que encontrábamos a nuestra madre en el piso de arriba, tumbada en la cama matrimonial de latón,

en un colchón que se hundía demasiado y en un dormitorio que era una habitación deprimente con papel pintado que se deshacía como pañuelitos húmedos, con una toalla mojada sobre la cara (porque sufría cada dos o tres semanas de lo que ella había bautizado con el nombre de *migraña idiopática*); o, en días mejores, también arriba, pero en el cuarto de techo bajo al que llamaba su despacho, en una mesa que tenía delante un tragaluz, trabajando en su ordenador personal IBM, con el ceño fruncido, muy concentrada y a menudo emocionada. Jenna Matheson (capacitada para ejercer como abogada en Michigan) enviaba y recibía incontables emails; hacía y recibía innumerables llamadas telefónicas; era capaz de enfrascarse en su trabajo tan a fondo como nuestro padre en el suyo, o casi. Ejercía de consultora jurídica para organizaciones en defensa de los derechos de las mujeres en Ann Arbor, Grand Rapids y Saginaw, así como para Planificación Familiar en Michigan, donde su participación era más intensa; escribía para *Women and the Law: An American Review*, revista que publicaba una coalición de asociaciones jurídicas femeninas en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chicago. Estaba siempre redactando reseñas de libros, escribiendo ensayos: desde hacía años revisaba la disertación para su tesis en literatura inglesa, un texto de cien páginas (Universidad de Wisconsin) que llevaba por título *La mujer maltratada: Retratos del yo femenino en literatura*, con la esperanza de que se la publicaran.

A veces al acercarnos al despacho de nuestra madre la oíamos hablar por teléfono; sus frases eran precisas e incisivas; quizá la oíamos reír de un modo que no era frecuente en ella cuando estábamos delante. Podíamos quizá oírla murmurar para sus adentros y suspirar. Y, de nuevo, reírse. Si llamábamos a la puerta (solía estar entornada), nuestra madre se volvía hacia nosotros con una vaga sonrisa culpable y los ojos medio cerrados: «¡Dios mío! ¿Tan tarde es? ¿Hora de *cenar*?».

En el taller de Dante, mamá le dio las llaves de la ranchera al mecánico:

—No es un coche nuevo, está claro. Quizá necesite algún ajuste. Lleva un tiempo oyéndose un ruido en el motor o en algún sitio debajo del capó. El neumático izquierdo de atrás parece un poquito *bajo*. Por favor, cámbiele el aceite o... lo que sea que suelen hacer ustedes. ¡Muchas gracias!

Formando una pequeña comitiva nos dirigimos a pie al Centro para

Mujeres de Huron County, que estaba a tres manzanas, en South Main Street. El cielo se había despejado, hasta cierto punto: la pálida luz incandescente parecía caer directamente desde arriba, con el sol filtrándose a través de nubes muy ligeras. Las aceras de Sainte Croix estaban tan vacías como un cuadro de Edward Hopper, de manera que no nos imaginamos *que nos estuvieran vigilando. La familia del doctor Gus Voorhees, asesino de bebés.*

Nuestros padres nos habían hablado mucho del Centro para Mujeres de Sainte Croix, del que nuestro padre había sido primero médico consultor y, más recientemente, jefe de personal, pero no lo habíamos visitado hasta ahora, es decir Darren, Naomi y Melissa no habían visitado el centro y no estábamos seguros de que mi madre lo conociera, dado que sus observaciones eran crípticas y ambiguas.

¡Ese lugar! Ese lugar que se ha tragado la vida de vuestro padre.

Será un alivio poder marcharnos. Esto es «transitorio», no «permanente».

El Centro para Mujeres de Huron County resultó un anodino edificio de cemento en el extremo más distante de South Main, en un barrio de almacenes, tiendas de alfombras y muebles rebajados de precio, y de solares plagados de escombros. El edificio podría haber sido una fábrica pequeña, en lugar de un centro médico, y no parecía que estuviera «recién inaugurado»; un inmueble de un solo piso, situado en la parte de atrás de una parcela sin hierba, con las contraventanas extrañamente cerradas, como grandes ojos ciegos. Se podía ver —nosotros lo vimos— que en su día hubo grafitis en las paredes de color arena, toscamente repintados después, y que se habían secado dejando manchas desiguales como de sarna. Junto al edificio, un aparcamiento asfaltado y lleno de vehículos del mismo tipo y calidad que nuestra ranchera Chevy de 1991: coches a los que Darren habría aplicado el adjetivo *asquerosos*.

La mayor parte de South Main parecía en ruinas y abandonado. ¡Qué decepción! Imposible que nuestro padre, Gus Voorhees, de quien se nos había hecho pensar que era *una persona excepcional*, trabajara allí.

Entonces vimos a una docena o más de personas (hombres, mujeres) extrañamente inmóviles en la acera delante del centro, con pancartas apoyadas en el hombro. No veíamos las palabras, ni las imágenes (porque algunas exhibían fotos). Varios de los manifestantes sostenían además algo semejante a collares de cuentas, objetos que más adelante me enteraría de que eran *rosarios*. Al vernos, aquella gente pareció revivir. Nuestra madre dijo

enseguida:

—¡No les hagáis caso! Por favor. *No los miréis.*

Nos apresuramos a cruzar el solar en diagonal hacia la puerta principal del centro, para evitar la proximidad de los desconocidos con las pancartas. De todos modos, Darren se los quedó mirando con insolencia. Su rostro juvenil, sutilmente tostado por el efecto del aire o del sol, estaba tenso por algo así como una sorpresa en la que se mezclaban vergüenza e indignación; sus ojos no daban la sensación de *ver*. Melissa y Naomi, las dos asustadas, deseosas de que su madre les dijera lo que tenían que hacer, apresuraron el paso, llevadas por ella, sin tratar de *ver*.

Los manifestantes nos llamaban, pero nosotros no oíamos.

Rezamos por vosotros. ¡Que Dios os bendiga!

Dios os perdona.

Dios os ama.

Eran palabras sin sentido y es cierto que no las oíamos. Naomi resistió la poderosa tentación de morderse las uñas, lo que ayudaba a no oír.

Esos preciosos niños han nacido. ¡Dios os bendiga!

Rezad por todos los niños, ¡benditos de Dios!

Las pesadas puertas metálicas del centro estaban cerradas a cal y canto, lo mismo que las ventanas. En las paredes de cemento, muy repintadas junto a las puertas, se advertían sombras de palabras garrapateadas debajo de la pintura, pero era imposible leerlas.

Otras formas, como patas de araña y puntiagudas, podrían haber sido esvásticas. Una vocecita tranquila me advirtió: *No te fijas demasiado, Naomi.*

Aquella voz la oía a menudo en los momentos en que me sentía como alguien que avanza por un andamio tan estrecho como una tabla. La advertencia era *No te fijas demasiado, porque te caerás.* Era una voz que se me había metido por primera vez en la cabeza a raíz del episodio de la caja blanca.

¿No era extraño que la voz se dirigiera a *Naomi*, como si la misma Naomi no fuese el origen de la voz?

Nunca he preguntado a un psicólogo, terapeuta ni médico si una voz como esa es «normal» o si se trata de una especie de esquizofrenia de bajo mimetismo. Porque en realidad no oigo la voz, es más bien como si la sintiera.

A veces notas vibraciones en el cráneo y a lo largo de la columna vertebral.

El hormigueo de las terminaciones nerviosas. Sin nervios como esos no hay dolor, y sin dolor, no hay conciencia.

Y ¿sabía yo, a la edad de diez años, lo que era una *esvástica* y lo que significaba? No lo sabía.

Aunque muy posiblemente Darren sí lo sabía.

No hablábamos ya. Nuestra madre había interrumpido su charla animada y nerviosa al llamar al timbre junto a la puerta principal. ¡Qué poco queríamos estar allí en aquel momento!

Los manifestantes nos seguían llamando, como se puede interpelar a perros callejeros para los que existen muy pocas esperanzas: *¿Hola? ¡Aquí! Escuchad... por favor. Que Dios os bendiga.* Debía de existir una regla, una ley, algún tipo de regulación que les prohibía seguarnos por el camino de entrada hasta la puerta principal del Centro para Mujeres de Huron County, pero nuestra madre estaba inquieta, mirando por encima del hombro, como si temiera que los manifestantes se nos echaran encima corriendo. Tanteó a ciegas hasta tocar de nuevo el timbre. Y todavía una vez más ante la ausencia de respuesta. ¡Qué horrible era aquello! Nuestro padre trabajaba *allí*.

Una sensación de miedo me creció en el pecho, no me atrevía a mirar a mi hermano por temor a ver en su rostro contraído hasta qué punto se sentía reivindicado: *¡No tendríamos que haber venido! Esto es un error.*

Por fin abrió la puerta una mujer muy nerviosa, con uniforme blanco de enfermera, que nos dijo que lo sentía mucho, pero que el centro estaba cerrado. Nuestra madre protestó:

—¿Cerrado? ¡No puede estar cerrado! El horario es de nueve a cinco. ¿Es que ha sucedido algo?

—El centro volverá a abrir por la tarde... No estamos viendo clientes nuevos ahora mismo, solo con cita previa.

—No soy una «cliente»... no estoy aquí para una intervención. Soy la esposa del doctor Voorhees, y me está esperando.

Resultó muy satisfactorio, casi milagroso, cómo las palabras *Soy la esposa del doctor Voorhees* nos abrieron la puerta con la que, prácticamente, nos habían dado en las narices.

En cualquier caso Jenna estaba entrando ya sin miramientos:

—Y estos son los hijos del doctor Voorhees. ¡Disculpe!

Alguien más del personal del centro, también con uniforme blanco, vino a ver qué quería nuestra madre; ante aquella otra mujer, con nerviosismo y

hostilidad en la voz, Jenna se identificó de nuevo y repitió quiénes éramos nosotros:

—Son los hijos del doctor Voorhees. Mi marido nos está esperando.

Las mujeres de uniforme blanco trataron de explicar a nuestra madre que el doctor Voorhees estaba «muy ocupado» en aquel momento, pero que le dirían que estaba ella allí, esperándolo. Nuestra madre preguntó, intranquila:

—¿Es que ha sucedido algo? ¿Hay alguien... herido? ¿Por qué han cerrado ustedes al mediodía?

—El doctor Voorhees se lo explicará...

—¿Mi marido está bien? ¿Está todo el mundo... bien? ¿Qué ha sucedido? ¿Corremos algún peligro?

Tales eran las preguntas de mi madre a las enfermeras, que no sabían cómo contestarle, y que quizá no tuvieran respuestas para sus preguntas. A nosotros, a *los hijos del doctor Voorhees*, nos pareció que no teníamos adónde ir: ni para atrás ni para delante.

Sin embargo, estaba claro que *volver* era imposible. Nuestra madre tiraba de nosotros para que *avanzásemos*.

Muertos de miedo la seguimos al interior del edificio. La brillante trenza oscura bien colocada entre los omóplatos, la cabeza levantada y muy erguida. Había allí un olor a algo fuerte y desinfectante como el amoníaco transparente con que nuestra madre nos limpiaba las picaduras de insectos y las heridas sin importancia antes de ponernos una venda, y nos hizo sentir que nos asfixiábamos.

Las luces fluorescentes del techo eran más que brillantes, cegadoras. Todo cuanto podíamos oír era la voz de mi madre, más alta que de costumbre.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué está todo el mundo en pie? ¿Dónde está mi marido?

Habíamos llegado a una sala de espera donde, efectivamente, todo el mundo estaba en pie, indeciso, como después de una crisis. Los asientos de plástico a lo largo de las paredes estaban vacíos. No veíamos a nuestro padre, no veíamos a ningún hombre. Allí había enfermeras, ayudantes de enfermeras, y varias muchachas y mujeres con ropa de calle, con toda probabilidad pacientes solas o con sus madres: «clientas». Una de las muchachas, que quizás no tuviera más de dieciséis años, temblaba a ojos vistas; otra mujer joven consolaba a alguien de más edad, posiblemente su madre. La sala de espera era como cualquier otra sala de espera y, sin

embargo, nadie estaba sentado. Nuestra madre preguntó a una de las mujeres vestidas de calle (la que tenía aspecto de madre) qué había sucedido y recibió una respuesta entrecortada:

—No lo sabemos. No nos lo dicen. Puede que haya muerto alguien...

Palabras bruscas, de boca de una desconocida. Oídas solo de pasada, por casualidad. *Puede que haya muerto alguien...*

Era un lugar peculiar, ¿no es cierto? Olor a desinfectante, a quirófano. Sabíamos que nuestro padre era *cirujano*.

No te imaginabas lo que hacía un *cirujano*. No querías imaginártelo.

Sobre todo si el cirujano es tu padre, no te lo quieres imaginar.

En aquel lugar, en aquella sala de espera, nadie parecía saber lo que había sucedido, al menos por el momento. Al personal le preocupaba calmar a los visitantes: esa era su tarea. ¡Nada de histeria!

Nuestra madre tenía otras intenciones. Tiró de nosotros; nos agarró del brazo, literalmente: el de Darren, el de Naomi, y a Melissa, la más pequeña, la colocó de tal manera que estaba obligada a venir con nosotros, obligada a avanzar a buen paso. Salimos de la sala de espera a un pasillo, y por el pasillo, a ciegas (eso parecía), aunque (posiblemente) a nuestra madre la dirigía la enfermera de más edad, que se había responsabilizado de ella y también de nosotros; porque nuestra madre tenía un modo de exigir atención, pese a su ansiedad y a su confusión, que forzaba a otros a ceder. Y ya, de repente, vimos a nuestro padre, que no nos había visto aún: el doctor Voorhees con bata blanca de médico y pantalones de color caqui, limpios pero arrugados, junto a un mostrador de formica sobre el que descansaba, medio abierto, un paquete envuelto en un sencillo papel marrón. Nuestro padre trataba de consolar a una mujer de mediana edad, alguien del personal de enfermería, que al parecer se había derrumbado en una silla junto al mostrador después de haber sufrido una conmoción de algún tipo.

La mujer, que respiraba deprisa y de manera entrecortada, estaba lívida, alterada, y se apretaba el pecho generoso con una mano, como si le doliera el corazón. En aquella situación de emergencia (eso parecía) nuestro padre el doctor Voorhees trataba de tranquilizarla. Razonaba con ella, llamándola «Ellen». Diciéndole a «Ellen» que *todo estaba en orden*.

Todo está en orden. No hay ningún peligro.

Falsa alarma. ¡Fin de la alerta!

Lo que hubiera ocurrido había pasado tan solo minutos antes de llegar

nosotros: solo veíamos ya las secuelas.

Nuestra madre no se había atrevido a interpelarlo. Vaciló, casi tímidamente, y también nos retuvo a nosotros.

Al advertir que otras personas nos miraban, nuestro padre se volvió para ver de quién se trataba y su expresión cambió: pasó a ser de sorpresa y más que sorpresa.

—¡Jenna! ¡Cielo santo! ¿Qué hacéis aquí?

—¿Qué ha pasado? ¿Hay... algún peligro?

—¡No! Ninguno. No era nada.

—Era... ¿se trata de... una bomba?

—No. No es una bomba.

Sin embargo, allí estaba el paquete, a medio abrir. Era el centro de atención, sobre el mostrador de formica. Presuntamente, la enfermera llamada Ellen lo había abierto. O casi lo había abierto.

(¿Alguien la había detenido? ¿Le había dado un grito? ¿La había empujado para apartarla del mostrador? Había en la sala una sensación de vigilancia extrema, como de catástrofe evitada.)

El misterioso paquete medía, más o menos, treinta por cuarenta y cinco centímetros. Parecía corriente, por supuesto. Aun así había asustado lo indecible a cierto número de personas.

Nuestro padre se acercó hasta donde estábamos y nos abrazó con brusquedad, por turno. Parecía aturdido. Trataba de sonreír. Lo que le oímos decir sonaba algo así como *¡Con vosotros aquí! ¡Dios bendito!* Nos apretó mucho contra el pecho al abrazarnos. Aunque su comportamiento pretendía ser relajado y nada inquietante, era evidente que estaba preocupado; también era evidente que no se había dado cuenta de lo mucho que apretaba al abrazarnos, provocando incluso que Melissa gimiera. No pudimos devolverle el abrazo porque el suyo fue demasiado estrecho y excesivamente breve; no podíamos respirar, porque respirar en aquel sitio era respirar el intenso olor a medicinas, que nos resultaba repulsivo. El mismo Darren estaba asustado, y a Naomi la aterraba la posibilidad de sentir náuseas y vomitar. Melissa gemía de miedo, así que nuestra madre tuvo que arrodillarse a su lado y consolarla:

—¡Melissa, cielo! No ha pasado nada, estás bien. ¡Todos estamos perfectamente... bien!

Nuestra madre dejó escapar una risa entrecortada, como si aquella fuese una buena manera de convencer a una niña aterrorizada.

Melissa le susurró a nuestra madre al oído *¿Se ha muerto alguien? Y nuestra madre respondió, con su risa de sorpresa: Por supuesto que no, tonta. Absolutamente no.*

Eran momentos de confusión. Naomi deseaba con todas sus fuerzas estar en otro sitio para morderse las uñas y estarse *quieta*.

Sin embargo, era nuestro padre quien mandaba allí. Había consuelo, había desahogo en el hecho de que el doctor Voorhees estuviese presente.

Se había colocado de manera que no viéramos el mostrador al mismo tiempo que parecía tratar de impedir que el personal del centro nos viese con claridad a nosotros, su desconsolada familia. Con qué ojos, asombrados y vigilantes, las enfermeras nos examinaban, a nuestra madre y a nosotros.

La familia del doctor Voorhees. Sus hijos...

Los hijos del abortista siempre despiertan curiosidad.

¿Qué había dentro del paquete, del embalaje de cartón, disimulado tras el envoltorio de papel de periódico?, ¿algo pequeño, mecánico, posiblemente un reloj despertador, que hacía tictac? No podíamos verlo.

Irritado, nervioso, nuestro padre estaba diciendo:

—No es nada. Una falsa alarma. Rhoda, despeje el despacho... y, por favor, ocúpese de Ellen. Volvamos a la normalidad, ya hemos perdido bastante tiempo.

Falsa alarma. ¿Una bomba? Pero no, no se trataba de una bomba.

Tampoco de nada parecido a lo que contenía la grasienta caja blanca que nos «regalaron» en su momento mis compañeras de clase de Saginaw.

Al menos, no veíamos nada parecido en la caja del mostrador. Alguien la había cerrado, metiendo dentro el papel de periódico. ¿Había que llamar a la policía? El doctor Voorhees no lo creyó necesario.

Falsa alarma. No es necesario llamar a la policía. No conviene atraer la atención sobre el centro.

Podemos resolverlo nosotros. Volver a la normalidad. Como si tal cosa.

Algo que, al cabo de pocos minutos, parecía haberse conseguido: desapareció la mayoría del personal y la mujer de mediana edad, llamada Ellen, todavía en su silla, aterrorizada, mareada, se estaba secando la cara arrebolada con un pañuelo de papel, bromeando sobre *sofocos*.

—Déjame ver ese paquete.

Era inevitable que nuestra madre dijera aquellas palabras.

Habíamos sabido, sin saber que lo sabíamos, que, por ser Jenna Matheson,

nuestra madre diría *Déjame ver ese paquete*.

Y habíamos sabido que nuestro padre respondería con firmeza: *No*.

—¿No crees que deberías llamar al 911, Gus?

Y de nuevo nuestro padre le dijo con sequedad: *No*. La situación estaba por completo bajo control, y no había más que hablar.

Nuestro padre nos acompañó a otra habitación más pequeña: su despacho. Era evidente que quería hablar con mi madre sin que el personal del centro los oyera.

La mesa estaba abarrotada de papeles, documentos, carpetas de papel manila. Los archivadores de aluminio pegados a las paredes también estaban llenos. Entre el desorden de la mesa destacaba una sola fotografía familiar en un marco de falso cuero: la familia Voorhees varios años antes, cuando Melissa era poco más que un bebé y la barba de papá más oscura.

Extraño, vernos sonriendo tan alegremente ante la cámara, incluida la pequeña Naomi, con tímidos ojos que quedaban en la sombra.

—¡Esa foto! Me preguntaba dónde había ido a parar.

Nuestra madre hablaba con tono de agradable sorpresa. La tensión entre nuestro padre y ella no había disminuido.

Clavados de manera anárquica en las paredes del despacho había artículos de periódicos y fotos. Estas últimas, impersonales en su mayoría.

La asamblea legislativa de Ohio vota la restricción del derecho al aborto. El Consejo asesor del estado de Michigan sobre los derechos reproductivos de la mujer redacta resolución. La sentencia del Tribunal Supremo de los EE.UU. ¿pone en peligro Roe contra Wade? Pero también había una foto borrosa de nuestro padre con aspecto avergonzado, vestido con toga, birrete y capucha, en su graduación, sobre el rótulo Voorhees, antiguo alumno de la UM, controvertido defensor del derecho al aborto, recibe un doctorado honorífico, por servicio público, en la ceremonia de apertura de curso en la UM.

En un estante descansaba, en completa verticalidad, un rectángulo de cristal que conmemoraba el premio que la Liga de Acción Nacional por el Derecho al Aborto había concedido al *doctor Gus Voorhees* en 1992; en otro estante, parcialmente oculto por un mazo de folletos, había un medallón de bronce, concedido por la Federación de Planificación Familiar de los Estados Unidos en 1995.

Sabíamos poco de la vida pública, profesional, de nuestro padre. Mientras

vivió, estuvimos protegidos por una especie de benigna ignorancia.

Se podía ver que en la pared del despacho que daba a la calle había habido una sola ventana en otro tiempo que ahora estaba tapada con ladrillos. Era imposible no darse cuenta de que las ventanas habrían dejado el interior del centro médico y a quienes allí trabajaban expuestos a ataques desde el exterior.

—Nos limitaremos a esperar aquí unos minutos. Podemos cerrar la puerta.

Nuestro padre hablaba con entusiasmo, como alguien que está a punto de empezar a aplaudir.

Como si no estuviera enfadado con nuestra madre sino solo disfrutando, aliviado, al saber que estábamos todos a salvo —y que se había superado la crisis—, tomó la mano de nuestra madre y la besó como jugando; era muy suyo apretarnos las manos y los brazos, pasarnos los dedos por el pelo, agacharse para rozarnos las mejillas con los labios, para demostrar así que nos quería y que éramos *suyos*. Tales gestos de afecto paterno eran puramente físicos, instintivos.

Gus Voorhees era alto, y su presencia imponía. Fuerte, cuadrado, sólido. Su pelo, que había sido en otro tiempo de un cálido color castaño rojizo (como la suave pelusa del osito de felpa de Naomi), era ya gris en su mayor parte, mientras que la barba, corta e hirsuta, presentaba un tono de gris más claro, como si se tratase de la barba de otro hombre. Tenía surcos profundos en el raballo de los ojos de tanto sonreír, entornar los párpados y gesticular. En la frente le habían salido extrañas arrugas verticales y también tenía las mejillas ligeramente marcadas y ásperas. Su aspecto era de estar ya *usado*, *maltratado*, como de hombre que ya no es joven ni tiene expectativas de juventud; un hombre en el que se puede confiar, que será amable contigo.

De manera nada acusadora, solo inquisitiva, con una sonrisa forzada, procedió a preguntar a nuestra madre por qué se había presentado en el centro, en lugar de reunirse con él en el lago como habían acordado; y nuestra madre dijo, solo ligeramente inquieta:

—¿Por qué he venido hasta aquí? Es un lugar público, ¿no es cierto? ¿Por qué tendría que *no venir aquí*?

Y nuestro padre respondió, manteniendo la voz tranquila y todavía sosteniendo la mano de nuestra madre, que parecía a punto de escapar de la suya:

—Bueno. A veces suceden cosas inesperadas, como hoy.

—Pero hoy ha sido algo extraordinario, ¿no? —preguntó nuestra madre; y nuestro padre dijo:

—Sí. Lo de hoy no es habitual. Cierto.

Y, después de una pausa, añadió:

—Podías haber llamado antes, Jenna.

—¡Sí! Podía haber llamado.

No estaba claro si nuestra madre hablaba arrepentida o desafiante. Parecía a punto de añadir algo más, pero no dijo nada.

—Es solo que este es un sitio en el que pueden suceder cosas inesperadas. No a menudo, de hecho raras veces, pero... puede suceder lo inesperado. Como ha pasado hoy.

En el rostro de los adultos había una fiebre de nerviosismo, como si los dos hubieran sorprendido al otro utilizando un subterfugio. Nosotros, los niños, podríamos no haber estado presentes, cada uno de los dos estaba pendiente del otro y de lo que el otro pudiera decir.

—Quería que los niños vieran dónde trabajas, creo. Me apetecía que estuvieran bien orgullosos de ti, como lo estoy yo.

—¿Estás siendo sarcástica, cariño?

—No, Dios mío, no.

Jenna rio, incómoda. Nuestro padre le estaba amasando la mano, los delicados huesos del dorso de la mano, con más fuerza de la que se proponía, de manera que ella intentó apartarla, pero no con la decisión suficiente como para liberarla.

Había un calor sexual entre los dos, el estrés de las cosas que no se dicen, y el estrés de representar una escena delante de testigos (infantiles).

Hablando con gran cuidado nuestra madre fue explicando por qué habíamos venido a Sainte Croix en lugar de ir en coche a The Cove: se había producido la «crisis doméstica» de la ranchera y de la pegatina que llevaba cinco meses caducada. Mamá se echó a reír como una madre televisiva, enseñando los dientes.

—Tu hijo de ojos de lince lo ha descubierto... por fortuna. Cree que podrían haberme *detenido*.

Darren protestó:

—No he dicho eso.

—¡Cinco meses caducada! Cielo santo. Bien hecho, Darren.

Darren se retorció incómodo como si pensara que nuestro padre podía estar

tomándole el pelo. Con malicia, aporté mi granito de arena:

—Tú dijiste que a mamá podían detenerla. Te oí decirlo.

—*No es cierto.*

Con voz sumisa, con voz escarmentada, nuestra madre le estaba diciendo a nuestro padre que, si le parecía mejor idea, debía quedarse en el centro y no molestarse en llevarnos a almorzar.

—Los que trabajáis aquí habéis pasado un mal rato. Incluso una falsa alarma es desagradable. Quizá quieras tranquilizar a tu personal...

Rápidamente nuestro padre dijo que no, que por supuesto que no, que no tenía intención de alterar sus planes para la tarde. Había reservado un tiempo para almorzar en el lago Huron: dos horas. De ordinario se reservaba las tardes de los miércoles para cuestiones no clínicas. Tenía una reunión a última hora de la tarde y se quedaría en el centro hasta las siete, y al día siguiente no disponía de tiempo libre, ya que iba a estar liado con citas médicas, y el viernes volaría a Washington, D.C. para una reunión de los Institutos Nacionales de Salud.

—Os veo tan poco, a todos juntos... es una ocasión muy especial. *Una excursión familiar.*

—Pero...

—No. Es *vida privada*. Solo una auténtica emergencia podría desbaratarla. Luego, después de una pausa:

—No permitimos que esa gente nos intimide.

Nuestra madre se apresuró a intervenir, antes de que ninguno de nosotros preguntara quién podía ser *esa gente*.

—Lo sé, Gus. Por supuesto.

—Nunca lo permitimos. No nos paramos ni un solo momento. Y no damos publicidad a lo que hacemos si podemos evitarlo.

—Tienes razón. Lo sé. Desde luego.

—Aquí tienes las llaves del Volvo, Jen. Esperad en el coche y me reuniré con vosotros dentro de diez minutos. No os *relacionéis* con los manifestantes; puede que sepan lo del incidente y puede que no. Pero no os relacionéis con ellos.

—Por supuesto, ¡lo sé! Lo sé bien... «no nos relacionamos con el enemigo».

Fuimos al lago Huron para almorzar, como estaba previsto. La *excursión familiar* no había fracasado.

En el Volvo de nuestro padre y con él al volante.

Porque allí había autoridad y había comodidad. Había *lo familiar*, que es *comodidad*.

Y en la orilla del lago Huron, más allá de una playa sembrada de cantos rodados y de algas, casi desierta en aquel día ventoso, el cielo incandescente se abría deslumbrador ante nosotros.

Como la desaparición de un dolor de cabeza. La desaparición de una cinta muy apretada en torno a la cabeza, que es la cinta del dolor.

Lo que podría haber sucedido no sucedió.

Esto es felicidad. Esto es amor.

The Cove no resultó tan atractivo como recordábamos. Quizás había quedado maltrecho por una tormenta reciente. Un cartel demasiado suelto se balanceaba y resonaba con el viento, molestando a nuestra madre. Aun así era estupendo estar sentados en la terraza de un restaurante con vistas al lago; un lago tan inmenso que la otra orilla, la de Ontario, en Canadá, no se veía.

Un vago horizonte, brumoso y mal definido: la otra orilla tenías que imaginártela.

Mi padre declaró que aquel era un almuerzo «sorpresa, de celebración», un «almuerzo de cumpleaños» para nuestra madre. No le había comprado aún el regalo (dijo) pero tenía pensado algo muy especial, que nuestra madre descubriría la semana siguiente, cuando fuese de verdad su cumpleaños.

—Gus, ¡muchas gracias! Te quiero.

—*Nosotros te queremos a ti.*

Debajo de The Cove había un muelle con botes de remos, canoas y kayaks para alquilar. Pero el lago Huron estaba revuelto aquel día, el aire era frío pese a estar a mediados de junio, y había pocos clientes.

De todos modos Darren se empeñó en salir con un kayak, en contra de la opinión de nuestra madre, que iba a estar preocupada por él.

—¡Mamá, por favor! No me va a pasar nada.

—¿Por qué no vais papá y tú en un kayak para dos?

—Aquí no hay kayaks para dos.

—Bueno, ¿y una canoa?

Pero Darren no quería remar en una canoa. Por la manera amable en que papá apoyó a Darren, y que se proponía demostrar que no estaba

decepcionado, comprendimos que lo estaba.

Vi que mi picajoso hermano acabaría saliéndose con la suya. *Se va a salir con la suya*, así que tendremos que preocuparnos por él.

Caminamos por la playa, a lo largo de un fangoso brazo de mar donde se amontonaban y gritaban las aves costeras, porque había allí algo muerto. Un olor salobre a tranquila descomposición, criaturas sin conchas, carne desprotegida alrededor de la cual zumbaban insectos iridiscentes absurdamente vivos.

Frenéticamente vivos.

Los niños prefieren sin duda la vida.

Contraías las ventanillas de la nariz y, al tener una sensación de náusea, te volvías de espaldas a toda prisa.

Vimos pasar a Darren siguiendo la línea de la orilla. Olas irregulares y agitadas. Se había convertido en un remero experto: nuestro padre le había enseñado. No se volvió para mirarnos, pero sin duda sentía nuestros ojos pendientes de él.

Mezquinamente pensé: *Ojalá vuelque.*

No quería que mi hermano se ahogara. (Creo.) Pero habría sonreído si el kayak se hubiese volcado.

Excepto que nuestros padres habrían echado a correr. Se habrían lanzado al oleaje para «salvarlo».

La arena apelmazada de la playa dificultaba caminar por ella. Y el aire nos dejaba sin aliento, como una boca húmeda que sorbiera las nuestras. Las niñas —mi hermanita y yo, de la mano— seguíamos a nuestros padres que hablaban animadamente. Me había apoderado de la mano de Melissa porque me encantaba sentirla en la mía y obligarla a ir un poco más deprisa. A ratos oíamos fragmentos de la conversación de nuestros padres.

¿Por qué has venido hoy, Jenna?

No... no lo sé.

Has traído a los niños. Ha sido premeditado.

No lo sé, Gus. Creo que no.

Sí que lo sabes.

Creo que... ha sido para enseñarles... algo...

¿Y lo has conseguido? ¿Lo que te proponías?

No. O... no lo sé.

Durante un rato caminaron en silencio, y vi que mi padre apretaba la mano

de mi madre y que los dos caminaban muy juntos, tan torpemente juntos que a veces casi perdían el equilibrio al tropezarse, y sin embargo seguían caminando de la misma manera, agachando la cabeza para protegerse de un viento que a mi madre le soltaba el pelo en toda clase de mechones y rizos sobre la frente. Y entonces pensaba, como he seguido pensando toda mi vida, que hay conexiones entre las personas, que existen conexiones secretas entre las personas que son esencialmente desconocidas para ti, que no puedes conocer, ni tampoco imaginar. Y que no puedes juzgar.

¿Era una bomba, Gus?

Ya te lo he dicho: no.

Quiero decir, algo como de aficionados, que no ha funcionado, es evidente. Me lo puedes contar.

Te lo he dicho, Jenna: no era una bomba.

Pero ¿la intención era que fuese una bomba? ¿Para mataros a todos?

Para asustarnos, para intimidarnos. Pero ha sido una falsa alarma.

¿Ha habido otras?

¿Aquí? ¿En Sainte Croix? No.

Pero ¿sí en otros sitios?

Tal vez.

¿Ann Arbor? ¿Grand Rapids?

Quizá...

¿No crees que ya has demostrado algo, Gus?, ¿que podrías dejarlo ya?

¿Demostrado algo? ¿Qué es lo que he demostrado? Soy médico. Ayudo a la gente que me necesita.

Hay otros médicos. Más jóvenes.

¿Me estás pidiendo que abandone? ¿De verdad me respetarías si lo hiciera?

No sería abandonar. Sería dejar que siguieran otras personas. Volver a una actividad clínica normal.

¿En Ann Arbor?

¡Sí! Bueno... en cualquier sitio.

Lo voy a hacer, Jenna... Lo he prometido. Pero todavía no.

«Defensor de las desesperadas»... «salvador»... Es como un chantaje emocional, nunca te permitirán marcharte.

Escucha, no puedo plantearme dejar mi trabajo cada vez que hay una crisis. No soy así.

Pero «Gus Voorhees» no eres tú solo. Eres el padre de tus hijos y eres mi marido.

Por ahora mi trabajo es mi misión... Es así.

Hoy podría haber sido el fin...

Jenna, hay amenazas todo el tiempo. No nos dejamos intimidar.

Hoy los niños se han asustado... Mañana me harán preguntas, estoy segura.

A los hijos les influyen las emociones de sus padres. Estarán pendientes de su madre para saber qué es lo que deben sentir.

¡Tengo que ocultarles lo que siento! Lo sabes bien.

Basta con que se lo expliques... Su padre está comprometido con su trabajo, y hay enemigos ideológicos...

¡Ideológicos! Son despiadados, fanáticos. Se autodenominan Ejército de Dios.

Pero las leyes nos protegen. Están de nuestra parte.

Las leyes no te pueden proteger las veinticuatro horas del día.

Solo se proponen intimidar.

Han matado a médicos. Han enviado bombas por correo...

A esos terroristas los han detenido. Están en la cárcel.

¿No crees que hay otros? Por supuesto que hay más... Soldados de Dios es el nombre que se dan.

Jenna, por favor. La intención era disfrutar de un día de descanso...

¿Has visto las cosas que publican? ¿Las listas? SE BUSCA: ASESINOS DE BEBÉS ENTRE NOSOTROS. Y el «doctor Gus Voorhees» es uno de los primeros de la lista.

¡Te he dicho que no mires esa basura! Por el amor de Dios.

¿No mirar y fingir que no están ahí?

Me tienen sin cuidado las listas y las amenazas. No les presto ninguna atención. Y no voy a irme aunque me hayan asustado.

Entonces lo reconoces... ¿es verdad que te han asustado?

Tú no renuncias a tu trabajo, Jenna. Yo tampoco al mío.

Mi trabajo es... ¡teórico! Nadie sabe quién soy. Pero al «doctor Gus Voorhees» lo conoce todo el mundo.

Eso ha sido un error. Lo siento. Pero he estado yendo de aquí para allá. No me quedo mucho tiempo en ningún sitio. Y cuando dejo una clínica las

cosas se calman, como en Grand Rapids.

Lo único que soy capaz de pensar es que si esa bomba hubiera estallado, tus hijos ya no tendrían padre.

Ya te lo he dicho, en realidad no era una bomba.

¿Qué era entonces?

Una amenaza muy torpe. Una burla.

¿Una burla?

Un versículo de la Biblia...

¿Un versículo de la Biblia?

Un mensaje impreso a mano y pegado a un reloj despertador: «El que derramare la sangre humana, por mano de hombre será derramada la suya: porque el hombre ha sido hecho a imagen de Dios».

Eso es una amenaza...

Claro que es una amenaza. Pero no me siento «amenazado».

Gus, ¡tienes que informar a la policía de Sainte Croix! A la policía estatal de Michigan...

Hemos informado de otras amenazas. La policía lo sabe.

¿Qué otras amenazas?

Amenazas en cualquier sitio. En todos los sitios. En las clínicas para abortar. La policía lo sabe, incluida la policía estatal.

Pero esa amenaza, hoy...

Hay cientos, miles de amenazas contra las clínicas abortistas. No vamos a retroceder.

El personal del centro... ¡cómo deben de sentirse!

Les he dicho que lo entendería si alguien quiere irse. Estoy seguro de que alguno se marchará...

Bueno; entre los médicos que se dedican a lo que tú llevas dedicándote más de diez años, los hay que se marchan. Prometiste... después de Saginaw...

Pero no de inmediato.

¿Un año? ¿Dos?

Dos años es demasiado pronto. No es realista.

También dirías: «¡Tres años es demasiado pronto!». Tus hijos deberían importarte más que esas desconocidas...

Por supuesto que sí. No seas ridícula, Jenna.

¡No soy ridícula! Ha habido médicos abortistas asesinados... clínicas

donde han estallado bombas. Volverá a suceder, dicen cosas tan terribles en televisión que deberían prohibirlas...

También hay gente que nos apoya. Tenemos muchos defensores. Trata de verlo como una misión... que tendrá un final, dentro de otros cinco años quizás...

¡Cinco años! Eso no es nada realista. Lo primero que dijo Reagan cuando tomó posesión fue que se proponía revocar Roe contra Wade...

Pero no sucedió. No va a suceder.

¡Ya lo creo que puede suceder! Si los republicanos alcanzan una mayoría... si hay un presidente republicano...

Mira, Jenna: nuestros hijos verán que hay cosas en las que creemos. Que no nos rendimos.

¿Será ese el epitafio sobre tu tumba?

Darren volvió sin problemas al muelle con el kayak. Ágil como un simio, descendió de la inestable embarcación mientras todos aplaudíamos.

A las 15.30 ya habíamos regresado a Sainte Croix. A esa hora la ranchera estaba lista para que nuestra madre la recogiera.

En el lado izquierdo del parabrisas estaba la pegatina válida hasta la nueva inspección, en 1997.

«Ninguna buena acción se libra del castigo»: testimonio personal, agosto de 2006[5]

¡Doctor Voorhees! Por favor, ayúdeme.

Se presentaban ante él desesperadas. Llegaban después de anochecer y a veces disfrazadas.

No importaba dónde, es la verdad. Cualquiera pensaría lo contrario, pero no era así.

Daba lo mismo Ann Arbor o Detroit que una población pequeña del tamaño de Sainte Croix o de Muskegee Falls, Ohio.

Si la clínica estaba abierta hasta las seis de la tarde, era entonces cuando se presentaban. Cuando los manifestantes se habían vuelto a sus casas.

A veces una estaba esperando en el aparcamiento. Quieta allí, nada más, esperando.

El coche de Voorhees era de ordinario el último en salir. La mujer esperaba cerca. En invierno, apretando las manos enguantadas para calentárselas, y con la respiración, casi inexistente, convertida en vapor.

¿Hola? ¿Sí? ¿Quería usted hablar conmigo?, pero la mujer retrocedía a toda prisa. Antes de que Gus Voorhees le pudiera ver la cara, había echado a correr dominada por el miedo y desaparecía.

Si la nevada era de poca intensidad, las huellas apenas se veían. ¡Unas huellas tan pequeñas!

En la oscuridad invernal, nieve en manchas sobre el suelo. Nieve amontonada. Nieve que brillaba fríamente iluminada por las luces de la calle.

¿Doctor Voorhees? ¿Es usted? Por favor, ayúdeme...

Joven... poco más que una niña. Podría tener dieciséis años, catorce.

O algo más de veinte. Madre ya, y el cansancio en la cara.

O de más edad. Rostro abotargado, ojos asustados. Boca abierta que

jadeaba de terror ante la audacia de dirigirse al *médico-abortista-asesino*.

Y en todas las que le abordaban en aquellas circunstancias u otras semejantes, la desesperación de quien ya se creía condenada.

Qué estoy haciendo, qué va a salir de todo esto, qué pecado, qué castigo, qué vergüenza y dolor cruel como el del fuego del infierno.

A Gus Voorhees le había sorprendido las primeras veces. Asombrado al ver a alguien que reconocía como una de las manifestantes que se habían arrodillado en la acera delante de la clínica durante meses, entonando la misma salmodia que sus camaradas:

La libre elección es una mentira,
los niños prefieren sin duda la vida.

La libre elección es una mentira,
los niños prefieren sin duda la vida.

Tan seria como irritante en una repetición hasta el infinito en apariencia incansable y apenas audible (aunque sí se podía imaginar) a través de las ventanas tapiadas de la clínica.

La libre elección es una mentira,
los niños prefieren sin duda la vida.

Una de las que enarbolaban pancartas en la calle, con fotos ampliadas de fetos destrozados y sangrantes; pancartas denunciando al personal de la clínica como ASESINOS, VERDUGOS DE BEBÉS; carteles que suplicaban NO MATES A TU BEBÉ, DIOS AMA A TU BEBÉ.

Quienes acudían a la clínica tenían que enfrentarse a aquellos cristianos ardientes que, supuestamente, estaban obligados a mantenerse por lo menos a dos metros de distancia, pero que a menudo se adelantaban, al ver llegar a una muchacha o una mujer, para gritarle. Chicas y mujeres interesadas en poner en práctica el control de la natalidad. Chicas y mujeres en busca de citas para abortar. Chicas y mujeres con cita ya para un aborto y muy asustadas.

¡No mates a tu bebé! ¡Dios ama a tu bebé! ¡Dios te ama A TI!

La clínica contaba con voluntarios que acompañaban a las visitantes en el momento de entrar. En ocasiones, los voluntarios se veían involucrados en enfrentamientos, en los que no faltaban gritos y empujones con los más fogosos de los manifestantes.

¡Asesino! ¡Verdugo de bebés! Te pudrirás en el infierno.

A última hora de la tarde los manifestantes se iban dispersando. Al caer la noche no quedaba ninguno. Vigilaban sobre todo durante las horas con luz diurna.

De manera que, al anochecer, aquella muchacha o mujer que esperaba al doctor Voorhees detrás de la clínica estaba sola. Aprensiva e indecisa y aterrada esperando para ver al notorio Voorhees que era (como ella bien sabía) aliado del Diablo. Porque estaba desesperada. Porque ahora le estaba sucediendo a ella. Porque ahora no se trataba ya de la desesperación de otra persona sino de la suya propia. Al hacer acopio de fortaleza y valor para hablar con el hombre al que tanto injuriaba y aborrecía se iba a encontrar suplicando como una niña *Por favor... por favor, ayúdeme* y la respuesta del médico era compasiva pero pesarosa *Tendrá usted que venir a la clínica durante las horas de consulta, tendrá que hablar con la enfermera recepcionista, lo siento mucho, por favor, entiéndalo, no hay nada que pueda hacer por usted esta noche.*

Y la voz que protestaba *¡Pero sí que puede! ¡Usted puede, doctor Voorhees! Sé que puede.*

Lo siento. No puedo.

¡Puede! ¡Puede! Con incredulidad al descubrir que el Diablo mismo no capitulaba ante ella para la consumación de aquel pecado enorme.

Porque quien tenía delante no era más que un hombre cuya voz revelaba el cansancio que sentía y que era Gus Voorhees, por quien ella y sus camaradas cristianos habían rezado durante meses, si bien (según suponían) no se hallaba ya al alcance de la oración puesto que le preguntó *¿Le gustaría decirme su nombre? ¿Un número de teléfono para que podamos ponernos en contacto?*

¡No! No.

Tapándose el rostro, desesperada. Porque a él no podía revelarle su nombre, no se atrevía. Ni tampoco se podía arriesgar a darle un número, porque era un teléfono que compartía con otras personas. Hasta que, a la larga, Voorhees cedió y dijo *Venga mañana a esta hora. Alguien la verá y la*

reconocerá. Y luego procederemos... quizás. Después del horario oficial. Estaré aquí. ¿De acuerdo?

Se trataba de mujeres y muchachas, cristianas devotas, que no «creían» en el aborto. Sus mayores les habían enseñado a considerarlo un pecado terrible: era la «matanza de los inocentes». De ordinario no cambiaban sus convicciones excepto para esta única ocasión, porque sabían (rezaban para ello) que Dios las perdonaría y que Dios entendería. Que Jesús perdonaría y entendería. Porque no había ningún otro sitio al que recurrir, cuando te dominaba tan terrible desesperación, excepto a Voorhees, el Asesino de Bebés y cómplice del Diablo.

Porque no puedo permitir que nadie sepa que estoy embarazada, doctor Voorhees.

Porque me odiarían para siempre. Nunca me perdonarían haberlos avergonzado.

Porque no estoy en condiciones de tener este bebé. Porque no estoy bien... Me quedo sin aliento y siento un dolor en el pecho, a veces creo que me voy a desmayar. Hay diabetes en mi familia, me asusta que me hagan un análisis de sangre.

Nunca he estado en un hospital. Nadie de mi familia ha estado nunca.

No creemos en trasplantes de sangre... ¿es así como los llaman? No creemos en ellos.

Porque soy demasiado mayor. Ya he tenido a mis hijos, no puedo tener más, creo que me moriría. Estoy demasiado cansada.

Porque perdería mi trabajo. Porque no puedo viajar hora y media todos los días para ir al trabajo si estoy embarazada, y si tengo otro hijo perderé mi empleo. No me puedo permitir perder el empleo, me echarían de la casa donde vivo.

Porque el padre se ha marchado. Porque no va a volver.

Porque el padre me mataría si lo supiera.

Porque el padre está casado.

Porque el padre ya tiene demasiados hijos.

Porque el padre lo negaría, diría que miento.

Porque el padre diría que la culpa es mía, que lo busqué...

Porque mis padres se indignarían. Porque mi padre nunca volvería a

dirigirme la palabra, tan avergonzado a ojos de la iglesia y de nuestros vecinos.

Porque soy demasiado joven. Porque quiero terminar mis estudios.

Porque las chicas con bebés que han tenido que casarse nunca terminaron sus estudios y ahora no son felices. Conozco a unas cuantas...

Porque no sé cómo me pasó esto. Yo no quería que pasara.

Porque es el mismo hombre que está con mi hermana. Porque se va a casar con ella. ¡Porque mi hermana no lo puede saber de ninguna de las maneras!

Porque es un secreto, me ha dicho que me estrangulará si lo cuento.

Porque traté de hacerlo yo misma con un picahielos. Pero me daba demasiado miedo y no pude.

Porque me aporreé el estómago con los puños. Porque me puse malísima y estuve vomitando y ahogándome, pero eso fue todo.

Porque perderé toda esperanza si usted no me ayuda.

Porque es demasiado viejo.

Porque es demasiado joven.

Porque se ha ido al ejército y no podría volver a casa.

Porque vivimos puerta con puerta. Lo veríamos todo el tiempo y su familia nos vería a nosotros.

Porque no me creerían de todos modos si dijese cómo se llama.

Porque le creerían a él.

Porque otra vez que sucedió, una chica de nuestra iglesia dijo que era él, pero nadie la creyó, todo el mundo se enfadó con ella y con su familia y tuvieron que mudarse.

Porque no era así como quería estar con él, pero me obligó a hacerlo para demostrarle que lo quería. Porque si lo cuento, nunca me volverá a querer.

Porque si no hay un bebé, no lo sabrá. Entonces quizá me vuelva a querer en algún otro momento, pero si esto se sabe, todo habrá terminado para siempre.

Porque podríamos prometernos. Si esto desaparece.

Porque nadie me querría ya nunca y no podría culparlos.

Porque todos los que lo sepan hablarán de mí con desprecio y repugnancia. Porque dirán de mí: les ha roto el corazón a sus padres, es una puta.

Porque Dios lo entenderá. Es solo esta vez.

Había salvado vidas. Vidas de chicas y de mujeres.

Chicas que habían tratado de abortar solas movidas por la vergüenza. Chicas que habían llevado el embarazo a término sin saber, al parecer, que estaban embarazadas y gritando para negarlo durante el mismo parto. Mujeres embarazadas que habían evitado ver a un médico aunque sabían, o suponían, que el feto había muerto y que lo que llevaban en el vientre era muerte y no vida. Chicas que ocultaban su embarazo a fuerza de ropa, encorsetándose. Y aplastando los pechos llenos de leche. *Cualquiera pensaría que hablamos de 1955 o de 1935. Cualquiera pensaría que ya no suceden cosas tan terribles.*

¿Por ignorancia? ¿Intolerancia religiosa?

Por el deseo de ser buena. Y de parecerlo.

Algunas de ellas eran pentecostales. Había habido dos o tres menonitas amish, del oeste del Michigan rural. Varias católicas por la zona de Detroit.

A algunas de las más jóvenes las habían dejado embarazadas... ¿padrastrós o padres? ¿Tíos? ¿Hermanos mayores, primos? También a ellas les aterraba hablar. «No sabían.» «No recordaban.» En el Centro de Orientación para Mujeres Embarazadas de Port Huron, inmediatamente antes de que acabara la jornada laboral, se presentó una madre angustiada con su hija de trece años, embarazada de tres meses y con una tripita redonda muy tensa debajo de las braguitas blancas de algodón. La madre apenas le escuchó mientras trataba de explicárselo. *Esto es como mínimo estupro, su hija es demasiado joven para haber dado su consentimiento al acto sexual*, y la madre hizo una mueca y se ruborizó al oír hablar al médico de manera tan franca y vulgar y la pequeña bajó la cabeza y miró el suelo de baldosas, paralizada y muda, dominada por la vergüenza, piel pálida, cejas y pestañas descoloridas, lacios cabellos de un rubio casi blanco y ojos como los de un albino, así que el doctor se preguntó si no podría ser legalmente ciega, sus ojos no parecían capaces de enfocarle incluso cuando se dirigía a ella con su voz más amable y amistosa, paternal. También se le ocurrió *¿Tiene alguna discapacidad mental?* Pensando, presa de la frustración y la ira *¡Santo cielo! Ninguna de las dos tiene la menor idea de lo que le ha sucedido.*

Según la religión de aquellas mujeres (hasta donde el doctor la entendía), incluso aunque el embarazo fuese resultado de una violación o de un incesto,

el aborto iba contra la ley divina. Era un pecado, un delito y un escándalo porque se trataba de una «matanza de inocentes». Nadie diría en voz alta la palabra *aborto*. La madre no había utilizado la palabra ni una sola vez en su rápida conversación susurrada con el doctor Voorhees para suplicarle que las *ayudara*.

Él repitió lo que ya había dicho. Y volvió a repetirlo. Porque gran parte de lo que les decía a personas tan angustiadas había que decirlo y repetirlo numerosas veces. Una docena de veces. *Estupro. Demasiado joven para consentir. Necesario denunciar. Ley estatal. Delito grave. Esta niña es una víctima.* Y la madre exclamó *¡Doctor, no! Por favor, no, sería el fin de nuestra familia.*

Suplicaba que se «arreglara» el embarazo. Traería a la niña de noche a la clínica. Pagaría todo el dinero que tenía, los trescientos veinte dólares que había ahorrado.

A él le apenó lo infinito tener que decirle *No. No sin antes denunciar la violación.*

La mujer, finalmente, se enfureció. Indignada contra él.

¡Acabará usted en el infierno, doctor! Jesús le odia.

Luego se llevó a la niña y nunca volvió a verlas.

Otro caso que nunca olvidaría. N*** C*** dijo tener treinta y siete años y le suplicó silencio porque *nadie tenía que saberlo.*

Esperó al médico en el aparcamiento de detrás de la clínica (en Saginaw) al anochecer, tiritando de frío y muy asustada, para decirle con voz temblorosa que estaba embarazada por quinta vez, que tenía en casa cuatro hijos pequeños y que no se lo podía decir a su marido porque querría que diese a luz, por cuanto la creencia de su religión era que los bebés vienen de Dios, que los bendice a todos, de manera que lloró y le suplicó al médico, quien, a la larga, la convenció para que regresara a la clínica de día, durante las horas de consulta; la mujer regresó, cumplimentó la ficha, uno de los médicos jóvenes hizo su historial clínico y la examinó, concluyendo que llevaba siete semanas de embarazo; la paciente suplicó que se «arreglara» su embarazo, por lo que se la citó (con el doctor Voorhees: la embarazada había insistido en que fuese él) para un aborto quirúrgico, en una fecha y a una hora determinadas, fecha y hora que fue muy complicado establecer, porque la

paciente parecía no disfrutar de la menor libertad, ni disponer de tiempo para ella misma; parecía tener ocupados todos los minutos de todas las horas de todos los días; con la excepción de un día particular en el que podría dar la excusa de que se iba a trasladar en coche a Traverse City para visitar a un familiar de avanzada edad en una residencia. Así que después de varias llamadas telefónicas y de dos aplazamientos (uno de ellos muy pocas horas antes del procedimiento) se acordó llevar a cabo la operación tan avanzada la tarde como fuera posible, lo que permitiría a la paciente recuperarse de la dura experiencia que la esperaba. Y la mujer acudió a la clínica muy pálida, pero decidida a llegar hasta el final; todo el proceso, incluida la preparación previa, le llevó escasamente una hora. Y después, en la sala de recuperación, se constató que se había quedado bastante tranquila, aunque rezase en voz baja y pareciese distraída mientras una enfermera le hacía preguntas. Pero se encontraba bien. Había insistido en que se encontraba bien. Y luego, al cabo de hora y media, se marchó.

Cualquiera habría pensado que aquello era el fin de tan larga historia. Pero se habría equivocado.

Doce días después, un barbudo de mediana edad se presentó en la clínica pidiendo hablar con Gus Voorhees, a quien llamó *el abortista asesino*.

Era el abogado de la Iglesia Metodista Emmanuel, radicada en Saginaw, dijo. Disponía de una «declaración jurada» de N*** C***, una de las feligresas, en la que se afirmaba que el doctor Voorhees y el personal médico de la clínica la habían drogado y mantenido cautiva y la habían obligado a someterse a una «operación ilegal», matando a su bebé. La familia de N*** C*** y la Iglesia Metodista Emmanuel reclamaban quince millones de dólares por «daños»; de lo contrario acudirían a la policía de Saginaw, al periódico local, a la televisión...

A la larga se conformaron con tres mil quinientos.

¿Te sorprende? Pagamos con frecuencia. Cuando se trata de cantidades razonables y no nos podemos arriesgar a ir a juicio.

Es normal que no lo supieras. Ese tipo de acuerdos suele silenciarse. Pero es posible que tu madre lo supiera. Aunque Gus no se lo contara, alguna otra persona lo haría.

¿Cuántos? Quizás una docena, en total. Se trataba de pleitos falsos

iniciados por demandantes como la iglesia de Saginaw, o por individuos en representación de mujeres que habían abortado y que, al descubrirse lo sucedido, afirmaban que se las había «drogado» y «coaccionado». En el caso de nuestro bufete de abogados (asegúrate de que el nombre es el correcto, se trata de Federman, McMahan y Scapalini, Ann Arbor) eran en su mayoría pleitos que no cobrábamos, porque desde hace muchos años tenemos un compromiso con la clase de atención médica comunitaria que prestaban tu padre y sus asociados en Michigan.

Llegamos a un acuerdo con la iglesia de Saginaw aunque se trataba de chantaje puro y duro. Le aconsejamos a Gus no ir a juicio, nunca sabes lo que un jurado e incluso un juez podría conceder a un demandante de esas características si la «desconsolada» madre diese testimonio llorando y rezando en el estrado de los testigos. Era muy posible que el juez hubiera desestimado la demanda, pero no podíamos correr el riesgo dadas las características del poder judicial en algunos de los condados de Michigan.

*En este caso no se trataba de N*** C***. No pensábamos que fuese ella quien estaba detrás. Alguna otra persona. Siempre hay otra persona. No es la mujer quien pone en marcha el pleito sino alguien que la está utilizando: Sígase el rastro del esperma.*

Quien fecunda a la mujer es probablemente quien la utiliza.

Aprendimos una cosa: la religión de una mujer (aunque se declare cristiana renacida) no parece suponer ninguna diferencia cuando se llega a la cuestión del aborto. Esto es algo que no se sabe en general y que la mayoría no creería.

Tu padre no era rencoroso. Si podía, no rechazaba a nadie. Confiaba en la gente... demasiado, a veces.

Se había pasado a la salud pública sabiendo que nunca haría dinero. Con una consulta privada en un barrio residencial de Detroit podría haberse enriquecido. Y ahora estaría vivo.

Espera: no saques una impresión equivocada, Naomi. Quizás te la estoy dando.

Para tratarse de un médico que realizaba abortos y que tenía tantos enemigos, a tu padre lo demandaron en realidad muy pocas veces. Los pleitos por negligencia son frecuentes en todas las especialidades médicas.

Él lo sabía. No se quejaba. Tenía un gran sentido del humor, como un estoico de la Grecia clásica. Una de nuestras amigas le tejió un paño para

que lo colocase en la pared de su despacho en Saginaw: NINGUNA BUENA ACCIÓN SE LIBRA DEL CASTIGO.

Escucha, yo quería a Gus. Quería a tu padre. Pero trabajar con él no siempre era fácil. Se arriesgó mucho yendo a Ohio cuando lo hizo, después de que el centro para mujeres de allí casi lo cerraran del todo. Sabía —o se lo habían contado— que había un movimiento antiaborto muy bien organizado en aquella parte de Ohio financiado por republicanos conservadores. Se metió en un auténtico avispero político y trató de fingir que no estaba allí. Y una vez que llegó a Ohio hizo caso omiso de todo excepto de dirigir el centro.

Gus nunca aprendió a delegar autoridad y a veces se dejaba llevar por las emociones. Le faltaban lo que tú llamarías «matices», «diplomacia».

No ayuda en nada calificar a un legislador de Michigan de «troglodita moral», incluso si es cierto.

¿Sabes? Hablar de Gus Voorhees en los homenajes que se le hacen, escribir sobre él, no es difícil. Hay un lenguaje para eso: el lenguaje altisonante del panegírico. Pero esto que me estás pidiendo, recordar el trabajo diario de Gus, lo que nosotros hicimos por él, los pleitos de locos, la extorsión, el chantaje, las amenazas... Es como si Gus estuviera en la habitación conmigo moviendo la cabeza y riéndose. Hemos pasado mucho juntos.

¿Era Gus Voorhees un «visionario»? No lo sé, Naomi. Creo que era un idealista que trabajaba más que nadie. Desde luego poseía más grandeza de espíritu y magnanimidad que ninguna otra persona que yo haya conocido.

Pero eso también trae consigo una especie de ceguera.

Tu padre siempre daba por sentado (¡pese a todas las pruebas en contra!) que su causa era tan justa, tan sensata y tan desinteresada, su modelo de bienestar social tan en la línea del de los países de Europa septentrional que prestan atención sanitaria gratis a todos sus ciudadanos y carecen de restricciones en materia de aborto, que a la larga todo el mundo lo aceptaría. Parecía pensar que incluso el «enemigo» lo entendería, básicamente, y sería posible convencerlo...

Piensa en el Jesús de la Biblia. No como hijo de Dios (que era lo que el Jesús de la Biblia pensaba de sí mismo, y que podríamos reconocer como ilusorio) sino como visionario; un hombre tan convencido de su propia

bondad y de la justicia de su misión que no entiende que nadie disienta y mucho menos que quiera hacerle daño o matarlo.

Por supuesto, no pretendo decir que Gus Voorhees fuese un «alucinado»: no me mires como si te hubiera clavado un cuchillo en el corazón. Me has pedido que hablara sin reservas y eso es lo que estoy haciendo.

Tu padre estaba aquejado de la misma clase de ceguera que algunos visionarios religiosos. No lo llamaría presunción; nunca fue orgulloso ni arrogante. No se daba cuenta.

Tu madre sí se daba cuenta, creo que siempre se dio cuenta. Pero no pudo convencer a Gus: nadie podía.

De que en los Estados Unidos se libra una guerra religiosa por el corazón y la cabeza de los ciudadanos... de los votantes. Hay una guerra.

Y en las guerras muere gente inocente.

Rompecabezas

¿Sí? ¡Gus! ¡Gracias a Dios! ¿Dónde estás?

Nuestra madre al teléfono. La podíamos oír a través de la tarima del suelo, cómo alzaba la voz, su alivio de chica impaciente. Si había un algo temeroso, un algo desesperado, no lo oímos porque también nosotros sentíamos el mismo alivio.

¡Papá! Papá llamaba a casa.

Flint. Battle Creek. Kalamazoo.

Bay City (al sur de la bahía Saginaw, un entrante del lago Huron). South Haven (Michigan occidental, en el lago Michigan). Traverse City (sur de la bahía Grand Traverse, también en el lago Michigan).

Cheboygan en la parte septentrional del estado, en el lago Huron.

Petoskey, en el lago Michigan.

Sault Ste. Marie en el punto más septentrional de Michigan, en la frontera con Canadá; al este, la bahía Whitefish (en el lago Superior), con el lago Huron al este.

Port Huron en Sarnia (Ontario), en el extremo más meridional del lago Huron.

Lansing. East Lansing. Midland. Jackson.

Owosso. Ypsilanti. Ann Arbor.

Detroit y barrios periféricos: Hamtramck, Livonia, Ferndale, East Detroit.

Grand Rapids. Saginaw. Sainte Croix.

Ayuda imaginarse un rompecabezas con la forma ovoide de Michigan. Condados cuadrados o rectangulares —ubicación de ciudades y pueblos—, distribución casi simétrica de los grandes lagos: el Michigan al oeste, el Huron al este, abrazando la forma de dedo pulgar de Michigan, para encontrarse en el puente Mackinac en el norte.

Un rompecabezas que era también un tablero donde jugar. Y la pieza, el único jugador, se movía incansable por el tablero.

A menudo papá nos llamaba de camino, desde un restaurante en la interestatal, o desde la casa de un amigo: «Eh, soy yo. Solo para dar señales de vida». Siempre llamaba cuando llegaba a su destino y se instalaba en un motel.

Es Michigan lo que recuerdo. Cierro los ojos y el mapa del estado sale a la superficie como algo que se vislumbra en aguas onduladas. Aunque fue en Ohio donde murió nuestro padre.

«Como una vela que alguien apaga»

Estaba sola cuando llamaron.

Sola porque sus hijos estaban en clase. Sola en la triste casa de madera de Salt Hill Road en Huron County, Michigan.

¡Sola, sola! Durante mucho tiempo recordaría la extrañeza de la palabra, un eco aireado por vocales melancólicas: *sola*.

A las 9.18 del 2 de noviembre de 1999, cuando sonó el teléfono, se había quedado sola porque sus hijos estaban en clase en el pequeño pueblo de Sainte Croix, y porque su marido se había ido a Ohio.

Ahora mismo vivimos cada uno por nuestro lado. Pero no estamos separados.

Si tienes curiosidad, pregúntale a Gus. La decisión fue suya.

La sorpresa, la conmoción de la llamada. Es una voz desconocida la que te trae la noticia que te va a partir la vida en dos.

Como un brazo arrancado de cuajo: primero incredulidad, luego un palpar de puro asombro, luego el dolor inconmensurable y la sangre a borbotones.

Aquel primer instante de incredulidad.

El alma gritando *¡No! No.*

Estaba sola. Lo recordaría siempre.

Él la había abandonado. *Él* no estaba con ella, para confortarla y consolarla. Para impedir la agitación de sus miembros, de su cuerpo, como el de una rana que se crispa cuando el escalpelo corta la hermosa y delicada piel del vientre hacia el corazón que late.

¡Oh, Gus! Gus.

Tranquilidad y silencio por la mañana en la granja austera, después de que

los niños se hubieran ido.

Después de llevarlos a sus clases en Sainte Croix y de regresar sola a la casa.

No le importaba llevar a sus hijos al pueblo cinco mañanas a la semana; no le importaba demasiado. Entre campos invernales donde la escarcha centelleaba entre tallos de maíz quebrados y hectáreas de trigo arrasadas. Los halcones los sobrevolaban en círculos y los niños se emocionaban al reconocerlos: *ratonero de cola roja, aguilucho pálido*. Y recogerlos a media tarde, cuando quizá aún tenía recados que hacer, de verdad que no le molestaba.

Era un tiempo para estar a solas con ellos. Un tiempo en el que Darren no podía distanciarse, desentenderse.

Melissa siempre se sentaba en el asiento del acompañante, al lado de Jenna. Entre las dos existía una compenetración (mágica, apasionante) que apenas sentía ya en el caso de sus hijos mayores. Aunque por supuesto quería a Naomi y a Darren tanto como quería a Melissa.

¿Por qué habían adoptado a la huerfanita china? Una pregunta que todo el mundo que conocía a Gus y a Jenna Voorhees había querido hacerles.

No habría sabido cómo responder. Incapaz de dar una respuesta precisa.

Porque no era cierto decir: *Sentimos que era nuestro deber*.

Vulgar y engañoso decir: *Es el deber de algunos de nosotros, si nos lo podemos permitir, traer a nuestro hogar una criatura que, de lo contrario...*

Más exacto decir: *Porque deseábamos encariñarnos... con otro hijo*.

Más exacto: *Porque podíamos. Porque ya era el momento para otro. Porque otro bebé nuestro no era práctico. Porque disponíamos de amor más que suficiente*.

Jenna no quería pensar que el deseo de Gus de tener otro hijo, un hijo adoptado, preferiblemente chino, tuviera algo de profundamente irracional, nunca investigado.

No quería pensar que el hecho de aceptar el deseo de su marido encerrase algo profundamente cobarde, inseguro. O que su temor a desagradar a Gus Voorhees en casi cualquier cosa, pequeña, grande, insignificante o profunda, fuera un miedo justificado.

«Creo que fue para renovar nuestro matrimonio. Como renovar nuestros “votos”.»

Aquellas palabras tan medidas las había repetido varias veces al hablar de

la adopción de Melissa.

Pero ¿era cierto? *Renovar nuestros votos* sonaba ingenuamente entusiasta, optimista. Porque, desde luego, no querrías decir *Nos lanzamos a ciegas a tener otro bebé por miedo a que nuestro matrimonio se estuviera yendo a pique. ¿Tan distintos somos de otras parejas?*

Sus hijos mayores se estaban volviendo misteriosos. Saltaba a la vista que no la necesitaban tanto como la necesitaba Melissa. A los doce años, Naomi era reservada y huidiza; con quince, Darren era impredecible en sus estados de ánimo. Abrazarlo era exponerse a un empujón al que acompañaba una mirada de intensa incomodidad. *¡Por Dios, mamá!*

En ocasiones le dolía el cuerpo mismo al recordar a sus hijos; al recordar la terrible intimidad del embarazo, el parto y la lactancia que tanto la había definido en los primeros años de matrimonio. Ahora su hijo y su hija la miraban con desconfianza. Desde que Gus se había marchado, parecían culparla a ella.

Aunque solo Melissa preguntaba, porque solo Melissa quería lo suficiente a Jenna para confiar en ella.

¿Por qué no podemos vivir con papá?

¿Es que no quieres a papá? ¿Estás enfadada con él?

¿Es que papá ya no quiere vivir con nosotros?

Cuando se produjo la llamada a las 9.18 del 2 de noviembre de 1999, Jenna no descolgó el teléfono.

Pensó que no sería Gus, porque nunca llamaba a esas horas. Las mañanas de los días de entre semana lo más probable era que estuviese en el quirófano. Y a menudo en esas primeras horas del día llevaba a cabo los difíciles abortos quirúrgicos relacionados con fetos defectuosos en etapas avanzadas de la gestación y con madres cuya vida estaba en peligro y que otros cirujanos rechazaban.

Su trabajo no eran siempre abortos solicitados. En gran parte se trataba de abortos terapéuticos. Dilatación y evacuación en el segundo trimestre de un feto malformado, de un feto cuyos latidos habían cesado. En el tercer trimestre, inyectar digoxina al feto malformado para precipitar el aborto espontáneo. Una parte considerable de su práctica quirúrgica era obstétrica: no destruía fetos sino que los salvaba. Trataba embarazos ectópicos. Trataba

a embarazadas con cáncer cervical, uterino y ovárico. Realizaba cesáreas. Ayudaba a nacer a bebés cuyas madres habían sufrido heridas de consideración en accidentes o estaban gravemente enfermas. Reparaba (quirúrgicamente) los estragos del parto en madres para quienes dar a luz había sido devastador y hubiera podido resultar letal. Pero sus enemigos no reconocían tales distinciones y en las campañas de difamación contra Gus Voorhees se le presentaba como *Asesino de Bebés*.

Octavillas de color amarillo mostaza: *Un asesino de bebés vive en tu barrio*.

(¡Qué espanto, Melissa había traído una a casa! La había encontrado en la acera delante de su hogar en Saginaw.)

La amenaza de bomba en el centro médico de Sainte Croix. Grafitis en las contraventanas cerradas, crucecitas blancas de madera repartidas frente al edificio, pancartas, manifestantes arrodillados, rosarios... La irritante salmodia que oía a veces mientras dormía, en la región crepuscular entre el sueño y la vigilia.

La libre elección es una mentira,
los niños prefieren sin duda la vida.

Era verdad, pero no querías pensar en eso.

El feto quería vivir. Con testarudez, a veces de manera asombrosa, el feto se esforzaba por vivir. Pero el poder de darle la vida, o la muerte, tenía que radicar en la madre. No quedaba otra alternativa.

Trataba de no pensar en aquellas cuestiones. Sobre todo en las pancartas que exhibían imágenes de un horror inexpresable: criaturas muertas, mutiladas, descuartizadas, cualquiera de las cuales (si las circunstancias hubieran cambiado) podría haber sido alguno de sus hijos muy queridos. Y sí: trataba de no pensar en que su marido era un cirujano que practicaba abortos de manera rutinaria. Había una especie de veneno que se le filtraba en el alma si se permitía pensar en tales acusaciones y en aquellos a los que Gus y sus asociados llamaban con indiferencia *el enemigo*.

Le creaba ansiedad, hacía que se sintiera resentida, el hecho de que su marido se enfrascara hasta tal punto en su trabajo y en sus políticas internas que apenas parecía darse cuenta de cómo lo miraba el mundo, o importarle.

¿Era arrogancia o simple abnegación? Gus ignoraba lo que podría haber

sabido si se hubiera interesado más.

¡Escucha, Jenna! Mi trabajo, mi vida hablan por sí mismos. Esa tiene que ser mi defensa.

Estaba subiendo la escalera para llegar al segundo piso. Empinada, estrecha y crujiendo bajo su peso. Sentía que el corazón se le llenaba de felicidad ante la perspectiva de estar sola, al menos durante unas cuantas horas.

Se había reído, jadeante. Al sentirse tan extrañamente *libre*.

Nunca hubiera esperado llegar a sentir algo así como un consuelo estoico en la casa de Salt Hill Road, una casa que no había sido su primera opción en Huron County. Al menos había dejado de odiarla.

En los numerosos lugares donde se habían establecido, desde que decidieron vivir juntos y casarse, la responsabilidad de crear un hogar había sido (tácitamente) suya. Nadie se lo había dicho —Gus no, desde luego—, pero ella lo había entendido así y había estado a la altura de la tarea y se había sentido orgullosa. Cuando se conocieron, Jenna terminaba su último año de Derecho en la Universidad de Michigan, mientras que Gus hacía su segundo año de residencia en el hospital de la Facultad de Medicina; para entonces Gus ya estaba especializándose en salud pública y medicina comunitaria, y Jenna hacía voluntariado en asistencia jurídica gratuita. Logró pasar el examen de acceso a la abogacía en Michigan al primer intento, pero su ambición no era hacer carrera en el ámbito del derecho privado. Su misión era trabajar en la reforma de la situación económica de las mujeres en el estado y proporcionar asesoría legal a las organizaciones que promovían los derechos reproductivos de la mujer, pero todo aquello era solo parte de su vida y no la vida entera. *Una carrera no es una vida*, le había advertido su madre.

En dieciséis años de matrimonio nunca había dejado de trabajar, salvo cuando sus hijos eran muy pequeños y cuando volaron a Shanghái para la adopción de Melissa, que les había llevado casi tres semanas. Pero su trabajo lo realizaba en los intersticios del programa de trabajo de su marido, mucho más complicado. La vida familiar se centraba en él y en los niños; para ella misma, Jenna se había convertido en una especie de borrón, una figura en movimiento.

Mientras quisiera a Gus Voorhees, nada de todo aquello tenía importancia. Raras veces había pensado en *carrera*, en *vida*. Mientras le había parecido que él seguía queriéndola.

Pero Gus se marchaba a menudo. Incluso cuando estaba viviendo con su familia era frecuente que desapareciera los fines de semana.

Se habían mudado a la zona de Huron desde Saginaw, Michigan, en mayo de 1997, cuando Gus aceptó dirigir el Centro para Mujeres de Huron County que estaba a punto de irse a pique. No mucho después de que el centro médico de Sainte Croix se hubiera estabilizado, el Consejo Médico de Ohio abordó a Gus para que se hiciera cargo del centro para mujeres de un municipio rural, objeto de ataques vandálicos por parte de agitadores antiaborto, que habían obligado a dimitir a la directora y ahuyentado a gran parte del personal. Se trataría de un nombramiento de emergencia, un nombramiento del que se iba a hacer mucha publicidad, para enfrentarse así a la oposición local al tiempo que recibía atención por parte de los medios de comunicación de Ohio y de publicaciones nacionales como *USAToday*. A Jenna le había asombrado que su marido no rechazara de inmediato las propuestas del Consejo. ¿Cómo podía decirlo en serio?, ¿mudarse *de nuevo*?

Gus se lo explicó: si se cerraba el Centro para Mujeres de Broome County, las mujeres de la zona tendrían que recorrer por lo menos ciento sesenta kilómetros solo para la simple prescripción de anticonceptivos, y todavía más para los abortos.

Se diría que, en contra de toda lógica, el hecho de que los militantes antiaborto de Ohio adoptaran una postura especialmente violenta contra Gus Voorhees había servido para aguijonearlo y servirle de estímulo.

Jenna le había dicho ¡no! Él hacía falta precisamente allí, en Michigan.

Gus respondió que aún lo necesitaban más en Broome County, Ohio.

Jenna supuso que tenía razón. Pero ¿qué más daba? ¿Cuántos condados de los Estados Unidos se podían haber descrito como *necesitados de Gus Voorhees* o de alguien muy parecido a él?

¿No era peligroso estar en Broome County, Ohio?, había preguntado Jenna; y Gus había dicho, en una respuesta que tendría que haber previsto, que era peligroso estar en cualquier sitio y que él no iba a tener en cuenta su comodidad personal.

—«¡Comodidad personal!» Te odio.

Había querido gritarle. Empujarlo para que se alejara de ella. Había

querido endurecer el corazón contra él, para que no tuviera el poder de hierla todavía más.

A pesar de sus súplicas, Gus había dicho *sí* a la oferta de Ohio, que iba a incluir medidas de seguridad: protección para el centro, y para el personal, mediante agentes de policía armados. Gus tendría además la autoridad para contratar a un personal médico y de apoyo completamente nuevo. Varios médicos jóvenes de ambos sexos. Habría dinero para un laboratorio de radiología. Durante al menos los tres primeros años, contaba con la promesa de más dinero estatal del que había tenido a su disposición en Huron County.

Jenna no estaba segura de si Gus de verdad quería que su familia se mudara con él a Ohio. De si de verdad quería llevar a sus hijos a un entorno potencialmente peligroso. Pero Gus lo pidió. Lo pidió repetidas veces. Jenna dijo que *no*, y fue tajante.

¡Otra mudanza! ¡Otra casa! ¡Nuevos colegios para los niños! Sería una pesadilla.

Creo que en realidad no es eso lo que quieres. Nos estás suplicando que vayamos contigo porque sabes que no lo vamos a hacer. ¿No deberías no haberte casado, Gus? ¿No deberías haber renunciado a tener hijos?

¡Eso es ridículo! Es una acusación terrible, Jenna.

¿Estás seguro? Pregúntaselo a tus hijos.

Pregúntaselo tú cuando hayan crecido y puedan juzgar.

Cualquier crítica a Gus como padre le quemaba, le enfurecía: Jenna veía la indignación en sus ojos.

Gus azuzaría a sus hijos contra ella, pensó. Si llegásemos a una separación, al divorcio.

Incluso aunque se concediera a la madre la custodia principal, sería a su padre a quien reverenciarían, al padre a quien conocían mucho menos íntimamente que a su madre.

Estás logrando que te odie. Y además te tengo miedo.

¡Es ridículo! Esta discusión se ha terminado.

Melissa se puso de puntillas para susurrarle a su madre:

—¡No nos hagas mudarnos, mami! Preferiría morirme.

Jenna fingió no oír aquella súplica perturbadora. Aunque no consiguió ignorarla del todo.

—Por supuesto que no vamos a mudarnos de nuevo, Melissa. Al menos... no tan pronto.

Resultaba muy extraño escuchar la palabra *morir* en los labios de una niña de siete años. Aunque Melissa fuese una criatura precoz.

El conocimiento de lo que es *morir* y *muerte* parecía estar transmitiéndose a niños cada vez más pequeños. Jenna y Gus habían quedado conmocionados al oír que el hijo de dieciséis años de unos amigos de Ann Arbor se había suicidado, ahorcándose en su cuarto, en septiembre, la noche del primer día de clase: ninguna nota, ni aviso (evidente), una sorpresa completa tanto para sus amigos del instituto como para la familia. Los Voorhees habían conocido al muchacho desde muy niño y solo podían decirse el uno al otro, aturridos: *Pero si Mikey siempre había parecido tan normal...*

Jenna se comunicaba de maravilla con su hija más pequeña mediante abrazos y besos, al menos eso era lo que pensaba. Las palabras solo eran un complemento.

Después de un intervalo de (evidente) tristeza y resentimiento, Darren había empezado a hacer amigos en el instituto de Sainte Croix. (Jenna solo tenía vislumbres de aquellos «amigos» y no estaba segura de lo que pensaba de unas criaturas tan taciturnas que apenas llegaban a mascullar *Qué tal, señora Voorhees* cuando a Darren no le había quedado otro remedio que presentárselos. Sin proponérselo surgió el cruel término adolescente: *perdedores*.) Darren se había convertido en una criatura desgarbada y evasiva, de ojos irónicos, con tendencia a los cambios de humor; rápido a la hora de lanzarse a la yugular (de su madre, de su hermana Naomi) a la menor provocación. Si sus notas en el instituto de Sainte Croix eran buenas, se encogía de hombros con incomodidad de adolescente; si las notas no llegaban a buenas, le dominaba la vergüenza del adolescente. Le había consternado y enfurecido la decisión de su padre de trabajar en Ohio, pero daba la sensación de que también culpaba a Jenna, lo que su madre entendía, porque lo propio de Darren era *culpar al mundo en general*.

Se había hablado de que fuese a visitar a Gus. Pero hasta la fecha ningún fin de semana había sido ideal para una visita.

Sin lógica alguna, tan solo como para confundir a Jenna, Darren había dicho que veía con buenos ojos el traslado de la familia a Ohio en cualquier momento. Para añadir con una mueca irónica:

—¿Hasta qué punto puede ser peor el asqueroso Ohio rural que el

asqueroso Michigan rural?

Y Jenna repuso:

—Ohio es un estado con pena de muerte. Michigan no ha ejecutado a nadie en toda su historia.

Darren se la quedó mirando, sorprendido por aquella réplica.

¿Qué quería decir su madre? ¿Por qué se lo había contado?

Pero lo había entendido. Ohio era un estado más conservador que Michigan. Desde muy pequeño Darren había aprendido a entornar los ojos al ver o al oír la palabra *conservador*.

Contra los negros. Contra los derechos de la mujer. Contra la igualdad. Antiliberales. Antiaborto.

El enemigo.

—Ohio no ha derogado la pena de muerte. No se puede persuadir a su asamblea legislativa con argumentos racionales. Wisconsin, por el contrario, solo ha ejecutado a una persona en toda su historia y de eso hace mucho tiempo; en cuanto a Minnesota, abolió la pena capital en 1911. Y Michigan tiene la historia más notable de todos los estados: ni una sola ejecución.

¡Con qué pasión hablaba Jenna! Eran pequeños discursos que de vez en cuando les hacía a sus hijos, sorprendiéndolos a menudo. Llegabas a darte cuenta (si eras uno de los hijos de Jenna Matheson) de que le importaban muchísimo cosas de las que tú apenas sabías nada, y de que eso sugería la existencia de una Jenna Matheson que no era solo mamá.

Darren dijo, para molestar:

—Pero papá se ha marchado de todos modos. Así que, ¿a quién le importa?

Y Jenna respondió, molesta:

—Es evidente que a mí me importa. Y a ti también debería importarte.

Si me quisieras...

Por supuesto que te quiero, cariño. No es tan sencillo.

Pero... ¿es que el amor es sencillo?

No me distraigas con acertijos, Jenna. Sabes que tenemos trabajo por hacer.

Jenna albergaba dudas: ¿era su marcha el preludio de una separación oficial, de un divorcio? Gus nunca haría semejante sugerencia, pero si Jenna lo sacaba a relucir, quizás lo aceptara de muy buen grado. Sabía de hombres

que habían agujoneado a sus ansiosas mujeres o amantes hasta conseguir que hicieran sugerencias tan imprudentes... Estallidos emocionales de los que no es posible retractarse.

Desde que Gus se había marchado, Jenna se estaba descubriendo la costumbre de mirar por las ventanas de la granja, en dirección a la carretera. Cualquier movimiento que veía en Salt Hill Road, o que le parecía ver, cualquier sospecha de un vehículo pasando al azar, despertaba en ella una ingenua expectativa: ¿torcería por su entrada para coches? ¿Se trataba de Gus, que volvía a casa sin previo aviso?

Cariño, he cambiado de idea.

Era una locura. Puro orgullo desmedido. Tenías razón...

Pero por lo visto no la tenía. Era mezquino, cobarde y pusilánime por su parte esperar de su marido que pensara en ella y en sus hijos antes que en un trabajo que afectaba a tantas mujeres y muchachas desesperadas.

Y algunas de ellas lo adoraban, por supuesto. Les había «salvado» la vida; había «hecho posible su vida».

No solo mujeres que necesitaban desesperadamente interrumpir un embarazo, sino enfermeras de distintos niveles profesionales, colegas con las que había trabajado. Gus insistía (a Jenna la avergonzaba pensar que en algún momento hubieran mantenido semejante conversación) en que la quería *a ella*; si había otras mujeres a las que encontraba atractivas de manera pasajera, si había otras mujeres que parecían encontrarlo a él atractivo... «Eso es algo natural, Jenna. Pero déjame que te lo repita: *Te quiero a ti*».

Jenna le creía. Quería creerlo. Aunque ¡cuánto le echaba de menos!

Ir al pueblo le resultaba doloroso ahora que su marido no estaba ya en el Centro para Mujeres de Huron County y que no existía ninguna razón (evidente) para que Jenna siguiera viviendo allí con sus hijos. Cuando se encontraba con conocidos en el supermercado o con personal del centro, la sorprendía descubrir que al parecer daban por sentado que el «doctor Voorhees» regresaría a Sainte Croix, y que su traslado a Ohio no era permanente.

Jenna, sin comprometerse, decía que esperaba que así fuera. Gus tendía a ir donde más se le necesitaba...

—¡Echamos de menos al doctor Voorhees! Siempre nos hace reír.

—¡Seguro que sí! No lo dudo.

Se marchaba sintiéndose ligeramente falaz y sin embargo con nuevos

ánimos. Por supuesto: Gus regresaría a Sainte Croix, al cabo de uno o dos años. Estaba claro que volvería a Michigan.

O quizás para entonces habría convencido a Jenna y a sus hijos para que se reunieran con él en Ohio, después de todo.

Jenna se acordó de Shelley, el poeta, que había dado muestras de una extraña presunción: *Siempre sigo adelante hasta que me detienen. Y no me detienen nunca.*

Excepto que, por supuesto, a Shelley lo detuvieron cuando era todavía joven.

Y a Gus Voorhees acabarían por detenerlo... un día.

Pero ahora, sola. Y exultante por estar sola. Se lo dijo a sí misma.

Por primera vez desde que Gus se había mudado a Ohio en el calor sofocante de agosto, se sentía bien estando sola.

¡No digas que os estoy abandonando a ti y a los niños, Jenna! No es cierto, sabes que no es verdad...

¿Venir conmigo? Dentro de unos meses...

Pero no lo haría. Lo tenía decidido, *no lo haría.*

Fundamentalmente porque la llenaba de amargura sentir hasta qué punto amaba Gus su trabajo. Más que a su mujer, más que a sus hijos.

La imagen ideal que *Gus Voorhees* se hacía de sí mismo y que otros tanto admiraban y reverenciaban.

¡Ah, cómo agradecía que se hubiera ido! Sus manos tocándole el pelo, acariciándole las mejillas, el cuello, los brazos —su voz susurrante—, la boca de Gus rozando la suya. Estaba muerta de amor por él, no soportaba pensar en él. Al despertar por la noche en el cráter hundido de un colchón, sintiendo su peso contra ella, sintiendo su aliento... se quería morir, no soportaba semejante soledad. ¡Qué pobre sustituto eran los hijos, que la necesitaban *a ella!* Porque lo que ella necesitaba era a su marido, al hombre. Ansiaba, delirante, lo que solo su marido podía darle, y nadie más.

Aunque se contaba una historia muy distinta: cuánto agradecía estar sola. Si no sola para siempre, al menos aquella mañana. Inapreciables horas de trabajo ininterrumpido en la mesa de pino de la habitacioncita del piso alto a la que llamaba su estudio, con su techo inclinado, el reducido panorama de campos de color pardo, una ruidosa estufa portátil funcionando al máximo.

*Cierro con llave la puerta de mí mismo, había dicho un poeta.
Echo la llave y aparece... la felicidad.*

Oyó que abajo sonaba el teléfono. Maldita sea.

Sintió ya una punzada de culpabilidad. Nada de libertad, sino algo como una abrazadera apretándole el pecho.

No tenía una extensión en su estudio. No quería tener teléfono allí. Su trabajo, realizado durante tanto tiempo en los intersticios de los horarios de su marido y de sus hijos, la llamaba como alguien que se está muriendo de sed. *¡No, no! No te pares tan pronto.*

Acababa de empezar a trabajar. La habitación tenía corrientes y era húmeda; había tenido que encender la estufa. Se había calentado las manos apretando mucho una taza de café. No era justo, no quería que la interrumpiesen.

Utilizaba una máquina de escribir electrónica: un modelo de oficina, antiguo y sólido, con teclas que apenas hacían ruido. Con mucho esfuerzo estaba reuniendo materiales que se disponía a enviar a una organización de mujeres de Detroit para la que se había convertido en algo así como asesora jurídica no remunerada. Aunque esperaba que a la larga llegasen a pagarle por su trabajo.

Si regalas tus servicios, no esperes que te los paguen. ¿No te parece lógico, Jenna?, le había planteado Madelena, su suegra, no sin razón.

Nadie podría decir de su suegra que era una profesional que cobraba poco o nada por sus servicios.

(Madelena Kein dirigía el Instituto de Estudios Independientes de la Universidad de Nueva York, donde ejercía una doble docencia en filosofía y lingüística. Durante unos años, pocos, cuando Gus era aún muy pequeño, había sido Madelena Kein-Voorhees, pero era Madelena Kein —con categoría de catedrática en su carrera académica— hacía ya mucho. Gus no recordaba con exactitud cuándo se divorciaron sus padres; su madre se había marchado a vivir y enseñar en la ciudad de Nueva York ya algún tiempo antes de su divorcio oficial del padre de Gus, que ejercía de médico en Birmingham, Michigan. Al desaparecer contraviniendo un mandato judicial, Madelena había renunciado voluntariamente a cualquier demanda para conseguir la custodia compartida de su hijo, y sin embargo, hasta donde

Jenna era capaz de juzgar, Gus no parecía reprochar a su ambiciosa madre que lo hubiera abandonado; aunque su comportamiento le había lastimado, no se obsesionaba con aquella herida y parecía en cambio orgulloso de ella, aunque desde lejos. Madelena no había asistido a la boda de Gus y solo visitaba a la familia de su hijo en contadas ocasiones porque —era lo que le gustaba decir, como si se tratara de una «salida» ingeniosa— tenía «muy poco interés en ser la *pegajosa abuelita* de nadie».)

Gus le había dicho a Jenna que no se dejara intimidar por su madre: «Ya es suficiente con que me intimide a mí. *A ti* no te molestará».

A Jenna, de hecho, le caía muy bien aquella madre ausente, glamurosa y rodeada de misterio, que no sentía el más mínimo deseo de meterse en la vida privada de su hijo. En otra vida incluso podrían haber sido amigas.

Durante los primeros años de matrimonio Jenna estaba tan contenta de ser la mujer de Gus Voorhees que nunca —jamás— se había quejado de estar sola, o de sentirse olvidada o (de manera sutil, no grosera) explotada por él. Gus Voorhees era el primer hombre al que había querido en toda su vida, emocional, sexual, intelectualmente.

Desde el primer momento le había parecido que Gus no la quería (era probable) tan sin remedio como ella a él. No porque las atenciones de Gus escasearan, sino más bien porque Gus no tenía capacidad para amar con tanta hondura como ella. Tanto anhelo, tanta necesidad, Jenna entendía que lo suyo era debilidad, no fortaleza.

A Gus no le podía culpar, razonaba, de no ser tan débil como ella.

A no ser que no entendiera bien a su marido. Que un hombre no *necesitara* del amor tanto como otra persona no significaba que no *amase* tanto como esa persona.

En su papel de joven esposa, Jenna había sentido algo así como un orgullo estoico por no quejarse de las exigencias de su vida de casada: de todo lo que caía directamente sobre sus espaldas por ser la esposa de un cirujano muy solicitado, comprometido con cuestiones de salud de las mujeres. No se había quejado mientras sacaba adelante sucesivos hogares (con un hijo, con dos y por último con tres) en distintas regiones de Michigan a las que Gus se había trasladado en razón de su trabajo. Le había ayudado en su carrera, que era como una locomotora que iba cada vez más deprisa por una vía en curva; y no solo mecanografiando (por supuesto, eso era lo mínimo) sino también redactando, organizando materiales, investigando y preparando charlas y

ponencias sobre cuestiones de salud reproductiva de las mujeres y sobre derechos jurídicos para el doctor Voorhees, a quien se invitaba con frecuencia a pronunciar discursos inaugurales, a estar presente en actos para recaudar fondos, para asesorar, para colaborar. También se contaba con que Gus Voorhees trabajara gratis a menudo. Raro era que trabajase menos de cien horas a la semana.

Le habría gustado hablar con Madelena Kein. Para hacerle una sola pregunta.

¿Dejaste a tu familia porque los querías demasiado? ¿Porque entendiste que amor y orgullo son un anzuelo cebado que te tragas sin querer y un buen día descubres que se te ha clavado en las entrañas?

Sola en la casa aquella mañana. Mientras oía el teléfono que sonaba en el piso de abajo, Jenna miró su reloj: las 9.18.

¡Maldito teléfono! No la distraerían.

Oyó la voz apagada y el mensaje que se grababa en el contestador. Como estaba demasiado lejos para oírlo con claridad y demasiado enfrascada en una tarea que ya había empezado con un día de retraso, trató de no distraerse como se hubiera distraído otra mujer a quien la *soledad* produjese desazón.

Pero poco después el teléfono volvió a sonar.

Una vez más pensó, exasperada, pero con creciente alarma: por supuesto no sería Gus quien llamaba tan a primera hora, ni tampoco ninguno de los colegios de sus hijos, de eso estaba segura.

¡Segurísima!

Oyó de nuevo el teléfono. Nerviosa, echó hacia atrás la silla.

Maldita sea. Está bien. Voy a ver de qué se trata.

Descendió deprisa la escalera (con excesiva pendiente, estrecha, con crujidos constantes), apartándose el pelo de la cara, atreviéndose a pensar *Más le vale que merezca la pena.*

Sin saberlo. Sin saberlo todavía.

Durante el resto de su vida mi madre se ve, en aquellos minutos, envuelta en una húmeda luz resplandeciente que entra por una ventana.

Trata de reconstruir la escena. Se ve como la mujer que imagina ser la

esposa de Gus Voorhees, molesta con su marido, insegura acerca de su marido, ensayando palabras con su marido (ausente) sin saber todavía que ya no es su mujer sino su viuda, mientras desciende las escaleras hasta el primer piso.

Una mujer que es (todavía no) viuda a las 9.18 del 2 de noviembre de 1999, en la vieja casa de madera de Salt Hill Road.

Donde habíamos pensado que no éramos tan felices. Donde nos habíamos quejado, lloriqueado. ¡Moscas en las paredes! Imagínenselo.

En la cocina mi madre hace una pausa para escuchar. Ha saltado el contestador. Una mujer cuya voz no reconoce se dirige a ella reclamando toda su atención.

¿Señora Voorhees? Si está usted en casa, llámenos de inmediato. Se ha producido una emergencia. Nuestro número es...

Le ofrecen el teléfono del Centro para Mujeres de Broome County en Muskegee Falls, Ohio, que mi madre reconoce al instante.

Descuelga aprisa el auricular mientras la mujer habla todavía.

—¿Diga? ¿Dígame?

—¿La señora Voorhees? ¿Es... usted?

—Sí, claro. ¿Con quién hablo?

—Señora Voorhees... ¿está usted sentada? ¿Por favor?

Una enfermera. Tiene que serlo. Alguien con formación médica.

Mi madre dice *sí* con sequedad. Está sentada. (Aunque, de hecho, desconcertada, con pánico creciente, mi madre no se ha sentado; se ha recostado en una silla, torpemente, una rodilla sobre la silla y el cuerpo, tembloroso, desequilibrado.)

La voz es una voz angustiada. Jadeante e incómodamente próxima. Mi madre aprieta con fuerza el teléfono, incapaz de detener la hemorragia de las palabras.

—Me temo que... que... su marido ha resultado herido... herido de gravedad... ¿Señora Voorhees? ¿Está usted ahí?

A través de un rugido en los oídos se escucha decir *sí* con impaciencia.

—... situación de emergencia, un ataque... un único agresor... arma de fuego...

Y entonces, no sé cómo, me encontré en el suelo.

Estaba con el teléfono en la mano y escuchaba y entendía todo, pero luego la voz dijo ARMA DE FUEGO. Y me encontré en el suelo, en la caída me

golpeé la cabeza contra la encimera junto al fregadero. Estaba sobre un suelo de frío linóleo de una habitación que no hubiera sabido reconocer como una cocina y menos aún como la cocina de la casa alquilada de Salt Hill Road en Huron County, Michigan; y el teléfono se balanceaba a mi lado, colgando de su cable. Recuerdo que oía una voz que salía del auricular: nada más que una vocecita. Y a continuación me estaba levantando aturdida mientras notaba la tensión que se siente en los hombros al hacer flexiones. Y la cabeza me palpitaba y estaba pensando ¿Me he desmayado? ¿Es eso lo que me ha pasado? Era la primera vez en toda mi vida que me pasaba una cosa así.

Era sorprendente. No salía de mi asombro. Sentí alivio como agua tibia por todo el cuerpo. No ha sido tan malo. Como una vela que alguien apaga. Nunca volveré a tener miedo de morirme.

La archivera entrevistada

¿Eres Naomi Anne Voorhees, hija de Jenna y de Gus Voorhees, nacida en Ann Arbor, Michigan, en 1987?

¿Estás llevando a cabo esta «investigación archivística» con la aprobación de tu madre, o la emprendes por puro egoísmo, y desesperación, para conocer mejor a tu padre asesinado?

Si eres Naomi, y no otra persona, ¿cómo te atreves a apropiarte la voz de tu madre? ¿Sus pensamientos fugaces más íntimos?

¿Eres consciente de que Jenna, tu madre, se ha negado a hablar con entrevistadores sobre cuestiones tan personales durante los más de seis años transcurridos desde la muerte de tu padre?

¿Reconoces que tu madre ha rechazado sin la menor vacilación hablar contigo sobre este tema? ¿Que no está interesada en «elevar el corazón hasta los labios» como has hecho tú?

¿Reconoces que has violado la intimidad de tu madre, como has violado la intimidad de tu hermana Melissa y de tu hermano Darren, y también la de otras personas? ¿No te da vergüenza?

¿Cómo es que después de abandonar tus estudios universitarios te atribuyes la habilidad intelectual requerida para ser una archivera minuciosa y desinteresada de la compleja vida de Gus Voorhees, tu padre?

¿Cómo puedes afirmar que conoces lo que no has experimentado personalmente? ¿Cómo tienes la osadía?

En serio, ¿cómo puedes pretender a los diecinueve años recordar con tanto detalle lo que (supuestamente) experimentaste de niña en momentos de agitación y de angustia cuando, según el relato de otras personas, sufriste una especie de «amnesia traumática» a raíz de la muerte de tu padre?

¿De verdad conoces a «Naomi Anne Voorhees», o se trata solo de un constructo desesperado, como los otros?

Ley de los exponentes

—Naomi.

Clase de matemáticas, la primera de la jornada escolar. Naomi está encorvada sobre su pupitre, concentrada en un problema de introducción al álgebra que la profesora ha escrito en la pizarra. ¡Clac, clac! El sonido de la tiza que golpea como un pájaro de pico afilado contra el cristal de una ventana.

¡Le gustan las matemáticas! Sobre todo desde que en este curso ha descubierto que ya no significan solo aritmética.

Pero tiene que apretarlo con fuerza. Sujetar bien el lápiz. Por temor a fallar.

Y es que, al parecer, no entiende algunas de las leyes de los exponentes.

Lo ha intentado, pero *no lo consigue*.

Si el exponente es 1, entonces el resultado es el mismo número (por ejemplo $9^1 = 9$), pero si el exponente es 0, el resultado en ese caso es 1 (por ejemplo $9^0 = 1$).

¿Por qué, ha preguntado Naomi, no sale 0?

Porque 9 veces 0 es 0, ¿no es cierto? O: 9 multiplicado 0 veces es 0, ¡está claro!

Sin embargo, la profesora (que no es matemática sino profesora de matemáticas de primero de secundaria) se limita a sonreír y dice que es la *ley de los exponentes*.

Se espera de los alumnos que memoricen. No que traten de entender.

Pero Naomi quiere entender.

Para ella es muy frustrante que, según la «ley», si el exponente es 0, siempre se consiga, de manera invariable, 1.

¿Cómo puede ser, si multiplicas un número por 0, que el resultado no sea 0? ¿Por qué los exponentes son diferentes de multiplicar cuando es eso lo que significan los exponentes: multiplicar?

Además, para Naomi Voorhees es crucial resolver *deprisa* los problemas.

Durante la clase hay que resolverlos a la carrera. Son un juego frenético. Quien alza la mano y da antes la respuesta correcta es el *vencedor*.

—¿Naomi...?

Alza los ojos, entornándolos. ¿Qué sucede... qué es lo que quiere la señora Bregman?

Tan absorta ha estado Naomi en el problema de la pizarra...

$$11^2 - 3 =$$

... tan deseosa de ser la primera en resolverlo que no se ha dado cuenta de que la señora Bregman ha ido a abrir la puerta de la clase; que el señor Cameron, el director del instituto, está hablando de algún asunto serio con la señora Bregman en el pasillo mientras toda la clase (con la excepción de Naomi Voorhees) los observa con curiosidad; cuando la señora Bregman regresa al aula, dice en voz baja, pero en la que se advierte la ansiedad:

—Naomi, ¿puedes venir aquí, por favor?

Lo que nunca quieres oír: tu nombre.

En semejantes circunstancias: tu nombre.

La señora Bregman es una mujer de nariz chata que sonríe demasiado, pero que ahora no está sonriendo.

Naomi abandona su lápiz a regañadientes. ¡No le apetece ceder la victoria a un rival!

En el margen del papel que tiene delante ha estado haciendo multiplicaciones, pero con las prisas ha cometido (probablemente) un error. Aun así no puede arriesgarse a perder tiempo en comprobaciones, porque otro alumno se apresurará a dar la respuesta antes que ella. (Naomi tiene dos rivales en la clase de matemáticas de la señora Bregman: John Beaver y Alice Czech. John suele ser tan listo como Naomi pero no tan rápido: John alza la mano casi pisándole los talones a Naomi. Alice no es tan lista como ninguno de ellos, pero tiene la ventaja de ser paciente de manera más metódica; cuando Alice levanta la mano es muy raro que se equivoque.)

¡Maldición! El lápiz de Naomi rueda por el pupitre y cae al suelo con estrépito.

Si se agacha para recogerlo, tocará con las puntas de los dedos (como mínimo) el asqueroso charco debajo de su pupitre donde se ha acumulado un

detrito verdoso y maloliente, el malestar por su incapacidad para entender una ley básica de los exponentes, algo que la enfurece y le hace rechinar los dientes: *¿Cómo es posible que 9 elevado a 0 no sea ni 9 ni 0 sino 1?*

—¿Naomi, cariño?

Naomi está atrapada en su pupitre: el primer asiento de la fila más próxima a las ventanas, expuesta a todas las miradas. Le arde la cara. En el fondo de la boca advierte ya un sabor como de fango negro. Señalada de manera tan tonta, tan estúpida, tan imperdonable, con el apelativo *cariño*. ¡La señora Bregman nunca ha llamado *cariño* a nadie de la clase! ¡Pobre Naomi Voorhees! Desnuda como si le hubieran arrancado la ropa para dejar sin protección su cuerpo flacucho. Una chica sin ningún atractivo, tímida; una chica de pelo castaño y ojos color pizarra; una chica con una sonrisa afligida y una boca sarcástica; una de las chicas altas de primero de secundaria con tendencia a encorvarse para parecer menos alta...

—Por favor, Naomi, recoge también tus libros y la mochila.

Todavía peor que oír tu nombre: que te digan que recojas tus cosas porque no vas a volver.

En esta fase temprana de *La muerte de Gus Voorhees*, su esposa no es todavía *una viuda* porque se está comportando de una manera que sirva para demostrarle a su marido lo capaz que es, lo responsable, lo mucho que se puede depender de ella, la hondura de su amor. *¿Ves? Lo puedo hacer. No me han parado.*

Todavía no es *una viuda*, sino Jenna, la esposa valiente y excepcional de Gus Voorhees.

Pese a la conmoción sufrida consigue telefonar a nuestros colegios: Sainte Croix Primaria, Sainte Croix Secundaria, primer nivel, Sainte Croix Secundaria avanzada. Está en condiciones de explicar quién es y de contar que se ha producido una *emergencia familiar*. Dice quiénes son sus hijos y no confunde entre sí los centros docentes. Informa a la persona con la que habla de que alguien pasará a recoger a los hijos de la familia Voorhees en el espacio de una hora y que deberán estar preparados para salir de inmediato.

La policía estatal de Michigan, contactada por la policía estatal de Ohio, se ha puesto a su vez en contacto con la viuda de Gus Voorhees. Es urgente, están diciendo, que se lleve a Jenna y a sus hijos a *un lugar seguro* lo antes

posible.

Pero Jenna llama antes a Ellen Farlane, que era la ayudante administrativa de Gus en el Centro para Mujeres de Huron County, y su amiga más íntima en Sainte Croix. *¡Ellen! Soy Jenna, la mujer de Gus. Algo terrible le ha sucedido a mi marido en Ohio, necesitamos tu ayuda.*

Llama a los progenitores de nuestro padre, por supuesto. Habla con nuestro abuelo (en Birmingham, Michigan), pero solo consigue dejar un mensaje de voz para nuestra abuela (que vive en Nueva York, divorciada hace muchos años). *Algo terrible le ha sucedido a Gus, no estaré aquí para hablar contigo, voy a reunirme con él.*

Quizás marcó también otros números de teléfono cruciales. No lo recordará con claridad. En algún momento llama a sus padres en Evanston, Illinois, pero solo deja un críptico mensaje telefónico.

Llamad cuando podáis. Pero no estaré aquí. Emergencia en Ohio. Me iré allí enseguida.

Los niños están bien. A salvo. Gus en el hospital.

Llama, o trata de llamar, a los amigos más antiguos de nuestro padre en Ann Arbor. Lenny McMahan, el abogado amigo de nuestro padre, y padrino de Darren. A otros amigos de Gus Voorhees repartidos por Michigan. Su querido mentor, ya jubilado, de la Facultad de Medicina de la Universidad de Michigan: *A Gus le ha pasado algo. No tengo los detalles. Quiero que estés preparado.*

Jenna sabe que, si cuelga, el teléfono volverá a sonar de inmediato y se asustará.

Mientras tanto Ellen Farlane ha ido a recoger a los hijos de Gus Voorhees a sus colegios, que están a pocas manzanas de distancia unos de otros. La acompaña una enfermera joven del centro médico. Ellen Farlane tiene un gesto adusto y los ojos húmedos y lleva una chaqueta verde oscuro de nailon, con la que ha cubierto a toda prisa su uniforme blanco.

Naomi está aturdida y recelosa. ¿Por qué la han hecho salir de clase de matemáticas? ¿Por qué el señor Cameron no le ha dicho cuál es la *emergencia familiar*? (¿es que no lo sabe?). No está dispuesta a quedarse *sentada* en la antesala del despacho del director y pasea arriba y abajo como un animal enjaulado mientras la ayudante del director trata de sonreírle, de consolarla.

—¿Le ha pasado algo a mi padre? ¿Qué es? —pregunta Naomi haciendo

acopio de valor. Pero todo lo que le dicen es que ha llamado su madre, que se trata de una *emergencia familiar* y que viene alguien a recogerla.

Su madre no, entonces. No Jenna.

La *emergencia* no tiene que ver con su madre, eso es evidente. Y, sin embargo, no es su madre quien viene a recogerla.

Hay una especie de vacío, una ausencia. A Naomi le confunde saber tan poco. Es como tratar de entender por qué el exponente 0 se convierte en el número 1; no lo consigue.

La lengua se le ha quedado fría y entumecida. Siente un latido desenfrenado en las sienes. A veces, cuando está inquieta, le da miedo volverse loca, latidos tan intensos y en lo que sabe que es su cerebro, porque lo que late con tanta fuerza corre peligro de romperse, y lo que se rompe en el cerebro provocará locura, eso es lo que cree. Pero el miedo a *volverse loca* suele quedar entre paréntesis por la calma y el orden del mundo exterior, que la juzgaría con dureza y la encerraría para que nadie la viera; pero ahora le parece, a juzgar por el comportamiento de los adultos de su instituto, por su incapacidad para hablar claro e incluso para mirarla a la cara, que en el *mundo exterior* se ha producido alguna catástrofe que no tiene nada que ver con ella.

Por fin, Ellen Farlane llega sin aliento al despacho del director:

—¡Naomi! Ven conmigo, cariño.

Naomi no sale de su asombro. Ni por lo más remoto se le había ocurrido que pudiese ser *ella*: la mujer corpulenta de mediana edad que había sido ayudante de enfermera de su padre en el centro médico de Sainte Croix, jadeante y arrebolada, que la llama *Naomi* y se atreve a cogerla del brazo.

Tartamudeando pregunta si le ha sucedido algo a su padre, pero Ellen Farlane solo repite lo que ha dicho el director: *Ha llamado tu madre, se trata de una emergencia familiar*.

En la ranchera de Ellen, en el asiento de atrás, Naomi se desliza junto a su hermanita Melissa: ¡qué extraño verla allí! Las dos niñas están muertas de miedo.

Naomi debería consolar a su hermana, lo sabe. Es lo que se espera de una chica mayor, de doce años ya.

Todo lo que consigue es darle la mano. Confía en que Melissa no llore, porque entonces existe el peligro de que también llore ella.

Ellen Farlane pasa por el instituto donde tiene que recoger a Darren.

Naomi piensa en lo extraño que es todo, qué ofensivo, cómo detesta encontrarse prácticamente cautiva en el vehículo de una desconocida, en una ranchera en cuyo suelo, a sus pies, hay restos de otras vidas: un sobre rasgado, un guante de mujer, un juguete infantil de plástico. Es como si ya hubiera perdido su sitio en el mundo. Cierra los ojos para repasar las lecciones de matemáticas de los últimos días, resolviendo deprisa para sí los problemas en orden ascendente de dificultad...

$$7^3 = 343$$
$$(-10)^4 = 10.000$$
$$13^7 =$$

Pero exige mucha concentración elevar 13 a la séptima potencia (13 x 13 x 13 x 13 x 13 x 13 x 13), de manera que en el espacio de pocos segundos se descubre desesperadamente perdida.

Cuando mete la pata en matemáticas, cuando es incapaz de entender una fórmula, siente un agudo dolor en el vientre, un estremecimiento como de náusea. *Estúpida. Fracasada. Fea. No mereces vivir.*

En el instituto, Darren está esperando junto a la puerta de atrás, abierta la cremallera de la chaqueta con forro de borrego. No está solo: una mujer de aspecto sombrío lo acompaña, probablemente alguien que trabaja en el despacho del director. Al igual que Naomi, también se sobresalta al ver a Ellen Farlane, la ayudante de su padre: durante un momento de confusión debe de pensar, como le ha sucedido a Naomi, que después de todo su padre sigue en Sainte Croix y no en Ohio, y que lo que le haya podido suceder a Gus Voorhees ha tenido lugar en el Centro para Mujeres de Huron County.

Pálido, con movimientos rígidos, abre la portezuela de atrás de la ranchera y entra.

A Naomi le estremece descubrir que su hermano está lívido de rabia.

—Está muerto. Le han pegado un tiro. ¿Qué va a ser si no? ¡Joder!

En la entrada para coches de la granja alquilada de Salt Hill Road hay vehículos que no hemos visto nunca. Uno de ellos es un coche patrulla de la policía estatal de Michigan.

¡Policía! ¿Es que han matado a alguien... en nuestra casa?

Antes de que podamos entrar, nuestra madre se nos echa encima para abrazarnos. Hace frío, caen copos de nieve, ligeros, húmedos... pero ella está fuera con la cabeza descubierta y sin chaqueta, esperándonos, cosa que nos parece mal y que no nos gusta. Vemos que está llorando, pálida, con la cara hinchada, y eso tampoco nos gusta, nos ofende y nos asusta que unos desconocidos la vean en semejante estado. También está muy despeinada, pero no parece darse cuenta.

Nos abraza por turnos, trémula, besándonos al azar, como si estuviera borracha, y nosotros nos encogemos, asustados. Cómo es posible, esta mujer es *nuestra madre*... no queremos que esta mujer tan desconsolada sea *nuestra madre*.

No queremos ser los hijos de semejante *madre*, ni queremos ser los hijos del desastre.

—Le ha pasado algo a vuestro padre...

Dejamos de oír. No oímos.

A vuestro padre. En Ohio.

Ataque con arma de fuego. Esta mañana.

Le han disparado en la entrada.

El agresor, detenido.

Oímos algo de todo eso. No oímos (estamos seguros) ninguna frase que se parezca a *Vuestro padre ha muerto*.

Dentro de la casa hay dos agentes de policía uniformados. Nos saludan de manera solemne y en sus rostros vemos, sin lugar a duda: *Vuestro padre ha muerto*.

Pero nadie nos lo dice. Se piensa que es una buena idea llevarnos a otra habitación, mientras nuestra madre habla con los agentes.

Poco después llegamos a saber que nuestra madre se está preparando para que la trasladen a Muskegee Falls, Ohio. Habla con evasivas, diciendo que va a «ver» a nuestro padre allí, y que nos llamará tan pronto como le sea posible.

¿Está nuestro padre en el hospital?, preguntamos.

Sin comprometerse, Jenna dice que sí, que cree que lo han llevado «al hospital», aunque no está segura.

Existen «informaciones contradictorias». Está «esperando a saber más».

Un amigo la va a llevar a Ohio, uno de los voluntarios que acompañan a las pacientes en el Centro para Mujeres de Huron County. Nos parece

asombroso enterarnos de que saldrán tan pronto como ese amigo se presente.

Le suplicamos que nos deje ir con ella. Se lo suplica hasta Darren, pero nuestra madre dice no.

No, cielo, no es buena idea. No en este momento.

Alguien cuidará de vosotros.

Suena el teléfono. Contesta Ellen Farlane, y cuando coloca la palma de la mano sobre el aparato y le dice a nuestra madre quién llama, nuestra madre mueve la cabeza con decisión: *No*.

(¿Quién es? ¿Por qué no quiere hablar con él? Nos asalta la idea fugaz de que podría tratarse de nuestro padre y de que ella está tan destrozada que comete un terrible error.)

La seguimos escaleras arriba hasta su dormitorio, donde, a toda prisa, mete cosas en una maleta. Lo hace con la precipitación por la que nos riñe con frecuencia y algunas de esas cosas —billetero, llaves del coche— se le caen al suelo. Le preguntamos por qué no podemos ir con ella, queremos ir con ella, queremos ver a nuestro padre y ella mueve la cabeza: *No*.

Darren dice:

—Está muerto, ¿no es eso?

Pero Naomi interviene tapando la voz de su hermano:

—¿Papá está en el hospital? ¿Es ahí donde vas tú?

Nuestra madre se escabulle moviendo la cabeza como si no nos hubiera oído. Camina insegura, de manera que cuando desciende las estrechas escaleras hacia el piso bajo Darren la sigue muy de cerca preparado para agarrarla del brazo si se cae.

El teléfono suena de nuevo. Los agentes han salido fuera, oímos los frenéticos graznidos de la radio de la policía.

Ellen Farlane trata de conseguir que nuestra madre se tome un vaso de zumo de naranja antes de salir camino de Ohio —medio vaso, al menos—, pero aunque se lleva el vaso a los labios, lo aparta sin beber nada.

Alguien le da una manzana de un frutero que está sobre la mesa.

Las manzanas del frutero son Macintosh, las preferidas de papá. A los niños no les gustan tanto, la piel es muy recia y se le mete a uno entre los dientes.

Llévese la manzana, alguien le insiste a nuestra madre. Trate de comérsela en el coche.

En circunstancias normales nos desconcertaría oír que unos desconocidos

hablan así a nuestra madre.

Tienen algo de asombroso las cosas que se dicen en momentos así.

Os llamaré. Alguien llamará.

Hay que organizar las cosas. Tengo que estar allí.

No os asustéis... no dejaré de pensar en vosotros.

Por lo visto el plan es que nos quedemos con unos amigos de Ann Arbor apellidados Casey. Nuestra madre se reunirá con nosotros en uno o dos días.

Después nos llevarán a Birmingham, para estar unos cuantos días con nuestros abuelos.

¡Unos cuantos días! Eso es terrible.

No queremos estar con los abuelos en Birmingham si nuestro padre no viene con nosotros. No nos parece justo.

Con voz suplicante preguntamos por qué no podemos ir a Ohio con nuestra madre y ella responde, más bruscamente, que no es una buena idea.

Son muchas las cosas que tiene que hacer en Ohio, nos dice. *Pero quizás después. Quizás dentro de un día o dos...*

Su voz es ronca, casi inaudible. Sus pupilas tan diminutas como cabezas de alfiler. Nos abraza una vez más, o lo intenta... Darren se aparta, rechazándola. Melissa está deseosa del contacto pero Naomi, rígida, se resiste.

Nuestras voces preguntan, ¿qué le ha sucedido a papá? ¿Está... herido?

¿Está papá en el hospital de Ohio?

¿Está papá...?

(Las voces no dicen *muerto*. Pasarán meses antes de que puedan decir *muerto*.)

Llega el amigo de nuestros padres para llevar a mamá a Ohio. Se nos retiene en otra habitación, no se nos permite presenciar su encuentro aunque oímos una voz (masculina) más alta de lo normal: *¡Jenna! Dios bendito*.

Llega demasiada gente a la casa de Salt Hill Road. No hay espacio suficiente para tanto vehículo en la entrada de coches ni tampoco espacio suficiente en el piso de abajo para tanta gente. ¡Han aparecido incluso más policías!

¿Corremos *peligro*? ¿Está *en peligro* la familia de Gus Voorhees?

Nuestra madre se marcha. La vemos caminar vacilante por la entrada para coches y nos preguntamos qué estarán pensando los policías.

Meses antes habíamos escuchado por casualidad a nuestro padre decirle a

nuestra madre, cuando todavía trabajaba en el Centro para Mujeres de Port Huron: *La policía no nos ve con buenos ojos. Es de lo más evidente.*

Durante las horas diurnas había dos agentes encargados de proteger el centro. Había voluntarios (hombres y mujeres) que colaboraban en cuestiones de seguridad y acompañaban a las mujeres al interior del edificio, superando la barrera de los manifestantes. Incluso así, varias veces habían pintarrajeado grafitis en la fachada del centro médico de Port Huron y muchas mañanas aparecían señales de vandalismo: basureros volcados, desperdicios diseminados por toda la propiedad.

—¿Mamá? ¡Mamá, espera! —es Naomi la que ha corrido detrás de Jenna, diciendo frenéticamente adiós con la mano mientras el vehículo sale marcha atrás de la entrada para coches; pero el que conduce sabe que no tiene que detenerse. Todo cuanto Naomi ve de su madre es que ha escondido la cara entre las manos.

Es una cobarde. ¡La odiamos!

Más adelante nos enteraríamos de que aquel día y en los días siguientes hubo amenazas de muerte contra la familia de Gus Voorhees.

Se trataba de llamadas recibidas en varios de los centros para mujeres a los que nuestro padre había estado vinculado, así como por médicos que practicaban la interrupción del embarazo en Michigan y en Ohio pero que no habían tenido contacto alguno con nuestro padre.

Mensaje para la mujer de Voorhees, el asesino de bebés, ¿te gustaría que asesinaran a tus hijos? ¿Ojo por ojo?

Ha pasado muchísimo tiempo y, sin embargo, ¡solo son las once de la mañana! Naomi mira la esfera del reloj, las manecillas parecen haberse helado.

Está muy cansada. Ha estado llorando, porque su padre ha muerto.

Pero nadie ha pronunciado aún la palabra *muerto*.

Aunque seas una niña como Naomi, acostumbrada a criticarse con dureza, también te sorprenderás cuando —por fin— el mundo te castigue como pensabas que lo merecías.

Porque soy fea y estúpida y torpe no es justo que se castigue a mi padre. Por favor, que no suceda algo así...

La conmoción de una *emergencia familiar* es que la hija descubre que no

tiene nada que ver con ella.

El teléfono suena y suena. En otra habitación alguien contesta.

Ellen Farlane les dice a Naomi y a Melissa que tienen que ser valientes, lo que ha pasado es *algo terrible*.

Pero ellas están a salvo. Y lo seguirán estando.

A ellas no les va a suceder nada.

Han llegado amigos de Jenna. Se abrazan mucho y brotan las lágrimas. Naomi corre a esconderse en el baño del piso de arriba.

El plan es que nos quedemos con esos amigos hasta que nuestra madre regrese de Ohio o hasta que se nos llame para irnos a Ohio. Darren está empezando a decir *no*, Darren está empezando a resistirse, pero Naomi y Melissa carecen de la fuerza suficiente para decir *no*.

Suena el teléfono. Decidimos que no es nuestro padre quien llama. Desaparecemos para escondernos.

Hay un sitio en el sótano donde de verdad nos podríamos esconder, si no fuera porque el sótano nos da miedo. El mal olor del sótano. Las hediondas cosas malas que mamá encontró en el sótano, tan repugnantes que no se las podía nombrar.

El plan es que alguien va a venir pronto, en el espacio de una hora, para llevarnos a los tres a Ann Arbor y quedarnos allí con los McMahan, y eso nos preocupa, porque nunca hemos estado con los McMahan sin nuestros padres. Naomi empieza a ser presa de la ansiedad, porque ¿de qué va a hablar ella con esas personas? En realidad no le gusta demasiado el señor McMahan, un abogado que siempre está discutiendo con su padre, contradiciendo a Gus y dudando de sus «datos», aunque, por supuesto, el señor McMahan y Gus son amigos íntimos desde hace mucho tiempo y se respetan mutuamente. (Los dos han contado muchas veces la historia de cómo en su primer año en la Universidad de Michigan se «comprometieron» con Sigma Nu, pero luego, no mucho después, cuando entendieron la naturaleza de la vida en la hermandad, así como el desembolso mensual en cuotas y en diversos pagos, procedieron a «descomprometerse». El punto de la historia era, suponían los niños, ¿Quién creería una cosa así? ¿Gus Voorhees, Lenny McMahan, en Sigma Nu, una fraternidad para ricos?) De todos modos, Naomi se ha fijado en cómo el señor McMahan raras veces asiente con la cabeza cuando habla Gus, a diferencia de otros, como si supiera más que nadie sobre Voorhees y no fuese tan fácil convencerlo.

Está muerto. Lo han matado ellos.

¿Quién...? ¿Quién lo ha matado?

Los que dijeron que lo harían. Han disparado contra él esta mañana.

Darren habla sin entonación, pero con amargura. Por supuesto es cierto. Lo hemos sabido desde el primer momento.

Excepto Melissa, que no se ha enterado aún. Pasará mucho tiempo hasta que Melissa deje de preguntar: *¿Dónde está papá? ¿Cuándo vuelve papá a casa?*

¿Por qué no podemos ir a vivir con papá?

Se celebrará un funeral por Gus Voorhees, pero no en Ohio. Será en Ann Arbor, donde estaremos todos.

No hoy, ni mañana.

Pero ¿cuándo es hoy y cuándo es mañana?

Darren habla sin entonación, pero con amargura. Ha dicho que *nunca perdonará* a nuestra madre.

¿Por qué?, pregunta Naomi; y Darren dice que porque nuestra madre no quiso mudarse a Ohio para estar con nuestro padre, y que si hubiéramos estado viviendo allí, todo esto no habría pasado.

Pero ¿cómo lo sabes? ¿Cómo puedes decir eso?, pregunta Naomi, asombrada; y Darren contesta *Vete al infierno. No tienes ni puñetera idea.*

Poco después Naomi oye fuera, en el viejo granero, un sonido furioso, semejante a un rebuzno: su hermano está tocando la trompeta como si llamara a los muertos.

Para cuando Leonard McMahan llega a la casa de Salt Hill Road, el cielo se ha oscurecido. Nuestra madre no ha llamado aún y Ellen Farlane ha calentado para nosotros un caldo de pollo con fideos y nos ha ayudado a hacer el equipaje: pijama, cepillo de dientes, calcetines y ropa interior, prendas de vestir y material escolar.

—Espero que no tengamos que volver nunca a este puto sitio.

—No nos queda otro remedio. Tenemos *colegio*.

Naomi se ha planteado decir *el puto colegio* para impresionar al malhablado de su hermano pero en el último momento no se ha atrevido.

Pronto, sin embargo, se atreverá. *A la mierda este puto sitio sí que se atreverá.*

Que te jodan te odio cara de culo quién coño te has creído que eres anda y vete al infierno si no te importa.

Sentados en el coche patrulla de la policía estatal de Michigan, dos agentes siguen en la propiedad, en lo más alto de la entrada para coches. Cuando Naomi escucha con atención, oye la cacofonía de su radio.

¿De qué hablan los agentes de policía? ¿Se están riendo? Piensan Bueno, ha recibido lo que se merecía. Matar bebés como hacía él, ¿es que no pensaba en lo que acabaría pasándole algún día?

Camino de Ann Arbor bajo una lluvia helada que nos bombardea. En el asiento delantero Leonard y Chrissie McMahan, envarados, no saben qué decir a los hijos de sus amigos que han perdido a su padre, que nunca volverán a ver a su padre. Sus palabras de conmiseración y de consuelo se han ido apagando en un silencio incómodo. Cuántas veces han dicho *Vais a estar perfectamente. No os va a pasar nada. Vuestro padre estaba muy orgulloso de vosotros y os quería muchísimo. Vuestra madre es una mujer muy valiente.*

Son todo tonterías, piensa Naomi. ¡Nadie quiere ser *valiente!* Lo que quieres es estar vivo.

Es el comienzo de toda una serie de desplazamientos. De llevarlos de una residencia (temporal) a otra. Unas veces su madre está con ellos, otras no. Unas veces están los tres juntos, otras no. (Con el tiempo aumenta el número de veces que no están juntos.) Se los compadece y consuela. Siempre tienen que escuchar las frases consagradas por el uso. *Vuestro padre era un gran hombre, muy valiente. A vuestro padre lo querían todos los que lo conocieron. Vuestro padre estaría muy orgulloso de vosotros si pudiera verlos.*

Orgulloso es como *valiente*, piensa Naomi. *Vivo* es lo que cuenta.

Al cabo de algún tiempo habrá menos lágrimas. Lo que les mancha la cara son algo así como cenizas húmedas, en lugar de las lágrimas.

Es el brusco final de la infancia. Incluso para Darren, que ya tiene quince años y que podría haber pensado (de forma verosímil) que ya no era un niño, también es el final, abrupto e irrevocable.

En este viaje a Ann Arbor por carreteras que azota una lluvia helada, Darren, que apoya la cabeza en la ventanilla del coche y se adormece con la

vibración del cristal contra su cráneo, no ha escuchado nada de lo que los McMahan han estado diciendo, pero si lo hubiera hecho no le habría confortado en absoluto, porque no es consuelo lo que quiere, sino venganza. Melissa no es más que una cría, tiene una comprensión muy vaga de lo que quiere decir *muerto*, *muerte*, esas palabras son como un enorme espacio que duele tratar de ver, el *arriba* y el *abajo*, y resulta que es un espacio cegadoramente blanco, como un enorme almacén, y le duele el cerebro al verlo; así que Melissa se ha dormido, exhausta. A su lado, Naomi ha estado repensando la situación, quizá no la estén castigando a ella, quizá no sea lo bastante importante para que la castiguen, o para provocar que se castigue a su padre; de hecho puede que haya habido un error, su padre está en otro hospital de Ohio, distinto del que le han dicho a su madre, un *manifestante antiaborto* le ha pegado un tiro, pero ha sido solo un disparo de advertencia, y cuando lleguen a Ann Arbor los estará esperando un mensaje de su madre. *¡Buenas noticias inesperadas! Siento haberos alarmado tanto, pero papá os saluda.*

Naomi no ha llegado más allá imaginando el futuro. Todavía no, de momento.

«Restos mortales»

—¿Señora Voorhees?

¿Era una pregunta? ¿Implicaba que podía elegir? Ella era, y no era al mismo tiempo, *la señora Voorhees*.

—Pase por aquí. Haga el favor.

No se trataba de una pregunta, por lo tanto. Sino de una orden.

Los ojos se le estaban humedeciendo mucho. Lo llamaban *sequedad ocular*.

Paradójicamente, la *sequedad ocular* produce ojos llorosos. Porque al ojo afectado le falta la humedad necesaria, lo que precipita las lágrimas y emborrona la visión.

Resulta sencillo confundir esas lágrimas con las lágrimas derivadas de la emoción.

—Y por aquí. Le sujeto la puerta...

La llevaban a algún sitio. Había un ascensor que se movía despacio. Y que descendía hacia el interior de la tierra.

No había dicho más que unas pocas palabras durante cinco horas, más o menos. En aquel lapso de tiempo la garganta parecía habersele cerrado.

No existía ninguna necesidad urgente de hablar porque lo que fuera que había sucedido había sucedido ya.

¿Está usted sentada? Por favor.

—Pase por aquí, señora Voorhees.

Fueran quienes fuesen aquellos desconocidos —médico forense de Broome County, Ohio, agente de policía, fiscal del condado—, le hablaban con mucha amabilidad. Se los habían presentado arriba, incluso les había estrechado la mano (¿seguro?), pero el recuerdo había desaparecido ya, succionado por una especie de vacío.

Aquel día había empezado hacía mucho tiempo y como si todo pasara en otro planeta.

El teléfono que suena en una casa vacía. Su primera reacción había sido la correcta: *no contestes*.

Pero todo había quedado atrás. Ya era demasiado tarde.

Cuando estés desconcertada, sonrío.

Una débil sonrisa cortés e interrogativa: *¿Sí? ¿Perdone?*

Como a la mayoría de las chicas, le habían enseñado a sonreír desde muy pequeña. Sonríe a tus mayores, a quienes tienen autoridad sobre ti. Sonríe cuando te asustes. Sonríe si no llegas a oír bien lo que te están diciendo. Sonríe para manifestarte *dulce, dócil, cooperativa, incomparablemente bien educada*, «buena». Sonríe a los hombres.

Como cuando se recorre la barra de equilibrio en las competiciones gimnásticas. Te mueves con exquisita precaución y concentración para no «perder» el equilibrio y estrellarte ignominiosamente contra el suelo de madera del gimnasio.

Lo que se esperaba de ella. Que se comportara con dignidad en su calidad de esposa del asesinado.

Que no se dejara dominar por las lágrimas, por la histeria. Que no se derrumbara en un paroxismo de autocompasión.

Lo que la viuda ha de evitar: *compadecerse de sí misma*.

Salieron del lento ascensor y avanzaron por el pasillo de la planta baja del hospital de Broome County. El fuerte olor a desinfectante hizo que se le contrajeran las ventanillas de la nariz.

De nuevo alguien le abría una puerta. Una puerta muy pesada.

—Pase por aquí, por favor, señora Voorhees.

Señora Voorhees. Pronunciado con tanto cuidado, cualquiera pensaría que se estaba nombrando una enfermedad o un problema médico muy poco frecuente.

Sintió de inmediato algo parecido al pánico. Su instinto le advirtió, con vehemencia, que no cruzara aquella puerta.

Sin embargo, entre rugidos por todas partes, se adentró —llena de valor— en una gran sala refrigerada en la que zumbaban los ventiladores.

Alzó los ojos sin querer. El techo era muy alto, cubierto de paneles de color pizarra. Desde aquellos paneles bajaba un aire helado por aberturas que eran como dientes que se enseñaran en una mueca.

—Señora Voorhees...

El forense le estaba explicando algo. Parecía menos amable que los demás,

pero quizás fuesen imaginaciones tuyas. Era un hombre bajo y achaparrado con pinta de gnomo, de cabeza calva y cejas canas muy pobladas, que vivía allí, en el inframundo debajo del hospital. Un médico, por supuesto, patólogo forense.

¿Qué había dicho Gus sobre los patólogos forenses? Que no necesitaban seguro para casos de negligencia; sus pacientes no se quejaban nunca.

Su cerebro estaba exhausto por el estrés, y por un instante de confusión le preocupó la idea de que quizá conociera al médico gnomo: ¿había sido colega de Gus en algún momento?

En cualquier sitio donde vivía, o donde pasaba algún tiempo, Gus llegaba a tratarse con mucha gente y, entre ella, cierto número eran invariablemente personas de mérito.

Colegas médicos, funcionarios de salud pública. Políticos locales: alcaldes, congresistas, senadores. Abogados. Gus no tardaba en tutearse con ellos.

—Es una formalidad, pero se trata de una ley estatal. Solo tiene que mirar muy brevemente, señora Voorhees.

El rugido de los ventiladores hacía difícil oír. O quizás fuese el rugido en sus oídos.

Gus se lo había dicho muchas veces: *No son más que los latidos de tu corazón. Respira hondo, relájate. Se te pasará.*

La estaban llevando —de manera inexorable, inevitable— a una mesa con ruedas de aluminio, debajo de una luz con un brillo despiadado. Sobre la mesa estaba lo que parecía ser un cuerpo, cubierto, de pies a cabeza, por un sudario blanco.

Dadas las dimensiones del cuerpo y el tamaño de los pies (verticales, descalzos) debajo del sudario, cualquiera concluiría que se trataba del cuerpo de un varón.

Con muchas precauciones, se retiró el sudario del rostro y de la parte superior del cuerpo.

—Oh.

Jenna dio un paso atrás. Un soplo de aire frío la empujó.

Pero aquel individuo terriblemente mutilado no era Gus, ¿o sí era él? Jenna Matheson casi respiró aliviada.

Porque no se trataba de Gus después de todo. Incluso los cabellos que parecían hechos jirones y apelmazados, con algo oscuro como si fuese pintura, no eran los de su marido, entremezclados con mechones grises.

Debía de tratarse de algún malentendido...

Allí ella era una visitante, una invitada, no quería hacer una montaña de aquel error. Porque si bien (era inevitable pensarlo) los restos mortales de su marido podían efectivamente hallarse en aquella sala, estaban en otro sitio. Aquellos caballeros bienintencionados la habían llevado a la mesa que no era y habían retirado el sudario del cuerpo equivocado.

Se sentía mareada. ¡Qué alivio!

Equivocaciones ridículas se producían a todas horas. Nadie había predicho la caída del Muro de Berlín, por ejemplo. Toda la inteligencia de la CIA y de otros organismos, personas con una extraordinaria preparación, cuya carrera se había centrado por completo en el estudio de las dos Alemanias, y sin embargo... se diría que nadie había previsto lo que a posteriori podría describirse como inevitable.

No: aquel no era el cuerpo de Gus Voorhees. Desde luego el rostro (destrozado, deshecho) no era el suyo.

No un Gus Voorhees reconocible.

Los restos mortales de Gus Voorhees.

—¿Señora Voorhees?

Habló en voz muy baja, casi inaudible:

—Sí.

—Perdóneme. ¿Ha dicho usted «sí»?

—Sí.

—¿Sí, este es... el doctor Voorhees? ¿Es eso lo que está usted diciendo?

Lo volvió a decir con mayor claridad esta vez:

—Sí. Es el doctor Voorhees.

—Es su marido, el doctor Voorhees.

No una pregunta sino una afirmación. No se esperaba de ella ninguna otra respuesta.

Con gran cuidado volvieron a cubrir el rostro deshecho con el sudario. El cuerpo sobre la mesa estaba muy quieto, no respiraba. Jenna contempló con asombro el contorno del sudario blanco, que siguió sin moverse en absoluto, incluso en la zona del torso donde podría (presumiblemente) notarse la respiración.

Durante lo que le pareció muchísimo tiempo permaneció allí, mirando el cuerpo sobre la mesa, cubierto por el sudario. Había algo que no le quedaba claro: ¿qué hacer? ¿Qué hacer *ahora*?

Era un dilema existencial. Gus lo habría entendido.

Puesto que no hay razón para hacer nada, cuesta saber por cuál de las posibilidades (sin sentido) te decantarás a continuación.

O no te decantarás.

Tenía las piernas muy cansadas, como de plomo. Sentía las manos extrañamente pesadas, alzarlas habría requerido un gran esfuerzo.

Sin ninguna lógica, sintió como si la cabeza le flotara. Las venas y las arterias se estaban reduciendo a meros trazos de lápiz, el cerebro se le estaba quedando sin oxígeno.

—Señora Voorhees, podemos marcharnos ya. Por aquí...

Galantemente le ofrecieron un brazo para sujetarla incluso por la cintura, si era necesario.

—Sí. Muchas gracias.

La tratarían como si fuese una convaleciente. O, más bien, una inválida.

Una mujer que ha perdido a su marido *carece de validez*, es, en consecuencia, una inválida.

Repitieron el breve viaje a la inversa. Tras dejar el depósito de cadáveres entraron en el ascensor. Silencio de sus acompañantes en señal de deferencia por su condición de *invalidez*.

(¿Intercambiaron miradas? No las vio pero quizás las sintió.)

En el primer piso el ascensor se detuvo y se abrió la puerta. Los amigos que la habían traído de Michigan la estaban esperando: durante un fugaz instante se preguntaría por qué estaban allí, en aquel sitio tan extraño.

En su rostro, tenso y exangüe pero resuelto, advirtieron que Jenna había alcanzado alguna decisión en el inframundo. Un cruzar al otro lado, sin posibilidad de marcha atrás.

Casi con tono animado les informó de que sí, de que era Gus. Por supuesto.

—Y cuánto le sorprendería a Gus veros aquí, en Ohio.

Se tambaleaba sobre un oleaje que no le había parecido tan estremecedor hasta aquel momento. Mantenía el equilibrio gracias a un gran esfuerzo de brazos, piernas, cabeza muy alta. Sabía que debía hablar con sus amigos. Tenía que consolarlos, habían sufrido una tremenda conmoción. Era su deber de viuda, en aquella difícil coyuntura.

—Sabéis lo que Gus diría, lo que diría exactamente, al ver que estáis todos aquí: busquemos un buen sitio para cenar antes de emprender el viaje de vuelta a casa.

El rostro no era un rostro sino una herida abierta. La boca había desaparecido, no había nada que besar. Los ojos, también desaparecidos. Creo que había planeado tumbarme a su lado y abrazarlo si tenía frío o estaba asustado en aquel sitio tan extraño, pero eso no era posible. Eso tan terrible que le habían hecho casi lo había partido en dos. Si no hubiera sabido ya que era Gus, no habría podido identificarlo. Pero era posible reconocer en aquel rostro destrozado algo del de Gus. ¡Había sido tan apuesto! En El libro tibetano de los muertos se dice que el alma del difunto permanece en el cuerpo o cerca de él, en un estado intermedio, durante veinte días. De manera que quizás Gus estuviera allí todavía. Aunque se habría reído de mí: no creía que el alma sobreviviera al cuerpo. Era materialista, un hombre de ciencia. Aunque también idealista. Creía que éramos seres espirituales, pero que nuestros espíritus no sobrevivían a nuestros cuerpos.

Luego, una preocupación repentina, la de que una vez desaparecido Gus me quitarían a nuestros hijos. Según una ley estatal de la que no habíamos sabido nada con anterioridad. Y creo que —entonces— empecé a desmoronarme, y quizás empecé a llorar, tratando de explicar a quienquiera que fuese que estaba conmigo, tratando de explicar que nuestros hijos eran de los dos a partes iguales, de su padre y míos, y que no deberían quitármelos, que sería una buena madre para ellos: «Por favor, creedme...».

¡Regocijaos!

ASESINO DE BEBÉS ABATIDO EN OHIO
VICTORIA PARA JESÚS
¡REGOCIJAOS, SE HA ACABADO CON VOORHEES, EL ASESINO DE
BEBÉS!

Le dominaron el horror y la aversión al descubrir semejantes proclamas. Revelaciones como aquellas en hojas informativas morbosamente impresas, en boletines y periódicos que encontraban su camino hasta un buzón o se descubrían debajo de un gastado felpudo o en el mismísimo limpiaparabrisas del automóvil de su madre.

Le fue imposible dejar de pasar las páginas. No podía dejar de leer lo que, de manera tan increíble, estaba allí para ser leído. Haciéndose todas las veces la promesa de parar, de no sucumbir a la próxima. Pero *no podía*.

Una vez descubrió una caja de cartón, en el maletero de la furgoneta de un abogado amigo de su padre, que contenía aquellas publicaciones. *Estamos reuniendo pruebas*, se le explicó.

Ejército de Dios, ¡Cristianos, despertad!, Coalición Nacional de Activistas por la Vida, L.I.F.E. America, Hijos de Jesús, Derecho Nacional a la Vida, Americanos Unidos por la Vida, Cruzada por la Vida, Evangelio de Luz, Ministerios para la Herencia de la Vida, Activistas Libertarios por la Vida, Coalición del Medio Oeste por la Vida, Liga Nacional Provida.

En publicaciones que, si no se miraban con detenimiento, habrían parecido periódicos ordinarios de ciudades pequeñas:

VOORHEES MÉDICO ABORTISTA ASESINO ABATIDO EN OHIO

¡SE IMPIDE A MÉDICO ABORTISTA ASESINO PRACTICAR NINGÚN

ABORTO MÁS!

MUERE VOORHEES NOTORIO ASESINO DE BEBÉS EN CLÍNICA
ABORTIVA DE OHIO

OPERACIÓN RESCATE SANTA VICTORIA

¡REGOCIJAOS! OTRO ASESINO ABORTISTA HA CESADO DE HACER
EL MAL

SOLDADO DE JESÚS DETENIDO POR LA POLICÍA TRAS TIROTEO EN
OHIO

FONDO PARA LA DEFENSA DE LUTHER DUNPHY. ENVIAR
TALONES, GIROS POSTALES, EFECTIVO A/C EJÉRCITO DE DIOS DE
LOS ESTADOS UNIDOS

Fotografías de su padre acompañaban a aquellas frases sensacionalistas. Las imágenes eran desabridas y adustas y no del Gus Voorhees que Darren recordaba, porque algunas parecían haber sido retocadas, desfiguradas.

Había sin embargo una fotografía, sin duda una instantánea familiar (pero ¿cómo la habían conseguido los enemigos de su padre?), con Gus Voorhees cruzado de brazos delante de una pared de ladrillo pintada de blanco, con una chaqueta de color caqui, sonriendo, aunque tenso, y guiñando los ojos a causa del sol. Extrañamente, en aquella imagen su padre parecía mayor de lo que había llegado a ser en vida, sus cabellos más plateados: Darren estaba seguro.

Voorhees, el Asesino de Bebés, busca ya su recompensa en el infierno.

A Darren, su padre le había hecho prometer, hacía meses, o más bien un año largo, que *nunca leería propaganda antiabortista. Nunca jamás.*

Darren le había preguntado *Por qué* y su padre, apretándole el brazo y con una sonrisa dolorida, le respondió *Porque te lo estoy pidiendo yo. Por favor.*

El enemigo. Activistas antiaborto. Amenazas. Imágenes desagradables. Haz caso omiso.

Darren no había entendido del todo que Gus Voorhees, su padre idolatrado, fuese blanco específico de aquellas publicaciones. En su ingenuidad infantil

había imaginado, o quizás había querido imaginar, que la hostilidad era ideológica, política.

Sus creencias son contrarias a las nuestras, le había explicado Gus. El debate tendría que dilucidarse en las cabinas electorales de los Estados Unidos.

¡Debate! La clase de idealismo de los adultos con el que te resignas, sin darle más vueltas. Ponías los ojos en blanco (posiblemente), ¿era tan de profe de instituto! Pero de profe bueno.

Darren estaba descubriendo ahora un mundo al otro lado del espejo en el que se ensalzaba como «héroes» y «mártires» a los asesinos de médicos que practicaban abortos. Eran «soldados de Dios» o «soldados de Jesús» que habían entregado su vida para «defender a los indefensos». Hombres apellidados Griffin, Greene, Mitchell y ahora Dunphy. En el mundo al otro lado del espejo del movimiento antiabortista, en las publicaciones en papel cuché, sus rostros resultaban tan luminosos como los de los santos.

Haz caso omiso, Darren. Hay mucha basura impresa, como hay mucha basura en el mundo que no puedes cambiar. Pero puedes vivir tu vida sin necesidad de saberlo.

Pero ¿era cierto? El doctor Voorhees se equivocaba al creerlo.

Sus padres nunca le hubieran permitido leer cosas como aquellas en la época anterior al asesinato de Gus. Temían el «lavado de cerebro» en todos sus hijos, de manera que no habían comprado nunca un televisor. Propaganda religiosa, publicaciones antisocialistas y anticomunistas, revistas pornográficas populares como *Hustler*: por todo aquello sentían el mismo aborrecimiento, aunque (como Darren ironizaba) creían en la libertad de expresión y la libertad de prensa y se oponían a la censura. Había sido una época de inocencia, Darren se daría cuenta un día, antes de que internet llevara los abismos y las cumbres de la psique humana a los hogares: desde lo infinitamente valioso a lo inexpresablemente sucio que marchitaba el alma.

Porque lo que quedaba de la familia Voorhees eran las secuelas de la vida. Una vida póstuma. No había nadie para supervisar a un muchacho tan astuto, calculador y retorcido como Darren. Su abrumada madre se había convertido en un personaje aclamado en el mundo como la *viuda de Gus Voorhees*: cuanto más deteriorada se la veía, más se convertía en mártir. El esfuerzo de actuar como viuda de Gus Voorhees reclamaba todas sus energías, así que tenía poco tiempo para preocupaciones tan insignificantes como censurar lo

que leían sus hijos, y, en cualquier caso, no solía estar muy cerca de su hijo adolescente.

A Darren le enfermaba la propaganda antiaborto, pero también le hipnotizaba. Donde los otros chicos de su edad estaban descubriendo la pornografía, Darren había descubierto una pornografía muy especial, solo para él.

Era como masturbarse. No quería, era una debilidad que le repugnaba, pero en el duermevela se descubría haciéndolo, la mano movida por su propia volición impaciente. Y en sus escondites privados para leer materiales prohibidos, sus dedos también se movían por su obstinada volición propia que le llevaba a pasar las páginas.

Como basura meciéndose en el agua, la celebración del asesinato de su padre se prolongó interminablemente. Como excrementos entre la basura. ¿Quién hubiese dicho que despertaría un júbilo semejante? ¿Tantos desconocidos con opiniones tan demolidoras? Personas que detestaban (era evidente) a Gus Voorhees (sin conocerlo) y se regocijaban con su asesinato.

Y todos ellos se proclamaban cristianos, felices con la muerte de médicos abortistas.

Por supuesto, había habido otras muertes, «ejecuciones» era como las llamaban. Voorhees era solo su éxito más reciente.

Y desde la muerte de Voorhees y la desaparición de su nombre de la lista SE BUSCA: ASESINOS DE BEBÉS ENTRE NOSOTROS, los médicos abortistas situados por debajo de él habían ascendido. En el número tres, donde Voorhees había estado, aparecía un tal doctor Friedlander, ligado a una clínica de Tallahassee donde se practicaban abortos.

La lista era una invitación a «ejecutar». Darren se preguntó si Friedlander y los demás lo sabían, y si consultaban las páginas antiabortistas de internet. Probablemente, sí. Porque, ¿cómo resistirse?

Su padre, sin embargo, había insistido en que no las miraba. Tampoco (con toda seguridad) le había permitido nunca mirar a Jenna. (Pero tampoco Jenna hubiese querido verlas.)

Pero ahora Darren estaba solo. Nadie que lo observara.

Le fascinaba de manera particular *Luther Dunphy*, el asesino.

¡El asesino de su padre! Se le secaba la boca.

Luther Dunphy, treinta y nueve años. Muskegee Falls, Ohio. Ministro

seglar, Iglesia de San Pablo Misionero. Techador, carpintero. Esposa, Edna Mae, dos hijos varones y dos hijas. Originario de Sandusky, Ohio. «Rezad por mí.»

En las fotografías Dunphy sonreía débil, tímidamente. Tenía el aspecto cauteloso de un hombre que no sonríe ni con frecuencia ni con facilidad. En una foto tomada al aire libre en un día de verano estaba con su familia, mujer e hijos. La esposa sonriente y delgaducha sostenía un bebé en los brazos. La mayor de las dos hijas, fornida, de rostro poco agraciado y de unos diez años, sonreía a la cámara con aire de suficiencia. En la foto había además un chico de cara larga y de la edad de Darren, más o menos. Darren tuvo un estremecimiento de puro odio hacia aquel muchacho cuyo padre estaba vivo en lugar de muerto.

Luther Dunphy era un hombre alto y grande de hombros caídos que en varias fotografías llevaba una gorra de béisbol muy calada sobre la frente. La cabeza parecía pequeña en proporción con el cuerpo. Los brazos, musculosos. El rostro no hacía pensar en un asesino; se trataba de un rostro nada excepcional, de hecho, salvo por una mancha en la mejilla de un color de baya roja machacada.

Al mirar a Dunphy, Darren sintió un odio que era como un ácido negro que le naciera en el fondo de la boca. Le llenaba de rabia que el asesino de su padre siguiese con vida y que, en determinados círculos, entre cristianos entusiastas, se le reverenciara como si fuese un héroe, «soldado de Jesús» y «mártir».

En la actualidad Luther Dunphy está preso en el centro de detención para hombres de Muskegee Falls mientras la policía investiga los disparos que supuestamente se le atribuyen. Se dice que hasta ahora Dunphy ha «cooperado» con la investigación. Aún no se ha descubierto que contara con ningún cómplice. En este momento no está disponible para conceder entrevistas y ha indicado que rechazará la mayoría de las peticiones que se le hagan. El Tribunal de Broome County ha nombrado un abogado para representarlo pero, según se dice, Luther Dunphy ha rechazado todo asesoramiento jurídico. Por mediación de su ministro, el reverendo Dennis Kuhn, de la Iglesia de San Pablo Misionero, Muskegee Falls, Dunphy ha declarado que no considera que las supuestas acciones del 2 de noviembre de 1999 sean «asesinato» u «homicidio» sino «un acto de Dios», puesto que «defendía a los indefensos»: evitaba que Voorhees, el médico abortista,

practicara abortos «aquel día y todos los que vendrían después».

Luther Dunphy ha precisado por añadidura que no participará en ningún juicio porque a él solo se le aplica el juicio de Dios. Pero también ha afirmado que «no impugnaré» su situación jurídica. Le ha explicado al reverendo Kuhn que no desea donativos para un fondo de defensa y que pide a quienes lo apoyan que «recen por él».

A Darren le costó trabajo terminar de leer aquellas palabras. No era la primera vez ni sería la última. Los ojos se le nublaron e, irritado, se limpió las lágrimas.

«“Ojalá tu alma se pudra en el infierno.” Esa es mi oración, hijo de puta.»

Hijos del difunto

Nuestro padre había dicho *El mal no existe*.
Ya no nos era posible creerlo.

Aturdidos y como en trance en aquellos días mientras atravesábamos una barrera de algo grumoso, semejante a la mucosidad que pega las pestañas y desdibuja la visión.

Durante mucho tiempo tampoco fue creíble que nuestro padre hubiera muerto, porque siempre existía la posibilidad de que sonara el teléfono y fuese papá. O que papá se presentara en casa sin anunciarse: sencillamente que apareciese por la puerta.

—¡Hola, chicos! ¿Qué tal estáis?

Era una posibilidad que se te podía presentar, luminosa y mágica, como un colibrí cuyas alas diminutas vibran tan deprisa que en realidad no se las ve, pese a que sabíamos (nos lo habían dicho) que nuestro padre ya no era más que cenizas: trocitos de huesos, cenizas.

(No habías visto las cenizas. Pero sabías que *Gus Voorhees era ya cenizas*.)

La paradoja: con muchísima frecuencia papá estaba de viaje. Así que parecía lógico: si papá se había ido, era porque estaba *en otro sitio*.

Tal como nuestra madre se quejaba: *papá estaba fuera todo el tiempo*; así que o iba de viaje o había llegado ya al sitio nuevo en Ohio, pero sin duda volvería a casa. En algún momento.

Una parte de nosotros entendía *Está muerto, se ha ido. No va a volver. Ya no es más que cenizas*. Pero esa parte nuestra no siempre prevalecía.

Nos parecía terrible la responsabilidad de nuestra madre, que había quemado a papá, reduciéndolo a cenizas. Y había tomado aquella decisión sin consultarnos. La había tomado porque (como ella decía) Gus siempre había

hablado favorablemente de la cremación, o, más bien, había hablado con desdén de los enterramientos convencionales.

Asistimos al funeral en Ann Arbor. Estábamos aturridos, confusos. No habíamos visto el cadáver de nuestro padre, porque para entonces ya se le había incinerado.

Sus cenizas estaban en una urna de unos sesenta centímetros de alto, hecha de un material oscuro. ¡Nadie podía creer de verdad que Gus Voorhees cupiera en aquella urna! Observarlo era fascinante, porque tú sabías que no podía ser, y eso servía para alimentar la idea (que prosperaba, en los intersticios de la atención prestada a los adultos, cuando tu cabeza patinaba y se escoraba como un vehículo fuera de control en una vertiginosa carretera de montaña) de que nuestro padre estaba en algún otro lugar, de que nuestro padre estaba vivo (por supuesto) en alguna otra parte y regresaría con nosotros cuando quisiera.

La isla de Katechay; allí se deberían esparcir las cenizas de papá.

Cuando se lo dijimos a nuestra madre, apenas dio la sensación de oírnos. Había hecho planes para enterrarlas en un cementerio de Ann Arbor: se lo habían sugerido amigos para quienes un lugar específico, una ubicación, una *tumba* para Gus Voorhees parecía una necesidad crucial.

Darren protestó:

—Las cenizas de papá se deberían esparcir en la isla de Katechay porque eso es lo que él quería. Le gustaba mucho la isla y fue feliz allí. Y podríamos ir a visitarlo en cualquier momento.

Nuestra madre miró fijamente a Darren. Se le movió la boca como si quisiera sonreír pero no lo consiguió. Con la voz meticulosa que conocíamos como su «voz de dolor de cabeza» (lo que significaba un esfuerzo titánico por evitar que un discreto dolor pulsátil se transformara en una migraña) le dijo que la isla de Katechay no era un sitio práctico ahora mismo.

—La isla queda demasiado lejos. Sería un viaje muy deprimente. No me siento con fuerzas para intentarlo. Y nadie irá allí nunca «de visita».

—¡Yo sí! Yo iría a visitar a papá —dijo Darren, testarudo.

Al ver que nuestra madre no respondía, insistió:

—Lo importante es que papá quería que sus cenizas se esparcieran allí. En un sitio bonito. Creo que es eso lo que querría.

—No lo hubiera querido. No era una de esas personas. Aborrecía los gestos teatrales.

Nuestra madre hablaba con un sollozo en la voz, no de dolor (pensó Darren) sino de indignación. Prudentemente, mi hermano no insistió.

Pero a la mañana siguiente Darren sacó de nuevo a relucir el tema y nuestra madre le interrumpió para decir que la cuestión estaba «zanjada»: las cenizas de nuestro padre se enterrarían, con la urna, en el cementerio que quedaba a poco más de tres kilómetros de la casa de los McMahan, que era donde nos alojábamos.

—¡Por Dios, mamá! Creo...

—Por favor. No hay nada más que discutir.

Nuestra madre se puso en movimiento para marcharse evitando a Darren, pero él le impidió el paso. Durante un segundo de tensión pareció como si se dispusiera a empujarla, o a gritarle a la cara; nuestra madre se asustó, pero sin apartarse; fue Darren quien se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación muy enfadado: *Maldita seas, te odio.*

Cautelosa, Naomi dio un paso atrás para salir del campo de visión de Jenna. Había descubierto que, desde la muerte de su padre, su madre no parecía *ver* tan bien como antes; era muy común en ella dar un paso en falso al bajar las escaleras y no caerse de milagro; aunque iba con los ojos abiertos, su atención estaba en otro sitio. A Naomi le perturbó que su hermano le hubiera dicho cosas tan terribles a su madre, y sin embargo, una parte infantil de sí misma se sintió satisfecha.

Si hubieras querido más a papá, no nos habría dejado. Nada de todo esto habría sucedido. Tienes tú la culpa, yo también te odio.

—¿Naomi? ¿Qué te pasa?

—¿Qué me pasa de *qué*?

—Parece que estás siempre... bueno, aclarándote la garganta... y llevas días con ronquera...

—*Lo siento. No lo puedo evitar.*

—¿Te duele la garganta, o... es que te has resfriado?...

Furiosa, Naomi salió de la habitación dando un portazo. No lo soportaba, no soportaba una vigilancia tan estrecha, que la molestaba aún más que su contrario: el desinterés de su madre.

Poco después de la desaparición de nuestro padre (que ella no reconoció exactamente como *muerte*) Naomi empezó a sentir que se le estrechaba la

garganta en momentos impredecibles. Era una tontería, como toser y escupir, muy molesto, vergonzoso. Le costaba trabajo tragar y no siempre podía hablar con claridad. Sentía en la boca una curiosa sensación como de anestesia. La lengua se le hinchaba y estaba muy blanda.

Si trataba de hablar, la voz le salía ronca e inaudible; muy pronto dejaba de intentarlo. Veía todo lo que la rodeaba a gran distancia, como si mirase por el extremo equivocado de un catalejo. A menudo veía que otros le hablaban pero no los oía. La asustaba empezar las clases en aquel sitio nuevo donde nadie la conocía pero en el que todo el mundo sabía de quién era hija.

La hija del abortista. A su padre lo mataron.

Dentro de la boca tenía algo que no estaba bien. Torciendo la cara delante de un espejo podía ver —casi— unas feas puntadas negras en la lengua, que hacían doloroso el hablar. ¡Cómo había pasado algo así!

La mutilación de su boca se confundía (de algún modo) con lo que le había sucedido a su padre en Ohio. *Disparo a quemarropa. Destrozo de parte superior del pecho, garganta y parte inferior de la cara.* (¿Cómo sabía todo aquello Naomi? De algún modo lo sabía. Darren y ella sabían mucho más de lo que los ingenuos adultos que los rodeaban podrían haberse imaginado.)

Con frecuencia Naomi se acercaba a Darren solo para estar cerca de él. Le aseguraba que no tenía que hablar con ella, que no tenía que darse por enterado de su presencia, que no iba a fisgar en lo que fuera que estuviese haciendo (en su ordenador): era solo que no quería estar sola. «Juega con Melissa —decía Darren con tono negligente—, te necesita». Pero Naomi no quería que nadie la *necesitara*, carecía de la fortaleza necesaria.

Y qué insultante le resultaba que su hermano despreciara su sufrimiento, como si *jugar* pudiera ser un remedio.

A Darren, Naomi le parecía completamente mal en todos los sentidos. Era demasiado mayor para comportarse como una niña y sin embargo demasiado joven para tomarla en serio como *adolescente*. No tenía nada del encanto sexi y un poco exótico de ciertas colegialas de su edad en Ann Arbor, que era tan probable que fuesen asiáticas, caribeñas, hispanas o de Europa del Este como blancas de toda la vida; eran hijas, nacidas en los Estados Unidos, de profesores universitarios e investigadores científicos que sabían cómo llevar vaqueros ajustados, *tops* diminutos también muy ajustados y resplandecientes zapatillas de deporte, incluso disimular una piel enrojecida como la pobre Naomi nunca sabría hacerlo. Era repugnancia de adolescente lo que Darren

prefería sentir por su hermana antes que consternación: la piel de Naomi estaba *al mismo tiempo llena de manchas y tan blanca como la tiza*.

Más importante todavía, tenía ojeras permanentes y había adquirido la costumbre de tragar saliva todo el rato como si la boca se le quedara muy seca, y a menudo, cuando trataba de hablar, su voz era ronca, apenas audible.

—Vete. No me sigas a todas partes. Solo tener que verte basta para deprimir a cualquiera.

—Pero...

—Yo no soy *tú*. ¡Métetelo en la cabeza!

Su dolor lo llevaba tan bien abrazado como llevaría cualquiera un artefacto explosivo que está delicadamente preparado para estallar.

Su dolor personal le resultaba valiosísimo. El de su hermana era vergonzoso, insoportable.

En los campos nevados de Ann Arbor, detrás de la casa de los McMahan, merodeaba de noche. Se escapaba en secreto desde la casa a oscuras para correr y correr y seguir corriendo como un carnero frenético —de curvos cuernos letales— hasta que el corazón le latía muy deprisa con una especie de júbilo rabioso.

En aquellas ocasiones secretas Darren planeaba vengarse.

El cerebro se le encendía. Se imaginaba que sus ojos, vislumbrados a poca distancia, eran llamas.

Ojo por ojo, diente por diente.

Le habría gustado (pensaba) ir a Ohio para buscar a los Dunphy.

El hijo mayor era aproximadamente de su misma edad. Le habría gustado asesinarlo.

No sería difícil prender fuego a una casa por la noche. Rociarías con queroseno todo el perímetro, rodeando la casa de manera que nadie pudiera escapar.

Luego encenderías una cerilla. Y la arrojarías al suelo.

Y correrías, correrías hasta que te reventara el corazón.

Se sentía mejor si corría hasta la extenuación. Le causaba una gran alegría que nadie supiera dónde estaba.

Sus pulmones sorbían el aire. El corazón trataba de escabullírsele del pecho como una frenética rata atrapada. Se daba cuenta de que había decepcionado a los McMahan. El amigo de su padre había abierto su hogar a los restos de la familia de Gus Voorhees, pero su generosidad no estaba funcionando como había esperado. En especial Darren se mantenía distante pese a ser el ahijado de Leonard McMahan.

¿Qué cojones significa eso... ahijado?

Un capricho de su padre. Gus Voorhees y Lenny McMahan habían sido amigos íntimos, como hermanos, durante muchos años. Pero ¿qué tenía eso que ver con él?

Algunas noches corría grandes distancias hasta que las piernas le dolían. Alzaba la cabeza para ver el cielo nocturno como si nunca lo hubiese visto. Estrellas diseminadas, ¡tantísimos alfilerazos de luz! En una ocasión su padre le había hablado del convencimiento que había tenido de muy joven, al hojear un texto de anatomía y maravillarse de la musculatura del cuerpo humano, de que la vida personal era un medio para llevarnos a una vida impersonal, más grande, la vida de la ciencia, de una verdad objetiva y compartida; y de que había un consuelo tremendo en eso, en lo *impersonal*.

—Lo «impersonal» es nuestra salvación. Es donde todos nos encontramos, lo que rompe la soledad del yo.

Darren quería creerlo. Pero la piel se le irritaba por el sufrimiento y por la furia que le causaba ese sufrimiento; su corazón era una herida abierta. Gran parte del tiempo pensaba —sin saber lo que estaba pensando— que el padre al que tanto quería lo había traicionado.

Aun cuando existía la posibilidad, en algún lugar del cielo nocturno: *No ha sucedido todavía en una de esas estrellas.*

En su novela gráfica favorita, titulada *ZeroTimeZero*, el tiempo se dividía en tiras que serpenteaban a través del universo. Había flotas de enormes cruceros espaciales del tamaño del *Queen Mary* llenos de personas que buscaban sus vidas perdidas. Algo había salido mal, el tiempo se había fragmentado y astillado y había dejado de ser lineal. En semejante universo era del todo plausible que algo que era *tiempo pretérito* en un planeta fuese *futuro* en otro. La misma persona estaba simultáneamente *muerta, viva y todavía por nacer*.

Se podía buscar por lejanas galaxias, en uno de los cruceros espaciales, la eternidad. Lo que te mantenía en pie era la fe en que, fuera lo que fuese lo

que buscabas, existía en algún sitio.

Mensaje de voz

No quiso regresar a la granja alquilada de Salt Hill Road durante algún tiempo. Solo llevaría a sus hijos cuando fuese inevitable: por supuesto, tenían que recuperar sus pertenencias, su ropa. Había documentos, registros jurídicos y financieros. Había cajas de libros (nunca desempaquetadas). Tenían que «cerrar» la casa por la que la viuda de Gus Voorhees todavía estaba obligada a pagar un alquiler mensual, aunque la idea de vivir de nuevo allí le resultaba abyecta y repugnante como si su marido hubiera muerto en la casa y no a cientos de kilómetros de distancia.

El miedo los paralizó al ver la casa, tan deprimente, desde la carretera. Melissa empezó a gimotear y Jenna buscó a tientas la manita enguantada de la pequeña para consolarla. En el asiento de atrás, Darren susurró algo que sonaba como *¡Por Dios! Qué mierda*. Naomi se quedó muy quieta.

—¿No os preguntáis quién podría vivir en un sitio así? *¿Por qué* tendría que vivir nadie en un sitio así?

A raíz de la muerte de nuestro padre era muy típico de nuestra madre hacer observaciones por el estilo, como si estuviera pensando en voz alta. Entendíamos que sus preguntas no lo eran en realidad, pero Naomi aventuró una respuesta.

—La gente tiene que vivir en algún sitio, mamá.

—¡Exacto! Hasta que un día ya no pueden seguir allí.

Nuestra madre no había planeado nada para empezar a mudarnos aquel día. Había olvidado llevar cajas de embalaje o maletas. No había hablado con nosotros de la casa como tampoco habíamos hablado del futuro, excepto de la más pragmática de las maneras: *la semana que viene, mañana. Pasado mañana*. A la casa de Salt Hill Road se refería siempre, de forma lacónica, como *la casa en el campo*. A sus hijos mayores (que vigilaban con disimulo el comportamiento de su madre) les parecía que, al hablar de *la casa en el campo*, Jenna no recordaba a veces ni el nombre del pueblo ni el de la calle.

Como también oíamos hablar a nuestra madre de *mi marido* como si hubiera olvidado o extraviado el nombre de nuestro padre o considerase que nombrarlo le resultaba tan doloroso de pronunciar como de oír.

Con voz suplicante, Naomi dijo:

—No vamos a salir del coche, ¿verdad, mamá? Nadie ha limpiado la nieve.

Nuestra madre se echó a reír. Un sonido como el de ramitas que se quiebran.

—¿Crees que hemos recorrido tanta distancia *para quedarnos en el coche*? Por supuesto que vamos a salir.

Con gran esfuerzo nos abrimos paso por la nieve, que nos llegaba hasta las rodillas; ni siquiera a Melissa se le permitió quedarse en el cálido interior del coche y tuvo que venir con nosotros, metiendo sus botas, más pequeñas, en las huellas que dejaban las nuestras. («No te puedes quedar en el coche con el motor en marcha. Existe el peligro de los gases tóxicos.»)

Era una tarde de invierno neblinosa. No se sabía si estabas despierta del todo o si se trataba de la continuación de un sueño. Todos los colores habían adquirido una tonalidad de tuétano, con la excepción del rojo herrumbroso de unas pocas manzanas silvestres que se habían marchitado en árboles raquíticos, junto a la casa. Darren iba delante para ayudar a abrir el camino de los demás y pateó con fuerza los escalones de la puerta trasera, además de dar patadas a la nieve. Tenía la cara contraída, estaba furioso. Desde el tejado de la granja nos cayeron sobre la cabeza trozos de nieve apelmazada.

—Dame la llave, mamá. ¡Por Dios!

Darren abrió, forzándola, la puerta que daba a la cocina. Cayó más nieve desde arriba. Naomi, que tenía problemas para dormir desde la muerte de su padre, cerró los ojos a medias al ver (no por primera vez, pero de manera más vívida que de ordinario) un pájaro blanco como la nieve, un ave rapaz, en este caso un búho, pico y garras relucientes, abalanzándose sobre su cara.

Naomi había aprendido a encogerse como protección contra aquellos ataques (imaginarios) sin encogerse de verdad —literalmente— para que los demás no lo vieran. Era una habilidad que había adquirido hacía poco y de la que se sentía patéticamente orgullosa.

—Solo tienes que entrar, Darren. Estamos justo detrás de ti.

Nuestra madre le dio un empujoncito para que avanzara. Naomi y Melissa la siguieron.

El interior de la vieja granja parecía bastante más frío que el aire exterior.

Y las habitaciones, más pequeñas que antes. (Naomi empezó a pensar en las habitaciones de una casa de muñecas, si bien en aquel caso no había muñecas sino seres humanos.) Todo estaba desordenado, como si hubiera soplado un fuerte viento por toda la casa. Un velo de patetismo lo llenaba todo. (Naomi trató de no pensar *Aquí se ha muerto alguien.*)

Nadie quería subir al piso de arriba. Buena parte de la ropa de nuestro padre seguía allí, puesto que no se la había llevado a Ohio. Pares de zapatos, inútiles y terribles de ver.

En el cajón inferior de una cómoda, un revoltijo de gruesos calcetines de lana para hacer senderismo. Un billetero viejo, de piel adelgazada por el uso, y dentro un carné muy antiguo de la Universidad de Michigan. *Augustus Voorhees, Facultad de Medicina UM.*

Ninguno de los hijos de Gus quiso buscar sus posesiones, ropa, libros de texto abandonados en la marcha precipitada de principios de noviembre.

(Nuestra madre nos había sacado de los colegios de Sainte Croix. No volveríamos nunca, por supuesto. En la cabeza de Jenna parecía existir a veces la idea de que nuestro padre no había muerto en la entrada para coches del centro médico de Ohio, sino en la de Sainte Croix, y a menudo también para nosotros se confundían los dos lugares.)

(En enero del año 2000 se nos matriculó en escuelas públicas de Ann Arbor. Seguiríamos viviendo con los McMahan hasta que nuestra madre decidiera por fin dónde íbamos a vivir de manera permanente.)

(Pero ¿es que quedaba aún algo «permanente»? Nadie del resto de la familia se lo creía.)

Los suelos de madera crujían bajo nuestras botas como hielo que se quiebra, y hacíamos gestos de dolor como si estuviésemos en peligro. Nuestras respiraciones se transformaban débilmente en vaho, ¡prueba de que estábamos vivos!

Nuestra madre reflexionó:

—Es como si fuéramos fantasmas, ¿verdad? Fantasmas que regresan al panteón del que se han escapado.

Desde que nuestro padre había muerto y a ella la habían llevado a Muskegee Falls, Ohio, para identificar los así llamados *restos mortales*, nuestra madre había dejado de ser la persona que recordábamos.

Los dos mayores éramos más conscientes de aquel cambio. Naomi, con disimulo, se metió la mano en la boca para tocarse en la lengua los puntos,

cosidos con hilo negro, tan ásperos, encontrando una especie de consuelo al comprobar que sí, que seguían allí.

—¡Qué asco de moscas!

Melissa se estremeció. La encimera de la cocina y el fregadero estaban salpicados de cadáveres de diminutas moscas negras. Había más en el alféizar de la ventana y en el suelo de baldosas.

En las ventanas había también plantas de interior. Las plantas que nuestra madre había abandonado y de las que nadie se había acordado hasta aquel momento.

Macetas de geranios que habían enfermado y muerto, sembrando de pétalos apergaminados alféizar y suelo. Varias flores rojas resistían aún en una de las plantas, sobre ramas desnudas.

Melissa corrió hasta el fregadero para llenar un vaso de agua y regar los geranios, pero cuando abrió el grifo las tuberías gimieron y solo brotó un hilillo de agua más bien marrón.

¡Pobre Melissa! Sus hermanos mayores se echaron a reír al ver a su preciosa hermanita tan decidida a regar los geranios como había hecho con frecuencia en su vida de antaño en aquella casa.

—Da igual, Melissa. Las plantas están muertas. Regarlas no iba a servirles de mucho.

Nuestra madre, sin embargo, tocó con la yema de un dedo la tierra calcificada de una de las macetas. Estábamos recordando ya lo que habíamos olvidado, cómo en cada una de nuestras casas alquiladas Jenna colocaba siempre una hilera de plantas de interior en tiestos de barro, en su mayoría geranios. Nunca había sido excepcional en el cuidado de las flores, pero le gustaba la animación que proporcionaba el rojo intenso de los geranios durante los meses de invierno.

—¡Mirad! Mi agenda.

A Jenna le había sorprendido encontrar un cuadernito de espiral en un extremo de la encimera.

Mezclados con un descuidado montón de viejos números del *New Yorker*, *Nation*, *New York Review of Books*, así como de periódicos, Naomi descubrió unos cuantos deberes de matemáticas, problemas que había resuelto semanas atrás, antes de la muerte de su padre, pero que ya no le resultaban familiares en absoluto.

Su cerebro titubeó ante aquellos problemas. Había olvidado algo crucial.

-18(12⁴): nunca encontraría la clave...

Un olor a rancio y a podrido invadió la cocina. Al abrir el frigorífico, Darren dejó al descubierto un espectáculo de tan absoluta vulgaridad —*un cartón de leche de dos litros, otro de zumo de naranja de un litro, la mitad de un pan de molde, tallos de apio de color grisáceo, junto con una lechuga y un racimo de uvas*— que nos impactó, desconcertándonos.

—¡Qué horror! Todo se ha estropeado y huele mal.

Nuestra madre volvió a cerrar aquella puerta.

Luego advertimos una luz roja que parpadeaba sobre una mesita. El teléfono.

Parecía lógico escuchar los mensajes de voz. Nuestra madre activó el contestador. Había una sucesión de llamadas que se remontaban a principios de noviembre. En la mayoría de los casos, tan pronto como la persona al otro extremo de la línea saludaba nuestra madre borraba el mensaje: «Este ya lo he oído». O, cuando alguien se identificaba, también borraba de prisa el mensaje: «Este no tengo que oírlo».

Y entonces, de pronto, estábamos escuchando a nuestro padre.

De repente, la voz de nuestro padre se alzó exactamente como recordábamos, aunque habíamos olvidado que la recordábamos.

¿Me oye alguien? ¿No hay nadie en casa?

(Pausa)

¿Jenna? ¿Cariño? ¿Quieres coger el teléfono, por favor?

(Pausa)

¿Hay alguien ahí?

(Pausa)

Vaya, volveré a intentarlo. Si me es posible, esta noche.

Siento que... bueno, ya sabes.

Creo que me ha distraído... lo que está pasando aquí.

(Pausa)

Si parezco agotado ¡es porque lo estoy!

(Pausa)

Tengo una idea nueva, Jenna... para el año que viene. O, más bien, para el verano. Cuando los chicos hayan terminado las clases. He comprobado la fecha: el 18 de junio.

(Pausa)

De acuerdo. Siento no haberte encontrado.

Te quiero.

(Pausa)

Os quiero a todos.

(Pausa)

Adiós...

(Pausa)

¿Hola? ¿He oído a alguien? ¿Hay alguien... ahí?

(Pausa)

Bueno, chicos. Os quiero. Volveré a llamar pronto.

Adiós.

Luego, silencio.

¡El impacto de aquello, la voz de nuestro padre! No acabábamos de entender lo que habíamos oído.

—¿Lo pongo otra vez? —preguntó Darren, ilusionado.

—¡No! No, espera.

Nuestra madre tuvo que sentarse en una de las sillas de la cocina. Estaba muy pálida, le temblaba la boca.

Empezamos a oír otro mensaje de voz, de un desconocido, que Darren borró.

—Apágalo por ahora, hazme el favor, Darren.

Darren desconectó el contestador. La lucecita roja desapareció.

En la cocina helada de la granja alquilada de Salt Hill Road, en la que ni siquiera nos habíamos imaginado que fuésemos a volver a entrar, seguíamos esperando, sin tener ni idea de lo que íbamos a hacer a continuación.

«Idea nueva»

¿Cuántas veces nos preguntaríamos qué había querido decir Gus con una *idea nueva*? ¿Qué tenía que ver aquella *idea nueva* con el fin de curso en junio?

Darren dijo que era evidente: Papá planeaba dejar Ohio y regresar a Michigan para vivir con nosotros.

Naomi dijo, menos segura: Papá (posiblemente) iba a dejar de trabajar en centros y clínicas de mujeres para convertirse en otra clase de médico (¡al que la gente no odiara!).

Melissa dijo: Ah, ¿es que papá tiene una sorpresa para nosotros?

Al oírnos, Jenna diría con amargura: Habría sido mejor que vuestro padre no nos hubiese llamado nunca, en lugar de dejarnos ese mensaje para que se nos ulcerase en el corazón.

Risas

Trataron de decirme que estabas... ¡muerto! No me lo creí, por supuesto, sabemos hasta qué punto la gente exagera.

Repetía aquel sueño con frecuencia. Gus y ella se reían juntos. Salvo que se trataba del sonido áspero de un susurrar del viento y no de risas verdaderas. Salvo que cuando lograba ver con claridad, no era Gus quien tenía delante.

El pueblo del Estado de Ohio contra Luther Amos Dunphy: diciembre de 2000

Jenna lo miraba fijamente y con avidez, dispuesta a sufrir todo lo que fuese necesario. Su estrategia en el juzgado de Broome County era sentarse donde pudiera observar a Luther Dunphy, el acusado, más o menos todo el tiempo pero sin llamar la atención, porque sabía (por supuesto que lo sabía) que otros la observaban a *ella*.

Una viuda existe para los ojos de los espectadores. Para sus propios ojos es muy posible que sea invisible.

Y así supo cómo la estaban sopesando. *¿Es ella? ¿La esposa del médico?*

O, menos amistosamente, *¿La mujer del abortista?*

Las personas que en la sala abarrotada estaban *del lado de Gus Voorhees*, y los que estaban *del lado del enemigo*.

La mayor parte de los días el acusado llevaba una chaqueta de pana de color tierra muy ajustada en los hombros, muy anchos, aunque a veces se ponía otra de color oscuro y de un material de aspecto sintético, quizás alguna fibra acrílica. Los pantalones eran oscuros y carecían de raya discernible. La camisa, blanca, parecía arrugada. (Acompañada de una corbata casi todos los días; cuando no era así, llevaba desabotonada la camisa en la garganta, como para no apretarle demasiado el cuello musculoso.) El corte de pelo le daba un aire militar, aunque lo estaba perdiendo y las entradas eran ya muy visibles. Le colgaban los carrillos, afeitados de cualquier manera. Jenna lo veía de perfil. Un rostro amazacotado, el de un muchacho envejecido y perplejo. Mejillas encendidas y con arrugas, con una mancha o marca de nacimiento de color vino tinto, y ojos hundidos que estaban siempre rígidamente fijos en el juez, en los testigos y en los abogados gesticulantes y combativos, como si no se atreviese a torcer la cabeza, como si no se atreviese a mirar hacia *ella*.

Si Jenna no hubiera sabido que Luther Dunphy había alcanzado los

cuarenta en su cumpleaños más reciente, le habría calculado diez años más. El cuerpo, de músculos cada vez más flácidos, se le estaba derrumbando. Las manos eran las de un obrero, ahora inútiles. Por las mañanas, en la mesa de la defensa, era capaz de sentarse razonablemente erguido, pero a media tarde los hombros empezaban a caérsele y la cabeza a hundírsele en el pecho. No era posible imaginar lo que Dunphy pensaba mientras escuchaba, o fingía escuchar, una sucesión de testigos de cargo que describían lo sucedido en la mañana del 2 de noviembre de 1999 y lo identificaban como el «tirador único»: si su actitud era la de un hombre justo, desafiante, indiferente, resignado. Aunque en más de una ocasión, por la tarde, sus ojos casi cerrados y una advertencia del juez provocaban un codazo por parte de su abogado para despertarlo.

—En mi tribunal, no, señor mío. El testigo puede proseguir.

A Jenna la decepcionó vivamente saber que Dunphy no declararía para defenderse. Al menos, eso era lo que el fiscal de Broome County le había adelantado.

Le había dicho que ningún abogado defensor competente permitiría que se interrogara a aquel acusado (culpable). De hecho eran muy pocos los testigos llamados a declarar en su defensa, mientras que la acusación presentaría más de treinta, de los cuales la mayoría eran testigos presenciales que describirían lo que habían visto con dramática intensidad.

El fiscal había acusado a Luther Dunphy de dos delitos de homicidio en primer grado y estaba decidido (según había informado a Jenna) a no conformarse con menos: ni con un grado menor de homicidio ni con homicidio sin premeditación.

¡Sin premeditación! El enfado de Jenna no tenía límites. Cómo era posible que se aceptase una acusación tan benévola.

—No será homicidio sin premeditación, señora Voorhees. No se preocupe. El jurado votará por unanimidad homicidio en primer grado, estoy seguro. Y si lo hacen, deliberarán de nuevo para decidir si se condena a Dunphy a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional o si lo mandan a la cámara de la muerte.

Cámara de la muerte. Aquellas palabras arcaicas provocaban un escalofrío. Como si la muerte estuviera esperando en una cámara y al condenado se le hiciese entrar en ella. Jenna sintió una descarga de emoción y de miedo: *Debería morir por lo que le hizo a Gus y a aquel otro hombre*

inocente. No merece vivir.

(Se dirigía a él, le preguntaba con insistencia qué era lo que quería. ¿Deseaba que muriese el hombre que lo había matado? Y Gus le había hecho saber, no precisamente con palabras, porque el sueño resultaba tan borroso como un parabrisas bajo una lluvia torrencial, que no quería la muerte de Luther Dunphy, por supuesto; no creía en la pena de muerte, no quería que nadie muriese a manos del Estado. Y ella sintió una oleada de indignación hacia su querido esposo perdido, al comprobar que seguía siendo igual de indulgente incluso ahora, cuando a sus enemigos les traía sin cuidado su perdón y no lamentaban su muerte.)

«Sí. Quiero que muera.»

O era más bien: «Quiero que lo condenen a muerte. Quiero que todo el mundo sepa que se le ha condenado a muerte. Que la muerte de mi marido es una pérdida inconmensurable y el asesino debe pagar con la vida». Que quisiera la muerte real de aquel individuo ya era otra cuestión.

Por supuesto, Jenna no le hubiese hablado así a Gus. Unas palabras tan vengativas en boca de su mujer le habrían escandalizado y consternado.

Los dos habían estado siempre en contra de la pena capital. Era un acto de barbarie, indigno de una sociedad civilizada. Y no conocían a una sola persona, entre su amplio círculo de amigos y de relaciones profesionales, dispuesta a defender la pena de muerte; como tampoco conocían (era algo que les gustaba decir, con una sonrisa) a una sola persona que votara al partido republicano.

De hecho, claro está, sí que las conocían. Pero no admitían tal posibilidad.

¿Quería Jenna que Luther Dunphy *muriese*?

¿O quería que Luther Dunphy *se arrepintiera*?

Era cierto que sentía por el asesino de su esposo una fascinación casi enfermiza. No habría sabido decir si la indignaba o la aliviaba que el autoproclamado «soldado de Dios» pareciera indiferente a la presencia de Jenna en la sala del juicio, a menos de siete metros de ella, igual que parecía indiferente a otros espectadores que anhelaban mirarle a los ojos, sonreírle para mostrarle su apoyo, interpelarlo a toda prisa antes de que se interpusiera

alguno de los alguaciles.

Rezamos por ti, Luther.

¡Dios no te olvidará, Luther! Jesús tampoco.

A aquellas personas se las obligaba a abandonar la sala. Llevaban el rostro iluminado por el convencimiento de su superioridad moral. Eran miembros de una vigilia cristiana de oración que se reunían delante del digno y antiguo juzgado de granito y se arrodillaban en la acera y en los escalones de piedra todos los días del proceso y dejaban el espacio justo para que otros pudieran pasar. Eran manifestantes pacíficos, en su mayor parte, con carteles que no ofrecían imágenes de abortos, tan solo frases: DERECHO A LA VIDA. NINGÚN BEBÉ ELIGE MORIR. LIBERTAD PARA LUTHER DUNPHY.

Cuando veía aquellas pancartas, Jenna se apresuraba a apartar la vista. Sentía que el corazón le podía estallar... ¡le podía estallar la cabeza! Era insoportable que se defendiera así a Luther Dunphy.

Pero lo entendía. Por supuesto.

Lo que Gus había dicho: *Nunca te enzarces con el enemigo.*

En Muskegee Falls, al entrar y salir del Tribunal de Broome County, a Jenna nunca se le permitía estar sola. Cuando iba al aseo de mujeres la acompañaba siempre otra mujer. Siempre había alguien con ella de la oficina del fiscal, o de la policía, y al juicio habían acudido amigos, viejos amigos de Ann Arbor y otros más recientes de Ohio, vinculados a la clínica donde Gus Voorhees trabajaba en el momento de su muerte.

A menudo las mujeres se apoderaban de la mano de Jenna. Deslizaban los dedos entre los suyos, apretándoselos y sujetándolos. Una o dos eran viudas, se lo habían dicho. Una viuda te dirá que lo es, si tú también lo eres. Porque existe una especie de hermandad femenina.

No los mires. Mírame a mí, podemos hablar. No dejes que te aflijan, Jenna. Trata de sonreírme. ¡Sí! De eso se trata.

Le resultaba estrambótico que los manifestantes antiaborto la odiasen. ¿No les parecía que ya había tenido suficiente castigo con la pérdida de su esposo?

Incluso ahora, un año después de la muerte de Gus, Jenna seguía recibiendo de cuando en cuando, porque se los remitían a Ann Arbor, mensajes amenazadores del *enemigo*. Raras veces llegaba a verlos, porque intervenían otras personas que se los escondían o que los destruían. Temía que alguien abordara a sus hijos, que recibieran amenazas horribles. *Serás el*

siguiente después del médico Asesino de Bebés. Tú y los tuyos, no os salvaréis ninguno. (Jenna había alejado a sus hijos, enviándolos a vivir con sus abuelos a Birmingham, Michigan, por un periodo de tiempo indefinido; en Ann Arbor los hijos de «Voorhees» resultaban demasiado visibles.)

Pero a Jenna no solo había que protegerla de quienes se oponían al aborto, o de personas mentalmente inestables que seguían insultando a Gus Voorhees como si aún estuviese vivo; se trataba también de «gente de los medios de comunicación»: periodistas, equipos de televisión. La mayoría (pensaba ella) simpatizaban con el punto de vista de la fiscalía. Las mujeres sobre todo eran defensoras a ultranza del aborto, del derecho a decidir. Sin embargo, Jenna rechazaba todas las invitaciones a conceder entrevistas.

«Ahora no. ¡Todavía no! En algún momento más adelante. Por favor, entiéndanlo.»

Ya justo después del asesinato había empezado a rechazar peticiones incluso de publicaciones con las que Gus y ella habían colaborado en el pasado. Jenna entendía el valor político de dirigirse a un público conmocionado después del asesinato de un prominente abortista (y del asesinato de un acompañante en un centro para mujeres), pero se sentía demasiado exhausta y demasiado dominada por el dolor. Se había escondido incluso (en ocasiones) de sus amigos más antiguos y más leales; incluso de sus padres, y también de sus hijos. Y en los últimos tiempos, cuando ya estaba un poco más fuerte, no había querido dilapidar así su fortaleza; no quería hablar de su marido como si fuese una «cuestión» política.

Acerca del juicio que se había aplazado tantas veces y de manera tan exasperante, se sentía ferozmente a la defensiva. Era algo obsesivo que le ocupaba mucho tiempo y en consecuencia no tenía nada que decir al respecto a un entrevistador; ni siquiera le gustaba hablar de ello con amigos afines a sus ideas, y cuando llamaba a sus hijos, todas las noches, apenas mencionaba el proceso, y solo quería saber (con todo lujo de detalles, lo que impacientaba a los mayores) qué tal estaban.

Para Jenna, el juicio contra Luther Dunphy era una prueba de resistencia, como nadar bajo el agua conteniendo la respiración todo lo que fuese posible, y luego todavía un poco más. No se atrevía a volver a respirar demasiado deprisa porque se ahogaría.

Sus amigos estaban decididos a protegerla. Desde la muerte de Gus habían estado a su alrededor, la habían escudado. El proceso de Luther Dunphy

llevaba cerniéndose amenazador sobre ellos más de un año.

—¡Se nos hará justicia, Jenna! Pronto habrá terminado.

¿Pronto? ¿Terminado? Jenna se preguntaba cuál era el posible significado de tales palabras. La ausencia de Gus de su vida, y de la vida del mundo, nunca terminaría, fuera cual fuese el resultado del proceso.

En los escalones de piedra del juzgado se cuidó de evitar a los manifestantes de la vigilia de oración. Con el rabillo del ojo veía cómo la miraban, la viuda del hombre cuya muerte celebraban. ¿La odiaban por ser parte del *enemigo*? ¿Podían sentir por ella algo más complicado, piedad, ya que no comprensión? Para ellos era la mujer de un «asesino de bebés», tal era su identidad. Jenna quería volverse y enfrentarse a ellos: *Sois unos fanáticos peligrosos, ¡lunáticos religiosos! Vuestro Dios colérico no existe, os han lavado el cerebro y sois absurdos.*

Pero sabía que no era tan sencillo. Sabía lo que Gus habría sentido: aunque los manifestantes se equivocaban, su intención era buena. Sus líderes religiosos los movilizaban por razones políticas para socavar el «estado del bienestar», el «ateísmo sin Dios» de una economía más equitativamente distribuida. Como a los políticos de derechas que fingían ser populistas para atraer votantes, los financiaban compañías y corporaciones con mucho dinero a las que solo les interesaba la elección de gobiernos que favorecieran sus negocios. Más que el matrimonio homosexual, la anticoncepción y los derechos reproductivos de la mujer, el aborto era el tema emocional por excelencia, el grito de guerra: *Los niños prefieren sin duda la vida.*

¡Cuán manipuladas estaban aquellas personas! Qué ingenuas, políticamente. Sus emociones, sin embargo, eran sinceras. Su indignación, igualmente sincera.

Jenna se ponía gafas oscuras en su presencia, incluso en días nublados, y vestía ropa oscura, de lana, no por el luto sino porque el proceso era un acontecimiento sombrío y los colores brillantes habían llegado a ofenderla y a herirle los ojos.

¿Señora Voorhees...?

No. Era educada, era cortés, pero no miraba a su alrededor.

Dentro de la sala del juzgado se sentaba todas las mañanas detrás de la mesa del fiscal y de sus ayudantes. El Palacio de Justicia de Broome County era un edificio de principios del siglo XX, pero el interior se había renovado,

«modernizado». La gran transparencia de los cristales permitía que por las ventanas entrase mucha luz, y aunque el suelo de madera noble estaba ligeramente alabeado, se había procedido a lijarlo y encerarlo; las veintidós filas de asientos eran nuevas pero demasiado duras para las nalgas de una persona esbelta. Jenna sintió un arrebató de entusiasmo, de impaciencia, al ver que Luther Dunphy aparecía en la sala del juicio, con las manos esposadas y escoltado por los ayudantes del sheriff; le retiraron las esposas una vez sentado en la mesa de la defensa con los dos abogados que se le habían asignado de oficio. Siempre era sorprendente ver cómo Dunphy sobresalía por encima de los abogados: medía más de un metro ochenta y pesaba más de cien kilos. Era un hombre fuerte si quería serlo. No costaba ver que, indignado, podía ser muy peligroso.

Jenna esperaba que se volviera hacia ella. Que la buscase. La viuda del hombre al que había asesinado.

No podrían dejar de mirarse. El asesino y la viuda del asesinado. *¿Te avergüenzas, tienes el alma destrozada? ¿Te abrumba lo que has hecho?*

Dunphy había negado tener nada que ver con la muerte de Timothy Barron, el voluntario de cincuenta y ocho años contra el que había disparado después de asesinar a Gus Voorhees. No estaba dispuesto a hablar de aquella segunda muerte (se decía) ni siquiera con su abogado. Pese a que un testigo tras otro habían relatado lo sucedido y descrito los sucesivos disparos de Luther Dunphy contra los dos hombres, y a que las pruebas forenses identificaban sin lugar a duda la única arma de fuego utilizada, Dunphy se negaba a reconocer que hubiera dado muerte a Barron; no podía aceptar el haber asesinado a un residente de Muskegee Falls de toda la vida que no fuese un «médico abortista».

A Jenna le parecía ridículo que el hombre que había confesado, lleno de orgullo, haber disparado contra el «médico abortista» por razones de «legítima defensa» se negara a reconocer la existencia de una segunda víctima.

¡Loco! O muy astuto.

No tenía defensa, era obvio. El acusado no negaba haber matado por lo menos a una de sus víctimas y numerosos testigos, incluidos agentes de orden público, le habían visto hacerlo.

Luther Dunphy se declaraba, sin embargo, «inocente». El juicio se había pospuesto varias veces. La estrategia de la defensa consistía en retrasarlo

tanto como fuera posible: una maniobra típica cuando la culpabilidad era tan evidente. En un primer momento, el abogado de Dunphy iba a argumentar que su cliente era «inocente» por razones de circunstancias atenuantes; luego la estrategia cambió, y el defensor pasó a argumentar que su cliente estaba «mentalmente incapacitado» para intervenir en el proceso. Como era previsible, los psiquiatras de la defensa informaron de que Luther Dunphy sufría «alucinaciones», «trastorno límite de la personalidad», «bipolaridad», mientras que los psiquiatras de la acusación sostenían que Luther Dunphy era una persona que estaba «en su sano juicio», «con capacidad para entender que había quebrantado la ley» y «capaz de participar en su propia defensa». Tras meses de demoras y evasivas, el juez del juzgado de Broome County había dictaminado que Dunphy no sufría alucinaciones hasta el punto de no poder participar en la vista de la causa y que, por lo tanto, el juicio podía comenzar.

¿Creía Jenna que Luther Dunphy estaba loco? Todo lo que había leído acerca de él, todo lo que le habían dicho los fiscales, la inclinaba a pensar que sí, que estaba loco; había afirmado oír voces; creía que estaba cumpliendo la voluntad de Dios al disparar contra dos hombres indefensos. Sin embargo, para muchos aquello no era «locura»; en el contexto de una creencia religiosa, no se trataba en absoluto de «locura».

En los Estados Unidos había muchas más personas religiosas que descreídas; entre las primeras, la gran mayoría eran cristianas. Un cristiano serio tendría que aceptar que, si Dios así lo quería, podía hablar directamente con él; sería ilógico ser creyente y negar que Dios, o Jesucristo, tuviera ese poder. En ese sentido, Luther Dunphy no sufría de locura en sus creencias; había quebrantado la ley con sus acciones, pero no como lo haría un loco.

La argumentación de la defensa era inteligente: Luther Dunphy no había cometido ningún delito al «defender» a los «indefensos», es decir, bebés no nacidos aún y programados para los correspondientes abortos en el centro médico de Broome County; según la ley, a uno le está permitido cometer un homicidio para defenderse a sí mismo o defender a otros. Al presentar aquel acto como idealista, altruista y motivado por la caridad cristiana, y de ninguna manera como «autobombo», el abogado defensor afirmaba que el acusado había obrado *abnegadamente*. También había sugerido que su cliente, aunque en apariencia «en su sano juicio y disfrutando de buena salud» en la actualidad, se encontraba en «una situación de extrema presión

psicológica» en el momento de los disparos.

Lo que llevaría a cualquier jurado a pensar, de manera razonable: ¿había estado loco Luther Dunphy? ¿Lo *estaba* todavía?

Jenna no quería pensar que Gus hubiese diagnosticado a Luther Dunphy como mentalmente incapaz de ser procesado. Su marido había señalado con frecuencia que muchas de las chicas y mujeres más desesperadas que acudían a las clínicas de interrupción del embarazo, sobre todo las más pobres, le parecían mentalmente inestables si es que no estaban de verdad enfermas. Y muchas de ellas eran suicidas en potencia, que amenazaban con matarse si no podían poner fin a sus embarazos.

Jenna había empezado a fijarse, con gran interés, en la familia y en los parientes del acusado, sentados en dos filas, justo detrás de la mesa de la defensa. El equipo del fiscal se los había señalado. La más fascinante para ella era la mujer del asesino, la *otra esposa*. Se llamaba, Jenna lo sabía por los periódicos, Edna Mae; había sido ayudante de enfermera antes de casarse, todavía muy joven. Y al lado de Edna Mae, los hijos del asesino, al menos dos adolescentes que parecían hermanos o (el más joven tenía un rostro pálido y vulgar, desafiantemente asexuado) hermano y hermana, que se parecían a su padre en la forma de la cara y en la expresión de los ojos.

La *otra esposa* daba la sensación de ser una deshinchada muñeca de trapo. Se cubría, de cualquier manera, el pelo, de color castaño tirando a rubio, con un pañuelo que, una y otra vez, se le desataba y se le caía. Llevaba una chaqueta forrada de piel de borrego, pantalones y botas de goma de punta cuadrada. Su cara chupada tenía color de engrudo y las cejas estaban dibujadas en arcos de ligera sorpresa. También la señora Dunphy parecía más mayor de lo que probablemente era, como si le hubiesen sorbido la vida desde dentro. Mientras el tribunal estaba en sesión mantenía la boca abierta con frecuencia, moviendo los labios en lo que Jenna suponía que eran oraciones silenciosas.

¿Oraciones silenciosas *a qué, a quién?*, se preguntaba.

¿De verdad pensaba Edna Mae Dunphy que el psicópata de su marido podía ser *inocente*?

Aquella *otra esposa* no había mirado ni una sola vez en dirección a Jenna, aunque otros a su alrededor (¿familia, parientes?) la miraban a menudo con frialdad, con desdén y desaprobación. El chico de piel cetrina, que podía ser un año o dos mayor que Darren. La chica poco agraciada (Jenna veía ya, casi

con seguridad, que era una muchacha) debía de tener la edad de Naomi. Se preguntaba cómo se sentirían el hijo y la hija de Luther Dunphy, con su padre procesado por asesinato.

¿Lo querían, sin importarles lo sucedido? ¿Aprobaban su acto de violencia, eran efectivamente *sus hijos*?

A Jenna le parecía curioso, y digno de consideración, que la señora Dunphy les permitiera asistir al juicio en el que su padre (casi con toda seguridad) iba a ser declarado culpable de asesinato. ¿O era que la señora Dunphy no había podido evitar la presencia de los adolescentes? Jenna vio cómo en la sala no parecía haber apenas comunicación entre la madre y los muchachos. De cuando en cuando la chica se agitaba inquieta en su asiento; no le gustaba oír a testigos que condenaban a su padre, y a menudo su madre la enojaba o la avergonzaba o le creaba ansiedad, porque Edna Mae Dunphy parecía a veces aturdida o sedada como si no fuera consciente del todo de lo que la rodeaba; mientras que el chico, más maduro que su malhumorada hermana, y por lo tanto más responsable, se encargaba de ayudar a su madre a levantarse y la guiaba, sujetándole con disimulo el codo, para entrar y salir de la sala abarrotada. Jenna los vio en otros lugares del juzgado, y siempre era el hijo quien se ocupaba de la madre mientras la hija, gélidamente imperturbable, hacía caso omiso de los dos. ¡Cómo protege a su madre, ese chico que solo tiene catorce años! Jenna se conmovió, aunque era algo que la contrariaba; no quería sentir la menor compasión por los Dunphy, ya que eso complicaría sus sentimientos hacia el padre. Ella, por su parte, había conseguido apartar a sus hijos adolescentes del proceso porque vivían muy lejos de Muskegee Falls, Ohio, y se había negado a permitir que participaran.

¡Mamá, por favor! Quiero asistir al juicio contigo.

Darren, no. Eso no va a suceder.

Detrás de la familia del acusado se sentaban otros parientes de Dunphy que acudían al juicio con menos regularidad que Edna Mae y sus hijos. Eran hombres solitarios que fruncían el ceño con gesto amenazador durante las declaraciones de los testigos de la acusación y que a veces se marchaban bruscamente. Había un individuo robusto de mediana edad, parecido a Luther Dunphy, un hermano mayor quizá, de rostro afilado como un cuchillo, que miraba con muda furia incrédula a los funcionarios del juzgado (juez, abogados, guardias, alguaciles), como si creyera que podían querer vulnerar su libertad de movimientos; a veces daba la impresión de que el abogado de

oficio de su hermano le indignaba especialmente porque (tal vez le pareciese) no hablaba con la suficiente vehemencia en defensa de Luther. Pero Dunphy y aquel sujeto nunca cruzaban una mirada; a Jenna le pareció del todo posible que Luther no supiera que aquel pariente suyo asistía al juicio. A su lado se sentaba de tanto en tanto una pareja de más edad que parecía devastada por alguna enfermedad, los padres del acusado. Eran una pareja de ancianos, que aparentaban poco más de ochenta años. El hombre era fornido, con audífonos de color carne visibles en los dos oídos. La mujer era frágil y se la veía preocupada. Jenna sintió lástima por ellos, e impaciencia. No era culpa suya que su hijo se hubiera convertido en un asesino (¿o sí?), pero en cualquier caso tenían que suplicar a su Dios que lo salvara.

Luther no es culpable. Mató a esos dos hombres, pero sabemos que no es culpable.

Tenían que estar rezando con cierta desesperación para salvar a su hijo de una condena por homicidio en primer grado, porque eso traería consigo que se le sentenciara a la pena capital.

Cuando el tribunal estaba en sesión, Luther Dunphy no buscaba con la vista a su familia y a sus parientes, aunque tenía que ser consciente de que se encontraban detrás de él. Como un hombre en trance, parecía estar escuchando a los sucesivos testigos —oyendo su nombre repetidas veces— pero sin reaccionar. Jenna no quería pensar *Está con Dios. Es eso lo que se imagina.*

Jenna se preguntaba si en efecto pensaba en sí mismo como un soldado. Alguien que obedece órdenes, que hace lo que otro le manda. Mata, pero no es un asesino.

En realidad no tenía pinta de asesino: no parecía *el enemigo*. Su mujer Edna Mae, sus hijos, la mayoría de los parientes de Dunphy no parecían *el enemigo*. Con la excepción de dos o tres malencarados, no parecían violentos, ni malévolos, ni malvados o psicópatas; ni siquiera la chica con aires de superioridad que clavaba los ojos, audaces y desafiantes, en el rostro de Jenna resultaba tan diferente de las chicas de su edad que Jenna podía ver en Ann Arbor, estudiantes de instituto, alumnas de los primeros años de secundaria, chicas en el centro comercial de Ypsilanti, chicas que seguían a sus familias de mala gana en Walmart, Target, Home Depot, chicas que se avergonzaban de sus madres desaliñadas.

Una chica muy distinta de Naomi. Una chica que (suponía Jenna) podría

haber intimidado a Naomi si estuvieran en el mismo colegio.

Gus reconocería a los Dunphy: clase trabajadora de bajos ingresos o ciudadanos que vivían de la asistencia pública y que muy bien podían ser clientes suyos en cuestiones de salud comunitaria. Muy fácil imaginar a una Edna Mae Dunphy suplicante, en la oficina de asistencia jurídica de Ann Arbor donde Jenna Matheson había trabajado en otro tiempo, desesperadamente necesitada de orientación legal.

¡Por favor, ayúdenos! Mi marido, el padre de mis hijos, cometió una terrible equivocación y se comprometió con el Ejército de Dios... lo enviaron a matar, y mató...

Pero Jenna no quería pensar en los Dunphy de aquella manera. Se removió en su asiento y dejó de mirar el rostro demacrado y ausente de Edna Mae Dunphy. Los Dunphy eran *el enemigo*, no podía verlos de ninguna otra forma.

Se derramaba sobre ella como agua sucia. Una oleada de horror visceral que la dejaba aturdida, exhausta y con náuseas.

Tan pronto como se quedaba sola. Donde nadie podía observar a *la viuda*.

Tan pronto como podía huir del Tribunal de Broome County. Huir incluso de las personas bienintencionadas, de las personas solidarias que solo querían apoderarse de sus manos y mantenerla atrapada en la efusión de su interés: *Por favor, queremos darle el pésame, señora Voorhees. Estamos todos conmocionados, algo tan terrible, nunca antes en Muskegee Falls, que es un sitio donde todos nos conocemos, el mundo tendrá una impresión tan equivocada de nuestra comunidad...* Sola en la intimidad de la habitación de hotel en la que iba a alojarse hasta que terminara el juicio.

En Muskegee Falls había insistido en vivir en un hotel y no en la casa de nadie. Muchas personas la habían invitado amablemente a alojarse con ellas, pero Jenna había rechazado todas las invitaciones. Le faltaba la energía necesaria para hablar con la gente, incluso para escuchar a quienes le hablaban. No estaba capacitada para *saberse compadecida* día y noche; y no soportaba oír por enésima vez que su marido había sido un hombre maravilloso, un hombre generoso, valiente, abnegado, un amigo muy querido, un colega al que se echaba de menos terriblemente.

Lo sé. Lo sé. También yo lo echo de menos. Qué más les puedo decir.

Por encima de todo no quería que la gente malinterpretara sus ataques de pánico, de desesperación, de náuseas. Al morir Gus su vida se había derrumbado de manera tan brusca como si hubiera contraído una enfermedad de inaudita virulencia. Podía armarse de valor cuando hacía falta, pero no durante mucho tiempo. Como un globo hinchado que pierde aire poco a poco y hay que volver a llenar de gas. Y cuando estaba totalmente desinflada, derrotada, tumbada en estado casi comatoso en una cama de hotel, dando diente con diente a causa del frío, no quería que la viese nadie, ni que nadie se preocupase por ella; no quería que ninguna amiga abnegada insistiera en llevarla a que la viese un médico, y menos aún en llamar a una ambulancia. ¡Eso era lo que le faltaba, que tuvieran que hospitalizarla por las bravas en Muskegee Falls, Ohio! Como todos los médicos conocidos suyos, Gus sabía historias de horror sobre la calidad de la atención médica en hospitales «remotos». Otra de las características de la viudedad (algo que quizás solo una viuda podía saber) era que tales ataques siempre remitían más o menos al cabo de una hora. Si no se desencadenaba una taquicardia, o una migraña, o náuseas agudas, en cuyo caso haría bien en mantenerse apartada del resto hasta el día siguiente.

Solo estás alterada, cariño. Te pondrás bien enseguida. Respira hondo.

El único remedio era esperar, aceptar la soledad. Sentir la presencia de Gus consolándola.

Cuando se deslizaba hacia el sueño casi lograba apoderarse de la mano de su marido. O, más bien, era Gus quien tomaba la suya.

Has superado cosas así en el pasado. Volverás a hacerlo ahora. Trata de dormir un rato.

Tenía que ocultar a sus hijos semejante debilidad, por supuesto. Si no podía mostrarse fuerte en su presencia, no quería que la vieses en absoluto.

En los últimos meses los *ataques de desconsuelo* se habían presentado cada vez con menos frecuencia, pero ahora, en Muskegee Falls, donde el foco de su atención, su concentración toda, estaba en el juicio, obligada a escuchar los relatos más abrumadores de la muerte de su marido, y los informes de los agentes de policía, de los técnicos de urgencias médicas, del forense del condado, era otra vez tan vulnerable como lo había sido un año antes.

La constatación de que Gus había muerto y había desaparecido de la faz de la tierra mientras su asesino seguía vivo, intacto en su testarudo aislamiento como de trance, en el que nadie podía entrar, la golpeaba al menos una vez al

día, cuando regresaba al hotel, y la hacía pedazos.

Sentía la necesidad de explicárselo a Gus: «Vaya donde vaya, tú no estás. No estás... *en ningún sitio*».

O, más bien, «estás... reducido a cenizas».

No había trasladado sus cenizas al cementerio donde había comprado una parcela. (Solo una parcela, porque se había hecho el razonamiento de que, a la larga, también la incinerarían a ella, y no se necesita una parcela doble cuando marido y mujer han sido reducidos a cenizas.) No le había dado muchas vueltas al tema, aunque no había cedido (aún) al deseo de Darren de que las cenizas de Gus se esparcieran en la isla de Katechay.

Algo que le hubiese gustado ocultarle a Gus (aunque a él con toda seguridad no le habría sorprendido) era el hecho de que muchas personas presentes en el juicio, así como en otros lugares por todo el país, apoyaran al hombre que lo había asesinado. Resultaba doloroso constatarlo, aunque no debería sorprender a nadie.

Desde la detención de Luther Dunphy se había dado mucha publicidad al caso. Y ahora, con el arranque del proceso, más aún.

Un acaudalado fabricante del Medio Oeste, apellidado Baer, vinculado a la política de derechas, había financiado anuncios en televisión ensalzando a Dunphy como «mártir» del movimiento Provida. Un predicador evangélico exhortaba a sus millones de telespectadores a rezar por la libertad de Luther Dunphy. En la cadena Fox, que cubría el juicio en sus «noticias de última hora», un comentarista muy popular llamado Tom McCarthy, a quien Jenna no había visto nunca ni quería ver, alababa con frecuencia a Dunphy como «soldado de Dios» y vituperaba a Gus Voorhees y al movimiento a favor del aborto, esa «jauría de ateos y socialistas, asesinos de bebés».

Por supuesto, Tom McCarthy siempre hacía una pausa para «dejar bien claro» que no creía en la violencia, ni la aprobaba, ni en modo alguno la alentaba.

La única vez que Jenna se había obligado a ver la escalofriante *Hora de Tom McCarthy* había tenido la impresión de que, mientras decía aquellas palabras, solo le había faltado hacer un guiño a su público.

¿Violencia? Nooo. ¡Yo no!

Las organizaciones antiaborto —o, como se autodenominaban, organizaciones por el derecho a la vida— se habían unido para crear un fondo destinado a sustituir al abogado de oficio, nombrado por el juez, por un

defensor de gran notoriedad, aunque de manera inesperada Dunphy se había negado a aceptar el cambio de letrado, así como a colaborar con el fondo para su defensa. No negaba haber disparado contra el «médico abortista» pero no se declaraba ni *culpable* ni *inocente*; lo había hecho por él su abogado, declarándolo *inocente*. La postura del acusado parecía ser que estaba dispuesto a que se le juzgara, si bien no tomaría parte activa en su defensa porque no admitía haber cometido ningún delito «a los ojos de Dios»: matar a Voorhees no era un «delito».

De hecho, haber matado a Voorhees era para él un motivo de orgullo mientras que la muerte de Barron era una vergüenza.

(Timothy Barron era originario de Muskegee Falls. Por lo que Jenna sabía de él, había sido una persona excepcional. Gus hablaba de él con afecto; desde luego, Jenna no lo había conocido. Había imaginado que una vez en Muskegee Falls, donde se alojaba en un hotel, los Barron podrían haberla invitado a hacerles una visita durante el proceso, y podrían haber llegado a hacerse amigos, pero no habían manifestado gran interés en conocer a la viuda de Gus Voorhees. Se los habían presentado en el despacho del fiscal — esposa, hijas adultas, hijo también adulto y un hermano del fallecido—, pero para su sorpresa se habían mostrado fríamente corteses y en absoluto amistosos. Jenna comprendió por fin que, por supuesto, culpaban a Gus de la muerte de Timothy Barron: de no ser por Gus, aún estaría vivo.)

Todas las noches, después del juicio, Jenna llamaba a sus hijos. Era el momento estrella de su día, aunque la conversación de una hora, más o menos, no le resultaba nada fácil y la dejaba alterada.

Siempre hablaba primero con Melissa. Porque era la más pequeña, la que más necesitaba a su madre y la que más la echaba de menos.

Melissa nunca preguntaba por el juicio porque era en extremo consciente de los deseos de su madre, incluso por teléfono; pero Darren y Naomi querían saber cómo iba, y todo cuanto Jenna les podía decir era: «Parece que va bien. Todos los días son agotadores». Darren había dicho varias veces que quería estar presente y Jenna le había contestado sin vacilar *No*.

—Debería estar allí, por si algo sale mal. Por si deciden que ese hijo de puta no es culpable.

A Jenna le afectó la manera despreocupada que tenía su hijo de decir tacos: *hijo de puta*. Gus no solía utilizar tacos en su conversación como si nada; solo los utilizaba cuando estaba muy molesto o enfadado. Pero Darren

parecía enfadarse cada vez con más frecuencia. O, más bien, era infrecuente que Darren no estuviera enfadado.

—Por favor, no pienses así, Darren. Me han asegurado que el juicio terminará como debe. No hay nada que podamos hacer de todos modos, excepto aguardar y mantener la esperanza.

—Claro. Es la otra parte la que *reza*.

Darren le pasó el aparato a Naomi, que habló con su madre en voz muy baja, casi inaudible. A Jenna casi le parecía que su hija, que tan bien se había expresado siempre, padecía un trastorno del lenguaje.

Después de unos cuantos minutos de frustración con Naomi, Jenna sentía el deseo de gritarle.

¡No! ¡Maldita sea! No hagas eso. Estamos todos tratando de no volvernos locos, ni se te ocurra darte por vencida.

—¿Naomi? ¿Qué has dicho? Me cuesta trabajo oírte, la línea no es muy buena.

—Ya. Vale.

—¿Qué es lo que vale?

—La línea es mala —Naomi hizo una pausa, y luego dijo, con sorprendente claridad, palabras que Jenna nunca le había oído utilizar—: Esta línea es *una mierda*.

—Bueno, pero podrías tratar de hablar más alto, en ese caso. ¿No te parece?

Estaba tratando de no reaccionar con sorpresa ante la vulgaridad de su hija: *una mierda*.

Aquello era nuevo en Naomi. Jenna tendría que hacerse a la idea.

Sus hijos mayores tenían dieciséis y trece años. Ya no eran niños. La infancia se había terminado.

Habló con Naomi unos pocos minutos más con una paciencia llena de tensión. Al responder, Naomi farfullaba las palabras y podía ser que se estuviera riendo o que tosiera.

Jenna escuchaba con toda el alma. Era posible que Darren siguiese también allí, al lado de su hermana, y que los dos se estuviesen riendo *de ella*.

¿Porque era su madre y los quería? ¿Porque habían perdido el vínculo esencial entre ellos, que solo había sido posible con su padre? ¿Porque ahora no podrían escapar unos de otros?

Cercano ya el final de la presentación del fiscal, en lo que iba a ser la última semana del proceso, Jenna se dio cuenta, para horror suyo, de que *A quien se está juzgando es a Gus. No a Luther Dunphy.*

Había tardado mucho en hacerse cargo de aquel hecho sorprendente. Se había resistido a aceptarlo.

Los sucesivos testigos de la acusación habían descrito los asesinatos, una y otra y otra vez, con todo lujo de detalles, pero el abogado de la defensa siempre cuestionaba el motivo de aquellas muertes —que el cuidadoso planteamiento del fiscal trataba de aclarar—, con la consecuencia de que los miembros del jurado no paraban de escuchar que Luther Dunphy había obrado como lo había hecho para «defender a los indefensos».

Eran testigos que habían visto cómo Luther Dunphy se acercaba al doctor Voorhees y al voluntario Timothy Barron, extraía una escopeta de dos cañones del interior de su parka y empezaba a disparar sin previo aviso. Una y otra vez se visualizaba la escena hasta el punto de que Jenna se había vuelto insensible a fuerza de escuchar su repetición, y sin embargo contenía el aliento, incapaz de respirar hasta que el testigo se retiraba del estrado.

Testigos que habían visto muchas veces a Luther Dunphy en la vigilia de oración y que en algunos casos conocían su nombre y en otros no; pero todos lo identificaron en la sala del juicio.

En su mayor parte eran manifestantes por el derecho a la vida. Aun así estaban obligados a dar testimonio en contra de Luther Dunphy porque habían jurado decir la verdad y serían culpables de desacato al tribunal de lo contrario.

¿Y ve usted al hombre con el arma de fuego hoy aquí, en la sala? ¿Puede usted señalarlo, por favor?

Sí. Es él.

Quizás el testigo hablaba a su pesar. Quizás sintiéndolo mucho. Pero no había equivocación posible al identificarlo.

Ante un reconocimiento tan indiscutible, Luther Dunphy se encogía de hombros, incómodo. Un ligero rubor le invadía la cara pastosa. No levantaba la vista y se limitaba a mirar la mesa que tenía delante. Las manos, enormes, se convertían en puños sobre las rodillas. Era alguien que había vivido su vida al margen de la atención de otros. Quizás ya desde la adolescencia no había querido singularizarse.

Entre los testigos estaban los profesionales de la salud que acababan de llegar al centro para mujeres en el momento de los asesinatos, y que habían huido para esconderse detrás de un contenedor de basura por temor a que los mataran. También los ayudantes del sheriff de Broome County, de guardia en el centro aquella mañana, y a quienes el repentino tiroteo había pillado totalmente por sorpresa. Y los técnicos de urgencias médicas que habían acudido de prisa al escenario de la matanza, demasiado tarde para ayudar a ninguna de las dos víctimas.

Testificó también el forense del condado, la persona que había retirado el sudario del rostro y de la parte superior del cuerpo, totalmente destruidos, de Gus Voorhees.

¿Ha establecido usted que los dos hombres murieron en el acto?

Sí. Sin duda alguna.

Jenna no tenía necesidad de escuchar y sin embargo escuchaba. No tenía necesidad de mirar las fotografías de los asesinados proyectadas en una pantalla y sin embargo las miraba. Era necesario hacerlo en honor a Gus, pensaba. Debía compartir su terrible sufrimiento, aunque fuese desde lejos. Su terrible sufrimiento debía revelarse al mayor número posible de testigos.

En su estrado, los miembros del jurado escuchaban y miraban. En su mayor parte la expresión era imperturbable. Se trataba de hombres y mujeres de apariencia muy ordinaria: nueve hombres, cinco mujeres. (Doce jurados, dos suplentes.) Todos blancos, todos de mediana edad o mayores. A Jenna le hubiera gustado ver jurados más jóvenes y más mujeres. (El miembro ideal del jurado, desde su punto de vista, habría sido una mujer negra y joven.) No quería pensar en el poder que detentaban aquellos desconocidos; el poder de castigar al culpable como se merecía, de proporcionar a las víctimas cierta medida de justicia.

Sobre todo, Jenna se esforzaba por no mirar a los jurados ante el temor de encontrar algo en sus rostros que pudiera disgustarla. Sin extenderse, le había dicho a una amiga de Michigan con la que hablaba con frecuencia por teléfono que los jurados le habían parecido muy *rurales*.

No era exactamente una broma. Bueno, sí, era una broma. Pero no exactamente.

En el último día de la argumentación del fiscal, subió al estrado un antiguo sacerdote católico. A través de una bruma provocada por el dolor de cabeza que la atenazaba, Jenna le escuchó con alarma creciente.

Era un testigo hostil, le había explicado el fiscal. En un primer momento no había querido que se le interrogara pese a ser testigo presencial; pero al recibir una citación del fiscal del distrito no había tenido más remedio que cooperar, bajo pena de incurrir en desacato al tribunal.

Donald Stockard había abandonado su parroquia de Lincoln, Nebraska, en 1996, y dejó el sacerdocio al año siguiente. Había sido uno de los manifestantes que acudían al Centro para Mujeres de Broome County a lo largo de varios meses, pero nunca supo, insistía en ello, cómo se llamaba Luther Dunphy.

—Señor Stockard, o, perdóneme, ¿debería decir «padre Stockard»?

—Ya no soy sacerdote, como he explicado. «Señor Stockard» es correcto.

—Y ¿por qué no es usted sacerdote ya, señor Stockard?

—Por una... razón personal.

—¿No fue porque sus feligreses de Lincoln estaban descontentos con usted? ¿No es cierto que se quejaron al obispo de sus sermones?

—Fue una confluencia de motivos...

—Una confluencia de motivos... ¿puede usted explicarlo mejor?

—No me parecía... no me parece... que la Iglesia católica se haya mostrado activa de verdad a la hora de oponerse al aborto... al infanticidio legalizado... en los Estados Unidos...

Stockard hablaba con voz entrecortada. Estaba muy incómodo; su piel amarillenta parecía húmeda, y le aquejaba una ligera tartamudez. Tenía una cara larga y taciturna y le temblaba la voz por la emoción.

—Su obispo le castigó, ¿no es así, señor Stockard? Se le apartó de la parroquia y se le prohibió «reclutar» manifestantes antiaborto...

—Elegí abandonar el sacerdocio. No «me despidieron». Mi decisión de marcharme no la tomé de prisa sino después de mucha angustia... Todavía tengo fuertes vínculos con mi parroquia de Lincoln. Cuento con muchos apoyos. No estoy tan solo como la gente piensa.

Jenna vio cómo, por vez primera desde el comienzo del juicio, Luther Dunphy alzaba la cabeza y miraba al testigo con preocupación. Estaba muy quieto, los puños sobre la mesa que tenía delante. Stockard, desde el estrado de los testigos, miraba parpadeando al fiscal, como si temiera lo que se disponía a preguntarle a continuación.

Pero el fiscal solo le pidió que describiera lo que había visto en la mañana del 2 de noviembre de 1999.

Stockard dijo que apenas había advertido la presencia de Luther Dunphy y que no había hablado con él. Justo antes del ataque Dunphy había pasado a su lado muy deprisa, sin dar la sensación de verlo, cuando él, Stockard, estaba en la acera delante del centro.

No había visto exactamente el ataque, dijo; había visto cómo Luther Dunphy seguía a la furgoneta cuando torció para meterse por la entrada de coches y había oído el ruido de los disparos, que fue ensordecedor, un segundo después, y al igual que otros había retrocedido, asustado y desconcertado, buscando algún sitio donde refugiarse...

—¿Vio a los caídos? ¿Entendió con claridad lo que había sucedido?

—Creo... creo que vi a los caídos. No quedó claro... de inmediato... lo que había sucedido. Estábamos todos... aterrados, francamente. Lo primero que piensas en una situación así es que tu vida está en peligro... de manera instintiva sales corriendo...

—¿Su instinto no le hizo correr hacia los caídos y ver si necesitaban ayuda?

—Dadas las circunstancias, mucho me temo... que no lo hice...

—Y ¿por qué fue eso?

—Ya se lo he dicho: temía por mi vida...

—¿Se había escondido?

—Fuimos varios... los que tratamos de escondernos... Nadie sabía exactamente qué era lo que había pasado. Era todo muy confuso.

—Pero ¿reconoció usted a Luther Dunphy, que era quien empuñaba el arma de fuego?

—Creo que no sabía cómo se llamaba... N... no recuerdo que nos hubiésemos presentado. Lo que había sucedido sucedió tan deprisa que no fui capaz de pensar con claridad... Nadie sabía si había más de un tirador disparando. O si la persona con la escopeta dispararía de nuevo.

—¿Estaba allí alguien de la policía?

—Sí, dos agentes. Hacían guardia en el centro. Pero tampoco ellos parecían saber qué era lo que había que hacer, en un primer instante... Luego llegaron más agentes de policía y una ambulancia.

—Y ¿dónde estaba Luther Dunphy durante todo aquel tiempo? ¿Trató de huir?

—No. Se arrodilló en la entrada para coches y esperó. Había dejado la escopeta en el suelo... creo que eso fue lo que hizo. O quizás me enteré

después. Pero no trató de huir. Parecía que estaba rezando.

—¿Rezando?

—Parecía que estaba rezando. Eso es lo que también han dicho otras personas.

—¿Vio usted con sus propios ojos que Luther Dunphy estaba «rezando» o fue algo que oyó decir a otras personas?

—N... no lo sé. No lo tengo nada claro.

—Pero ¿vio usted a los hombres que habían caído?

—Vi a los caídos... sí... Pero no los reconocí, no sabía quiénes eran.

—¿Supuso que eran el doctor Voorhees y su chófer?

—Cabe... que sí. Conocía a Voorhees... todos conocíamos a Voorhees. Y el chófer, también estábamos acostumbrados a verlo. Uno de los voluntarios del centro... No sabía cómo se llamaba.

—Comandante Timothy Barron. Ese era su nombre.

—Sí. Ahora lo sé.

—Señor Stockard, ¿conspiró usted con Luther Dunphy para asesinar a Augustus Voorhees y a Timothy Barron en la mañana del 2 de noviembre de 1999?

—No. No lo hice.

—¿Conocía de antemano la intención del acusado de asesinar a Augustus Voorhees y a Timothy Barron en la mañana del 2 de noviembre de 1999?

—No. No la conocía.

—¿No la conocía?

—No.

—¿Había hablado alguna vez con Luther Dunphy sobre el doctor Voorhees? ¿Por cualquier motivo?

—Es... posible. Pero solo brevemente.

—¿Le animó usted alguna vez... de cualquier modo?

—No...

—¿Recuerda usted de qué hablaron?

—No con claridad...

Stockard estaba muy incómodo ya. En la mesa de la defensa, Luther Dunphy había dejado de mirarlo y tenía los ojos fijos en sus puños, bien apretados.

—Se los había visto hablando a ustedes dos, señor Stockard. Varios testigos nos lo han contado. Pero ¿no recuerda usted de qué hablaron?

—Creo... creo recordar que Luther Dunphy mencionó haber advertido que el médico abortista y su acompañante llegaban a veces antes que la policía de escolta, a eso de las siete y media, lo que era... sorprendente. Me preguntó si era habitual que llegaran hasta veinte minutos antes que la policía.

—¿Y usted qué le dijo, señor Stockard?

—Le dije... creo que le dije... que no había notado...

—¿Siempre llegaba usted tan pronto, aunque el centro no abriera hasta las ocho?

—Abre al público a las ocho. Abre para las mujeres que buscan acabar con sus inocentes bebés. Pero el personal médico llega antes, por supuesto. Y en consecuencia algunos de nosotros llegamos antes.

—¿Luther Dunphy incluido?

—No conozco el horario de Luther Dunphy. Mi impresión, aunque no pensé mucho acerca de ello por entonces, era que la mayoría de los manifestantes llegaban a distintas horas y que, en determinados días de la semana, algunos no aparecían. Había manifestantes que se presentaban con más frecuencia por las mañanas y otros, en cambio, por las tardes. A veces dejaban de acudir... y no regresaban nunca. Si alguien faltaba, no es probable que me diera cuenta... no estaba pendiente de esos detalles.

—¿Faltaba Luther Dunphy con frecuencia a las vigiliass?

—Creo que es carpintero, o techador. Tiene un trabajo muy exigente. Es posible que trabajara a tiempo parcial... Yo no sabía nada de todo eso por entonces, lo he leído en la prensa después de que lo detuvieran. Como he tratado de explicar, no conocía el horario de ninguna de las personas que se manifestaban conmigo.

—¿Hablabas a menudo con Luther Dunphy, aunque asegure no saber cómo se llamaba?

—No. No hablaba con él a menudo.

—Y ¿por qué habló usted con él en aquella ocasión particular?

—Creo que fue él quien me habló *a mí*... Sencillamente se puso a hablar, como hace la gente. Nos une un interés común de gran importancia para nosotros, el de «defender a los indefensos».

—¿Puede precisar, señor Stockard, qué le dijo usted a Luther Dunphy?

—Pude haberle dicho... en respuesta a su pregunta... que al parecer en los últimos tiempos Voorhees llegaba antes que la policía de escolta. Quiero decir que estuve de acuerdo con su observación. Creo que fue eso de lo que

hablamos...

—¿Y qué más le dijo usted?

—¿Qué más le *dije*?... N... no lo sé... quizás mencioné que en ocasiones el propio Voorhees conducía la furgoneta y que el acompañante se sentaba a su lado. Llegaban juntos al centro casi todos los días. Pero creo que Voorhees no sentía la necesidad de un acompañante... de algo así como un guardaespaldas. Eso era lo que habíamos oído.

—Y ¿por qué alguien del personal del centro para mujeres tendría necesidad de un «guardaespaldas»?

—No lo necesitaban. Era todo una exageración, por motivos publicitarios... querían hacer creer que los manifestantes por el derecho a la vida eran unos entrometidos y personas violentas y que ellos, los abortistas, necesitaban que se los protegiera... de nosotros.

—¿No hay necesidad de ningún guardaespaldas? ¿Ni de la policía?

—Por lo general, no. No la hay.

—Pero ¿a veces sí?

—No... con frecuencia.

—¿En serio, señor Stockard? Dado que se asesinó a dos personas que acudieron al centro para trabajar y que el autor de los asesinatos era, como usted, uno de los manifestantes por el derecho a la vida, ¿no le parece que haya ninguna *necesidad*?

—Pero no por lo general. No con frecuencia...

—¿Nos hará usted el favor de contestar de manera un poco más precisa si Luther Dunphy le preguntó en concreto sobre la hora de llegada del doctor Voorhees, en relación con la de los agentes de policía?

—No sé qué quiere decir...

—¿Luther Dunphy *se lo preguntó*, o fue usted *quien le ofreció la información*?

Stockard vaciló. Las gotas de sudor humedecían su cara larga y taciturna. Parpadeaba muy deprisa como si no soportase mirar al fiscal; y tampoco parecía capaz de mirar a Luther Dunphy, que estaba sentado a muy pocos metros.

—Creo que fui yo... juraría... quien le preguntó. Y Luther Dunphy quien me ofreció la información.

—Pero ¿por qué le dijo eso, si efectivamente fue él quien se lo dijo?

—¿Por qué? No sé por qué... Hablamos de Voorhees y del centro y de los

abortos y de la necesidad de prohibir el infanticidio legalizado, que es una abominación... Hablamos de muchas cosas.

—Pero usted acaba de decir que rara vez hablaban.

—Excepto en esa ocasión...

—Y ¿qué dijo Luther Dunphy, después de facilitarle a usted la información sobre la hora de llegada de Voorhees?

—No... no recuerdo que dijera nada más.

—¿No dijo *nada más*?

—No. No que yo recuerde.

—¿No dijo «Voorhees no tiene protección en ese momento. Se le podría matar. Hay unos cuantos minutos en los que es vulnerable... se le podría matar»? ¿Seguro que Luther Dunphy no dijo eso?

—¡No! Por supuesto que no.

—¿Y usted tampoco lo dijo?

—Claro que no.

—Y ¿cuándo se produjo esa conversación, señor Stockard?

—¿Cuándo? N... no estoy seguro... puede que una semana, diez días antes...

—¿Antes del asesinato?

Stockard permaneció muy quieto y no habló hasta que el fiscal repitió la pregunta, y entonces dijo, con voz entrecortada, temblorosa por la indignación y la ira:

—Sí. Antes del asesinato.

A continuación el fiscal le preguntó si había reparado en que, a raíz de aquella charla, Luther Dunphy había empezado a llegar más pronto cada mañana al centro, y él replicó, nervioso, que no sabía... nunca se había fijado «de manera muy concreta» en sus compañeros manifestantes, porque eran muchos, como había tratado de explicar; se presentaban en el centro, participaban en las vigilias, luego se los dejaba de ver durante una temporada... pero más adelante podían volver a presentarse. No conocía ningún nombre o, si lo sabía, no eran más que nombres de pila, «nunca apellidos».

—¿Era en conjunto una manifestación ordenada?

—¡Sí! Nuestras manifestaciones son fundamentalmente *oración*.

—Pero ¿hay algún conflicto, a veces?

—Cuando aparecen manifestantes nuevos. A veces un manifestante nuevo

protesta más.

—¿Se enfadan los manifestantes?

—Por supuesto. Que haya mujeres que buscan «poner fin» a sus embarazos, asesinar al bebé que llevan en el vientre, es desde luego como para enfadarse, sin duda es perturbador.

—De modo que ¿se producen «enfrentamientos» en el centro? ¿Con regularidad?

—No con regularidad...

—Pero los «enfrentamientos» no son inusuales.

—Tengo que decir que sí; no son inusuales.

—Las leyes del estado de Ohio prohíben a los manifestantes acercarse demasiado a las jóvenes que entran en esas clínicas, ¿no es eso cierto?

—Es cierto. Esa es la ley estatal.

—¿Acata usted esa «ley estatal», señor Stockard?

—Es una ley civil...

—¿Distinta de...?

—Una ley divina.

—¿Hay dos leyes, entonces?

—Desde luego, existe una ley divina que no cambia. Y hay leyes civiles que cambian con cada nueva elección —Stockard hablaba irónicamente.

—«Padre Stockard», ¿no es cierto que a veces todavía hay quien le llama «padre»?

—No... No a menudo.

—Pero ¿sí a veces?

—No animo a nadie a hacerlo...

—¿Qué razones tendría alguien para llamarle «padre Stockard»?

—Bueno, probablemente se trataría de un joven... O de alguien que me haya conocido en mi parroquia hace años.

—Pero ¿usted no anima a nadie a que use el tratamiento?

—No.

—¿Y eso por qué?

—Porque ya no soy sacerdote. «Colgué los hábitos.»

—Sin embargo, fue usted quien lo decidió, ¿no es eso lo que ha dicho? ¿El «colgar los hábitos»?

—Lo he dicho con intención irónica. Pedí abandonar el sacerdocio, y se me concedió, después de algunos años de lucha. Pero sigo siendo católico y

lo seré toda la vida.

—No está usted excomulgado.

—¡Por supuesto que no! Eso no sucederá nunca.

—¿Es miembro de la Coalición Americana de Activistas Provida?

—S... sí.

—Y ¿ha firmado usted el manifiesto que apoya el «homicidio justificado» de los médicos abortistas?

—Es... es posible que lo haya firmado...

—¿Cree usted en el «homicidio justificado» de abortistas?

—Eso dependerá de las circunstancias.

—¿Qué quiere usted decir con «las circunstancias»?

—El homicidio está justificado en defensa de la vida de otros. A cualquiera le está permitido defenderse, por ejemplo. Y le está permitido defender a otros.

—¿El homicidio, el asesinato, están «justificados» dependiendo de las circunstancias, según su interpretación personal?

—Todos creemos en una ley superior...

—¿Es usted miembro de la organización secreta Operación Rescate?

—No.

—¿Sabe usted algo de Operación Rescate?

—No...

—¿No, de verdad?

—He leído algunas cosas...

—¿Sabía usted que Luther Dunphy era miembro de Operación Rescate?

—No.

—Sabe, señor Stockard, que la condena por perjurio pueden ser años en la cárcel. «Mentir bajo juramento...»

—No sabía que Luther Dunphy pertenecía a la Operación Rescate hasta que lo leí en la prensa.

—Fue usted sacerdote católico de 1974 a 1996, ¿es eso cierto?

—Sí.

—Al comienzo de nuestra conversación dijo usted que había dejado la Iglesia de manera voluntaria, y no porque algunos feligreses se hubieran quejado de que hacía usted proselitismo para el movimiento Provida ni porque el obispo hubiera «prescindido» de usted.

—Sí...

—¿No es cierto, señor Stockard, que fue usted detenido varias veces en protestas antiaborto a comienzos y a mediados de los años noventa, en Madison, Wisconsin? ¿En Minneapolis-Saint Paul? ¿En Columbus, en Youngstown y en Cincinnati en fecha tan reciente como la primavera de 1999?

—Puede ser. Usted parece saberlo.

—¿Se describiría usted como un antiabortista militante, señor Stockard?

—¿«Militante»? No.

—¿No?

—No soy *militante*. Soy un *activista* de la causa, pero mi compromiso es con la *no violencia activa*.

—Sin embargo, ¿no ha apoyado la militancia en el movimiento antiabortista?

—Sí, he apoyado la militancia si es la creencia genuina de otra persona.

—¿Para usted no, pero sí para otro? ¿*Militancia... violencia*?

—No soy quién para juzgar a otros en esta lucha. Se trata de una guerra contra el aborto, que es el asesinato de los indefensos, y es una guerra contra las fuerzas inspiradoras de que se apoye y se proteja el aborto, y en esa lucha tenemos diferentes estrategias.

—¿Qué piensa usted, personalmente, de la «estrategia» de Luther Dunphy?

—Luther Dunphy es un soldado de Dios que ha puesto su vida en la primera línea de combate por sus creencias. El resto de nosotros damos testimonio, pero nos limitamos a «estar y esperar».

—¿Admira usted a Luther Dunphy, entonces?

—Sí, admiro a Luther Dunphy.

—¿Considera usted «admirable» el asesinato premeditado, a sangre fría, de dos personas indefensas?

—Como ya he dicho, de ninguna manera apruebo la violencia. Y en especial contra Timothy Barron, que no suponía una amenaza inminente para ningún bebé ni madre de bebé.

—Pero ¿admira usted a Dunphy por disparar contra Voorhees?

—Voorhees era un médico abortista. No cabe la menor duda de que, si no se le hubiera detenido, habría matado bebés aquel día, de la misma manera que a lo largo de los años había matado impunemente a cientos de bebés.

—¿Cree usted entonces que el homicidio está «justificado» en esas circunstancias?

—¿No lo cree usted? ¿No lo cree todo el mundo?

—Le estoy preguntando *a usted*, señor Stockard. Aquí no estamos hablando de «todo el mundo».

—Si hay vidas infantiles que corren un peligro inmediato, se debe detener al abortista.

—*Se debe detener*. ¿Y eso incluye... el asesinato?

—No es asesinato sino legítima defensa.

—¿*Legítima* defensa?

El fiscal hablaba en un tono cargado de sarcasmo, que hizo que Jenna se sintiera muy molesta. Incómoda, comprobó que la sala, en silencio, escuchaba con gran atención y (le parecía a ella) respeto las opiniones del exsacerdote, al tiempo que le impresionaba su tartamudez y el calor de sus palabras, que eran como gritos en carne viva, procedentes del corazón.

—S... si viera usted a alguien a punto de asesinar a un pequeñín, con un cuchillo, por ejemplo, estaría usted obligado a atacarle, sin duda, para salvar al niño; es deber moral suyo tratar de evitar su muerte.

—¿Incluso en violación de las leyes?

—Se trata de una ley civil. De la ley aprobada por la asamblea legislativa de Ohio a raíz de la sentencia de *Roe contra Wade* de 1973. Pero existe una ley superior. Siempre hay una ley que está por encima de la civil, igual que en la Alemania nazi, en la época de los campos de exterminio y de los experimentos con seres humanos, había una ley superior que desafiaba a la civil.

—¿Pero el estado de Ohio no es la Alemania nazi, señor Stockard! Y el centro para mujeres de Muskegee Falls no es el Holocausto.

—Allí donde se destruyen vidas inocentes se produce un holocausto. El aborto en el vientre materno es el Holocausto.

—Señor Stockard, cuando era sacerdote en Lincoln ¿aconsejaba a sus feligreses y a los jóvenes que quebrantaran la ley?

—No.

—¿De verdad... no?

—No tanto como hubiera debido hacerlo.

—¿Esa es una respuesta perfectamente clara, padre! Muchas gracias.

—Pero no aconsejaba a nadie que infringiera la ley. Solo que se guiaran por su conciencia. Se lo contarán si les pregunta.

—Mantiene usted, sin embargo, que no conspiró activamente en el

asesinato de un médico abortista.

—No lo hice...

—Y ¿por qué no?

—No estoy orgulloso de mi prudencia. Ni de mi cobardía.

Stockard temblaba ya. Se le quebraba la voz, apenas se le podía oír.

Una oleada de emoción recorrió la sala, como si se tratara de la corriente de un río. La misma Jenna no pudo dejar de sentirla. El antiguo sacerdote, con su rostro atormentado, había dejado una fuerte impresión en todos los que le habían oído, incluido el juez de avanzada edad cuya expresión era, por lo general, opaca, imperturbable.

El fiscal lo advirtió tarde. Captó por quién se inclinaban las simpatías de los jurados e interrumpió bruscamente su conainterrogatorio. Pero ya le había llegado el turno al abogado defensor y sus preguntas respetuosas, que permitieron a Stockard poner de manifiesto su pertinaz admiración por Dunphy y su pasión sin fisuras por el movimiento Provida, así como su afán por denigrar el movimiento a favor de la libre elección, que el fiscal se vio obligado a objetar en varias ocasiones. Se ponía en pie de un salto como los abogados en las series de televisión. Hablaba de manera cortante. Hablaba con un punto de sarcasmo, lo que en lugar de ser una buena estrategia era un error. Jenna sintió, consternada, un cambio en la atmósfera de la sala tan sutil como el cambio de ritmo en el latido de un corazón.

La frase, tantas veces pronunciada, *defender a los indefensos* se había incorporado ya al aire del tribunal como un mal olor. No había manera de ignorarla y no sería posible olvidarla.

Finalmente terminó la prueba. El interrogatorio a Stockard había durado más de una hora. Pero su actitud era desafiante, había triunfado. Le brillaban las lágrimas en los ojos.

Y entonces, al regresar a su asiento en la sala, Stockard se atrevió a mirar a Luther Dunphy, que había estado escuchando su testimonio con algo parecido al asombro y la nostalgia. Jenna se armó de valor.

El cura le cogerá ahora de la mano. ¡Lo bendecirá!

Pero no sucedió nada parecido. Stockard pasó muy cerca de Luther Dunphy, tambaleándose como si estuviera exhausto.

Muy poco después terminó el proceso.

La defensa llamó a pocos testigos, todos para dar testimonio del «carácter» de Luther Dunphy: el más persuasivo fue el ministro de su iglesia, quien afirmó que Luther Dunphy era el «cristiano más devoto» que conocía y que nunca hubiera hecho daño a ningún ser vivo «por su propia voluntad».

¿Cómo era posible entonces, le preguntó el fiscal, que hubiera disparado contra dos personas indefensas, a sangre fría, y sin la menor advertencia? El reverendo Kuhn respondió humildemente que no lo sabía.

Dijo haber visitado a Luther Dunphy en la cárcel. Habían rezado juntos pero no habían hablado mucho sobre lo sucedido.

—Principalmente le pedimos a Dios fortaleza para entender. Estamos esperando a que esa fortaleza descienda sobre nosotros.

Terminado el juicio, el jurado se retiró a deliberar. Jenna esperó.

Esperó en su habitación del cuarto piso, el último del Muskegee Falls Inn.

Esperó sola. Esperó aterrada mientras aguardaba la decisión del jurado.

El fiscal le había asegurado que no podía haber otro veredicto que el de culpable. De acuerdo con la ley, los jurados tenían que condenar al acusado. El argumento de considerar los dos asesinatos cometidos por Luther Dunphy como «legítima defensa» era inaceptable.

En la cuarta mañana de su espera, Jenna se despertó antes del amanecer con el repentino deseo de ver dónde había muerto Gus.

No conocía el Centro para Mujeres de Broome County, que estaba (según le habían dicho) a diez minutos a pie desde el hotel. Ni siquiera había pasado en coche por delante. No lo había pedido y nadie se lo había ofrecido.

Se vistió de prisa con ropa de invierno de color oscuro, se ató un pañuelo a la cabeza y echó a andar por las calles desiertas. Main Street, Third Street, Perry Street, Howard Avenue... Dada la frialdad del aire, su visión quedaba empañada por la humedad al tratar de leer los rótulos de las calles. Cuando vio el centro para mujeres en Howard Avenue y Ventor tuvo una sensación de vértigo: ¿había muerto su marido por *aquello*?

El Centro para Mujeres de Broome County era algo más grande que el de Huron County. Un edificio de un solo piso, identificable como clínica o centro comunitario que se mantiene con fondos públicos. Las ventanas estaban tapiadas. Paredes pintarrajeadas, que después se habían vuelto a pintar de manera descuidada. Quedaba retirado de la calle sobre una parcela

sin hierba en la que se había derramado basura, y cubierta en parte de nieve. Le habían explicado que desde los asesinatos y posteriores amenazas y vandalismo, lo que había provocado pérdida de personal, el centro había estado «luchando» para seguir abierto; en la entrada principal había un cartel muy destacado que decía *CERRADO*.

¿*CERRADO* de manera temporal o permanente? Jenna no quería saberlo.

Sí sabía que Gus y Timothy Barron, el voluntario que le acompañaba, habían sido abatidos sobre el asfalto de la entrada para coches junto al centro, no en la calle, sino cerca ya del aparcamiento situado detrás.

Armándose de valor avanzó por la entrada para coches. Temblaba a ojos vistas. A causa del frío ya le caían lágrimas de los ojos. El suelo de asfalto estaba cubierto por una fina capa de hielo, en algunos sitios ondulada y con nervaduras, y por nieve en polvo. Era peligroso caminar por allí sin tomar muchas precauciones. ¿Se atrevería a aproximarse para mirar de cerca la zona en donde era más probable que hubiera muerto Gus? ¿Se atrevería a hacer una pausa, a mirar el suelo, dispuesta a ver...?

Gus, ¿por qué viniste a este sitio dejado de la mano de Dios? Te odio, nunca te lo perdonaré. Oh, Gus.

No veía nada debajo del hielo. Se limpió los ojos pero siguió sin ver nada. Había estado imaginando la figura de un hombre dibujada en el suelo, los brazos extendidos como las alas de un ángel, un hombre grande, del tamaño de Gus, pero no veía nada.

Había estado imaginando manchas oscuras en el asfalto. Pero el suelo mismo era oscuro debajo de la costra de hielo. Manchas de barro. Grietas en el asfalto, por las que habían brotado malas hierbas vigorosas, muertas ya. Arrastrado por el viento hasta una alambrada de tela metálica había un encaje de papel hecho tiras, además de otros desechos. Le habían contado (Gus se lo había dicho) que la finca del centro para mujeres estaba «bien cuidada», pero no parecía ser ya el caso, si es que alguna vez lo había sido. Otras parcelas de la manzana estaban deterioradas, algunas vacías. La más extensa era un desordenado almacén de madera. ¿De verdad había muerto *allí* su marido? ¿Y otro hombre, también *allí*? ¿En un lugar tan desprovisto de significado? No parecía posible.

Se arrodilló torpemente. No para rezar sino para mirar el suelo más de cerca. El hielo, con ondulaciones y nervaduras, le entorpecía la visión. Con

una mano enguantada apartó la nieve: nada se le reveló debajo.

Empezaba a sudar bajo la pesada ropa que llevaba, con solo imaginar cómo la furgoneta procedía a torcer por la entrada para coches rumbo al aparcamiento trasero; cómo se detenía y aparcaba, y Gus se apeaba por el lado del copiloto y Timothy Barron por la portezuela del conductor; y cómo de inmediato un individuo corría hacia ellos con una escopeta de dos cañones, alzándola ya y apuntando y disparando a la cabeza de ambos...

Todo había terminado en pocos segundos. La vida de los dos hombres extinguida en pocos segundos.

—Dios, no los abandones. También ellos te necesitan.

Aquella súplica saltó de sus labios. La hubiese avergonzado recordarla después y muy pronto la olvidaría por completo.

Regresó al hotel. Dejaría para mejor ocasión la visita al 81 de Shawnee Street, que era la dirección del apartamento con un solo dormitorio que Gus había alquilado en Muskegee Falls, y del que había que retirar sus pertenencias... Jenna no tenía la menor idea de cómo «retirar» aquellas pertenencias y no soportaba pensar en ello. La cabeza se le quedó en blanco y muerta ante semejante perspectiva.

Te ayudaremos, Jenna. Por favor, déjanos ayudarte: pero no oía aquellas palabras.

En la habitación del hotel se sintió tan cansada como si hubiera subido a pie muchos tramos de escaleras, aunque (en realidad), como de costumbre, había utilizado el lento ascensor renqueante. El cerebro parecía dolerle. Le parecía recordar que sí, que había visto de verdad manchas en el asfalto, debajo del polvo de nieve. Sí, también se le había advertido con anterioridad que el centro para mujeres estaba cerrado. (Siempre la cuidadosa precisión: «Cerrado temporalmente».) En la habitación del ático con olor a humedad del Muskegee Falls Inn, Jenna se sentó en el borde de una cama extrañamente alta frente a la ventana (desde la que se veía, como a medio kilómetro, el nevado río Muskegee), pero sin ver nada porque estaba esperando la llamada del fiscal, que acabaría recibiendo cerca del mediodía del 18 de diciembre de 2000, para que acudiera al juzgado de Broome County, Ohio, a escuchar el veredicto del jurado.

=====

Lo siento. No tengo intención de defender mi voto.

He votado «inocente» por razones de «homicidio justificado».

No tengo intención de defender ni mi voto ni mis creencias religiosas. Me limito a seguir mi conciencia.

Hemos pasado tres días y medio en la sala del jurado y nos hemos agotado unos a otros como dientes que rechinan y trituran, pero a mí nadie me ha agotado.

Al tercer día me temblaba la voz, pero le dije al presidente del jurado y a los demás en el otro extremo de la mesa: lo que los médicos abortistas hacen a los bebés es lo que ustedes están tratando de hacerme a mí. Y me miraron como si estuviera loca o enferma o les hubiera gritado en algún idioma que fingían no conocer.

Estaba alterada en aquel momento. Pero no tenía miedo. Les dije: no soy ningún bebé indefenso en el vientre de una mujer. No me pueden callar ustedes con tanta facilidad. No me pueden abortar.

Después de aquello no nos comunicamos mucho. Yo era la jurado número 8. En el número 2, que empezó a votar como yo, tenía a una aliada. Edith vino a sentarse a mi lado. Dijo que había estado rezando para que su decisión fuese la correcta. Las dos habíamos llevado nuestras Biblias a la sala del jurado, lo que estaba permitido. Nada de periódicos, por supuesto. Ningún texto con la excepción de la Biblia, que se nos permitía leer con tal de que no fuese en voz alta. Así que yo leía mi Biblia, los evangelios de san Lucas y de san Juan y algunos fragmentos de los Salmos y del Apocalipsis que son mis lecturas favoritas, mientras se producían aquellas largas discusiones, entre solo cinco jurados, que nos llevaron tantísimas horas. No se cansaban de pedirle al alguacil que fuese a ver al juez con alguna pregunta para demostrar lo listos que eran, sobre todo la fémina que era directora de un instituto, cosa que te restregaba por las narices siempre que se le presentaba la oportunidad. Pero yo ya había decidido cómo iba a votar cuando nos plantamos allí el primer día.

Se supone que tienes que decir si estás «prejuiciada» o si has leído sobre el caso en la prensa o si has oído hablar en la televisión, pero no lo dije cuando me preguntaron, porque no me habrían elegido, y tengo derecho como ciudadana a ser jurado. En toda mi vida he sido jurado en tres ocasiones pero nunca por «dos delitos de homicidio». Nada más ver a Luther

Dunphy comprendí que era un verdadero cristiano, y que lo único que le preocupaba de verdad era la matanza de los nonatos. Que no tenía ningún otro motivo para hacer lo que hizo. Fue un acto «altruista», como diría su abogado. Fue en ese instante: creo que Dios me había convocado como parte del jurado para votar como Él querría.

Supe que iba a votar «inocente» y que nadie me haría cambiar de opinión. Y así fue.

El fiscal trató de desacreditar a un hombre que había cumplido, tal como él lo veía, con su deber de cristiano. No le dejaron declarar como lo hicieron los otros, los «testigos». Se le obligó a guardar silencio en la mesita en la cabecera de la sala. Cerraba los ojos y te dabas cuenta de que estaba rezando, la boca se le movía en silencio. En la posición de los hombros y en la expresión preocupada de los ojos me recordaba al hermano mayor de mi padre, que murió cuando yo empezaba la secundaria. Mi tío había sido un hombre bueno y se podía ver que Luther Dunphy era un buen hombre. Cuanto más se esforzaba el fiscal en presentarlo como «asesino», más claro me quedaba que no lo era. Porque Jesús estaba en la sala del juicio con nosotros, se sentía su presencia. En una ocasión, una mañana de la última semana del proceso, que ya era la quinta, un pájaro del tamaño de una paloma se estrelló contra una ventana: no se vio al pájaro, tan solo su sombra, pero se oyó el ruido que hizo al chocar con el cristal; me volví hacia Edith y cruzamos una mirada de emoción: el espíritu del Señor se había presentado ante nosotras.

Durante el proceso no podíamos debatir el caso en la sala del jurado. ¡No podíamos decir una sola palabra ni fuera ni dentro de la sala hasta que terminara el juicio! Se nos llevaba hasta allí en un autobús que nos dejaba en una puerta especial en la parte trasera del edificio, vigilada por los hombres del sheriff de Broome County; para salir, lo hacíamos por la misma puerta, y montábamos en el autobús para evitar a los manifestantes y detractores reunidos delante del juzgado, que nos gritaban y nos chillaban si nos veían. Porque la mitad quería que se dejara en libertad a Luther Dunphy. Y la otra mitad que se le declarase culpable. Y como se odiaban mutuamente había que mantenerlos separados. Y también había equipos de televisión, dificultando el tráfico por las calles adyacentes.

Dentro de la sala del juzgado teníamos que escuchar a los abogados, que hablaban sin parar. Todas las malditas cosas que tenía que decir el fiscal no

las contaba una vez, sino una docena de veces. Demasiadas cosas sobre cartuchos de escopeta o casquillos, comoquiera que los llamen. Identificar a Luther Dunphy. Muchísimos testigos que hablaban a favor del médico abortista y del otro —el conductor de la furgoneta—, tuvimos que oír lo buena persona que era el doctor Voorhees, su «abnegación» y su «entrega» al ayudar a mujeres y a chicas, y el otro, que se había colocado en la trayectoria de los proyectiles (esa era mi impresión), qué «buen marido y padre», así que al cabo de un rato dejabas de oír lo que decían. En cambio, escuché con atención al sacerdote de Nebraska. Hablaba con el corazón en la mano y sabía de lo que hablaba, de la defensa de los indefensos. Y el pastor de la iglesia de Luther Dunphy, un verdadero hombre de Dios, cualquiera se daba cuenta. El fiscal estuvo sarcástico con la esperanza de hacerles decir a los dos cosas incriminatorias contra Luther Dunphy, pero no lo consiguió.

Una vez terminado el juicio, cambió todo en la sala del jurado. Fueron muchos los que quisieron intervenir. Era como la torre de Babel, todo el mundo hablando al mismo tiempo. De manera que el presidente nos pidió que habláramos uno a uno alrededor de la mesa y dijéramos lo que creíamos, si Luther Dunphy era culpable, de acuerdo con la acusación, o inocente. Y me resultó impactante y me enfermó que diez jurados de un total de doce creyeran que aquel hombre inocente era culpable cuando había actuado para proteger la vida de unos bebés. Un miembro del jurado no se había decidido aún (se trataba de Edith) y el otro era yo.

¿Qué hay de la ley para proteger la vida de un bebé? ¿Bebés? Nadie quería hablar de esa ley.

Fue así como después de cuatro días y medio no pudimos ponernos de acuerdo. El tono se volvió hostil y nos acosaron, pero no estábamos dispuestas a ceder, porque Edith y yo teníamos en nuestro corazón la seguridad de que, ante Dios, Luther Dunphy no era culpable de ningún delito. Me hizo recordar a Poncio Pilatos diciéndoles a los judíos: este hombre no es un delincuente, y los judíos respondiendo ¡Sí, sí! Es un delincuente y hay que crucificarlo porque queremos que se le crucifique.

Llegó un momento en que si trataba de hablar me interrumpían. Edith no dijo absolutamente nada porque sabía cómo iban a saltarle encima. De manera que me limité a decir una y otra vez, todas las veces que me lo preguntaron, por qué no creía que Luther Dunphy fuese culpable de ningún

verdadero delito y por qué no votaba que era culpable, dado que existía una «ley superior», como había argumentado el abogado de Luther Dunphy, «la ley de Dios», y nuestro país se basaba en ese principio de rebelión y en la ley superior, y que por ese motivo Luther Dunphy era un héroe y no un criminal.

Sucedió por tanto que no pudimos ponernos de acuerdo. En todas las votaciones el resultado era el mismo: diez contra dos. Edith y yo nunca cambiamos de opinión. Así que el juez declaró el juicio «nulo». Pude darme cuenta de que parecía saber quién era yo y quién era Edith, y no nos podía ver ni en pintura, como les pasaba a los demás jurados. Mientras cuento esto parezco tranquila y relajada, pero en aquel momento no lo estaba. Pasaba todas las noches con problemas de estómago y sin poder dormir, pero no íbamos a ceder porque Jesús había hablado. Había hablado el espíritu del Señor.

Cuando se llamó al jurado para que volviera a la sala del tribunal y el juez declaró la nulidad del proceso, tuvimos por un momento la impresión de que Luther Dunphy, en la mesa donde estaba sentado, no había oído. Y cuando el juez repitió lo que ya había dicho, se oyeron en la sala exclamaciones de asombro y de alegría, pero también de indignación, y el juez dio varios golpes fuertes con el mazo, y alguaciles y guardias se adelantaron para impedir que la gente avanzara por los pasillos; para entonces Luther Dunphy se había arrodillado en el suelo de madera, dando gracias al Señor, las lágrimas corriéndole por las mejillas.

Más tarde, cuando abandonábamos el juzgado, tenía la esperanza de volver a verlo una última vez y me pareció que quizás vendría a estrecharme la mano, y también la de Edith, porque le habíamos salvado la vida, dado que varios miembros del jurado habían expresado el deseo de que se le condenara a muerte y no solo a cadena perpetua, pero, por supuesto, era algo que no había sucedido.

Si llega a haber un segundo proceso, le pediré a Dios que, por segunda vez, cuide de Luther Dunphy en su hora de necesidad.

Estas cinco semanas han sido un tiempo de estrés en mi vida, pero siempre que vuelva la vista atrás, seguiré pensando que el juicio de Luther Dunphy, declarado nulo al final, fue en una época en la que mi vida tuvo un objetivo.

De antes, y después, no estoy siempre tan segura. Pero sí lo estoy de aquella vez.

«Juicio nulo»: esposa del fallecido

Termina el juicio, se despide a los jurados.

Vítores, gritos de triunfo en la sala del tribunal que se desbordan y llegan en segundos al exterior, hasta los escalones de piedra, hasta la calle.

Ni culpable ni inocente: juicio nulo.

De todos modos eso se interpreta como una victoria (temporal) para el acusado, para la defensa.

Jenna se queda tan anonadada que no reconoce de inmediato el veredicto *juicio nulo*.

Durante algunos segundos sigue paralizada en su asiento, parpadeando y mirando al juez que ya se ha levantado y se ha dado la vuelta, con gesto de desaprobación puritana, de desagrado, como si los jurados, al informar de un «punto muerto sin solución», hubieran ofendido personalmente su honor.

Más adelante Jenna no recordará gran parte de todo aquello. Un rápido recorrido vertiginoso en una montaña rusa que la devuelve, sin aliento y atontada, al punto de partida. *¿Es esto el resultado? ¿Esto?* Recordaría, eso sí, que Luther Dunphy no se había vuelto hacia ella (como fantaseaba durante más de tres semanas que podría hacerlo) *para mirarla de hito en hito*, sino que parecía tan desconcertado como ella por la ausencia de veredicto.

«Juicio nulo»: hijos del fallecido

Lo sabíamos, lo habíamos sabido, no necesitábamos que nadie nos lo dijese. Me refiero a Darren y a Naomi. Gemelos unidos por el *odio*.

Alguien llamó a nuestro abuelo para darle la noticia. No nuestra madre.

Alguien que asistía con ella al proceso en Ohio.

Cagadero, OHIO (Darren dixit).

Ni siquiera recuerdo ya cuándo nuestra madre nos llamó por fin. O si nos llamó una amiga que le pasó el teléfono a mamá y todo cuanto mamá pudo hacer fue decir *Lo siento, lo siento* llorando y ahogándose, lo que hizo que tuviéramos ganas de vomitar, del asco que nos dio.

Lo siento mucho, no lo han condenado. El juez despidió al jurado al cabo de cuatro días. «Juicio nulo.» Dios santo.

Colgué el condenado teléfono con tanta furia que el jodido auricular de plástico rebotó y cayó al suelo. Le di una patada y lo pisé hasta que solo quedaron las putas *piezas*.

—¡Naomi! ¡Para ya! ¡Qué estás haciendo, Naomi! ¡*Para de una vez!*

Salí a la carrera del cuarto y de la casa. Qué *cojones te importa*, no eres de verdad nuestra abuela, *que te den*.

Mamá nos había exiliado. Nos echó de Ann Arbor, donde había demasiada gente que conocía a los *Voorhees*.

Es posible que hubiese habido algún peligro. Amenazas contra los hijos de Gus Voorhees. Nunca se nos explicó (con claridad). Ni siquiera Darren —que exigió (de los McMahan) que le contaran lo que estaba pasando, todo lo relativo a nuestra madre y a nosotros hasta los más mínimos detalles— tenía información fehaciente.

Sabes lo que la gente (las personas mayores) te cuenta. Básicamente sabes lo que la gente (las personas mayores) quiere que sepas.

Demasiado en los medios de comunicación sobre *Gus Voorhees, médico abortista, muerto de un disparo a bocajarro, por asesino antiabortista*. Demasiado sobre *conclusión de proceso con una increíble sorpresa: juicio nulo*.

Habría otro proceso. Dunphy seguiría en la cárcel. (Se decía.)

Era inminente otro juicio, y más presencia de los medios de comunicación. Más televisión, más Tom McCarthy generando odio, más titulares de primera página, fotos. Más *asesino de bebés, Ejército de Dios, mártir*.

Más confusión para nuestra madre. Más miedo. Cada vez más cerca del desastre. (No queríamos reconocerlo.)

Un cretino del instituto de Ann Arbor le dice a Darren: si yo fuese tú, Voorhees, ¿sabes lo que haría? Cambiarme de apellido.

Que te den, tú no eres yo.

¡Eh! Era un decir.

Era un decir, *que te den*, cretino.

(Lo que sucedió después, Darren no lo cuenta. Las historias de mala leche de Darren terminaban con una breve frase lapidaria que mi hermano utilizaba con destreza, como los cómicos de la televisión.)

(A los dieciséis años, Darren, que iba siempre con los hombros caídos, como un ave rapaz al acecho en una valla, medía ya un metro ochenta. Sonreía muy pocas veces, pero cuando lo hacía era como un destello de navaja de afeitar de puro cinismo adolescente. En los brazos, muy largos, tenía músculos nudosos, y su costumbre de apretar y abrir los puños no animaba a otros chicos a «buscarle las cosquillas» ni siquiera cuando los insultaba.)

En el instituto, donde Naomi empezaba por entonces segundo de secundaria, la información más valiosa que había recibido era la de evitar los aseos entre clases. Tenía que verlos como zonas de peligro incluso cuando nadie le dirigía la palabra. Ojos —tan afilados como picahielos— de chicas que se volvían hacia su cara en los espejos encima de los lavabos. Era posible (probable) que hubiesen estado hablando de ella antes de que entrara, o quizá bastaba la presencia de la «chica nueva» para atraer su atención, tan fascinada como inmisericorde.

Es ella. Voorhees.

Ay, Dios, la del padre...

¿El médico abortista...

... que consiguió que lo mataran?

Trataba de no utilizar los aseos si podía evitarlo. Solo si podía. Con ganas de ir al baño (a menudo unas ganas locas), y esperando (mientras se sentía muy desgraciada) una oportunidad que no estuviese llena de peligros.

Es lamentable. ¡Por Dios!

Me da pena...

Sí, claro, es muy triste, pero qué otra cosa podía esperar: si te ganas la vida asesinando bebés, alguien te matará un día u otro.

No estaba segura de haber escuchado de verdad aquellas palabras. Quizás las había soñado. Quizás era ella misma quien las mascullaba.

Llegó a ser frecuente —tan frecuente que Naomi supo que se reían de ella y que sus profesores la compadecían por lo mucho que evitaba el aseo de las chicas y esperaba hasta que ya no resistía más— la presión en la vejiga, el terror a perder el control de sus esfínteres, en clase, en clase donde todo el mundo lo vería, y lo olería, y no lo olvidaría *nunca jamás*, hasta que por fin, pálida y desesperada, Naomi alzaba una mano temblorosa y la profesora (por lo general comprensiva) le daba permiso, y ella corría al aseo más cercano, angustiada a más no poder, tratando de no imaginar (¡no se podía permitir imaginarlo!) cómo la profesora podía bromear sobre ella con la clase: *¡Naomi ha sido muy puntual hoy! Estábamos todos esperando.*

Nuestra madre no sabía nada de todo aquello. Por supuesto.

Aun así no nos alegramos cuando nos mandó a vivir con nuestro abuelo paterno y su mujer a Birmingham, Michigan. Lo bastante lejos de Ann Arbor (fue su razonamiento) para que el apellido *Voorhees* no tuviera las mismas resonancias.

Porque en Birmingham existía ya un *doctor Voorhees* muy respetado, nuestro abuelo. *Doctor Clement Voorhees, Aparato Digestivo. Edificio Birmingham Medical Arts, 114 Cranbrook Way, Birmingham, Michigan.*

Los abuelos Voorhees estaban muy deseosos de tenernos con ellos. Su promesa había sido que Birmingham era completamente distinta de Ann Arbor, donde todo era *de izquierdas*, donde *todo tenía contenido político*.

En Birmingham apenas había delincuencia. Los policías de los barrios residenciales eran personas bien educadas, corteses con los residentes (de raza blanca).

¡Nunca podría haber sucedido, explicaba nuestro abuelo Voorhees, que a su hijo lo *abatieran a tiros* en pleno día en Birmingham, Michigan!

(No existía allí un equivalente de los centros de atención a la mujer con los que Gus Voorhees había colaborado, que practicaban abortos a mujeres sin dinero para pagarlos; aunque sí había una clínica privada en West Bloomfield, e instalaciones en el Edificio Birmingham Medical Arts, atendidas por prestigiosos especialistas en obstetricia y ginecología, donde se llevaban a cabo tales intervenciones quirúrgicas.)

En otro tiempo (según se nos había contado) se esperaba que Gus Voorhees se incorporase a la lucrativa consulta de su padre en Birmingham. Padre e hijo serían cirujanos residentes del hospital William Beaumont (de máximo prestigio) en Royal Oak. Pero el hijo decepcionó al padre al radicalizarse en la Universidad de Michigan en las agrias secuelas de la guerra de Vietnam y convertirse en uno de los alumnos —escasos en número pero entusiastas— del curso preparatorio de medicina que se interesaban de manera activa por la sanidad pública, los derechos de la mujer y el aborto.

Madelena, la madre de Gus, que se divorció en 1967 para iniciar una vida recién inventada en la ciudad de Nueva York, le había dicho a su hijo médico que estaba tirando por la borda —«casi literalmente»— millones de dólares de ingresos al renunciar a la medicina gastrointestinal en favor de la medicina pública en el campo de la obstetricia y la ginecología; y nuestro padre le había respondido, según se cuenta: «Mala suerte. Porque no es el dinero lo que me interesa. ¡Eso está claro!».

Asombrosas fotos de Gus Voorhees a los veintitantos. Pelo largo y descuidado, cinta roja en la cabeza, feroz barba hirsuta. Un joven desafiante, manifestándose con otros hombres y mujeres de su edad, blancos y negros, que avanzaban por calles y avenidas, flanqueados por agentes de policía enmascarados y uniformados y con material antidisturbios.

¡Ah! Dios santo, Gus.

Sí, ese era Gus.

Habíamos visto muchas veces aquellas fotos en álbumes familiares. Nos fascinaban y nos reíamos del peinado afro de papá, de su barba hirsuta y de los vaqueros de campana.

En términos generales, no nos gustaban las barbas de papá. Incluso Melissa se quejaba de sus besos rasposos.

En el funeral en memoria de Gus Voorhees celebrado en la Iglesia Unitaria de Ann Arbor, aquellas fotografías, proyectadas en una pantalla, provocaron en los asistentes exclamaciones de dolorida hilaridad y también lágrimas.

En la primera fila los hijos del fallecido se taparon los ojos y ocultaron las lágrimas. No querían ver. No querían oír. Aquellas fotografías de su padre joven los llenaban de desaliento y desesperación. Cómo les habría gustado conocerlo *entonces*.

Cuanto más se le quería, más terrible era su muerte.

Realmente sabíamos muy poco de las complicadas relaciones de nuestro padre con el abuelo Clement. No visitábamos con frecuencia a los Voorhees de más edad, y ellos raras veces, nunca quizá, nos visitaron en nuestras casas alquiladas, tan diferentes de su residencia de Birmingham. Como tampoco veíamos mucho a los padres de nuestra madre, que vivían en Evanston, Illinois. Tal vez había existido algún distanciamiento entre las parejas de abuelos. Disconformidad, o incluso oposición, ante el estilo de vida «radical» cultivado por Gus Voorhees, responsable al haber arrastrado a Jenna con él, y «haber puesto en peligro a sus nietos».

Adele, la mujer del abuelo Voorhees, era nuestra *abuelastra*, decidida a ser encantadora con sus *nietastros*, como si fuésemos huérfanos, lo que, puesto que nuestra madre vivía, *no éramos*.

Quería que la llamásemos abuela Adele. Ella no tenía nietos «propios».

Muy pronto empezaría a quejarse, llorosa, de Darren y de Naomi a nuestra madre: éramos «reservados», éramos «hostiles», éramos «malhumorados», no «respetábamos los buenos modales más elementales».

Nota para mamá: existe una diferencia entre *vivir con* y (meramente) *quedarse con*. Jenna creía que *vivíamos con* nuestros abuelos en la gran casa colonial de ladrillo, en el 19 de Gascoyne Drive, Birmingham, Michigan, porque eso era lo que ella deseaba. Pero hasta Melissa se daba cuenta de que no pasábamos de *quedarnos con* ellos.

¿Por cuánto tiempo? Era natural que quisiéramos saberlo.

Pero si se lo preguntábamos a mamá, no respondía con claridad: «No lo sé. Ya veremos lo que sucede».

Nuestra esperanza era que Jenna organizase un nuevo *hogar* para nosotros. Aunque no lo expresásemos del todo así porque nos faltaba vocabulario.

Quizás no tenía nada de extraordinario que nos preguntáramos: ¿dónde está nuestro *hogar*, ahora que falta nuestro padre?

Los lugares en los que habíamos vivido con papá, las casas que habían sido *hogares*, aunque alquiladas y provisorias, habían desaparecido sin dejar rastro.

Habíamos tenido que desalojar la granja de Salt Hill Road en Huron County, por supuesto. No había nada que pudiera retener a Jenna en aquella parte de Michigan. Nulas posibilidades para una vida digna de tal nombre en unos cuantos kilómetros a la redonda del Centro para Mujeres de Sainte Croix que había sido en otro tiempo tan crucial en la vida de nuestro padre.

Era ridículo haber pensado alguna vez en aquella casa como un *hogar*.

Aquel día solo nos llevamos lo que nos cupo en la ranchera, todo muy apretado en la parte de atrás: una selección caótica de nuestra ropa y de nuestras pertenencias, recogidas y trasladadas hasta el vehículo y arrojadas dentro. (Figuraban entre aquellas cosas varias chaquetas *sport*, suéteres, camisas y corbatas de papá que nuestra madre se sentía incapaz de abandonar, aunque la obligaran a prescindir de otras muchas cosas personales: «No quiero volver a verlas».)

Antes de vivir en la granja de Huron County habíamos estado en una casa (alquilada) en Saginaw, y antes de Saginaw en otra casa (alquilada) de Grand Rapids. Todavía antes, en un tiempo remoto, cuando Darren no era más que un niño, Naomi acababa de nacer y Melissa no había venido aún al mundo en el otro extremo del planeta Tierra, habíamos vivido en Ann Arbor, la única ciudad que nuestros padres consideraban su hogar, aunque para nosotros no lo hubiera sido nunca.

Nuestros padres tenían allí muchos amigos, que, al igual que los McMahan, se habían ofrecido a abrirnos sus casas durante «todo el tiempo que quisiéramos».

Jenna, por supuesto, no podía aceptar para siempre una hospitalidad como aquella. Pronto tendría que tomar decisiones, alquilar algo para instalar un *hogar*.

«Cuando las cosas se asienten. Cuando las cosas no sean tan de locos. Cuando sepa dónde voy a trabajar. Cuando concluya el juicio...»

Mamá nos hablaba con una sonrisa, pero era una sonrisa tensa y poco convincente. A nosotros nos parecía probable que trabajara en Ann Arbor, pero ella retrasaba tomar decisiones; estuvimos viendo distintos lugares para alquilar y poder así marcharnos de la casa de los McMahan, pero no encontrábamos nada que fuese del todo satisfactorio. Si bien en otro tiempo Jenna había sido capaz de dictaminar con rapidez y sin vacilaciones, ahora parecía desconcertada ante cualquier elección, cuantas más opciones mayor era el desconcierto, y podía aplazar durante días la más insignificante de las

decisiones: sobre si aceptar una nueva invitación para recoger un premio o distinción en nombre de Gus Voorhees, o más bien decir, en un susurro apenas audible: «¡No! Basta ya».

En una ocasión, al descolgar Naomi el teléfono, al otro extremo de la línea estaba nuestra abuela Matheson, en Evanston, Illinois, que pidió hablar con Jenna; Naomi le dijo que no estaba en casa, y la abuela Matheson se quejó, llorosa, a Naomi, de que su hija nunca le devolvía las llamadas ni las que le hacía su padre, que tampoco había respondido a sus repetidas invitaciones para visitarlos y estar con ellos y ni siquiera había cobrado los talones que le enviaban...

—¿Por qué no habla tu madre con nosotros? ¿Es que está muy ocupada, es que no quiere nuestra ayuda, qué le hemos *hecho*?

Atónita y avergonzada, Naomi prometió a su desconsolada abuela que le diría a su madre que la llamara aquella misma noche.

(«Dios bendito, ¿mi madre te está importunando *a ti*? No contestes al teléfono, no te molestes siquiera en comprobar el número. Sencillamente *no contestes*. Revisaré todos los mensajes cuando se acumulen. *Te lo prometo.*»))

Aunque Darren y Naomi habían llegado a aborrecer Ann Arbor, no querían mudarse a Birmingham. Sobre todo no querían tener que matricularse en Birmingham, ¡nuevos institutos! Nuevos centros de enseñanza casi todos los años de su vida. Nuestra madre había destrozado nuestra familia con su negativa a mudarse a Ohio con nuestro padre, pero de todos modos habíamos tenido que mudarnos a Ann Arbor con los McMahan.

—Papá y tú os preocupáis mucho de los derechos de las mujeres, de la asistencia social para los niños, de los abortos, pero ¿qué hay de los derechos de vuestros hijos? ¿Es que no tenemos ninguno?

Le hicimos esa pregunta a mamá más de una vez. Era la ocurrencia que Darren esgrimía contra ella de cuando en cuando como una navaja automática.

Cuando papá vivía nunca nos atrevimos a preguntárselo a él, no del todo.

Mamá no tenía otra respuesta para aquel exabrupto que una risa nerviosa. Su estrategia (suponíamos) era fingir que sus queridos e inteligentes hijos Darren y Naomi solo trataban de ser graciosos.

Más tarde, cuando mataron a papá y Darren estuvo leyendo en internet sobre el asesinato —cosa que se le había prohibido—, dijo con una sonrisa de superioridad: «En estos últimos años hemos sido “daños colaterales”, pero

nunca lo supimos».

—Todo lo que deseamos para vosotros es que llevéis una vida aparentemente normal. Haremos lo que esté en nuestra mano. ¡Os queremos! —nos dijo nuestro abuelo Voorhees al darnos la bienvenida en su gran casa colonial, con un vestíbulo de dos pisos de altura y una araña resplandeciente que provocó la aparición de una loca idea en el cerebro enfermo de Darren: *Ideal para columpiarse como un mono.*

La abuela Adele nos abrazó y nos besó. Es posible que Melissa le devolviera el abrazo, aunque muy tiesa.

Sí; nuestro abuelo dijo *aparentemente normal*. El abuelo Clem (que es como esperaba que lo llamásemos) no dijo *normal*, no era tan ingenuo.

La idea de una *abuela Adele* era bien tonta. Aunque nuestro abuelo se hubiera casado con aquella mujer mayor tan «chic» de cara empolvada, llamativa pintura de labios, ojos esperanzados y pelo teñido de rojo, y aunque fuese (teníamos que reconocerlo) muy, pero que muy dulce, muy cariñosa, muy paciente, muy amable, muy considerada con nosotros, sus *nietastros*, ¿por qué tendría nadie que esperar que fuésemos cariñosos *con ella*?

Melissa, por supuesto, sí era cariñosa con los dos abuelos.

Quizás porque era adoptada y no de nuestra sangre Voorhees, es posible que Melissa no odiase a nadie con el fervor con que odiábamos nosotros; o, más bien, Melissa no parecía saber lo que era *odiar* en absoluto.

A los pocos días de mudarnos a la casa de Clem Voorhees, Melissa se abrazaba a la abuela Adele mientras veía *101 dálmatas* en el enorme televisor de la lujosa sala de estar revestida de madera de nogal mientras Darren y Naomi se escondían en sus respectivas habitaciones del piso de arriba con la puerta bien cerrada.

(A la larga Naomi iba a llamar suavemente a la puerta de Darren. Le era imposible estar separada de su hermano, aunque su respuesta —*¿Sí? ¿Qué cojones quieres?*— no fuese muy alentadora.)

Nos resultó traumático que el abuelo Clem, que siempre había tenido una personalidad tan poderosa, dispuesto a llevarle la contraria a nuestro padre, un hombre simpático, generoso, muy en forma para su edad, pareciera estar visiblemente afectado por la muerte de su hijo. Era más bajo de lo que recordábamos: más bajo que Darren. Le temblaban los párpados y también la

mano izquierda, algo que trataba de disimular sujetándosela con la derecha; cuando se dio cuenta de que lo habíamos notado nos dijo que era un temblor inocuo y no había que confundirlo con el de la enfermedad de Parkinson.

Había reducido su trabajo de médico y ya no operaba, pero no estaba dispuesto a jubilarse como quería su mujer; no soportaba la idea de un futuro, decía, en una urbanización para jubilados de Florida.

Había seguido el juicio de Luther Dunphy desde lejos, pero con verdadero fanatismo. Nuestra abuela Adele le regañaba cuando creía que no los oíamos: ¡No hay nada que tú puedas hacer, Clem! Tu hijo nos ha dejado. Pero tus nietos están aquí, y a *ellos* los puedes querer.

Nos dominó un sentimiento de culpa al oír aquello. Tuvimos que acabar por reírnos. Pensamos: *Nadie nos querría si nos conociese de verdad.*

Estoy hablando de Darren y de Naomi. Nuestra dulce hermanita adoptada a la que todo el mundo adoraba no era uno de *nosotros*.

Porque casi siempre Darren y Naomi estaban escondidos en sus respectivos cuartos, inmersos en espeluznantes fantasías de venganza, como otros adolescentes se enfrascaban en escabrosas fantasías recíprocas.

Darren cultivaba una especie de habilidad tosca, entusiasta y divertida para dibujar historietas a imitación de R. Crumb y de *Zap Comix*. Naomi entremezclaba fantasías de incendiaria con un renovado interés por las matemáticas y el álgebra, disciplinas en las que, pese a las distracciones de su miserable vida, podía destacar.

Elaboraban complicados planes para envenenar al perro de los Dunphy. (Nos parecía inevitable que tuvieran perro, las fotos de la familia que habíamos visto eran de *gente con perro*.) Darren sabía (creía saber) cómo adquirir un arma de fuego en Detroit (tomaría el autobús de Woodward Avenue hacia el sur hasta la peligrosa y despoblada ciudad, habitada casi únicamente por negros, con trescientos dólares en efectivo escondidos en algún lugar de su persona), y con esa arma, en un futuro próximo, dispararía a través de las ventanas del domicilio de Luther Dunphy en algún lugar de Ohio, pese a que no teníamos ni la menor idea de dónde vivían.

Naomi dijo, con sentido práctico: Podríamos provocar unos cuantos incendios aquí. Unas cuantas estúpidas iglesias cristianas.

Darren dijo: Esa es una completa gilipollez. Voy a fingir que no la he oído. Estamos reservando nuestra venganza para *el enemigo*.

Naomi: De acuerdo, pero ¿dónde está *el enemigo*?

Darren: Cagadero, Ohio. Los encontraremos.

«Solo para vosotros»

Esto es un recuerdo doloroso. Nada fácil.

Sabíamos que nuestra madre no estaba bien y que no deberíamos juzgarla con dureza. Pero es posible que no tuviéramos a ninguna otra persona lo bastante cercana a nosotros a quien poder herir.

¡Ah, vuestra madre es una mujer tan extraordinaria! Ha mostrado gran fortaleza en este último año, ha sido muy valiente...

Pensábamos que era una sandez pero no nos atrevíamos a decirlo. Manifestar cualquier sentimiento equivalía a una invitación a que se nos abrazara y a recibir un diluvio de lágrimas.

En el periodo que siguió a la muerte de su marido, Jenna Matheson se había convertido en asesora remunerada (aunque modestamente) de centros para mujeres en Michigan y en el Medio Oeste, como lo había sido Gus. Por añadidura, prestaba asistencia jurídica y colaboraba en litigios y acuerdos extrajudiciales. Con otras personas del movimiento a favor del derecho a decidir, intervino ante la asamblea legislativa de Michigan para solicitar un aumento del presupuesto destinado a la atención sanitaria de las mujeres. El gobernador la incluyó en el Cuerpo Especial sobre los Derechos de la Mujer del estado de Michigan que se reunía todos los meses en Lansing. Estaba entre los abogados que representaban a una coalición de médicos abortistas en su pleito contra sitios web como el *Ejército de Dios* que, pese al asesinato de varios doctores, seguían publicando la lista SE BUSCA: ASESINO DE BEBÉS ENTRE NOSOTROS. (El proceso fracasó cuando un juez federal dictaminó que la publicación *online* de tales listas, aunque «repulsiva», estaba protegida como libertad de expresión por la Primera Enmienda.) Colegas a favor del aborto solicitaron donativos para crear la Fundación Augustus Voorhees, destinada a financiar la primera Cátedra de la Universidad de Michigan en Salud Pública de Mujeres para un profesor visitante; Jenna participaba de manera activa en la consecución de más fondos para ampliar la fundación y

crear cátedras en otras universidades. También daba charlas, presentaba ponencias y dictaba conferencias inaugurales, asistía a congresos y mesas redondas donde se debatía con ferocidad sobre *la pesada bota del statu quo sobre nuestras nuca*s.

Como setas venenosas que surgieran de noche en terrenos húmedos y esponjosos, había aparecido, en el inframundo de su vida, una complicada carrera secundaria que implicaba la aceptación de premios y honores (póstumos) para el doctor Gus Voorhees: escasas veces remunerativos, aunque (por supuesto) a la viuda se le pagaran los viajes y el alojamiento. Dondequiera que iba la abrazaban y le manifestaban su aprecio. Un punto culminante de los últimos meses (Jenna sabía que a Gus le hubiera complacido mucho) fue la aceptación, en nombre de su marido, del galardón a título póstumo de Humanista del Año de la Asociación de Humanistas Americanos, lo que requería un discurso que Jenna armó hábilmente con materiales de numerosas alocuciones de Gus. En sus ratos libres trabajaba sin descanso en artículos y reseñas de libros para publicaciones como *Women's Law Forum*, *Berkeley Journal of Gender Law and Justice*, *Women's Review of Books*, *Nation*, *New Republic*, *Harper's*, *Mother Jones*.

No estaba claro dónde vivía. O, más bien, dónde se hospedaba. Casi con toda seguridad en la zona de Ann Arbor, o no muy lejos de allí. No parecía tener dirección fija, ni siquiera apartado de correos. Era una persona itinerante, «huésped» perpetua: vivía con lo que le cabía en una maleta, o en una mochila, o en la parte de atrás de la ranchera. A veces nos visitaba en Birmingham, donde sus suegros disponían de una habitación para invitados, maravillosamente amueblada y preparada para ella a perpetuidad: «Jenna, haz el favor de recordar que siempre, siempre, te vamos a recibir con los brazos abiertos». A nosotros nos resultaba extraño vivir en un sitio del que nuestra madre era huésped esporádica, pero entendíamos que nunca quisiera estar más de unos pocos días con nosotros por el temor (suponíamos) a quedar atrapada y ser incapaz de marcharse.

Nuestra madre también temía que su suegro y su mujer se *compadecieran* de ella. Había llegado a tener miedo de las lágrimas de otros por un posible contagio que la destruiría, como se echa a perder una piel cara si se la rocía de cualquier manera con agua salada.

Durante los meses que siguieron al «juicio nulo» se dedicó sobre todo a viajar. O si se hallaba entre distintos compromisos profesionales, no lo hacía

exclusivamente por Michigan sino también por el Medio Oeste, el Noreste o la Costa Oeste, o incluso por Texas (Austin); en esos casos no le resultaba práctico hacer todo el camino de vuelta para regresar a Michigan. «Estoy bien aquí. Me van a dar alojamiento en la universidad como invitada.» O «Hay una casita en la propiedad, y se han portado de maravilla al decir que me puedo quedar todo el tiempo que quiera, y ¡qué sitio tan ideal para acabar lo que estoy escribiendo para *Harper's!*». O «Es solo por un trimestre. ¡Diez semanas! Todo lo que tengo que hacer es vivir en esta universidad solo para mujeres, de edificios con vistas al océano Pacífico, comer con las alumnas, dar unas cuantas clases, ser jurado de un concurso de ensayos sobre “Nuevas fronteras para el feminismo”, dar una conferencia... No me van a asignar un sueldo fijo pero sé que percibiré unos “honorarios”».

Seguía sin existir un *hogar* para nosotros. Pero (nuestra madre quería que lo supiéramos) no había renunciado a encontrar uno.

En el ínterin había guardado algunos objetos en casa de sus suegros. Le insistieron mucho y acabó por ceder. Sus libros, los libros de Gus, cientos de libros, se habían distribuido por distintas habitaciones de la casa, incluido el sótano, más o menos al azar; cuando Jenna encontrase un sitio permanente para que viviéramos juntos, los ordenaríamos como era debido, tarea que antaño nuestro padre había prometido que supervisaría en algún momento futuro. En la habitación de huéspedes que le estaba reservada, Jenna había llenado la mayor parte del vestidor de madera de cedro con la ropa de nuestro padre: la vieja y gastada chaqueta deportiva de pelo de camello, la de *tweed* con coderas de cuero igualmente gastadas, el suéter de lana Shetland, tristemente agujereado ya por las polillas, corbatas que papá no se había puesto nunca excepto coaccionado. El traje de tres botones «nuevo, sofisticado», gris marengo, con su chaleco, y que nos daba un motivo para tomarle el pelo, porque con él parecía un banquero y no... nuestro padre. Zapatillas para correr con manchas de agua, zapatos de vestir, sandalias. Incluso calcetines, nunca desparejados. Todo cuidadosamente organizado en el vestidor junto con la ropa de nuestra madre, menos abundante, en perchas. Siempre podíamos entrar allí en cualquier momento si nos sentíamos solos.

—¡Por favor, cerrad la puerta! Esto es solo para nosotros.

El abuelo Clem y la abuela Adele estaban en el piso de abajo. Quizás

tenían visita: se oían voces. Nuestra madre pasaba la noche en su habitación de la casa de Gascoyne Drive; solo una porque acababa de regresar aquella tarde de Chicago y se marcharía a un congreso en Seattle a la mañana siguiente. ¡Era una mujer muy ocupada! ¡Estaba siempre al límite! Se había hecho algo extraño y radical en el pelo —en el que empezaban a aparecer canas y que le había mermado terriblemente desde noviembre de 1999—, cortándoselo mucho, apartándoselo violentamente de la cara, adelgazada, de manera que se asemejaba (pensó Naomi) a un pájaro desplumado, con grandes ojos parpadeantes que parecían ciegos.

Algo todavía más radical era que había perdido peso. Pechos, caderas. Había dejado de ser femenina. Y al dejar de serlo, también había dejado, muy astutamente, de ser maternal.

Al ver a mamá después de una ausencia de varias semanas la habíamos mirado como si tratáramos de reconocerla. Entonces Melissa gritó: «¡Mami!» y corrió a fundirse con ella en un abrazo, mientras Naomi se mantenía distante con el ceño fruncido y Darren, con el ceño más fruncido todavía, se negaba a acercarse por pura desconfianza.

Quién eres tú, que te den. Es culpa tuya que papá esté muerto, lo dejaste solo y nos retuviste contigo. No te queremos.

Aquella noche dio unos golpecitos en la cama, a su lado, en la habitación para huéspedes que tenía reservada, para que nos sentáramos junto a ella. Vimos, en su muñeca adelgazada, un reloj de hombre con una correa negra que le estaba grande: el reloj de papá.

—Solo para nosotros. Solo para *vosotros*. No se lo contaremos a vuestros abuelos. Será nuestro secreto.

Tenía una grabadora muy pequeña. No se le daban muy bien las cosas mecánicas, pero consiguió que funcionara.

No lo habíamos vuelto a oír desde la primera vez. Nos habíamos olvidado.

¿Me oye alguien? ¿No hay nadie en casa?

(Pausa)

¿Jenna? ¿Cariño? ¿Quieres coger el teléfono, por favor?

(Pausa)

¿Hay alguien ahí?

(Pausa)

Vaya, volveré a intentarlo. Si me es posible, esta noche.

Siento que... bueno, ya sabes.

Creo que me ha distraído... lo que está pasando aquí.

(Pausa)

Si parezco agotado ¡es porque lo estoy!

(Pausa)

Tengo una idea nueva, Jenna... para el año que viene. O, más bien, para el verano. Cuando los chicos hayan terminado las clases. He comprobado la fecha: el 18 de junio.

(Pausa)

De acuerdo. Siento no haberte encontrado.

Te quiero.

(Pausa)

Os quiero a todos.

(Pausa)

Adiós...

(Pausa)

¿Hola? ¿He oído a alguien? ¿Hay alguien... ahí?

(Pausa)

Bueno, chicos. Os quiero. Volveré a llamar pronto.

Adiós.

«Ya no»

Se había levantado pronto. Sin hacer ningún ruido —sigilosamente—, nos dejaba para irse a Seattle.

Un coche había venido a buscarla, uno de alquiler, elegante, oscuro, semejante a un torpedo a la escasa luz de antes del amanecer, que la esperaba abajo en la entrada con el motor en marcha y los faros encendidos. Naomi se asustó y corrió tras ella descalza por la escalera porque se iba sin decir adiós igual que había llegado (nos parecía a nosotros) sin decir hola.

—¡Mamá, espera! Cuándo volveremos a verte...

Pero ya estaba en la puerta, con la maleta. A punto de salir.

—¡Mamá! ¡Mamá!

El pelo que se le clareaba, y ya de color grisáceo, se lo había peinado hacia atrás, subrayando el gesto severo de su rostro. Se cubría el cuerpo, tenso, delgado, vuelto a una neutralidad juvenil que había dejado de tener formas maternas, con un informe abrigo oscuro que le caía casi hasta los tobillos. El rostro —en otro tiempo hermoso, o casi— estaba ya gastado, pálido, con la palidez del alabastro, sin sangre. (Darren había dicho *¡Dios santo! Parece exangüe*, encantado con el sonido de palabras extravagantes y temerarias y furiosas, al estilo de *Zap Comix*.) Las cejas parecían haberle desaparecido. Las pestañas, quebradizas o incluso rotas. Los ojos desnudos, en carne viva.

—¿No te vas a despedir de nadie? ¿Ni siquiera de Melissa?

Naomi hablaba con emoción. No con voz acusadora, pero con un sonido de miedo infantil que se metió hasta el tuétano en los huesos de la madre (que se daba a la fuga) como si fuera radioactivo.

Agitaba ya la cabeza. Estaba despierta del todo.

—¿Mamá? Espera...

Jenna vaciló en el umbral. Parecía no haber oído la pregunta de Naomi, pero volvió hacia ella los ojos, grandes, húmedos, en apariencia ciegos. Y estaba sonriendo, con una sonrisa distante, terrible.

Para consternación de Naomi, el rostro de su madre era un espejo. Casi su rostro reflejado en el de Jenna. Pero un rostro cansado, apagado, desconcertado. Y en los ojos, por un instante, algo como el vacío opaco de la ausencia de reconocimiento.

—¡Naomi! No quería despertarte para despedirme. Ni... a los demás...

Hablaba de manera imprecisa. Pero disculpándose.

A continuación añadió, como si solo entonces pensara en ello, como si aquel encuentro casual con su hija mayor, en el momento mismo de su marcha, hubiera provocado la revelación que de lo contrario no habría llegado a concretarse:

—¿Sabes?, es curioso, después de escuchar anoche la voz de Gus, estuve pensando (no por primera vez, a decir verdad, pero en esta ocasión con mayor claridad) en cómo he dado siempre por sentado que estamos destinados a ayudarnos unos a otros aquí en la tierra (perdóname: ¡«aquí en la tierra» es un tópico tan tremendo! Gus se reiría de mí), a ser buenos, a ser generosos, a ser amables y cariñosos e indulgentes unos con otros. Siempre que me tropiezo con otra persona, le sonrío por puro instinto; estoy obligada a ser generosa, a ser amable, a ser considerada, a pensar en el otro, a pensar de manera concienzuda en el otro y no en mí misma. Por supuesto. También tu padre era así, a su manera, más agresiva. Donde yo tenía miedo, Gus era intrépido. Creía apasionadamente en responder a la vida de esa forma... pero en este último año me ha quedado muy claro que, en realidad, nada de todo eso tiene importancia.

Naomi no estaba segura de haber oído bien. ¿*Nada* importa?

¿*Nada* de... qué?

Era *ella* la chica mala, la escéptica. Naomi, y su hermano Darren. Los dos escépticos. Chicos de lengua afilada, chicos maleducados, chicos que ponían los ojos en blanco durante el juramento de lealtad en el instituto. Chicos sabelotodo con elevado coeficiente intelectual y nula tolerancia con los demás. Chicos con una arrugada manzanita silvestre en lugar de corazón.

Hijos de abortista. Bueno, han recibido lo que se merecían, todos ellos, ¿no es cierto?

Naomi se quedó parpadeando delante de su madre, preguntándose: ¿tenía que reírse? ¿Era un chiste aquella observación? (Aunque no parecía que Jenna estuviese bromeando.) (¿Había dicho su madre algo remotamente divertido, regocijante, irónicamente gracioso, incluso ingenioso desde

noviembre de 1999?) ¿Esperaba de verdad que su hija aceptase palabras tan sorprendentes?

Con el aspecto de alguien que ha formulado por su cuenta un teorema matemático que es de dominio público, pero no por ello menos notable, Jenna continuó:

—Da lo mismo que seamos amables unos con otros. Si Gus estaba consagrado a su trabajo, a su «misión», hasta la heroicidad, si a veces trabajaba doce horas al día, si hizo miles de kilómetros durante quince años de su vida para promover la causa de... de... lo que fuera que nos había parecido importante a todos nosotros... Ahora la única realidad es que ha muerto; Gus no está aquí; Gus calla; Gus ha dejado de existir y no va a volver. El mundo perdurará sin él: en unas cuantas décadas nadie recordará que vivió. O que murió como un «mártir». Ese es el único hecho importante sobre Gus Voorhees ahora mismo.

Naomi estaba ya asustada. No era propio de su madre obsequiarla con un parlamento tan largo como aquel; hacía siglos que no pasaba algo así. Notó el sabor del pánico, la boca, tan torpemente recosida, se le había secado. Quiso acercarse a su madre, quiso gritarle *Pero ¡mamá! Eres mi mamá*. Cualquiera habría esperado que Jenna (de manera instintiva) abrazase a la asustada niña de catorce años y la consolara después de aquellas palabras tan duras (era lo que Naomi pensaba), pero no fue eso lo que sucedió. Hablando con la misma lentitud reflexiva, Jenna continuó:

—Creo que lo sé desde hace ya algún tiempo. Llevo algún tiempo sintiéndome no muy bien. He explicado que soy una persona débil; quiero decir una persona que tiene miedo. El miedo debilita. El miedo es una especie de cáncer que se nos mete en los huesos. No puedo estar «ahí» para vosotros más tiempo, Naomi. Para ti y los demás. Todos los demás... los demás de Gus. Estoy demasiado cansada, sencillamente. Tendréis que abriros camino vosotros solos.

Naomi estaba anonadada. Su boca recosida no le permitía protestar.

—No me es posible seguir siendo vuestra «mamá» por más tiempo. Ya no.

En la entrada para coches con forma de herradura el elegante vehículo negro esperaba con el motor en marcha. El chófer se acercó para recoger el equipaje de Jenna y colocarlo en el maletero.

—¿Señora Voorhees? ¿Al aeropuerto de Detroit?

—Sí. Gracias.

Jenna dio la espalda a su hija, que la siguió con los ojos, estupefacta. A la pobre Naomi su sarcástica lengua de chica insoportable no le servía de nada en aquel momento.

Al dejarla, Jenna descendió con mucho cuidado, como si los escalones y el trayecto hasta el coche estuvieran recubiertos de hielo; agarrándose a la barandilla con las precauciones de alguien casi ciego pero que todavía percibe gradaciones de luz.

¡Si fuese posible que se cayera! Que diera un paso en falso, que se escurriese y cayera, permitiendo así ver lo enferma que estaba, hasta qué punto no era ella, no había que culparla, al hacerse daño, descompuesta y llorosa.

Era una escena que, en una película, incluso en una de las escabrosas novelas gráficas de Darren, no acabaría de manera tan poco satisfactoria: la madre se ablandaría, regresaría corriendo, abrazaría (llorosa) a su hija (también llorosa); o si no se ablandaba, si no regresaba corriendo, por lo menos se volvería para mirar a la adolescente, sonreiría y le diría adiós con la mano.

Sé valiente, cariño. Sin mamá tendrás que ser valiente, pero lo lograrás.

Nada de eso sucedió. En pijama en el umbral, descalza, en la boca el sabor de algo negro y amargo, Naomi siguió mirando a su madre conforme ella se marchaba, sin ver apenas cómo se subía al automóvil que la esperaba, cómo el chófer cerraba tras ella la portezuela, daba la vuelta alrededor del vehículo para ocupar el asiento del conductor y ponía el coche en movimiento con mucha calma.

La hormiga

Su vida sería ya una vida pequeña. Ni siquiera la vida de una viuda. Una hormiga caminando cautelosa en torno al borde de un plato (sonrió al pensarlo). *Eso lo puedo hacer. Las fuerzas que me quedan me permitirán hacer eso.*

El Martillo

18 DE DICIEMBRE DE 2000-4 DE MARZO DE 2006

Juzgado de Broome County: 18 de diciembre de 2000

Juicio nulo.

¿Había terminado todo? ¿Iban a liberarlo? ¿Estaba... *libre*?

Porque, ¿cómo era que todo el mundo en la sala se alegraba tanto si no iban a liberarlo? ¿Por qué tanto júbilo entre quienes eran simpatizantes de Luther Dunphy? Al mismo tiempo que otros que le odiaban y que eran sus enemigos miraban sin ver, consternados e incrédulos.

Miembros del jurado, quedan ustedes relevados de sus funciones. Pueden marcharse.

El acusado queda bajo custodia. Alguaciles, encárguense de despejar la sala.

La voz del juez era monótona, desdeñosa. Hombre de pelo cano con el ceño fruncido que desapareció lo más deprisa que pudo por una puerta (privada) situada detrás del lugar donde se sentaba.

¡Creía que Dunphy era culpable! Ahora estaba claro y en aquel instante Luther sintió un estremecimiento de júbilo, de rebeldía.

Cerró los ojos y apretó los párpados para dar gracias al Señor. Entendió que el proceso había fracasado, que los miembros del jurado no habían votado para condenarlo. En la sala se oían voces cada vez más altas y gritos extáticos de *¡Luther! ¡Luther Dunphy! Dios te ha liberado.*

Se volvió entonces, en busca del rostro de su mujer y de sus hijos, que quedaban a su espalda. Se diría que durante los días del juicio los había olvidado, tan pocas eran las veces que los había mirado. Pero allí estaba Edna Mae, puesta en pie pero aturdida, su sonrisa insegura y confusa, y los ojos tan inundados en lágrimas que parecía imposible que pudiera ver a su marido; y Luke y Dawn, sus hijos, a los que apenas reconoció, porque habían crecido durante su ausencia del hogar, también de pie y mirando a su alrededor, sonriendo desconcertados.

Su abogado estaba muy contento.

Felicitó a Luther con un fuerte apretón de manos, y por la frialdad y lo húmedos y pegajosos que estaban sus dedos Luther entendió lo nervioso que había estado y su incredulidad de ahora. El abogado casi estuvo a punto de abrazarlo, pero Luther se mantuvo rígidamente distante.

—¿Me han... puesto en libertad? ¿Puedo volver a casa?

—No, Luther. Sigues detenido. Volverás al centro de detención. Pero *no te han condenado*... esa es la buena noticia.

Luther lo sabía. Era evidente, no podían dejarlo *en libertad*.

Había entregado su alma al Señor, no podía recuperarla ahora. Nunca volvería a ser un hombre corriente, a ser esposo, padre, hijo, todos los cometidos en los que se le había declarado incompetente.

—Buenas, buenísimas noticias, Luther. Llevará algún tiempo... me llevará algún tiempo hacerme cargo de que esta noticia es cierta...

Luther entendió entonces que también su abogado lo creía culpable. En la sala del juicio había habido una contienda de algún tipo en la que se enfrentaban abogados rivales, la fiscalía visiblemente con más ayudantes que la defensa, de manera que, pese a la gran desigualdad, el abogado de Luther no había perdido. Y no haber perdido suponía un triunfo para él.

El abogado era un hombre joven, de poco más de treinta años, con encías prominentes y una manera de sonreír que sugería la sonrisa nerviosa de un perro, y algo del cobarde entusiasmo de un perro.

—Presentaré una petición para que desestimen los cargos, Luther. Ese es el paso siguiente.

—Pero ¿no me puedo ir a casa? ¿No hay... fianza?

—Solicitaré la fianza. Pero no contaría con ella, puesto que la acusación son dos delitos de homicidio.

Dos delitos. Homicidio. Después de escuchar aquello, Luther no oiría nada más con claridad.

Quería protestar como había protestado muchas veces ya: no había disparado contra la segunda víctima. Desde el primer momento negó que hubiese abatido a Timothy Barron, pero insistían en acusarlo. Era el modo de ocultar que los ayudantes del sheriff habían matado a Barron por error, estaba seguro. No existía otra explicación posible. Todos los testigos habían mentado, incluido —algo que Luther no conseguía entender, de manera que había dejado de pensar en ello, porque la sabiduría de Jesús es que no sirve de nada llenarte el corazón de ansiedad si eres incapaz de superarla—

Stockard, el exsacerdote, que era amigo suyo. E incluso el reverendo Dennis, que había rogado a Jesús por él, no parecía haberle creído, pero *él no había matado a Barron*. A nadie parecía importarle aquella gran injusticia, ni siquiera a su abogado, que hablaba ya a la ligera y muy entusiasmado, alegrándose de la buena noticia del *juicio nulo*.

Los jurados no habían creído que hubiese matado a los dos hombres. O, más bien, no habían creído que fuese un *asesino*. Tal era el significado del «juicio nulo»: habían rechazado la argumentación del fiscal; aun así el juez no lo había puesto en libertad. Aunque no deseaba de verdad ser libre, le resultaba confuso seguir encarcelado.

Más adelante se lo explicarían: dos jurados se habían mantenido firmes contra los otros diez que habían votado *culpable*. Aquello le parecería la inconfundible voluntad del Señor, que había intervenido por medio de la gracia.

—¡Luther! ¡Luther! —en aquel lugar, entre desconocidos, le sobresaltó la voz ronca de Edna Mae.

De inmediato sintió miedo por ella: que su querida esposa, que había estado mal de salud, con los cabellos ya grises mal peinados y con ropa demasiado suelta e informe, como si fuese la ropa de una mujer mucho más gruesa, quedara expuesta a los ojos de desconocidos burlones en un momento en que Luther no podía protegerla como un marido debe proteger a su esposa.

—¡Luther! Gracias a Dios.

No estaba permitido o no debería haberse permitido, porque, como de costumbre, al acusado tenían que sacarlo del juzgado los ayudantes del sheriff; pero allí apareció Edna Mae llorando de alegría, y los hombres uniformados se apartaron, para que Luther Dunphy pudiera abrazar a aquella mujer que sollozaba, que se aferró a él murmurando palabras de tanta alegría, y al mismo tiempo de tanta congoja, que Luther no pudo absorberlas; porque también parecía que Edna Mae había creído que lo dejarían en libertad y regresaría a casa con ellos, si no en aquel mismo instante, muy pronto.

¡Pobre Edna Mae! Sus cabellos, que olían como a ceniza, transmitían fragilidad. Y su ropa olía a su cuerpo femenino sin lavar y lleno de ansiedad.

Y a continuación se acercó su querido hijo Luke, más alto de lo que recordaba, en cuyo rostro juvenil de huesos afilados también brillaban las lágrimas; y su hija Dawn, que no lloraba, sino que más bien reía con una especie de alegría animal, áspera pero exultante. Sus ojos, pequeños y muy

hundidos, brillaban como los de un lince, con luz repentina.

A sus otros hijos, los más pequeños, no los vio. Por un momento apenas fue capaz de recordarlos. Una chica, un niño... una bebé. *Creced y multiplicaos* era el mandato divino, y él había obedecido.

Ahora también Luther Dunphy estaba llorando, torpemente agachado para abrazar a esposa, hijo e hija hasta que los ayudantes del sheriff tiraron de él —«Señor Dunphy, hora de marcharnos»— y se lo llevaron.

Fuera, mientras caía una nieve ligera, le estaban esperando con pancartas, detrás del juzgado, miembros de la feligresía de San Pablo Misionero, sus hermanos y hermanas del Ejército de Dios, partidarios de Luther Dunphy a quienes no se había permitido entrar en la sala del juicio, y que lo aclamaban como se vitorea a un soldado que regresa victorioso de la guerra:

—¡Luther! ¡Luther! ¡Dios te bendiga, Luther!

En la calle había equipos de televisión, y gritos de periodistas:

—¿Luther? Luther, mire aquí.

Fogonazos de cámaras en manos de individuos que se acercaban mucho, arriesgándose a la ira de los agentes que les gritaban enfadados para que retrocedieran.

—¡Luther! ¿Le ha sorprendido el «punto muerto» del jurado? ¿Es eso una «señal de Jesús» y acabarán por declararlo inocente? Luther, ¿le importaría *sonreír*?

Fue tal su asombro ante aquel interés, semejante a un gran haz de luz cegadora que le latía en la cara, que Luther se detuvo, parpadeando desconcertado, por más que los ya impacientes policías se esforzaban por introducirlo en un furgón gris que llevaba en los costados en letras negras unas palabras muy poco exultantes: *Centro de Detención de Broome County*.

A decir verdad, se sintió aliviado. Agradecido de que cerrasen la puerta y de que el furgón se alejara a través de la multitud, porque ya no se le exigía que se diera por enterado.

Y dentro del juzgado, también había sido un alivio escapar de su familia: de su querida esposa, de sus hijos, de sus parientes apellidados Dunphy, con quienes no había tenido tiempo de hablar.

Llevaba grilletes en las muñecas. No en los tobillos, lo que era un gesto amistoso. Había una especie de áspera comodidad en aquel sitio ya familiar,

en la parte trasera y sin ventanas de un vehículo en el que ocupaba una especie de banco, cuya dureza sentía bajo las nalgas mientras transitaban por una carretera de firme agrietado que hacía saltar al furgón.

Hacía ya mucho tiempo que Luther no se *hundía* en un asiento, ni usaba un cojín o un colchón blando en algo que se pareciese a una casa. Si hubiera pensado en ello, habría sentido un estremecimiento de desprecio por la *blandura* de su vida anterior.

En intervalos como aquellos, en la transición entre el juzgado y el centro de detención, se sentía sobre todo en paz. Su cerebro estaba despierto pero tan vacío como un cielo de pálidas nubes a la deriva. No era feliz, pero tampoco desgraciado. Al apretarse la muñeca derecha con la mano izquierda y la muñeca izquierda con la mano derecha había descubierto que (sin moverse en el asiento) conseguía crear una tensión considerable en los músculos del brazo y del hombro y de esa manera fortalecerlos. Podía también llevar a cabo ejercicios semejantes con los músculos de la pantorrilla y del muslo sin moverse ni llamar la atención.

Incluso en la sala del juzgado, durante el interminable proceso, había podido ejercitar en secreto ciertos músculos.

Uno de los ayudantes del sheriff le estaba diciendo que un juicio nulo es algo que «no sucede con frecuencia», como un «empate» en una pelea, algo que «no le gusta a nadie».

Luther debía saber, le explicó el ayudante, que habría otro juicio. Sus tribulaciones no habían terminado aún. El fiscal del distrito de Broome County se jugaba su reputación y no iba a darse por vencido con tanta facilidad.

—Pero preveo que la próxima vez, Luther, serás un hombre libre cuando salgas del juzgado.

Hombre libre. Luther se preguntó si se burlaba de él.

El ayudante se había vuelto para hablarle a través de la reja de plexiglás que los separaba, mientras el otro agente conducía. Su tono era sincero y confiado. Qué sorprendente para Luther enterarse, aunque fuese con retraso, de que el más joven de los ayudantes no creía que fuese culpable, pese a vestir el uniforme gris azulado del departamento del sheriff y sin que él recordara que hubiese manifestado hasta entonces ninguna particular cordialidad ni solicitud hacia él.

Gracias, Jesús. Incluso entre nuestros enemigos hay amigos.

Aquello fue para él motivo de asombro. Porque varias veces había pensado —al sentirse como un animal cautivo en la sala del juicio, entre otros que podían deambular libremente según sus deseos y por donde les apeteciera— que si se apoderase del revólver reglamentario de uno de sus guardianes y lograra sacarlo de la funda, el otro policía y quizás otros hombres armados allí presentes lo acribillarían a balazos sin contemplaciones, solucionando todos sus problemas de una vez por todas.

—Porque, ¿me oyes, Luther?, hiciste lo que el resto de nosotros no tiene suficientes agallas para hacer, por eso. Matar a un asesino de bebés —el ayudante hizo una pausa, reflexionando—. Sí, hay que tener agallas.

A su lado, el otro ayudante condujo en silencio durante varios minutos. Luther notó la tensión en sus hombros y en su cuello y sintió que pensaba de otra manera, hasta que por fin habló, con amargura:

—Excepto que mató a Tim Barron. ¿Qué me dices de eso?

—Bueno, ¡santo cielo! Puede decirse que Barron tuvo muy mala suerte. Porque no fue lo que se dice premeditado.

—Escucha, yo conocía a Tim Barron. Era un excombatiente de Vietnam y un tipo estupendo; nadie tendría que haberlo matado de un tiro, que fue lo que hizo este cretino hijo de puta creyéndose que es Jesucristo todopoderoso.

El primer ayudante, avergonzado, guardó silencio.

En la parte trasera del furgón, Luther Dunphy cerró los ojos y los oídos.

«En verdad te digo, hoy serás conmigo en el paraíso»

Aquello fue mucho tiempo atrás. Porque ahora era ya una chica mayor.

Escandalizada y asombrada, decía no entender cómo nadie podía *matar a un bebé*.

Con voz sonora, aunque se tratase de una chica, hablaba como alguien dentro de un enorme recipiente metálico, quejándose, ofendida, sin expectativas ni esperanza de que nadie la oyera.

Era la voz llorosa de su infancia; la voz que le habían arrebatado cuando le quitaron a su papá. Eso era lo que llegaría a creer.

¡Matar a un bebé! Le costaba respirar, se estremecía al pensarlo.

Ella nunca podría hacer algo así.

Aquello fue antes de Daphne. Pero en sus recuerdos se confundía con Daphne, la hermanita *que-no-estaba-del-todo-bien*.

A su madre la había afectado muchísimo. Se resistía a hablar de aquel tema, que despertaba la curiosidad de sus hijos desde que su padre se había incorporado a lo que denominaban en el pueblo una *vigilia de oración*, delante de un edificio llamado centro para mujeres. Aunque su padre se mostraba reticente sobre la finalidad de la *vigilia de oración* y rechazaba que se le hicieran preguntas al respecto en un tono que ya era un aviso para que no se insistiera, cuando él no estaba Dawn quería saber más, y le tiraba a mamina del brazo, sin dejarla tranquila hasta que mamina respondía.

No te pegues a mí como una lapa, vete al diablo, le decía, odioso, su hermano Luke, porque de pequeña Dawn tenía una manera de acercarse un poco agresiva, alzando la desconcertada, perpleja, incrédula e indignada cara hacia otra cara, lo que (a la larga llegó a saberlo) era una equivocación, un error que ofendía a los demás y provocaba que la empujasen sin miramientos para apartarla, si bien, llevada por el asombro, a menudo no hacía caso,

porque era imperativo que supiera, *tenía que saber*; de manera que multiplicaba sus exigencias con mamina (más débil que otros adultos), y mamina siempre acababa por ceder si Dawn persistía.

Porque en aquella época mamina era una madre amantísima. Una madre joven que no había cumplido aún treinta años. Con los embarazos había ganado hasta diez kilos, que le rellenaban las caderas, los pechos, las mejillas. Su cara era bonita aunque sosa, y tan redonda como un plato; los ligeros pliegues en las comisuras de la boca eran el resultado de muchas sonrisas ansiosas, porque como madre joven, esposa joven y joven nuera, Edna Mae abrigaba la esperanza de causar una buena impresión en los padres de su marido, dado que era una persona que se proponía *complacer*. Su piel era naturalmente sonrosada.

Pero era también una jovencita tímida. Mujer ya, seguía siendo la misma jovencita. Había algunas cosas de las que no se hablaba, ni siquiera entre marido y mujer, y desde luego no se hablaba de ellas con los hijos, como tampoco se abordaban (cómodamente) con los padres de uno. Por lo que fue con mucha vergüenza, sin mirar a su hija a la cara, como Edna Mae le contó a Dawn en voz muy baja que en realidad las mujeres no mataban *a los bebés que ya habían nacido* sino, más bien, *a los que estaban todavía por nacer*.

—¿Cómo hacen eso? —preguntó Dawn con una risa de incredulidad—. ¿Dónde está el bebé si no *ha nacido* todavía?

Siempre muy avergonzada, Edna Mae trató de explicarle que un bebé estaba dentro de la tripa de su madre antes de nacer. (Porque, ¿no había visto Dawn a Smoky, la vieja gata gorda de la tía Noreen, que estaba «hinchada» con gatitos la mitad del tiempo? Pues algo parecido.) Un bebé pasaba nueve meses dentro del vientre de su madre antes de nacer y durante ese tiempo se le podía hacer daño si se hacía daño a su madre o (Edna Mae apenas fue capaz de forzarse a pronunciar aquellas palabras) si ella misma se hacía algo, o se lo hacía a su vientre o al bebé que llevaba dentro, lo que provocaba *su muerte*.

Dawn se quedó muy quieta. Oyó aquellas asombrosas palabras sin registrarlas por completo todas ellas, todavía no.

Despacio, como si estuviera encontrando su camino en una habitación a oscuras, Edna Mae dijo que —según creía ella— tales madres no entendían de verdad que *se estuviera matando a un bebé*. Las mujeres (¡vaya, algunas no eran más que chicas!) creían que la muerte que estaban provocando no era

la de un bebé sino (Edna Mae no lo tenía nada claro) una cosita atrofiada como un gatito que no tiene alma.

También aquello dejó perpleja a Dawn. ¿Por qué querría nadie matar a un *gatito*?

Edna Mae vaciló al no saber si debía revelarle que muchas personas (incluido el abuelo paterno de Dawn en Mad River) se deshacían de gatitos no deseados —y de perritos— todo el tiempo porque, bueno, no los querían conservar; pero decidió no contarle todo aquello a su hija, bastante agitada ya; Dawn se enteraría por su cuenta demasiado pronto, incluso.

Edna Mae dijo que a las mujeres —y a las chicas— no les apetecía cargarse de hijos porque no querían renunciar a su vida egoísta y porque (creía ella) no entendían bien, si nadie se lo había explicado, que un bebé es un *alma viva que viene de Dios*.

Además, no querían un bebé porque les crearía problemas para trabajar o por razones de dinero; o porque no estaban casadas y no querían criar a un hijo solas; o porque no estaban casadas y se avergonzaban de tener un hijo sin un padre, o un marido...

—Espera —protestó Dawn—. ¿Cómo se puede tener un bebé si no hay *un padre*?

La vergüenza de Edna Mae se hizo aún más intensa. En lugar de mirar a Dawn, no quitaba ojo al umbral de la cocina, como si esperase que alguien lo cruzara e interrumpiese la conversación.

Dawn no sabía exactamente cómo las madres y los padres conseguían que naciera un bebé. Gracias a observaciones maliciosas de su hermano, y de otros chicos, estaba al tanto de que había algo prohibido en el asunto que solo sabían las personas mayores y que quizá estuviese mal preguntar. Pero debía preguntarle a su madre cómo podía existir un bebé en ausencia de un *padre*. ¡Una cosa así carecía de sentido!

Pero Edna Mae se había puesto coloradísima y no podía hablar.

—Entonces —preguntó Dawn—, ¿por qué Jesús no se lo impide?

Con una mueca de dolor, Edna Mae miró de nuevo hacia el umbral de la cocina. Pero no había aparecido nadie.

De mala gana, explicó:

—Bueno... Jesús se lo impide a algunas. Las mujeres malas. Jesús las castiga. Después de librarse de sus bebés nunca vuelven a estar bien de la cabeza, ni consiguen engendrar bebés cuando los quieren, y en el noventa por

ciento de los casos tienen más probabilidades que otras mujeres de... de morir de...

—¿De qué, mamina? ¿Morir de qué?

Edna Mae no consiguió llegar a murmurar las horribles palabras en voz alta, pero se inclinó para susurrar en el oído de la extasiada niña lo que a Dawn le sonó como *cáncer de mimo* y *cáncer de otro*.

Años más tarde, después de que detuvieran al padre de Dawn y se lo llevaran, y nadie en Muskegee Falls hablara de otra cosa que de lo que Luther Dunphy había hecho en el Centro para Mujeres de Broome County en una mañana corriente de un día entre semana, Dawn le volvería a preguntar a su madre por qué Jesús permitía que sucedieran cosas así, y Edna Mae le contestaría que esa era la razón de que su padre hubiese obrado como lo había hecho: para impedir que se matara a bebés inocentes.

—No había nadie más para hacerlo por Jesús. Solo tu padre —Edna Mae hizo una pausa como si buscara las palabras y luego añadió, sin pararse a respirar—: «Hoy... hoy serás conmigo en el paraíso».

¿Qué querían decir aquellas palabras? ¿Acaso lo sabía la propia Edna Mae? Habían salido de sus labios como algo reprimido durante mucho tiempo.

Ya no era la joven mamina de pocos años antes, sino una mujer ajada y llena de ansiedad con temblores en los párpados y en las manos. Dado lo mucho que le costaba dormir por la noche, el doctor Hills le había prescrito una determinada clase de comprimidos —*Oxy-con-tin*— que le hacía estar soñolienta gran parte del tiempo y, cuando no, agitada e irritable. A Dawn le parecía que, cuando su padre disparó contra los dos *asesinos de bebés* al otro lado del pueblo, de algún modo había disparado también contra mamina; se oía hablar de accidentes así en épocas de caza, cómo una lluvia de perdigones alcanzaba (de algún modo) a un segundo cazador, aunque (según mantendría el responsable) no había apuntado a ningún sitio cercano. Las explicaciones a posteriori eran siempre vehementes: se trataba de errores *accidentales*. Nadie tenía la culpa porque eran *accidentales*. Y ahora a menudo, en medio de una conversación, incluso en medio de una comida, los hijos mayores estaban ya preparados, su olvidadiza madre quizás dejaba de hablar y se hundía en un sueño ligero, incómodo de presenciar, párpados cerrados y boca que tendía a

abrírsele como la boca de un pez.

Pero en aquella ocasión, cuando el efecto del poderoso comprimido parecía haberse pasado, y aún no se advertía la agitación nerviosa, Edna Mae hablaba con apasionamiento a su hija mayor. Su visión parecía nítida y vigilante y sus ojos enfocaban el rostro de Dawn de una manera tan decidida que su hija se sintió más orgullosa de mamá de lo que se había sentido desde hacía algún tiempo. Y mamá sonreía como si hubiera alcanzado algo semejante a un triunfo. Dawn no tenía una idea precisa de lo que significaban aquellas palabras, pero las reconoció como procedentes de la Biblia, las palabras de Jesús en la cruz llamando a su Padre en el cielo, o de uno de los sermones del reverendo Dennis, y entendió que su significado era una buena noticia, un canto de alegría y no una lamentación.

Hoy serás conmigo en el paraíso.

La joven cristiana

«Confía en Jesús. Si Jesús habita en tu corazón, no puedes hacer el mal. Y a ti no se te hará mal alguno.»

Era lo que le habían contado. Al visitar a papá en el centro de detención, el capellán, ministro baptista jubilado y (según le explicó él mismo, con orgullo) antiguo misionero en el oscuro continente de África, le dijo aquellas palabras con las que estaba familiarizada aunque no podían ser una invención suya, puesto que no tenía «facilidad de palabra» como les sucedía a otras personas. Pero entendió al capellán, y entendió también, por la tranquilidad en el rostro de su papá, que era un rostro cansado y sin embargo tranquilo, un rostro que había superado las inquietudes de la gente corriente, que aquel iba a ser el vínculo entre ellos dos, y entre todos los Dunphy, un vínculo que perduraría para siempre.

(Pero ¿era cierto? Cuando estaba sola y se sentía triste, no lograba recordar las palabras consoladoras de los adultos. ¿Podía confiar en Jesús?)

No le contó a nadie que había empezado a tener miedo. Porque en su corazón había surgido la duda de si podía confiar en Jesús.

Era como sucedía en la televisión que iba a ver en casa de una chica vecina suya (porque mamá y papá no permitían que en el pequeño televisor familiar se sintonizaran programas como aquellos), donde oías hablar a la gente de una manera que parecía normal, pero luego venía la música, música que daba miedo, que la gente de la televisión no parecía oír, pero que debería haberlos avisado de que algo iba mal y de que algo muy malo sucedería a los pocos minutos. Daba tanto miedo que a duras penas lo soportabas y lo que te apetecía era taparte los ojos.

Porque no se podía olvidar que Jesús había urgido a su papá para que acabara a tiros con los *asesinos de bebés*, pero ahora (al parecer) Jesús lo había abandonado en el Centro de Detención para Hombres de Broome County, donde solo podían ir a visitarlo una hora los sábados. Y ni siquiera entonces si algo iba mal y las instalaciones estaban «en cuarentena», pues los guardias los despedían sin miramientos y con sonrisas de suficiencia en la puerta principal.

Bastaba una visita a las feas instalaciones del centro de detención, situadas en una colina sobre Mad River y semejantes a una de las viejas fábricas textiles abandonadas, para entender que ¡Jesús no estaba en ningún lugar cercano a un sitio tan cutre! Nada más que presos, junto a carceleros que no podían conseguir sueldos decentes en ningún otro sitio, y visitantes de cara triste amontonados en una maloliente antesala del infierno.

Cutre era una nueva palabra que Luke utilizaba a menudo en el nuevo lugar adonde habían ido a vivir. Era muy probable que Dawn recogiese lo que Luke decía como esos arrancamochos que se te pegan a la ropa y luego se van enganchando por todas partes.

Putá mierda era otra expresión. Pero además malas palabras.

Los hijos del matrimonio Dunphy se quejaban a su madre: ¿cuándo volvería papá a vivir con ellos?

Con la excepción de Luke. Luke, que era el mayor, no se quejaba ni a Edna Mae ni a nadie. Escuchaba en silencio las palabras, llenas de vacilaciones, con las que su desconsolada madre trataba de aplacarlos, pero la expresión de profunda tristeza y rabia de su rostro hacía pensar que no se creía ni una sílaba de lo que decía la pobre mamá.

—Papá estará pronto en casa. Habrá un juicio y después papá volverá a casa —Edna Mae hizo una pausa, jadeando un poco. Sonrió y sus ojos húmedos se movieron dentro de las órbitas en un tímido intento de quitar dramatismo a la conversación—. Aún es un secreto, pero el reverendo Dennis ha dicho que el gobernador puede «conmutar» la sentencia... si es que hay una. El gobernador es un cristiano que cree firmemente en el derecho a la vida.

Más de una vez durante un periodo de meses y, a la larga, incluso pasado un año desde la detención de su marido, Edna Mae repetía aquellas emocionadas palabras, más o menos de la misma manera, haciendo referencia al gobernador del estado de Ohio; y Dawn fruncía el ceño hasta lo indecible

para preguntar:

—Y entonces... ¿qué? ¿Papá volverá a casa?

—Papá volverá a casa.

—Pero ¿qué significa «conmutar», mamá?

Conmutar. Una palabra extraña que nunca oirías excepto posiblemente en la televisión o en un juzgado. *Con-mutar*.

—¡Significa lo que dice! El gobernador tiene el poder de devolvernos a papá incluso si hay un juicio. Sin que importe el resultado del juicio.

Edna Mae estaba muy alterada. No había más que hablar.

Y, sin embargo, sus palabras flotaban en el aire. Porque había algo terrible en ellas que los niños preferían no plantearse: la idea de que el nuevo sitio al que se habían mudado para vivir con Mary Kay Mack, la tía de Edna Mae — una casa de madera a las afueras de Mad River Junction—, estaba ya tan abarrotado que no habría espacio para un hombre del tamaño de su padre.

No había espacio en absoluto para un hombre.

—¿Por qué hacen eso? —por algún motivo la enfurecía, aunque posiblemente no era más que una broma, un estúpido chiste de chicos, como cuando en el instituto sacaban y metían la lengua muy deprisa y estallaban en risas de simios mientras las chicas trataban lo mejor que podían de no darse por enteradas.

—¿Hacen qué?

—*Eso*.

Muy enfadada señaló hacia lo alto. En Mad River Junction, en el barrio de su tía, situado sobre una estúpida colina de laderas muy pronunciadas, Dawn miraba hacia el ofensivo espectáculo de los cables de la electricidad: viejas zapatillas de deporte, muy desgastadas, atadas por los cordones y arrojadas sobre los cables para dejarlas allí colgadas, como pies sin su cuerpo correspondiente.

Los primeros días después de mudarse, Dawn los había contado en Depot Street: uno, dos y tres pares, estúpidas zapatillas del carajo, las contó cuatro, cinco veces, torciendo el cuello, con una mueca dirigida hacia lo alto y el corazón acelerado por la furia.

—Sí, es de lo más absurdo. Una cosa muy estúpida.

—¿Quién lo hace?

—¿Quién? ¿Cómo quieres que lo sepa?

Nadie era capaz de explicarlo. Dawn estaba hasta el gorro, porque las zapatillas la forzaban a alzar los ojos muchas veces y parecían en aceptable buen estado y no más sucias ni más gastadas que las suyas.

Tenía otra razón para que no le gustase Mad River Junction, y era el olor a creosota que se metía por todas partes y que procedía del extenso patio de clasificación de trenes al pie de la colina donde estaba la casa de su tía. Además, allí nadie los conocía como se los conocía en Muskegee Falls antes de lo que le había sucedido a su padre, así que todo lo que se decía de ellos era *Esa gente nueva, ya sabes: la familia de Luther Dunphy, que se ha venido a vivir aquí.*

O: Ese chiflado que mató a gente en Muskegee Falls con una escopeta y se lo han llevado a un manicomio. La mujer y los hijos.

Tenía trece años. Y con el tiempo cumplió los catorce.

Al pasar del instituto de Muskegee Falls al de Mad River había perdido un curso. Dawn odiaba las clases de Muskegee Falls, pero a raíz de la muerte del señor Timothy Barron (fue la explicación que le dieron) era tal la animadversión contra los Dunphy que no podían seguir viviendo en su casa de toda la vida pese a que (eso no se lo explicaron del todo pero Dawn lo entendió) la Iglesia de San Pablo Misionero y algunos «donantes» del Ejército de Dios los ayudarían económicamente mientras su padre no estuviera en condiciones de atender a las necesidades de su familia.

Pero en su nuevo pueblo Dawn tuvo problemas más graves con la «comprensión lectora» y con las «destrezas de redacción» de los que había tenido en Muskegee Falls. La aritmética se llamaba ahora matemáticas, un vertiginoso remolino de numerales que le daba náuseas.

Será mejor que su hija repita curso. De esa manera tendrá un fundamento más sólido sobre el que edificar y poder avanzar.

También Luke habría tenido que repetir curso, pero como ya había cumplido los dieciséis, la edad legal en Ohio para dejar los estudios, se limitó a encogerse de hombros y les dijo que se fuesen a la mierda, que lo dejaba y que ya había tenido bastante de *institutos de mierda a cual más cutre.*

Dawn no quería dejar de estudiar, todavía no. No quería disgustar a su padre en un momento así.

Y sin embargo: tenía catorce años y estaba en segundo de secundaria (curso que había terminado en Muskegee Falls), así que les sacaba una cabeza a las otras chicas y medía lo mismo que los chicos más altos.

Le había suplicado a la directora, que usaba unas gafas muy cursis, que le permitiera repetir el examen, porque pensaba que la segunda vez se acordaría de las respuestas, pero no le sirvió de nada: en el segundo examen cambiaron todas las preguntas y sacó peor nota que en el primero.

—Repetir curso no será tan malo después de todo. Irás un poco por delante de los otros alumnos, Dawn. ¡Míralo desde esa perspectiva!

Había crecido bastantes centímetros en solo un año. Medía un metro sesenta y cinco y pesaba cincuenta y nueve kilos. La preocupación por su padre le dejaba una permanente sensación de vacío en el estómago que era preciso llenar. El suyo era un cuerpo sólido de novilla, con hombros y brazos y piernas y muslos robustos, siempre empeñados en lograr que se agachara, para estar mejor protegida. Sus pies eran tan grandes como los de su hermano Luke, y se agarraban al suelo con la firmeza de unas pezuñas.

Luke y Dawn veían boxeo por televisión en casa de su tía abuela cuando todo el mundo estaba ya en la cama. Edna Mae no tenía allí el control sobre la televisión que había tenido en Muskegee Falls, donde, cuando su cutre televisor viejo había dejado de funcionar, tardó meses en hacer que lo arreglaran y de todos modos no se les permitía ver nada interesante.

Los combates de boxeo los daban en uno de los canales por cable, de diez a doce de la noche. Los boxeadores favoritos de los dos hermanos eran Roy Jones Jr., Floyd Mayweather, Arturo Gatti y Mike Tyson, que ya no era campeón de los pesos pesados, pero al que se podía ver en combates antiguos: Mike Tyson, el Hombre de Hierro.

Vitoreaban a los vencedores. Se burlaban de los vencidos que perdían sangre sobre la lona.

—Podría boxear tan bien como algunos de esos —dijo Dawn un día—. Seguro que podría.

—Apuesto a que *no*.

—Ahora hay chicas que boxean. Podría ser una de ellas.

—El boxeo de mujeres es un camelo. A la gente solo le gusta ver cómo se les menean las tetas y el culo. No te hagas ilusiones.

A Dawn se le encendió la cara. Su hermano era como la mayoría de los chicos que conocía, y sabía decir cosas desagradables que te desconcertaban,

te hacían callar y te herían en lo más hondo, sin darse cuenta al parecer de que lo hacía. O, si se daba cuenta, le traía sin cuidado.

Parecía como si, ahora que su padre faltaba y su madre estaba enferma o durmiendo la mayor parte del tiempo, no hubiese nadie en la casa que oyera las cosas groseras y desagradables que decía Luke, mientras que antes nunca se hubiera atrevido. Y también Dawn decía palabrotas cada vez más a menudo, como si la lengua no le cupiera en la boca y fuese incapaz de controlarla.

Cabrón. Joder. Palabras así le venían a la cabeza y la llenaban de vergüenza y de consternación, ante la idea de que Jesús fuese a oír semejantes inmundicias.

Pero Jesús entendía. Jesús no *juzgaba*.

Testaruda, le dijo a Luke:

—De todos modos, apuesto a que podría. Si lo intentara.

—¿Si intentarás qué?

—Ser boxeadora.

Luke se rio, desdeñoso.

—Un boxeador usa los pies para moverse deprisa —dijo—. Un boxeador usa la cabeza para saber qué es lo que tiene que hacer. No se queda quieto como un imbécil para que le den en la cara y caiga al suelo hecho un guiñapo: *fuera de combate* —Luke se rio de manera desagradable, como si viera un espectáculo así en la televisión en aquel momento.

—Si me entrenara, sabría mejor lo que tengo que hacer. Usan el *jab*, ¿te das cuenta? —Dawn atacó con la izquierda, ferozmente.

Solo mantener el brazo en la postura adecuada y repetir varias veces el mismo golpe requería un verdadero esfuerzo. Al cabo de un segundo o dos le pesaban los brazos.

Luke volvió a burlarse de ella:

—¿Crees que mamá te dejaría exhibirte en público medio desnuda, con una camiseta de nada y unos pantaloncitos cortos...? ¿O *él*?

Ahora se tenía todo el tiempo la impresión de que Luke se refería siempre a su padre como *él*. Desde que lo detuvieron y se lo llevaron a la cárcel, Luke hablaba muy pocas veces de *papá* o de *mi padre*.

¡Era tan irrespetuoso! Cuando la conversación giraba en torno a *él*, conseguía que Dawn se entristeciera.

—En cualquier caso —dijo Luke—, va en contra de las enseñanzas de

Jesús: «Al que te hiere en una mejilla, ofrécele la otra».

Cualquiera pensaría que Luke bromeaba. Pero Luke nunca bromeaba cuando se trataba de Jesús. Le había hablado a Dawn del aparte que el reverendo Dennis hizo con él, tras la detención de su padre, para decirle que ahora que faltaba Luther («por una temporada, no sabemos cuánto tiempo») le correspondía al hijo mayor ocupar su sitio, lo mejor que pudiera. Iba a ser un tiempo de dificultades para todos ellos, no solo para los Dunphy, sino también para sus amigos y vecinos y la feligresía de la iglesia, todos puestos a prueba. Les dirían cosas terribles y se dirían de ellos cosas igualmente terribles, pero no debían flaquear ni rebajarse al nivel de los enemigos que odiaban a Jesús.

—Ofrecer la otra mejilla es la prueba más dura a la que tiene que enfrentarse un cristiano —Luke hablaba dominado por la emoción o la ira, no era posible saber cuál.

Jesús caminaba a su lado. Subiendo la cuesta de Depot Street se dio cuenta, sobresaltada, de que estaba con ella. Porque Jesús *no decía nada*.

Sola y compadeciéndose a sí misma como cualquier chiquilla tonta y llorona, y allí estaba Jesús a su izquierda, porque era siempre en el lado izquierdo, donde había una especie de nube en el límite de su visión; y Jesús le daba un codazo suave, tan ligero como un visillo agitado por la brisa, y le decía con su voz más dulce *¡Regocíjate!* Y Dawn decía *¿Sí? ¿Por qué?* Y Jesús respondía *Porque hoy serás conmigo en el paraíso*. En aquel instante todas las dudas y las sospechas se derritieron y fue como hacía mucho tiempo, cuando aún no se habían llevado a su padre y antes también de que Daphne desapareciera y nunca volvieran a ver a su hermana pequeña.

Aquellas palabras eran como música para sus oídos. Eran palabras que había escuchado en la iglesia el Viernes Santo. En el momento de oírlas no las había entendido del todo, porque cualquier cosa relacionada con la iglesia le costaba entenderla, cualquier mensaje público, destinado a que otros lo oyeran y que, en consecuencia, la desbordaba por completo. Por alguna razón le costaba mucho concentrarse cuando había otras personas a su alrededor, era como viajar en un coche, porque conducía otro, no tú; de manera que no prestabas atención a por dónde ibas.

Luke tenía carné y conducía ya. Edna Mae no, o casi nunca. Y Luke era un

conductor hábil, diestro a la hora de aparcar, capaz de ir marcha atrás, en cuidadosas aceleraciones breves, como si llevara conduciendo toda la vida.

Ahora que había dejado los estudios, Luke trabajaba para el condado. El suyo era un trabajo al aire libre, reparar y despejar carreteras, y retirar los residuos que dejaban las tormentas, además de la nieve. De no ser por los impuestos, habría ganado un sueldo muy bueno. Dawn se sentía decepcionada, porque su hermano se había marchado de casa de la tía Mary Kay tan pronto como le fue posible.

Porque hoy. Conmigo en el paraíso.

Lo que quería decir que Dawn Dunphy había sido elegida por alguna razón especial, de la misma manera que Luther Dunphy. La elección ya estaba hecha y no era posible cambiarla.

De todos modos tenía que preguntar si su padre volvería pronto a casa. Y Jesús le susurró *Tu padre volverá a casa cuando haya un hogar para él. Reza.*

Padre nuestro que estás en los cielos.

Se ponía a rezar tan pronto como se despertaba por la mañana. Dormirse por las noches era descender por una escalera, y cada escalón una oración hasta que el último, ni más ni menos... ¡desaparecía!

No se subía al autobús escolar con sus hermanos pequeños Anita y Noah. Prefería ir andando al instituto: tres kilómetros de ida y tres de vuelta. Sus pies, tan sólidos como pezuñas, le permitían avanzar a buen paso. Sus muslos poderosos se hacían cada vez más firmes, más fuertes. Y mientras andaba, rezaba. Paso a la derecha, paso a la izquierda: cada paso una oración. Y cada baldosa de la acera, una oración. (Pero nunca podía pisar las grietas del suelo, porque eso anulaba todas las oraciones precedentes.) Al acercarse al nuevo instituto, donde se cursaba el primer nivel de secundaria, no se atrevía a alzar los ojos (para ver quién podía estar observándola), sino que se concentraba con toda su alma en el suelo, con su complicada red de grietas. Porque incluso la más insignificante tenía el poder de anularlo todo y de burlarse del Señor.

Los timbres que sonaban en los pasillos le hacían daño en los oídos. También allí se detectaba burla si se escuchaba con atención.

El primer día de clases tuvo que ir sola. Porque a Edna Mae le tocaba

llevar a sus hijos pequeños a la escuela primaria y la tía Mary Kay trabajaba en Walmart: la jornada laboral en el almacén empezaba para ella a las cuatro de la madrugada. Por supuesto Dawn Dunphy estaba ya matriculada en el nuevo instituto (Mary Kay se había ocupado de ello), así que solo era cuestión de volver a clase un lunes por la mañana. Pero algo así como las garras de un ave de presa le apretó el corazón con la frialdad del hielo tan pronto como empujó la puerta principal del edificio para entrar, así que tuvo que darse la vuelta y huir a ciegas; y al día siguiente llegó un poco más lejos, hasta el umbral del aula que le habían asignado, y de nuevo salió huyendo porque no podía respirar; pero el tercer día consiguió entrar en la clase, sin dejar de mirar al suelo, jadeante y estremecida, y la profesora, a la que conocía como señorita Schine, le habló amablemente:

—¿Eres Dawn? ¿Dawn Dunphy? ¡Bienvenida!

En la cafetería sentía los ojos de sus compañeras como cristales rotos. Notaba en la piel los cortes superficiales por los que brotaba la sangre.

—¿Me puedo sentar aquí?

—De hecho no. No puedes.

Sonrió, envarada. Sintió cómo le subía hasta la cara la sangre caliente y supo que su angustia era visible y que eso haría que se rieran todavía más de ella, pero de todos modos sonrió porque era eso lo que Jesús enseñaba.

—Hay muchos asientos allí. ¿Los ves?

—Vale. Gracias.

¡Gracias! Los ojos reían ya, porque era una respuesta muy de cobarde. Con el rostro encendido se volvió sin ver y fue a otra mesa donde había chicos despatarrados en medio de un grasiento amasijo de bolsas de papel, platos de cartón, relucientes manchas húmedas. Risas de hiena y gemidos de hilaridad reprimida. Y aquí también los ojos se pasearon por ella, pero ya no se trataba de los afilados ojos cortantes de las chicas, taimados y de soslayo; estos otros eran desafiantes, intrigados.

—Qué tal. ¿Te vas a sentar con nosotros, Do-en?

Do-en era la manera que tenía la señorita Schine de pronunciar su nombre de pila. *Do-en Dun-phy* pronunciado con un cuidado tan extremo, tanta preocupación y franca incomodidad, que se había convertido en un chiste.

—No te vamos a morder, Do-en.

Rieron. Como perros que gruñen enseñaron los dientes, entrechocándolos.

Sin pensárselo más, buscó una silla y se sentó. Le zumbaban los oídos. Ya no se atrevía a acercarse a otra mesa. Pero no se colocó de cara a los chicos, ni exactamente en la mesa. Solo en una esquina de la pegajosa superficie de formica donde podía sacar su almuerzo de la arrugada bolsa en que lo llevaba y retirar del papel encerado los sándwiches que ella misma se había hecho por la mañana: lonchas de queso *cheddar* de brillante color naranja untadas de mostaza entre rebanadas de pan de molde. Y galletas de jengibre agrietadas o rotas y sin embargo deliciosas. Comió de espaldas a los chicos con la esperanza de que no la vieran. Agachó la cabeza y devoró los sándwiches como podría hacerlo un perro, deprisa, casi de manera furtiva, temeroso de que le arrebatan lo que está comiendo.

Los otros estaban encantados. Se frotaban el cuerpo, el pecho, la tripa, los muslos, las ingles. Algo mayores que ella, eran chicos grandes, ruidosos, a los que evitaban otros alumnos. Desde su sitio en la esquina de la mesa, Dawn hizo caso omiso de todos ellos. Jesús decía *no te abandonaré ante tus enemigos*.

—Eh, Do-en.

Trató de no hacerles caso. Pero tampoco se atrevía a provocar su enfado, eso lo sabía.

—¿Vas a darnos alguna galleta?

Lo que le apetecía decir era *No*, pero lo que Jesús la exhortaba a que respondiese era *Sí, vale*.

No sonrió. Con el ceño fruncido pasó las galletas de jengibre a los chicos, todas menos una: la más agrietada y desmoronada se la guardó para ella.

Billy Beams devoró la suya chupándose los dedos. Sonreía absurdamente, aunque estaba (eso parecía) un poco disgustado al ver que Dawn Dunphy se la había dado de tan buena gana.

«Billy Beams» era como Dawn creía que se llamaba aquel muchacho. Solo había oído su nombre en clase, sin verlo nunca escrito.

Estaba en tercero de secundaria y llevaba un año o dos de retraso. Había tenido que repetir algún curso y ahora sus amigos eran chicos más jóvenes.

—¿Sabes cómo estarías más guapa, Do-en Dunphy?

A Dawn no le interesaba saberlo. Medio de espaldas a los chicos, se preparaba ya para escapar, pero no perdía la esperanza de que ellos decidieran marcharse, porque el timbre para las clases de la una estaba a

punto de sonar.

Los chicos reían a mandíbula batiente. ¿Había dicho Billy Beams algo que ella no había oído? No quería volverse hacia él. Se estaba preparando para ponerse en pie de un salto y salir corriendo; pero Jesús la instó a que se quedara un minuto más, para demostrar que no tenía miedo.

Billy Beams se había apoderado de una bolsa de papel y, sosteniéndola del revés, pretendía colocarla sobre la cabeza de Dawn, así que los otros chicos aún reían más fuerte, y Dawn retrocedió, avergonzada.

—... así, Dun-phy.

Con el rostro encendido, se puso en pie de un salto, moviendo torpemente la silla a un lado. Era todo lo que podía hacer: marcharse corriendo de la cafetería. No se volvió a mirar a sus atormentadores, que aullaban y gritaban, ni a Billy Beams, que era a quien más se oía y el más grosero; y allí donde Jesús tendría que haber estado, muy cerca para consolarla, para murmurarle al oído, Dawn se dio cuenta de que no había nadie.

Descubrió que el nombre de pila de la señorita Schine era *Penelope*.

No tenía ni idea de cómo se pronunciaba «Pe-ne-lo-pe», pero le parecía un nombre muy hermoso, como algo sacado de una canción.

Aunque la señorita Schine era dos o tres centímetros más alta que Dawn Dunphy, solo tenía la mitad de su cintura (¡por lo menos lo parecía!); su rostro, largo y delicado, y sus ojos, cálidamente amistosos, se «iluminaban» cuando se reía: la señorita Schine podía burlarse de ti, pero se trataba de una burla amable, y no de la hiriente tomadura de pelo de otros profesores.

¿Era guapa la señorita Schine? ¡Dawn así lo creía!

Aunque oía decir a otros que la señorita Schine tenía *cara de caballo* y que su pelo, hermoso y muy suelto, era *muy raro*, Dawn pensaba que la señorita Schine era muy guapa y le encantaba que su pelo, de un color castaño apagado, mezclado con cabellos más oscuros y ligeros, brillara al sol cuando se quedaba quieta al lado de la ventana situada junto a la pizarra... el pelo de la señorita Schine le resultaba fascinante. Y su voz era como algo líquido que resplandeciera con la luz.

—¡Buenos días, Dawn! ¡Qué mañana tan hermosa! ¿Verdad que sí?

En el trato con la señorita Schine resultaba muy agradable que, si te preguntaba algo, no hacía falta responder, excepto con un ligero movimiento

de cabeza para indicar *sí*. Porque era como si estuviese hablando contigo, y podías participar en esa conversación tan solo con atender y asentir con la cabeza o murmurando *sí, vale*. Y a veces ¡parecía tan inteligente y tan feliz! Solo con escucharla bastaba para que también tú te sintieras inteligente y feliz.

Pronto llegó a sus oídos que se iba a celebrar un segundo juicio.

Por segunda vez *El pueblo del Estado de Ohio contra Luther Amos Dunphy*.

A sus hijos se les explicó que era una buena noticia. Porque, al parecer, su papá solo podía volver a casa si un nuevo juicio restituía su buen nombre.

Tendría lugar en el juzgado de Broome County, igual que el primero; el juez sería el mismo y el fiscal también, así como el defensor de oficio; y cuando Dawn lo oyó se echó a reír despectivamente preguntando qué sentido tenía un estúpido segundo proceso si todo era igual que en el primero; y su tía Mary Kay dijo con engreída satisfacción, porque no le gustaba el descarado de su sobrina:

—No, no, Dawn. Estás equivocada. No será todo igual. Los miembros del jurado serán distintos, del primero al último.

No podía respirar. No podía estarse quieta. En el aula con excesiva calefacción brotaba de su cuerpo un sudor grasiento, y tanto la nuca como el pelo, muy denso, se le humedecían. Su cerebro, aunque bien despierto, era como un televisor sin sonido. Veía moverse las bocas de los profesores, pero sin oír sus palabras.

Hacía muy poco que su familia se había enterado de que habría un segundo juicio en Muskegee Falls.

Tanto los periódicos como la televisión habían dado la noticia y no era posible esconderse en ningún sitio.

Fotografía de *Luther Amos Dunphy*. Fotografía de *Augustus Voorhees, médico*. Uno al lado del otro como hermanos que están distanciados, ambos mirando con gesto sombrío al ojo de la cámara.

—¿Es que no sabíais que hay señoras que matan a sus bebés?

Aquellos comentarios salían de los labios de Dawn Dunphy como

acusaciones en el vestuario del gimnasio o en el aseo femenino, donde algunas de las chicas de más edad se reunían entre clases. Con empeño y con una terrible seriedad, Dawn Dunphy facilitaba información que nadie quería oír:

—Los arrojan a la basura o por el retrete y después tiran de la cadena.

Y:

—¿Sabíais que un bebé está dentro de ti, en este sitio —poniendo la palma de la mano sobre su tripa—, hasta que se hace lo bastante grande como para respirar solo, y entonces sale? Pues a veces una señora lo mata cuando sale.

La rehuían con repugnancia y consternación. Las chicas de ojos como cristales rotos y bocas manchadas de rojo escarlata. Y chicas más tímidas, cristianas como ella, que apenas sabían lo que Dawn Dunphy sí sabía y a quienes asustaban tanto sus palabras como su vehemencia, que era como la de un profeta del Antiguo Testamento que hablara en un idioma tosco e indescifrable.

Cuando la rehuían sin mirarla a los ojos, y se apresuraban a abrir la puerta para escapar, se alzaban en ella una ira y una desesperación terribles:

—¿No me creéis? ¿Os parece que miento? Ya lo descubriréis, tarde o temprano: *os sucederá a vosotras*.

No tenía ni idea de lo que estaba diciendo. La lengua se le hinchaba como la de un demonio, como (lo había visto a veces) la cosa que Luke, su hermano, tenía entre las piernas, que se ponía roja y con la rigidez de la goma, como una criatura viva poseída por un demonio. Para disgusto de Dawn, no era posible retractarse de aquellas extrañas palabras que le brotaban de la boca.

La denunciaron a la señora Morehead, la directora del instituto. Pero cuando habló con ella, Dawn se quedó callada y avergonzada, mirando al suelo que las separaba, y negó despacio con la cabeza, como si no pudiera recordar o más bien como si tuviera dentro algo poco manejable que necesitaba dejar suelto para que pudiera volver a colocarse con más comodidad.

—¿Vas a negar que has dicho esas cosas, Dawn? ¿Es eso lo que estás tratando de decirme? —la señora Morehead hablaba con cautela.

No se puede confiar en gente así, estaba pensando la directora. Basura blanca que vive en remolques.

Dawn estaba muy quieta, aunque se la oía respirar perfectamente. La

señora Morehead se dio cuenta de que el pelo de la chica, de color gorrión, llevaba días sin que nadie lo peinara ni lo cepillara, y tuvo miedo, un estremecimiento visceral, al pensar que su cabeza podía estar llena de piojos; y que bastaba con que un solo parásito saltase desde la cabeza de Dawn Dunphy a la suya para contagiarla *a ella*.

La señora Morehead sabía de quién era hija Dawn Dunphy. Todo Mad River Junction estaba al tanto de Luther Dunphy, nacido y criado a poco más de diez kilómetros de allí y que, instruido por el Señor, había sumido en una vergüenza de proporciones nacionales a aquella parte de Ohio.

—¿Dawn? ¿Me oyes? Haz el favor de responder.

Sus palabras parecían flotar y ascender, inofensivas y ligeramente ridículas, como una suave nube de plumón.

El silencio entre la señora Morehead y su alumna se hizo más tenso. La directora creía ser una influencia positiva para la ilustración y reforma de aquel condado rural de Ohio, si bien la desesperaba razonar con una jovencita «mentalmente discapacitada», aunque entendía que era su deber educarla, o intentarlo, con el dinero de los contribuyentes. En cualquier caso era crucial mantenerse a una discreta distancia para evitar que le saltara algún piojo que le trepara por el cuello para esconderse, anidar y reproducirse en el pelo; de manera que, con una sonrisa recelosa pero esperanzada de administradora con mucha experiencia, la señora Morehead dijo:

—Bien. No vas a volver a decir esas cosas tan desagradables, espero. O... tendré que hablar con tu madre, Dawn.

Dawn se atrevió por fin a fulminar con la mirada a la directora. La señora Morehead se quedó estupefacta al captar la inconfundible mirada felina de menosprecio.

—Fue mamina quien me contó esas cosas sacadas directamente de la Biblia. Son verdad y usted lo sabe. ¿Por qué iba mi madre a sorprenderse?

¡Llegó la noticia de que el juicio se iba a retrasar tres meses! El abogado de Luther parecía exultante al teléfono, por lo que la tía Mary Kay lo interpretó como una buena noticia: «Todo lo buena que cabe esperar».

Pero ¿por qué era una buena noticia?, se preguntó Dawn. Cuanto más se retrasara el juicio, más tiempo seguiría su padre en el centro de detención, lo que era como estar en la *cárcel*. Lo que equivalía a decir que Luther Dunphy

estaba *encarcelado* en el momento actual, aunque sin una verdadera sentencia. Pese a ser inocente.

Padre nuestro. En los cielos. Ayúdanos.

Se la vio deambular por los pasillos del instituto. Posiblemente se había olvidado de cuál era su aula. Qué clase le correspondía a aquella hora. Qué timbre había sonado. Una chica alta con cejas espesas que se le estaban juntando por encima del puente de la nariz, anchos hombros caídos, piernas y brazos cortos y pies grandes. Se tenía que agachar, flexionando las rodillas, en la fuente baja de agua potable; bebía como si tuviera mucha sed, con una especie de abandono, sabiéndose vulnerable para sus enemigos en tales momentos, toda la superficie de la espalda y la nuca desprotegida.

Penelope Schine fue a buscar a Dawn Dunphy y se la encontró sentada en las escaleras en la parte de atrás del instituto, a medio camino entre el primer y el segundo piso, muy quieta, mirando por una ventana al cielo, en el que densas nubes con estrías oscuras semejantes al interior hueco de un gran leviatán la tenían embelesada. Había pedido que se la excusara de la hora de estudio en el aula de su curso para utilizar los aseos, pero luego no había vuelto por timidez u obstinación u olvido, de manera que la señorita Schine se le acercó para preguntarle amablemente si algo no iba bien. Con una tímida inclinación de cabeza la chica le había dicho en un susurro que estaba buscando al *Padre nuestro que estás en los cielos*.

La señorita Schine sabía del proceso en Muskegee Falls, y del *juicio nulo*. Había seguido de cerca las noticias del doble homicidio el año anterior y había oído que a Luther Dunphy iban a juzgarlo por segunda vez. Penelope Schine sentía gran compasión por la chica Dunphy. No le gustaba que colegas suyos le asignaran asientos en la parte de atrás de sus aulas por ser una chica corpulenta y problemática; no les gustaba mirarla muy de cerca; no les gustaba *olerla*. De modo que la relegaban al fondo de sus aulas con los peores chicos y procuraban olvidarse de ella.

La señorita Schine le preguntó si le gustaba su nuevo instituto, y Dawn, incómoda, se encogió de hombros y murmuró algo que sonaba como *No está mal*.

La señorita Schine no le preguntó si había hecho amigos (porque conocía la respuesta: No), pero quiso saber si tenía dificultades con sus clases y si

creía que podría necesitar ayuda extra después del colegio... «O durante la hora de estudio. Que es precisamente ahora. Yo te podría ayudar si...»

Al ver que Dawn no contestaba abandonó el tema. Se fijó en que su pelo encrespado de color pardo estaba increíblemente enredado y se preguntó si debía atreverse a regalarle un peine. ¿Un cepillo para el pelo, quizás? ¿Lo consideraría ofensivo, lo vería como un insulto?

Percibió un intenso olor a axilas porque por lo visto Dawn Dunphy no tenía costumbre de bañarse con frecuencia; y (posiblemente) su madre, la señora Dunphy, no «creía» en la necesidad de usar desodorantes.

O, más bien, la madre podía creer que una jovencita de la edad de Dawn no necesitaba un desodorante.

Había cristianos evangélicos en el distrito escolar de Mad River que prohibían desodorantes junto con películas, radio y televisión; la mayoría de los libros, incluidas novelas norteamericanas tan clásicas como *Las aventuras de Huckleberry Finn* y *Matar a un ruiseñor*; refrescos con «color» o con «burbujas»; vacunas e inoculaciones. El uso de tampones resultaba «indecente» y «pecaminoso»; muchachas y mujeres tenían que utilizar pañitos higiénicos lavables, hechos de algodón y muy tupidos.

Penelope Schine se acordaba de cómo, al comienzo del año escolar, la madre de Dawn Dunphy figuraba entre los progenitores del distrito que se habían opuesto a que se vacunara a sus hijos, sin dejarse convencer por la enfermera del instituto y por la señora Morehead de la necesidad imperiosa de poner inyecciones a sus hijos, inyecciones «inofensivas» por otra parte. La señora Dunphy había dicho que las vacunas ponían de manifiesto la desconfianza en Dios, dado que recurrir a semejante medida equivalía a declarar que Dios no iba a ocuparse de cuidarte.

De acuerdo con las leyes de Ohio, aquellos padres tenían derecho a prohibir la vacunación de sus hijos. Así que se les dispensó.

Por fortuna, no había empezado (aún) la epidemia de gripe de aquel año.

La señorita Schine tomó una decisión: le compraría a Dawn un cepillito de plástico para el pelo en la tienda, y se lo daría al día siguiente en el aula o después de clase. El riesgo era ofender a la madre, pero era un riesgo que tenía que afrontar.

En cuanto al desodorante... parecía más una intrusión, de algún modo. Quizás no era todavía una buena idea.

Acto seguido la señorita Schine le preguntó a Dawn si se «sentía triste» por

algún motivo y, si tal era el caso, si deseaba hablar sobre ello; y Dawn dijo con sorprendente franqueza que sí, que estaba triste: «Mi padre no vive ahora con nosotros y no sabemos cuándo volverá a casa».

La señorita Schine no supo cómo responder y solo se le ocurrió decir:

—¡Cuánto lo siento! Eso es... muy triste...

—Lo detuvieron por algo que no hizo... no lo hizo de la manera que dicen. Porque era algo que papá *tenía que hacer*. Y no le dejan salir, aunque se supone que «todo el mundo es inocente mientras no se demuestre lo contrario». Pero es mentira.

A la señorita Schine le sorprendió que Dawn Dunphy hablara tanto y con tanta claridad. Nunca hasta entonces le había oído pronunciar siquiera una frase completa.

Era muy probable que aquella chica no fuese medio retrasada, como iban diciendo por ahí otros profesores. La señorita Schine había estado viendo las calificaciones de los exámenes de Dawn y se preguntaba si los exámenes eran el problema. Los alumnos faltos de confianza se ponían nerviosos con los exámenes y su rendimiento era malo, lo que aseguraba que, en la siguiente ocasión, su rendimiento fuese aún peor.

La señorita Schine no supo qué decir. No le sorprendía que la hija del hombre que había matado a otros dos a sangre fría —en un sitio público— pudiera sin embargo considerar a su padre «inocente» de algún modo; entendía la lealtad de la sangre, los lazos familiares. La fe que es *ciega*, la más poderosa de todas.

A Dawn le dijo que había oído algo de aquel «problema» y que creía que era una situación «muy triste». Tal vez el segundo juicio «ayudara a aclarar las cosas...». Con todo, Dawn debería saber que había otros alumnos del instituto con parientes *encarcelados*: no era algo tan extraño en Farloe County.

Pero entonces Dawn fulminó con la mirada a Penelope Schine. Había permanecido sentada en la escalera, abrazándose las rodillas contra el pecho y alzando la vista para mirar a la señorita Schine, pero ahora habló con acaloramiento y levantando la voz:

—Las personas como esas son *delincuentes*. Su sitio es la cárcel. Mi padre no es como ellos. Mi padre Luther Dunphy es un soldado de Dios.

No tardó en empezar a presentarse después de las clases. Yo estaba en mi aula, preparándome para irme, despejando la mesa, y allí estaba ella, tartamudeando, para decir que había olvidado algo y ponerse a buscarlo en su pupitre con aire avergonzado pero también emocionado. Le costaba entender algunos de los deberes de matemáticas, de manera que la ayudaba: no se sentía cómoda pidiendo ayuda extra al profesor de matemáticas. Le costaba trabajo «organizar sus ideas» para escribir, así que también la ayudaba; yo era su profesora de lengua inglesa en aquel curso y ella nunca hablaba en clase, se quedaba sentada, con aire tenso y preocupado y con el ceño fruncido, y me entraban ganas de acercarme a ella y alisarle la frente con los dedos... no me gusta nada ver a un niño frunciendo tanto el ceño... Parecía entenderme cuando hablaba con ella y podía resolver los problemas cuando yo estaba delante, pero de un día para otro —por algún motivo— daba la sensación de olvidar lo que había aprendido. Si bien la ayuda para hacer los deberes era solo el pretexto. Estaba muy sola y quería hablar. Fue más o menos por entonces cuando le regalé el cepillo para el pelo, nada más que un cepillito de plástico rosa muy barato. Estoy segura de que tenía uno en casa, ¡seguro que había por lo menos un cepillo para el pelo en el hogar de los Dunphy!, pero disponer de aquel otro fue algo así como una fuente de inspiración, y ella empezó a cepillarse el pelo (no en mi presencia; solo aparecía por las mañanas en el instituto con mucho mejor aspecto). Le di muchas vueltas a la idea de regalarle uno de esos pequeños desodorantes en barra —para chicas— y finalmente fue lo que hice; Dawn se avergonzó, murmuró algo como «Vale» y no me dio las gracias; pero creo que también lo utilizó y ya no parecía oler tanto como antes, o quizá es que me estaba acostumbrando a ella y no me importaba tanto.

Me trajo una docena de galletitas de avena y me dijo que las habían hecho su tía abuela y ella; tenían todo al aire de ser de esas pastas caseras que se desmoronaban con facilidad, aunque ¡de verdad deliciosas!

Después de que nevara en un día lectivo, allí estaba Dawn, en el aparcamiento, junto a mi pequeño Nissan, y había quitado la nieve y el hielo del parabrisas ¡y de todas las ventanillas! Fue para mí una completa sorpresa, incluso que supiera cuál de los coches en el aparcamiento era el mío.

Pero no me ofrecí a llevarla a casa. Posiblemente hubiera dicho no muchas gracias, pero si hubiese dicho que sí, y la hubiera llevado a casa y su

madre se hubiese enterado, puede que hubieran surgido problemas. Y si llevaba a una de mis alumnas a casa una vez, quizás esperase que volviera a llevarla; y si otras chicas se enteraban, u otros profesores, también podría traerme problemas. Así que nunca llegué a saber dónde vivía, aunque estaba convencida —no sé por qué— de que tenía que recorrer una distancia considerable, pero no utilizaba el autobús escolar, aunque no consigo imaginar la razón.

Y un día, de repente, cuando estábamos solas en mi aula, dijo: Señorita Schine, ¿sabía que la gente mata bebés? Y a nadie le importa; y le pregunté qué quería decir, ¿quién mataba bebés? Y ella dijo, como si estuviera a punto de echarse a llorar: En las clínicas de abortos. Los matan y tiran los cuerpecitos en diferentes sitios. Y a nadie le importa.

Me dejó anonadada oír a una niña de catorce años decir algo así. No sé qué respondí... algo como: Eso es terrible, Dawn...

Me preguntó si había oído hablar alguna vez de ello y le respondí que no, que no creía. (Porque no podía decirle que sí. No a una niña de catorce años.) Y ella me dijo: No tienen una aquí, imagino... una clínica para abortar. Había una en Muskegee Falls, donde vivíamos, la llamaban «centro para mujeres»... Y yo dije: ¡Así la llamaban! (Pensando, Dios mío, ahí es donde su padre mató a dos hombres, al médico abortista y al otro, que había sido su chófer. Era de eso de lo que se trataba, el porqué de que hablara con tanta seriedad y se emocionara tanto. Pero yo no podía... no podía decirle que estaba enterada.) Me preguntó si creía que los bebés cortados en pedacitos irían al cielo y yo tragué saliva con dificultad y dije que sí.

En el día de San Valentín me dejó un tarjetón muy bonito encima de la mesa, de unos veinte centímetros como mínimo, dentro de un gran sobre blanco. Había hecho la felicitación con la forma de un corazón formado por trocitos de satén blanco muy bien cosidos y docenas de corazones que había dibujado con un rotulador rojo, y dentro, también con tinta roja, decía:

Querida señorita Schine
Es usted mi Valentina
La quiero
Su amiga sincera

Recibí otras tarjetas de alumnos, pero ninguna como la de Dawn Dunphy, que era tan singular. Todavía la tengo por casa en algún sitio... Todos los años, en el día de San Valentín, preparo tarjetas para todos mis alumnos, tanto chicas como chicos, pero se trata de tarjetas compradas en la papelería, de manera que, por supuesto, tenía una para Dawn Dunphy pero sin nada especial, no se parecía a la suya. Creo que se alegró bastante de recibirla, aunque quizá se sintió un poco decepcionada, ¡era una tarjeta tan ordinaria comparada con la suya! (¡Qué poco me gusta el día de San Valentín! ¡Sencillamente me da miedo el 14 de febrero! En realidad es algo muy cruel, sobre todo en el instituto, donde algunas de las chicas más admiradas reciben docenas de tarjetas y chicas como Dawn Dunphy ninguna... ni una sola. Que es la razón de que yo me asegure de preparar felicitaciones para todos.)

Pero luego, al sábado siguiente, me encontré con Dawn y una mujer baja y fornida en el centro comercial; en un primer momento pensé que podía tratarse de la señora Dunphy, pero resultó ser una tía, y yo estaba con Rolly, mi prometido, camino de una de las tiendas de artículos para el hogar. Dawn se le quedó mirando y pareció desconcertarse mucho; al lunes siguiente, en el instituto, me estuvo esperando junto al coche para preguntarme si mi hermano vivía en la misma casa que yo y si los dos vivíamos con nuestros padres, y le expliqué que Rolly no era mi hermano sino mi prometido, pero pareció no oírlo, o posiblemente no lo entendió. Pero a partir de ese día ya no fuimos tan amigas. Me refiero a la actitud de Dawn. No me sonreía tanto, ni tampoco aparecía tantas veces por mi aula y comprendí que la había decepcionado. Puede que fuera por entonces cuando empezó el segundo juicio de su padre, en Broome County. Salía todas las noches en televisión; no las imágenes de dentro del juzgado, sino fuera, en la calle, e información sobre el desarrollo del juicio, junto con fotos de Luther Dunphy —y del doctor Voorhees— todas las noches. De manera que no fue una época buena para Dawn, me consta. Y me imagino lo que tuvo que soportar en el instituto. Se presentaba por la mañana en el aula para que no le pusieran falta de asistencia, pero desaparecía una hora después. Faltaba a distintas clases y sus notas eran deficientes. Y un día me dijo con una extraña expresión en la cara, una especie de sonrisa, aunque los ojos no sonreían: La gente dice que se ha casado usted, señorita Schine, y yo dije: ¿De verdad? ¿Quién? (porque dudaba de que aquello pudiera ser cierto, dado que Rolly y yo habíamos

decidido celebrar nuestra boda el 10 de junio y todas las personas que nos conocían estaban enteradas), y Dawn dijo, escabulléndose: Oh, alguna gente. Eso es lo que están diciendo. Y yo dije: Pero ¿por qué? ¿Por qué dicen algo así? Y Dawn dijo, con su malévola manera de torcer la boca y con los ojos tan entornados que casi los cerraba del todo: Porque dicen que está usted emba-ra-zada, señorita Schine. Porque le ha crecido la tripa y está emba-ra-zada, señorita Schine. Eso es lo que van diciendo.

Me quedé tan anonadada que no pude siquiera tartamudear una respuesta. Y Dawn Dunphy se echó a reír y siguió andando. Tal fue el final de lo que podríamos llamar nuestra amistad, o lo que fuera... Así fue como terminó.

Juicio

Se fijó fecha para el juicio. Luego la fecha se aplazó.

Se fijó una nueva fecha. Luego la nueva fecha volvió a aplazarse.

—Dios no va a permitir que se te juzgue, Luther. Creo que es eso lo que está pasando —le dijo el capellán, poniéndole una mano en el hombro.

Luther se crispó un poco, pero no hizo nada por librarse de la pesada mano que trataba de darle ánimos.

—Si el segundo juicio también termina en punto muerto, se acabó: el fiscal no volverá a intentarlo.

Y:

—¡Todo lo que necesitamos es una persona que se oponga, Luther! De doce, basta con una.

Con entusiasmo juvenil, el defensor de oficio departía con su cliente, taciturno y de rostro sombrío, que tenía la parte inferior del rostro cubierta por una barba incipiente de color gris metálico y cuya piel, con pliegues muy marcados y delicadas arrugas, había adquirido un tono apergaminado, como si llevara décadas preso. Aunque de mirada despierta y en apariencia vigilante, estaba ojeroso, dando la sensación de que apenas dormía por las noches.

Tanto los guardas como otros detenidos admiraban a Luther Dunphy por su *fe cristiana, su amabilidad y su compostura*. Pero en especial *por no decir tonterías, a diferencia de todos los demás presos*.

Los carceleros entendían que podían fiarse de Luther Dunphy. Dudaban de que se marchara del centro de detención aunque se abrieran todas las puertas.

Si alguien trataba de avasallarlo, en el refectorio por ejemplo, no contraatacaba, aunque se podía ver en el brillo de sus ojos, como de una cerilla que se enciende, lo que haría si estuviera en algún otro lugar sin

vigilantes para detenerlo.

El tamaño de Luther Dunphy. Incluso después de perder peso y con la cara más delgada, era todavía un hombre grande que pesaba más de noventa kilos, y en una instalación penitenciaria es el tamaño lo que más se respeta.

El exceso de grasa había desaparecido. En la celda hacía flexiones y abdominales, se tocaba de prisa los dedos de los pies, contraía los músculos de brazos y hombros como si estuviera levantando pesas, corría sin moverse del sitio. Se había vuelto incansable. Pronto empezaba a sudar por todo el cuerpo, pero apenas jadeaba, los latidos de su corazón eran lentos y rítmicos.

Algunos acusados hablan. Los hay, incluso, que hablan sin parar. Pero otros, como Luther Dunphy, hablan más bien poco. Son con diferencia los mejores acusados.

Dios bendito, ese hombre era lo más parecido a una esfinge... al menos con nosotros. Como si en realidad le tuviera sin cuidado el proceso contra él porque creía estar en un lugar donde no podría alcanzarle. Era la primera vez que me tropezaba con un exaltado, con un «fanático religioso». Luther Dunphy estaba por completo convencido de que no había hecho nada malo; antes bien, de que había hecho algo del todo correcto: había cumplido órdenes en su calidad de «soldado de Dios».

Era como si no hubiese hecho lo que había hecho. Y no estaba dispuesto a seguir pensando en ello.

Reconoció sobre la marcha haber dado muerte al médico abortista. Nunca llegó a reconocer que había matado a su acompañante.

Y sin embargo, no estaba loco. En Toledo encontramos un psicólogo dispuesto a mantener que Luther Dunphy estaba «mentalmente incapacitado para participar en su propia defensa», pero el juez no se lo tragó.

(Su único rasgo de locura fue su negativa a reemplazarme por un defensor privado. Nunca aceptó el dinero del Ejército de Dios: algún principio ético se lo impedía.)

En el primer juicio nos sonrió la suerte: el fiscal tenía un caso del todo irrefutable, pero no una sino dos cristianas chifladas se emperraron en declarar inocente a Dunphy. Todo el mundo quería estrangular a aquellas dos brujas, el juez incluido, pero fue así como acabó la cosa. Dado que el segundo juicio se iba a celebrar en el mismo condado, con la misma reserva de cristianos protestantes como posibles jurados, no era nada descabellado que pudiera llegarse otra vez a un juicio nulo.

A Luther le dije: Limitate a rezar como lo hiciste la otra vez, y Luther dijo, con cara de póquer: ¿Para qué voy a rezar? Dios ya ha decidido lo que pasará.

La mañana en que comenzaba el segundo juicio en Broome County, a veinticinco kilómetros de distancia, Edna Mae no podía levantarse de la cama cuando su hija Dawn trató de despertarla.

—¡Mamina! *Despierta.*

Pero Edna Mae *no lograba despertarse.*

Un letargo tan pesado como una red de plomo le aprisionaba las extremidades inutilizándola por completo.

También los párpados le pesaban como si fueran de plomo.

La insolente de su hija llegó incluso a abrirle un ojo con el pulgar mientras le gritaba *Despierta despierta DESPIERTA MAMINA*, pero sin conseguirlo.

Norman, el hermano mayor de Luther, iba a pasar por allí de camino desde Sandusky para recoger a su cuñada y llevarla con él a Muskegee Falls, pero cuando llegó, en un coche en el que también viajaban otros tres miembros de la familia Dunphy, Edna Mae seguía en la cama y no del todo consciente.

Dawn salió corriendo a recibirlos.

—Creo que vais a tener que iros sin mamina.

Sintió una punzada de vergüenza al ver que su tío Norman intercambiaba una mirada con Jonathan, el hermano más joven. Como si no fuese una sorpresa para ninguno de los Dunphy que a Luther le fallara su mujer cuando más la necesitaba.

—¿Es que mamina se encuentra mal otra vez? ¿Es eso lo que le pasa?

Había una nota de burla tanto en *otra vez* como en *mamina*. Dawn entendió que su tío estaba furioso con Edna Mae y también, por extensión, con Dawn y con toda la familia de Luther.

De todos modos dijo:

—Saluda a papá de mi parte, tío Norman. ¡Dile que rezamos por él! Por favor.

Normalmente, en presencia de los hermanos de su padre Dawn se sentía cohibida y no decía nada; lo que deseaba era que no se fijaran en ella. Pero algo en los modales de la señorita Schine había influido en ella. Aunque la

profesora la hubiese traicionado y no fuese ya su amiga, con frecuencia se descubriría pensando: *Así es como hablaría la señorita Schine.*

Todas las mañanas se peinaba con el bonito cepillo rosa de plástico que ella le había regalado. A veces se atrevía a mirarse al espejo, con la esperanza de no estar demasiado *impresentable* aquel día.

Su tío Norman se la quedó mirando como si no la hubiera visto nunca. Finalmente murmuró:

—Sí. De acuerdo. Claro. Lo haré. Si es que dejan que me acerque.

Se había decidido que ni Dawn ni Luke presenciaran el nuevo juicio. Dawn no podía faltar a sus clases ni Luke dejar su trabajo. Mary Kay Mack, la tía de Edna Mae, había manifestado el deseo de asistir para dar «apoyo moral» al marido de su sobrina, pero no se atrevía a pedir un permiso en Walmart por temor a que la despidieran sin contemplaciones.

¡Edna Mae se sentía fatal! Estaba del todo decidida a ir con los Dunphy a Muskegee Falls (había preparado sus mejores galas la noche anterior), pero era tal su cansancio cuando Dawn trató de despertarla que apenas pudo levantar la cabeza de la almohada ni mantener los ojos abiertos.

La noche anterior se había tomado los comprimidos de oxicodona con el agua del mugriento vaso de plástico del cuarto de baño. El problema era que no recordaba si había tomado su dosis diaria, 15 miligramos tres veces al día, o si había perdido la cuenta y había tomado una o incluso dos dosis de más.

Antes del problema en el centro para mujeres, Luther le contaba a veces los comprimidos, y se los dejaba sobre la cómoda del dormitorio por la mañana. Y había tratado de escondérselos para que no pudiera tomar más de lo que le correspondía. Pero ahora no había nadie que la supervisara. A Mary Kay Mack le habían recetado pastillas para adelgazar que la dejaban tensa y sobreexcitada y olvidadiza y carecía de tiempo para controlar la medicación de Edna Mae además de la suya.

Lo peor era que Edna Mae sufría de estreñimiento. ¡Molestos calambres en la tripa! El doctor Hills le había advertido sobre aquel «desafortunado» efecto secundario de la oxicodona, pero cuando Edna Mae trató de reducir su consumo se le tensaron los nervios como si fuesen cuerdas de piano que se

podieran rasgarse hasta hacerlos estremecerse y temblar a lo largo de toda la espina dorsal, y entonces empezaba a llorar y después ya no paraba.

=====

—Parece que van a presentar las mismas «pruebas» que la primera vez. Testigos que dirán cómo vieron correr a Luther con un arma de fuego por la entrada para coches. Cómo los disparos les dieron un susto de muerte y, desesperados, solo pensaron en esconderse.

Norman Dunphy rio agriamente ante aquella escena imaginada, tan divertida como cualquier estupidez de la televisión.

Nadie más rio. Dawn estaba tratando de no ver a su papá comportándose de aquel modo.

Si se ponía a pensarlo, lograba entenderlo: su papá nunca se había comportado así, pero la gente le acusaba.

Levantar falso testimonio. Se trataba de eso.

Edna Mae escuchaba a su cuñado, envuelta en una especie de aturdimiento, sin dar exactamente la sensación de oír lo que estaba diciendo. Dócilmente preguntó qué tal estaba Luther, y Norman respondió, frunciendo el ceño:

—Bien. *A ti* te ha echado de menos.

¿Su marido la había echado de menos? Edna Mae parpadeó como si la hubieran abofeteado.

Dawn vio la mezquindad en el rostro de su tío, tan afilado como un hacha. Reconoció el matiz de santurronería en su boca, sabiendo que había herido a la mujer de su hermano, a la que miraba con inquina.

Todos los Dunphy habían llegado a mirar mal a Edna Mae. Incluso los Dunphy de más edad, los abuelos de Dawn.

Entre los Dunphy se llegaba incluso a hablar de que era la responsable de lo que había hecho Luther. La Iglesia de San Pablo Misionero y toda la estupidez del tal Ejército de Dios eran por completo culpa *suya*.

Después del primer día del nuevo proceso, Norman se detuvo con los otros miembros de la familia en la casa de Depot Street en Mad River Junction de camino hacia Sandusky. Para entonces, última hora de la tarde, Edna Mae estaba del todo despierta y razonablemente arreglada e incluso se había manchado de carmín rojo la boca de labios muy finos porque sabía que a

Norman Dunphy le parecían bien las mujeres que hacían algún esfuerzo por resultar atractivas a los hombres, aunque luego pudiera despreciar sus intentos.

Avergonzada y llena de ansiedad, Edna Mae obsequió a sus visitantes (todos varones de la generación de Luther, dado que los padres de su marido no asistían al juicio) con un tentempié improvisado salido del frigorífico. No una cena propiamente dicha, sino tan solo un «bocado para ir tirando» hasta que llegaran a sus casas.

Con amargura y de manera burlona, Norman habló del primer día del proceso en el juzgado. Le desagradaba el juez: «Se cree que es mejor que nadie. Basta con ver esa condenada cara que tiene». Y lo extraño que era, Luther sentado en la misma puñetera mesa que la primera vez y vistiendo la misma ropa; y, con él, el mismo maldito «abogado de oficio», diciendo las mismas cosas, y el «fiscal» repitiendo también lo mismo.

—A mí me parece que podría hacer algo más para defenderse. En el primer juicio no testificó. En mi opinión, digo yo, podría tratar de explicar lo que sucedió, como hizo el sacerdote por él...

Había sido toda una conmoción para los hermanos Dunphy que Luther, el más joven, hubiera hecho algo así, que hubiera actuado de una manera tan pública. Era consternación lo que sentían casi todos sus familiares, en su mayoría habitantes de Sandusky y de sus alrededores, porque Luther, al hacer algo tan radical, había puesto a toda la familia «bajo los focos».

Edna Mae escuchaba, esperando que el indignado monólogo de su cuñado le permitiera encontrar una oportunidad para preguntar, con voz sumisa y avergonzada, una voz que suplicaba que no se la espantase como a una mosca molesta, si alguno de ellos había tenido ocasión de hablar con Luther en el juzgado; y Norman dijo, impaciente, que no:

—No les gusta que lo intentes. No es posible acercarse. Se imaginan que alguien podría pasarle un arma al «acusado». Como si pudieras evitar el detector de metales con algún tipo de navaja de plástico, quizás sea eso lo que se imaginan.

—¿Parecía estar... bien? ¿Parecía...?

—¿Que si parecía *bien*? ¿Qué demonios es eso de... *bien*? Lo están juzgando para condenarlo a muerte, lleva un año encerrado, ¿y tú preguntas si parece que está *bien*? ¡Tú qué coño crees, «Edna Mae»!

Imposible no advertir el desprecio de Norman en su manera de pronunciar

Edna Mae. La palabra *coño* era tan escandalosa que posiblemente su cuñada ni siquiera la habría oído. (Dawn esperaba que así fuera.)

Rápidamente Jonathan dijo:

—No lo lleva mal, Edna. Resiste bien. Iremos a verlo el sábado que viene, algunos de nosotros. Luther sabe que es muy duro para ti. Intenta no preocuparte.

Intenta no preocuparte. Edna Mae parpadeó para contener las lágrimas: era la frase más amable con la que alguien de la familia Dunphy la había obsequiado desde el comienzo de sus problemas.

Una diferencia con el juicio anterior era que no había tanta gente de Derecho a la Vida ni en la sala ni fuera, en los escalones. Menos manifestantes con pancartas.

—Es como si la gente se estuviera olvidando de Luther. Algún otro «soldado de Dios» le está quitando el sitio.

Norman hablaba irónicamente. Pero era cierto: a un manifestante antiaborto lo habían detenido no hacía mucho después de un tiroteo en una clínica para mujeres de Wichita, en Kansas. Jake Ratchel se presentaba como miembro del Ejército de Dios y de la Operación Rescate y hablaba de sí mismo como «soldado de Dios». Tan solo pocas noches antes Tom McCarthy, de *La hora de Tom McCarthy*, había cantado las alabanzas del «valiente mártir» que había retenido como rehenes a más de una docena de mujeres y chicas, había herido (pero sin matarlos) a tres profesionales de la salud, y había resultado herido por las fuerzas del orden, con un proyectil alojado cerca de la columna vertebral.

Dawn escuchaba la conversación de los adultos. No había ido al instituto aquel día: después de acercarse al edificio había sido incapaz de forzarse a entrar. Le resultaba aterrador que a su papá lo estuviesen *juzgando* y que ella no pudiera hacer nada... Había pasado gran parte del día merodeando por los alrededores del pueblo, cubiertos de maleza, y por el patio de maniobras de la estación, en parte abandonada, que descendía hasta el fondo de un escarpado barranco donde iban a parar desechos variopintos y en el que, en oxidados barriles de petróleo volcados, se habían acumulado charcos de agua estancada; a Dawn le pareció que los charcos brillaban de manera llamativa, dándole la bienvenida al mismo tiempo que la rechazaban.

Jesús, ¿estás aquí? Jesús, por favor... ¡ayuda a mi papá!

Dawn se moría por preguntarle a su tío Norman más cosas acerca de su

padre, pero sabía por experiencias anteriores que le respondería con sequedad, sin mirarla ni una sola vez. Norman se mostraba amistoso con Luke y sus sobrinos más pequeños, pero Dawn no parecía gustarle, y no se molestaba en disimularlo.

¿Por qué? Dawn no lo sabía. ¿Porque pensaba que era poco atractiva?

Poco atractiva era una de las formas que tenían los hombres de decir que una chica era francamente fea.

Ser tan poco atractiva hacía que Dawn se sintiera mal. Pero al cabo de un rato hacía que se enfureciera y tuviese ganas de darle a alguien su merecido.

La injusticia era que Dawn se había sentido con frecuencia invisible en la familia cuando Luke estaba presente, pero ahora que Luke había desaparecido, seguía siendo invisible.

—¡Nadie se ha olvidado de papá! Tampoco en nuestra iglesia. Hablan de él y rezan por él todo el tiempo.

(Lo que decía Dawn tal vez no fuese cierto. Hacía algún tiempo que Edna Mae no los llevaba ni a ella ni a los más pequeños a la iglesia del reverendo Dennis en Muskegee Falls, porque solo iban si Luke o Mary Kay se ofrecían a llevarlos en coche. Edna Mae conducía muy poco ya.)

Norman miró a Dawn y a Edna Mae con aire compasivo.

—Bien. De acuerdo. Pero existe un problema, me parece —Norman había cambiado de tema y ahora parecía más calculador—. La cuestión del dinero.

Desde tiempo atrás había sido un problema para los Dunphy qué hacer con el Fondo para la Defensa de Luther Dunphy patrocinado por el Ejército de Dios. Por lo que Edna Mae sabía, y de acuerdo con la información triunfalista de la página web, habían llegado donativos de «la totalidad de los Estados Unidos, así como de algunos países extranjeros». Pero Luther había sido inflexible en cuanto a que *no quería limosnas y no estaba dispuesto a aceptarlas*. Repetidas veces se había negado a despedir al letrado asignado por el defensor público de Broome County y contratar en su lugar a un abogado privado. Parecía que Luther estaba convencido de que Dios, de algún modo, cuidaría de su familia. Nadie necesitaba *rebajarse a mendigar*.

Sin que Luther lo supiera, Edna Mae había ido aceptando lo que llamaban *regalos o préstamos* de personas dispuestas a ayudar a la familia en sus apuros económicos, personas que hacían donativos para el fondo del Ejército de Dios y para otros fondos parecidos con destino a Luther Dunphy. También la Iglesia de San Pablo Misionero había hecho donaciones generosas en un

primer momento, pero más escasas en los últimos meses.

Los Dunphy habían ayudado a mantener a la familia de Luther, aunque a regañadientes. Muchas veces le habían señalado a Edna Mae que los ancianos padres de Luther no tenían «dinero de sobra»; sus hermanos y primos, por otro lado, estaban obligados a atender las necesidades de sus propias familias y carecían de «dinero para derrochar». Ninguno de los Dunphy tenía intención de pedir una segunda hipoteca para pagar el lío en el que se había metido Luther.

Norman dijo:

—¿Sabéis lo que me gustaría? Ver cuantísimo dinero hay en ese fondo antes de que lo esquilmen.

—¿Antes de que lo esquilmen...? ¿Qué quieres decir?

—Ese «Ejército de Dios». ¿Quién demonios son? La gente manda dinero para Luther y lo reciben *ellos*. Todo lo que yo saco en limpio de su página web es que el «cuartel general» está en algún lugar de Illinois, ¡en un apartado de correos! Esos hijos de puta están usando a mi hermano para hacerse de oro.

—Pero... le dan dinero a mamina...

—Claro que sí. Le dan algo. Pero si investigásemos, ¿qué creéis que encontraríamos?

Dawn no salía de su asombro. ¡Nunca se le hubiera ocurrido algo semejante!

—Nos enteraríamos de que esos malnacidos es *a nosotros* a quienes están robando.

Edna Mae protestó débilmente. No creía, de ninguna de las maneras, que nadie estuviese robando a Luther. No podía creerlo, porque todo el mundo había sido muy amable con ella y todos sentían muchísimo lo sucedido.

—Nos dan dinero, Norman. Cientos de dólares... desde el año pasado... Luther se disgustaría mucho si lo supiera... lo único que no está dispuesto a aceptar es «limosna». Por favor, no le digas nada de todo esto, te lo suplico.

Norman se puso en pie de manera muy brusca. Quería marcharse, ya había tenido bastante de aquella cuñada suya tan desesperante.

—Si a mi hermano le «disgusta» tanto la caridad, ¿por qué demonios abandona a su familia para que tengamos que mantenerla nosotros? Ese condenado hijo de puta se cree que es Jesucristo todopoderoso, y quizá sea Jesucristo todopoderoso quien deba mantenerlo *a él*.

Los Dunphy se marcharon, dejando tras de sí platos sucios, vasos, cubertería y servilletas arrugadas. Y el olor de la indignación masculina, de una rabia que era como algo chamuscado. Edna Mae lloraba en silencio, incapaz de levantarse de la silla. Dawn empezó a recoger la mesa, metiendo las cosas en el fregadero y dejando correr el agua caliente hasta que el vapor la cegó. Sus labios se movían en silencio: *Jesús, ayúdanos. Jesús, muéstranos el camino, la verdad y la Luz.*

La Gran Tribulación: septiembre de 2001

... no corran por los pasillos ni por las escaleras. Todos los alumnos regresen de inmediato al aula de su tutor. Repito: todos los alumnos regresen de inmediato al aula y háganlo en silencio y sin correr.

No había estado escuchando. Pero ahora sí.

Despertó al instante de su trance y se puso en pie muy deprisa, como otros de la clase, confundidos y asustados, agarrados a sus libros.

... de manera ordenada salgan de sus clases y de la misma manera regresen de inmediato al aula de su tutor. Repito SE TRATA DE UNA EMERGENCIA todos los alumnos regresen por favor de inmediato al aula para recibir instrucciones y háganlo en silencio y sin correr ni por los pasillos ni en las escaleras.

Desafiante, se había estado tapando los oídos para ahogar la aburrida voz del profesor. Se tapaba los oídos para crear un sonido amortiguado o un zumbido que resultaba consolador, fascinante. Era algo que ya se había convertido en costumbre durante las clases, la cabeza agachada, los hombros inclinados sobre el pupitre al fondo del aula, los ojos bajos medio cerrados, o cerrados del todo, el ceño fruncido como por el esfuerzo de pensar, totalmente desconectada y en oposición al monótono esfuerzo del profesor en la cabecera del aula, escribiendo en la pizarra unos números o unas palabras que se emborronaban y desvanecían si ella los miraba fijamente.

Algún tipo de humedad le inundaba los ojos cuando trataba de ver. No creía que su visión fuese deficiente. No aceptaba que tal vez necesitase gafas. (En la calle veía con gran nitidez. ¡Al aire libre! Veía lo que quería ver.) Era el contenido de lo que se esperaba que mirase, y que entendiera, allí, en la cabecera del aula, lo que le molestaba lo indecible.

No era en el álgebra en lo que había estado pensando, sino en su padre, a veinticinco kilómetros de distancia, en el juzgado de Muskegee Falls. No había pensado en el álgebra ni en sus demás asignaturas ninguno de los días

del primer trimestre del nuevo curso porque estaba pensando en su padre en el juzgado de Muskegee Falls y se sentía enferma de culpabilidad por no estar allí; y enferma de miedo porque a su padre *lo estaban juzgando*.

No le era posible concentrarse en sus estudios ni tampoco dormir por las noches mientras *juzgaban* a su padre. Ninguna de las cosas de la vida normal eran posibles, pero Dawn se veía obligada a fingir que lo eran. Sin querer oír lo que a veces le decían, observaciones crueles lanzadas en su dirección como piedras arrojadas al tuntún que podían alcanzar su objetivo o fallar. *Esa es Dunphy. Su padre es el loco de la escopeta, al que están juzgando para ver si lo condenan a muerte.*

En la calle, chicas del instituto que se le acercaban de pronto, que la rodeaban, y una de ellas le decía, desconcertada: *¿Qué demonios te propones demostrar? ¿Algo así como que no eres del SEXO FEMENINO? Entonces, ¿qué es lo que eres? Da la sensación de que estás todavía en la Edad de Piedra.*

Había oído mencionar la *Edad de Piedra* en el pasado... pero sin tener ni idea de lo que significaban aquellas palabras. Uno de sus profesores había señalado en clase que «algunas de las personas» que viven en los Estados Unidos hoy día quieren volver el calendario a la Edad de Piedra, y Dawn se había preguntado, incómoda, si era una observación dirigida a ella o relacionada con ella o con su familia...

Se había sentido avergonzada. Quiso encogerse como una de esas orugas que pisan en la acera, y se enrollan para hacerse más pequeñas.

No. Se había sentido furiosa. Una furia que estalló de repente en su interior, acalorándola. Flexionando los dedos que le hubiera gustado convertir en puño para golpear a la chica con su sonrisa de suficiencia y hacer que brotara la sangre.

Y cuando las otras chicas gritaran, lanzarse contra ellas, golpeándolas con los dos puños para borrarles la sonrisa de superioridad hasta dejarlas a todas cubiertas de sangre y huyendo aterrorizadas de la cólera del Martillo.

Jesús había dicho *No vine a poner paz sino espada*. En la visión de Dawn, la espada de Jesús era un martillo.

Las noches de insomnio habían producido el Martillo de Jesús. De algún modo la visión se le había aparecido completamente formada ya. Había querido hablar de ello con otra persona, el reverendo Dennis (quizás), pero no había logrado que las palabras le salieran de la boca cuando tuvo la

oportunidad.

Sabía muy poco de la Gran Tribulación. Iba a ser un tiempo de penalidades, problemas, desastres, los «días postreros» justo antes del regreso de Jesús para establecer su reino en la tierra y convertir a los judíos de Israel... Nada de todo aquello le resultaba claro. Nunca lo había escuchado con demasiada atención. No tenía la menor idea de cuándo sucedería: ¿al cabo de cien, de mil, de unos pocos años? No podía pensar que el *juicio* de su padre estuviese en modo alguno relacionado con una profecía tan universal, pero, por supuesto, en materias como aquella Dawn Dunphy carecía de certezas.

La paz de Dios que sobrepuja todo entendimiento. El camino, la verdad y la Luz.

Ahora, en el instituto, tenía por costumbre no oír, y lo hacía de manera deliberada. Porque la habían «dejado pasar» al curso siguiente, lo sabía... no era ningún secreto. Otros alumnos de los que se sabía que apenas estaban alfabetizados, incapaces de leer, escribir y tener conocimientos de matemáticas del nivel que les correspondía, habían «pasado» curso porque se esperaba que abandonaran el instituto al cumplir los dieciséis años y no causaran ya más problemas al distrito escolar, pero Dawn no tenía intención de irse sino que, por el contrario, estaba decidida a terminar la secundaria.

Su papá le había dicho que se sentiría muy orgulloso de ella si se graduaba. Le había entristecido que Luke dejara de estudiar la mañana misma en que cumplió los dieciséis años. Dawn había dicho: *Sí, papá. Me graduaré. Te lo prometo.*

Pero se sentaba al fondo del aula, donde nadie escuchaba. La *zona muerta*, la de todos los chicos malhablados y entre ellos la única chica, Dawn Dunphy, con la camisa por fuera de los pantalones de peto, unas desgastadas zapatillas de deporte del cuarenta y tres y el pelo trasquilado (por Mary Kay, su tía abuela, con unas tijeras) para dejarle la nuca al descubierto. Durante la primera semana había tratado de prestar atención en la clase de álgebra — pese a los estúpidos chistes y cuchicheos de los chicos— y entender lo que el profesor explicaba mientras escribía con un pedazo de tiza números y ecuaciones en la pizarra... Pero de algún modo había terminado por rendirse, pensando en su padre *al que estaban juzgando*.

¡El Martillo de Jesús! Le hubiera gustado empuñarlo si se trataba de un martillo gigantesco, algo que surgiera de una nube para aniquilar el juzgado y

el centro de detención para hombres, como Sansón derribando las columnas del templo.

En tercero de secundaria no tenía a la señorita Schine como profesora. Aunque había dejado de quererla (por haberla traicionado), la echaba mucho de menos. Pero no tenía ninguna excusa para merodear por el pasillo del curso inferior, porque todos los que la vieran (la señorita Schine incluida) se darían cuenta de por qué estaba allí y se burlarían y reirían de ella.

En el aula de la señorita Schine (que había sido también su clase de lengua y donde pasaba la hora dedicada al estudio), Dawn Dunphy se sentaba en la primera fila. Pero en su nueva aula principal se hallaba al fondo de la clase. Y en todas las otras clases del nuevo curso también se sentaba al fondo. Llevaba muy mal que los profesores prescindieran de ella, y que confiaran en que fuera a dejar el instituto al cumplir los dieciséis años, como los otros alumnos, chicos y chicas «incapaces de aprender», con pésimos resultados académicos, alborotadores y con quienes nadie tenía paciencia.

Aquel martes de septiembre la clase se interrumpió de manera brusca. Casi era imposible reconocer la voz de la directora por megafonía, dado que se la notaba extrañamente agitada, como si le faltara el aliento.

Se ha producido una situación de emergencia. Todos los alumnos han de abandonar de inmediato la clase donde se encuentran y regresar a su aula principal para posteriores instrucciones...

Había que abandonar la clase y salir al pasillo, que ya estaba abarrotado y en pleno caos. Cualquiera pensaría que se trataba de un incendio, si bien la alarma no había sonado, y los alumnos estaban acostumbrados al sonido ensordecedor de los timbres una vez a la semana para el habitual simulacro, mientras que ahora reinaba el silencio con la excepción de la voz de los altavoces que anunciaba una situación de emergencia como si fuese un robot, aunque se trataba de una persona, porque se oía su respiración y un leve tartamudeo.

Dawn recogió sus cosas como los demás. Libros, mochila. El corazón le retumbaba en el pecho porque se estaba imaginando el Martillo de Jesús golpeando el instituto...

Un minuto tapándose los oídos para amortiguar los ruidos exteriores y oír con mayor claridad el rítmico latir de la sangre, y el minuto siguiente de pie con los demás tratando de no empujar ni caerse, pánico en las escaleras y luego, ya en su aula, hundiéndose en su pupitre, que alguien había movido

hacia un lado en el forcejeo con otros alumnos para llegar a sus respectivos sitios, desorientados ante la mirada perdida de los adultos, ante el miedo en la mirada de los adultos, por lo general serenos, por lo general al mando de la situación y en posesión de todo el saber.

Luego, cuando todos estuvieron sentados, el altavoz siguió hablando de manera abrupta y a trompicones.

—Nos ha llegado la noticia de que un país extranjero ha atacado a los Estados Unidos. Han bombardeado la ciudad de Nueva York y Washington, D.C. No se sabe si el presidente de los Estados Unidos ha muerto, pero se sabe que miles de personas han perecido a causa de explosiones «terroristas» y se esperan más ataques. Se aconseja que los alumnos no abandonen sus aulas hasta nuevo aviso, cuando se les permitirá regresar a sus hogares...

En el aula de Dawn, la señora Lichtman, la profesora, tuvo que sentarse, mareada de repente y palidísima. Era aterrador ver a una profesora tan asustada y no saber lo que estaba sucediendo ni lo que faltaba por llegar. Los chicos que solían sonreír con suficiencia callaban como los demás, avergonzados y aprensivos. Entre ellos, Dawn Dunphy estaba tan encantada como si Jesús hubiese respondido a sus oraciones de una manera que no esperaba y que, de momento, era incapaz de comprender.

Escuchábamos esperando oír aviones, creíamos que nos estaban bombardeando. Se nos había hecho creer que había comenzado una invasión por obra de un país extranjero. La señora Morehead seguía repitiendo lo que ya había dicho como si no dispusiera de otra información y no pudiese dejar de repetirlo. Y luego, por fin, la megafonía se conectó a las noticias de la radio, y las estuvimos escuchando sin saber lo que quería decir nada de todo aquello, aunque todavía seguíamos esperando que cayeran bombas sobre el instituto, y que los aviones se estrellaran contra él, y solo cuando los padres empezaron a llegar para llevarse a sus hijos pudimos marcharnos, y todos nos fuimos a casa para ver la televisión con nuestros padres durante todo el día, aquel 11 de septiembre de 2001, cuando quedó destruido el World Trade Center y vimos explotar y derrumbarse las dos torres, y volver mil veces a explotar y derrumbarse en un ardiente cataclismo que era como la ira de Dios.

En el juzgado de Broome County de Muskegee Falls se interrumpió el

proceso contra Luther Dunphy. Se disolvió el jurado hasta nuevo aviso, al acusado se le devolvió al centro de detención esposado y con grilletes en los tobillos. La vista no se reanudaría hasta el martes siguiente y para entonces las fuerzas de seguridad de Broome County ya habrían llegado a la conclusión de que las posibilidades de un ataque terrorista en Muskegee Falls no eran grandes.

A nivel nacional los Estados Unidos seguían en situación de *alto riesgo*.

El juzgado de Broome County se protegería con un mayor número de agentes de la policía estatal de Ohio, tanto en la sala como en el exterior del edificio. A todos los que entraban en el juzgado y pasaban por el detector de metales se los examinaba escrupulosamente y a muchos se los interrogaba largo y tendido. Se propagaron rumores (nunca confirmados) de bombas colocadas para que estallaran dentro o cerca del juzgado, pero jamás se aclaró quiénes eran los supuestos responsables, si terroristas islámicos o activistas provida.

En la casa de Depot Street, las noticias de televisión del 11 de septiembre de 2001 se vieron toda la tarde y hasta muy entrada la noche. Al principio pasaron de un canal a otro llenos de inquietud, pero a la larga se quedaron en el canal de noticias por cable con el que estaban familiarizados y que emitía *La hora de Tom McCarthy*.

Edna Mae nunca había estado tan cautivada por la pantalla. Nunca había permitido que sus hijos menores vieran el tipo de televisión que temía que pudiese provocarles «malos pensamientos» y «pesadillas». Pero ahora las cosas parecían diferentes, Dawn y Luke (que había vuelto a casa para ver con su familia las noticias sobre los «ataques terroristas» al haberle acortado la jornada laboral) observaron en pantalla una peculiar calma emocionada, como si todo lo que había temido y esperado se hubiera hecho realidad y no hubiera ya motivo para tratar de proteger a los pequeños del espectáculo de la terrible ira divina.

La llameante explosión de las torres gemelas del World Trade Center se repitió muchas veces. Abundante metraje de las caóticas calles de la ciudad de Nueva York, imágenes estremecedoras que nadie hubiera querido ver: figuras humanas cayendo desde altísimos edificios, cadáveres indistinguibles de los escombros entre los que yacían. Fuegos, sirenas. Aunque era mediodía,

en la Zona Cero la sensación era de crepúsculo. Mucho después de las primeras explosiones aún se arremolinaban en el aire lo que parecían cenizas, tiras de papel y huesos pulverizados. Un comentarista, anonadado ante lo que estaba viendo, hizo un patoso chiste sobre ratas, puesto que se suponía que había millones de ratas en la ciudad de Nueva York, ¿qué iba a ser de la población de ratas?, pero nadie se rio. Nueva repetición de la caída de las torres gemelas. Voces superpuestas y polémicas.

Un país extranjero ha atacado a los Estados Unidos.

¿Qué país?

Uno de los países árabes. O quizás más de uno. En Oriente Medio.

¿Por qué? Porque los árabes son seguidores de Mahoma y no de Jesucristo. Se trata de «mahometanos» que aborrecen la democracia estadounidense y quieren matarnos.

Se llaman «musulmanes»...

A veces se les llama «mahometanos»... ese es un término que se usa.

En general se les llama «musulmanes». Su religión es el «islam».

¿«Islam» es el nombre que se dan ellos o el que le damos nosotros? Son devotos de un «profeta», Mahoma...

Oodian el cristianismo y odian a los judíos y su objetivo desde 1948 ha sido la destrucción del Estado de Israel.

¿Por qué? Porque el mundo musulmán detesta a una sociedad abierta y amante de la libertad con una educación semejante a la de los Estados Unidos.

A los judíos se los odia porque son superiores a sus vecinos árabes como se demostró en la guerra de los Seis Días...

Los ataques terroristas de hoy no son más que el comienzo. Si el poderío aéreo de los Estados Unidos no los detiene, destruirán el «mundo libre». Odian a todos los cristianos. También son enemigos de los judíos y su meta es la destrucción del Estado de Israel antes de la venida de Cristo y de la conversión de los judíos.

Una vez más vieron estallar la torre envuelta en llamas. Y también otra vez la segunda torre, alcanzada por el avión que se escoraba. Y (era siempre un milagro, aunque fuese un milagro de horror) otra vez, mientras miraban fijamente, las torres se derrumbaban en medio de las llamas y del polvo que se alzaba como si se tratara de nubes de vapor.

Edna Mae se dio cuenta de pronto. Lo que presenciaban tenía que ser el

comienzo de los «días postreros»: el inicio de la Gran Tribulación.

Recordó a Dawn y a Luke cómo la última vez que los había llevado a visitar a Luther al centro de detención les había sorprendido que su padre estuviera mucho más delgado y tuviese mucho menos pelo, y más gris, además de los poderosos músculos que había desarrollado en hombros y en brazos, como si hubiera estado haciendo ejercicio en su celda. Y lo silencioso que estaba, con una tranquilidad nueva en él, dando la sensación de sonreírles solo, sin oír la mayor parte de lo que le decían, porque Edna Mae parloteaba nerviosa en aquellas ocasiones, e incluso la misma Dawn se oía decir inanidades. Pero luego, cuando estaban a punto de marcharse, Luther se había inclinado hacia delante para tocar con la mano abierta, en silencio, la mampara de plexiglás.

—Como si nos estuviera bendiciendo. Como lo habría hecho Jesús. No dijo una palabra. Pero quizá *sabía*.

Para entonces la tía Mary Kay se había ido a la cama. Los pequeños, exhaustos, se habían dormido en el sofá. Dawn y Luke intercambiaron una mirada y un estremecimiento.

Edna Mae continuó, con una tímida sonrisa:

—Quizás pensaba que no iba a volver a vernos. En nuestro yo terrenal. Pero no quería asustarnos...

—¿Crees que papá predijo el *futuro*? Eso es una locura —dijo Luke.

Edna Mae protestó:

—Ya sabéis cómo es vuestro padre. Se preocupa por nosotros y no por él.

—¡Cielo santo, mamá! Eso es de lo más extraño.

—No es *extraño*. ¿Qué es lo que crees que está sucediendo ahora, con esas bombas y esos «terroristas»... y vuestro padre... lo que le ha sucedido... todo al mismo tiempo?

—¡Jesús!

—¡Cuidado con lo que dices, Luke! No tomes el nombre del Señor en vano...

—Jesús no es el «Señor». Jesús es el «hijo». Solo para que lo sepas, *mamina*.

Luke no pronunció *mamina* con la ternura infantil de antaño, sino más bien con entonación desdeñosa. Dolida por su grosería, Edna Mae le golpeó el hombro con la mano abierta y Luke se echó a reír.

—Que Jesús te perdone. Espero que lo haga.

—No me hará perder el sueño, mamá. Jesús tiene suficiente trabajo por delante como para que le importe un pito lo que hagamos nosotros.

—Eso que dices es terrible.

—Eso que digo es la pura verdad.

Dawn estaba ayudando a acostarse a los pequeños. Primero Noah, después Anita. Confiaba en que a la mañana siguiente se hubieran olvidado de buena parte de lo que habían visto en la televisión; no le parecía una buena idea que Edna Mae les hubiera permitido quedarse con los mayores.

Cuando volvió al piso de abajo, su madre y Luke seguían peleándose. Luke se estaba yendo... ¿por qué no *se marchaba* de una vez? Y Edna Mae estaba tan exhausta que apenas conseguía mantener el equilibrio y se tambaleaba como si estuviera borracha... ¿por qué no *se iba a la cama*?

Dawn pensó en lo extraño que era, casi vergonzoso (¡hubiese querido que la señorita Schine lo supiera!) que tan tarde ya en aquel terrible día su madre y su hermano estuvieran peleándose sobre algo tan trascendental como *el fin del mundo*.

Ninguno de los feligreses de San Pablo Misionero había visto nunca emocionarse tanto en el púlpito al reverendo Dennis desde su llegada a Muskegee Falls, diecisiete años antes, cuando aún era un joven pastor fogoso.

Era como si las infernales llamas de las torres del World Trade Center estuvieran lamiendo el mismísimo techo y las ventanas de su iglesia. Casi se podía ver, en el rostro rubicundo y en los centelleantes ojos humedecidos por las lágrimas, el resplandor de aquellos fuegos. Se había despojado de su oscura chaqueta de predicador y se había abierto con violencia el cuello de la camisa blanca de algodón; se había remangado hasta los codos y resultaba fascinante ver cómo, al agitar los brazos, las mangas se le bajaban unos cuantos centímetros y se las volvía a subir con impaciencia. Sus cabellos gris oscuro estaban empapados por unas gotas de sudor tan espesas como gelatina. Su voz era tan penetrante como el bramido de una sirena que no era posible silenciar aunque te atrevieras a taparte los oídos.

Dawn le oía fascinada. Estaba entre Anita y Noah, con muy poco espacio para ella, y apretándoles con fuerza la mano a los dos porque sabía que estaban muy asustados y que a menudo su madre parecía olvidarlos en aquella época de tanta confusión. Más adelante no recordaría casi nada de lo

que el reverendo Dennis había dicho, pero nunca olvidaría el entusiasmo en la voz de aquel hombre y cuántísimo le habría gustado, durante el sermón, que el ministro —semejante a un barco ebrio que da tumbos y se escora— hubiera posado sus ojos en *ella*.

—«Después de estas cosas tuve una visión y vi una puerta abierta en el cielo, y la voz, aquella primera que había oído como de trompeta, me hablaba y decía: Sube acá y te mostraré las cosas que han de acaecer después de estas.» Hermanas y hermanos míos en Cristo, ¿podría haber unas palabras más oportunas que estas de san Juan en el Apocalipsis? El «ataque terrorista» es el aviso que Dios nos hace, aviso del que no podemos hacer caso omiso, pese a que hayamos hecho caso omiso de otras advertencias como las mareas cada vez más altas, el aumento de las temperaturas, el desbordarse del infierno (abortos, control de la natalidad), el aumento de la homosexualidad y otras tantas abominaciones que son anatema a los ojos del Señor...

Con una voz que se le quebraba, el reverendo Dennis habló durante más de una hora, entre la indignación y las lágrimas; con los dedos se tiraba del cuello de la camisa, que se le transparentaba por el sudor, de manera que se reconocía debajo la sombra del vello pectoral, lo que hizo que a Dawn se le acelerase la respiración, como si hubiera tenido un vislumbre de algo prohibido: su padre, vestido solo a medias, en la penumbra del dormitorio de la antigua casa; su hermano Luke, en el momento de meter el pie en la pernera de los vaqueros, los ojos pendientes del movimiento, sin advertir que ella contemplaba su cuerpo flexible, el bulto entre las piernas de los ceñidos calzoncillos blancos, la tensa musculatura de los muslos.

Después del sermón, el reverendo Dennis parecía agotado. Todos los que le habían oído también estaban agotados. Dawn esperaba que hablase de su padre como lo había hecho otras veces desde el púlpito, para pedir a sus feligreses que «enviaran oraciones» en su dirección; pero hoy, en su emoción con motivo del ataque terrorista, el reverendo Dennis parecía haberse olvidado de Luther Dunphy.

Edna Mae trató de hablar con el ministro pero no pudo superar la barrera de los que se amontonaban a su alrededor.

¡Qué injusticia! Era la mujer de Luther Dunphy y no le dejaban abrirse paso para hablar con el reverendo Dennis.

Luke había llevado a su familia a la iglesia y después los devolvió a su casa. En el asiento del acompañante, Edna Mae se angustiaba y lloraba como

podría llorar un niño contrariado.

—¡Se están olvidando de Luther! Están olvidando quién es, lo que hizo... lo mucho que se ha sacrificado.

—No llores, mamina —dijo Dawn—. No se van a olvidar.

—Dios no se olvida —añadió Luke—. Eso es todo lo que importa, mamina.

En el asiento de atrás iba Dawn entre los dos pequeños, extrañamente callados, aunque tiritaban. A ambos lados de su hermana mayor, apenas se movían, como si, pese a ser tan temprano, estuvieran ya cansados y listos para acostarse. Dawn buscó los ojos huidizos de su hermano en el espejo retrovisor, pero él evitaba mirarla.

Luke insistió, como si se burlara:

—Dios es todo lo que importa, ¿no lo entiendes? El resto son tonterías.

¡Ayúdame, Jesús! Mi marido me necesita a su lado en esta hora tan difícil.

Y sin embargo, por la mañana Edna Mae no era capaz de alzar la cabeza de la almohada. Un terrible agotamiento se había apoderado de sus huesos por la noche, llenándolos de plomo.

Todas las mañanas, antes de salir camino del instituto, Dawn iba a suplicarle:

—¡Mamina! Despierta.

Edna Mae quería protestar, porque estaba despierta. Su cerebro estaba despierto. Pero no conseguía abrir los ojos.

Apenas, tampoco, mover las extremidades. Si no le pesaban como si fueran de plomo, eran tan ligeras como el aire e independientes de ella, por lo que resultaba imposible moverlas.

Tenía la boca muy seca a causa de las pastillas y no podía hablar.

Y eso fue lo que sucedió, una mañana tras otra, durante el resto de aquel terrible mes de septiembre de 2001. Y todas las mañanas eran (en apariencia) una sorpresa para Edna Mae, que la noche anterior había decidido que el día siguiente sería distinto.

Pero sí asistiría al final del juicio. Se lo juró a sí misma.

Eran los días postreros, estaba convencida. Había comenzado la Gran Tribulación. Cataclismos, tormentas de fuego, inundaciones. Terremotos, plagas. Los ataques terroristas no eran más que el primer golpe de un Dios

encolerizado. Sin embargo, resultaba tan extraño para ella como para los demás en Mad River Junction que, después de la destrucción de la Zona Cero, nada más hubiera sucedido; en realidad, a los habitantes de Mad River Junction no les había sucedido nada en absoluto.

—¿Edna? ¡Edna! —un rostro tan cercano al suyo que Edna Mae apenas logró reconocerlo como el de su tía.

A Mary Kay Mack solo le faltaba chasquear los dedos para despertar a Edna Mae que *no estaba dormida* en la mesa de la cocina, donde se había servido cereales en un tazón pero no había llegado a añadirles leche ni a empuñar una cuchara para comérselos.

—Edna Mae. Acaban de llamarnos. El jurado está «deliberando». ¿No tendrías quizá que estar con Luther?

Desconcertada, Edna Mae vio que eran las 12.25 de la mañana. Lo último que recordaba era que, a las 9.30, había bajado las escaleras para desayunar.

—Ha llamado el abogado de Luther. Tienen «la esperanza de que todo salga bien». Podemos ponernos ahora en camino, si te sientes con fuerzas.

—Sí.

¡Pero estaba tan cansada de repente! Edna Mae escondió la cara entre las manos.

Veredicto

¿Han alcanzado un veredicto?

Lo hemos alcanzado, señoría.

Al juez se le entregó un papel doblado que procedió a abrir y a leer antes de entregárselo al alguacil.

Hallamos al acusado culpable de los cargos que se le imputan.

De dos delitos de homicidio en primer grado: culpable tal como se le imputa.

¡Fue toda una sorpresa para él! Por el violento golpe de su corazón se dio cuenta de que había estado esperando otro veredicto.

Pero no soy culpable. Dios me liberará.

Fue toda una sorpresa y un golpe en cierta medida, tuvo que reconocer que era más bien un golpe, aunque se creía inmune, invulnerable a las vicisitudes terrenales; a la larga, de todos modos, se dio cuenta de que Dios lo estaba poniendo a prueba.

Y en consecuencia sonrió, con una sonrisa radiante que le llenó el rostro de pliegues.

Por sus extremidades, dotadas ya de músculos poderosos, sin un gramo de grasa que los recubriera después de meses de rigurosos ejercicios en su celda, se propagó un estremecimiento de fuerza recién hallada, de capacidad de resistencia.

Regresó a su celda en el centro de detención. Una celda que había llegado a ser *suya* por completo.

El más joven de los ayudantes del sheriff no se mostraba ya tan amistoso. Desde el diálogo en el furgón, cuando había asegurado a Luther Dunphy que

llegaría el día en que saldría del juzgado convertido en un «hombre libre», prácticamente no habían intercambiado palabra alguna. En cuanto al agente de más edad, a quien no le gustaba el preso y que le había insultado con palabras malsonantes, mostraba ya sin reparo su evidente antipatía.

Murmuró con satisfacción lo que sonaba como *Cabrón. Te han dado lo que te mereces.*

También estaba sorprendido el abogado de Luther. Estupefacto.

O, más bien, no tan sorprendido, probablemente. Pero estupefacto.

Apelaría el veredicto, le aseguró a su cliente.

Y fuera cual fuese la sentencia, apelaría. Aunque el joven abogado de oficio no era ya tan optimista. Hablaba despacio, como distraído. Había preocupación en sus ojos. Algo de su anterior energía, casi vertiginosa, se había disipado, y Luther sintió una punzada de compasión por haberlo decepcionado.

Aun así, estaba seguro de que Dios no le había abandonado.

Sentencia

Cinco días después, en el juzgado de Broome County, oyó que se le sentenciaba a muerte.

Tales fueron las palabras que oyó pero que no pudo entender del todo: *Luther Dunphy, se le sentencia a muerte.*

Aquella mañana el juez habló durante mucho tiempo. Con una voz precisa, que separaba una a una las palabras, repleta de desdén, desagrado y desaprobación —sin duda la voz de un hijo de Ohio nacido muy probablemente no lejos de Muskegee Falls y que había pasado toda su vida en la región—, habló de cómo Luther había matado a dos hombres «a sangre fría». Se trataba de muertes «premeditadas», que había «planeado metódicamente». Se había trasladado desde su casa, a una distancia de unos cinco kilómetros, y llevaba en su vehículo la escopeta del calibre doce que había utilizado para los asesinatos; había permanecido en el interior de su vehículo hasta la llegada de sus víctimas, momento en el que se les había «acercado sigilosamente» delante de numerosos testigos; no se trataba de actos de pasión o emoción «impulsivos, espontáneos», sino que procedían de un «plan cuidadosamente trazado», de algo semejante a la venganza «camuflada en una distorsión y perversión de las convicciones religiosas cristianas».

Tanto Augustus Voorhees como Timothy Barron, tal como habían corroborado los testigos, «le suplicaron que los dejara vivir», y sin embargo los había matado.

Los testigos habían hecho notar su falta de emoción. Y en el juzgado, a lo largo del proceso, había quedado claro que el acusado no sentía remordimientos por sus atroces crímenes, sino más bien una especie de orgullo.

—Esta sentencia enviará una señal muy clara a todos aquellos que crean que pueden incumplir, desafiar o violar las leyes del estado de Ohio y de los

Estados Unidos de América por razones de fe o de ideología. El tribunal no tolerará semejantes actitudes y castigará hasta donde la ley lo permite tales infracciones. Luther Dunphy, por la presente se le sentencia a permanecer encarcelado en la Penitenciaría Estatal de Chillicothe, Ohio, hasta su ejecución mediante inyección letal en una fecha por determinar.

El abogado de Luther le agarró de la mano, no para confortar al reo sino para sostenerse él.

Ningún miembro del jurado estaba presente aquella mañana. Tan solo funcionarios del tribunal y personal administrativo. El procedimiento fue rápido y enérgico. Luther todavía estaba esperando que el juez dijese algo más cuando este ya había abandonado la sala. Qué deprisa estaba sucediendo todo lo que había sucedido tan despacio durante meses; no parecía correcto.

Los guardias se estaban ya haciendo cargo de Luther para llevárselo. Sorprendido, vio que sus hermanos Norman y Jonathan estaban en la sala y lo miraban horrorizados. No había reparado antes en su presencia, ¿o sí? Débilmente alzó una mano para saludar, un gesto fraternal avergonzado y al mismo tiempo tranquilizador: *¡No os preocupéis! Nunca sucederá. Es una prueba que Dios me pone. Tened fe.*

Más adelante se daría cuenta de que el segundo juicio había sido más breve que el primero. Menos testigos habían hablado en su favor en el apartado «reputación». Stockard, el exsacerdote, no había estado presente ni había testificado. El amigo de Luther.

Malas noticias

La noticia les llegó cuando estaban en Mad River Junction.

Al principio Edna Mae no reconoció el apellido. Una voz que sonaba como en carne viva.

Llamaba el defensor de oficio de Luther. El joven entusiasta y tenso con quien Edna Mae había intercambiado incómodas observaciones un año antes y cuyo rostro y nombre había olvidado por completo.

Le explicaba que las noticias no eran buenas. Y la llamaba *señora Dunphy*.

Le decía que el juez no parecía haber encontrado factores «atenuantes» en el caso. Y que había sentenciado a su marido a muerte.

¿*Muerte*? Edna Mae no entendía.

Se quedó tan inmóvil, con el teléfono en la mano y tal desconcierto en la expresión, que su tía se apoderó rápidamente del auricular.

—¿Puede Luther... puede usted... *apelar*? —preguntó.

El abogado le dijo que sí. En los casos de pena capital, apelar es axiomático.

Y por lo tanto sí, podría apelar en nombre de Luther y lo haría. Excepto que...

—Sí. ¿Qué?

Excepto que tendrían que estar preparados si la sentencia no se modificaba, dijo. Porque el juez había sido muy cuidadoso en la manera de llevar el proceso, sumamente profesional, escrupuloso. Era muy consciente de la naturaleza controvertida del caso y de la gran probabilidad de una apelación...

—Oh, Dios mío.

Mary Kay emitió un sonido semejante a un sollozo: un sonido áspero, como una tos seca, sorprendente en una persona de ordinario alegre y desenfadada.

Edna Mae permanecía inmóvil, muy cerca, como si hubiera llegado a la

cocina sin ninguna razón particular o por una que ya se le había olvidado.

Mientras Mary Kay seguía hablando por teléfono durante bastante tiempo en voz baja, una voz de incredulidad, de asombro, de terror, los hijos pequeños se presentaron en la cocina como si se los hubiera llamado (por supuesto no había sido así), y Dawn entró corriendo sin aliento y aterrada como si hubiese conseguido oír, desde el rincón más remoto de la casa, palabras cruciales.

—¿Qué pasa? ¿Con quién estás hablando? ¿Es...?

Mary Kay hizo un gesto a Dawn para que no se acercara y guardase silencio.

—¿Es sobre papá? ¿El veredicto?

En aquel momento Edna Mae perdió de repente la compostura y el equilibrio; al intentar empujar a su hija mayor, tan brusca y molesta, para pasar, como si buscase paz en otra parte de la casa, dio un paso en falso, se tambaleó y cayó pesadamente al suelo con un débil gemido; Dawn intentó sin éxito evitar que cayera, y luego, al verla tumbada, se arrodilló a su lado entre lamentos:

—¡Mamina! ¡Mamina!

Los dos pequeños lloraban ya. Mary Kay le dijo al abogado que iba a colgar y que volvería a llamarle en el espacio de una hora. En el suelo, Edna Mae seguía de costado, insensible, muy pálida, los ojos cerrados con fuerza. Dawn continuaba arrodillada a su lado, repitiendo «Mamina» (tal como Mary Kay informaría a la familia) como si se le hubiera roto el corazón.

Tiempos de barro

*¿Es esa... la chica Dunphy?
Su padre es el que mató a aquellos tipos...
... ahora está en el corredor de la muerte...
Jo, tío, ¡menudo callo! Tiene cara de bulldog.*

Se escondió detrás del maloliente contenedor de basura. Y esperó.

Porque a ciertas horas era una equivocación entrar en el 7-Eleven de Sixteenth Street.

Demasiado pronto después de las clases, por ejemplo. (Pero Dawn no cometería nunca esa equivocación.)

Tampoco en otros momentos si había dentro chicos gritones, o chicas que conocían a Dawn Dunphy del instituto, o que sabían quién era.

Dijeran lo que dijese quienes gritaban, Dawn nunca los oía.

No le importaba esperar. Estaba acostumbrada a esperar. Estaba acostumbrada a los olores del contenedor de basura.

«¿Qué va a ser de nosotros?» Nadie quería preguntarlo.

Con Edna Mae había que tener muchísimo cuidado. La situación era tan delicada que no se podía siquiera decir «papá» ni «Chillicothe» (que era donde Luther estaba preso) sin amargarla: Edna Mae se apretaba el corazón con la palma de la mano —delgada y llena de venas azules— y los ojos se le inundaban de dolor.

Corredor de la muerte.

Pena capital.

Inyección letal.

Evitaban hablar de aquellas cosas. Incluso Luke.

Para aludir a la situación de algún modo podías decir *el Problema*.

Como *antes del Problema*. O *después del Problema*.

Aunque no estaba claro si *el Problema* se refería a su padre disparando contra aquellos dos hombres en el centro para mujeres, o solo a su padre detenido y preso; o si *el Problema* se refería más concretamente al segundo proceso, el veredicto y la terrible sentencia.

Dos delitos de homicidio, en primer grado.

Condenado a muerte.

Apelación pendiente.

Por supuesto, ¡existían esperanzas acerca del resultado de la apelación! Un equipo de abogados con experiencia en la pena capital trabajaba ya en el caso, además del defensor de oficio.

Iban a argumentar *ausencia de culpabilidad en razón de locura (temporal)*.

O ¿lo que iban a argumentar era *ausencia de culpabilidad en razón de locura*?

(Luther Dunphy se negaba muy enfadado a aceptar aquella estrategia para su defensa. Pero gracias a un tecnicismo, al tratarse de una presentación ante el Tribunal de Apelación del Estado de Ohio se podía utilizar alguna variante de aquella línea de defensa aun cuando el acusado no estuviera de acuerdo.)

Entre los Dunphy nadie creía que la ejecución llegara a producirse en realidad, porque el gobernador republicano de Ohio podía conmutar la pena capital por cadena perpetua si así lo deseaba, y se sabía que estaba recibiendo peticiones de políticos defensores del derecho a la vida y de comunidades cristianas de Ohio y del Medio Oeste. Se creía también que un acaudalado fabricante de Ohio presionaba al gobernador, cuya campaña había ayudado a financiar, y su apellido era «Bear» o «Beard», según las noticias de Dawn... A Edna Mae no le gustaba hablar de aquellas cuestiones porque «tener esperanzas» la llenaba de ansiedad, pero Dawn quería saber todo lo que fuera posible porque quería tenerlas.

De hecho habían llegado buenas noticias. El abogado de Luther había llamado un día con buenas noticias.

La ejecución, programada para el 16 de abril de 2002, había sido reprogramada para el 29 de octubre del mismo año.

Y existía una «seria posibilidad» de que volviera a aplazarse de nuevo, para dar al equipo de abogados ocasión de defender su caso ante el Tribunal de Apelación.

Todas las noches Dawn tachaba otro día del calendario que escondía en un cajón del buró de su dormitorio. Y todas las mañanas anotaba cuántos días faltaban para el 29 de octubre...

No pasará de verdad, Jesús intervendrá.

Lo sabemos. Tenemos fe.

Edna Mae se habría angustiado si hubiese visto el calendario de Dawn en el que, sobre el 29 de octubre, estaba dibujada una cruz con tinta negra. Incluso Mary Kay podría haberse disgustado.

Había esperanzas mientras Luther Dunphy siguiera vivo.

Luther estaba preso en la Penitenciaría Estatal de Chillicothe, Ohio. Y recluido en el corredor de la muerte: en Chillicothe el nombre de la dependencia era precisamente *Corredor de la Muerte*.

Ya no resultaba nada fácil visitarlo, porque Chillicothe estaba a tres horas de distancia en coche desde Mad River Junction. El centro de detención de Muskegee Falls se encontraba a menos de treinta kilómetros.

Las visitas también se habían hecho más difíciles por otras razones. Edna Mae estaba indispuesta muy a menudo y Luke, por razones de trabajo, no siempre podía llevarlos. Y en una ocasión en la que habían hecho el viaje, Luke al volante del coche de Mary Kay que traqueteaba y daba tumbos por la carretera interestatal, Edna Mae delante y Dawn y los pequeños apretados detrás, se habían topado con que el mismo Luther no se encontraba bien porque padecía algún tipo de «gripe» que le impedía recibir visitas. En otra ocasión habían descubierto que todo Chillicothe estaba clausurado a raíz de un intento de apuñalamiento a un guarda de prisiones.

—Vuestro padre sabe que estamos pensando en él y rezando por él. Quizás eso sea suficiente por el momento —fue lo que les dijo una valiente Edna Mae con una sonrisa.

Finales de marzo de 2002. «Tiempos de barro», así llamados en Mad River Junction, Ohio.

Nieve y hielo que se derretían. Tejados que goteaban. Voluminosos bancos de nieve que se deshacían despacio y desaguaban en alcantarillas y cunetas. Aceras relucientes, charcos. Acumulaciones de barro en los campos y al lado de los caminos. Por todas partes los restos del invierno: ramas rotas, hojas en descomposición, esqueletos de árboles de Navidad abandonados en solares

vacíos, papeles rasgados, plásticos. Al mediodía el sol brillaba luminoso y caliente para luego empezar a debilitarse a primera hora de la tarde. El aire se volvía frío y olía a algo metálico, lo que hacía que a Dawn se le contrajeran las ventanillas de la nariz.

Ya tenía quince años y repetía curso.

Durante unas cuantas semanas de aquel invierno jugó al baloncesto con el equipo femenino del instituto. Había sucedido como un milagro, muy de repente. Dawn Dunphy se puso de moda: *No está tan mal. En realidad es más bien tímida. Es una lástima que huela tanto a sudor cuando se emociona.* Dawn Dunphy no había sido la jugadora más rápida del equipo, ni tampoco la más hábil, pero sí la más segura, la más fuerte y una de las más altas con un metro setenta y tres y sesenta y seis kilos; había sido la jugadora más incansable, capaz de resistir todo un partido sin interrupciones, jadeante, sudando a mares, sin importarle empapar el uniforme verde oscuro y siempre dispuesta a pasar la pelota a las chicas que encestaban mucho mejor que ella: *Una fantástica jugadora de equipo, Dawn Dunphy. Si no te pasase por encima como un caballo.*

Solo en una ocasión, zancadilleada por una rival, Dawn Dunphy había acabado en el suelo de manera tan flagrante que el árbitro pitó una falta personal; se le concedieron dos tiros libres y falló los dos.

Pero los aplausos en el gimnasio habían sido estruendosos, junto con vítores, gritos y patadas en el suelo. *¡Dun-phy! ¡Dun-phy!* El entusiasmo por la fogosa Dawn Dunphy, con sus sólidas piernas musculosas, visiblemente velludas, robustas como las de un hombre, iba acompañado de risas, pero risas sin mala intención, Dawn estaba segura. No eran *cruelles*.

(«Este es el día más feliz de mi vida. Gracias, Jesús», porque Dawn estaba convencida de que Jesús había permitido que sucediera el milagro; pero no la había ayudado a encestar porque encestar ya era otra cosa, relacionada con lo que llamaban «libre albedrío».)

Pero luego hubo protestas. Chicas a las que no se había elegido para el equipo se quejaron a la directora de que la profesora de gimnasia hubiera preferido a Dawn Dunphy que no era, estrictamente hablando, elegible, dado que sus notas eran bajas, de aprobado raspado, repetía año, y además (en teoría) aún le quedaba mucho tiempo en el futuro para formar parte del equipo. (Puesto que era muy probable que siguiera en el instituto más allá de los dieciséis.) De manera que se la apartó del equipo y nunca se recuperó del

todo de la decepción, como tampoco se había repuesto, en primer lugar, de la sorpresa de que se la invitara a incorporarse, ni de que se la hubiese distinguido con una popularidad tan grande durante aquellas tres semanas mágicas.

Dawn, lo siento muchísimo. Pero el año que viene jugarás sin falta, te lo prometo. ¿De acuerdo?

A la profesora de gimnasia, que también hacía de árbitro, le gustaba de verdad Dawn Dunphy. Es posible que se compadeciera de ella (sabiendo que su padre era el notorio Luther Dunphy, recluido en el Corredor de la Muerte de Ohio), pero no era ese el motivo de que la hubiera invitado a formar parte del equipo. La había invitado porque Dawn tenía la calidad suficiente y su tamaño impresionaba a las jugadoras de los equipos contrarios, y las otras chicas no se habían opuesto, al menos de manera rotunda. Porque la popularidad de Dawn Dunphy en el instituto de Mad River Junction tenía que ver con que las alumnas se sintieran bien consigo mismas por comportarse de forma magnánima, sin mezquindad. Pero todo terminó tan bruscamente como había empezado.

Sorpresas como aquella eran frecuentes en su vida. Había conseguido que no la afectaran. O, por lo menos, quería creerlo.

—«Dun-phy»... ¡fea!

—«Dun-phy»... ¡estás sentenciada!

Se había quedado tan absorta pensando en el equipo de baloncesto, y en los tiros libres fallados o, más bien, casi anotados (en el segundo, la pelota había dado la vuelta al aro, como burlándose, mientras el público rugía) que no había reparado en lo que tenía alrededor, y no había oído a los chicos que se le acercaban por detrás mientras descendía por el paso subterráneo lleno de goteras en Fort Street. Pero de repente sus voces le llegaron altas y jubilosas y haciendo eco en el cemento, por lo que aceleró el paso, corriendo a medias, para escapar. Las palabras que salmodiaban le resultaban apenas inteligibles porque el corazón le latía con demasiada violencia: «“Dun-phy”... no corras, ¡corredora de la muerte!».

Era de su padre de quien se burlaban. Se dio cuenta perfectamente, con dolorosa indignación y vergüenza.

Cinco, o quizás seis o siete muchachos. Mayores que ella, pero con un comportamiento más infantil, como de primero de secundaria. Sabía los nombres de algunos, reconocía sus caras. No pensaba que la mirasen con

malos ojos. No creía que les cayese mal. Pero había algo en ella que los molestaba, que los empujaba a burlarse, algo que tenía que ver con su cuerpo, que era femenino pero se movía como el de un varón, balanceándose al andar, una manera de poner los pies en el suelo con violencia sobre los talones, impulsándose hacia delante mientras braceaba con aplomo. Las cejas se marcaban mucho por encima de unos ojos hundidos en sus órbitas. De frente estrecha, a menudo llevaba el ceño fruncido. Los hombros y la parte superior de los brazos eran recios. Vestía ropa que podría haber sido masculina, oscura o caqui, prácticamente descolorida: pantalones de pana, camisa de franela y debajo una camiseta oscura de algodón, chaqueta de poliéster y gastadas zapatillas de correr. Los miró de soslayo, entornando los ojos.

—¡Dun-phy! Tu padre también *corre de muerte*.

Las risas de aquellos chicos eran risas idiotas, como guijarros zarandeados dentro de un recipiente de metal. No había crueldad en ellas, más bien vacuidad, una frivolidad que a Dawn le resultaba repulsiva, aborrecible. Sin volverse a mirar a sus atormentadores, echó a correr mientras ellos hacían bocina con las manos para gritarle:

—¡Dun-phy! ¡Fea! ¡Dónde vas, zorra!

Salió jadeante del paso subterráneo. Sin otra preocupación que escapar, subió por unos toscos escalones de piedra hasta un solar en el que se amontonaban los escombros de un edificio derruido, y lo atravesó hasta alcanzar un terreno baldío donde solo crecían arbustos y por el que llegó a un campo enfangado, que cruzó a ciegas, pensando que no la seguirían, puesto que significaría correr por el barro, un barro que les succionaría los zapatos como lo estaba haciendo con sus zapatillas, salpicándole los pantalones por añadidura.

Los gritos que la seguían se fueron perdiendo. Llegó hasta el extremo sin salida de Fort Street, donde se limpió algo del barro de las zapatillas en el borde de una acera. El corazón no le latía ya con tanta fuerza, había pasado el peligro. De todos modos, se sentía envilecida, abochornada. ¡Se habían atrevido a burlarse de Luther Dunphy!

Sintió un estremecimiento de rabia asesina. Con una escopeta de dos cañones en las manos, los acribillaría a perdigonazos.

En el puente de Fort Street sobre el Mad River esperó a que pasara el tráfico. Un estruendoso tractor con remolque y matrícula de Illinois. Desde lo

alto de la cabina, el chófer ladeó la cabeza para mirarla sobre la pasarela peatonal, y casi en el mismo instante dejó de interesarse por la solitaria figura femenina de ropa tan informe. En aquel instante sintió un estremecimiento de alivio: *¡Nadie me verá! Estoy a salvo.*

Tomó entonces la decisión de volver a casa, a Depot Street, siguiendo el camino más corto en lugar del más largo, por calles más concurridas.

Cruzó el puente con la cabeza baja para protegerse del viento. Debajo estaba el río, estrecho y turbulento, que tanto la fascinaba, y en cuyo curso, con el derretirse de marzo, se confundían grandes trozos de hielo del tamaño de rocas con velocísimas aguas oscuras. El ruido del río era semejante al de una cascada, una catarata de sonidos, como de numerosas voces que murmurasen juntas, casi demasiado lejos para oírlas.

A salvo. Si soy invisible para el enemigo, estoy a salvo.

Desde la otra orilla ascendió por una colina de árboles enmarañados y de maleza, hasta salir al extremo del depósito de clasificación de la línea Baltimore & Ohio, donde se almacenaban vagones de mercancías y otro equipamiento de ferrocarriles que ya no estaba en uso; había carteles contra la violación de la propiedad, pero nadie la veía, porque no parecía que nunca hubiera nadie por aquella parte de la estación. Dawn se hallaba solo a medio kilómetro de Depot Street cuando oyó un excitado murmullo de voces a poca distancia, pero aún tardó en darse cuenta de que *Ahora están por delante de mí. Han cruzado a este lado antes que yo.* Luego, para horror suyo, vio a varios de los chicos que la habían perseguido por el paso subterráneo acercándose con amplias sonrisas burlonas —*¡Dun-phy! ¡Hola!*—, y cuando se dio la vuelta vio a los otros detrás, acercándose de prisa y llamándola *¡Dun-phy! ¡Eh!*

Por supuesto, sabían hacia dónde se encaminaba: Depot Street. Lo sabían, y habían sido más listos que ella, y ahora ya era demasiado tarde para huir porque los tenía encima, al chico grande de cara redonda llamado Billy Beams, al patilargo Jay-Jay, a otro que llevaba una gorra de los Cleveland Browns puesta del revés y que lucía una barba incipiente. Alguien empujó a Dawn por detrás en dirección a Billy Beams, que se echó a reír y repitió el empujón en dirección contraria; y de repente los tuvo a todos encima, demasiados para luchar; la tiraron al suelo, y forcejeó desesperada para escapar, incluso mientras la agarraban de los tobillos, las piernas, los brazos y las muñecas y la ponían boca arriba con violencia, indefensa, tratando de

librarse dando patadas, retorciéndose. Qué deprisa había sucedido: estaba *caída*. La llamaban *zorra*, *zorra de mierda*. La llamaban *bollera*. Los gritos de Dawn eran roncospollos. No conseguía llenarse los pulmones para gritar o chillar. Uno de los chicos, acucillado detrás, le sujetaba las muñecas. Otro los tobillos. Entre gritos y risas lograron abrir la cremallera y bajarle los pantalones de pana —les llevó tiempo desatarle las zapatillas y quitárselas—, y a continuación le arrancaron las bragas blancas de algodón, que le apretaban mucho y le dejaban marcas rojas en lo alto de los muslos y en la cintura. El espectáculo del vello púbico, espeso y mullido en el bajo vientre de piel muy blanca, les hizo estallar en gritos exultantes y gorgoritos... ¡Cielo santo! ¡Mirad eso! ¡Qué cerda! La desnudez de Dawn les hacía pensar quizás en el cuerpo de su madre, el cuerpo del que habían surgido como recién nacidos, y por ello tenían que castigarla.

Sus torpes manos arrancaron ramitas, hojas que se pudrían, barro para frotárselo por la cara, el pelo, entre las piernas. Con especial vehemencia entre las piernas. No habían perdido el tiempo quitándole la camisa y tuvieron que contentarse con apretarle mucho los pechos, y frotarlos con barro por encima: sus pechos, que no eran ni grandes ni blandos, sino duros y elásticos como gomaespuma. Algo relacionado con su cuerpo los enfurecía, Dawn lo veía en sus caras, encendidas y furiosas, homicidas. El chico alto y patilargo con la gorra del revés se apoderó de un trozo de rama de árbol de unos veinticinco centímetros para metérselo dentro, entre las piernas; la madera estaba podrida y empezó a romperse casi de inmediato, aunque Dawn sintió un dolor insoportable y en aquel momento consiguió respirar hondo para gritar.

—¡Zorra de mierda! Te gusta. Sabes *que te gusta*.

Billy Beams gruñó mientras cogía un bloque de cemento con las dos manos, alzándolo y sosteniéndolo sobre Dawn, para amedrentarla. Ella lo miró con terror, consciente de que si se le escapaba de las manos le aplastaría el cráneo. Apenas consiguió suplicarle:

—No, por favor, no...

Billy Beams dejó caer el bloque de cemento, no sobre la cabeza de Dawn, sino sobre el suelo enfangado, muy cerca. Su gesto era de repugnancia, de rabia.

—Si se lo cuentas a alguien, estás muerta. Zorra de mierda, más vale que no se lo cuentas a nadie, ¿me oyes?, o date *por muerta*.

Muy poco después se marcharon. Les oyó correr, y oyó cómo se alejaban los roncós gritos guturales y las risas. Luego reinó el silencio y comprobó que estaba sola.

Durante mucho tiempo siguió en el suelo sin moverse. Vio que el cielo, muy lejos, por encima de donde estaba, había adquirido una tonalidad plateada, como si el sol hubiera desaparecido, convirtiéndose en una pálida luz muy tenue. Tenía los ojos inundados en lágrimas. El suelo por debajo de ella estaba húmedo y frío. Se dio cuenta de que tiritaba de manera convulsa porque estaba desnuda de cintura para abajo, y una terrible debilidad se apoderó de sus extremidades.

—Jesús. Ayúdame...

¿Dónde se había ido Jesús? ¿Se había alejado, asqueado, como los chicos?

Consiguió incorporarse. El dolor le martilleaba la cabeza, las muñecas también le dolían y el hombro derecho le daba punzadas como si se hubiera dislocado. Entre las piernas el dolor era igualmente intenso y le fluía un mínimo hilillo de sangre, así que se movió con mucho cuidado y con el mismo cuidado se subió los pantalones de pana manchados de barro, entre muecas de dolor pero decidida a recuperar cierta compostura ante la posibilidad de que alguien la viera; porque sin duda alguien iba a verla enseguida, estando como estaba a solo unos cien metros de Depot Street (donde el tráfico era muy escaso, pero visible a través de una hilera de árboles; de todos modos, nadie de su calle los habría visto, ni a ella ni a los chicos agachados a su alrededor durante los breves minutos de la agresión). No recogería las bragas rasgadas, pero localizó sus zapatillas, arrojadas a pocos metros de distancia, y logró ponérselas y atarse los cordones con firmeza. Pensando *Estoy bien. No sangro mucho. Estaré bien. Depende de mí.*

Se puso en pie con dificultad. Sintió una descarga de sangre entre las piernas, pero no era la casi hemorragia de sangre menstrual, oscura y pegajosa, que tanto la asustaba y repugnaba cada pocas semanas, sino más bien un hilillo frío, una clase diferente de sangrado que no era muy importante (estaba convencida) y que cesaría pronto. La rama de árbol le había arañado el delicado interior de la *vagina*. Pero no eran más que arañazos superficiales, que pronto dejarían de sangrar. Fue lo que se dijo.

Con hojas humedecidas se limpió el interior de los pantalones de pana, y entre las piernas, torpemente. Su principal preocupación había sido subirse

los pantalones para que nadie pudiese verla medio desnuda. Con las hojas húmedas también se limpió la cara. Se quitó pegotes de barro del pelo. Valoró la situación con cierta calma: *En realidad estoy bien. Nadie se va a dar cuenta.*

—Gracias, Jesús. Por evitarme lo peor.

Había sido culpa suya, lo sabía: por elegir el atajo para volver a casa.

Regresaría cojeando a través de las vías hasta llegar a Depot Street. Entraría con mucho cuidado por la parte de atrás. Si Edna Mae estaba en la cocina, podía evitarla. Sería fácil: Edna Mae quizá preguntase «¿Quién viene?», y Dawn solo tendría que responder «¿Tú quién crees, madre? Yo», y pasaría por delante de la puerta y subiría las escaleras. (Dawn ya no llamaba *mamina* a Edna Mae. Tampoco sus hermanos pequeños.) Aunque Anita y Noah estuvieran cerca, no se fijarían en su hermana. Mary Kay no habría vuelto del trabajo. Dawn subiría deprisa al baño del segundo piso y nadie sería testigo de su vergüenza, porque Jesús le concedería aquel pequeño consuelo, estaba segura.

Sí, nos la follamos. Dun-phy. Fuimos varios. Ya lo creo que le gustó.

Zorra de mierda. Bollera. Le dijimos que la mataríamos si se lo contaba a alguien, pero no lo contará porque le gustó.

Dawn no volvió al instituto. Ni al día siguiente ni al otro.

No porque estuviera enferma o malherida, porque (estaba segura de ello) no le pasaba nada.

A última hora de la tarde esperó detrás del 7-Eleven. Junto al contenedor de basura.

Esperó cerca del paso subterráneo de Fort Street.

Hasta que la semana siguiente, a última hora de la tarde de un martes, vio a varios de los chicos, a Billy Beams, a Jay-Jay, al que llevaba la gorra de los Cleveland Browns y a uno o dos más cuando bajaban los escalones del paso subterráneo de Fort Street. A toda velocidad cruzó la calle y se acercó a ellos. En el bolsillo llevaba un martillo que había encontrado en el garaje de su tía abuela, y cuyo mango había envuelto cuidadosamente con cinta adhesiva negra para sujetarlo mejor.

Los chicos la vieron. Una misma expresión de desconcertada sorpresa recorrió sus rostros como el destello de un faro. Y luego empezaron a sonreír y uno de ellos hizo un gesto burlón a modo de saludo, *Qué tal, Do-en Dunphy*.

Vieron su expresión antes de ver el martillo que empuñaba y entonces dejaron de sonreír.

Dawn se lanzó contra Billy Beams, el más lento y torpe por ser también el más voluminoso. El martillo le golpeó —como si se moviera por voluntad propia en la mano de Dawn— en la cara, en la cabeza, en la nuca, expuesta mientras trataba de escabullirse. Quería romperle el cuello, pero el espesor de la carne en el codo era excesivo. Dawn sintió de todos modos un ¡*crac!* gratificante; tuvo la seguridad de haberle roto el cráneo, con lo que su cerebro rezumaría sobre el sucio asfalto donde había caído, entre convulsas sacudidas, gritando y gimoteando como un niño. Dawn se dirigió a continuación hacia otro de sus agresores, agitando el martillo, lado plano, lado de la cuña, lado plano, lado de la cuña, lado plano en movimiento hasta golpear y hacer sangrar las heridas que surgían, como huellas de frenazos, en la frente de su nueva víctima. Y a continuación ya estaba en el suelo y Dawn corrió tras el que llevaba la gorra del revés, y en los escalones al otro extremo del paso subterráneo lo alcanzó, golpeándole en la cabeza por detrás, bien sujeto el mango del martillo recubierto de cinta adhesiva con las dos manos, mientras el chico perdía pie y caía al suelo, gritando de dolor; Jay-Jay, uno de los supervivientes, trató de quitarle el martillo, pero Dawn era demasiado fuerte y demasiado rápida, por lo que, volviéndose contra él, lo golpeó en la coronilla con tanta fuerza que cayó sobre el sucio asfalto como un saco de cemento.

Dawn se volvió entonces hacia el que había caído en los escalones. Soltó el martillo y le golpeó en la cara con los puños. Le alcanzó en los ojos, llenos de asombro, y en la nariz. Le golpeó en la boca, que empezó de inmediato a sangrar.

También tenía rota la nariz y le brotaba sangre por los orificios nasales.

Le aporreó los ojos con los puños como para cegarlos. Haría que reventaran los capilares, cerraría los odiosos ojos que habían visto desnuda la parte inferior de su cuerpo. Dawn nunca había golpeado a nadie con los puños como en aquel momento. Se había peleado con Luke, pero nunca así. Porque Luke era demasiado fuerte para ella, no podía vencerlo. Pero a aquellos

chicos los había pillado por sorpresa. Aunque le dolían los puños y tenía los nudillos en carne viva y hasta sangrándole un poco, estaba emocionada, exultante. «¡Cabrones! Ahora ya os habéis enterado.» Aquellos hijos de mala madre habían pensado que era una buena chica cristiana, y que podían humillarla sin consecuencias. Pero Dawn Dunphy no se dejaba humillar. Jesús no siempre había ofrecido la otra mejilla para que volvieran a abofetearlo. Jesús había expulsado del templo a los mercaderes. Con voz bien alta y exultante había dicho: No vine a poner paz sino espada. Ella sabía usar los puños y dar patadas: por Jesús y por Luther Dunphy, su padre, que era un soldado de Jesús y que iba a morir en su nombre.

Siguió a los otros fuera del paso subterráneo, pero no los persiguió por Fort Street. El martillo ensangrentado se lo guardó en un bolsillo. No quería ser vista, no quería que la viese ningún testigo, porque sabía, por el juicio de su padre, que los testigos te pueden condenar aunque apenas repares en su presencia. Y algún testigo podría verla si perseguía a los chicos por Fort Street.

De manera que huyeron de ella, les permitió que se escaparan, gritándoles con voz burlona: «¡Cabrones! Idos al infierno». Y Jesús lo observaba todo y juzgó que estaba bien.

Eres mi sierva Dawn Dunphy en quien me complazco.

Aquello pasó en tercero de secundaria, y a ella la expulsaron.

La chica Dunphy, la hija del fulano que mató a dos hombres en el centro para mujeres y lo condenaron a muerte...

Convencimos a la directora para que la expulsara. Todo el mundo hablaba de cómo había atacado a unos chicos del instituto (que supuestamente se habrían estado burlando de ella) con un martillo o una navaja u otra arma letal, y cómo los chicos no lo habían denunciado porque se avergonzaban o porque no querían tener problemas, de manera que fuimos a la directora y la convencimos de que era peligrosa y eso fue todo: la chica Dunphy dejó el instituto.

Se le veía en la cara que iba a ser peligrosa. Aunque de hecho todavía no teníamos conocimiento de que hubiera causado ningún problema en el instituto. Cabe que fuese disléxica. Sucede con mucha frecuencia en esas familias de blancos pobres en las que casi nadie termina la secundaria o a

veces ni siquiera aprueban el primer ciclo y el absentismo es muy elevado; luego no resulta ninguna sorpresa que el padre o algún miembro de la familia acabe en la cárcel.

Lo sorprendente era que la chica Dunphy —Dawn de nombre— (más adelante diría llamarse «D.D.»), pero no cuando estaba en nuestro colegio) tenía dos hermanos menores, Anita y Noah, que, con la salvedad de que casi no abrían la boca en clase, no eran malos estudiantes, en especial la chica: se los podría calificar de «por encima del promedio» y casi siempre limpios y con buenos modales. Totalmente distintos de su hermana mayor y del resto de los miembros de la familia, casi seguro.

Después de su expulsión del instituto, Dawn trabajó en algún lugar de nuestra zona para la empresa Home Depot. Luego llegaron noticias desde Cleveland de que había llegado a ser campeona de boxeo femenino —«D.D. Dunphy», «el Martillo»—, ¡toda una sorpresa! En Cleveland la entrevistaron en algún canal de televisión por cable después de un combate, y cuando le preguntaron si era de Ohio dijo que de Muskegee Falls. Como si no hubiera vivido un solo día en Mad River Junction.

El aplazamiento

¡Edna Mae! Ven. Las manos de Jesús extendidas hacia las suyas.

Sintió los dedos que se apoderaban de los suyos. Los fuertes dedos de Jesús, los dedos pacientes de Jesús. Si hubiera querido retirar las manos, no habría podido hacerlo.

Estaba despierta, le dolía la cabeza pero se sentía atenta y llena de vida. No se podía mover, sin embargo. La noche anterior había tomado una nueva pastilla, una pastilla verde hexagonal que se le tenía que derretir debajo de la lengua. Ahora no sentía la lengua y era como si algo se le hubiese muerto en la boca.

¡Edna Mae! Apresúrate. La cruz yacía sobre la tierra estéril. Estaban forzando a un hombre a tumbarse, de espaldas, con los brazos abiertos, sobre la cruz que debía de medir poco más de dos metros. Iban a clavar en la cruz las manos y los pies de aquel hombre.

Edna Mae mojaba un paño con agua fría. Enjuagaría la frente ensangrentada del crucificado con el paño húmedo. Le enjuagaría las manos y los pies ensangrentados, en los sitios donde se los habían atravesado con los terribles clavos de ocho centímetros.

Había sido carpintero. Esa había sido su vida antes de que Dios lo eligiera para un destino singular.

Era una ironía melancólica que él, que había empuñado martillos en otro tiempo, que había hundido en la madera clavos de ocho centímetros, tuviera que sufrir de aquella forma.

¡Edna Mae! Ven ahora.

Muy apresurada, mojó la toallita para alzársela hasta el rostro acalorado. El agua retenida le humedeció los ojos y suspiró aliviada porque los tenía resacos a consecuencia de todo lo que había visto por la noche. ¡Estaba tan agotada! Pero era el sonido de la voz de Jesús lo que la había despertado.

Estuvo muy atenta para que solo le cayera en la mano una de las pastillas

verdes hexagonales. Un médico nuevo de Mad River Junction le había prescrito otro medicamento, porque (fueron sus palabras) Edna Mae había llegado a depender demasiado del antiguo.

Pero disponía de una pequeña reserva del antiguo. Astutamente había acumulado aquellas valiosas píldoras (blancas) para el momento en que las nuevas no tuvieran la potencia suficiente.

Pasos apresurados en las escaleras. Alguien llamaba a la puerta del cuarto de baño y repetía su nombre con voz alterada y en aquel instante la pastilla se le cayó de la mano: «¡Oh!». Estaba de rodillas, buscándola a tientas, porque había rodado hasta meterse debajo del lavabo sobre el suelo mugriento.

—¡Edna Mae! ¡Edna Mae! ¡Abre la puerta!

Era la mañana del 29 de octubre de 2002.

Jesús, apiádate de su alma. Señor, ten misericordia.

Querido esposo Luther Dunphy que dio su vida para que otros pudieran vivir.

«Hoy serás conmigo en el paraíso.»

Excepto que la noticia asombrosa era que el gobernador había ordenado que se aplazara la ejecución.

Luther Dunphy —a la espera de que se resolviese su expediente, que seguía su lento y sinuoso camino a través del Tribunal de Apelación del Estado de Ohio— se había salvado una vez más.

En un primer momento Edna Mae no lo entendió. Miraba fijamente unos rostros en los que brillaba la alegría.

¡Ejecución aplazada!

Por la gracia de Dios, Luther seguía vivo.

Edna Mae lo había dado por muerto. A su querido esposo. Había rezado por su alma y se lo había encomendado a Dios y ahora, al parecer, Dios les había concedido una prórroga.

Uno de los abogados de Luther había telefoneado a las 9.40 del 29 de octubre.

Menos de diez horas antes de que se iniciaran los preparativos para la ejecución en la Penitenciaría Estatal de Chillicothe, cerca de Lucasville.

—¿Señora Dunphy? ¡Buenas noticias! Acabamos de saber que el gobernador...

Edna Mae escuchaba. La mano que sostenía el auricular tembló. A sus oídos llegó un rugido como de hielo y nieve deslizándose por un tejado muy inclinado.

El abogado de cuyo nombre no lograba acordarse le estaba diciendo que su equipo y él solicitarían del gobernador que conmutara la pena capital por la de cadena perpetua, aunque sin posibilidad de libertad condicional.

—Tenemos muy buenas perspectivas, creo yo. ¿Señora Dunphy? ¿Está usted ahí?

Alguien le quitó el teléfono a Edna Mae antes de que se le cayera al suelo.

En la familia Dunphy estalló la alegría. Se llamó a Dawn, que trabajaba en Home Depot, para que volviera a casa, y Luke se presentó poco después. El plan anterior era que este último los llevara por la tarde a la Penitenciaría Estatal de Chillicothe —Edna Mae, Mary Kay, Dawn y él mismo— para poder despedirse de Luther durante la visita final, de tres a cuatro.

El inicio de los preparativos para la ejecución estaba programado para las seis. Y la ejecución misma tendría lugar a las ocho sin demora posible. Pero la llamada del abogado había trastocado todos los planes para aquel día tan especial.

Desde el comienzo de las visitas a Luther en Chillicothe, Edna Mae había estado en contacto con el amable capellán de la prisión, el reverendo Davey, según decía llamarse. O, más bien, el reverendo Davey había estado en contacto con Edna Mae, porque tenía por costumbre hacerse amigo de las esposas y parientes más próximos de los condenados, ofreciéndoles simpatía y conmiseración. A Edna Mae le había dicho que su marido era un «cristiano singular», que se hallaba en «estado de gracia»; que de entre los presos del Corredor de la Muerte, doce en total, Luther Dunphy era el «más admirado» por los funcionarios de prisiones y por sus compañeros de cárcel. El reverendo Davey había dicho que «la desaparición de Luther sería para él como perder a un hermano».

También le había dicho a Edna Mae que supondría un «alivio para el alma de Luther» que manifestase remordimientos por haber disparado y matado a Timothy Barron, pero se diría que Edna Mae no lo había oído.

Al acercarse la fecha de la ejecución, Noreen, la hermana de Edna Mae, también se puso en contacto con ella para ofrecerle simpatía y conmiseración.

Las hermanas no se habían tratado apenas durante años, y ahora Edna Mae no tenía la energía suficiente para telefonar a Noreen y darle la buena noticia del aplazamiento, como tampoco se sentía con energía para llamar a ningún otro miembro de su familia.

Mary Kay, que estaba de un humor muy festivo, como si le hubiera tocado la lotería, se encargó de hacer las llamadas. También transmitió a los hijos mayores la intención del abogado de acudir de nuevo al gobernador para una «conmutación» a cadena perpetua, y al comunicárselo parecía (casi) existir la certeza de que la sentencia se conmutaría. Además, mientras lo explicaba, empezó a surgir la idea de que también sería posible lograr la libertad condicional... «Pero no antes de que pasen muchos años, me temo. No durante muchííííísimos tiempo, chicos.»

Luke se estaba sirviendo una cerveza del frigorífico de Mary Kay. Y Mary Kay también estaba bebiendo cerveza, después de servírsela con mucha espuma en una jarra.

—¿Edna Mae? ¿Dawn? ¡Venid a acompañarnos! Celebremos la buena nueva. Luther ha sido *indultado*.

Dawn no había cesado de parpadear, con aire aturdido, desde que entró por la puerta. En Home Depot (decía ella), la zona de almacén donde trabajaba no tenía calefacción, por lo que se ponía gruesos pantalones de pana, dos camisas, un jersey de manga larga y una sudadera con capucha; y, en los pies, calcetines de lana y botas de trabajo. Desde que había dejado de estudiar (se decía de Dawn que había «dejado» el instituto y no que la habían «expulsado») ya no se arreglaba con el cuidado de antaño y el pelo le caía en deprimentes bucles grasientos alrededor de la cara. Le habían salido manchas en la frente y llevaba las uñas rotas y sucias. Cuando su tía abuela le ofreció una cerveza, se echó a reír como si sospechara que le estaba gastando una broma, pero Mary Kay no se reía e insistió en que la aceptara.

—Anímate, D.D. «Hoy es el primer día del resto de tu vida.»

D.D. era un nombre entre divertido y cariñoso que Mary Kay se había inventado para llamar a Dawn. Pero su iniciativa no había encontrado eco en nadie más, de manera que Mary Kay era la única que llamaba así a Dawn, debido a una absurda testarudez.

Dawn aceptó poco convencida la lata de cerveza, que estaba muy fría.

Hablando entre dientes dijo que a los dieciséis años se era demasiado joven para beber.

—Y un cuerno. Esto es una fiesta privada, así que puedes tomar cualquier condenada bebida que se te antoje —Mary Kay rio al pronunciar *condenada* con cierto énfasis.

Sonaba el teléfono. Llamaban los familiares de Luther. También los de Edna Mae. Se había corrido la voz de que a Luther Dunphy le habían concedido otro aplazamiento.

Y ¿se había fijado ya una nueva fecha? Nadie parecía saberlo.

Dado el estado de confusión en que se encontraba, Edna Mae no quería hablar con nadie por teléfono. No quería hablar con Noreen, ni con su madre. No quería hablar con el reverendo Davey, ¿o era el reverendo Dennis quien había llamado? Tampoco quería hablar con el reportero del *Mad River Junction Weekly*. Algunas de las personas que llamaban eran vecinos y amigos de Mary Kay, que hablaba con ellos en voz muy alta y jubilosa; Edna Mae, horrorizada, escuchó cómo su tía invitaba a algunos de aquellos desconocidos a acompañarlos.

Ella estaba sentada en una silla de la cocina. Mientras miraba la abundante espuma que se iba formando en la jarra de Mary Kay al servirse la cerveza, se armaba de valor al prever que rebosaría, se escurriría por el costado de la jarra y acabaría sobre la mesa de la cocina o, todavía peor, sobre el linóleo del suelo, que se notaría pegajoso al pisarlo, aunque nadie salvo Edna Mae se daría cuenta.

Letal

Deseó no haberlo hecho. Había sido un error.
Enterarse de lo que significaba *inyección letal*.

Sin decirle nada a nadie habían ido juntos a la biblioteca pública para buscar en internet *inyección letal*.

Poco después del veredicto y de que se sentenciara a su padre a *muerte por inyección letal* habían ido —juntos— (una rareza en los últimos años, porque Luke dedicaba muy poco tiempo a su hermana) a la biblioteca de Mad River Junction, donde había ordenadores a disposición del público; Luke escribió las terribles palabras *inyección letal*, que adquirieron una especie de tranquila nitidez por el hecho de aparecer escritas en el ordenador de la biblioteca, en un espacio brillantemente iluminado que utilizaban otras muchas personas.

A Dawn le costaba trabajo leer el texto porque se le habían humedecido mucho los ojos. Y para hacerlo tuvo que apoyarse en el hombro de su hermano, lo que resultaba incómodo.

Luke leía despacio, entornando los ojos y haciendo muecas. Se acercaba mucho a la pantalla del ordenador como si tuviera problemas para ver las letras. Nunca había sido un buen lector cuando estudiaba, y sus profesores le insistían en que mantuviera la vista sobre una sola línea de letra impresa en lugar de mover los ojos en todas direcciones como se podía hacer al contemplar un cuadro, un videojuego, o al mirar por una ventana.

El artículo de Wikipedia sobre *inyección letal* era muy extenso. Pasaron por encima de los nombres de los fármacos, de los que solo uno —«barbitúrico»— les resultaba familiar. Otros eran «cloruro de potasio», «tiopentato de sodio» y «bromuro de pancuronio», palabras que hubieran sido incapaces de pronunciar. Dawn empezó a temblar al leer que «si todo iba bien» el *protocolo de ejecución* provocaba la muerte del reo entre un mínimo

de siete minutos y un máximo de once desde su inicio; pero en ocasiones surgían considerables dificultades a la hora de encontrar la vena donde inyectar las sustancias químicas y a veces se producían errores en la dosificación, dado que se trataba de la misma cantidad para todos los condenados sin tener en cuenta su tamaño, edad ni estado físico. Ningún médico ni profesional de la salud participaba en las ejecuciones por razones «humanitarias» y «profesionales», y en consecuencia quienes administraban los fármacos letales eran funcionarios de prisiones sin la formación adecuada.

Con horror creciente Dawn leyó que solo los anesestesiólogos —con una licenciatura en Medicina— estaban lo bastante preparados para administrar anestésicos. No se trataba simplemente de *dormir a alguien*, que era lo que todo el mundo suponía.

Uno de los fármacos inyectados en el torrente sanguíneo era un «paralizante» que imposibilitaba hablar pero que no contrarrestaba el dolor. Y no estaba garantizado que la anestesia durase hasta que el corazón dejase de latir.

En ocasiones el condenado sufría mucho, dado que no perdía la consciencia como estaba planeado, o la recuperaba a mitad del proceso, lo que resultaba muy doloroso.

En el caso de la inyección letal «pifiada» más larga (varias horas) de la que se tenía noticia, el condenado estuvo consciente con frecuencia y gritaba de dolor. Después se llegó a saber que los fármacos no se le habían inyectado en una vena sino en los tejidos circundantes.

Se citaban las palabras del científico que había elaborado la inyección letal, y que la consideraba un medio «más misericordioso» que el gas, la horca o la electrocución: «Nunca se me ocurrió que tendríamos idiotas de solemnidad administrando los fármacos».

Había más textos informativos, pero Luke cerró de golpe la página web.

En voz muy baja musitó:

—Joder.

—Pero... el gobernador va a conmutar la pena de papá. Todo el mundo está convencido —protestó Dawn sin seguridad ninguna.

Luke empujó hacia atrás la silla en la que estaba sentado. Tenía la cara cubierta de un sudor grasiento.

—¿De dónde sacas lo de que «todo el mundo está convencido»? Gilipolleces.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho, «D.D.»... Gilipolleces.

Luke había utilizado el nombre «D.D.» como si no lo tuviera en gran estima. Se dirigía hacia la salida trasera de la biblioteca mientras Dawn lo seguía, mirándole incrédula la espalda.

—Pero... acaban de «suspender» la ejecución. Los abogados van a «apelar». El gobernador...

—A la mierda el gobernador. Tú solo... *cierra el pico*.

Dawn seguía a su hermano sin aliento y aturdida. Antes de que alcanzaran la salida, Luke se volvió para mirarla con ojos llenos de furia y le dio un violento empujón.

Dawn gritó, sorprendida y herida.

—¿Qué... qué pasa? ¿Por qué...?

—Te he dicho que *cierres el pico*.

Dawn le dio a su hermano una palmada en el brazo, lo que fue un error, porque Luke no se limitó a devolverle la palmada sino un puñetazo en el hombro con toda el alma.

Cuando Dawn trató de aporrearle la cabeza moviendo mucho los puños, Luke volvió a empujarla con las palmas de las dos manos, con tanta fuerza que ella se tropezó con una mesa de la biblioteca y perdió el equilibrio.

Todo el mundo estaba mirando. Un instante después Dawn estaba despatarrada en el suelo, haciendo muecas por el dolor en la rabadilla.

Una de las bibliotecarias se les acercó:

—¡Quietos! ¡Qué hacéis! Eso aquí no se permite...

También acudió una segunda bibliotecaria. Las dos mujeres estaban sin duda asustadas.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño? —le preguntó a Dawn la más joven.

Luke había salido ya por la puerta. Dawn murmuró que se encontraba bien y consiguió ponerse en pie antes de que ninguna de las dos bibliotecarias pudiera ayudarla.

Fuera lo que fuese lo que le estaban diciendo, Dawn no lo oyó. Salió aprisa cojeando y descubrió que su furioso hermano no la había esperado: después de poner el coche en marcha, abandonaba ya el aparcamiento mientras ella lo perseguía gritando:

—¡Espera! ¡Luke! Maldita sea... espera...

Había más de tres kilómetros de camino hasta la casa de Depot Street.

Para entonces Dawn había empezado a llorar, pero sus lágrimas eran de enfado y no de pena o desesperación, y mucho antes de llegar a casa de su tía abuela ya no le quedaban lágrimas en los ojos ni tenía húmedas las mejillas.

Poco después llegó la noticia de que la ejecución de su padre se había reprogramado para el 9 de agosto de 2003, ocho meses más tarde.

Suciedad

La primera mosca, tan pequeña que parecía una simple mota de polvo, apareció en la puerta del frigorífico cuando Edna Mae se disponía a salir de la cocina. Con un periódico enrollado consiguió matarla, pero entonces se dio cuenta de que había una segunda, sumamente pequeña, en un cristal de la ventana encima del fregadero, y luego una tercera, también muy pequeña, zumbando sobre el alféizar de la misma ventana... Torpemente Edna Mae las persiguió con el periódico enrollado y consiguió matarlas, aunque con cierta dificultad porque (al parecer) la coordinación entre la mano y el ojo se le había deteriorado en los últimos meses o años; y había algo en su visión que no funcionaba bien, porque los ojos se le inundaban cuando miraba fijamente cualquier cosa que necesitaba ver.

Edna Mae estaba a punto de desechar el *Mad River Junction Weekly* sucio y roto cuando vio, como en una pesadilla, otra mosca más en el techo encima del fogón, a demasiada altura para que ella llegara sin subirse a una silla.

¿Era de verdad una mosca? ¿O una manchita? Al mirar fijamente, los ojos se le llenaron de lágrimas, impidiéndole la visión por completo.

En realidad eran dos las moscas que zumbaban golpeándose con el techo: no, tres. Moscas, sin duda, y no manchitas.

—¡Dawn! ¡Dónde estás! Ven a ayudarme...

La palabra *Dawn* salió de su boca como un agudo gemido impaciente. Era bastante raro que pronunciase el nombre de su hija mayor con una voz que no fuese llorosa o llena de reproches.

Pero enseguida se acordó: Dawn trabajaba en Home Depot y tardaría horas en volver. Y Mary Kay, lo mismo; y los dos pequeños estaban en clase: no había nadie para ayudarla.

Era asqueroso y la ponía muy nerviosa ver tantas moscas en la cocina. Recordó plagas de hormigas minúsculas en su antigua casa de Muskegee Falls durante la primavera; y plagas de ratones de campo después de la

primera helada. Aquellos fenómenos no tenían nada que ver (estaba segura) con la limpieza doméstica, pero en su momento le habían amargado la vida. Luther había salido a comprar aerosoles y trampas para ratones y la había ayudado a librar la casa de tan molestas invasiones.

No podía subirse a una silla para matar a las moscas en el techo de la cocina. No se atrevía: podía marearse y desmayarse. Ya se estaba sintiendo mal por el simple hecho de descubrir más moscas: tres, cuatro... cinco, seis... diez... ¡tantas moscas odiosas en la cocina, zumbando cerca de las ventanas, el techo y las paredes! ¿De dónde venían?

¿Es que había muerto algo en algún lugar de la casa y las moscas nacían de las larvas depositadas en el cadáver? Era una idea terrible.

«Por favor, Dios, *no*.»

Nada tan vergonzoso y aterrador como una casa sucia en la que a Edna Mae no le quedaba más remedio que vivir.

De hecho se percibía un débil olor, o no tan débil, en la cocina, agrio, desagradable, que Edna Mae había notado y quizá también otras personas, sin que nadie se molestara en investigarlo. Porque había otros olores en la cocina, y en toda la casa de Mary Kay, que ni siquiera abriendo las ventanas desaparecían del todo.

Mary Kay Mack, la hermana menor de su madre, los había invitado a vivir a ella y a sus hijos por simple caridad cristiana... en un primer momento. Eso era lo que Edna Mae había querido creer siempre. Pero una vez que ya estaban viviendo allí, les había tocado a ellos (por entonces, sobre todo a Luke y a Dawn, sus hijos mayores) mantener razonablemente limpia aquella casa bastante venida a menos, así como el jardincito lleno de maleza, y sacar las distintas clases de residuos a la acera para la recogida semanal. También a Anita y a Noah se les habían asignado tareas. Y Edna Mae colaboraba en la medida de sus fuerzas pese a sus problemas de salud y al estrés constante del encarcelamiento de Luther. En Muskegee Falls Edna Mae mantenía la casa muy limpia aunque sus hijos eran muy pequeños en esa época: todos los familiares, tanto los suyos como los de Luther, la habían elogiado por su cuidado del hogar y por lo bien que cocinaba. El reverendo Dennis la había felicitado por su «optimismo y espíritu cristianos» al ofrecerse para trabajar en la iglesia tanto o más que otras mujeres que tenían menos de la mitad de responsabilidades que Edna Mae. El reverendo Dennis la había alabado de manera especial por su cuidado amoroso y constante de Daphne, su hija más

pequeña. Y había entendido su terrible dolor cuando les fue arrebatada.

Nada volverá nunca a ser lo mismo, reverendo Dennis. Eso es lo que temo. Pero tienes otros hijos, Edna Mae. Tienes a tu marido.

No. No es cierto, reverendo.

¡Qué afirmación tan extraña! El reverendo Dennis se había quedado mudo.

Edna Mae no fue más allá en sus confidencias con el pastor de su iglesia. No había nadie con quien se atreviera a hablar de aquel tema: estaba convencida de que Luther había permitido que Daphne, su pequeña, muriese en el accidente. O, más bien, que Luther no la había protegido como necesitaba que se la protegiera. Porque en realidad Luther no quería a Daphne. Se sentía incómodo y se avergonzaba de su hija menor que no era «normal» —como otras criaturas de su edad— y Edna Mae se lo había notado en la cara. Un hombre no es capaz de ocultar sus emociones cuando está mirando a sus hijos.

De la misma manera que Luther se sentía incómodo y se avergonzaba de Edna Mae a raíz de la muerte de Daphne. Porque el sufrimiento la había hecho enfermar y ser menos mujer que antes. Menos madre y menos esposa. A veces le parecía (aunque no se lo había contado a nadie, ni siquiera al reverendo Dennis) que Luther había matado a aquellos dos hombres a sangre fría porque era una manera de acabar con su matrimonio y cambiar de vida por completo.

Ahora, tal como era lógico que sucediera, Dios lo iba a castigar por un crimen tan terrible. Pero al castigar a Luther Dunphy, Dios castigaba a toda la familia.

(Pero aquello no era cierto, ¿verdad que no? Edna Mae se repetía una y otra vez que cualquier día, a cualquier hora, el gobernador de Ohio podía «conmutar» la sentencia. Podía mostrarse «clemente» con Luther. Había audiencias con el juez, apelaciones. Había muchísimo trabajo que mantenía ocupados a los abogados de ambas partes: el lado del Estado de Ohio y el del acusado. Más o menos Edna Mae había olvidado qué significaba exactamente *conmutar* —qué podía significar en el caso concreto de la situación de Luther—, pero había oído tantas veces expuesta aquella posibilidad por el equipo legal de Luther y por distintos familiares que tenía que creer que era verdad. El reverendo Trucross, su nuevo amigo, y Merri, su esposa, la consolaban: *La voluntad del Señor puede alterar vidas en cualquier momento. Hay tempestades, plagas, inundaciones, pero también cosechas. Vientres estériles*

que han dado frutos prodigiosos. El Señor quita pero también da.)

Para Edna Mae y sus hijos el problema había sido cómo vivir sin Luther. Lo que significaba dónde y con quién vivir. Porque Edna Mae no habría estado en condiciones de mantener a su familia incluso aunque hubiese sido enfermera y no una modesta ayudante de enfermera. Ni siquiera el sueldo de una enfermera diplomada hubiera bastado en aquella crisis, ni tampoco aunque Luke hubiera podido ayudarles más de lo que de hecho les estaba ayudando, una vez que había empezado a trabajar para el condado: el caso era que no disponían del dinero suficiente. Edna Mae llevaba casi dieciocho años sin trabajar como ayudante de enfermera. (Le gustaba su profesión: ¡su esperanza había sido poder algún día estudiar para enfermera! Pero la vida se había interpuesto.) Tendría que volver a formarse y obtener una nueva acreditación. No se le había ocurrido solicitar un empleo en Walmart o en Home Depot, como Mary Kay o Dawn, porque creía (secretamente) que un trabajo así no estaba a su altura. No podía volver al hogar de sus padres, aunque se habían ofrecido sin mucho entusiasmo a acogerlos a ella y a sus hijos, y menos aún vivir con los Dunphy, porque la familia de su marido la quería tan poco como Edna Mae los quería a ellos.

De manera que se habían ido a vivir con Mary Kay. Pero Edna Mae llegó pronto a la conclusión de que la hermana menor de su madre era un ama de casa escandalosamente descuidada y perezosa. Por todas partes había bolas de pelusa, suelos pegajosos, tablas sueltas, manchas. El revestimiento asfáltico del exterior de la casa requería una reparación urgente. El césped siempre estaba abandonado y lleno de maleza. Por todas partes se acumulaban desechos. Hasta Luke hacía comentarios burlones sobre la casa de su tía abuela y nunca había invitado a entrar a ninguno de sus amigos en todo el tiempo que vivió allí.

Mary Kay era una persona generosa, pero también descuidada y con frecuencia tosca y malhablada. Tenía cincuenta y tantos años, quince kilos de más como mínimo, aunque era redondeada más que gorda, y estaba dotada de una «personalidad» desbordante, como las presentadoras del tiempo meteorológico en televisión. Era partidaria de ropa glamurosa pero barata: imitación de ante de color morado, cuero negro, blusas con mucho colorido y zapatos con tiras. Se teñía el pelo de color castaño rojizo. Y criticaba a Edna Mae por «abandonarse» y por estar «tan flaca como un palo de escoba», como si estar delgada fuese un defecto moral.

Peor aún, lo más probable era que Mary Kay afilase la lengua si insinuabas la más leve crítica sobre su estilo de vida. Su elección de ropa, su elección de amistades. Su actitud indiferente ante la religión. Si le señalabas que la alfombra necesitaba una limpieza, o había que sustituirla, o arreglar las escaleras; o si te atrevías a comentar que el único cuarto de baño (utilizado por seis personas) exigía una limpieza a fondo, lo más probable era que Mary Kay dijese:

—¿En serio? Bien, pues ya sabes lo que tienes que hacer, Edna. No eres una tullida.

Edna Mae no era una *tullida*. Cierto.

Pero no tenía fuerzas. Era inaceptable e injusto que su tía, una mujer tan robusta, sugiriese que su sobrina escurría el bulto en lugar de apechugar con sus responsabilidades en la casa.

Muchas veces casi le era imposible respirar, como si un fleje de acero le apretara el pecho. No lograba dormir sin medicación: si lo intentaba, el cerebro le zumbaba como un nido de avispas. El pulso se le desbocaba, los ojos se le inundaban de lágrimas y un dolor sordo le latía en la cabeza. Siempre estaba oyendo la terrible palabra *Culpable*. Oía las palabras *Sentenciado a muerte por inyección letal*.

(Aunque, de hecho, Edna Mae no había oído aquellas palabras pronunciadas en voz alta por el juez en la sala del juicio de Broome County. Se las habían repetido más tarde, pero parecía recordarlas como si hubiera estado presente, las hubiera oído y no pudiera ya olvidarlas.)

Tenía que encontrar otro médico en Mad River Junction. El doctor Hills se había negado a seguir recetándole la medicación que necesitaba, así que había ido a otro facultativo de más edad tan duro de oído que Edna Mae había tenido que repetirle sus síntomas varias veces, pero que estaba dispuesto al menos a recetarle «pastillas para los nervios» y «pastillas para dormir». Era un alivio que, como si lo hubiese olvidado, Luther hubiera dejado de preguntarle por su *adicción a las pastillas*, como él la llamaba, cuando iba a visitarlo a Chillicothe.

Al principio, echándole valor, había tratado de mantener la casa razonablemente limpia a pesar de sus problemas de salud, pero la vieja aspiradora de Mary Kay no solo era ineficaz sino muy pesada, y le tiraba lo indecible de los brazos. Edna Mae procuraba tener limpia la cocina y el cuarto de baño, las tareas más desagradables y que no se terminaban nunca.

Se suponía que sus hijos la ayudaban, pero no eran de fiar. Se podía contar con Dawn, pero solo hasta cierto punto; luego se rebelaba y le decía cosas terribles a su madre. Porque siempre le pesaba el estrés de tener a su padre en la cárcel. Siempre la ansiedad que pesaba sobre todos ellos como un cielo encapotado.

Edna Mae sabía que a sus hijos les lanzaban indirectas, se burlaban de ellos y los atormentaban porque su padre era Luther Dunphy. Estaba al tanto, y se le rompía el corazón al pensarlo, pero carecía de soluciones, de modo que trataba de olvidarlo.

Despertarse todas las mañanas en Depot Street, en una casa extraña, la sorprendía y la desconcertaba al no saber durante unos momentos dónde estaba y por qué. Y luego la realidad se le venía encima: *Tu marido está en la cárcel. Tu marido está en el Corredor de la Muerte.*

Había dejado de ir a la iglesia del reverendo Dennis en Muskegee Falls. Todo aquello había acabado: su antigua vida parecía haber existido para ella en la otra orilla de un río muy veloz. En este nuevo lugar se había incorporado a una iglesia distinta, la Pentecostal de Jesucristo. El reverendo Trucross y Merri, su esposa, habían ido en busca de Edna Mae para ofrecerle simpatía y conmiseración: «Nuestras oraciones están con usted y su familia y con Luther, su valiente esposo, en esta hora de desamparo, señora Dunphy». Cuando Merri Trucross la abrazó con un gemido de emoción fraterna, Edna Mae, sorprendida, se puso tensa, aunque después terminó por sentirse profundamente conmovida. Nadie de su familia, ni siquiera su hermana Noreen, la había abrazado de aquella manera desde el traslado de Luther al Corredor de la Muerte. El reverendo Trucross no tardó en encontrar entre sus feligreses a uno dispuesto a recoger a Edna Mae y a sus hijos para llevarlos a las celebraciones religiosas de los domingos, dado que Edna Mae no conducía ya.

Llevaba meses sin poder visitar a Luther en Chillicothe. Las enfermedades (gripe, neumonía, herpes) se propagaban a toda velocidad por el interior del centro penitenciario, y la consecuencia era que se cancelaban las horas de visita. En el Corredor de la Muerte los presos estaban relativamente protegidos del resto de la población reclusa, aunque, al parecer, seguían expuestos a contagios por el trato con los guardas y otro personal carcelario.

Edna Mae seguía recibiendo noticias del reverendo Davey, el capellán de Chillicothe, que describía la «valentía» y «firmeza» con que Luther soportaba

el estrés del Corredor de la Muerte.

Seguían allí once reclusos a la espera de su ejecución. A todos, Luther Dunphy incluido, se les habían concedido «aplazamientos» temporales debido a las apelaciones pendientes y a las audiencias para obtener indultos. Hasta donde Edna Mae sabía, aunque en realidad no quería estar informada, solo dos hombres habían sido ejecutados desde que a Luther se le sentenciase a muerte, después de retrasos y aplazamientos de muchos años; pero se trataba de asesinos que merecían morir y en nada comparables con Luther Dunphy.

—Eso nos da esperanzas, Edna Mae. ¡Nunca podemos perder la esperanza!
—tal era el consuelo que le ofrecía el reverendo Davey.

Finalmente encontró en un armario un viejo matamoscas muy manchado. Gracias a él acabaría con las moscas.

Aunque aparecieron más, de todos modos. Cuantas más aplastaba, más surgían como si salieran de la nada. No solo en la cocina: también en el pasillo y en las paredes del cuarto de estar.

¡Nunca había visto tantas moscas desde niña, en la granja de sus abuelos! Toda clase de insectos, incluidos tábanos gigantes, zumbando alrededor de montones de estiércol. Las puertas de aquella casa siempre se quedaban abiertas, los mosquiteros de las ventanas no encajaban bien o tenían agujeros; las moscas corrían por las encimeras y la mesa de la cocina, por la placa del fogón y por cualquier cosa que se dejase fuera o sin tapar. Y si lo que se quedaba fuera estaba tapado, corrían por encima de la tapa. A una chica tan meticulosamente limpia como Edna Mae la desesperaban las moscas y su insolente zumbido, que ahora despertaba en ella una sensación de vergüenza y de náusea.

«¡Maldita seas! *Condenada mosca.*»

Se estaba convirtiendo en una experta empuñando el matamoscas, que era mucho más mortífero que un periódico enrollado aunque su superficie fuese menor.

Sin embargo era un problema delicado no manchar una pared si se aplastaba una mosca contra ella, y Edna Mae no siempre lo conseguía. Se estaba volviendo temeraria, impaciente. La enfadaba que las moscas se esforzasen tanto por seguir con vida, escapando a sus frenéticos ataques sin

ton ni son como si con sus ojos microscópicos pudieran adivinar la trayectoria de sus golpes y se burlaran de ella. Gran parte de la mañana había estado atontada después de una noche en la que había dormido mal, pero, quemando rápidas etapas, se había despertado gracias al empeño y al reto de usar con eficacia el matamoscas. De todos modos, daba lo mismo que acabara con muchas moscas, porque siempre aparecían más.

Jesús le mandaba una señal. Jesús no estaba contento con Edna Mae Dunphy aquella mañana. *El lugar donde te has refugiado es un nido de suciedad.*

La explicación era sin duda que seguían naciendo moscas. Por repugnante que resultara considerarlo, tenía que ser verdad. Edna Mae se acuclilló para determinar el sitio de donde brotaban las moscas, algún lugar cercano al rodapié de la cocina. A continuación vio una mosca que salía de un rincón cercano al vestíbulo y a uno de los armarios. Y cuando, en un gesto de audacia, abrió la puerta del armario, casi le chocaron contra la cara varias moscas. Dejó escapar un grito, agitó los brazos a lo loco, y estuvo a punto de dejar caer el matamoscas.

En el armario se acumulaban cosas de su tía. Ropa, botas y zapatos viejos, manoplas tiesas por la suciedad y la tierra. Estropajos de metal muy oxidados. Una mopa vieja y sucia con el mango de madera, cubos de plástico, trapos que necesitaban un buen lavado. Bolsas de papel del supermercado mal dobladas. Una antiquísima caja de galletas para perro de una época, años atrás, en la que Mary Kay había tenido perro; y de aquella caja de galletas salían diminutos insectos alados que revolotearon por delante del rostro de Edna Mae.

El hedor era nauseabundo. Empujando y hurgando con el mango de una escoba, Edna Mae descubrió, con gran repugnancia, algo blando y peludo encajado en una esquina, en el fondo más a oscuras del armario, algo que parecía ser el cadáver momificado de un pequeño roedor.

—Santo cielo...

Sintió que se mareaba y que estaba a punto de vomitar. Habría cerrado de un portazo la puerta del armario si no fuera porque no había nadie más en la casa para enfrentarse con aquella situación de emergencia.

Las moscas tenían que estar saliendo del cadáver. O quizás había más de un cadáver.

¡Qué vergüenza! Si Luther supiera en qué circunstancias estaban

viviendo...

¡Cómo has podido hacernos esto!

No te lo perdonaré nunca.

Encontró en el armario un insecticida en spray. Roció el rincón a conciencia. Unas cuantas moscas revolotearon hacia ella aturdidas, dando bandazos. En las paredes y en el techo del armario había ahora un pequeño ejército de moscas agitando las alas, claramente afectadas. Edna Mae sintió un escalofrío de satisfacción: *¡Ya sabéis lo que os espera!*

En su infancia, era frecuente que bichos de todas clases se ocultaran debajo de una casa de labranza para morir allí. Aquellas antiguas granjas, como la de sus abuelos, no tenían sótano sino tan solo espacios vacíos donde era posible entrar reptando. Ratones, ratas, topos, incluso mapaches, otros animales de más tamaño. El hedor era insoportable durante días, y persistía a lo largo de semanas, olor a pobreza, a desvalimiento. Y moscas, por supuesto. Moscas y otros insectos por todas partes. Solo una de tantas señales de que Dios te ha abandonado.

Siempre que iba a visitar a Luther, su marido le preguntaba qué tal se las apañaban ella y los niños en su ausencia, y Edna Mae siempre le decía, sonriendo, valerosa: «¡Bien! *Nos las apañamos*».

Mientras pensaba: *No quiere saberlo. Hay que evitárselo.*

Luther nunca había transigido con el «fondo para su defensa» gestionado desde la web del Ejército de Dios. En la cárcel no se tenía acceso a internet; los presos no disponían de ordenadores, como tampoco se les permitían teléfonos privados. En consecuencia, Luther ignoraba que el fondo para su defensa seguía activo, aunque (tal como los organizadores del Ejército de Dios habían informado a Edna Mae) las aportaciones habían disminuido hasta casi desaparecer, dado que otros activistas por el derecho a la vida habían captado más recientemente la atención de sus seguidores con protestas ante los centros para mujeres, vandalismo, incendios provocados e intentos de asesinato de médicos abortistas.

El nuevo mártir de Derecho a la Vida era James Kopp. Kopp había dado muerte a un médico de Buffalo, Nueva York, en 1998, pero solo recientemente había sido juzgado, declarado culpable y sentenciado a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. Buena parte del glamur de Kopp en internet consistía en que había formado parte de la lista del FBI con los nombres de los *Diez fugitivos más buscados*. Ningún otro soldado de

Derecho a la Vida había alcanzado un puesto en esa lista, porque a la mayoría se los capturaba o se entregaban de inmediato. Kopp era miembro de una organización católica antiabortista, muy militante, llamada Los Corderos de Cristo, pero tenía muchos admiradores en el Ejército de Dios y en la Operación Rescate, que eran básicamente protestantes.

Durante su visita más reciente, como si le leyera el pensamiento, Luther había dicho con mucha calma:

—No te desesperes, Edna Mae. Dios no me va a apartar de ti.

—Lo sé. Eso lo sé.

—Si te desesperas, nuestros enemigos se regocijarán.

—Nuestros enemigos... Sí. Lo sé.

—Lo sabes. Pero has de tener fe y comunicar tu fe a nuestros hijos. No debes permitir que se hundan en la desesperación.

—A nuestros hijos no les va mal. Luke trabaja para el condado, y Dawn en Home Depot. Anita y Noah están todavía en el colegio... y sacan buenas notas.

—Entonces, ¿Dawn ha dejado de estudiar?

Edna Mae había cometido una equivocación. En su día no le contó a Luther que a su hija le habían pedido que dejara el instituto, y ya no se sentía capaz de mentir. Durante un momento que se prolongó lo indecible no pudo hablar, sintiendo la mirada de su marido a través de la barrera de plexiglás.

Ahora, en la cocina, empezó a sudar al recordarlo. Antes de que Luther pudiera repetir la pregunta sonó un timbre, indicando, bien alto, que solo quedaban cinco minutos para que se terminara la visita.

Durante sus conversaciones, Edna Mae raras veces hablaba con Luther sobre el «caso», del que sabía relativamente poco, dado que parecía estar siempre cambiando, muy despacio primero y luego con sorprendente celeridad. Había una *apelación* que continuaba pendiente. Y existía la posibilidad de un *indulto*, y de una *conmutación de la pena*...

En otros lugares del país había estados que proscribían la pena capital. Cabía la posibilidad de que Ohio figurase pronto entre esos estados, y entonces la sentencia de Luther Dunphy se convertiría de manera automática en cadena perpetua, como en el caso de James Kopp.

Era doloroso para Edna Mae, y para otros miembros de su familia, que tantos cristianos de Ohio se opusieran a cualquier «debilitamiento» del código penal. Los mismísimos senadores del estado que manifestaban su

simpatía por la causa del derecho a la vida se oponían categóricamente a cambiar la legislación sobre la pena capital, aunque ese cambio significase que Luther Dunphy se salvara de morir.

Edna Mae nunca hablaba de aquellas cuestiones con Luther. Era su deber de esposa mostrarse animada, «optimista».

Sus visitas terminaban invariablemente rezando. ¡Qué alivio sentía Edna Mae cuando llegaba el momento de rezar!

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.

Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad...

Edna Mae había mirado disimuladamente entre los dedos para ver a Luther, muy erguido, hombros hacia atrás, el rostro escondido entre las manos enormes. Se había acostumbrado a verlo con el imposible uniforme de la cárcel: un «mono» azul marino y blanco, los colores de la prisión de Chillicothe. En el Corredor de la Muerte, Luther se había concentrado en dos cosas, según explicaba: leer la Biblia y convertirse en una persona físicamente fuerte. Siempre había sido musculoso, aunque con algo de sobrepeso, pero ahora en la cárcel, y con unos años más, había adelgazado, se había endurecido, estaba como esculpido en piedra. Las cejas se le marcaban más, y tenía pelos grisáceos en las ventanas de la nariz y en las orejas. Había adquirido incluso algunos de los rasgos faciales de su anciano padre —que no veía con buenos ojos (Edna Mae lo sabía) a su nuera—, como la mirada severa e impasible, con más tendencia a fruncir el ceño que a sonreír. La piel, que se le había blanqueado, era de una palidez extrema. Solo se le permitía salir al aire libre una hora al día, aunque a veces, por alguna razón, ni siquiera eso. Los ojos se le habían vuelto cenicientos, parecían quemados, como de haber estado mirando al sol demasiado tiempo.

¡Windex! A Edna Mae siempre le había gustado el fuerte olor astringente de aquel detergente líquido.

Sostenía una botella de Windex, llena a medias, que había encontrado debajo del fregadero. Papel de cocina y trapos. La dominaba una urgente necesidad de limpiar la casa, aunque la crisis de las moscas ya pareciera haber amainado. No había vuelto a rociar con Windex tan generosamente, ni limpiado y brillantado con tanta energía, ni fregado, barrido y quitado el polvo con tanto celo desde que era una joven madre, en pleno frenesí de

pulcritud, en la casa de Muskegee Falls. Pronto había usado todo el papel de cocina. Utilizó a continuación papel higiénico para limpiar la suciedad del suelo. Sacó del armario la mugrienta mopa, llenó de agua caliente un cubo rojo de plástico, añadió jabón líquido y comenzó a limpiar el suelo de la cocina. En voz baja empezó a cantar:

*This little light of mine
I'm going to let it shine!
This little light of mine
I'm going to let it shine!
Let it shine, shine, shine.
Let it shine*[\[6\]](#).

Limpió las ventanas y los alféizares de la cocina. Limpió las zonas de las paredes donde habían muerto las moscas. Pequeños montones de cadáveres de insectos reunidos con el recogedor. Con un estropajo de metal limpió el fregadero, sin brillo por la grasa y del que nadie se había ocupado de verdad desde hacía años. Limpió las encimeras. Limpió la mesa. Limpió las sillas de plástico, pegajosas por los restos de comida de meses y años. Un fuerte olor tonificante a antiséptico llenó la cocina. Con cierto esfuerzo abrió las ventanas. Estaba cansada pero se sentía exultante. No se había sentido así en mucho tiempo.

Barrió el cadáver momificado del ratón hallado en la esquina del armario hasta meterlo en el recogedor y, sin mirarlo ya, lo sacó fuera y lo tiró en el cubo para desperdicios del porche. Una vez a la semana Dawn o Noah lo sacaban a la acera antes de la recogida de la basura.

A continuación limpiaría el pasillo del piso de abajo. Y seguiría con el cuarto de baño.

Cuando su tía Mary Kay regresó a última hora de la tarde, no salía de su asombro por el olor a jabón y a desinfectante y las relucientes superficies de su cocina.

—Edna Mae, ¿se puede saber qué demonios ha sucedido? ¿Qué es lo que has hecho?

Con una sonrisita de satisfacción, Edna Mae respondió:

—Algo que tenía que haber hecho hace siglos. Limpiar la casa.

Santos inocentes

Mamá, por favor, no me obligues.

Mamá, esto es una locura.

¡Me van a echar del maldito trabajo! Y nos hace falta el dinero.

A Edna Mae le dolió mucho. A Edna Mae no le pareció bien que su hija le hablara de manera tan insolente... que utilizara palabras blasfemas como *maldito*.

A Edna Mae no le pareció bien que Dawn se enfrentase con ella, aunque muy poco después, al cabo de una hora o dos, cediera con un sollozo de rabia: *Está bien, mamá. Vale.*

¡Era injusto! En Home Depot la habían «ascendido» (era el término utilizado); aunque (todavía) le seguían pagando lo mismo a la hora, le habían aumentado las horas semanales, pese a que aún se consideraba que formaba parte de la última hornada de empleados. Dispondría de dos días libres consecutivos todos los meses, y por eso le molestaba tanto tener que utilizar los de septiembre para asistir en Cleveland a una vigilia de oración.

Porque Edna Mae había insistido y Dawn no había sido capaz de decir *no*.

Sería el 13 de septiembre. Día Nacional en Memoria de los Bebés Nonatos Asesinados por Abortistas.

Veintitrés voluntarios de la iglesia pentecostal de Mad River Junction se trasladarían a Cleveland en autobús para la vigilia y los posteriores entierros en suelo consagrado. Cierta número de autobuses fletados llevarían a otros voluntarios de asociaciones de Derecho a la Vida procedentes de Ohio y de Virginia Occidental.

El matrimonio Trucross no aconsejaba que se fuese con niños a la vigilia y

los entierros de Cleveland. Pero Edna Mae insistió en que sus circunstancias eran especiales y en que sus hijos debían participar.

Se les caerán las escamas de los ojos y recobrarán la vista.

¡Edna Mae se había convertido en una mujer vehemente! En esta nueva etapa de su vida estaba repleta de una energía que era como luz del sol al rasgarse una nube de tormenta. Como humedad chupada por un tallo vivo que revienta en desordenadas floraciones. Se había cortado el pelo, siempre enmarañado y del color de la hierba seca, de modo que le cubriera la cabeza como un gorro formado por ondas y rizos flojos. Había ido al dentista —una expedición temida y retrasada durante años— y le habían hecho varios empastes. La última vez que sintió la necesidad de tomar pastillas, Jesús le había golpeado en la mano para quitárselas; al esparcírsele por el suelo húmedo del cuarto de baño, Edna Mae se había arrodillado gimiendo y suplicando *No no no por favor*, pero las pastillas se habían mojado tanto que se le deshacían entre los dedos y solo pudo lamérselos, desesperada, como un perro, pese a las motas de polvo y los pelos en la sustancia húmeda del medicamento; y durante aquellos minutos degradantes, Jesús se la había quedado mirando con frialdad a cierta distancia, y Edna Mae se supo hundida en la vergüenza más absoluta hasta que alzó los ojos a los del Redentor para prometer *Nunca más, Jesús. Me has mostrado el camino, la verdad y la Luz.*

Y así había sido. No había vuelto a ir al médico para suplicarle que le diese pastillas. En momentos de debilidad salía a la calle, tambaleante, y al enfrentarse con la áspera frialdad del aire alzaba los ojos al cielo pidiendo una ayuda que nunca dejaba de recibir.

¡Gracias, Jesús!

En las mañanas oscuras Jesús la sacaba de la cama.

Una fuerza invencible se le propagaba por las venas, una fuerza que era la sangre misma de Jesús. Muchos fieles de la iglesia pentecostal advirtieron, con asombro y admiración, aquel cambio en la esposa de Luther Dunphy, anteriormente tímida y enfermiza.

El reverendo Ben Trucross podía dar testimonio de la transformación de Edna Mae Dunphy. Al principio los progresos habían sido lentos, sin firmeza. Luego, de repente, Edna Mae había *visto la luz*. Y *la luz* había brillado en sus ojos. Merri Trucross la había animado para que fuese a nadar con ella y con otras pentecostales a la Asociación Cristiana de Mujeres Jóvenes, y aquellas sesiones habían sido tan positivas que a veces Edna Mae iba a nadar sola: se

trasladaba a pie (tenía que recorrer una distancia de casi dos kilómetros), vestida con pantalones, sudadera, zapatillas y una bolsa de deportes de nailon. (Luke había visto a su madre una mañana caminando a buen paso por South Street sin casi reconocerla. ¿Era Edna Mae? ¿Con el pelo corto y caminando tan decidida? ¿Con una *bolsa de deportes*? La sorpresa había sido tal que estuvo a punto de que el camión del servicio de carreteras que conducía chocara con otro vehículo.) En la asociación, Edna Mae había visto en una pared una lista de los cursos que se ofrecían en el Farloe Community College, y al día siguiente se matriculó en un programa para ayudantes de enfermería con la intención de actualizar su diploma.

¡Había sido una alumna tan dispuesta, casi veinte años antes! Ahora solo podía resucitar un residuo de aquel entusiasmo, pero (Jesús se lo había asegurado) le bastaría para alcanzar su objetivo.

Porque Edna Mae iba a tener que empezar a mantener a su familia, estaba convencida. Por lo menos a Noah y a Anita.

En la mañana del 13 de septiembre los dos pequeños estaban bastante atontados cuando su madre los despertó antes del alba. Había sido especialmente difícil en el caso de Noah que, todavía dormido, se defendió de Edna Mae con brazos y piernas. ¿Se habían olvidado de que era el día de la «peregrinación» a Cleveland? Edna Mae solo les había dicho que iban muchos feligreses de su nueva iglesia y que iba a ser un día que recordarían durante el resto de su vida.

—Estamos viviendo la vida superficial del mundo. Somos como personas con los ojos cerrados, sonámbulos. Pero se nos caerán las escamas de los ojos y veremos.

Los niños se palparon los ojos. ¿Escamas?

La inmortalidad corría por las venas de Edna Mae. Jesús le había enseñado a resucitar a los muertos, a la muerta que era *ella misma*.

Saboreaba su nueva vida. Olvidada del sabor a cenizas que había soportado durante tanto tiempo.

A Dawn la alarmó que su madre hablase ahora con tanta emoción y con algo parecido a la certidumbre de una profesora, aunque no se entendiera lo que podía querer decir. Esperaba que no ocurriese nada terrible en Cleveland, que estaba a más de cien kilómetros de Mad River Junction, porque Edna Mae llevaba días diciendo que recordarían el resto de su vida lo que sucediera allí.

Había algo ominoso en aquella afirmación. Edna Mae incluso había hecho planes por teléfono... Edna Mae, que llevaba años rehuyéndolo...

Dawn tenía solo una vaga idea de lo que se planeaba. ¿Vigilia de oración? ¿Entierros? ¿*Santos inocentes*?

Lo que Dawn quería con toda el alma era quedarse en Mad River Junction. Había planeado usar los dos días de descanso en Home Depot para sus propios fines. Pero no podía permitir que Anita y Noah hicieran solos con su madre aquel viaje misterioso que requería pasar una noche fuera de casa, y que unos desconocidos los «acogieran» en su hogar.

Y ¡qué poco del estilo de Edna Mae era aquello, querer pasar tiempo con desconocidos! Aunque los desconocidos fuesen cristianos pentecostales.

Dawn había prometido a su padre que ayudaría a cuidar de sus hermanos pequeños. Luther se lo había hecho prometer a ambos, Dawn y Luke, en el momento de su detención, pero Luke la incumplió al marcharse de casa, dejando que su hermana se las apañara como pudiese.

Pues que te jodan, soy lo bastante fuerte. Lo puedo hacer sola.

—Se trata solo de un rumor. Sin confirmar.

Ya en el autobús los voluntarios oyeron por primera vez que quizá un canal nacional de noticias «amigo de los cristianos» televisara la vigilia y los entierros. Al reverendo Trucross le emocionaba pensar que una publicidad como aquella atraería más voluntarios a Cleveland, y donaciones para la Liga de Acción por el Derecho a la Vida de los Santos Inocentes.

En Cleveland había muchos más correligionarios que llegaban en autobuses, furgonetas y coches. Entre ellos se reconocían al instante, nada más verse: una alegría sin límites se propagaba como un fuego incontrolado. En sitios públicos, en parques y en las aceras de las calles se arrodillaban y rezaban con audacia. Rezaban en voz muy alta. Salmodiaban. Rodearon la Clínica Quirúrgica de Planificación Familiar de Cleveland County y a algunos tuvieron que llevárselos las fuerzas del orden mientras rezaban y salmodiaban a voz en grito. Otros rezaban el rosario alzando mucho la voz. Presumían de que sus oraciones tenían el volumen suficiente para que se las oyera en el infierno.

En lugares públicos, sostenían pancartas que proclamaban: 13 DE

SEPTIEMBRE DÍA NACIONAL EN MEMORIA DE LOS BEBÉS NONATOS SANTOS INOCENTES ASESINADOS POR ABORTISTAS. Entusiasmados, ofrecían folletos a cualquiera que se les acercaba. *Respeto por la vida: tu bebé está esperando para nacer.* De cada docena de folletos ofrecidos a la fuerza a los desconocidos, pese a los diez que podían encontrarse después descartados en el suelo, había dos, sin embargo, que alguien guardaba y (posiblemente) le pasaba a otras personas. Desfilaban con pancartas que exhibían, por encima de eslóganes como NINGÚN BEBÉ ELIGE MORIR y HE MUERTO POR EL PECADO DE MI MADRE, cuerpos de bebés terriblemente mutilados.

La mayoría de los desconocidos que las veían no se tomaban demasiado bien las espeluznantes imágenes ampliadas de cadáveres de bebés. En los parques y en las aceras la gente se apresuraba a pasar de largo apartando la vista, o hablaban con aspereza o de manera conciliadora con los voluntarios, pero en las calles a los conductores no les quedaba otro remedio que reducir la velocidad mientras los voluntarios con pancartas avanzaban entre los vehículos. Sus dirigentes les habían advertido sobre la conveniencia de no interferir con el tráfico y de no mostrarse «agresivos», pero los más fervientes desobedecían, lo que desencadenaba una lluvia de bocinazos y de gritos: «¡Quitaos de en medio!», «¡Idos al infierno!», «Sois horribles, estáis enfermos». Llegaba la policía para sacarlos de la calzada y devolverlos a las aceras. Pero aunque amenazaban con detenerlos, no habían arrestado (aún) a nadie.

Los voluntarios se tomaban con calma reacciones como aquellas porque estaban preparados. Muchos de ellos habían participado en otras vigilias de oración en el pasado y animaban a los nuevos participantes a no asustarse ni desanimarse, Jesús no se había desesperado en circunstancias mucho más adversas. Todos sabían que estaban haciendo la voluntad de Dios. Incluso sus enemigos lo sabían; ateos, socialistas, abortistas lo sabían. En la clínica de planificación familiar, todo el personal lo sabía. En sitios así había amigos y aliados que callaban por miedo a las represalias, igual que había amigos y aliados entre las fuerzas del orden. Y sucedían con frecuencia cosas maravillosas: una persona que se detenía para mirar, que se conmovía, que entablaba una conversación, que se llevaba un folleto, que incluso insistía en dejar dinero en las manos del voluntario.

Que Dios le bendiga. Está haciendo la obra del Señor.

Los más audaces se arrodillaban en la acera delante de la clínica. Por ley tenían prohibido penetrar en la propiedad misma. Imperturbables en su celo, seguían rezando y salmodiando. Había monjas. Había adolescentes, y había niños. Ancianos, enfermos. Algunos en sillas de ruedas, empujadas por jovencitos. Con orgullo, alzaban lo más posible sus pancartas. Sus estandartes. 13 DE SEPTIEMBRE DÍA NACIONAL EN MEMORIA DE LOS NONATOS SANTOS INOCENTES ASESINADOS POR ABORTISTAS. Pocas mujeres y muchachas se atreverían a entrar aquel día en la clínica, porque nadie deseaba exponerse a la tormenta que suponían los gritos de los voluntarios.

La clínica, sin embargo, permanecía abierta. Desde las ventanas, a escondidas, los vigilaba el enemigo, y en la puerta montaba guardia un vigilante de seguridad.

¿Temían que los manifestantes provocaran un fuego? ¿Bombas incendiarias? ¿Disparos? Una merecida conflagración como de llamas del infierno, ¿era eso lo que temían los asesinos?

En la calle había equipos de televisión con sus cámaras, lo que contribuía al embotellamiento y a la confusión.

A Edna Mae la habían traído a la clínica abortista (en algún lugar del cinturón de pobreza de Cleveland) junto con otros voluntarios de la iglesia de Mad River Junction. Era su primera vigilia de oración y no se cansaría fácilmente. Se arrodillaba con Dawn, Anita y Noah, rezaba, salmodiaba. A su alrededor había un ejército de fieles que no se cansaría fácilmente. Pero pronto la extrema fatiga pudo con los Dunphy más jóvenes y a Edna Mae no le quedó otro remedio que permitirles sestear en la acera. Con aire malhumorado, arrodillada junto a Edna Mae, Dawn mantenía su pancarta sobre el hombro en un ángulo insolente.

Con voz quejumbrosa dijo que necesitaban volver a casa. Que Anita y Noah necesitaban volver a casa.

Edna Mae replicó con tono cortante que no iban a volver a casa hasta que hubiese terminado el día de la conmemoración. Entre los voluntarios de la iglesia del reverendo Trucross no sería ella quien flaqueara y se marchase.

—Mamá, ¡por el amor de Dios!

—Nada de «por el amor de Dios». Ten cuidado con lo que dices.

—A lo mejor a ti te da igual, pero Anita y Noah están *cansados*...

—Los bebés asesinados están *más que cansados*. Todos nosotros deberíamos avergonzarnos.

De cuando en cuando se oían gritos, alaridos. No estaba claro lo que sucedía, pero a veces se vislumbraba a agentes de la policía de Cleveland que arrastraban a voluntarios para llevárselos. ¿Se habían atrevido a acercarse a la entrada principal de la clínica? ¿Habían tratado de impedir que entrasen una mujer o una muchacha embarazadas? A Dawn le habían contado tantas veces que la policía estaba a favor de los manifestantes de Derecho a la Vida que le resultaba desconcertante ver con qué violencia los trataban los agentes, con qué rabia les gritaban: «¡Atrás! ¡Dejen libre el paso!».

Por fin, al anochecer, las luces de la clínica se apagaron.

—¿Mamá? ¿Por qué no nos marchamos?

—¿Por qué? Porque *no*.

A Dawn le desconcertó ver que ni Edna Mae ni algunos de los demás manifestantes abandonaban la Clínica Quirúrgica de Planificación Familiar de Cleveland County. Los últimos empleados se habían marchado muy deprisa, perseguidos por un coro de insultos: *¡Asesinos! ¡Cobardes!*

Edna Mae tiraba de los brazos de los niños. *¡Deprisa!* El reverendo Trucross los guiaba.

Dawn estaba muy cansada. No entendía lo que hacían. ¿Adónde iban? La clínica no volvería a abrir hasta el día siguiente. No había nadie por quien rezar ni a quien hostigar o amenazar. En la calle seguía un equipo de televisión.

Solo quedaban unos pocos voluntarios, menos de veinte. Pero todos parecían feligreses del reverendo Trucross.

Su destino era la parte de atrás de la clínica. El callejón donde se depositaban los cubos de basura y los contenedores de residuos. Todo estaba oscuro. Se encendieron linternas. Dawn no veía bien. Los pequeños tropezaban y gemían. A Edna Mae la voz le temblaba de emoción. Uno de los componentes del equipo de televisión hablaba con el reverendo Trucross. Los faros de un coche se encendieron en el callejón y Dawn vio los rostros de los voluntarios, con sombras muy marcadas. La mayoría eran desconocidos, pero entre ellos estaba Edna Mae Dunphy. Tenían aire de personas perdidas, que

no sabían ni dónde estaban ni por qué. Dawn reconoció a Jacqueline, una fornida chica asmática de Mad River Junction de quien se decía que Jesús la había «salvado» cuando, de pequeña, se le cerró la garganta y era incapaz de respirar. Había sucedido en la iglesia pentecostal, docenas de personas darían testimonio de que Jesús había «insuflado» vida en Jacqueline, devolviéndola al mundo.

Edna Mae se había hecho con una linterna. En el callejón olía a frutas podridas y a carne en mal estado. A algo agrio y rancio. Dawn tragó con fuerza porque no quería tener náuseas. Edna Mae la buscaba, y la agarró de la mano con una fuerza sorprendente.

—¡Dawn! Ven conmigo.

¡No iba a ir con su madre! Clavó los talones en el suelo.

De algún modo, sin embargo, su madre volvió a tirar de ella. Quién hubiera pensado que Edna Mae Dunphy pudiera tener *tanta fuerza*.

En el callejón de detrás de la clínica, en medio de un hedor nauseabundo, habían volcado cubos de basura para hurgar en su contenido. Audazmente, también habían alzado las cubiertas de los contenedores para hurgar dentro e investigar con las linternas.

Resonó un grito: en uno de ellos había aparecido cierto número de cajas de cartón. Sacaron la primera y vieron que estaba muy bien cerrada con cinta aislante utilizada de manera muy profesional. Con una navaja, la cortaron para abrir la caja. Dentro había cinco o seis bolsas multiuso y en cada una algo con forma de estrella... Se oyeron más gritos de angustia y de júbilo.

Edna Mae dijo, con gran vehemencia:

—¿Te das cuenta? Bebés... que no han llegado a nacer como naciste tú.

Aunque también Edna Mae estaba muy asustada, como Dawn advertía con toda claridad. El rostro contraído y ceniciento y la boca fija en una media sonrisa, como la de un maniquí. Su madre tenía los dedos helados.

Bajo el tembloroso rayo de luz de una linterna se examinó el primero de los bebés. Porque (como había dicho el reverendo Trucross) había que cerciorarse de que el bebé estaba *de verdad muerto*.

En cualquier caso no cabía la menor duda de que aquella pobre cosa no había vivido nunca. Una criaturita del tamaño de un gatito con una cabeza desproporcionadamente grande. Sus extremidades estaban atrofiadas y le faltaba uno de los brazos.

Dawn trató de soltarse de su madre. El corazón le latía desbocado. Aunque

la excesiva rapidez de la respiración estaba a punto de marearla, no podía dejar de mirar al diminuto bebé muerto, salido de la manchada bolsa de plástico.

Con voz temblorosa Dawn le dijo a Edna Mae:

—Esos bebés están muertos. No saben lo que estáis haciendo por ellos.

(¿Dónde se habían metido Anita y Noah? Dawn tenía la esperanza de que no estuvieran cerca y de que alguien no los perdiera de vista, porque parecía que Edna Mae se había olvidado de ellos.)

Su madre la miró con repugnancia:

—¡Qué ignorante eres! Es lamentable lo ignorante que eres. ¿Por qué enterramos a los muertos? Los enterramos porque están *muertos*. Pero sus almas *no están muertas*. Nos disponemos a honrar el alma de esos niños, no sus pobres cuerpos destrozados. Avergüénzate.

—Pero... no han vivido nunca...

—¡Por supuesto que vivían! Estaban vivos en el vientre de su madre. Como tú estabas viva antes de nacer —Edna Mae hablaba a su hija con un brutal sarcasmo que Dawn nunca le había oído antes, aunque (eso le parecía) también su madre temblaba, de miedo y aprensión.

Los voluntarios, conmocionados, lanzaban exclamaciones de compasión y de horror. Dawn se armó de valor para enfrentarse con lo que le tocaba ver. El reverendo Trucross rezaba a voz en grito.

—Dios misericordioso, ayúdanos. Dios que quitas los pecados del mundo, ayúdanos en nuestro rescate de estos santos inocentes...

Bajo la luz de la linterna apareció otra criatura diminuta. A aquella había habido que zarandearla, porque estaba atascada en la bolsa de plástico. Era más grande que el primer bebé, rollizo, de color carne, sanguinolento. Se veían las diminutas piernas curvas, los deditos de los pies y de las manos, la cabeza deforme. Se veían los ojos que parecían grandes y con los párpados bien apretados. Se veía la boca minúscula que nunca había gritado haciendo un puchero.

Otros bebés parecían haber sido desmembrados. Las cabezas demasiado grandes estaban intactas pero los cuerpos habían sido troceados.

Todos yacían, inmóviles, en el suelo. A Dawn le pareció mal que incluso un bebé muerto tuviera que descansar sobre *el suelo*.

Aunque los ojos de los bebés muertos parecían estar muy bien cerrados, reducidos a rendijas, y las caras arrugadas en muecas, todavía esperabas que

los ojos se abrieran de repente. Era imposible dejar de mirarlos.

Dawn le suplicó a su madre que la dejase ir.

—¿Que te deje ir *adónde*? Vas a tener que esperarme. Volveremos todos juntos a casa cuando sea de día.

Horrorizada, Dawn siguió allí mientras Edna Mae y los demás sacaban cajas de los contenedores con las manos desnudas. (En Home Depot, Dawn y sus compañeros llevaban siempre guantes cuando descargaban mercancías. Y si no los llevaban, ¡el supervisor les proporcionaba un par!) Algunas de las cajas estaban boca abajo, tan desordenadas como si las hubiesen tirado a toda prisa.

Con gran cuidado se colocaron en la parte trasera de la furgoneta aparcada en el callejón. El plan era enterrar a las criaturas abortadas en un cementerio consagrado a pocos kilómetros de allí, acompañándolas con oraciones y un verdadero sepelio cristiano.

Ante la insistencia de Edna Mae, Dawn ayudó a apilar las cajas. Pero contuvo el aliento por el hedor, mareada.

(¿Dónde estaba Jesús? ¿Había sido idea suya desde el primer momento que ayudara a enterrar a los bebés?)

(Jesús no se lo había advertido de antemano, ¡y el shock había sido terrible!)

(Desde el episodio del martillo con el mango cubierto de cinta adhesiva negra, que había servido para golpear con fuerza inusitada a los chicos que huían gritando, Dawn había empezado a respetar a Jesús de otra manera, por completo inesperada. Jesús era un aliado, pero no se podía dar por hecho que lo fuese siempre, así de sencillo.)

En total había catorce cajas, bien cerradas con cinta adhesiva, recuperadas del interior de los contenedores. En cada caja, cinco o seis bolsas de plástico con bebés abortados en su interior.

¡Desechados como basura! Que Dios se apiade de los asesinos.

Cuando llegó la hora de trasladarse al cementerio para el entierro, Dawn le suplicó de nuevo a su madre que la dejara volver a casa, y Edna Mae respondió con tono cortante que no podía; cómo, por el amor de Dios, iba a volver a casa, sin tener ni idea de dónde estaba en aquella ciudad desconocida y sin darse cuenta de lo peligroso que sería para una chica de su edad ir sola por las calles de Cleveland.

—Vendrás con nosotros. Así cuidarás de tus hermanos.

Dawn vio cómo la miraban los demás. Cómo miraban su chaqueta de nailon con hilos de plata deslustrada y su peto vaquero, todo ello lleno de manchas por culpa del contenedor. Era la más joven de los que ayudaban con las cajas en el callejón.

—Dawn, *ven*. Entra aquí con nosotros.

Edna Mae tiraba de ella, dirigiéndola hacia la furgoneta en la que ya se habían acurrucado Anita y Noah. Pero Dawn consiguió soltarse con un movimiento brusco.

De repente su madre no la sujetaba ya. Dawn era más alta que Edna Mae y tenía más fuerza.

Mientras Edna Mae la llamaba, Dawn dejó atrás la luz deslumbrante de los faros de la furgoneta. Vio cómo la miraban los ojos resplandecientes de desconocidos y al reverendo Trucross y a Merri, su mujer, que la observaban boquiabiertos: «¿Dawn? ¿Dónde vas, Dawn?». Había llegado a odiar que los Trucross la llamasen *Dawn* como si también fuera hija suya. Había una verdad que Jesús le había estado martilleando en la cabeza: *Ella no era hija de nadie*.

Al final del callejón descubrió una furgoneta de la televisión con su cámara y su equipo; las luces la cegaron mientras corría hacia ellos y los dejaba atrás, protegiéndose la cara con las manos y sin hacerles ningún caso mientras oía que Edna Mae la llamaba con voz enojada y suplicante:

—¡Dawn, Dawn! ¡Vuelve aquí ahora mismo!

Pero Dawn se tambaleaba, tropezaba, corría. Y siguió corriendo.

¡Creo que ha sido la mayor sorpresa de mi vida! Más aún que cuando llamaron por teléfono en noviembre de 1999 para decirnos que mi cuñado Luther Dunphy había matado a dos hombres a sangre fría.

Bueno, también esto fue una llamada telefónica... ¡nuestra vecina! Noreen, pon ahora mismo la televisión, me dijo June Gallagher. Canal cuarenta y nueve.

Y allí estaba aquella «vigilia de oración» nocturna en un cementerio de Cleveland, y gente arrodillada junto a una tumba de grandes dimensiones, todos con la mano sobre el corazón y rezando, inclinada la cabeza; y una de aquellas personas era Edna Mae, ¡mi hermana!

Yo miraba y miraba. ¿Qué hacía Edna Mae allí, en un cementerio de

Cleveland? ¿Y por qué salía por la tele?

La presentadora explicó que se trataba de una zona especial de un cementerio baptista reservada para «fetos abortados», «hijos de Dios nonatos», que era como los llamaban. Los fetos se habían desechado como residuos médicos en las clínicas abortistas, y algunos miembros de la organización Derecho a la Vida los habían «rescatado» para darles un entierro cristiano en suelo consagrado, y, evidentemente, mi hermana Edna Mae estaba entre ellos. Sabíamos que pertenecía a una nueva iglesia de Mad River Junction, el pueblo al que ella y su familia tuvieron que mudarse después del juicio, pero ninguno de nosotros había oído nada sobre aquel Día Nacional en Memoria de los Niños Asesinados por Abortistas.

Me costó trabajo reconocer a mi hermana. Se había cortado el pelo y parecía diferente de como la recordaba, un tipo de persona sumamente nerviosa que te daría una pequeña descarga eléctrica si la tocabas. Parecía que ni notaba la presencia de la cámara, o al menos no daba la menor señal. Junto con los otros, estaba arrodillada y rezaba, y luego, entre todos, fueron colocando algunos pequeños objetos en el sepulcro mientras un ministro los bendecía —parecían bolsas de plástico multiuso, con algo dentro, ¡restos de fetos!, pero donde estaban las bolsas la pantalla aparecía borrosa como algo bajo el agua o en un sueño... demasiado realista para mostrarlo en televisión, supongo.

Sacaron primeros planos de unos cuantos rostros. Pero la cámara no se detuvo en Edna Mae.

La presentadora de la televisión era una rubia que veía con buenos ojos la ceremonia pero que por otra parte estaba horrorizada, se le notaba. Con el micrófono en la mano, no se acercaba demasiado al sepulcro y apartaba la vista de lo que había dentro. Con voz ahogada habló de los fieles que habían recorrido cientos de kilómetros desde iglesias «de todo Ohio» para rescatar a los fetos abortados que iban a «ser desechados como basura». El ministro al que entrevistó era de una iglesia pentecostal de Mad River —tenía que ser la de Edna Mae—, un hombre con rostro como de masilla de unos cincuenta años con una extraña sonrisa triste y ojos llorosos que parpadeaban todo el tiempo bajo los focos y que dijo: «Señora, estos son santos inocentes de Dios como usted y como yo, excepto que no se les ha permitido nacer como a nosotros. ¡Esa es la única diferencia! Nosotros nacimos y ellos, no. Y ni siquiera se les ha concedido un entierro cristiano. Y en consecuencia algunos

de nosotros hemos intervenido allí donde las principales iglesias cristianas han fallado en su ministerio al no proteger a los más indefensos».

La rubia de la televisión trató de pensar en cómo responder a aquellas palabras, pronunciadas en voz muy baja, apremiante, la voz de alguien que te tiene agarrado por un codo para que te detengas y escuches. Pero todo lo que pudo decir fue: «¡Oh! Sí, sí. ¡Muchas gracias, reverendo!».

Ya se había enterrado en aquel cementerio a ciento tres bebés abortados, dijo el ministro. Después de esa noche, su número ascendería a casi ciento cincuenta.

La cámara se movió de nuevo hacia el sepulcro todavía abierto, aunque siguió sin verse con claridad lo que había dentro de las bolsas de plástico, solo unas pálidas siluetas en sombras. Y allí estaba mi hermana Edna Mae, arrodillada al borde de la fosa, con la cabeza inclinada, mientras en el rostro le brillaban las lágrimas.

Fueron los minutos más extraños de mi vida. Ver a mi hermana allí, en televisión, tan lejos de mí como si no nos hubiéramos conocido nunca. Y no me quedó más remedio que darme cuenta de que no habíamos estado en contacto durante la mayor parte de nuestra vida de personas adultas. Desde la sentencia a muerte de mi cuñado ha sido muy difícil hablar con ningún Dunphy. ¿Qué les dices? ¿Qué les puedes decir? Yo había tratado de seguir en contacto con Edna Mae, pero nunca contestaba al teléfono ni me devolvía las llamadas. Y cuando llamaba y se ponía Dawn, me decía que le diría a Edna Mae que la había llamado, pero mi hermana nunca daba señales de vida. Y si preguntaba qué tal estaban, Dawn decía, con voz sarcástica: ¿Tú qué crees?

Sí, claro. A Edna Mae le hemos dado dinero. Lo que podíamos permitirnos.

Más adelante nos enteramos de los muchos miles de dólares que había recibido el fondo, abierto online, para la defensa legal de Luther Dunphy. La gente enviaba dinero, en efectivo, en sobres, y solo Dios sabe cuánto de ese dinero ha llegado de verdad a la familia de mi cuñado.

La escena del cementerio terminó con un primer plano de la tierra que echaban a paletadas en el sepulcro. Escuché las lúgubres palabras del ministro: «Que Dios tenga piedad de nuestras almas». Sentí una tristeza casi insoportable. Pensé, están locos para entregarse hasta ese punto a una cosa tan inútil, proporcionar un entierro cristiano a criaturas que no han vivido

nunca. Pedir misericordia a Dios, cuando es Dios quien no ha mostrado ninguna misericordia, porque de haberlo hecho, esos bebés no habrían sido asesinados en el vientre de su madre.

Saben que no sirve de nada, pero actúan como si estuvieran obligados a hacerlo por razones de conciencia. Como Luther Dunphy, también. La fe los ha convertido en monstruos, y también eso lo aceptan.

Para entonces ya no era capaz de reconocer a Edna Mae entre los demás. La había perdido.

Más tarde, en el mismo canal de televisión, difundieron un reportaje sobre «mártires» por el derecho a la vida, entre los que figuraban Shaun Harris, Michael Griffin, Terence Mitchell, James Kopp, además de Luther Dunphy, ¡mi cuñado!

Todos ellos habían disparado y matado a médicos abortistas en clínicas de los Estados Unidos. Sus rostros atormentados llenaron la pantalla de la televisión, aunque fuese por muy poco tiempo. Una voz en off (masculina) informó brevemente sobre su situación en términos reverentes.

Para entonces todos ellos habían sido declarados culpables de asesinato y estaban en la cárcel, tres de ellos en el Corredor de la Muerte. Y, también por entonces, todos vivían aún, con sus sentencias bajo apelación.

Orden de ejecución

No firméis ninguna petición a mi favor. Ni siquiera recéis por mí. No protesto contra mi muerte como tampoco protesto contra mi vida, que está en manos de Dios.

Tales fueron las palabras escritas por el propio Luther Dunphy y enviadas a los medios de comunicación en la semana del 21 de febrero de 2006, en referencia a su ejecución, programada ya para el 4 de marzo de aquel mismo año.

Redactó las tres frases con mucho esfuerzo. Después de escogerlas con esmero *las había escrito él*, sílaba a sílaba, aunque sostuviera torpemente el lápiz, sobre el papel amarillo con renglones que le había proporcionado su abogado.

No estaba acostumbrado a escribir. No había escrito prácticamente nada en todos los años transcurridos desde que dejó el instituto. No había leído ningún libro en ese tiempo, con la excepción (por supuesto) de la Sagrada Biblia que leía todos los días de su vida y siempre con una sensación de extraordinaria urgencia *por saber qué iba a suceder a continuación*, como un niño quiere a toda costa saber cómo terminará un cuento, incluso si el final del cuento no es más que el preludio de otro, y el final del segundo, nuevamente el preludio de un tercero; y aun cuando todo se sepa de antemano, nada *se conoce* de verdad. Luther podía leer una y otra vez los primeros libros del Nuevo Testamento, que le llenaban de asombro, esperanza, terror y alegría, y siempre le sorprendía que a Jesús lo clavaran en la cruz, como efectivamente había sucedido, sin haber hecho el menor esfuerzo por escapar de sus enemigos; como también le sorprendía que Jesús le dijera al ladrón crucificado junto a Él: *En verdad te digo, hoy serás conmigo en el paraíso*; que Jesús se desesperase en la cruz, y que sufriese y

muriera como cualquier persona normal y corriente podría sufrir y morir, y que fuese depositado en el sepulcro y que sin embargo resucitara y ascendiese al cielo.

Una luz pasó por el cerebro de Luther, como el calor de un relámpago. Se quedó bruscamente ciego y se encontró en el suelo de su celda, después de haber caído sin darse cuenta y, aun así, con el corazón lleno de alegría.

En verdad te digo, hoy serás conmigo en el paraíso.

—Luther, ¿estás seguro? —a su abogado no le gustaba lo que había escrito su cliente.

—Sí. Estoy seguro.

Hablaba con testarudez. Pero tranquilo, nada desafiante. Se había quedado ronco, como si tuviera la garganta recubierta de polvo.

Su abogado era un licenciado joven de la Facultad de Derecho de Columbus, la capital de Ohio. Formaba parte de un equipo de jóvenes letrados cuya especialidad era la *legislación sobre la pena capital* y cuyo tema de estudio era Luther Dunphy; antes de Luther Dunphy se habían ocupado de otro preso en el Corredor de la Muerte de Chillicothe, que había sido ajusticiado en noviembre del año anterior.

—Por Ohio circulan peticiones protestando contra la ejecución. Si se publica tu declaración, desvirtuarás los esfuerzos de quienes se oponen a la pena capital por principio y además sorprenderás y disgustarás a quienes se oponen en favor tuyo.

—No.

—No... ¿qué?

—No quiero eso.

—¿No quieres...?

—Que la gente proteste. Que firme peticiones. Que interfiera.

—Pero, Luther...

—He dicho que *no*.

—Pero nuestra apelación ha fracasado. Nuestra apelación final. Eso lo sabes.

Era de lo que Luther estaba seguro: por una cuestión de principios no se podía oponer a la ejecución. Conforme a los *suyos*, un hombre no debía desafiar la voluntad de Dios en una cuestión tan crucial.

Sin permitirse del todo pensar: *No va a suceder. Dios no permitirá que suceda. Se ha pospuesto muchas veces y se volverá a posponer.*

En Chillicothe pasaba momentos felices. De hecho, muchos momentos felices.

Sus ejercicios diarios le proporcionaban gran placer. El corazón le latía con fuerza y el sudor le caía por la cara y los costados de tal manera que con una especie de regocijo juvenil se le presentaba la constatación: *Estoy vivo.*

El hombre al que había matado, Voorhees, el médico abortista, *no estaba vivo.*

Quizás no hubiese placer en saberlo, exactamente. Pero había justicia.

Llevaba ropa que le habían entregado en la cárcel: mono deportivo, camiseta interior, camisa de manga larga, calzoncillos, calcetines, telas baratas y bastas fabricadas por American Corrections, Inc. Prendas muchas veces lavadas y con las que ya se sentía perfectamente cómodo.

Todos los días en su celda, que medía algo menos de dos por tres metros, con una altura de casi tres, hacía sus sentadillas: despacio, sin apresurarse nunca, con gran concentración, contándolas por grupos de diez.

Hacía abdominales, flexiones, elevaciones de piernas contándolas también por grupos de diez.

Hacía el pino sobre las manos, incluso con la cabeza. Aquello le llevaba mucho tiempo y requería una concentración muy intensa.

Sus ejercicios. Especiales para él.

Como las oraciones personales, específicamente *suyas.*

Puesto que estaba en el Corredor de la Muerte y no formaba parte de la población normal de Chillicothe, no tenía derecho a salir al patio. Tampoco se le permitía tener pesas dentro de la celda. Había aprendido a compensarlo ejerciendo presión sobre los músculos de la parte superior del cuerpo mediante vigorosos ejercicios repetidos a lo largo de un periodo de tiempo con mucho cuidado y cálculos precisos.

Apretaba las palmas de las manos contra la pared y empujaba, por ejemplo.

Contaba (despacio) hasta diez antes de reducir una presión tan extrema que brazos y hombros le temblaban y los tendones del cuello se le tensaban como si estuviesen a punto de romperse.

Todos aquellos ejercicios diez veces al día distribuidos en intervalos precisos.

Durante una hora al día le sacaban de la celda y lo llevaban a una zona aislada dentro del patio, semejante al sitio en el que podría mantenerse al ganado en cuarentena. Luther calculó que tenía aproximadamente cinco por siete metros. El cielo era de ordinario un retazo de luz muy débil, alto, muy alto por encima de las paredes de cemento de un gris apagado, y a menudo, si estaba lloviendo, la lluvia no parecía llegar hasta él cuando alzaba el rostro.

En aquel espacio podía «correr», a diferencia de su celda.

Todo un conjunto de ejercicios que podía hacer al aire libre, una vez al día, y que le proporcionaban mayores satisfacciones que los que hacía en el interior de la cárcel.

Con más frecuencia ya, tenía dolores. Con tiempo frío y húmedo, dolores.

Dolor considerable en la articulación de las rodillas, en muslos y en tendones. Acucillarse le llenaba los ojos de lágrimas.

Tumbado de espaldas, las rodillas dobladas, las piernas «corriendo» deprisa, descargas de dolor en las caderas que hacían que se le saltaran las lágrimas y le cayesen por las mejillas.

Ya no era *joven*. Tenía que reconocerlo.

En aquel lugar, en el encierro solitario del Corredor de la Muerte, se había convertido en una persona de *mediana edad*.

(Aunque no siempre estaba seguro de las fechas. Al empezar la inexorable sucesión de acontecimientos que le habían llevado a la celda de Chillicothe tenía treinta y nueve años, eso lo sabía.)

(Ahora, ¿seis años después?, ¿siete? Sumaban cuarenta y cinco o cuarenta y seis.)

(Había olvidado la edad de sus hijos. Cuando pensaba en ellos, estaban detenidos en el pasado. Y Daphne entre ellos, la menor de todos. Y aunque había visto a Edna Mae hacía poco, con los ojos del espíritu la veía como una mujer más joven, con un bebé en brazos. Una mujer siempre es feliz si tiene un bebé en los brazos.)

Notaba que se le había caído algo de pelo de la coronilla. Tan despacio, tan a lo largo de meses y de años, que apenas se había dado cuenta. Excepto al

tocarse la cabeza y sentir la dureza del cráneo y de sus bultos, con retazos de algo semejante a vello que antes no había notado nunca.

En el Corredor de la Muerte no había espejos. No necesitabas ver la persona que habitabas. No necesitabas examinarte la cara, mirarte a los ojos.

Se había olvidado de su cara. Excepto la marca de nacimiento en la mejilla.

Una ligera aspereza. Eso era lo que notaba. El tacto de la mancha cuando pasaba los dedos por encima.

Si trataba de recordar su cara (cosa que raras veces intentaba, ¿para qué?), lo más probable era que evocara el rostro de su hermano Jonathan, no el suyo.

Sus hermanos en la mesa de la cocina. Estados de ánimo compartidos entre los varones, de los que se excluía a Luther.

Siempre había querido a Jonathan, que solo le sacaba dos años. Siempre había temido y se había llevado mal con Norman, su hermano mayor.

En la cara de Norman en el juzgado de Muskegee Falls había visto incredulidad, escándalo —dolor y abatimiento— ante el veredicto de *culpable*.

La honda vergüenza de que lo declarasen *culpable*.

Sus hermanos raras veces lo visitaban en Chillicothe. En cuanto a sus padres, se decía que estaban demasiado enfermos para hacer el viaje.

Desanimados era la palabra que alguien le había transmitido.

La ejecución de Luther Dunphy se había programado cinco veces y cuatro había sido «aplazada» por una orden judicial enviada a la Administración Penitenciaria de Ohio. La primera fecha para la pena capital había sido en abril del año 2002 y ahora estaban ya en febrero de 2006, y no era extraño (a Luther se lo había dicho su abogado) que un recluso llegase a esperar en el Corredor de la Muerte diez, doce, incluso quince y (en un caso excepcional) veinte años antes de ser ejecutado; y en aquel larguísimo periodo de tiempo existía siempre la posibilidad de que una apelación tuviera éxito, o de que se concediera el indulto o se produjera una conmutación de la sentencia. *¡No vamos a rendirnos, Luther!*, le había prometido el abogado joven.

En algunos estados no se habían llevado a cabo ejecuciones desde mediados de los setenta, aunque reclusos sentenciados a la pena capital esperaban todavía en el Corredor de la Muerte.

Esperaban, se hacían viejos. A la larga acababan por morir. En el Corredor de la Muerte.

Poco después de su detención, incluso antes de los dos juicios en Muskegee Falls, varias organizaciones a favor del derecho a la vida habían manifestado su apoyo a Luther Dunphy al mismo tiempo que se preocupaban —en público— de oponerse a la violencia. Después de que lo sentenciaran a muerte, dichas organizaciones se declararon «consternadas» ante los medios de comunicación por su condena a la pena capital. Las iglesias emparentadas con la Iglesia de San Pablo Misionero manifestaron «solidaridad» con Luther. Varios congresistas de Ohio que simpatizaban con el movimiento Provida en su estado condenaron la «dureza de la sentencia» y pidieron la concesión del «indulto». Luther suponía que los sucesivos aplazamientos de la ejecución habían sido resultado de tales protestas, aunque (como Edna Mae le había permitido saber sin darse cuenta) las protestas iban disminuyendo con el paso de los años, y otros mártires por el derecho a la vida ocupaban su lugar. Luther, sin embargo, no veía razón para concluir que ahora fuese a ser distinto, aunque acababa de enterarse por primera vez de que unos desconocidos protestaban contra su ejecución por el *mero hecho de tratarse de la pena capital*.

¿Quiénes eran?, le preguntó a su abogado; y se le dijo que eran personas que se oponían a la pena de muerte en todos los casos y que organizaban manifestaciones contra ejecuciones inminentes en diferentes cárceles.

Las objeciones de algunos eran religiosas. Otros pedían una reforma del código penal. Muchos eran abogados, estudiantes de Derecho, trabajadores sociales, profesores que rechazaban la pena capital por bárbara y discriminatoria, dado que la mayoría de los ejecutados en los Estados Unidos eran negros o muy pobres o las dos cosas.

A Luther no le convencían aquellos argumentos. Porque parecía algo muy claro en la Biblia y Jesús no había repudiado la pena de muerte en ninguna de sus enseñanzas: «Ojo por ojo, diente por diente».

—Sí, pero Luther: «Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra».

El abogado de Luther sonrió como uno de aquellos seminaristas tan listos y presuntuosos a los que Luther habría querido asesinar en la Escuela para el Ministerio Pastoral de Toledo.

Según se acercase la fecha de una ejecución, prosiguió el abogado joven, irían apareciendo los manifestantes en el exterior de la cárcel. Muy probablemente, algunos de ellos serían partidarios del derecho a la vida y llevarían pancartas con el rostro de Luther Dunphy, y otros serían los que se

oponían a la pena capital por una cuestión de principios.

—Es gente que no suele estar en el mismo bando. Pero en el caso de Luther Dunphy van a encontrar una causa común.

Luther no quería pensar en la existencia de una *causa común*. No estaba seguro de lo que eso quería decir, pero no le gustaba cómo sonaba.

Nunca había conocido a nadie que se opusiera a las ejecuciones legítimas. Nunca había conocido a nadie que estuviera en contra de la guerra. De manera vaga pensaba en tales personas como extranjeros, «socialistas» y ateos. No quería hacer *causa común* con personas así.

A veces, en presencia de los abogados, mientras parecía escuchar con atención la cascada de palabras que salía de sus bocas como agua de un grifo, Luther estaba en realidad flexionando determinados músculos (en secreto) y contando hasta cien en grupos de diez con calma y perseverancia y solo con una parte del cerebro mientras su alma flotaba libre y se elevaba como una nube que solo rozara con su reflejo la superficie de algún mar.

—¿Estás escuchando, Luther? ¿Entiendes?

—Sí.

—La ejecución se va a convertir en tema de discusión para los medios de comunicación. Hay un importante movimiento contra la pena capital que está adquiriendo fuerza en el estado, como ha sucedido en Illinois desde que el Proyecto Inocencia dio al traste con el veredicto en contra de varios reclusos que ya estaban en el Corredor de la Muerte. Esa es la razón de que no sea una buena idea, quiero decir que no es una idea práctica y no nos va a servir de ayuda, hacer pública esa declaración tuya pidiendo a la gente que se abstenga de protestar. Sucede que si...

Luther había cerrado los ojos. Estaba despierto pero en otro sitio. Se sabía a salvo, sereno. Su alma estaba a buen recaudo en su interior como la burbuja líquida de un nivel de carpintero, bien protegida contra cualquier peligro terrenal.

—¡Luther, gracias! Que Dios te bendiga.

El reverendo Davey, capellán del Corredor de la Muerte, era un hombre de gran tamaño: ciento cuarenta kilos como mínimo, con la cara redonda como la luna y las mejillas y los labios abultados. Sus ojos, pequeños y muy hundidos en los adiposos salientes de su rostro, eran vivos y astutos como los

de un pájaro. Pesaba demasiado para arrodillarse en oración con los reclusos cuyas celdas visitaba al menos una vez por semana, aunque Luther recordaba cómo, años antes, se había arrodillado junto a él en el suelo de la celda. Los dos habían rezado con gran ahínco, uno al lado del otro, como iguales.

Con el permiso del alcaide, el reverendo Davey traía ejemplares del Nuevo Testamento para que Luther Dunphy los firmara. En una página interior, como de papel de seda, con tinta de un azul brillante, Luther fue firmando:

Luther Amos Dunphy

Cada firma estaba cuidadosamente caligrafiada. El reverendo Davey, que proporcionaba la pluma estilográfica, por la que sentía gran aprecio, se lo había explicado:

—¡Va a significar tanto para la Joven Liga Cristiana, Luther! ¡Va a ser algo inolvidable para esos jóvenes recibir estos hermosos libros, y sin duda los atesorarán durante el resto de su vida...!

A Luther le conmovió profundamente saber que los pastores iban a entregar a jóvenes cristianos, chicos y chicas, aquellos ejemplares del Nuevo Testamento, con sus blandas cubiertas negras de falso cuero. Los ejemplares, firmados por Luther Amos Dunphy, se repartirían en junio de 2006, en la reunión anual de la Coalición del Medio Oeste de Activistas por la Vida de Indianápolis.

Por lo general los reclusos del Corredor de la Muerte en Chillicothe tenían prohibido recibir en sus celdas tales cantidades de material de lectura. Las plumas de cualquier clase con sus afiladas puntas se consideraban contrabando. Pero aquellas reglas se habían derogado para una ocasión tan especial. A Luther se le explicó que su firma supondría una bendición más para cada uno de los ejemplares del Nuevo Testamento.

—A los ojos de muchos, Luther, eres un «héroe», un «mártir». Personas que no aprueban la violencia desean sin embargo honrarte. Rezamos por tu alma.

A Luther le agradó mucho firmar en la primera página del Nuevo Testamento. Nunca había firmado nada así, como si su nombre importase, como si tuviera valor. *Luther Amos Dunphy* le parecía ya un nombre significativo, un nombre con dignidad y enjundia, al que, por algún accidente,

se hallaba unido.

Mientras pasaba el día firmando ejemplares del Nuevo Testamento, despacio y con gran cuidado, y se imaginaba a los chicos y chicas, cristianos jóvenes, que recibirían los libros, y cómo verían su nombre al abrirlos y empezar a leer, sentía como si estuviera ascendiendo por una escalera, cada vez más alto con cada peldaño, siempre hacia arriba.

Una escalera por encima de cualquier escalera que llevase al punto más alto de cualquier casa.

El reverendo Davey se llevó los ejemplares firmados del Nuevo Testamento, con sus blandas cubiertas de color negro, y trajo más para que Luther siguiera firmando.

—¡Tómate todo el tiempo que haga falta, Luther! No necesitas darte prisa.

Luther tomó nota de aquella observación del capellán. ¿Estaba pensada para indicarle que, si bien la ejecución podía ser inminente y cumplirse la semana siguiente o, de manera más precisa, al cabo de cinco días, Luther podía esperar otra demora, otro «aplazamiento»?

Era posible que el reverendo Davey supiera ya que la ejecución se iba a retrasar una vez más, pero no le estuviera permitido decírselo a Luther.

El tercer aplazamiento, en agosto de 2003, se había concedido solo cuarenta y ocho horas antes de la fecha señalada para la ejecución. Luther recordaba cómo Edna Mae y sus hijos —muertos de miedo— habían venido a verlo a Chillicothe *por última vez*, y cómo había resultado ser una equivocación.

Luther, por aquel entonces, no estaba terriblemente preocupado. Casi sentía el corazón ligero.

Habría un «aplazamiento»... o no habría un «aplazamiento».

¡Así de sencillo! Dios lo salvaría otra vez o no lo salvaría. Desde una gran altura, como cuando se trepaba hasta un tejado muy alto, al colocarse uno en el borde y mirar para abajo... la diferencia entre las dos posibilidades no era significativa.

Lamentaba, sin embargo, no haber frenado antes en la autopista. Y haber derrapado por culpa de la camioneta, sin poder evitarlo, con aquella nieve húmeda que caía lentamente, porque había reaccionado demasiado tarde.

¡Pa... pá!, había gritado detrás la niña. ¡Pa... PÁ!

En los últimos tiempos había estado pensando en el accidente. Como en una secuencia de televisión en la que se ofrece una breve escena que se reproduce una y otra vez, también él veía una y otra vez cómo la camioneta entraba en la autopista; pero ahora oía ya los gritos de la niña en el asiento de atrás, los gritos que no había oído (estaba seguro) en el momento del accidente.

Luther le había pedido a su querida esposa Edna Mae que no viniera a verlo *una última vez*. Habían pasado seis u ocho semanas desde que Luke trajo a Edna Mae y a Dawn a Chillicothe para verlo, una visita que había resultado muy penosa y que estaba aún bastante reciente.

Porque confiaba (se lo había contado a Edna Mae) en que la ejecución no tuviera lugar a principios de marzo, como estaba programada. Luther había pedido a su mujer que compartiera su confianza y que se lo hiciera saber a sus hijos.

Pero ¿y si nunca te vuelvo a ver? ¡Luther, por favor!

Entonces nos veremos en el paraíso. Lo sabes, ¿verdad?

Uno de los guardas en el Corredor de la Muerte también se llamaba «Luther», «Luther Crowe». Era un negro de piel clara que se adornaba el labio superior con un fino bigote y tenía, más o menos, la misma edad que Luther Dunphy.

Por sus modales, por su manera de sonreír, por su expresión amable, Luther comprendió que se trataba de un hermano en la fe cristiana. Entre ellos dos existía el vínculo de Jesús, el Jesús que había entrado en el corazón de ambos, por lo que no era necesario hablar de ello de una forma que llamara la atención de otros funcionarios de prisiones.

Luther Crowe, por añadidura, había manifestado un interés especial por el hecho de que Luther Dunphy firmara ejemplares del Nuevo Testamento.

A Luther Dunphy le había enseñado fotos de su familia. El recluso las había mirado con ojos tan inundados de lágrimas que no las vio con claridad.

Ejercicios de entrenamiento. Comidas. Lectura de la Biblia. Firmas en ejemplares del Nuevo Testamento.

Ejercicios de entrenamiento. Comidas. Lectura de la Biblia. Firmas en

ejemplares del Nuevo Testamento.

Los reclusos del Corredor de la Muerte no disponían a diario de horas suficientes para llevar a cabo todo lo que se esperaba de Luther Dunphy.

Ninguno de nosotros quería ser el encargado. Echémoslo a suertes, dijo el alcaide.

Es cierto que te dan una prima, trescientos dólares. Pero con todo y con eso.

Nadie tenía ninguna formación. Se necesitaría un profesional de la salud para introducir la aguja en una vena y hacerlo de la manera correcta, pero ninguno de nosotros tenía ni puñetera idea. Porque nos faltaba práctica, solo disponíamos del condenado. Y para entonces ya era demasiado tarde.

Maldita sea, yo no quería ser el encargado. Porque Luther Dunphy era algo así como amigo mío. Esa es la razón de que esté prohibido fraternizar.

Te puedes meter en toda clase de líos por fraternizar.

Pero esta vez me tocó a mí, y además era algo así como mi turno, porque no había administrado las sustancias desde hacía casi cuatro años, dado que la última vez estaba de verdad enfermo y tuve que pedir que me excusaran cuando solo faltaban tres horas para la ejecución, y todo el mundo me puso a parir.

Nadie quería administrar la «inyección letal». No a Luther Dunphy.

Luther era un caso especial en el Corredor de la Muerte. Lo que había hecho no había sido en beneficio suyo, como otros asesinos corrientes, el tipo de bestia parda que por lo general te encuentras en el Corredor de la Muerte. Luther iba a manifestarse ante una clínica abortista y había matado allí a dos médicos abortistas, pero luego no huyó, sino que se entregó de inmediato. No había supuesto entonces ningún peligro para las fuerzas del orden, ni tampoco más adelante para el personal de Chillicothe.

El pobre desgraciado no parecía saber que ahora la opinión pública se inclina por cambiar las leyes a base de presionar a los políticos, y no de atacar los centros para el aborto ni de disparar contra la gente. Que se ilegalice el aborto, esa es la meta.

La gente llegaba a decir que un hombre como Luther Dunphy es más valioso para la causa muerto que vivo. ¡Jesús bendito!

Por suerte él no tenía ni la más remota idea.

Luther no hablaba de política. Ni siquiera hablaba —prácticamente nunca— sobre sus creencias religiosas. No se desesperaba, eso era fácil de ver. Lo que hacía sobre todo eran ejercicios de entrenamiento en su celda y leer la Biblia. Uno se preguntaría cuántas veces puede un hombre leerse la Biblia de cabo a rabo, pero era eso lo que Luther parecía hacer. Y le ocupaba la cabeza todo el día. Se olvidaba de que era la hora de comer, y el caso es que ¡ninguno de los reclusos se olvida nunca! Cuando el funcionario le trae la comida, para pasársela por la abertura que hay en la puerta, el preso tiene que decir que la quiere, hacer una señal para que se sepa que no está dormido sino despierto y en condiciones de comerse lo que le traen, porque de lo contrario no se le entrega la bandeja, y a veces Luther sencillamente se olvidaba, como si no escuchase. Y al funcionario le daba pena y lo llamaba: ¿Luther? ¿Es eso una «negativa verbal»? ¿Es que no quieres comer? Y Luther decía muy deprisa no, o sí, que sí quería comer, pero que no se había enterado.

De todos los reclusos en la sección, Luther Dunphy era el único que nunca se quejaba de la comida. Bendecía lo que le traían sin importar le la porquería que fuese, y se la comía.

Era merecedor de respeto. Su familia debe de haberle enviado crédito en dinero para el economato, pero nunca se interesó por comprar mucho de nada, a excepción de un cepillo de dientes nuevo de cuando en cuando y de pasta dentífrica. También tenía unas cuantas cartas que ya estaba escribiendo cuando llegó al Corredor de la Muerte, pero que se quedaron sin terminar y nunca echó al correo.

Ninguno de nosotros había visto a nadie que se tomara tan en serio los ejercicios de entrenamiento. Con cuarenta y pico años no tenía ni un gramo de grasa en todo el cuerpo, tan solo músculos, y músculos de verdad bien desarrollados: era impresionante.

Se decía que había sido ministro de una iglesia en una determinada época, de manera que se lo pregunté, y pareció avergonzarse mientras me decía que había asistido a cursos en un seminario de Toledo, pero que la cosa no había ido bien.

«Jesús no me había llamado. Imagino que eso era todo.»

La gente nos preguntaba si estaba loco. ¿Es el que mató a dos hombres porque Dios le dijo que lo hiciera? ¿Dice que Dios le habla también ahora? El recluso normal del Corredor de la Muerte, por los años que ha pasado en

aislamiento, porque eso es lo que trae consigo el Corredor de la Muerte, hay que confesar que no tiene la cabeza del todo en su sitio. Quizá no sean locos furiosos ni se den con la cabeza contra las paredes, pero no están en su sano juicio. Solo por ser carcelero en esa sección ya corres algún peligro de perder pie. Pero Luther Dunphy no era uno de esos. Estaría dispuesto a jurarlo, y lo mismo haría el capellán que tanto tiempo pasaba con él.

Tuvo que ser que el capellán y el alcaide llegaron a algún tipo de acuerdo para que Luther Dunphy firmara ejemplares del Nuevo Testamento. Supuestamente los libros se iban a distribuir entre jóvenes cristianos —eso fue lo que Luther me contó—, pero lo que de verdad sucedió fue que se vendieron en eBay después de su muerte. Por algunos de los ejemplares con su firma se llegaron a pagar doscientos setenta dólares. ¡Por una edición de lo más corriente que no vale más de dos pavos! Si alguien se llevó ese dinero, tuvo que ser el alcaide junto con el reverendo Davey.

Como prueba de amistad, al ver que también yo era cristiano como él, o al menos intentaba serlo, Luther me regaló uno de esos ejemplares, pero me pidió que no se lo contara al capellán. Me dijo: Será mejor que te lo dé, Luther, antes de que sea demasiado tarde.

—Luther. Sea lo que sea eso que «tienes en la cabeza»... es necesario que lo saques a la luz.

Con voz que era confidencial y suave y halagadora, el reverendo Davey dijo que sería un bálsamo para la conciencia de Luther que hiciera una declaración oficial relativa a su segunda víctima: Timothy Barron.

—Porque, permíteme que te lo diga, Luther, estás pensando en él. Lo «tienes en la cabeza». Nunca has reconocido lo que pasó con ese hombre inocente y no has manifestado remordimiento por lo sucedido, pero ¿sabes?, sería un consuelo para la familia Barron si lo hicieras. Y si lo hicieras pronto.

Luther miró el suelo de la celda, lleno de manchas.

Muchas veces había tratado de recordar. Había tratado de conseguir que volvieran aquellas imágenes. Pero le resultaba imposible por el vacío y el aturdimiento. Después del disparo que lanzó a Voorhees hacia atrás y hacia el asfalto de la entrada para coches, solo había vacío y confusión y un rugido en sus oídos.

Dios solo había actuado aquella vez por medio de Luther Dunphy. Dios le

había dado a Luther Dunphy la fuerza para apretar el gatillo del arma de fuego, como una corriente de electricidad que recorre a un ser vivo.

A continuación Dios se había apartado. No se había producido un segundo disparo... Luther Dunphy lo juraría.

Pero el reverendo Davey (que no estaba en la entrada para coches en aquel momento, que no había sido testigo, que no lo podía saber) insistía. Diciendo lo «reparador» que sería para la conciencia de Luther, para su alma, hacer una declaración por escrito relativa a Timothy Barron solo para reconocer lo que había hecho, aunque (quizás) no hubiera tenido intención de hacerlo, no se hubiera propuesto disparar contra Timothy Barron, pero (quizás) de todos modos podía expresar remordimiento por la muerte de Timothy Barron, como un gesto de buena voluntad hacia la familia del difunto.

—Caridad cristiana, Luther. Pero también un gesto reparador para *tu alma*.

Luther parecía estar pensando. Nadie habría podido adivinar su rabia al oír aquellas palabras. Cómo se le tensaron los músculos y los tendones del cuello.

Pero lo que hizo fue decir no, de nuevo, explicando con paciencia que aquello no era posible porque en toda su vida solo había disparado contra un hombre:

—Voorhees, el médico abortista. Y no me arrepiento de haberlo hecho. Aquel acto es el porqué de que yo naciera, reverendo. Ahora lo veo con claridad.

Pero aquella noche Jesús visitó en su celda a Luther, que se despertó al sentir cerca una presencia. No se incorporó en la cama, pero todos sus sentidos estaban activos y agudizados.

Jesús dijo con suavidad *Piensa de nuevo, Luther*.

Jesús dijo *Ya eres lo bastante fuerte, Luther. Se requiere fortaleza para pronunciar palabras que, aunque inexactas, lleven paz a almas perturbadas*.

En Toledo durmió en la cama de la mujer. Olió su cuerpo y su champú para el pelo, o su aceite. Y las fundas de las almohadas manchadas con su maquillaje, que le resultaba repugnante, de manera que cuando creyó que ella no iba a notar lo le dio la vuelta a la almohada.

Pero también el otro lado estaba sucio.

En realidad no había hablado con ellas. Las mujeres de Toledo.

Les había llevado su indignación. Hinchado y palpitante de anhelos les había llevado su ira para descargar en ellas su semilla caliente y furiosa mientras yacían debajo de él, enlazándole con sus brazos, sin estar al tanto de la furia de su alma, del terrible aburrimiento que se sitúa más allá de la furia.

¡Hasta qué punto se había aburrido en el seminario! Un aburrimiento como un bostezo gigantesco que le distendía la boca, las mandíbulas. Un aburrimiento colosal, con capacidad para aniquilar el mundo.

Estaba lleno de resentimiento contra los ancianos que le habían cerrado la puerta, impidiéndole acceder al ministerio pastoral. No le habían dado su bendición para que Luther Dunphy pudiera difundir la palabra de Jesús como una hoguera que devorase corazones de desconocidos.

Solo quería ser tu siervo. No entiendo por qué se me rechazó.

En realidad no había hablado con la mujer, tan solo había fingido que lo hacía. Le había contado que estaba estudiando para ser ministro del Señor, que era techador y carpintero y, sí, que estaba casado y tenía hijos. Pero no le había hablado de sí mismo como ella le había hablado de su exmarido que le pegaba y la avergonzaba y le hacía arrastrarse hasta que un día se había puesto de pie con la promesa de no volver nunca a arrastrarse delante de ningún hombre. Y también le había hablado del hijo que había muerto de una enfermedad infantil, el sarampión. En su vanidad y crueldad masculinas se había cerrado por completo ante ella. Había querido pensar en ella como una perdida, como una puta, una ramera con el pelo teñido y mechones rubios y un salto de cama de un tejido delicado del color de la piel a través del cual veía sus oscuros pezones y el oscuro mechón de vello púbico entre sus piernas. Había sido amable con él, aunque estaba aquejada de soledad. Los varones temen la *soledad* de una mujer. Le había preparado distintos platos en más de una ocasión y Luther había comido a su mesa más de una vez con voracidad y con gratitud, de la misma manera que se había perdido en su cuerpo y en sus abrazos más de una vez y también con gratitud. Ella se lo había explicado: Siento no tener a nadie para quien cocinar. No tener a nadie a quien cuidar. Un diente torcido le estropeaba la sonrisa. Sus ojos eran de color avellana, como recordaba los de Edna Mae de muy joven, cuando había

en ella tantas cosas que le sorprendían.

Si la mujer le pasaba los dedos por la cara, se ponía rígido, porque no le gustaban tales familiaridades. Y cuando le acarició la marca de nacimiento le apartó la mano con brusquedad, acompañando el gesto con una maldición.

Jesús dijo *Es una acción propia de un cristiano aceptar un remordimiento que no es suyo, para que de esa manera se alivien los sufrimientos del mundo.*

Había perdido la cuenta de los días. Contar hasta diez lo hacía sin pensar porque sus pulmones y sus músculos habían memorizado con precisión la rutina de los vigorosos ejercicios que practicaba en series de diez, pero había perdido la cuenta de los días, porque los días caían más allá de los estrechos límites de su celda.

Su celda. Así había llegado a considerarla.

Ahora, sin embargo, el reverendo Davey venía a verlo a aquella celda una vez al día. O quizá eran dos: por la mañana y por la tarde.

Con gran convicción, el reverendo Davey le había dicho:

—La oración es como una pluma.

Los ojos del reverendo eran como los de los pájaros que corren veloces por la arena húmeda, largos picos afilados preparados para atacar.

—Piensa en una hermosa pluma blanca. En una pluma grande, como una pluma de halcón si los halcones pudieran ser blancos. Piensa en la mano de Dios y en una pluma blanca en la palma de su mano. Y cada oración es una pluma, ligera, que no pesa prácticamente nada. Pero todas las plumas son inestimables para Dios. Y se acumulan en la palma de su mano. De manera que las oraciones se suman, y un día, ya lo verás, Luther... Tengo fe en ello, en lo más hondo del corazón...

Luther pensó *El gobernador te conmutará la sentencia.*

—... estarás con nuestro Salvador en el paraíso.

Desconcertado, Luther sonrió. No estaba seguro de lo que el reverendo Davey quería decir, porque desde el primer momento había sabido que Jesús le daría la bienvenida en el paraíso. Nunca lo había dudado.

En cualquier caso, la orden de ejecución se entregó. Un joven funcionario

de prisiones del despacho del alcaide, calvo y con el ceño fruncido, a quien Luther no había visto nunca se presentó con el documento para entregárselo en mano una mañana, después de un desayuno que consistía en unas gachas que ya empezaban a solidificarse, con leche solo ligeramente agria, un espolvoreado de azúcar y un zumo de naranja edulcorado en un vasito de cartón.

No había error posible en cuanto a que la orden de ejecución iba destinada a él porque *Luther Amos Dunphy* figuraba de manera prominente en el documento, encabezado por una réplica dorada del Sello del Estado de Ohio.

—¿Ese soy yo? —preguntó Luther, ingenuamente desconcertado.

Aturdido, sus ojos recorrieron las palabras impresas. Parecía haber agujeros entre unas y otras y también en su interior, como túneles de carcoma en la madera.

... por la presente se ordena que el acusado *Luther Amos Dunphy* al que se ha juzgado CULPABLE DE ASE SINATO PUNIBLE CON LA PENNA CAPITAL, tal como se recogía en el auto de acusación, y cuya pena ha sido evaluada por el veredicto del jurado y el juicio del tribunal como de Muerte permanecerá custodiado por la Autoridad del Departamento de Justicia Criminal de Ohio hasta el cuarto día de marzo de 2006, día en el cual en el Departamento de Justicia Criminal de Ohio a las diecinueve horas en una cámara designada para la finalidad de ejecución, a la citada Autoridad, actuando por medio del verdugo escogido por el alcaide, tal como establece la ley, por la presente se le manda, ordena y dirige que lleve a término la sentencia de Muerte mediante la *inyección intra venosa* de una sustancia o sustancias en una cantidad letal considerada suficiente para causar la Muerte del antedicho *Luther Amos Dunphy* hasta que el mencionado *Luther Amos Dunphy* esté Muerto.

De manera abrupta, las palabras impresas cesaban. Luther se apresuró a darle la vuelta al documento, pero no había nada por el otro lado.

Alzó la vista. El funcionario de prisiones se había esfumado. La celda estaba vacía si se le exceptuaba a él, cuyas piernas podía ver, al igual que las manos y los brazos ante sí.

¿Es de mí de quien se trata o de otra persona? ¿Quién?

En el suelo junto a la cama había un montón de cinco o seis ejemplares del Nuevo Testamento a la espera de que los firmara, así como la pluma estilográfica negra de plástico del reverendo Davey. Luther dejó a un lado la orden de ejecución y se consagró a aquella otra tarea.

La noche antes de una ejecución ni siquiera intento dormir. Me tumbo en la cama en ropa interior y calcetines, con la televisión encendida pero ni siquiera la oigo. O quizá es que le quito el sonido. Una botella de whisky, un vaso y cigarrillos me permiten pasar la noche.

Cuando vivía con mi mujer me tumbaba en el sofá y hacía lo mismo. Pero ella no lo soportaba, nervioso como estoy durante días hasta que llega, demonios, puede que fuesen semanas. Le dije, ¿qué pasaría si yo fuese un excombatiente de la guerra de Vietnam? En ese caso te compadecerías de mí.

Vale, dijo, pero no eres un excombatiente de Vietnam. Debería darte vergüenza decir algo tan absurdo.

El caso es que sabía lo que era casarse con un funcionario de prisiones. La mitad de los hombres de su familia lo son, la conocí por eso. De manera que era una gilipollez por parte de Dolores echármelo en cara, fingiendo que beber era algo nuevo para ella, la mitad de los hombres de su familia son alcohólicos. Por el amor de Dios.

La cosa es que da igual que hayas participado muchas veces en el proceso de administrar la «inyección letal» porque siempre hay algo que puede salir mal.

Tal como suele decirse, si en una instalación penitenciaria algo puede salir mal, seguro que saldrá mal, aunque nunca sabrás en qué momento.

Así que muy de madrugada, como a las cuatro, la primera oleada de verdadera agitación se apoderaba de mí. Cuando vivíamos juntos, Dolores decía ¡Eh! siento cómo te late el corazón. Creo que eso la asombraba. La asombraba pero al mismo tiempo la asustaba. Debido al alcohol, no soy el mismo de todos los días sino (como ella decía) otra persona distinta. En ese estado es fácil que se te caigan las cosas, que las rompas y que te tropieces con ellas. Es fácil que me duerma con los ojos abiertos. Y me brotaba una humedad pegajosa —decía Dolores—, como si estuviera sudando caliente pero también frío, como alguien de pie delante de un frigorífico abierto.

Esa sensación de algo que casi no se puede soportar, de tan fuerte como

es.

Algunos tipos te sueltan una puta mentira asegurando que tienen las «mejores relaciones sexuales» de toda su vida la noche antes de una ejecución, pero solo alguien que no tiene ni puñetera idea de todo esto se lo puede creer.

Porque los médicos o las enfermeras, e incluso los técnicos de emergencias, se niegan a hacerlo por alguna razón «ética», «humanitaria». No participan en las ejecuciones.

Algunos días hay un médico de la cárcel en la enfermería. Pero no ayuda en ninguna ejecución. Se le ha pedido muchas veces y el muy pendejo se niega siempre.

Aparece para confirmar que el muerto está bien muerto, firmar el certificado de defunción y recibir la paga extra. La paga sí que la recibe.

(Y también a él le huele a whisky el aliento. Condenado hipócrita.)

Cualquiera pensaría que si esos profesionales de la medicina fuesen tan «éticos» se podrían encargar de colocar la vía, cuando menos: esa es la parte difícil, donde alguien que no es un profesional es muy probable que la cague. Si se ocuparan de colocar la vía en una vena del reo de manera que otra persona se encargase de administrar los fármacos a intervalos, eso sería «ético», digo yo.

Primero se le pone la sustancia anestésica. Luego, la paralizante. Y por fin el verdadero veneno.

La idea es que para cuando el veneno entre en las venas del condenado, esté ya profundamente dormido y no se despierte.

La droga paralizante debe asegurar que, en caso de que se despierte, no grite ni forcejee y no se sepa si está despierto.

No pienso mucho en todas esas cosas si puedo evitarlo. Dentro de nueve años podré optar a la jubilación anticipada, y estoy contando los días.

Creo que mi matrimonio está tan echado a perder que no estoy seguro de querer que mi mujer vuelva. Los hijos de su anterior matrimonio contribuyeron a joder bien la marrana.

Hacer la clase de trabajo que hago, cualquier tipo de trabajo en la cárcel, pero en especial en el Corredor de la Muerte, te convierte en alguien peculiar, como un leproso. Ese es el motivo de que ser funcionario de prisiones vaya por familias. Como ser policía. Como que te toque el Corredor de la Muerte. Nadie más lo entiende, y ninguna otra persona se

encuentra cómoda en esta profesión. La gente te evita, incluso en la cárcel. Hasta tu supervisor. Como si tuvieran miedo de mirarte a la cara, como si lo que haces fuese contagioso o algo parecido. He visto a hijos de perra torcer por una esquina para evitarme. Ven que estoy de guardia cuando se disponen a pasar y se quedan parados. Cabrones hipócritas.

Somos como soldados de una categoría especial. Nos pagan por matar a un ser humano, pero no es un asesinato.

En algunos estados de la Costa Oeste utilizan el pelotón de fusilamiento. Serías uno entre cinco o seis individuos. ¡No me parece una mala ocurrencia! Si eres uno de cinco o seis, no sabes si estás disparando cartuchos de fogeo. Sería un alivio.

Pero si tuvieras que disparar contra un hombre, al corazón, tú solo... eso no sería posible.

Con Luther Dunphy sabía que lo iba a pasar mal. Porque Luther era cristiano, como yo, aunque mucho mejor de lo que yo pueda serlo nunca. Porque era una de las pocas personas que he encontrado en toda mi vida de quien estoy convencido que no me veía el color de la piel o, si lo veía, no le causaba la menor impresión.

Porque me regaló un ejemplar del Nuevo Testamento que no venderé nunca ni regalaré. Para mí es algo que no tiene precio.

Había renunciado a una última comida. Decidió que ayunaría.

Con la excepción de algún líquido, ayunaría durante las últimas cuarenta y ocho horas.

De todos modos: Dios no iba a abandonarlo. Lo sabía.

Su cerebro estaba tan intensamente despierto que le dolía, como dolería un cerebro humano que tuviera dentro vidrios rotos.

Un olor a orines le despertó aquella mañana. Un olor a comida de desayuno, y algo agrio, como un vómito. No había visto nunca a los reclusos, vecinos suyos en el Corredor de la Muerte, pero con frecuencia los olía, y a menudo oía sus voces, toscas y anhelantes y que despotricaban, y también oía risas furiosas que lo despertaban cuando estaba durmiendo.

Jesús se tocó los labios con el dedo índice: *Debes dar consuelo a la familia del hombre que no mataste. No te atrevas a reunirte conmigo en el paraíso si no haces eso en mi nombre, Luther.*

Estaba despierto y atento y preparado pero no era del todo capaz de pasar al estado de vigilia, como a veces uno no es capaz de meterse en un portal: no hay sitio suficiente, o el umbral está torcido y ves que tu pie tantea buscando el equilibrio. O la entrada es en realidad una ventana y necesitas trepar. Y el tejado en el exterior (porque la ventana está en una pared que da a la pendiente de un tejado más bajo) tiene una inclinación muy grande y no llevas botas adecuadas sino zapatos con una absurda suela resbaladiza como cualquier persona corriente.

Los ojos alzados al cielo. Qué feliz era, incluso sin las botas convenientes, en aquel tejado.

—Luther Dunphy —su nombre pronunciado con severidad.

¿Era la orden de ejecución? Pero la orden de ejecución ya se la habían entregado.

¡Era la *conmutación* enviada por el gobernador!

En ocasiones anteriores a Luther Dunphy se le había informado de los sucesivos aplazamientos de la ejecución. Pero esta vez, al parecer no se había producido la llamada.

—Luther.

La rueda del coche, él no había girado lo suficiente. Si hubiese girado con más decisión, o más deprisa, podría haber evitado el choque. Pero su coche estaba ya patinando sobre la calzada húmeda por la nieve que caía, y en el asiento de atrás Daphne gritaba ¡Pa... pá! ¡Pa... PÁ!

No se había producido (todavía) la llamada del gobernador. Algunos condenados no quieren ir andando a la cámara de ejecución, o no pueden. Luther Dunphy, por supuesto, podía andar porque estaba muy en forma y fuerte y ágil para un hombre de su edad.

El reverendo Davey apareció para acompañarlo. El capellán respiraba con dificultad, como si hubiese tenido que apresurar el paso. Su rostro, de tono apergaminado, sudaba ligeramente. Su mano, grande, encajó en la de Luther Dunphy en un apretón de manos que se convirtió en un cálido contacto capaz de proporcionar a Luther solaz y consuelo.

En voz muy baja que sorprendió a Luther, porque estaba muy cerca de su oído, el reverendo Davey dijo:

—Están aquí, Luther. Dos de los hijos mayores de Timothy Barron.

Luther no encontró nada que decir. Una extraña insensibilidad se había apoderado de él como una niebla ligera.

El reverendo Davey prosiguió:

—He hablado con ellos. Están todavía... los dos... muy dolidos por la pérdida de su padre.

—Pero no ha venido nadie de mi familia, ¿verdad? —a Luther le preocupaba saberlo.

—No, Luther. No ha venido nadie.

Se le aligeró el corazón. Era un alivio oírlo. No podría soportar volver a decepcionarlos.

—¿Se les enviará mi cuerpo, entonces? ¿Podrán... enterrarme?

—Sí.

Aún no era demasiado tarde para que se le *conmutara* la sentencia. Y existía la posibilidad de (¿cuál era la palabra?) *clemencia*. En el pasado, la llamada para aplazar la ejecución se había producido mucho antes, pero de todos modos aún no era demasiado tarde.

Una prueba a la que Dios lo sometía. Como había puesto a prueba y había atormentado a su hijo unigénito. *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* Tal había sido el grito de Jesús en la cruz.

—Hay muchos manifestantes delante de la cárcel, Luther. Algunos llevan pancartas con tu nombre y tu fotografía y en las de otros se protesta contra la pena capital: «Una Nación Civilizada No Ajusticia».

Luther sintió una punzada de culpabilidad. ¿Quiénes eran aquellas personas y por qué se esforzaban en defensa *suya*? Solo importaba la intervención de Dios; el empeño de todas aquellas personas era en vano.

—Es muy conmovedor, Luther. Ver a tanta gente manifestándose.

Pero Luther no escuchaba con atención. Lo conducían por un corredor sin ventanas. Y a continuación por otro corredor también sin ventanas. Su orgullo estaba hasta cierto punto herido, porque el funcionario de prisiones que le instaba a darse prisa no le permitía caminar apresurando el paso —algo que habría hecho de manera voluntaria— sino que lo empujaba como se puede empujar a un recalcitrante o a alguien que no se sostiene bien sobre los pies.

A algunos condenados había que llevarlos a la cámara de ejecución, se decía. Se negaban a caminar, o se quedaban paralizados y eran incapaces de caminar, y los llevaban sentados de algún modo, en silla de ruedas o en una camilla.

Recordó entonces que no había terminado de firmar los ejemplares del

Nuevo Testamento que el reverendo Davey le había dejado en su celda. Solo a medias consciente, había pensado que acabaría de firmarlos más adelante aquella noche, o por la mañana, pero cuando trató de explicárselo al capellán, el reverendo le interrumpió como si no le estuviera oyendo.

—No hay que ir mucho más allá, Luther. Jesús está ya con nosotros.

Pasó a andar más despacio: ¿qué sala era aquella? El techo bajo y las luces muy brillantes, como en un quirófano. Luther vaciló, le sujetaron los dos brazos sin contemplaciones y le obligaron a pasar por una entrada con el techo muy bajo.

—¡No hay ninguna necesidad de hacer eso! —el reverendo Davey se dirigió, reprobador, a los funcionarios de prisiones.

Luther empezaba a sentirse mareado. Apenas podía ver debido a la intensidad de las luces en aquel espacio tan reducido que olía a desinfectante y al dulzor de alguna sustancia química. Apenas oyó al reverendo Davey cuando le preguntó si quería decir unas últimas palabras, al tiempo que le hacía entrega de un pequeño micrófono.

¡*Últimas palabras!* La idea le resultó tan extraña que sus labios se curvaron en una sonrisa.

Últimas palabras. Aunque nunca había sido una persona que hiciera reír a los demás (como algunos de sus amigos en el instituto), le dominó el alocado impulso de palparse los bolsillos como en busca de sus *últimas palabras*. Pero la ropa que llevaba no tenía bolsillos.

Luther no podía hablar, porque le parecía que ya había utilizado todas las palabras de su vida.

Y ¡qué extraño!, el reverendo Davey le había entregado un micrófono. A Luther se le ocurrió que la primera vez que empuñaría un micrófono y la última vez que empuñaría un micrófono eran una y la misma.

Le dominó la timidez. La garganta se le cerró por completo.

¡Un micrófono! Como alguien en televisión.

La cámara donde iban a ejecutarlo era mucho más pequeña de lo que había esperado... y el techo, extrañamente bajo. Le preocupó que pudiera estar insonorizada (había oído que así era), en cuyo caso, si se producía una llamada para aplazar la ejecución, el timbre del teléfono no se oiría allí dentro.

Como tampoco veía a través de la ventana de plexiglás, que era horizontal y de unos treinta centímetros de alto y dos metros de ancho, con cortinas

negras correderas en ambos extremos. Pero no se le ocultaba que había testigos al otro lado de aquella barrera, el alcaide de la prisión y otras autoridades, agentes de policía, parientes de los fallecidos. Desconocidos congregados para ser testigos de una muerte.

No de *su muerte* sino de *una muerte*. Un gran pájaro torpe que agitaba las alas, una *muerte* que le podía suceder a cualquiera por aquellos alrededores.

Allí estaba también la camilla a la que se iba a atar al condenado. Sorprendentemente estrecha, sobria. No parecía lo bastante larga para Luther Dunphy, ni tampoco lo bastante sólida.

Una barra de metal con correas se extendía, perpendicular a la camilla, a unos treinta centímetros de la cabecera. Luther la miró tratando de descubrir cuál podía ser su finalidad.

—¿Luther? ¿Tienes algo que decir? —repitió el reverendo Davey.

Durante todo aquel tiempo el corazón le latía con fuerza y de manera regular. Su corazón no creía que aquello pudiera sucederle a él. Finalmente empezó a hablar despacio ante el micrófono, como si cada palabra que conseguía pronunciar le costara un gran esfuerzo.

—En el nombre de Jesús... me arrepiento de mis pecados. Lo que hice... lo que provocó la muerte del señor Barron... no era mi intención. Pudo haber sido... que la escopeta se disparase... —Luther hizo una pausa y se le oyó respirar de manera bien audible. Le brillaba la frente a causa del sudor.

Con amabilidad, el reverendo Davey le instó:

—¿Sí, Luther?

—... sé, de todos modos, que la culpa es mía. Porque era yo quien empuñaba el arma de fuego. P-pido perdón a la familia del señor Barron que... cuya vida... se le arrebató equivocadamente... y si no pueden ustedes perdonarme, lo entenderé... Es el perdón de Jesús lo único que importa —de nuevo Luther hizo una pausa. Tragaba saliva sin poderlo remediar y los ojos se le habían humedecido.

—¿Sí, Luther? ¿Y...?

—Que Dios se apiade de mi alma por haber hecho una cosa así. Y todos... todos los demás errores de mi vida, que solo son culpa mía y de nadie más.

Bruscamente, Luther dejó de hablar como si se le hubieran acabado las palabras.

El reverendo Davey estaba profundamente conmovido. Lágrimas brillantes se deslizaron por sus mejillas rubicundas.

—¡Gracias, Luther! Que Dios te bendiga, hijo mío. Recemos ahora.

Su instinto fue arrodillarse, pero no le dejaron. Los carceleros le sujetaron los brazos con fuerza. Rezaría en pie como lo hacía incómodo el reverendo Davey, en la presencia del Señor, hasta que a la larga las rodillas empezaron a temblarle.

Lograron que me sintiera fatal al llegar a la cárcel.

Manifestantes con pancartas en la calzada. Agitándolas y gritándome.

Los ojos fijos en mí como si supieran que era yo... el verdugo.

Y la conmoción que reflejaron los ojos de Luther cuando vio quién le estaba esperando.

No podía sentirme peor. Como Judas.

En los ojos de Luther también estaba esa idea... como Judas.

Pero además había perdón en sus ojos. Porque Luther Dunphy sabía que era amigo suyo.

Le pedí que se tumbara en la camilla y lo hizo. Cuando tuvo que apoyarse en mí para estirarse lo suficiente, sentí lo fuerte que era, la tensión y la dureza de los músculos del brazo. Siempre es extraño estar tan cerca de un hombre blanco. Esperas que se aparte de ti con un estremecimiento. Se me ocurrió que si trataba de resistirse harían falta al menos cuatro personas: dos para sujetarle los tobillos y dos para las muñecas. Pero no se resistió.

A continuación lo atamos. A trompicones con las malditas correas. Se le oía respirar por la boca y no por la nariz, como un animal que jadeara.

Al otro lado de la mampara los hijos de perra viéndolo todo. Cabrones sentados como en un teatrillo y los más cercanos quizás a poco más de medio metro de la ventana. Sin duda con las rodillas pegadas a la ventana. Tal como están colocadas las luces, los reflejos no permiten ver a los «testigos» con demasiada claridad, pero sabes que los muy hijos de perra están ahí.

El alcaide y el ayudante del alcaide y funcionarios del despacho del fiscal. Policía, periodistas.

También un hijo y una hija de una de las víctimas. Nos lo habían dicho.

Luther Dunphy estaba ya tumbado en la camilla, quieto del todo y atado, el brazo izquierdo alzado hasta la barra de metal. Y el problema se presentó de la manera que más tememos: no encontrábamos una buena vena.

Clavarle la aguja en el brazo, tratar de extraer sangre para que entrase en

la jeringuilla hipodérmica y sentir cómo el dolor le agarrotaba (pero sin decir nada, como si Luther quisiera ser considerado conmigo) fue algo condenadamente duro.

Empecé a sudar enseguida.

Lo intenté con todas las venas que pude encontrar en el brazo izquierdo, pero ninguna funcionó. O quizás, sencillamente, yo no sabía cómo hacerlo, ¡joder!

Atas una tira de goma en lo alto del brazo para conseguir que las venas sobresalgan, pero una vena se puede «escurrir»: sencillamente se desliza sin dejar entrar a la maldita aguja.

Si una persona está deshidratada, las venas no están fijas. Quizás Luther Dunphy llevaba algún tiempo sin beber.

En el brazo derecho lo intenté con una gruesa vena azul aunque poco convincente que le recorría la totalidad del brazo, pero me había olvidado de usar la tira de goma, de manera que le apreté la parte alta del brazo y lo intenté de nuevo, sin suerte. La maldita vena se escurría hacia un lado, evitando la aguja. Yo ya estaba sudando lo inimaginable y el pobre Luther trataba de no gemir de dolor por la endemoniada aguja. Y además sangraba por culpa de los pinchazos.

Por fin, después de clavarle la aguja ocho veces, parecía que le había colocado bien la vía, en la curva del brazo, esa piel delicada en el interior del codo, y podíamos empezar con el primer fármaco, los barbitúricos.

Se trata del fármaco para dormir, la anestesia.

Los recipientes están claramente etiquetados. Número uno, número dos y número tres.

Llevan impresas las instrucciones con claridad para las sucesivas etapas. Desde ese instante se estima que el reo tardará un máximo de diez u once minutos en morir.

Pero entonces ¡la maldita vía se salió! La aguja que estaba clavada a la altura del codo sencillamente saltó y la herida empezó a sangrar.

(En aquel momento el ayudante del alcaide entró en el cuarto lanzando una maldición y tiró de las cortinas para correrlas, de manera que los testigos no pudieran ver nada más. Y en su cara un gesto especial de repugnancia destinado a mí.)

Tuve que empezar de nuevo y esta vez ya no tenía demasiada seguridad en las manos. Luther Dunphy, más pálido que un muerto, contenía las arcadas.

Yo trataba de evitar que me temblara la mano, sujetándome, con la izquierda, la derecha que empuñaba la aguja, aunque no había bebido nada desde hacía muchas horas, no desde que había llegado a la cárcel en automóvil.

En la guantera de mi coche hay una botella de un litro de whisky. Todo lo que se me ocurría era volver allí, abrir la guantera y beber de la botella, que es lo que voy a hacer tan pronto como esto haya terminado.

Sentiré la tibieza del licor en la boca, que me descenderá por la garganta hasta llegar al pecho como si fuese el calor del sol. Querré llorar, de lo agradecido que me sentiré.

Prefiero no recordar el número de pinchazos que fueron necesarios.

Renuncié al brazo derecho y lo intenté de nuevo con el izquierdo, los dos brazos sangrando por culpa de la maldita aguja. (Que quizá estaba ya roma de tanto uso.) Así que cortamos el pantalón para intentarlo con una vena en el interior del muslo, porque hay allí otra vena (lo sé por experiencias anteriores) bastante gruesa. Pero para entonces yo temblaba ya sin remedio. De manera que volví a cagarla.

Pero tienes que seguir intentándolo. Eso es todo lo que se puede hacer. No sé cuántos pinchazos más hasta que por fin conseguí una vía... Tardé por lo menos una hora, o más. Tenía los dedos insensibles y el cuello rígido por la tensión. Y Luther Dunphy retorciéndose en la camilla, tratando de no gemir ni empezar a dar gritos. Finalmente la anestesia entra en la vena, o debería entrar (a no ser que metiéramos la pata en el orden de los fármacos), Luther reza en voz alta Padre nuestro que estás en los cielos y de repente comienza a gritar Estoy ardiendo, estoy ardiendo, como si le hubiéramos inyectado la sustancia equivocada, el veneno y no la anestesia, aunque estamos seguros de que es la correcta, pero Luther sigue llorando y gimiendo y luego grita y se retuerce y luego el vómito se le escapa de la boca y pone los ojos en blanco pero sigue consciente, no lo hemos «dormido», hay que retirarle la vía porque hemos cometido algún error y será necesario encontrar una nueva vena.

Harto hasta decir basta. No es posible sentirse peor. Diciéndome Maldita sea, sabías que deberías haberle dicho al alcaide que se buscara a otro y a tomar por culo los trescientos dólares.

Transcurrieron dos horas y dieciocho minutos desde que se ató a Luther Dunphy a la camilla hasta que el doctor E***, médico supervisor, lo declaró difunto.

Su cerebro se extinguió poco a poco. También su alma se extinguió poco a poco, como un pájaro aterrado que revolotea en un espacio reducido y al que una escoba golpea una, y otra, y otra vez...

El veneno abrasador le entró por una vena del tobillo izquierdo y una vez que empezó a extenderse por su interior no era posible detenerlo.

Le resultó asombroso sentir cómo entraba el veneno. Y aun así no lograba creer que era *su muerte* lo que le estaba llegando.

A medida que el veneno le inundaba el torrente sanguíneo, le fueron fallando los órganos, uno a uno. Hígado, riñones, corazón. La sangre se le transformó en hirviente lava líquida. Estaba decidido a no gritar pero... oyó los alaridos que le salían de la boca. La voz en carne viva de un adolescente. *Oh Dios oh Dios ayúdame. Oh Dios.* Sudaba y tiritaba y los dientes le entrechocaban con violencia; enseguida su temperatura se disparó. El corazón galopaba para mantenerse por delante del veneno. El reo se fue muriendo por etapas cada vez más breves. Los dedos de las manos, contraídos, habían alcanzado una palidez extrema y se estaban enfriando, al igual que los de los pies y los pies mismos. Al enfriarse y dejar él de sentirlos, los dedos de las manos se extendieron, pero con rigidez de garras. Una niebla helada le ascendió por el cuerpo como un abrazo del diablo. No había tenido lo bastante en cuenta a diablos y demonios en la creación divina: había sido un fallo por su parte. No había creído de verdad en el infierno. Había creído en el cielo pero no tanto en el infierno. Estaba asombrado de sí mismo al pensar: *¿Todavía estoy vivo?* Y luego ya no lo estaba.

Las neuronas se le fueron extinguiendo como luces que se apagan una a una: una cadena de luces en un árbol de Navidad. Desaparecieron sus recuerdos más dolorosos. La marca de nacimiento desapareció como si nunca se hubiera agarrado a su mejilla como un murciélago rabioso. Desaparecieron sus recuerdos más felices. Un niño muy pequeño rio junto a su rostro, le rodeó el cuello con los brazos y desapareció al instante. Otra niña gritó *¡Pa... PÁ!* y desapareció al instante. Lo estaban alzando, con mucho cuidado: una delicada mano femenina en las nalgas y otra mano femenina en la nuca. Un dulce olor a leche lo inundó. Lo bañaban en calor líquido y en luz cegadora y abría mucho los ojos, más todavía, para recibir tan increíble maravilla. El

doctor E*** había estado esperando fuera de la cámara de ejecución en un sitio aparte, puesto que dados sus treinta años de veteranía en Chillicothe su deseo era no ser testigo de la horrenda ejecución, aunque se viera obligado en consecuencia a esperar unas inadmisibles dos horas y dieciocho minutos y tuviera que abandonar su refugio para usar el servicio no una sino dos veces pese a que de ordinario unos pocos lingotazos de whisky disminuían la producción de orina; el doctor E***, sintiéndose humillado, degradado, furioso y totalmente asqueado, volvió después a otra larga espera, tratando de no oír los gritos de dolor del moribundo a través de la pared supuestamente insonorizada, ni las estúpidas acusaciones mutuas de los cretinos funcionarios de prisiones, responsables de la inyección letal, culpándose por un fiasco posiblemente peor, más inhumano e indignante aún, que el fiasco de la anterior ejecución varios años antes; hasta que por fin pudo entrar, decidido y ceñudo, en la cámara hedionda para examinar con guantes de goma el cuerpo lívido del fallecido que apestaba a excrementos, sangre, sustancias químicas y horror, comprobando el pulso del difunto, los latidos del corazón, ni pulso ni latidos, iluminando con una pluma linterna su ojo inerte para declarar las 21.18 como hora del óbito, la fecha el 4 de marzo de 2006, y firmar el certificado de defunción con su letra desdeñosa e ilegible.

Si le hubiesen dicho *gracias, doctor*, habría respondido *por supuesto. Y que os jodan...* Pero nadie le dio las gracias y se marchó sin más.

Poco después se cubrió con un paño blanco manchado de sangre y del tamaño de un mantel el cuerpo que había dejado ya de retorcerse y estaba completamente inmóvil. El rostro contorsionado y con manchas rojas, y la boca y los ojos abiertos al máximo, como si fueran presa de un terror y un asombro infantiles, quedaron misericordiosamente cubiertos.

Los funcionarios que habían administrado los fármacos trasladaron la camilla con el cuerpo al depósito de cadáveres de la cárcel. Avergonzados y silenciosos y casi incapaces de sostenerse en pie por el agotamiento. Y con los uniformes cubiertos de sangre por los infinitos errores con la aguja. En el depósito el cuerpo todavía febril empezó de inmediato a enfriarse en aquel lugar de calma repentina y quietud. Un descenso en la temperatura corporal de 39 °C a 36 °C y luego la disminución inexorable e irreversible a 32 °C, a 27 °C al cabo de una hora, a la larga a 15 °C, y por fin a 2 °C, que era la temperatura de la camilla de aluminio debajo del cadáver y la temperatura del aire perfectamente inmóvil de la morgue.

Oscuridad completa en aquel lugar y ni un solo reflejo, incluso de la luz más tenue. Ni siquiera el más vago eclipse de luz, porque no había ninguna. La oscuridad en el rostro del abismo antes de la aparición de la luz en el primer día de la creación, y silencio total, ni el más mínimo soplo, ni de inhalación ni de exhalación.

El abrazo

MARZO DE 2006-MARZO DE 2010

Autoinmune

—Todavía no.

Esperaban las noticias. Esperaban para saber si por fin se *había ejecutado* a Luther Dunphy.

En Ann Arbor, en una habitación que le habían prestado, Naomi se olvidó incluso de dónde estaba. Con Darren, por su parte, a más de tres mil kilómetros en Newhalem, en el estado de Washington.

Llevaban horas esperando juntos. Desde las 17.55 hasta las 21.18 sin que hubieran llegado noticias de Chillicothe, y la tensión de la espera resultaba agotadora.

En un brazo del sofá de escay donde Naomi estaba rígidamente sentada había un teléfono inalámbrico con altavoz. Al otro lado de la línea estaba su hermano, a más de tres mil kilómetros en un lugar que ella no podía imaginarse (porque nunca lo había visto) con un teléfono similar en un sitio semejante.

Era Darren quien operaba con dos teléfonos. Uno de ellos, el fijo, estaba en comunicación con Naomi en Ann Arbor; el otro era un móvil listo para recibir una llamada desde Chillicothe, Ohio.

La Associated Press había enviado a Chillicothe a un periodista llamado Elliot Roberts —a quien la familia Voorhees conocía de cuando vivían en Detroit— para que escribiera sobre la ejecución de Luther Dunphy. Roberts había contactado con Darren y le iba a llamar de manera privada cuando terminara todo para hacérselo saber; pero el periodista había tenido que dejar su móvil en el coche, aparcado en el exterior de las instalaciones penitenciarias, porque dentro no se permitía equipamiento electrónico de ninguna clase. Solo cuando pudiera abandonar el edificio, presumiblemente con otros testigos civiles al concluir la ejecución, estaría en condiciones de llamar a Darren y darle la noticia.

Roberts había tenido que presentarse en Chillicothe a las seis de la tarde,

para que, después de pasar por seguridad, se le permitiera entrar en la sección de la penitenciaría que albergaba el Corredor de la Muerte. La ejecución se había programado para las siete. Pero era ya mucho más tarde, más de dos horas después.

Naomi había llamado a Darren, en el estado de Washington, más de una hora antes de lo necesario. Porque no era posible que su hermano recibiera noticias de Roberts hasta después de las siete.

Darren había contestado de inmediato, irritado.

Sí, ¿qué pasa? ¿Qué quieres?

Solo hablar. Antes...

¡Es demasiado pronto! ¡No fastidies!

Pero, por favor...

Darren se ablandó. Había advertido el miedo en la voz de Naomi.

En aquella fase de su vida que podía describirse (pensaba, acusadora, Naomi) como *postfamilia*, además de decididamente *postmodernista*, Darren había dejado la universidad, primero por una temporada y luego de manera definitiva, para consagrarse de lleno a su «arte»: novelas gráficas en una vena mordaz, obsesivamente detalladas, oscuras fantasías cómico-grotescas de la vida norteamericana en los barrios residenciales, en conflicto con lo que Darren denominaba el «otro lado».

Las novelas gráficas de D. Voorhees no eran de fácil acceso. Al menos Naomi no las encontraba fáciles. La primera se titulaba *Bienvenidos al otro lado*: una familia de una zona residencial del Medio Oeste insoportablemente normal y satisfecha de sí misma, asediada por demonios semejantes a hormigas voladoras, en su mayor parte invisibles; el título de la segunda era *¿Quieres que te diga cuándo, dónde y por qué?* Ambigüedad sexual entre jóvenes adultos, con Ann Arbor como escenario; la tercera, la más ambiciosa y más celebrada, tenía por título *Inyección letal, un romance*: escenas horripilantes de ejecuciones por inyección letal en cárceles norteamericanas, con dibujos insoportablemente detallados. (Porque cada una de las ejecuciones resultaba ser una peculiar y atroz chapuza.) Naomi había tratado varias veces de leerla, pero nunca había conseguido acabarla.

La fascinaban las historias de Darren y al mismo tiempo la repelían, impresionada, en cualquier caso, por la evidencia de su talento. Pero sobre todo envidiaba el uso que su hermano había sabido darle a dos de sus obsesiones: la narración gráfica y la inyección letal.

Yo soy él. Lo que sobrevive de mí.

Después de abandonar la Universidad de Michigan en su segundo año para mudarse a la costa occidental —primero Seattle, luego Puget Sound y ahora el valle del río Skagit—, Darren se había asociado con una pequeña editorial de Seattle para la publicación de sus tres novelas gráficas; también había ilustrado otros libros de la misma editorial, aunque Naomi no los había visto; había logrado además una presencia *online* con una página web muy visitada que se llamaba *¿Quieres que te diga cuándo, dónde y por qué?* Naomi se preguntaba cómo conseguía mantenerse su hermano, con quién podría estar viviendo, cómo era la vida que llevaba, porque no tenía más que una muy vaga idea.

La obsesión personal de Naomi había desembocado sobre todo en fracasos. La desaparición de su padre era el único acontecimiento importante de su vida, pero, incapaz de dar forma a aquella experiencia, solo podía habitarla, desamparada, como un niño habita un lugar de encierro, o la ropa demasiado grande que ha heredado.

¡Lo había intentado! Dios era testigo de que había tratado de articular *Vida y muerte de Gus Voorhees: Un archivo*, para acabar derrotada por la enormidad de un tema que se le derrumbaba como algo roto, torpemente reparado, y que se desmoronaba de nuevo a la menor presión.

Su celo le había permitido reunir una docena de carpetas. Cientos de páginas de notas. Recortes de periódicos y otras publicaciones, grabaciones de entrevistas con personas que habían conocido y trabajado con su padre (en buena parte todavía sin transcribir ni revisar; de hecho, algunas nunca había vuelto a tocarlas). Fotocopias de cartas de su padre que le habían proporcionado los destinatarios; y cartas a su padre que Jenna le había permitido apropiarse. (Por supuesto, su madre había seleccionado un número no precisado de misivas para guardarlas ella, o quizá incluso para destruirlas, porque eran «demasiado privadas» para que Naomi las viera.) Documentos, cronologías, esbozos. Fotografías: toda clase de fotografías, incluidas imágenes de bebés. Naomi había transcrito cuidadosamente buena parte de los materiales, pero se hallaban en archivos dispersos, algunos de los cuales se habían perdido en las entrañas de ordenadores que no funcionaban bien...

Todavía más problemático había sido su intento de «entrevistar» a familiares. Lo que podría haber parecido el procedimiento más lógico, así como el más fácil, para conseguir información había resultado

complicadísimo. Su madre se había negado a hablar con ella de aquel tema tan doloroso y Madelena Kein, su abuela ausente, la había rechazado con un mail muy conciso: «Quizás algún día. Pero ahora es demasiado pronto. Por favor, no me lo vuelvas a pedir».

Hasta Darren la había desanimado. Naomi suponía que le habría gustado reunir un archivo sobre Gus Voorhees del todo suyo.

A ella también le había parecido que la historia completa de la *Vida y muerte de Gus Voorhees* no se podría escribir mientras el asesino de su padre siguiera vivo.

Peor aún, el archivo habría tenido que contener material sobre el asesino, y sobre el «ambiente político» altamente polarizado del que había surgido.

Aquella era la más amarga de las ironías: el deseo de honrar a su padre se hallaba inexorablemente ligado a la fijación por su asesino, algo que la llenaba de desesperación, rabia, vergüenza.

No quería *interesarse* por Luther Dunphy, tanto vivo como muerto. No quería que la consumiera el odio que le inspiraban él y la multitud de personas (¿cientos?, ¿miles?), entre los miembros del movimiento Derecho a la Vida, que habían aplaudido la «liquidación» (como la llamaban) del médico abortista.

Pese a todo ello, *Voorhees* y *Dunphy* estaban ligados para siempre, sin que nadie pudiera evitarlo.

A lo largo de la historia, el asesino se ha pegado, como una garrapata ahíta de sangre, a la persona a la que ha quitado la vida. De las muchas indignidades que acarrea la muerte, esa era la más insultante.

Cada vez que se había fijado una fecha para la ejecución de Dunphy, Naomi había empezado a contar los días aun sin proponérselo. No necesitaba señalarla en el calendario, porque la tenía impresa en la memoria.

Al igual que Darren, se había convertido en una experta *amateur* en inyecciones letales. Sabía que cada vez era más difícil para las autoridades penitenciarias de los Estados Unidos adquirir los fármacos letales elaborados en Europa; a menudo se daba el caso de que había que posponer ejecuciones por ese motivo.

Era posible que Chillicothe no hubiera conseguido las sustancias adecuadas cuando llegara el momento de la ejecución de Dunphy. O que algo no hubiese funcionado al administrarlas. O que la judicatura de Ohio hubiese concedido otro aplazamiento.

Porque a Naomi no se le ocultaba que si al condenado se le hubieran administrado las drogas de manera adecuada a la hora establecida, la ejecución tendría que haber concluido para las 19.30.

Que fuesen ya las 21.20 y Roberts no hubiera llamado aún quería decir que algo había ido terriblemente mal.

No tenía sentido hacer conjeturas. Pero Naomi estaba demasiado inquieta para quedarse callada.

—La peor noticia sería que la hubieran aplazado... de nuevo.

—No creo.

—¿Qué es lo que no crees?

—No creo que esta vez la hayan aplazado.

—Pero ¿cómo lo sabes?

—Porque se rechazó la apelación final.

—Pero los abogados de Dunphy presentarán otras alegaciones, o comoquiera que las llamen... las presentan de manera automática, incluso si se trata de la apelación final.

—Bueno... creo que no.

—Pero ¿cómo lo sabes?

—¡Ya te lo he dicho, cielo santo! *No lo sé.*

—Pero has dicho *no*.

Veloz como una cerilla cuando se enciende, estallaba su antigua animosidad infantil. El corazón de Naomi latía en oposición a su hermano, cuya autoridad tenía siempre que socavar, aunque deseara (más que nada) que Darren la viese con buenos ojos.

El *amor* no estaba en juego, porque el *amor* no era una posibilidad. Naomi sabía que Darren no la quería, como tampoco (probablemente) quería a nadie de su familia, con la excepción de su padre muerto.

Lo más plausible era que Darren no *quisiera* a nadie en absoluto. En cierta manera, Naomi confiaba en que así fuese.

Desesperada, necesitaba conseguir que siguiese al teléfono. Temía que fuese a colgar antes de que le llegaran las noticias.

—¿Darren? ¿Qué hora es ahí?

—¿Qué *hora*? Sabes de sobra que son tres horas menos.

—Así que llevas esperando desde las tres.

Era una observación estúpida. Una observación infantil, que Darren apenas se molestó en confirmar.

¡Pues entonces háblame de tu vida! Cuéntame algún secreto, algo que no sepa nadie más, como el odio que sentimos hacia Luther Dunphy y nuestro deseo de que muera.

Pero Darren parecía distraído. (¿Hablaban con alguien que estaba allí? ¿Alguien le estaba hablando? Podía imaginarse a Darren tapando el auricular con la palma de la mano.)

Muy probablemente estaba conectado a internet. Además de hablar con ella por teléfono, navegaba a la búsqueda de *Ejecución de Luther Dunphy, Chillicothe, Ohio*.

Naomi no se habría atrevido. No podría haber escrito aquel nombre odioso en su ordenador para conjurar cientos, miles de brillantes titulares azules como si fueran aguas residuales.

No soportaba leer nada acerca de *Luther Dunphy* en internet, ni soportaba pensar en lo que Darren podía estar viendo.

No morirá nunca. Aguantará eternamente. Ese es nuestro infierno.

Cada una de las veces que la ejecución de Dunphy se había pospuesto y reprogramado, para Naomi había sido una conmoción, como la hoja de un cuchillo hurgándole en el pecho.

Su padre había muerto el 2 de noviembre de 1999. Estaban ya a 4 de marzo de 2006. Gus Voorhees llevaba muerto todos aquellos años y meses. No parecía posible que un hombre tan lleno de vitalidad, tan enérgico, tan amable, tan cariñoso —un hombre tan apreciado—, llevase muerto tanto tiempo. Así era, sin embargo. Y durante todos aquellos años y meses, Luther Dunphy, su asesino, seguía con vida.

No era una *conclusión* (término ofensivo) lo que esperaban, sino *un final*.

La vida de Naomi no podía comenzar. No hasta que se alcanzara *un final*.

No podía querer a nadie. Siempre había una especie de velo de gasa a cuyo través percibía a la otra persona. Estaba ensimismada, encubierta. Lo que a ella más le importaba no lo podía compartir con nadie, como una enfermedad o un trastorno vergonzosos de los que no se atrevía a hablar.

Aunque había aprendido a simular «amor» o «amistad» hasta cierto punto. Sagazmente, se había creado una personalidad en cuyo interior podía vivir como podría haber cosido una llamativa colcha de retales desparejados, deslumbrante para los ojos.

O era más bien una especie de máscara sobre una marioneta. *Ella* estaba dentro en algún sitio, escondida.

No podía ser amiga íntima de nadie: hombre o mujer. Apenas soportaba que la tocaran y sentía algo que se asemejaba al pánico si estaba con otra persona en un espacio reducido.

No era capaz de hablar de ello: de la pérdida y de la furia por la pérdida. Con nadie salvo Darren.

Gemelos unidos por el odio.

¡Gemelos que anhelaban liberarse!

Con dieciocho años se sentía vieja para su edad e inmadura, una adulta atrofiada. Se comportaba con una especie de cautela, como alguien que se aventura a acercarse al borde de un precipicio. Nunca estaba ya tan violentamente enfadada como cuando era una adolescente de menos años. Le habían desaparecido las manchas de la piel y había dejado de pellizcarse la cara con las uñas. Su furia se había hecho más sutil por cuanto su resentimiento se volvía en gran parte contra sí misma.

—Es como una enfermedad autoinmune —fue el primer diagnóstico de Darren sobre el estado de los dos.

Aflicción que no es pura, sino que está mezclada con la ira. Dolor asesino que ninguna cantidad de lágrimas consigue aplacar.

—No. Sin el «como». Es una enfermedad autoinmune —tuvo que corregirle Naomi.

En las primeras semanas y meses después de la muerte de su padre había estado demasiado anonadada para entender del todo que su padre no iba a regresar. Sabía que estaba *muerto*, pero era incapaz de aceptar que se hubiera *ido*.

No le había gustado nada ser un bicho raro entre sus condiscípulos en el instituto de Birmingham. Ser la chica cuyo padre había sido asesinado en público. La chica cuyo padre era «médico abortista».

La humillación y la vergüenza aumentaban porque su madre se había desentendido de ellos, dejando que vivieran con sus abuelos. Aunque fuese posible explicarlo en términos de la *crisis* de Jenna, que era como habían acabado por llamarla.

Lo que más temía ella era la compasión entrometida, la conmisericordia. Se armaba de valor para soportarla... *No puedo imaginar lo terrible que debe de ser para ti...* O peor aún: *Me imagino lo terrible que debe de ser para ti.*

—No. No puedes. Es imposible.

Naomi ensayaba aquellas palabras con gran frialdad. No las había pronunciado nunca aún, excepto cuando estaba sola.

Temblando de rabia, y por el miedo de echarse a llorar.

Aunque Naomi lloraba muy pocas veces. Lo que se entiende por *llorar*.

Las lágrimas se le agolpaban en los ojos, pero no *lloraba*.

Durante su primer año en la Universidad de Michigan había estado muy atenta a las invasiones de su intimidad. El apellido *Voorhees* no era tan conocido entre los estudiantes como había temido, pero los residentes de más edad de Ann Arbor sin duda lo conocían bien, como habían conocido a Gus Voorhees en persona; para Naomi resultaba difícil evitarlos, aunque eran gente ejemplar, maravillosamente generosos, «buenos», que con frecuencia la invitaban a cenar, deseosos de preguntarle por Jenna y de rememorar.

¿Te he contado alguna vez, Jenna, cómo conocí a tu padre...?

Disculpe. No soy Jenna, soy Naomi.

Había huido de las cenas bienintencionadas «en familia». La pascua judía, la comida de Navidad, la de Acción de Gracias en casa de los McMahan.

Disculpándose: *¡Lo siento mucho! No sé qué me pasa.*

Pensando: *Haced el favor de dejarme en paz, por el amor de Dios.*

En la universidad se había cambiado de asignaturas al tener la sensación de que el profesor sabía quién era y de quién era hija, y de que le hubiese gustado hablar con ella en privado. Una profesora de lingüística, un profesor de psicología social; Naomi había dejado sus clases en la segunda semana del semestre y no los había vuelto a ver.

¿Imaginaciones tuyas? Eso era lo que Darren pensaba. Pero ella no lo creía así.

(Había compartido con Darren esa clase de locuras, por supuesto. Su hermano era el único al que podía confesar lo infantil que era, lo insegura, inmadura, desconfiada, venal. Era la única persona que sabía —sin que nadie, de hecho, se lo hubiera contado— que Naomi Voorhees se había ofrecido para tareas de alfabetización en Ann Arbor, y para trabajar con niños negros y emigrantes ilegales, no porque fuese una *buen persona* sino porque ofrecerse así formaba parte de la tradición de sus *padres, buenos, liberales*, y ella todavía seguía tratando de impresionarlos favorablemente cuando ya hacía tiempo que resultaba imposible.)

Se había vuelto en extremo susceptible ante cierta expresión en el rostro de

un desconocido, ante un gesto de sorprendido reconocimiento y de compasión, y ante algo así como una emoción disimulada, cuando alguien se daba cuenta de que «Naomi Voorhees» era sin duda la hija de «Gus Voorhees», el médico que había adquirido desde su muerte una reputación mítico-heroica en círculos políticos de izquierdas del Medio Oeste, y era objeto de veneración de activistas implicados en la reforma de la legislación relativa a los derechos reproductivos de la mujer.

Había llegado a estar pendiente, en especial, de que se le acercaran (literalmente) personas como aquellas, que eran sin falta de mediana edad o mayores aún; mujeres con más frecuencia que hombres.

Naomi... ¿no es eso? No conocí a tu padre en persona, pero... admiraba mucho a Gus Voorhees.

Cómo se podía contestar a semejante declaración, excepto con un apenado...

Muchas gracias.

Y con el temor a lo que sin duda vendría después.

¡Qué tragedia! ¡Aquel tipo espantoso! ¿Qué fue de él? Está en la cárcel, espero.

Sin otro deseo que la huida. Pero demasiado cortés para dar media vuelta y marcharse.

Molesta por tener que hablar de Luther Dunphy. Aunque fuese de manera indirecta, oblicua. Por tener que reconocer que sí, que Dunphy estaba en la cárcel, en Ohio, y que seguía con vida.

También resentimiento por tener que ser, en su calidad de hija de Gus Voorhees, tan condenadamente *buena*.

Sin duda no era otra la razón de que Jenna se hubiera retirado de la vida pública, y lo hubiese hecho de forma tan brusca. Anulando compromisos, dimitiendo de distintos puestos, escandalizando y decepcionando a compañeros que habían visto en la viuda de Gus Voorhees un medio para proseguir con el trabajo de su marido.

Correos electrónicos enviados sin disculpa alguna. Imposible cumplir con obligaciones, tendréis que buscar en otro sitio.

Aunque aquello no explicaba por qué Jenna había renunciado también a convivir con sus hijos. A la vida de familia.

Naomi nunca le había contado a Darren lo que le dijo su madre al marcharse aquella mañana de la casa de Birmingham. *No me es posible*

seguir siendo tu «mamá». Ya no.

Y peor aún. Gus ha dejado de existir y no va a volver.

Darren ya odiaba a Jenna. (¿Injustamente?) Naomi no quería que su hermano la aborreciese todavía más.

Poco después de dejar a sus hijos con los abuelos en Birmingham, había sido necesario hospitalizarla (en Chicago), aquejada de anemia grave, agotamiento, malnutrición. Le habían diagnosticado un trastorno poco frecuente (autoinmune) por el que su estómago no digería de manera adecuada los alimentos. Existía además la posibilidad de una lesión hepática permanente.

Jenna no quiso que nadie fuese a verla al hospital. Sus suegros en Birmingham creían que los padres de Jenna, que vivían en la cercana Evanston, habían ido a verla con regularidad; pero a nadie más se le había permitido entrar en su habitación del hospital.

Jenna se había recuperado, hasta cierto punto. A sus hijos les había dicho que su salud era «frágil», pero «estable». Después de que la diesen de alta no había querido regresar a Birmingham, ni a Ann Arbor, sino vivir en otro sitio, inicialmente en la ciudad de Nueva York y más tarde en Vermont.

Sus hijos disponían de un número de móvil para llamarla, y también de una dirección de correo electrónico. Pero ninguno de los dos sistemas la convertían en fácilmente accesible.

Poco después de Año Nuevo, a medida que se acercaba la fecha de la ejecución de Dunphy, Naomi empezó a telefonar a Darren con más frecuencia.

Darren no siempre se ponía al teléfono. No siempre le devolvía las llamadas. Pero cuando lo hacía, a Naomi le parecía (a veces) que en aquel sitio que no lograba imaginar, en un estado tan rural como Washington, había alguien con él.

En una o dos ocasiones había oído una voz —voces— durante la comunicación. Estaba segura. Pero al preguntarle quién estaba con él, Darren le había respondido con frialdad: *Lo siento. Eso es asunto mío.*

Naomi había sentido una aguda punzada de celos. ¿Podía ser que Darren se hubiera... *enamorado?*

No era posible. Estaba segura. Darren podía (quizás) tener una relación sexual con alguien, aunque ni siquiera aquello era probable. No una relación continuada. No.

Si Darren era gemelo suyo, se retraería instintivamente del contacto físico con otra persona.

Entendió que su hermano ya no se sentía solidario con ella. El único lazo (se temía) habían sido sus padres, hasta la muerte de Gus y la partida y el distanciamiento de Jenna.

Había huido del Medio Oeste, le confesó, para poner distancia entre él y la historia familiar.

¡Cómo podía hacer *algo así!* Naomi se horrorizó.

En especial, le dijo Darren, no quería hablar de Luther Dunphy si podía evitarlo.

¡Pero no lo podía evitar! No con su ejecución ya programada.

Sentía lo mismo que ella, ¿verdad que sí? Naomi tenía que preguntárselo.

¿Esperaba la muerte de Dunphy? Sí.

Darren se había reído con aspereza. Era una admisión vergonzosa, de algún modo... esperar a que muera otra persona.

Le preguntó si alguien de la cárcel de Chillicothe se había puesto en contacto con él. Ya había cumplido veintiún años, podía ser testigo de la ejecución si lo deseaba.

A Darren le escandalizó aquella sugerencia.

—¡Por Dios! No.

Naomi aún le había escandalizado más al decir que ella sí se imaginaba presenciando la ejecución... quizás.

—Y una mierda, Naomi. Eso es una sandez.

—Es solo que lo odio hasta decir basta. A todos ellos... «los Dunphy».

El apellido mismo la repelía. Algo parecido a la náusea la dominaba cuando veía *Dunphy* en letra de imprenta.

Como viuda del asesinado, las autoridades de la prisión se tendrían que haber puesto en contacto con Jenna. Pero su madre no se lo había mencionado ni a Naomi ni a Darren. Aunque la verdad es que no hablaban a menudo.

Por supuesto, Jenna nunca hubiera considerado, ni por un momento, la posibilidad de presenciar una ejecución.

Lo había explicado en varias ocasiones: «Gus estaba en contra de la pena de muerte. Y yo también. Ejecutar a ese individuo no nos va a devolver a Gus».

A menudo cuando hablaba por teléfono Jenna sonaba como alguien que

hiciera una declaración en público, cuidadosa, precisa, y no como una madre hablando con una hija que la llamaba porque se sentía sola y llena de ansiedad.

Todo lo que Naomi sabía era que su madre vivía ahora en Bennington, Vermont; que trabajaba allí en un modesto bufete, muy probablemente formado solo por mujeres, y que Bennington College la había contratado como profesora visitante.

Siempre que Naomi le proponía ir a verla, Jenna decía muy deprisa:

—Sí, por supuesto, pronto. Contaremos los días.

O:

—¡Pronto! En cuanto este «bungaló» que alquilo esté habitable para recibir a un huésped.

La dirección oficial de Naomi seguía siendo el hogar de sus abuelos en Birmingham, Michigan. De hecho, Clem y Adele habían sido los tutores de sus nietos desde la marcha de Jenna. ¡Eran tan buenísimas personas! La muerte de Gus había destrozado al abuelo Clem, pero raras veces hablaba de ello y ni él ni Adele criticaban a su descarriada nuera. Naomi trataba de mantenerse en contacto frecuente con ellos porque les estaba agradecida por su apoyo ilimitado, por su afecto. Naomi trataba incluso de querer a su sonriente abuelastra.

Bueno; *querer* era una exageración.

También trataba de mantenerse en contacto con Melissa, que seguía siendo muy joven, tan solo dieciséis años. Vivía con sus abuelos en la casa de Birmingham y era alumna de las prestigiosas Cranbrook Schools en Bloomfield Hills, donde estudiaba mandarín y violonchelo, jugaba al fútbol y solía sacar muy buenas notas. Una vida que su padre habría desdeñado por excesivamente burguesa, «pija».

Cuando Naomi hablaba con Melissa nunca aludía al *tema*. Le habría sido imposible pronunciar el apellido *Dunphy*. Suponía que Melissa estaba al tanto de la eminente ejecución en Ohio, porque era seguro que se hablaría de ello en los medios locales de comunicación, dado el renombre de Gus Voorhees en aquella parte de Michigan. Pero ella no podía hablar de una cuestión tan desagradable con su hermana menor, una persona tan impresionable.

Melissa era una chica tímida a la que solo se podía animar para que hablara con entusiasmo de sus clases y «actividades» académicas. A Naomi le daba la sensación de que pertenecía a otra época, muy remota ya, cuando los

miembros de la familia Voorhees eran todas personas distintas.

Naomi le estaba hablando a Darren de Melissa a las 21.34 cuando su hermano la interrumpió.

—¡Vaya! Me está llamando. Deben de haber terminado.

Naomi escuchó con gran atención. Oía a su hermano hablar con Roberts... daba por sentado que se trataba del periodista.

—¿Darren? ¿Oye? ¿Oye? ¿Qué ha pasado? ¿Ha... muerto?

Oía la voz de Darren (que hacía preguntas a Elliot) pero sin entender lo que decía. Estaba empezando a sentirse mareada, como si se le movieran bajo los pies las tablas del suelo de aquel sitio que no le resultaba nada familiar.

Luego, la voz de Darren sonó con fuerza en el teléfono.

—¡Sí! Ha muerto.

Naomi no estaba segura de haber oído correctamente.

—Muerto...

Darren le explicó con tono sombrío que la ejecución había sido una «chapuza». Se había prolongado durante más de dos horas. Los observadores no habían podido ver casi nada.

—Corrieron una cortina para que nadie viera las cosas horribles que estaban pasando... ¡Dios!

¡Muerto! Luther Dunphy había muerto.

Intentó tartamudear una pregunta pero Darren no estaba ya al teléfono. Aún le oía hablar con Elliot Roberts, y al cabo de un momento se cortó la comunicación.

Intentó llamar de nuevo a Darren. Pero sin éxito.

Tras insistir varias veces, se puso en marcha el contestador automático. Naomi suplicó:

—¡Darren! ¡Cógelo! ¡Habla conmigo! Por favor.

Durante varios minutos de desesperación trató de comunicar con su hermano. El teléfono fijo, el móvil.

—¡Maldito seas, Darren! No me dejes sola ahora.

Le mandó un correo electrónico. Su hermano raras veces contestaba.

Le llamó de nuevo por teléfono, sin obtener respuesta.

Había sucedido por fin: Luther Dunphy estaba muerto.

Era el fin. Todo *terminado*.

Sentía... bueno, ¿qué era lo que sentía? Como si le hubiesen cortado la parte alta del cráneo. ¡Qué ligereza! ¿Era aquello... júbilo?

Salió. Ya estaba en la calle. (Pero... ¿en qué calle? Había olvidado dónde estaba... un apartamento que una amiga de Ann Arbor, alumna de doctorado, le había prestado para aquella noche.)

Una buena sorpresa: sintió la debilidad del hambre. Supuso que era hambre, se había olvidado de comer desde el desayuno. Se había olvidado también de beber y ahora se sentía mareada, deshidratada.

En el apartamento que no era suyo había considerado la posibilidad de beber una o dos copas de vino (prestado) de una botella encontrada en un armario. Pero no se había atrevido, por temor a perder el control y beber demasiado.

Había empezado a beber con diecisiete años, en las fiestas del instituto en Birmingham. Nunca en exceso. Por supuesto, nunca había bebido sola.

Las palabras de Darren: la ejecución había sido una «chapuza». Más de dos horas de duración. Había leído sobre ejecuciones como aquella, los sufrimientos de la víctima. Sintió una punzada de horror ante la idea de que Luther Dunphy hubiese sufrido de aquella manera.

Por vez primera pensó en la familia Dunphy: mujer, hijos. Qué sabían de lo que le había sucedido. Cómo habría sido la ejecución para *ellos*.

En una ocasión, Darren y ella se habían interesado por los Dunphy. Habían visto fotografías de Edna Mae, Luke, Dawn, Anita y Noah en internet. Eran fotos borrosas, no imágenes nítidas, hechas sin el consentimiento de los Dunphy.

Dawn era la hija más cercana en edad a Naomi. En absoluto una «niña»: una chica grande, con cara de esquimal y ojos desafiantes. Y Luke, el más cercano en edad a Darren.

¿Qué había sido de la familia Dunphy?, se preguntó Naomi. No era probable que siguieran en Muskegee Falls. Pasados siete años, también su vida habría cambiado mucho.

Caminaba deprisa, pero no con paso firme. Vista desde lejos, se la podría haber confundido con una estudiante que había bebido más de la cuenta sin estar acostumbrada a consumir bebidas alcohólicas.

(¿Se *había* servido una copa de vino tinto de la botella de Mercedes? Creía

que no. Se preguntó si le olería el aliento.)

Una sorpresa más... estaba nevando. Aquella semana nevaba a diario. Pese a la alarma sobre el calentamiento global, el invierno había sido terriblemente frío en Michigan. Y algo no iba bien: como una idiota, había salido a la calle sin la chaqueta forrada de piel de borrego. Y había perdido otro par de guantes en algún sitio. La cabeza descubierta. El pelo húmedo y enredado por la nieve, empujada por el viento. Corría sin ton ni son, resbalando sobre la acera. Había descuidado sus clases. Había dejado de atender a sus alumnos de alfabetización. Estaba decepcionando a todo el mundo, exactamente igual que Jenna.

Una sonrisa le deformó la cara como con una abrazadera. Alguien le llamó la atención:

—¡Vaya! Ten cuidado, chica.

Copos de nieve que se estrellaban contra su rostro encendido. Venas, capilares expuestos. El calor de la sangre que le latía bajo la piel derretía los copos al instante.

Había creído que se encaminaba hacia el campus de la universidad por un atajo, el tramo nevado delante del Rackham Building, que la llevaría rumbo a su residencia, pero —sin saber cómo— había hecho un giro equivocado o nunca había llegado a State Street, después de todo. O, una vez en State Street, se había equivocado de dirección.

Jadeaba. De repente se sintió muy cansada. No quería que la viesan, que la reconocieran. Se refugió debajo de unos andamios. Al otro lado de la calle reconoció un restaurante chino que había sido en otra época el preferido de sus padres en Ann Arbor, pero que tenía ya un nombre distinto; el vaho del interior empañaba la cristalera de la fachada. Una voz encontraba eco en el interior de su cabeza con un júbilo asombroso. *¡Muerto! Luther Dunphy está muerto.*

La sonrisa se le había quedado clavada en la boca. Regueros de lágrimas se le helaban en las mejillas.

Abandonó el refugio de los andamios. Necesitaba estar sola. No quería tener que responder a ninguna pregunta. No quería que la entrevistaran. *Y ahora, ¿cómo se siente usted, cómo se sienten usted y sus hermanos?, ¿ahora que el asesino de Gus Voorhees ha sido ejecutado?* Se apresuró por un callejón. El olor a cerveza y a comida grasienta que le llegó a través de un respiradero le dio náuseas. Había un contenedor de basura demasiado lleno,

con desechos esparcidos por el suelo. Era la verdad más amarga, la que no había querido contarle a Darren: entre sus conocidos, ningún universitario parecía saber quién era, o había sido, Gus Voorhees. Sus compañeras de habitación, en absoluto. Saltaba a la vista que su mejor amiga de la residencia no había oído nunca el apellido *Voorhees*.

Alguien le había preguntado con una sonrisa de perplejidad, ¿no es *Voorhees* el nombre de un edificio de la universidad?

Se trataba de personas de su edad, nacidas, como Naomi, a finales de los ochenta. Apenas habían empezado secundaria a la muerte de Gus Voorhees.

El hecho es: nada de todo eso tiene importancia.

Gus ha dejado de existir y no va a volver.

Estaba cruzando de manera temeraria una calle con nieve a medio derretir. Borrosas luces de faros, como si estuvieran bajo el agua. Alguien hizo sonar un claxon con violencia:

—¡No te pares en mitad de la calle, zorra!

Tenía mucho frío y no lograba recordar dónde había dejado la chaqueta con forro de piel de borrego y capucha de cremallera. Y los estupendos guantes de cuero que su abuela Madelena le había enviado —como surgidos de la nada— en Navidad. *No me olvido de ti, Naomi. No hace falta que me contestes, pero sigamos en contacto.*

Se encontraba ante unos escalones de piedra que descendían... a algún sitio. Tenía una vaga idea de que por allí se iba al jardín botánico... aunque era de noche, estaba nevando, y faltaban kilómetros para llegar.

¡Su familia había sido feliz allí, en el jardín botánico! Aunque no se acordaba, lo sabía porque se lo habían contado.

La pequeña Naomi metida en una mochila, acarreada sobre la poderosa espalda de papá. ¿Por qué no lo recordaba? Aborrecía a Darren, que le había robado todos sus recuerdos.

Por no ver dónde ponía el pie se escurrió y cayó pesadamente sobre los helados escalones, y se quedó allí, atontada, sobre el suelo congelado, dos metros más abajo. Le sangraba la boca pero no le dolía nada. Una estupenda insensibilidad se apoderó de ella. A lo lejos se oían voces festivas, ruido de tráfico. No era demasiado tarde en State Street tratándose de Ann Arbor: los bares estaban abiertos.

Fuimos tan felices allí. Ann Arbor, de recién casados.

¡Le hubiera gustado tanto estar con ellos! Con sus padres cuando eran

jóvenes.

Quería recordar su impagable felicidad anterior a que ella naciera.

Sola

¿Pariente más próximo? ¿A quién se puede avisar?

¿Sin cartera? ¿Ni carné de identidad? ¿Ningún nombre?

A primera hora de la mañana la encontraron los empleados del ayuntamiento de Ann Arbor que recogían la basura; había caído por un tramo de escaleras en Terrace Place, en un sitio que daba a un callejón sin salida y a edificios deshabitados. Tenía sangre coagulada en la boca y un reguerito ya endurecido en la frente. La nieve cubría su cuerpo inmóvil como un sudario.

No estaba muerta: aunque aquejada de hipotermia, el corazón seguía latiendo.

El personal médico le encontró el pulso, detectaron que aún respiraba, le tomaron la tensión y en parte la revivieron antes de colocarla en una camilla y trasladarla en ambulancia a la sala de urgencias del hospital universitario donde décadas antes un joven Gus Voorhees había sido médico residente.

Los dedos de las manos y los pies rígidos por el frío. Su temperatura era de 35°.

Quizá la tomaron por una indigente. Alguien con una enfermedad mental, de unos veinte años, de raza blanca y que pesaba en torno a los cuarenta y nueve kilos.

¿Le habían dado una paliza? ¿Le habían robado? ¿Atacada sexualmente?

¿Había estado bebiendo? ¿Se había caído y se había fracturado el cráneo?

A pesar del zumbido en los oídos y de la boca magullada, Naomi trató de explicarse: no era una persona sin hogar sino una alumna de la universidad. No estaba enferma ni borracha, pero sí, debía de haberse caído por los escalones helados la noche precedente, golpeándose en la cabeza.

¿Había estado con alguien que la había agredido? ¿Y que la había dejado tendida en la calle?

¡No! Nadie. Estaba sola.

¿Sin chaqueta ni abrigo, con un tiempo tan frío? ¿Sin guantes ni nada en la

cabeza?

¿Había tratado de huir de alguien? ¿De escapar de alguien?

¿Había ingerido alguna droga? ¿Medicamentos con receta, sustancias bajo control? ¿Drogas recreativas?

El análisis de sangre resultó negativo para alcohol o drogas, lo que a ella no le supuso una sorpresa. Pero sí presentaba una ligera anemia.

El escáner cerebral de urgencia no detectó fracturas ni conmoción. Ninguna anomalía evidente.

Naomi sonrió al pensar: *No hay ninguna señal, entonces. ¡Ni rastro!*

Una vía intravenosa le estaba inyectando líquido, gota a gota, en la curva anterior del brazo izquierdo, a la altura del codo. No recordaba que le hubieran clavado una aguja. Estaba gravemente deshidratada, le habían dicho.

Se hallaba en un cubículo de la sala de urgencias, cubierta por capas de delgadas mantas blancas de lana. Solo llevaba puesta la ropa interior. Y, en los pies, unas pantuflas de algodón. Cortinas corridas alrededor de la cama, para respetar su intimidad.

¡Qué segura estaba allí! En la sala de urgencias del hospital universitario cada paciente se hallaba en un cubículo envuelto en cortinas blancas, anónimo, silencioso. Y nada de zapatos: pantuflas blancas de algodón.

Si Jenna supiera. Si Jenna viese.

Ya ves lo que le ha sucedido a tu hija. Existen las consecuencias.

De hecho las consecuencias no tuvieron trascendencia: a mediodía ya hablaba de manera coherente. El zumbido en los oídos se había reducido mucho. Estuvo en condiciones de explicar que era una universitaria inteligente y con cierto grado de sofisticación social, matriculada en la Facultad de Artes y Ciencias de la Universidad de Michigan. Deletreó cuidadosamente su apellido: *V-o-o-r-h-e-e-s*. La joven interna de origen asiático que estaba anotando la información sobre la paciente no pareció pensar que *Voorhees* fuese nada extraordinario.

Naomi insistió en que estaba lista para abandonar la sala de urgencias. Fuera lo que fuese lo que le había sucedido, estaba segura de que no iba a repetirse.

—Hemos sufrido una muerte en la familia. Ha sido un golpe muy duro para mí, pero ya me siento mucho mejor.

Estaba muerta, pero he revivido.

Con el tremendo deseo de quedarme en el sitio donde habíamos sido tan felices.

Resaca

Un día y una noche. Más de veinticuatro horas desde la ejecución.

En Ann Arbor ninguna de las personas con las que se encontró parecía al tanto. Ninguna de las personas a las que ella habló. Ninguna de las personas que le hablaron. El nombre de *Luther Dunphy* no se mencionó ni una sola vez.

¿No había noticia alguna de la ejecución en los periódicos? ¿En la televisión, *online*?

¿No lo *sabía* todo el mundo?

No podía dormir. No fue a clase. Evitó a sus amigos. Evitó también a los desconocidos. No hubiera podido explicarlo. Nadie lo supo, no se lo contó a nadie. Era la resaca de la ejecución.

Se juró que no volvería a llamar a su hermano. Pero acabó por marcar el número de Darren en el estado de Washington.

Darren no contestó.

Se había jurado muchas veces que no llamaría a su madre. Pero acabó por marcar el número de Bennington, Vermont.

Jenna no contestó.

Solo se sintió vagamente decepcionada. Tenía motivos de alegría, alivio y gratitud, mucho que celebrar, de todos modos. Luther Dunphy había muerto por fin.

El corte en curva que presentaba en la frente se parecía a una vena expuesta, estremecida de vida. El corte en el lado izquierdo de la boca había adquirido un color morado.

Cuando le preguntaron qué le había pasado, dijo haber sufrido un pequeño accidente, al resbalar por unos escalones helados.

Se marchó llena de un júbilo secreto. ¡La larga espera había terminado!

«Ahora puedo empezar a vivir.»

—Algo fantástico sucedió en mi vida el otro día.

Así lo fue anunciando. Pero cuando llegaba la pregunta, tan rápida como la devolución de un saque con una pelota de ping-pong —¿De verdad? ¿El qué?—, no era capaz de hablar.

Un sentimiento incontrolable. Una felicidad vertiginosa.

Borracha, colocada. «Puestísima.»

Pero, bueno... solo ligeramente insatisfecha.

¿No había empezado su nueva vida? Estaba segura de que había empezado.

Pero ¿dónde?

Una jodienda no poder dormir. Saltarse las condenadas clases. Nada de sorprendente que Jenna estuviese harta de ella, como lo estaría Gus (si Gus pudiera enterarse), después de empezar un semestre con tantas esperanzas, tanta energía, de manera tan prometedora, con tanto entusiasmo, notas excelentes... y luego el inevitable deslizarse cuesta abajo, el desastre. No la consolaba demasiado advertir que entre sus condiscípulos en la universidad aquella pauta se repetía con muchos otros: el brillante, enérgico comienzo de curso, el lento trompazo que se producía después. Con la diferencia de que una hija de Gus Voorhees entendía que ella era especial, que estaba especialmente predestinada, condenada. Se encontró tecleando en internet el nombre *Luther Dunphy* y la palabra *ejecución*.

DUNPHY, EL ASESINO ANTIABORTISTA, EJECUTADO EN
CHILLICOTHE, OHIO

INYECCIÓN LETAL DESPUÉS DE AÑOS DE APLAZAMIENTOS

EL MOVIMIENTO DERECHO A LA VIDA DECLARA: «LUTHER
DUNPHY NO HA MUERTO EN VANO»

¡Había sucedido, no cabía duda! La muerte de Luther Dunphy.

Leía por encima, a toda velocidad, lo que la pantalla le ofrecía. Y lo olvidaba en el instante mismo de leerlo.

Augustus Voorhees indefectiblemente unido a *Luther Dunphy*. Unos

titulares de noviembre de 1999 que estaba segura de no haber visto nunca.

EL DOCTOR VOORHEES, MÉDICO ABORTISTA DE OHIO, Y UN
EXMARINE, ASESINADOS POR ARMA DE FUEGO

DUNPHY, AUTODENOMINADO «SOLDADO DE DIOS», SE ENTREGA
A LA POLICÍA

Viéndose forzada, en la resaca de la muerte de Dunphy, a tomar conciencia de que nada en su vida había cambiado después de todo.

Su padre seguía muerto. Luther Dunphy seguía siendo quien lo había matado. Los dos apellidos unidos de manera inextricable y, de los dos, uno seguía siendo el suyo.

Volvió a llamar a su madre a Bennington, Vermont.

Naomi se imaginó un teléfono que sonaba en una habitación vacía.

¿Era marzo aún? Todavía invierno.

Todavía blanco y todavía muy frío.

Se imaginó una inmensa extensión blanca en Bennington, Vermont.

Cuando estaba a punto de colgar, contestó una mujer, una voz de mujer. Pero no era la voz de Jenna Matheson.

—¿Puedo hablar con Jenna? Soy su hija.

—¡Su hija! —la voz dejó traslucir una discreta sorpresa.

Pero acto seguido la voz se ausentó sin hacer más preguntas. Podía haber querido profundizar, ¿*Qué hija?*

Naomi ignoraba por completo si había llamado al domicilio de Jenna o al sitio donde trabajaba. O quizá fuesen uno y el mismo. Se dio cuenta de que no sabía nada de la vida de su madre en aquel momento. Y, hasta donde se le alcanzaba, Darren tampoco.

¡Era tan intenso el resentimiento que había sentido durante años por el abandono de su madre! Casi había llegado a desear que Jenna se hubiera muerto con Gus. De esa manera sus hijos podrían haber seguido queriéndola como querían a su padre.

Cuelga. Te tiene sin cuidado lo que hace.

Esta de ahora es tu nueva vida. Ella es la antigua.

Pero entonces su madre se puso al teléfono.

—¿Sí? ¿Con quién hablo?

Jenna sonaba insegura, vacilante. Naomi se había preparado para odiar a su madre, pero al oír su voz sintió una oleada de emoción que la debilitó.

—Hola. S... soy yo.

—¿Naomi?

—Sí. Naomi.

Hubo un momento de desconcertado silencio. ¿Cuánto tiempo llevaban sin hablarse? ¿Meses, un año?

Naomi trató de hablar con normalidad, sin tartamudear.

—Bueno. Imagino que sabes por qué te llamo, mamá... Está muerto.

¡Qué extraña, la palabra *mamá*! Había brotado de forma espontánea, sin pensárselo.

Hacía muchísimo tiempo que no usaba *mamá*.

Jenna estaba diciendo que sí, que estaba enterada.

A continuación se produjo otra vez un silencio incómodo.

¿Es que Jenna no iba a decir nada más? ¿Tendría que hablar ella por las dos?

Se acordó de las odiosas palabras: *No me es posible seguir siendo vuestra «mamá»*.

Naomi trató de hablar. De la manera precisa e inteligente con la que hablaba en sus clases, para impresionar a sus profesores. Diciendo que la ejecución se había pospuesto tantas veces que se había llegado a tener la sensación de que nunca se iba a producir. En algunos estados los reos seguían en el Corredor de la Muerte durante muchos años...

Jenna murmuró *sí*. Naomi imaginó una expresión de refinado desagrado en el rostro de su madre.

Naomi preguntó si alguien de Chillicothe se había puesto al habla con ella para proponerle que presenciara la ejecución. Y de nuevo Jenna murmuró *sí*.

—Y tú dijiste... que no.

—Así es. Dije que no.

Hubo un estremecimiento en la voz de Jenna, y algo más... ¿Una risa triste?

—Por supuesto... dije *que no*.

Con osadía, Naomi prosiguió:

—Escandalicé a Darren, creo, cuando le dije que yo podría haber presenciado la ejecución si se me hubiese invitado. Creo que pensó que soy una salvaje.

—Bueno. Quizá no hablabas del todo en serio.

—Quizá.

Hubo una corriente de emoción entre las dos. En el caso de Naomi, una sensación de cosquillas, como si su madre hubiera extendido el brazo para tocarla con suavidad, como podría hacerlo una madre.

Y enseguida pensó: *Si se atreve a hacer una puñetera declaración mojigata sobre cómo estaban en contra de la pena capital Gus y ella, los dos, colgaré.*

En realidad su temor era que Jenna colgara de repente. ¡Era tanto lo que tenía que decirle a su madre!

Explicó que en el momento de la ejecución, cuarenta y ocho horas antes, había estado hablando con Darren. Elliot Roberts, el antiguo amigo de su padre —¿Te acuerdas de él, mamá? ¿De Detroit? ¿Escribía para *Detroit News*?—, estaba en la ejecución como corresponsal de Associated Press y se ofreció a llamar a Darren desde Chillicothe nada más terminar.

—Porque sabía que estábamos interesados en saberlo. En cuanto acabara. Antes de que la noticia se hiciera pública...

Qué entusiasta sonaba Naomi, como un niño que se apresura a transmitir buenas noticias a un progenitor al que apenas le importan. Se preguntó si siempre había sido así... ella corriendo a ofrecer a su madre, fríamente distante, bella y escurridiza, algún jirón de información que pudiera prestigiarla de la más humilde de las maneras.

Pero ¿por qué le importaba tanto?, se preguntaba Naomi. Tan solo un par de días atrás les había parecido crucial, tanto a Darren como a ella, saber lo antes posible si Luther Dunphy había muerto y cuándo; ahora ya no parecía una información imprescindible en absoluto, sino, más bien, algo sórdido y triste.

Jenna dijo, como si acabara de acordarse:

—Darren también me llamó. Dejó un mensaje.

—¡Pensé que lo haría! ¿Cómo sonaba?

—¿Cómo *sonaba*? —Jenna examinó aquella pregunta.

—Me refiero a... ¿qué fue lo que dijo?

—Solo dejó un mensaje acerca de Dunphy. Fue así como me enteré de que

había muerto. Que la ejecución se había producido por fin, después de tantos aplazamientos.

—¿Qué... qué sentiste entonces?

—¿Qué *sentí*? Pues... no sentí nada.

Jenna hablaba con infinita tristeza. No parecía experimentar el menor consuelo. No sonaba festiva. No sonaba enfadada ni tampoco decepcionada.

—¿No hablaste con Darren, entonces?

—No. No hablé con Darren.

Quieres decir que no le devolviste la llamada.

—¿Sabes dónde vive ahora? ¿En un lugar llamado Newhalem, en Washington?

—Creo que es ahí, sí. Quiero decir que me lo contó él.

Naomi sintió una punzada, pequeña y mezquina, de satisfacción. Darren no tenía más confianza que ella con su madre.

—Llevábamos esperando... tanto tiempo. Y él ha vivido tanto tiempo... quiero decir, había vivido... Luther Dunphy. Y ahora...

La voz de Naomi se perdió de nuevo en un incómodo silencio. No sabía en qué dirección la estaban llevando sus palabras.

De manera entrecortada añadió:

—Imagino que hay una especie de... «resaca». Como la réplica después de un terremoto...

¿Por qué estaba diciendo aquellas cosas? Temía que Jenna colgara el teléfono. Temía que, si Jenna colgaba, la iba a odiar con tal intensidad que se pondría enferma.

—Me he sentido algo así como... emocionada, imagino. Tan pronto como... sucedió.

Escuchó con atención. ¿Le había contestado Jenna? Un murmullo muy suave: *sí. ¿Sí?*

Se preguntó si en la habitación había alguien más con su madre. Le resultaba insoportable pensar que Jenna pudiera estar mirando a otra persona, una desconocida, incluso mientras Naomi, la hija, hablaba tan apasionadamente con ella.

—He estado enferma durante años esperando a que muriera ese hijo de puta... pero *no se moría*. Me sentía ansiosa y agotada hasta decir basta, pero tan pronto como Darren me dio la noticia me sentí *más viva que nunca*. Es como si me hubiese inundado una feroz luz cegadora... es de lo más

poderoso, casi visible en las puntas de los dedos... una especie de fosforescencia, como vida submarina.

¿Qué estaba diciendo? Se miró las yemas de los dedos y casi le pareció que veía allí una *vida* incandescente.

Ahora que había empezado no era capaz de parar. Recordó que mientras tanteaba con el pie el escalón helado, y se equivocaba, caía y se golpeaba la cabeza, aquel convencimiento se había apoderado de ella; o quizás el convencimiento había precedido a la caída y la había provocado.

—Normalmente se oculta en nuestro interior... esa *vida*. Nos asusta muchísimo y nos avergonzamos de ella, y las personas como nosotros que somos «seculares»... carecemos del vocabulario para hablar de ello. Pero esta mañana me he despertado llena de esa alegría y del convencimiento de que es *vida* lo que nos recorre y nos ata, unos a otros. Fue después de la ejecución cuando me di cuenta: me resbalé y caí por unos escalones helados y me di un golpe en la cabeza... no me encontraron hasta la mañana siguiente...

—¿Cómo, Naomi? ¿Qué es lo que me estás contando?

—Tenía que salir... necesitaba aire fresco. Me sobrevino una especie de ataque de algo parecido a la felicidad... Estaba en la calle y corría: me resbalé, caí, me golpeé en la cabeza y me llevaron a una sala de urgencias...

Se preguntó si debería contarle a Jenna que había sido la sala de urgencias del hospital universitario. Jenna pensaría de inmediato en Gus de médico joven.

—¿Estás bien, Naomi? ¿Perdiste el conocimiento? —Jenna parecía por primera vez preocupada de verdad.

—Ha sido un accidente sin importancia. No me he hecho nada en realidad. No te estoy llamando por nada de eso. Te llamo para decirte que me siento muy segura ahora... muy segura acerca de mí misma. Y sobre la vida. Nuestras vidas.

—¿Qué quieres decir, Naomi? No te entiendo.

—Se me presentó... el convencimiento. Pero es casi imposible de explicar. Que papá está muerto... y que Luther Dunphy está muerto... pero que tú eres mi *madre*... y yo soy tu *hija*... y estamos vivas. Es una gran revelación para mí después de años de ceguera y de estar absorta en mí misma. Es una revelación como cuando se retira una roca de la entrada de una cueva.

Naomi hablaba muy deprisa ya. No podría haber parado aunque hubiese querido.

—Ha habido este silencio entre nosotras... que ha sido muy doloroso. Cuando papá murió nos equivocamos al acusarte... Darren y yo... era como si hubiéramos pensado que habías obligado a papá a marcharse, a vivir en otro sitio, y a dejarnos, y que fue en aquel otro sitio donde lo asesinaron, y que no habría sucedido como sucedió *de no ser por ti*. Estábamos tan furiosos y amargados. Estábamos... nos sentíamos... te odiábamos tanto... Pero ahora la muerte de Luther Dunphy lo ha cambiado todo.

No podía creer que estuviera diciendo lo que había dicho: *te odiábamos tanto*. Las palabras habían surgido de su interior como sapos de una boca muy abierta. Y ya no era posible dar marcha atrás.

Al otro extremo de la línea solo había silencio.

—¿Mamá? ¿Estás ahí todavía? ¿Me oyes?

Un murmullo casi inaudible. Podría haber sido *sí*.

Arrepentida, consternada, Naomi se oyó decir:

—Lo siento. *Tú* nos abandonaste. No una sino muchas veces, nos abandonabas *todo el tiempo*. Y luego nos abandonaste para siempre, en Birmingham, con los padres de papá. Pero no he llamado para acusarte, mamá... Jenna. En realidad es lo contrario... estoy llamando para *dejar de acusarte*. Solo quería decir, quería explicar... me llegó como una visión... que estamos vivas... que estamos las dos vivas aunque papá esté muerto, y ahora también está muerto Luther Dunphy —Naomi hablaba con gran emoción, los dientes le castañeteaban con un frío repentino.

Lloraba. Se apoderó de ella como un ataque, un llorar áspero, desamparado, infinitamente dolorido.

—Te eché de menos... en la sala de urgencias. Cuando me llevaron. Creían que me estaba *muriendo*, dijeron que estaba *deshidratada, anémica...* Por qué no fuiste a verme allí...

Lloraba con tanto desconsuelo que no pudo seguir hablando.

Jenna le suplicó que dejara de llorar:

—Vas a ponerte mala, Naomi.

Pero Naomi no podía dejar de llorar. No entendía por qué estaba llorando si no se sentía desgraciada; cuando, de hecho, era muy feliz.

Más feliz de lo que había sido desde hacía años.

Pero seguía llorando. Roncos sollozos llenos de desesperación. Y Jenna le estaba diciendo que tendría que colgar si Naomi no se sobreponía.

—¡Pues entonces cuelga! ¡Cuelga el puto teléfono! ¡Sabes que es eso lo

que quieres hacer de todos modos! ¡*Cuelga!* —gritó Naomi.

Se retiró el auricular del oído con tanta violencia para colgarlo que cayó al suelo con estrépito, y una vez allí le dio una patada casi simbólica.

«Vacío»: enero de 2007

—Existe un vacío que no puedes ver... donde estaban las torres gemelas. Desgraciadamente, yo sí lo veo.

¡Qué panorama! Naomi nunca había mirado desde una ventana tan alta en una casa particular, nada más que cristales del suelo al techo, desde la que se abarcaba una extensión de varios kilómetros, hasta el final mismo de la isla de Manhattan.

Nubes en el cielo horizontal que se desgarraban y perdían espesor. Un sol poniente semejante a una ensangrentada yema de huevo a punto de hundirse en el horizonte.

De pie, muy cerca del ventanal, Naomi sintió una oleada de vértigo. Notaba el frío que emanaba del cristal. Estaba en el apartamento de su abuela, en el piso treinta y uno de un rascacielos del West Village, en la ciudad de Nueva York. Descendió con la mirada hasta el nivel de la calle (¿cómo se llamaba?, ¿West Houston?), luego la alzó rápidamente hasta azoteas rectangulares vistas desde arriba, grandes depósitos de agua, chapiteles de iglesias, edificios de muchos pisos semejantes a columnas y deslumbrantes con el sol de la última hora de la tarde, un espectáculo que se extendía en la distancia hasta el Bajo Manhattan y todavía más allá.

Naomi tenía diecinueve años. Todo un logro... solo el hecho de *seguir existiendo*.

Era una interrupción en su vida. Todavía estaba superando la resaca por la muerte del asesino de su padre. Todavía anonadada por su propia furia, que tenía la potencia de una bilis negra que le subiera hirviendo hasta la boca, rezumándole por las comisuras de la boca-máscara en momentos imprevisibles.

Y luego, a mitad del invierno de lo que hubiera sido su tercer año en la

universidad, había recibido una invitación para visitar a su abuela Madelena Kein, a quien apenas conocía, durante una semana o más, en su apartamento del West Village de la ciudad de Nueva York.

Como salida de la nada, la misteriosa y escurridiza Madelena se había puesto en contacto con ella: *En caso de que te apetezca hablar de tu padre, Naomi querida. Si todavía estás interesada.*

¡Por supuesto que estaba interesada! La consumía la curiosidad, pero también el miedo a lo que la madre de su padre pudiera contarle.

En el seno de la familia Voorhees, Madelena Kein era una figura remota e intimidante pero llena de glamur. Había dejado a Clement, su marido, cuando su único hijo era muy joven, y ya llevaba decenios viviendo en Nueva York. Obtuvo un doctorado en Filosofía y luego había sido profesora de Filosofía y Lingüística; había escrito muchos ensayos, reseñas y libros, esotéricos y exigentes y de difícil acceso para un lector no especializado. No se había vuelto a casar, pero se tenía noticia de sus sucesivos amantes. Su lengua afilada y sus sarcasmos eran célebres. Sin pelos en la lengua. Su ingenio podía ser acerado. Sus visitas al Medio Oeste no eran nada frecuentes, y aún menos frecuente que invitara a visitarla a nadie de su familia.

Pero Madelena Kein era capaz de repentinos —inesperados— actos de generosidad. A lo largo de los años, un tanto al azar, mandaba regalos a sus nietos en Navidades y por su cumpleaños. Había dotado una beca de residente en la Facultad de Medicina de la Universidad de Michigan, que llevaba el nombre de Augustus Voorhees. En los últimos años se interesaba de manera especial por Naomi, como si al acercarse el fin de su vida sintiera un renovado interés por la vida de otros.

O quizás había sido que la pérdida de su único hijo la había conmocionado profundamente.

No existían fotos de Gus en el apartamento; Naomi, al menos, no las había visto. Era cierto que hasta la fecha solo había entrado en algunas de las habitaciones y no en el dormitorio de Madelena.

La habitación que Naomi iba a ocupar, uno de los dormitorios del apartamento, además de despejada parecía grande sin serlo, con tres paredes blancas y, en la cuarta, un gran ventanal que a primera vista quedaba abierto al aire brillante y vacío.

A Naomi le resultaba fascinante la vista que, extendiéndose hasta el horizonte, llegaba al cielo por arriba y descendía también hasta la calle. Podía

quedarse mirándola por tiempo indefinido. Podía perderse en aquel ejercicio de contemplación. Su cerebro, que con frecuencia se sentía herido, como con diminutas esquirlas de cristal, se llenaba allí de paz, tras solo unos minutos de una soledad como aquella.

Se le ocurrió un pensamiento consolador: *Aquí estoy más cerca de él. De mi padre.*

Algo relacionado con la altura... la gran distancia que de repente se alcanzaba con la mirada, cuando, por regla general, no iba más allá de unos cuantos metros. En la mayoría de los escenarios urbanos solo se abarca una distancia muy corta y pronto se olvida que la propia visión se ha reducido de manera forzada.

Pero a una altura como aquella no había nada que impidiera la visión. Se tenía el convencimiento de poder ver más allá de todas las cosas terrenas.

Era absurdo, por supuesto. Un caso de «pensamiento primitivo». A Naomi se la había educado para no pensar así. Su madre se habría escandalizado.

Su padre habría soltado una carcajada.

Esa es la razón de que mi abuela me haya invitado a venir. Para que esté más cerca de mi padre.

En las paredes blanco mate de aquel pequeño dormitorio de invitados había obras de arte, dibujos enmarcados, grabados sobre madera, cuadros de colores *fauve*. Los autores eran artistas contemporáneos de los que era posible que Naomi estuviera al tanto: Moser, Daub, Kahn. Había estanterías repletas de libros entre los que figuraban algunos de arte de gran tamaño, con cubiertas un tanto rasgadas, lo que daba idea del interés con que habían sido leídos y estudiados. Naomi sacó uno de ellos: *The Complete Little Nemo*. Un libro enorme con reproducciones a color de la tira cómica surrealista de comienzos del siglo XX, ya convertida en clásica; le pareció recordar que Madelena le había enviado a Darren otro ejemplar del mismo libro en uno de sus cumpleaños.

¿Fue después de recibir *Little Nemo* cuando Darren se interesó tanto por dibujar historietas? ¿O era que Madelena conocía sus aficiones y había seleccionado el libro con gran cuidado?

Naomi recordó: al cumplir trece años, sin tarjeta de felicitación ni explicación alguna incluida, su abuela le había enviado un ejemplar de tapas duras de la *Odisea* de Homero; para Melissa, apenas capaz de leer por

entonces, el regalo había sido un ejemplar ilustrado de *Alicia en el País de las Maravillas* y *A través del espejo*, de Lewis Carroll, en una edición idéntica a la que Naomi había atesorado de niña; Naomi no había sabido, o lo había olvidado, que aquel libro favorito de su infancia ¡tenía que haber sido un regalo de Madelena Kein!

Había crecido sin saber gran cosa sobre su abuela paterna. Irónicamente, Jenna hablaba de Madelena como de su «suegra fantasma». En el hogar de los Voorhees, entre innumerables libros, revistas, semanarios y periódicos amontonados en mesas, sillas, sofás, suelos y escaleras había obras de Madelena Kein con títulos como *Una indagación en la consciencia (humana)*, publicada por Oxford University Press, *¿Decimos lo que queremos decir, o queremos decir lo que decimos?* (Columbia University Press), *Ética transformacional: una historia* (University of Chicago Press). No estaba claro que Gus hubiera leído aquellos libros, aunque, sin duda, su intención era leerlos. Darren y Naomi lo habían intentado, pero sin mucho éxito. En la biblioteca para alumnos graduados de la Universidad de Michigan, Naomi se había esforzado por buscar artículos y ensayos de Madelena Kein en publicaciones que no estaban disponibles de otra manera: *Philosophical Studies*, *Philosophical Review*, *Harvard Review of Philosophy*, *Journal of Psychology and Linguistics*, *Ethics*, *Meme*; había tenido algo más de éxito leyendo reseñas de Madelena en publicaciones al alcance del gran público como la *New York Review of Books* y el *Times Literary Supplement*.

Pero ¿qué sabía de su abuela, después de leer, o de haber tratado de leer, aquellas obras de Madelena Kein? Sus trabajos estaban llenos de argumentaciones opacas, con frases oscuras, enigmáticas, semejantes a adivinanzas, posiblemente brillantes, pero que se resistían a la paráfrasis. ¿Era aquello en lo que se había convertido la filosofía? ¿Preguntas desconcertantes y paradojas y ninguna *respuesta*?

Naomi dejó su maleta sobre un baúl de cedro al pie de la cama. ¿Iba a quedarse *allí*? ¿En aquel sitio perfecto? Sintió una punzada de emoción, mezclada sin embargo con inquietud, aprensión.

Un poso de añoranza cayéndole sobre la cara como una pálida sombra azul.

¡Qué absurdo! Añoranza... ¿de qué? ¿Dónde? No había tenido un hogar permanente desde hacía años. Nunca se había sentido cómoda en casa de sus abuelos en Birmingham, Michigan, en una habitación femenina empapelada

en rosa, con una cama igualmente femenina con su colcha de satén rosa y ventanas blancas con celosías. Sus recuerdos de la última casa en la que había vivido con su familia, antes de que su padre se marchara, eran de la casa alquilada y plagada de moscas en Salt Hill Road, Huron County, Michigan. La había aborrecido tanto como su pobre madre, que allí se sentía atrapada.

Puedo vivir aquí, con mi abuela, ¿no es cierto?

¿Es eso lo que me está ofreciendo? ¿Una vida con ella?

Durante la resaca que siguió a la ejecución de Dunphy no se había sentido «liberada» después de todo; no como esperaba.

Estuvo enferma durante algún tiempo. Un fangoso malestar del espíritu.

Había vuelto al archivo, retitulado ahora con el nombre pomposo y audaz de *Vida/Muerte/Vida de Augustus Voorhees, médico*.

O, quizás, algo menos formal, *Vida/Muerte/Vida de Gus Voorhees*.

Vida/Muerte/Vida de mi padre Gus Voorhees.

Vida/Muerte/Vida de mi papá Gus Voorhees.

Había considerado (no seriamente, pero sí desesperada) casarse con un joven biólogo de Sri Lanka, ya doctor, que trabajaba en la Facultad de Medicina de la universidad, cuya madre era una epidemióloga norteamericana y su padre un cingalés, ejecutivo de una empresa farmacéutica; el afecto del uno por el otro había sido intenso, pero de breve duración.

Había considerado abandonar la universidad. O aplazarla.

Había considerado trasladar su matrícula a Bennington. (¿Se podía hacer, de entrada? Bennington College era una institución privada, muy cara, según se decía. La Universidad de Michigan era una universidad estatal con matrícula y tasas relativamente bajas para residentes del estado.)

Había considerado... bueno, no era lo bastante serio, no lo había *visualizado con suficiente minuciosidad*, como para merecer el término «considerado»... suicidarse, de cuando en cuando.

(Excepto que habría sido un golpe terrible para su padre si hubiese llegado a saberlo. Peor que un golpe terrible, porque lo habría desaprobado. *¿Qué es lo que se ha hecho mi pequeña doña angustias? Cielo, ¡no!* De manera que el suicidio estaba descartado.)

Había regresado al archivo... Había reunido tantísimo material que no

podía rendirse; sin embargo, era tanto que se sabía incapaz de valorarlo, incluso de catalogarlo. No se le ocultaba, al mismo tiempo, que se necesitaba aún más para un retrato cabal de Gus Voorhees. Mucho más.

Como surgida de la nada, en aquel momento: la invitación de Madelena Kein para ir a visitarla.

Por favor, entiéndelo: no voy a permitir que «me entrevistes». Hablaré contigo, pero no me harás preguntas.

Hay algunas cosas que te quiero contar (que no eran secretos para Gus, se trata de cosas que tu padre sabía). Son verdades sobrias, escasas, pero cruciales.

¡Espero que tu visita abarque algo más que ese único tema!

Habían pasado siete años, más de siete, desde que tuvo ocasión de ver a su abuela, en el funeral de su padre. En aquel momento no había ido más allá del confuso vislumbrar a una mujer elegantemente vestida de negro, cabellos plateados, oscurecidos por un sombrero también negro de ala curva, piel muy blanca, severa y serena en medio de la reunión de dolientes, muchos de los cuales lloraban sin rebozo y se dejaban dominar por la emoción.

Naomi recordaba la sorpresa, la desaprobación que provocó Madelena al abandonar Ann Arbor muy poco después del funeral. No había hecho planes para quedarse a pasar la noche. Rechazó los ofrecimientos de Jenna y de algunos amigos de Gus. Se había mostrado fríamente cortés con Clement, su exmarido; por supuesto, había rechazado la invitación, suya y de Adele, para quedarse unos días con ellos en Birmingham, tan solo a una hora de viaje desde Ann Arbor.

Había pasado algún tiempo con Jenna. No en público sino en privado.

¿De qué habían hablado?, se preguntaba Naomi.

Jenna se habría mostrado en extremo reticente. Al enfrentarse con personalidades más fuertes, como la de Madelena, con individuos más obstinados y dominantes como su marido, Jenna a menudo guardaba silencio.

Naomi no recordaba que Madelena hubiese hablado con ella, con Darren o con Melissa durante el funeral ni durante la posterior recepción. Probablemente había evitado a sabiendas a los hijos del difunto, estupefactos y afligidos como jóvenes zombis.

Porque, ¿qué se les puede decir a los hijos de un padre que ha sido asesinado? ¿Incluso si son tus nietos? Otros adultos lo habían intentado, torpemente. Pero no Madelena Kein.

Aunque no había dejado nunca por completo de estar pendiente de Naomi.

En el aeropuerto John F. Kennedy, un chófer de limusina uniformado con un cartel blanco en el que se leía NAOMI VOORHEES la recibió en la recogida de equipajes. Madelena había insistido en alquilar un coche para ella, de la misma manera que había insistido en pagar su pasaje de avión.

Naomi se conmovió. Se sentía privilegiada, apreciada. Nunca había visto su nombre expuesto de manera tan llamativa.

En Ann Arbor era siempre muy consciente de su nombre. Le parecía hermoso y lleno de significado: el apellido *Voorhees* al menos. Pero era un alivio dar por sentado que, en la ciudad de Nueva York, aquel apellido no significaría nada especial.

Era el periodo de las vacaciones de invierno en la universidad. No le había dicho a nadie dónde iba. No se lo había contado a sus abuelos en Birmingham, a sabiendas de que no lo aprobarían, o de que se sentirían heridos, sutilmente insultados, al pensar que después de toda su generosidad con Naomi, como con sus otros nietos, después de haber hecho tanto por ella, estaba obligada a serles fiel, en lugar de marcharse con aquella egoísta mujer «de carrera» que había menospreciado el papel de abuela.

Sus abuelos Matheson, en Evanston, Illinois, apenas ocupaban ya lugar en su vida. Se preguntaba con qué frecuencia veían a Jenna o, más bien, con qué frecuencia encontraba su madre tiempo para verlos.

A Jenna, por supuesto, no se lo había dicho. Desde la desastrosa llamada telefónica de marzo no habían vuelto a hablarse.

Y tampoco se lo había dicho a Darren. Intentaba telefonarle con menor frecuencia. Los correos electrónicos que ella le enviaba los contestaba siempre con mucho retraso, si es que los contestaba. Tenía que aceptarlo: *Se está distanciando de mí. Le recuerdo lo que quiere olvidar, y ¿quién podría reprochárselo?*

En un estado de intensa expectación lo había mirado todo desde las ventanillas traseras con cristales tintados del automóvil que la llevaba a casa de su abuela. Había visitado Nueva York muy pocas veces, siempre con sus padres y no durante mucho tiempo. La marcha del vehículo fue lenta y con detenciones y a menudo veía más bien poco debido a la acumulación de tráfico, a la maquinaria pesada de construcción en las obras, que producía un estruendo ensordecedor, a las vías elevadas, a las vigas. Grandes carteles

publicitarios, pasajeros fragmentos de cielo. Rampas de autopistas, rampas de puentes. Más vías elevadas, vigas. Más tráfico, lento y con paradas frecuentes. La cabeza empezó a dolerle por el estrés de la expectación. Había metido pocas cosas en la maleta pero no se había olvidado de su cámara de vídeo. Llevaba puesta la chaqueta de invierno más abrigada que tenía y varias capas de ropa debajo. Era enero, un mes deprimente. En Michigan, la nieve se había acumulado en dunas como si se tratara de pilas de desechos.

En Nueva York había mucha menos nieve. Desde el asiento trasero del coche alquilado veía zonas de un blanco sucio semejantes a manchadas placas de poliestireno.

Se atormentaba con una fantasía en la que llegaba a la dirección de Bleecker Street que su abuela le había dado y descubría... que no había nada.

Una parcela yerma, un edificio abandonado en un escenario urbano en ruinas. Y nieve que caía despacio para hacer desaparecer las huellas de Naomi.

Era un cuento de hadas malévolo. Y no quería pensar en su vida como en un cuento de hadas malévolo.

Y luego el coche avanzó deprisa para subir por una rampa —para cruzar Williamsburg Bridge—, ¿era el East River lo que estaba debajo? Edificios de muchos pisos se alzaban por encima de la agitación del agua. El cielo estaba manchado de nubes, un cielo con múltiples capas, profundamente magullado, como en un cuadro de El Greco que había sido uno de los favoritos de su padre: *Vista de Toledo*.

Con el corazón aliviado empezó a sentir esperanza.

El chófer siguió por Houston Street. El edificio de apartamentos de su abuela estaba situado cerca del cruce de West Houston y West Broadway, a poca distancia de Washington Square Park.

En LaGuardia Place había tres rascacielos, con paredes de cristal. En Ann Arbor no existía nada parecido.

Dio el nombre de su abuela y el suyo a un portero. De nuevo se le presentó, fugaz, el pensamiento: *Es una equivocación. Nadie me ha invitado.*

Subió en el ascensor hasta el piso treinta y uno.

Y allí, esperándola junto al ascensor, Madelena Kein, su bella abuela de cabellos plateados y espalda muy recta... la mujer que había dejado bien claro años atrás que no tenía ningún interés en ser la *pegajosa abuelita de nadie*.

—¡Naomi! Bienvenida.

Un abrazo —ligeramente rígido y desmañado, pero entusiasta— para el que Naomi no estaba preparada. Los brazos de la mujer de más edad eran delicados pero fuertes.

Madelena medía muy poco menos que Naomi. Sus llamativos cabellos plateados estaban trenzados formando una corona. Vestía una blusa negra con plisados que hacían ondas y pantalones acampanados. Su cutis perfecto tenía tan pocas arrugas y era tan suave como el de una mujer varios decenios más joven.

Ocultaba los ojos tras unas grandes gafas de sol de elegante montura negra. En sus cristales, el pálido rostro juvenil de Naomi vaciló, inseguro.

—Deja que me encargue yo, cariño.

Antes de que Naomi pudiera protestar, Madelena se apoderó de la maleta y la llevó hasta una puerta abierta al final del corredor. Como si, aunque mucho más joven que Madelena, Naomi no fuese capaz de acarrear ella misma su maleta. ¡Qué vergüenza!

—¿Qué tal el vuelo? Y ¿qué tal estás tú?

—Bien. Estoy... bien.

—¿Y es así como estás *en realidad*? —Madelena le sonreía con una especie de afecto cálido y burlón, como si fueran viejas conocidas, o cómplices.

¿*Estaba delante* de la madre de su padre, de quien sabía con seguridad que tenía como mínimo setenta y pico años? No parecía posible. A Naomi la deslumbró aquella vigorosa criatura, tan erguida, que le había arrebatado la maleta con el ímpetu de alguien cuya voluntad raras veces encuentra oposición.

Se acordó de su padre bromeando, dolorido, sobre la época en que había quien pensaba que su juvenil y enérgica madre era su hermana: «Una hermana mandona y un poquito mayor».

Madelena estaba diciendo que odiaba viajar en avión. Odiaba tener que depositar su confianza en desconocidos.

—Viajar es algo muy *pasivo*. Es como jugarse a los dados si vas a sobrevivir al vuelo más sencillo. He estado pendiente del tuyo desde el aeropuerto de Detroit, y me ha parecido inquietante que se retrasara porque tenían que *eliminar el hielo* de las alas.

A Naomi la sorprendió y la conmovió que Madelena se hubiera

preocupado tanto. Consiguió serenarse lo suficiente para decir, a trompicones:

—Sí. Hacía mucho frío y había hielo... —mientras sonreía absurdamente.

Ya en el interior del apartamento, Madelena insistió en que Naomi bebiese un vaso de agua.

—Estás deshidratada por el viaje. No se puede evitar. Si no andas con cuidado, te dolerá la cabeza de una manera insoportable. Y mañana va a ser tu primer día completo en Nueva York: no puedes estar indispuesta.

—Gracias —Naomi bebió, obediente, del vaso de cristal tallado que se le ofrecía. Era cierto, la cabeza le había estado doliendo desde antes de que el avión aterrizara.

Madelena la llevó hasta un cuarto de estar muy amplio, lleno de luz: ventanas que iban del suelo al techo desde las que se divisaba un notable panorama de tejados, chapiteles, calles, pequeños fragmentos de zonas verdes nevadas.

—Esa neblina azul en el horizonte es el río Hudson. Y por allá, apenas visible desde esta ventana, el arco de Washington Square Park —Naomi miró, pero sin ver... No estaba segura de lo que veía.

—Es muy hermoso...

—Desde tan alto, sí. La distancia lo realza todo.

En las paredes de la sala de estar había grandes lienzos con aspecto de acuarelas. Pinturas abstractas de pálidos colores pastel que (al parecer) imitaban el cielo. Elegante mobiliario contemporáneo, una alfombra de color cáscara de huevo y textura rugosa sobre un suelo de reluciente madera noble. Encima de una mesa, un instrumento de cuerda antiguo. Figuras esculpidas, cabezas de mármol blanco. La sala de estar daba a un comedor con una larga mesa de caoba, lo bastante grande para acomodar a diez o doce personas; en el extremo más alejado había dos mantelitos, uno frente a otro, con sendas servilletas de tela de colores vivos, cuidadosamente dobladas.

Naomi se conmovió ingenuamente al pensar que su abuela tenía ya la mesa preparada para ella.

Se acordó de que, hacía ya mucho tiempo, cuando aún era pequeña, sus padres invitaban con frecuencia a amigos a cenar, amigos con sus hijos, sin ninguna ceremonia, todos amontonados alrededor de una mesa que era la mitad que aquella y sin nada de su elegancia. Aquellas cenas habían sido ruidosas, divertidas. Era verdad lo que la gente decía: Gus Voorhees te hacía

reír. Los adultos bebían vino, cerveza, discutían de política, intercambiaban historias sobre el trabajo, sobre sus jefes, contaban chistes. Gus no se mostraba reservado. Pero por lo general tampoco llevaba la voz cantante...

A la larga, en aquellas cenas que tanto se prolongaban, los niños desaparecían para ver la televisión o, si eran muy pequeños, cuando sus madres los acostaban. Naomi no recordaba si había sido una de ellos, o si siempre había sido mayor y evitaba la humillación de que tuvieran *que acostarla*.

Se secó los ojos. No había pensado en aquellas cenas desde hacía tiempo. En Detroit, en Grand Rapids, en Ann Arbor, por supuesto, aunque ya había habido menos cenas ruidosas en la casa alquilada de Salt Hill Road, en Huron County, tan rural, donde (ahora lo veía con claridad) la vida de su familia había empezado a naufragar.

Sobre la mesa del comedor de Madelena había un candelabro de hierro fundido, de diseño muy complicado, con media docena de velas muy esbeltas, cada una de diferente altura y color; y cada uno de los portavelas estaba abundantemente recubierto de cera, como si se tratara de esculturas. Naomi se acordó de que sus padres habían tenido un candelabro similar, ligeramente más pequeño, muy llamativo pero poco práctico; de ordinario descansaba sobre un aparador, ocioso. Ahora se preguntó si habría sido un regalo, un regalo muy poco práctico, de Madelena Kein.

—Es mexicano. El candelabro. ¿Te resulta familiar? —Madelena la miraba con desconcierto en los ojos.

Naomi se preguntó dónde estaría en aquel momento el candelabro de sus padres. ¿Qué había hecho Jenna con las cosas de su hogar? Confiárselas a un guardamuebles, venderlas, regalarlas...

—Y ¿qué tal está tu madre, Naomi?

—Creo... creo que mi madre está bien...

—Ya no vive en Ann Arbor, según tengo entendido.

—Sí. Quiero decir, no. Se mudó a Bennington, en Vermont.

Qué entrecortada, la forma de hablar de Naomi. Y por qué pensaría que era necesario añadir «en Vermont», como si Madelena no fuese a saber dónde estaba Bennington.

—Tu madre sufre, Naomi. Eso no se termina nunca.

¿Estaba Madelena defendiendo a Jenna? Pero ¿por qué tendría que suponer su abuela que Jenna necesitaba ser defendida ante su hija?

—¿Estás en contacto con ella... con mamá?

—Más o menos. No y sí. No de manera evidente.

Naomi meditaría largo tiempo sobre aquella respuesta tan imprecisa.

Madelena le explicó que había planeado unas cuantas actividades para los dos durante su visita —a la Metropolitan Opera House, al Metropolitan Museum of Art, a la Neue Galerie, al Lincoln Center para ver al New York City Ballet—, pero que se ausentaría del apartamento casi todo el día la mayoría de los días para trabajar en la universidad; también faltaría alguna noche.

—Vas a estar sola. Tanto como quieras. O, si las cosas funcionan, me podrás acompañar.

Si las cosas funcionan. ¿Qué significaba aquello?

—La vida no es necesariamente más complicada en Nueva York que en el Medio Oeste, pero para quienes vivimos de las complicaciones, esta es nuestra ciudad.

Madelena condujo a Naomi por un estrecho pasillo hasta una habitación poco amueblada de paredes blancas e inundada por la luz decreciente de la tarde.

Sobre un estilizado escritorio blanco de material plástico, Madelena había extendido varias páginas del *New York Times* que enumeraban exposiciones en museos, conciertos, obras de teatro, películas, conferencias y lecturas de poesía para la semana siguiente. Había una marca con lápiz rojo junto a algunas de las posibilidades.

—Tienes libertad para añadir cualquier cosa que te apetezca, y si tenemos tiempo, lo haremos. También yo estoy de «vacaciones».

La puerta entreabierta del armario parecía sugerir que Naomi lo utilizara para colgar allí sus cosas. Al pie de la cama había un pequeño baúl de madera de cedro.

—Hay un cuarto de baño al otro lado del pasillo para que lo uses tú.

—Gracias...

Naomi no sabía cómo dirigirse a su abuela. «Madelena» no sonaba bien, pero «abuela» quedaba sin duda descartado.

Como si le leyera el pensamiento, Madelena dijo:

—Por favor, llámame «Lena». Me doy cuenta de que suena raro, pero te acostumbrarás.

—Lena.

—¡Con más énfasis, cariño! «*Le-na.*»

—«*Le-na.*»

Madelena rio contenta y tocó el brazo de su nieta. Por un momento Naomi pensó que la iba a abrazar de nuevo, de prisa y estrechándola contra su pecho, pero no fue así.

Quiso saber, acto seguido, si tenía alguna pregunta que hacerle, pero ¡a Naomi no se le ocurrió nada! Excepto cosas que no se atrevía a preguntar a aquella mujer tan erguida de pelo plateado cuyos ojos quedaban casi ocultos por los cristales ahumados. *¿Por qué estoy aquí, por qué me has invitado, me quieres, se espera que yo te quiera?*

Al quedarse sola depositó la maleta sobre el baúl de madera de cedro y empezó a deshacerla, despacio. La vista se le iba hacia el ventanal del suelo al techo que sustituía la pared exterior, y que se abría a una pura luz resplandeciente. Se sentía tan debilitada por la emoción que tuvo que sentarse en el borde de la cama.

La colcha estaba hecha de una recia tela blanca fruncida, y la acompañaban almohadones de textura rugosa de colores brillantes y con diseños que podían ser de indios americanos o mexicanos. Sonrió feliz. Era una niña que se había deslizado hasta el otro lado del espejo y se había encontrado con un mundo asombroso, como Alicia, su antigua heroína perdida.

Cuando murió tu padre, me vine a vivir aquí. No conseguía respirar en el lugar en el que había estado viviendo a una altura mucho menor: una casa antigua de piedra en Washington Square Mews.

Por aquel entonces ocupé durante mucho tiempo esta habitación, aunque es evidente que estaba pensada como cuarto para niños. Por las noches me dormía contemplando el panorama al otro lado de la ventana. Y me despertaba viendo lo mismo. Necesité meses para terminar de instalarme. Apenas entraba en las demás habitaciones... Durante el día daba clases en la universidad.

Siempre me ha hipnotizado mi profesión, y esencialmente mi vida es esa «hipnosis», por lo que no ha tenido mucho de personal.

En el Instituto se me sugirió que me tomara un semestre sabático, pero lo rechacé. Acepté en cambio más responsabilidades: un seminario para graduados sobre la filosofía de la lingüística; un curso de historia del arte,

al alimón con un colega, llamado «El arte del distanciamiento». Un comité universitario sobre contratación de miembros de minorías, y un comité de selección para candidatos posdoctorales en el Instituto de Estudios Independientes.

No soportaba la idea de un interminable periodo de luto por la muerte de mi hijo porque no había ningún recuerdo de Gus que no fuese un abismo en el que caer y seguir cayendo.

No me va nada estar de luto. No encaja con mi personalidad. No he entendido nunca lo que me sucedió. Pero fue en esta habitación y en ninguna otra donde me sucedió.

Aunque estaba muy cansada, en aquella época era más bien incansable.

Quizá te encuentres algún día en ese estado. Creo que es una manera de estar de las mujeres. Tu madre lo sabrá.

Y luego llegó septiembre de 2001, la mañana del 11 de septiembre.

Esta ventana da al sur, hacia el centro. De todas las ventanas del apartamento es esta, irónicamente, la de esta pequeña habitación, la que proporciona una vista más directa de lo que después se ha dado en llamar Zona Cero. Y sucedió que me hallaba en esta habitación aquella mañana del 11 de septiembre. Creo que no había dormido aquí la noche anterior, pero en algún momento, muy de mañana, al amanecer, como estaba despierta y no lograba dormir, me vine aquí, a esta habitación que tiene una vista tan extraordinaria de las avenidas y de las calles y de sus luces y de los taxis (por West Houston pasan taxis a todas horas). Para ver cómo el cielo cambiaba de color, cómo cambiaban las nubes, todo eso es muy consolador. Y luego, más tarde, cuando me disponía a marcharme para ir a la universidad, surgió de repente a muy pocos kilómetros, en la zona del World Trade Center, una mancha de algo intensamente rojo.

¿Era un incendio? ¿Una explosión? Parecía haber surgido de la nada. Acababa de lanzar una ojeada por la ventana, pero ya no pude apartar los ojos.

Una de las altas torres del World Trade Center estaba ardiendo y despedía grandes nubes de humo: se la reconocía al instante aunque se hallaba a bastante distancia.

A veces, años después, casi veo el fuego ahí, en ese vacío: el humo terrible, como aire negro que hirviera. Y luego, mientras seguía mirando, se estrelló el segundo avión...

No aparté la vista en mucho tiempo.

En aquel momento solo sentía asombro. Eso es lo que recuerdo, no existían palabras para lo que había sucedido, para lo que estaba sucediendo, nada más que asombro. Era como tratar de despertar de un sueño, no lograba entender lo que estaba viendo, porque no tenía fin, era continuo, no tendría fin durante horas, durante días.

Y ese aire removido que salió de las explosiones y que parecía un ciclón o un remolino de algo como gravilla, y que olía de una manera tan terrible... durante tanto tiempo. Había caído un maleficio sobre todos nosotros...

Sucedió por tanto que la muerte de tu padre fue de algún modo parte de aquello. Gus había muerto más o menos un año y diez meses antes del ataque terrorista, y durante todo aquel tiempo yo había llorado su muerte, en silencio casi siempre. Pero aquella mañana llegó del cielo la catástrofe que mató a miles de hombres y mujeres y durante unas cuantas horas, o un día, un día y una noche, la terrible muerte de mi hijo pareció encontrar su sitio, como una cascada vaciándose sobre más agua... Mi penar por Gus llegó a su término, perdido en el dolor de otros.

Cuando mueren tantos, una muerte singular es una de esas muertes. Ya no es única.

¿Es eso bueno? ¿O es terrible, atroz?

Eso es lo que significa «terrorismo»: el fin de la aflicción.

La herida es demasiado grande, ni más ni menos. Si se trata de una extremidad, te puedes lamentar, pero que te las arranquen todas, eso ya es demasiado.

Ese es el vacío de ahí, en la Zona Cero, el vacío que tú no puedes ver, Naomi.

Desgraciadamente, yo sí lo veo.

Todos los días, la promesa de que Madelena le revelaría a Naomi algo crucial sobre su padre.

Todos los días la ansiosa expectativa. Luego decepción o alivio.

Lo sabía: no tenía que preguntar. Madelena la había avisado meses antes en aquel correo electrónico.

Hablaré contigo, pero no me harás preguntas.

Hay algunas cosas que te quiero contar...

La había escandalizado la observación de su abuela de que su dolor por la muerte de Gus se había acabado.

No era posible, ¿o sí?... *poner fin.*

Dos meses antes, en noviembre del año anterior, Naomi había recibido por paquete postal una caja muy baqueteada, y cerrada con mucha cinta de embalar, dirigida a *Naomi Voorhees*. La caja procedía de un antiguo colega con el que su padre había trabajado en una clínica para mujeres de Grand Rapids en los años noventa.

Dentro había una nota, garabateada a mano: *¿Naomi? ¿Te acuerdas de mí? Whit Smith.*

Me jubilo este mes y al limpiar mi despacho y mis archivos me ha sorprendido descubrir las muchas cosas de Gus que tenía aquí. No he querido deshacerme de ellas, aun sin estar seguro de qué es lo que hay ni tampoco de si tendrá valor para ti.

He tratado unas cuantas veces de ponerme en contacto con Jenna, pero sin éxito. «Sin dirección del destinatario.» Confío en que tu madre esté bien.

Supe de la ejecución de L.D. Todavía me es imposible pensar en la pérdida de Gus sin que se me parta una vez más el corazón y sin sentirme muy poco optimista sobre el futuro político, con toda franqueza, en esta recesión y con la derecha haciendo campaña contra todo lo que hemos conseguido, algo así como la Marcha de Sherman hacia el mar.

Espero que tú, tu hermano (¿Darin?) y tu hermana pequeña estéis también bien. Saluda a tu madre de mi parte, por favor. Cuesta creer que hayan pasado siete años desde la última vez que os vi.

Naomi había abierto el paquete con manos temblorosas. A la nariz le subió olor a moho. Dentro había cartas, tanto profesionales como particulares, dirigidas a Gus Voorhees; documentos de todas clases: médicos, legales, financieros, declaraciones de renta; impresos, recortes, agendas de bolsillo, calendarios de mesa y de pared... Un sobre de papel manila muy usado de treinta por veinte centímetros que contenía tarjetas de felicitación: *Querido doctor Voorhees, gracias por salvarme la vida.*

Querido doctor Voorhees, gracias, gracias. Que Dios lo bendiga.

Querido doctor Voorhees, gracias desde el fondo del corazón por todo lo que hizo por mí en el momento más difícil, y tanto antes como después. No le

olvidaré nunca. Rezaré por usted todos los días de mi vida. Me devolvió la existencia. Que Dios lo bendiga y lo guarde de todo mal.

Dentro de una de las tarjetas, con una rosa de muchos pétalos en la cubierta, había una instantánea de una mujer muy atractiva, con cabellos rizados que le llegaban hasta el hombro, y que sonreía llena de sinceridad hacia la cámara. *Querido doctor Voorhees, ¡MUCHAS GRACIAS!*

Su amiga Irene.

¿Se trataba de mujeres que habían abortado en la clínica de Grand Rapids? Naomi supuso que se trataba de eso hasta que descubrió una tarjeta con un *¡MUCHAS GRACIAS!* en letras doradas y en relieve, y en el interior una instantánea de una joven sonriente con un bebé en brazos. *Muchas gracias doctor Voorhees por nuestra hermosa niñita a la que vamos a llamar Augusta y que ha sido una bendición para nosotros. Dwight y yo esperamos poder pasar por ahí y saludarle PRONTO.*

Por todas partes en la caja había otras instantáneas de bebés. Algunas con nombres y fechas en el reverso, otras sin inscripción alguna, anónimas.

Y luego había tarjetas, mensajes privados escritos a mano con precipitación:

Gus, esta noche no es posible, lo siento. E. ha decidido no ir en coche al congreso después de todo, cogerá un avión por la mañana. ¿De acuerdo? ¿Me llamas?

*Te quiero y todo lo demás,
Kat*

Y: Gus, amor, tengo que llevar a Carrie al entrenamiento de baloncesto y me podría pasar por el despacho a eso de las cuatro de la tarde, con la esperanza de que estés ahí. Entraré por detrás; asegúrate de que la puerta no esté cerrada con llave, ¿de acuerdo? Espero que J. esté bien. Menudo SUSTO.

Tu gatita Kat

A Naomi le latió el corazón con violencia, llena de furia y de resentimiento infantiles. *Tu gatita Kat.* Confió en que Jenna nunca se hubiera enterado.

(Y ¿qué quería decir *Espero que J. esté bien?* Obviamente «J» era Jenna.

¿Había estado enferma su madre, se había enterado de que su marido la engañaba con una amiga común, había sido un golpe para ella, estaba enfadada, se sentía humillada? ¿Resignada?)

Bruscamente, los mensajes de Kat cesaban. Había otras notas, sugerentes y enigmáticas, de Val, Roslyn, Stuart (a juzgar por el contexto se trataba sin duda de una mujer: *Gus, tenemos que hablar. No he sido del todo sincera por teléfono, creo que nos debemos mutuamente una explicación*). Naomi las leyó incrédula y desdeñosa, a toda prisa, arrugándolas con la mano, pero sin tirarlas...

¿Estaba Jenna al tanto? ¿Se había sentido herida?

No quedaba claro que se tratara de aventuras en toda regla. (Se consoló Naomi.) Más bien de simples flirteos que no habían llegado a nada.

Sin embargo: aquellos años en los que Jenna estaba tan callada, o distraída, o (de manera intermitente) deprimida; incluso en las horas de las comidas, cuando Gus estaba en casa con su familia, rebosante de esa *personalidad* cálida, simpática, siempre divertida, que tanto cautivaba a sus hijos.

Darren y ella habían captado la tristeza de su madre. Pero, como los niños astutamente egoístas que eran, no habían querido hacer pesquisas.

Y, si hubieran preguntado, Jenna les habría dicho que tenía una «migraña» o «demasiado trabajo, por el que además no me pagan ni el salario mínimo».

Riéndose a continuación, para hacerles ver que *en realidad* no se estaba quejando.

Que, *en realidad*, no estaba ni deprimida ni furiosa.

Era imposible no querer a papá más que a ella, por supuesto.

Era imposible no perdonarle a papá que fuese él mismo, claro está.

Naomi estaba segura (¡más que segura!) de no recordar una sola conversación entre sus padres en la que Jenna hubiera acusado a Gus, ni siquiera de manera indirecta, de haberle sido infiel... a no ser que el silencio de Jenna fuese su manera de acusarlo.

No era frecuente que sus padres se pelearan. Si una voz se alzaba, era la de Gus, atravesando las paredes de su dormitorio. Papá estaba a menudo alterado, pero no enfadado. Papá no era nunca *mezquino*.

Y tampoco habían oído llorar a Jenna. Naomi estaba segura.

¡Llamaría a Darren! Tal vez supiera quién había sido la «gatita Kat» de Grand Rapids.

Posiblemente, la madre de una amiga o discípula. (¿Quién era

«Carrie»?)

Naomi se había sentado en el suelo para examinar el contenido de la caja, guardado sin orden ni concierto. Diciéndose que estaba agradecida por haberla recibido. Diciéndose que no tenía que empezar a asustarse.

Distribuyó con valentía el material, dividiéndolo en montones. Whit Smith había incluido muchas cosas impersonales, carentes de interés, como si hubiese volcado cajones allí dentro sin mirar el contenido.

No se acordaba de Whit Smith, por supuesto, el colega de su padre en Grand Rapids. Era demasiado pequeña por entonces.

Una sucesión de colegas, compañeros de trabajo, ayudantes jóvenes de su padre. Que aparecían a las horas de las comidas, y a veces se quedaban a dormir en un sofá cama. Gus no consideraba nada extraordinario llegar a casa a las seis, acompañado de uno, o de dos invitados. *¡Jenna! Espero que no sea demasiado tarde para cenar... Voy a abrir una botella de vino.*

Y Jenna decía *¡Por supuesto que no! Poneos cómodos.*

Uno de aquellos visitantes había sido sin duda Whit Smith. Otra de las visitas podía haber sido «Kat».

Empezaba a dolerle la cabeza. Se sentía ya abrumada por el material que, en un primer momento, la había emocionado. Por tratar de extraer conclusiones sobre la vida (personal, profesional) de su padre a partir de datos al azar que se solapaban, hasta cierto punto, con los que le habían llegado de otras procedencias... Al repasar las agendas de bolsillo tuvo una sensación de vértigo. Aquellas libretitas tan usadas y desgastadas habían vivido dentro de la ropa de su padre. Cerca de su corazón.

Tenía que haber cierto número de personas que sabían o que serían capaces de adivinar astutamente el significado de sus apuntes, como también habrían sabido quiénes eran «Kat» y las otras mujeres allí citadas. Sin embargo, aunque se identificasen las iniciales, ¿de qué iba a servir?

Cuanto más sabía de las ocupaciones diarias, de las minucias de la vida de su padre, más escurridiza le resultaba la vida misma. Desde cierta distancia podía ver los contornos de un paisaje fascinante, pero si se acercaba mucho no conseguía ver prácticamente nada.

Por entonces eran ya numerosas las personas que habían escrito sobre Gus Voorhees en distintas publicaciones como *The Nation*, *Mother Jones*, *Atlantic*. La mayoría habían escrito con un formidable conocimiento de la política de planificación familiar y libre elección en los Estados Unidos en las

últimas décadas del siglo XX, en la que Gus Voorhees había sido una figura prominente: «intrépido», «controvertido». Se trataba de observadores que habían conocido a Gus personal y profesionalmente, que habían sido amigos suyos, o conocidos con cierto grado de amistad; personas a quienes no les asustaba mostrarse críticos con él, incluso aunque lo admirasen.

También por entonces varios médicos abortistas más habían sido asesinados por activistas de Derecho a la Vida, y otros muchos, heridos o amenazados. Otras clínicas para la interrupción del embarazo habían sido objeto de actos vandálicos, y se habían lanzado contra ellas bombas incendiarias. Todos aquellos sucesos encontraron eco en los medios de comunicación. Los esfuerzos más coordinados en contra del aborto eran políticos, se libraban en las asambleas legislativas de los estados y en las elecciones estatales, pero sin ser beligerantes.

Era arriesgado abrir una de las agendas de su padre y ver su familiar letra inclinada. Aun cuando no tuviera ni idea de lo que significaban las palabras. 6/9/91 *Ob mtg C.H.T. despacho 16.30.* 23/6/93 10.30 *Rackham 313-447-1766.* (Un número de teléfono de la zona de Detroit al que Naomi podría llamar. Pero ¡habían pasado tantos años!) Una sucesión de páginas de listas, fechas, iniciales y abreviaturas en las que incluso K se perdía: un código impenetrable que Naomi nunca sería capaz de descifrar.

Tuvo que dejar lo que estaba haciendo, al sentirse de repente mal.

Nada de todo eso me hará volver, cielo. Tal vez sea mejor que lo dejes.

Trató de explicarlo. Trató de elegir las palabras con cuidado, pero algo no iba bien en su manera de hablar, en su lengua misma.

No es un homenaje únicamente para papá, para «Gus Voorhees». Es una conmemoración del mundo que lo rodeaba y que murió con él.

¡Lo sentía con tanta intensidad! Todo lo que no era capaz de expresar con palabras.

Se lo quería explicar a la mujer que era madre de su padre. Que lo había dado a luz y que luego, en apariencia, lo había abandonado, cuando era un niño de ocho o nueve años. Naomi quería preguntarle cómo algo así había sido posible.

De manera que durante los diez días que pasó con su abuela en el

apartamento del número 110 de Bleecker Street, estuvo muy pendiente hasta de la más trivial de las observaciones hechas por Madelena. No se lo podía preguntar directamente. Madelena tampoco le respondería con claridad.

En sus butacas del Lincoln Center, mientras asistían al ballet de Balanchine. En una escalera mecánica del Museo de Arte Moderno, subiendo para ver una exposición de dibujos y óleos de Picasso. En el festival de cine polaco en el Film Institute de la Universidad de Nueva York. En el Carnegie Hall, para un concierto del Kronos Quartet. En el Centro Internacional de Fotografía de la Sexta Avenida, en el Whitney Museum, en el Guggenheim y en la Neue Galerie, en una representación de los *Cuentos de Hoffmann* de Offenbach, en la Metropolitan Opera House. En un taxi, o en el metro (fue toda una sorpresa para Naomi que su abuela, nada joven ya y siempre muy bien vestida, utilizara el metro con frecuencia y no parecieran importarles sus ruidosas distracciones). En una conferencia sobre «El aumento de la consciencia y el desarrollo de las emociones», patrocinada por el Departamento de Psicología de la UNY y en otra conferencia sobre «El nacimiento de la ética», patrocinada por el Instituto de Estudios Independientes de la misma universidad, en la que Madelena Kein presentó al conferenciante.

Como de pasada, Madelena podía decir:

—¿Sabes, Naomi? Estábamos muy unidos. Tu padre y yo. No geográficamente. Pero hablábamos a menudo por teléfono.

A Naomi le sorprendió oír aquello. Casi llegó a preguntarse si sería cierto.

—Gus entendió que aunque los dejara a él y a su padre seguía queriéndolo, solo que no podía ejercer de su madre porque yo no era esa persona. Era otra distinta.

Las envolvía una especie de peculiar encantamiento. Si su relación fuese un ballet, una música extasiada le serviría de marco. Siempre que Naomi no la interrumpiera con una observación inane o con una pregunta, Madelena hablaba como si estuviese pensando en voz alta, y eligiendo las palabras con precisión; pero solo lo hacía en los intersticios de una «salida» —una «actividad»— en la que Naomi y ella estuviesen en un lugar público, por lo que las ocasiones para utilizar aquel tipo de comentarios eran limitadas.

—Gus no me juzgaba como otros miembros de la familia. Siempre respetó la autonomía de las personas. Esa es la razón de que creyera que las mujeres no deberían estar nunca controladas por los hombres, ni siquiera por otras

mujeres. El cuerpo de una mujer no tiene otro propietario que ella misma. Gus parecía entenderlo sin el menor esfuerzo —Madelena hizo una pausa, tocándose los ojos con la punta de los dedos—. *Tú también lo entiendes, Naomi, ¿no es cierto?*

—Sí.

—Aunque espero que nunca necesites recurrir, ni hayas necesitado recurrir, a un aborto...

Naomi sintió que se le encendía el rostro. ¿Le estaba preguntando su abuela, de aquella manera turbadora e indirecta, si había tenido un aborto?

Muy envarada, dijo que también lo esperaba.

Por fortuna la posibilidad de que la conversación se prolongara terminó bruscamente al sonar un timbre, indicando el final del intermedio.

Naomi se sintió tan desconcertada que por un segundo olvidó incluso dónde estaban.

¡Es una mujer singular! Nunca admitirá que hizo nada que estuviese mal, ni por un momento.

Abandonar a su hijo y a su marido, marcharse para tener una «carrera» propia: no se disculpa, no se siente culpable.

Pero ¿es eso cierto? ¿Madelena Kein no se siente culpable?

La adoro. Quiero ser ella.

La odio. ¡Es un monstruo!

Ante el ventanal inundado por el sol de la última hora de la mañana. Con una regla, Naomi había trazado líneas en una hoja de papel.

Quería tomar notas a mano. Como si se tratara de un diario a la antigua usanza o de un cuaderno de bitácora.

Como había hecho Gus en las agendas que ella había descubierto. Pero no en clave, como él había hecho.

Diez días que pasaron muy deprisa y también con una lentitud como de sueño.

Pese al ajetreo de la ciudad, que a veces parecía casi frenético, Naomi lograba disponer de algún tiempo para ella, en la soledad de la habitación de paredes blancas que flotaba en el aire.

Tomaba notas en el papel reglado. Miraba con calma por el ventanal. Repasaba los libros de las estanterías abarrotadas de su abuela, buscando... no estaba segura de qué.

Trataba de ver a cientos de metros de distancia, en la Zona Cero, el «vacío» del que Madelena había hablado con tanta emoción; pero como no había visto nunca las torres gemelas que se alzaban allí en otro tiempo, no era capaz de comprender el significado de su ausencia.

—¿Naomi, cariño? —un ligero toque en la puerta.

Madelena desaparecía durante unas horas o la mayor parte del día. Pero salían de noche, por supuesto.

¡Tantísima gente! Nombres y rostros que pronto empezaron a desdibujarse.

Colegas de Madelena en filosofía, lingüística, teatro; músicos y compositores; pintores y escultores, periodistas, escritores y poetas... Naomi conoció a un especialista en semiótica, alto, elegante, de cabellos y barba canosos, un húngaro de apellido Laslov, cuyo inglés, con un acento muy marcado, resultaba difícil de descifrar, y que parecía apreciar mucho a Madelena, tanto como Madelena a él; durante su visita, Naomi coincidió varias veces con él, en cenas en restaurantes del West Village organizadas por su abuela. (Naomi se preguntó: ¿eran amantes Laslov y Madelena, o lo habían sido? Le llamó la atención una desenfadada confianza entre ellos que no había observado en el trato de su abuela con otros hombres, y un particular afecto en la manera en que Laslov pronunciaba «Lena».) Estaba también Janet Malcolm, escritora del *New Yorker* a la que Madelena admiraba mucho por «intrépida» e «intransigente» en sus ensayos, y que parecía considerar a Madelena su «alma gemela». Conoció a Edmund White, el controvertido escritor gay, que organizó una cena para Madelena y su nieta en su elegante apartamento de Chelsea y deslumbró a Naomi con su ingenio, cordialidad y erudición. Una directora de cine israelí llamada Yael Ravel, investigadora becada por el Instituto de Estudios Independientes, conocida por sus documentales sobre comunidades de mujeres israelíes y palestinas, impresionó mucho a Naomi al decirle al público, después de la proyección de una de sus películas: «Lo que un realizador de documentales necesita más que ninguna otra cosa es paciencia. Cuando encuentres tu verdadero tema, te darás cuenta».

Y luego estaba Karl Kinch, el más memorable de todos los neoyorquinos.

—No estaremos mucho tiempo. Kinch recibe muy pocas visitas. Ha manifestado cierto interés en conocerte.

Naomi reparó en la reserva: *cierto interés*.

Más improbable, todavía: *conocerte*.

Llena de dudas, preguntó por qué podía querer conocerla aquel amigo de Madelena.

—¿Por qué? ¿A ti qué te parece? —Madelena sonrió, aunque con un poquito de sorna.

—No... no lo sé...

—Por supuesto que no lo «sabes». Pero podrías deducir, Naomi, que le he hablado de ti.

A Naomi no se le ocurrió nada que responder. Pero se preguntó qué demonios podría haber contado de ella su abuela para despertar el interés y la curiosidad de un desconocido.

Madelena añadió:

—Y Kinch no es un «amigo», exactamente. Estamos demasiado unidos, nos conocemos demasiado íntimamente para ser solo lo que una palabra tan sosa como *amigo* implica.

Kinch había cultivado distintas actividades; era poeta («Un prodigio, publicó su primer libro de poemas a los veintiún años»), compositor («Música atonal, exquisita y sutil, aunque chirriante para el oído ordinario»); memorialista («*Memento mori* es el título de su precoz primera memoria, contada desde una perspectiva póstuma»); traductor («Trabaja con un hablante nativo y “traduce” textos a su prosa inglesa, idiosincrática y muy suya»); crítico («Ferozmente original, con terribles exigencias y temido por muchos»). Por su propio esfuerzo, sin ser más que un aficionado, se había convertido en algo así como un competente erudito bíblico, con particular interés en la poesía de los Salmos; había aprendido por su cuenta hebreo, sánscrito y arameo. No tenía ningún doctorado: empezó diferentes programas en Harvard, Yale y Columbia pero los dejó al darse cuenta de que los responsables de valorar su trabajo eran «inferiores» a él en capacidad intelectual e imaginación; había impartido de cuando en cuando seminarios para alumnos graduados, sobre temas esotéricos especiales, en Hunter College, Columbia College, la Universidad de Nueva York y Princeton, como «distinguido» profesor visitante.

—Por supuesto, Kinch «no está bien». Eso es lo primero que se dice de él, si bien cuando estás con él es lo último, o casi, que te llama la atención.

Naomi preguntó de qué manera Kinch «no estaba bien», pero Madelena pareció poco dispuesta a explicárselo.

—Kinch ha escrito con enorme belleza y de manera persuasiva sobre la tiranía del «bienestar», la «normalidad» y la «cordura». Vas a tener ocasión de verlo por ti misma.

La primera vez que Madelena llevó a Naomi a visitar al misterioso Kinch, que vivía en el piso dieciséis de un edificio descarnadamente anodino varias manzanas al norte de Washington Square Park, se vieron rechazadas en el vestíbulo por un portero muy avergonzado que informó a Madelena (a la que llamó «profesora Wein») de que el «profesor Kinch» no podía recibir visitas aquel día, y «lamentaba lo indecible» que su encuentro tuviera que ser reprogramado.

—¡Vaya! —Madelena se echó a reír, aunque estaba visiblemente molesta—. ¿Puedo hablar con el profesor Kinch? ¿Hará usted el favor de llamarlo?

Pero el portero, lamentándolo mucho, explicó que no podía llamar al profesor Kinch porque había prohibido expresamente que aquella tarde se le llamara por ningún motivo.

—¿Es que no está bien? Quiero decir... ¿está indispuerto? ¿Más de lo corriente? ¿Se ha producido una emergencia?

—No, señora. No que yo sepa.

—¿Su «ayudante» está con él? ¿No se habrá quedado solo?

—Sí, señora. Está con él. No se encuentra solo.

Una vez fuera, en Fifteenth Street, Naomi se atrevió a preguntar de nuevo a Madelena qué era lo que le pasaba a Karl Kinch.

Y Madelena dijo, quitándole importancia:

—Bueno, Kinch tiene muchas dolencias. Su genio ha florecido de maneras inesperadas y no todas estéticas. La más evidente es la EM (esclerosis múltiple) que se le diagnosticó antes de cumplir los treinta. (Pero no está claro qué es exactamente la EM, porque no se trata de un solo trastorno o padecimiento sino de un síndrome.) Según dicen, Kinch fue uno de los jóvenes amantes del filósofo Michel Foucault, que murió de sida a mediados de los años ochenta, y algunos creen, incluido el propio Kinch, que Foucault le contagió la infección por VIH, o tal vez el sida mismo. Y el pobrecillo ve francamente mal, se le puede definir como «oficialmente ciego» —Madelena

hizo una pausa, al advertir la expresión alarmada de Naomi—. Pero eso ya es bastante por el momento, cariño. Nunca hablamos de esas cosas con él, aunque si quiere contarte más, lo hará.

Regresaron dos días después, también a última hora de la tarde. En esta ocasión no se las rechazó, sino que el portero, que seguía llamando «profesora Wein» a Madelena sin que esta le corrigiera, les señaló un ascensor.

Ya en su interior, Naomi le preguntó a su abuela por qué no se tomaba la molestia de sacar al portero de su error, y Madelena le explicó:

—Siempre me parece que es descortés corregir a alguien de la calle. Se me paga por «corregir» a mis alumnos, que se han matriculado en mis cursos, y por tanto es algo que se espera que suceda en ese contexto; pero no que tenga que ir por ahí «corrigiendo» a otras personas. Y ¿por qué tendría que preocuparme cómo me llame un desconocido? Siempre que el error sea consistente y Kinch sepa quién viene a verlo.

Madelena sonreía mientras hablaba. Naomi sintió una oleada de afecto por su abuela, que se mostraba en aquel momento inusualmente amable y accesible.

—¿El portero te ha llamado siempre «Wein»?

—¡Sí! Pero creo que al principio no me daba cuenta.

—¿Cuánto hace que vienes a visitar al señor Kinch?

—¿Cuánto hace que vengo *aquí*? Desde que se mudó; antes vivía en Washington Mews, en una de esas encantadoras casas de piedra que son propiedad de la universidad. Pero cuando enfermó gravemente hace unos quince años decidió irse de Washington Square Park; piensa que allí la ciudad tiene demasiada intensidad, que le irrita los nervios. De manera que llevo unos quince años visitando a Kinch en este edificio. De hecho le ayudé a encontrar este apartamento «burgués», es decir, «profundamente aburrido», que él encuentra protector, como si se tratara de una especie de «cuarentena». Y tengo que añadir que nunca sé, de verdad, cómo me va a recibir Kinch.

Madelena estaba tan alegre al no haber sido rechazada en el vestíbulo que no puso objeción alguna a que su nieta le hiciera tantas preguntas.

Para aquella visita Madelena no se había puesto su habitual ropa negra, tan elegante, sino un abrigo de ante de color rojo oscuro con sombrero a juego que ocultaba gran parte de su pelo plateado. De camino se había detenido en una tienda cara de University Place para comprarle a Kinch una bolsa de

mangos, «su fruta favorita, según dice». Su tranquilidad habitual, su compostura ligeramente irónica parecía haberse evaporado, dejándola al mismo tiempo emocionada y ansiosa, como Naomi no la había visto casi nunca.

Mientras esperaban a que les abriesen la puerta del apartamento, Madelena previno a Naomi:

—No te sorprendas cuando veas a Kinch. Y no te compadezcas de él, ¡por favor! Le molesta mucho lo que él llama «compasión innecesaria». Está bastante contento con su vida, que ha sido siempre muy creativa. Ha ganado muchos premios que nunca menciona. Tiene pocos amigos, pero quiere mucho a los que tiene, que le corresponden con el mismo afecto. Lo que vas a ver es solo el hombre exterior, la superficie. Nuestra verdadera vida es interior e inaccesible a la vista.

Abrió la puerta una mujer de mediana edad y expresión severa que las dejó entrar sin decir una sola palabra y que se hizo cargo de sus abrigos para colgarlos en un armario.

¿Se trataba de una enfermera?, ¿una cuidadora? Vestía un cárdigan informe sobre unos pantalones blancos de nailon y zapatos blancos con suela de crepé. Sonrió de manera envarada a Madelena, que la llamó «Sonia». En cuanto a Naomi, ignoró su existencia.

Esta última siguió a su abuela por el interior del apartamento sin ver nada: primero atravesaron un pequeño vestíbulo mal iluminado, en el que los libros se acumulaban en el suelo como estalagmitas, hasta llegar a una sala de estar, igualmente mal iluminada, en la que los libros se amontonaban de manera similar sobre mesas y en el suelo, así como embutidos en estanterías que iban desde el suelo hasta el techo. Pesadas cortinas de terciopelo oscurecían la única ventana de aquella habitación. Madelena avanzó decidida, sin esperar a que Sonia la acompañara, como si existiera entre ellas alguna antigua fricción bien conocida que Madelena ignoraba, quitándole importancia.

A Naomi le consternó el olor del apartamento: sofocante, medicinal y como a jengibre, además de vagamente rancio. Peor aún, también persistía un subyacente olor a humo de tabaco. Qué extraño que Madelena, tan quisquillosa acerca del aire de su apartamento, pareciera no advertir la atmósfera estancada de aquella casa.

—¡Profesora Kein! *Bonjour*.

Un joven viejo, en una silla de ruedas motorizada, vino hacia ellas para

saludarlas con una amplia sonrisa.

—*Bonjour*, profesor Kinch. ¡Gracias por recibirnos! —Madelena se agachó alegremente para rozar con sus labios la mejilla del joven viejo, pese a que él, de manera perceptible, se puso ligeramente rígido, como si temiera ser tocado pero deseoso de no ofender—. Y aquí la tienes, la nieta de las tierras desoladas del Medio Oeste, Naomi.

—Ah, sí... «Na-o-mi Voor-hees.»

De modo que Kinch sabía cómo se llamaba. Nombre y apellido. Bueno, no era del todo sorprendente. Madelena debía de habérselo dicho.

Naomi se preguntó si *Voorhees* significaría algo para Kinch. Sin duda no ignoraba que Madelena había estado casada con alguien que llevaba ese nombre, aunque nunca lo hubiera utilizado, y posiblemente estaba al tanto de Gus Voorhees.

(Excepto que Madelena era tan escurridiza, le gustaban tanto los secretos, que tal vez ni siquiera sus más viejos amigos de la ciudad de Nueva York supiesen de su anterior matrimonio ni tampoco que era la madre del médico asesinado.)

—Naomi, te presento a Karl Kinch, no es necesario que le llames «profesor», pero, eso sí, no le gusta que se le llame «Karl».

Naomi no tenía ni idea de qué podía significar aquello. Sin duda nadie esperaba que lo llamara *Kinch*.

La silla motorizada tomó la dirección de Naomi. La actitud de Kinch era bromista, como la de un adolescente con un juguete peligroso y demasiado grande. *¿Te atreves a apartarte, a tratar de escapar?* Su amplia sonrisa, llena de dientes amarillentos, parecía estar burlándose de ella. Naomi supuso que, atado a una silla de ruedas, a cualquiera le molestaría estar siempre obligado a mirar hacia arriba y a torcer el cuello para ver a personas de estatura media. Kinch alzó una mano larga y esbelta de huesos poco marcados para que Naomi se la estrechara, aunque ella se esforzase al mismo tiempo por esquivar la silla motorizada.

—*¡Bonjour*, Naomi! Bienvenida al *mausoleum* —la última palabra había recibido una exuberante pronunciación francesa.

En un aparte, Madelena le murmuró a Kinch:

—*Elle est belle, n'est-ce pas?*

Y Kinch murmuró:

—*Pas si belle que toi, ma chère.*

Madelena sonrió con un gesto de dolorida irritación para señalar que no estaba de acuerdo con aquel comentario. Naomi fingió no haber oído.

Kinch tenía una cabeza muy grande que parecía esculpida en algún material muy frágil, como cáscara de huevo. Escasos cabellos entrecanos le caían en bucles sobre los hombros encorvados. Llevaba ropa de vestir: camisa blanca abotonada hasta el exiguo cuello, y pantalones oscuros con raya. Podía tener cualquier edad entre los treinta y los cincuenta y tantos y su piel, muy blanca, presumiblemente por falta de luz solar, tenía la suavidad del papel. Sus modales, sin embargo, eran juveniles, casi adolescentes. Como de muchacho rebelde. Se agitaba sin parar, las piernas y los largos dedos blancos de los pies, en sandalias (abiertas), se retorcían sobre el reposapiés de la silla de ruedas. Excepto por una sutil deformidad en el rostro, y el tamaño excepcional de la cabeza, habría sido un hombre atractivo. Sus facciones estaban delicadamente esculpidas y su voz sutilmente modulada como la de un actor o la de un cantante. No llevaba gafas, aunque uno de sus ojos tenía un color blanquecino y el otro parecía aquejado de grave miopía. La boca era extrañamente ancha; los labios, húmedamente sensuales. Por la manera en que parpadeaba, sonreía y bizqueaba al mirarla, Naomi supuso que la veía como un manchón.

—¡Por favor, siéntate, Naomi Voorhees! Donde quieras. No tienes más que apartar esos libros —el tono de Kinch era burlón y afectuoso al mismo tiempo.

Se trataba de delgados libros de poesía, de tapas duras y rígidas, ligeramente combadas, que despedían olor a moho. En un idioma que Naomi no reconoció.

Se sentó. El sofá era de cuero muy desgastado aunque, en apariencia, de excelente calidad, como otros muebles de la sala. ¡Qué sensación de extrañeza, la de aquel lugar tan sofocante! Era muy poca la luz que se permitía allí. Todo en penumbra, como un paisaje submarino. Justo lo opuesto al apartamento de Madelena, con ventanales del suelo al techo y apenas protegido del sol. Madelena había dicho que los ojos de Kinch eran muy sensibles a la luz. No podía ver la televisión, ni salir a la calle: durante el día los rayos de sol eran demasiado brillantes, incluso cuando el cielo estaba cubierto; por la noche, las farolas y las luces de neón le provocaban migrañas. Tampoco podía trabajar con el resplandor de una pantalla de ordenador, que le afectaba al cerebro, por lo que necesitaba escribir a mano o mecanografiar

sus textos con una máquina de escribir antigua, aunque esto último requería una coordinación muscular que ya no estaba siempre a su alcance. Así se lo había explicado Madelena, con una curiosa indiferencia.

Naomi notó algo bajo un pie, sobre la alfombra: ¿una colilla? Se había fijado en los ceniceros que había en las mesas, con pinta de haber sido limpiados a toda prisa con una servilleta de papel; y en cada mesa, una cajita de fósforos bien a la vista.

Madelena no fumaba, por supuesto; nunca hubiera permitido a nadie fumar en su apartamento. La mayoría de los amigos de su abuela que Naomi había conocido tampoco fumaban, y estaba prohibido fumar en todos los restaurantes de la ciudad. Bien extraño que Kinch, enfermo crónico, fumase...

—Naomi, ¡no te preocupes! Nadie te obligará a fumar en este antro de iniquidad.

Con un ruido sibilante Kinch se echó a reír como si hubiera dicho algo muy ingenioso, algo pensado para molestar a su circunspecta visitante de cabellos plateados.

—Me doy cuenta de que aquí no se renueva mucho el aire, pero por desgracia no me es posible abrir las ventanas. El ruido... las corrientes frías... acabarían conmigo. Y tengo que mantener cerradas las malditas cortinas la mayor parte del tiempo. En mi vida en cuarentena habito siempre en una especie de antesala del crepúsculo, como en un cuadro de Hopper, esa luz débil que se desvanece, la gente moviéndose como maniqués que apenas parecen respirar, la melancólica *tosquedad* de un mundo del que no hay escapatoria puesto que el mundo es eso.

Kinch hablaba con elocuencia y tristeza. Sus labios sensuales, de aspecto húmedo, se estremecieron, sin embargo, como si estuvieran a punto de estallar en una sonrisa irreverente.

Para evitarle a Naomi la incomodidad de una respuesta, Madelena supo intervenir hábilmente.

—Hopper es «tosco» comparado con pintores como Whistler y Winslow Homer, capaces de reproducir el mundo con enorme precisión. Pero si te limitas a contemplar los cuadros de Hopper quedas por completo convencida, no sientes esa «tosquedad» en absoluto.

Kinch resopló, burlón.

—Tú quizás no, profesora Kein. Otras personas con más discernimiento sí

lo notan.

Con la vaga e ingenua esperanza de alinearse con su abuela, que parecía enojada, y de aportar algo personal suyo, porque sin duda ya era hora de que hablara, Naomi señaló que Madelena la había llevado al Whitney Museum donde habían visto cuadros de Hopper que no conocía con anterioridad y que le habían parecido muy «hermosos», «evocadores»...

—Por supuesto que sí, Naomi. «Hermosos», «evocadores».

¿Hablaba Kinch irónicamente? ¿Se estaba riendo de ella? Pero parecía amable, en absoluto malintencionado.

Sonia, siempre con gesto severo, se acercó para preguntar si les apetecía algo de beber. Té, agua mineral con gas, vino... Con cierto agobio trajo una bandeja con varios quesos, un puñado de pálidas galletitas y aceitunas de aspecto apergaminado.

Té para Madelena, agua con gas para Naomi.

—Nada por el momento para mí —dijo Kinch, en tono remilgado.

—Ah, antes de que se me olvide. Tus favoritos.

Madelena entregó la bolsa con los mangos a Kinch, que los aceptó con un júbilo casi infantil, como a punto de relamerse.

—Llévatelos, Sonia, ¿quieres? Y prepáranos un plato.

Sonia se llevó los mangos sin decir una palabra.

Madelena preguntó por la nueva medicación que Kinch había empezado a tomar y por los progresos en una composición suya, encargo del Cuarteto de Cuerdas de Juilliard; Kinch se interesó por «tu viejo Laslov».

Existía entre ellos algo así como una áspera intimidad. Los dos parecían mantener una actitud ligeramente crítica o desconcertada hacia el otro, si bien afectuosa, incluso admirativa. Madelena, sobre todo, miraba a Naomi para ver cómo se tomaba la actitud provocativa de Kinch, que estaba siempre en el límite de la grosería. Ella era la más cortés de los dos, y hablaba de «nosotras», de «Naomi y yo» y de las interesantes exposiciones visitadas, además de la excelente representación de *Los cuentos de Hoffmann* a la que habían asistido.

—¿En serio? La crítica del *Times* no era tan entusiasta, me parece.

—A mí sí me lo pareció.

—No, si sabes cómo descifrar el «entusiasmo» del crítico. Si lees entre líneas...

—La exposición de Picasso es de verdad extraordinaria...

—No. No es posible. Nada de Picasso sigue siendo *extraordinario*. Un artista con solo dos maneras: ingenua primitiva y lasciva. Las dos están pasadas de moda en el siglo XXI.

Mientras los otros dos mantenían aquella charla ingeniosa que tenía un algo de coqueteo, Naomi examinó la habitación. Empezaba a acostumbrarse al olor acre y los ojos se le habituaron a la falta de luz. Del otro lado de una puerta, en la estancia vecina que supuso había sido en otro tiempo un comedor, vio un mueble que era una especie de escritorio móvil, con partes deslizantes; encima había una máquina de escribir tradicional, holandesas cuidadosamente amontonadas, periódicos, libros. El escritorio era más bajo que una mesa corriente, con una altura ideal para alguien en silla de ruedas. Pegado a la pared había un piano de media cola, equipado con luces ajustables.

En el cuarto de estar los muebles eran disparejos. Sofá de cuero, sillas tapizadas, mesa de centro con cubierta de cristal. En la pared más distante estaban expuestos unos instrumentos musicales que parecían antiguos, sobre todo de cuerda; en el suelo de madera noble, una gran alfombra descolorida pero todavía hermosa, de una clase que Naomi sabía reconocer como «persa», una alfombra deslumbrante, de hecho, que le recordó otra más pequeña en el cuarto de estar de Madelena. Las paredes estaban abarrotadas de libros, en su mayor parte de tapa dura. Naomi se preguntó si, como los libros del apartamento de Madelena, estarían colocados por orden alfabético.

—Y ¿cómo encuentras Nueva York, *chère* Naomi? Una «florecente y alborotada confusión», *n'est-ce pas*?

Kinch dedicaba ya toda su atención a su joven visita. Por la forma de dirigirse a Naomi, y la manera de parecer interesarse por sus opiniones, se podía ver que cultivaba una personalidad cortésmente profesoral; que tenía experiencia a la hora de tratar con jóvenes. Aunque quizás solo considerase las respuestas de Naomi banalidades de colegiala, no iba a utilizar con la muchacha de diecinueve años la actitud satírica de sus intercambios con la Madelena de cabellos plateados, con la que parecía compartir una historia complicada.

Naomi pensó, horrorizada: *¿Podrían ser amantes?*

El modo en que Madelena observaba a Kinch, sin duda afectuoso aunque exasperado; la incomodidad que sentía en su presencia, y que se traducía en

una especie de temor, o en expectativas emocionales, en algo semejante a la alegría... todo aquello hacía pensar en una relación aún más compleja, pensó Naomi, que la de su abuela con el ceremonioso Laslov de pelo blanco.

Y cuanto más se fijaba uno en el rostro joven pero viejo de Kinch, más probable parecía que fuese mayor de lo que aparentaba. Había arrugas delicadas, casi invisibles, en el rabillo de sus ojos enfermos y le griseaba el pelo, con entradas claramente pronunciadas. Naomi reparó en las manchas de nicotina en los dedos. Su boca, ancha y sensual, no era una boca joven. Si se invirtiera el sexo de los dos, no sería nada estrambótico sospechar que un hombre vigoroso y atractivo de poco más de setenta años pudiera tener una aventura, o algún tipo de relación emocional, con una mujer de cincuenta y pico.

Por supuesto, se conocían desde hacía muchos años. Cuando eran más jóvenes y Kinch no estaba tan incapacitado. Supuso Naomi.

Con su amable actitud profesoral, Kinch le preguntó a Naomi cuántos años tenía, y dónde estaba su hogar en Michigan; si sus cursos universitarios eran interesantes y exigentes, cuáles eran sus planes para cuando se graduara, y después:

—¿Cuál es la pasión de tu vida? ¿Has dado ya con ella o todavía la estás buscando?

—N... no... sabría decirlo aún —respondió Naomi. *La pasión de una vida* suponía un compromiso estremecedor.

Trató de escapar del interrogatorio hablando con entusiasmo del New York City Ballet, de las exposiciones del Metropolitan Museum, del documental de la directora israelí. De caminar por Central Park con Madelena mientras caía una nevada ligera... (¿O había sido una metedura de pata? ¿Una falta de consideración? Porque Kinch no podía caminar con nadie por Central Park mientras caía una nevada ligera.) Se estaba sintiendo un poco presa del pánico incluso al tratar de recordar su vida anterior en el Medio Oeste.

A Kinch le dijo que sí, que la estaba «buscando», al menos eso creía. Tenía diecinueve años pero a veces se sentía como si tuviera el doble, o la mitad:

—No he sido muy feliz durante una temporada, lo que hace que el tiempo pase más despacio, pero al mismo tiempo no he «vivido» exactamente, lo que me hace inmadura, atrofiada. No sé qué hacer con mi vida que pueda suponer algo positivo para otras personas. Ni siquiera siento a veces que sea mi «vida», podría ser la vida de cualquiera, yo podría ser cualquiera, excepto que

mi padre murió de forma prematura, lo que me hace diferente de la mayoría, aunque la muerte de papá no me sucedió a mí, le sucedió a él.

Pero ¿por qué había dicho *papá*, que era una palabra infantil? Habría sido mejor decir *mi padre*.

No quería decir *A mi padre lo mataron, lo «liquidaron»*. Aquello sería darse demasiada importancia, sería una manera de alzar la voz, de captar la atención del oyente. Aunque suponía que Madelena tenía que haberle contado a Kinch un hecho tan crucial en la vida de ambas.

Con el ojo izquierdo, que era con el que veía, Kinch la miraba atentamente. Y Madelena también escuchaba con el mismo interés, aunque con algo que se parecía a la aprensión, como si temiese lo que Naomi pudiera decir a continuación.

—¡Bien, Naomi! Estás siendo muy sincera. Pero no es solo a los diecinueve años cuando uno se siente como te sientes tú; por lo menos en lo que se refiere a tu observación sobre sentirte inmadura, atrofiada. Y es que algunos de nosotros estamos de hecho, como tú dices, «inmaduros y atrofiados» al margen de la edad que tengamos —Kinch se echó a reír y empezó a toser y a jadear.

Madelena le preguntó en voz baja si necesitaba su inhalador y él, molesto, se encogió de hombros y no respondió.

—Madelena me dice que te interesas por la realización de películas documentales. Aunque hoy en día ya no es correcto hablar de «películas», ¿verdad que no? Todo es «digital». Las hermosas *películas* del pasado nunca volverán a repetirse...

Justo entonces regresó Sonia con un plato de trozos limpios de mango que colocó junto a la bandeja con el queso. Kinch la miró, y también los mangos, con gesto desdeñoso.

—¿Se puede saber para qué traes eso? Haz el favor de llevártelo.

Aquello era desconcertante. ¿Se había olvidado Kinch de que le había pedido a Sonia que preparase los mangos? Al ver que Madelena no parecía tener intención de intervenir, y que mantenía una discreta expresión neutral, Naomi concluyó que tampoco le correspondía a ella decir nada.

La siempre inescrutable Sonia se retiró sin un parpadeo siquiera.

—Como ya señaló Baudelaire: «*Parfois, “j’adore” les mangues. Et parfois les mangues me enferman*».

Se había olvidado, estaba claro. Y nadie deseaba recordárselo.

—Sé un poco de la muerte «prematura» de tu padre. Madelena me lo ha contado.

Naomi empezaba a sentirse incómoda bajo el escrutinio de aquel ojo izquierdo, tan singular. Deseaba que Kinch volviese a prestar atención a Madelena; quería que se terminara una visita tan extraña y poder volver a respirar aire fresco. Había tratado de beberse el agua con gas que Sonia le había traído, pero estaba tibia y había perdido fuerza; y el vaso no estaba bien lavado.

Pero Kinch mantenía aún su actitud amable. Se trataba claramente de que te dieras cuenta de su estado de ánimo generoso, incluso altruista.

—«Libre elección», ¡sí! Hemos de honrar el libre albedrío, incluso si no creemos del todo en él. Una mujer, una jovencita, debe ser libre de interrumpir un embarazo si así lo desea. Es abominable e indignante que el Estado restrinja ese derecho, como el derecho al suicidio, ¡que es igualmente valioso! De hecho, el aborto no me parece más que un acto bueno, heroico. La vida es el horror, el aborto provocado o espontáneo es la redención. Como ya dijo Sófocles con palabras muy hermosas: «Lo mejor es no haber nacido, pero una vez que has llegado a este mundo, regresa cuanto antes al sitio del que viniste».

Naomi hizo una mueca de dolor al oír pronunciar de manera tan brutal aquellas palabras. No era ni mucho menos lo que Gus Voorhees creía...

—Los abortos provocados y espontáneos... deberían ser más frecuentes. La aberración es el embarazo. Nuestras vidas, vidas que soportamos con conciencia de ello, son un error evolutivo. Si se considera nuestro absurdo «sistema nervioso central», lo asombroso es que alguien haya *nacido*.

Kinch hablaba con vehemencia. Tan alterado que, de repente, buscó a tientas una cajetilla encajada entre su delgada cadera y el lateral de la silla motorizada; extrajo un largo cigarrillo de color pergamino e hizo un gesto como de chascar los dedos para que Madelena le pasase una caja de cerillas que descansaba sobre una mesa cercana.

Madelena suplicó:

—Por favor, Kinch, no fumes. Sabes lo malo que es para tus pulmones. Y sabes bien que detesto ese hábito asqueroso.

—Son muchos los hábitos asquerosos que se detestan y sin embargo se permiten. ¿Haces el favor de pasarme las cerillas?

—¡No!

—*Chère* Naomi, ¿lo harás tú? No estamos en el territorio de tu *grand-mère*, como muy bien sabes. Estamos en el mío.

Naomi vaciló. No quería ofender a Madelena.

—¿Me vas a obligar a llamar a la pobre y oprimida Sonia, que se escapó de una obra menor de Chéjov y se vino a trabajar a este país por un salario mínimo, para que haga algo que puedes hacer tú sin problema, pasándome esas putas cerillas?

Naomi se preguntó por qué demonios Kinch no podía apoderarse él mismo de las cerillas, lo que no supondría ningún gran esfuerzo, puesto que disponía de una silla motorizada.

Un gesto de asqueada resignación por parte de Madelena permitió a Naomi obedecer a Kinch, aunque no tuviera ningún deseo de hacerlo.

Con un suspiro de alivio sensual, Kinch encendió el cigarrillo y exhaló el humo por la nariz. Su ojo lechoso relució, vuelto hacia Naomi.

—No conocí en persona a tu padre («Augustus Voorhees» es un nombre que suena bastante distinguido). Podríamos habernos conocido, ya que era algo enteramente posible. Tu abuela podría habernos presentado. Pero eso no sucedió. Fui yo quien salió perdiendo, no me cabe duda. Entre otras muchas pérdidas en «esta enfermedad, mi vida», parafraseando a Alexander Pope —Kinch sonrió y aspiró el humo de su cigarrillo. Miró a Madelena con expresión solícita—. Por supuesto, la muerte de Voorhees fue sin duda «prematura», una tragedia. En Estados Unidos tragedias como esa no son infrecuentes. La muerte de un idealista, de una persona altruista. Es el precio que el individuo debe pagar por enfrentarse a la ola negra de la ignorancia y de la superstición. Hay una guerra en este país, una guerra que siempre ha existido. Los que somos racionalistas nunca la podremos ganar, porque la irracionalidad americana dispone de una voluntad más fuerte, más primordial y más *rencorosa*. ¿Cómo es la cita? «Mi país, tenga razón o esté equivocado», ese patriotismo enfermo, servil. Y ese patriotismo es un Diosismo, porque son todos cristianos. A lo más que podemos aspirar es a evitar una derrota completa. Existen núcleos de relativa ilustración por todo el país, en las grandes ciudades, que es donde se apiñan las personas educadas e inteligentes. El resto es un enorme desierto... «religioso» y «patriótico». Te aventuras en él por tu cuenta y riesgo... ¡hay tantos que están armados! ¡Y que esconden las armas que llevan! Incluso aunque contara con la fuerza física, no sería nunca un activista como Gus Voorhees. El activista debe estar

dispuesto a morir por su causa, y ninguna «causa» merece que se muera por ella... eso es lo que nos dice el racionalismo. Mi refugio es otro tipo de activismo más oblicuo... una búsqueda de la verdad... Madelena, ¿por qué me fulminas así con la mirada? No voy a soltar ninguna verdad incómoda ahora mismo, puedes estar segura.

Madelena respondió con frialdad:

—Estás asustando a mi nieta al hablar con semejante brutalidad. Y no es bueno para tu tensión emocionarte más de la cuenta, ya deberías saberlo.

Kinch se echó a reír. Pero no había ninguna duda de que estaba enfadado.

—¡Tú sí que tienes la tensión baja, sin duda, profesora! Por los suelos, estoy seguro... la apropiada para alguien que apenas está vivo.

—Kinch, ya está bien. Eso ni siquiera es verdad, además de insultante.

—¿Y qué? Algunas no verdades son más interesantes que las verdades. Y muchas no verdades acaban siendo verdades con el tiempo.

—Vas a conseguir echar a tus visitas, Kinch, si no eres más hospitalario.

—¡Soy de lo más hospitalario! Por el amor de Dios, esto es virtualmente un *hospital*... un *hospicio*. Tendrías que ver mi dormitorio, la vía intravenosa que la pobre Sonia se encarga de mantener limpia. Entre otras indignidades... mías tanto como suyas —Kinch agitó las manos, con ánimo de ser divertido. Las cenizas volaron del cigarrillo de color pergamino para depositarse sobre su ropa y en la silla de ruedas—. Pero volvamos al tema «Voorhees», como creo que tenemos que hacer. La única objeción que haría yo en relación con nuestro heroico médico abortista es la absurda santificación que ha seguido a su muerte. Ese hombre no es ni un santo ni un mártir... era tonto. Por completo estúpido comportarse como él lo hizo, al provocar ciega, desafortunadamente, a los enemigos de la racionalidad para que lo «asesinaran», algo que a los asesinos les encanta hacer. Son gente desesperada, cristianos fundamentalistas. No te puedes entrometer entre unas gentes desesperadas y su Dios... te arrancarán todos los miembros, uno tras otro. Por definición un mártir es un loco... es el perpetrador de *une folie*.

Madelena estaba muy pálida y furiosa. A toda prisa apartó la taza de té y se puso en pie.

—Te lo he dicho, no voy a consentir que desquicies a mi nieta, Kinch. Te estás comportando de manera inadmisibile y no te lo voy a perdonar.

—¿Nieta? ¿Desde cuándo? Uno podría sospechar al verte representar ahora el papel de *grand-mère* amantísima... con tanto retraso.

—Kinch, ya basta. No eres nada gracioso.

—¡Demonios! ¿Dónde está el error en lo que he explicado? Tú me has dicho eso mismo a mí. ¿Hay una sola sílaba que no sea meridianamente cierta?

—Nos vamos, Naomi.

Pero su nieta ya se había puesto en pie, más que deseosa de marcharse.

Apenas había podido respirar desde que Kinch había encendido el cigarrillo. Tenía el estómago revuelto y quería escapar lo más deprisa posible del asfixiante apartamento de Kinch.

Aquel hombre tan enfermo y tan egoísta había dicho cosas terribles de su padre. Pero dadas su confusión y su angustia, no recordaría mucho de lo que había oído.

—¡Esperad, esperad! Profesora Kein...

En su silla motorizada, Kinch siguió a Madelena y a Naomi hasta el vestíbulo, protestando y murmurando entre dientes. La condenada silla se colocó agresivamente cerca de los talones de Naomi. Para entonces Sonia había reaparecido, y procedió a sacar sus abrigos del armario sin decir una sola palabra.

Kinch no persiguió a sus precipitadas visitas más allá del umbral de la puerta, pero no dejó de hablarles mientras se encaminaban hacia el ascensor.

—*Au revoir!* Un encuentro breve y no muy satisfactorio, pero espero que regreses, *ma chère* Naomi. Ahora que sabes el camino, la próxima vez podrías venir *non accompagnée*.

—¡Perdóname, Naomi! Nunca lo hubiera esperado.

En el limitado espacio del asiento trasero del taxi que las devolvía al 110 de Bleecker Street, Madelena apretó con fuerza la mano de Naomi, a quien le sorprendió que fuese aún de día —el sol no se había puesto—, porque le había parecido que habían pasado muchísimo tiempo en el apartamento sofocante de Kinch, y que ya tenía que ser de noche. Pero ni siquiera se había iniciado el crepúsculo.

—Me había prometido... que no se iba a portar tan mal...

Madelena estaba muy afectada, limpiándose los ojos con un pañuelo de papel.

—No está bien, ¿entiendes? Ha sufrido pequeños derrames cerebrales.

Amenaza con suicidarse si su salud se sigue deteriorando. Me preocupa porque lo quiero mucho, pero estoy indignada. *Me lo había prometido* — Madelena hizo una pausa, respirando muy deprisa.

Para decir a continuación, como de pasada, antes de que Naomi hubiera abierto la boca una sola vez:

—Bueno, verás... Nadie lo sabe... ni siquiera mis amigos de toda la vida... Karl Kinch es mi hijo.

Naomi no estaba segura de haber oído bien. ¿Hijo?

—Mi segundo hijo. Once años más joven que tu padre.

Naomi se quedó muda. Miró a Madelena con la boca abierta. ¿Era aquello algo que ignoraba el resto de su familia? ¿Por qué no se sabía?

—No. Nunca se lo he contado a nadie de la familia. Eres la primera en saberlo.

»Mi exmarido tampoco lo sabe. Gus quizá lo sospechaba... por algunos comentarios que le hacía, de cuando en cuando... Quiero decir que podría haber sospechado la existencia de un hermanastro. Consideré la posibilidad de presentárselo, más de una vez. Para Gus hubiese sido muy emocionante enterarse de que tenía un hermanastro, y Karl... bueno, él sí sabía de Gus; por fortuna, con tanta diferencia de edad no era posible que Karl tuviese celos. O, en el caso de tenerlos, no habría podido hacer... gran cosa.

Naomi no conseguía entender la mayor parte de lo que estaba oyendo, pero lo intentaba: ¿Karl Kinch era hijo de Madelena? ¿Lo que quería decir que Karl Kinch era su tío, o tío a medias?

—Bueno; nunca se lo he contado a nadie. Algunos amigos quizá sospechen... algo. Pero nadie lo sabe a ciencia cierta. «Kinch» es un apellido elegido al azar por el padre y por mí: Kinch no es el apellido de nadie. El bebé... el niño... vivió con la hermana mayor de su padre, deseosa de ocuparse de él en su enorme apartamento, casi vacío, de Central Park West. Yo lo visitaba a menudo, aunque no vivía allí. Y muy pocas veces me quedaba a pasar la noche. Siempre he amado la privacidad, la soledad, ¡que es el gran lujo de una mujer! Karl aprendió muy joven a ser por completo autónomo, más aún, rebelde, y a resistirse a la autoridad. Hasta que su salud empezó a deteriorarse era en extremo independiente. Brillante, por supuesto, desde el principio, antes incluso de aprender a leer. Su brillantez ha sido una especie de destino adverso. Porque siempre se ha interesado por demasiadas cosas, y se cansa con facilidad. Ya has visto lo nervioso que es... siempre ha

sido así. ¡Lo era ya antes de nacer! Pero es capaz de guardar un secreto, o por lo menos ha guardado el nuestro todos estos años... no sé qué será de él cuando su salud empeore, ignoro cómo se comportará. Esos medicamentos psicotrópicos que toma son muy poderosos, y pueden destruir la personalidad. Quizá no te lo quieras creer por lo que ha pasado hoy, pero Karl es una buena persona, amable, moral... no es vengativo ni malicioso. Pero cuando pierde el control...

Madelena hablaba muy deprisa mientras apretaba la mano de Naomi. Las luces de la calle le atravesaban el rostro como emociones pasajeras. Naomi estaba asombrada, nunca había oído a su abuela, por lo general tan equilibrada y esquiva, hablar, a tumba abierta, con tanta sinceridad.

—Mi vida no le incumbe a nadie más que a mí. No me defiendo. Karl no tiene nada que ver con la familia Voorhees. No es en absoluto asunto de Clement. Karl es mío, exclusivamente... no tiene a nadie más. Su padre no vive ya, pero si estuviese vivo, no se interesaría por la situación de su vástago. Aunque es cierto que dejó para él, en fideicomiso, una razonable cantidad de dinero.

Naomi, todavía aturdida, pensaba: *¿Tío? ¿Tío a medias?*

Estaba ansiosa por contárselo a Darren.

—Espero que guardes el secreto, Naomi. ¿Lo harás?

Naomi murmuró *sí*.

A regañadientes, *sí*.

—¿Lo entiendes, Naomi? Karl me preocupa muchísimo. Toma unos medicamentos para tratar la esclerosis múltiple y otros para el VIH. Su nivel de leucocitos es muy fluctuante. Cada vez ve menos. En ocasiones tiene unos temblores tales que es incapaz de sostener una pluma. No puede tocar el piano, pero le es de lo más necesario cuando compone. A raíz de que mataran a tu padre me hice vulnerable a... muchas cosas... Y aún más después del ataque terrorista contra las torres gemelas, del que algunos todavía no nos hemos repuesto... En otro tiempo fui una persona intrépida, o al menos eso pensaba. La gente todavía dice acerca de mí: «Oh, Madelena es muy valiente». Pero sé que no es cierto. No soy intrépida en absoluto. Vivo dominada por el miedo. Me odio a mí misma porque no traté de razonar más con Gus... Podría haberle implorado que renunciara al tipo de medicina que practicaba, convencerlo para que canalizara su idealismo y su energía en otra dirección, en cualquier otra dirección... Bien sabe Dios que hay multitud de

pobres, niños incluidos, de los que se podría haber ocupado. Es cierto que traté de razonar un poco con él, pero no lo suficiente. Siempre he creído en la libertad de los demás, libertad para elegir la propia vida. Ahora lo lamento. Tal vez podría haberlo salvado... Me imagino lo preocupada que estaba tu pobre madre, durante todos esos años. Porque sin duda a Gus iba a sucederle algo, a la larga. ¡Era terrible, terrible! Aquellos años, y tantísimo miedo. Arrojaban bombas incendiarias contra las clínicas, amenazaban a los médicos abortistas. Y los mataban. En sueños todavía ahora discuto a veces con Gus. Y Gus se ríe y me dice que me lo tome con calma, que no va a suceder nada, que todo irá bien, que se exagera mucho... ¿recuerdas que decía con frecuencia *Se exagera mucho...*? ¿Lo recuerdas? ¿De verdad? En el funeral pensaba que alguien podía decir, como una broma, o más bien no como una broma, con la voz de Gus: *Demonios, ¡se exagera tanto!* O, pensaba también, eso se podría grabar en su lápida: *Es mucho lo que se exagera*. Naomi, perdóname... no sé lo que estoy diciendo. ¿Dónde estamos? ¿Llegando a casa?

Naomi le aseguró a aquella mujer tan alterada que sí, que casi habían llegado a casa.

Ya se había familiarizado con el barrio. Podía hablar de *hogar*. El taxi rodeaba Washington Square Park, de camino hacia LaGuardia Place y hacia las altas torres plateadas que empezaban a iluminarse desde dentro.

—Entiéndelo, Naomi. Quería que os conocierais. Quería traerte aquí para que conocieras a tu «medio tío». Me preocupa mucho lo que pueda ser de Karl si... cuando... a mí me suceda algo... Hay suficiente dinero para él en fideicomiso, no mucho pero sí lo suficiente, y yo también me ocupo de sus necesidades, por supuesto, y está mi seguro médico de la universidad, y mi seguro de vida, y la seguridad social... Mando el dinero a su cuenta en el banco, para sus gastos médicos... y sus otros gastos. Por fortuna, lo que paga de renta en el «mausoleo» es estable. Pero Karl necesita un amigo de verdad. Alguien que lo cuide, no alguien que se limite a admirarlo desde lejos. Alguien «de su misma sangre», por así decirlo. Por eso he querido reuniros. Siento que haya resultado tan mal, mi querida Naomi, aunque espero... que no juzgues a Karl con demasiada dureza. Es el hermanastro de tu padre, y sé que a Gus le habría preocupado y se habría encariñado con él; esa era la manera de ser de Gus, no podía evitarlo. Cuanto más disminuida, lisiada, «chiflada» (¿te acuerdas de lo mucho que Gus usaba esa palabra? Era una de

sus favoritas y a mí me fastidiaba) estuviese una persona, con más comprensión la miraba. Y a Karl le has impresionado mucho, da lo mismo cómo se haya portado hoy. De hecho creo que se ha portado mal por ti, porque quería impresionarte. Me había dicho de antemano: «Pero nunca he tenido una sobrina. ¿Cómo se comporta uno con una *sobrina?*». Así que espero que me perdones, Naomi, por esta tarde, que ha sido tan angustiada. Pero confío... ¿me lo puedes prometer?... ¿volverás a ver a Karl? ¿No lo... abandonarás?

El taxi se había detenido junto a la acera. Había que subir ya al piso treinta y uno.

Naomi dijo enseguida, para aplacar a aquella mujer tan angustiada:
—Sí.

Después, en la soledad de su habitación de paredes blancas, desde donde contemplaba la ciudad en su nocturnidad, pensó con toda calma *Nunca jamás. Nunca jamás, Karl Kinch.*

«No deseado» – «Deseado»

Es difícil hablar de esto. Aunque sucedió hace mucho tiempo.

Pero una vez que he empezado a hacerte confidencias, mi querida Naomi, creo que debo contártelo.

Básicamente, tu padre no fue un hijo «deseado». No existe la menor duda de que no fue «planeado». Se podría decir, sin ambages, que fue un hijo «no deseado».

Cuando me quedé embarazada —más o menos por casualidad— de mi hijo menor, ya tenía treinta y pico años y un puesto de trabajo estable. Debido a una especie de exceso de bienestar decidí tenerlo (aunque «tener» es un término extraño; nunca me ha gustado el sentido de «tener», de «poseer» en la relación progenitor-hijo, que está tan cargada de una apropiación indebida de la persona más joven por la de más edad y más poderosa), aunque nunca existió la más mínima intención de formar una familia con el hombre que era el padre, ni tampoco siquiera con el niño...

Pero el primer embarazo fue un caso muy distinto. En 1956 era solo ligeramente mayor que tú en la actualidad, cursaba estudios de grado en la Universidad de Chicago y no quería tener un hijo. Y no quería de una manera muy apasionada. No me gustaban los bebés. Prefería cachorros de animales. No quería que el padre se enterase de mi embarazo porque no deseaba depender de él. Estaba convencida de que iba a insistir en que nos casásemos; de hecho estudiaba Medicina y podría haberme ayudado, pero yo no quería involucrarlo. De manera que traté de encontrar un médico que me ayudara a interrumpir aquel embarazo. Consulté a amistades, hice llamadas, me remitieron a «amigos de amigos»... Traté de no desesperarme. Llamaba a alguien, y me daban otro número, pero cuando llamaba, me decían que me había equivocado, pero que dejara mi teléfono y que quizás alguien me llamaría. Finalmente tuve que pagar setenta dólares para que me dieran un número al que llamar, y después de intentarlo varias veces conseguí una

cita; se trataba de la consulta de un médico, o puede que aquellas personas le estuvieran alquilando el local a un médico de verdad. Había allí un hombre, el «doctor», y una mujer que era su «enfermera». Tuve que pagar trescientos setenta dólares por adelantado, en metálico. En 1956 se trataba de muchísimo dinero, ¡no te lo puedes imaginar! Pero conseguí reunir la suma que me pedían y procedí a entregársela; para entonces estaba ya más que ansiosa y agotada... En un estado de terror absoluto me tumbé en la camilla donde me iban a hacer una exploración. La mujer —la «enfermera»— me había dado unas pastillas en una tacita para sedarme cuando sonó el teléfono en la habitación vecina. Oía al hombre —el «doctor»— hablando con voz alterada: era evidente que algo iba mal. Aunque empezaba a adormilarme, hice un esfuerzo para seguir despierta. Me dominó el pánico al pensar que la policía venía de camino para detenernos a todos, o que iban a matarme, o que después me desangraría sin remedio. Vi el gesto de preocupación en la cara de la mujer; pensé, No quiero que esta gente me mate. De modo que les dije que renunciaba a seguir adelante. Nada de dormirme y no saber lo que estaba pasando. No creía en Dios, pero se me ocurrió una idea descabellada: «Dios ha decidido salvarte a ti y a tu bebé. ¡Sal corriendo!». Y... eso fue lo que hice.

El padre había dicho ya que se quería casar conmigo antes de saber que estaba embarazada. Había dicho que estaba enamorado de mí. Tu abuelo Clement.

Yo no le quería pero lo respetaba. Me caía bien. Nuestros padres se conocían. El regalo de boda que nos hicieron sus padres fue una cubertería de plata de ley Oneida, 1905.

De manera que nos casamos y nació Gus: (yo) no lo había deseado, pero nació.

Pensé que me iba a convertir en una persona amargada. Me preocupaba la depresión posparto. Pero como no me había hecho ilusiones sobre ser madre no me llevé ninguna decepción. En cierta forma me gustaba el pequeñín. En sus primeros años Gus estaba lleno de vida, curiosidades, calidez: su cuerpecillo despedía un calor extraordinario. Le inventé juegos sencillos para acelerar, era mi idea, su crecimiento mental. A Clement también le entusiasmaba aquello. Empecé a leerle mucho antes de que pudiera entender palabras, se las deletreaba en tarjetas, preparé un juego en el que podía tirar de una cuerda y cambiar imágenes en un proyector de

diapositivas, son cosas que se aprenden en psicología del desarrollo. Había insistido en llamarlo Augustus, para sugerir su gran valor.

No esperaba que sucediera nada parecido. Todo lo que tuvo que ver con mi embarazo, el parto y el bebé resultó inesperado, impredecible. Yo no era una persona religiosa, por supuesto, ni desde luego católica, pero leer La ciudad de Dios de san Agustín me había impresionado.

Todos los clásicos han tenido su efecto sobre mí, me doy cuenta ahora. Seculares, religiosos. Antiguos, modernos.

A lo largo de la vida de Gus llegué a quererlo y a admirarlo y a respetarlo aunque no viviera con él. Aunque no fuese su «madre» —ni él mi «hijo»— a la manera antigua de la familia.

Todo el mundo lo llamaba Gus, pero yo pensaba en él como Augustus: de verdad era una persona singular. Nunca he dejado de creerlo.

Pero cuando cumplió dos o tres años supe que a la larga tendría que decir adiós. Tendría que abandonar a Clement. Resistí años: ocho. Pero tendría que poner fin a mi vida como señora de Clement Voorhees. Tendría que dejar la casa de Birmingham en Michigan. Un marido médico, un hijo de ocho años. La cubertería de plata perdía brillo en el aparador: creo que nunca la toqué. Ser una mujer así no iba con mi personalidad. La «maternidad» no hacía que el corazón me latiera más deprisa. La vida de familia era como estar atrapada en un caparazón, una especie de caparazón que no dejara crecer a una tortuga sino que la limitase y la oprimiera hasta matarla.

A mi hijo lo quería de todos modos. Quería a Gus, me gustaba la persona que era. Pero no deseaba ser «su» madre y no pensaba que fingir serlo fuese necesario para su desarrollo y felicidad.

Cuando le conté esta historia (para entonces él ya era mayor y tenía hijos) se mostró tan dolorido e incómodo como te puedes imaginar. Me preguntó qué conclusión quería que sacase de aquella historia, y le respondí que aunque estaba plenamente convencida de que abortar era lo que yo quería, me había equivocado al desear librarme del bebé que iba a nacer. Porque aquel niño era él.

Sandeces, dijo Gus.

De algún modo, mientras se lo contaba, Gus no había captado hasta aquel momento hacia dónde nos llevaba mi relato. Y al llegar a aquel punto no supo cómo responder. Lo que le había explicado fue un golpe tan duro y le

llegó tan hondo que no pudo asimilarlo.

No es una sandez, dije yo. No es ninguna tontería.

Le expliqué que si hubiera dispuesto de un método para abortar con garantías sanitarias, razonable y sin riesgo (que era su ideal como reformador médico), él no habría nacido. Y ¿no te parece una buena idea que Gus Voorhees se las apañase para nacer?

Gus meditó. No tenía una respuesta preparada para aquella pregunta.

¿Nunca sospechaste que tu madre no te «deseaba», mi querido Gus? ¿Es que no era evidente? Y si hubiera tenido la posibilidad de «abortarte»...

¡Santo cielo, Lena! No cabe duda de que eres directa.

No he sido nada directa. He dado todo un rodeo. Te he contado una historia bastante larga con la esperanza de que pudieras ver las cosas desde una perspectiva que no es de manera natural la tuya.

Para entonces Gus había conseguido sonreír. Al menos algo parecido a una sonrisa... avergonzada, un tanto desconcertada.

Tenía la esperanza de que no me aborreciera a partir de aquel momento. Pensaba que era un riesgo que tenía que correr en interés de la sinceridad.

Finalmente se dio por vencido. De acuerdo, capto la ironía. La paradoja. Pero de todos modos las mujeres deben decidir ellas mismas.

Por mi parte veía ya cómo tu padre estaba organizando su argumentación. Disponiendo las palabras. Porque le habían asestado un golpe, y había sido físico, un directo al cuerpo... ahora tenía que eludir sus consecuencias empleando palabras familiares.

Lo que es desconocido pierde profundidad si se utilizan palabras conocidas.

Diciendo: Deberías haber tenido la libertad de decidir por ti misma fuera cual fuese el resultado más adelante. Ese es el hecho.

¿Lo es? No habría habido un más adelante para pensar en ti... nunca habrías nacido. Tan solo... nada. Un vacío.

Podrías haber tenido otros hijos, Lena. Para ocupar el lugar del embarazo interrumpido.

Pero ninguno de esos hijos habrías sido tú. Y tú eres valiosísimo para mí, has adquirido responsabilidad e importancia en el mundo y has hecho un bien inestimable a muchas otras personas.

Gus, sin embargo, insistió, testarudo: Las mujeres deben decidir por sí mismas. Sus cuerpos son suyos, no nuestros. Es una obscenidad que un

hombre, cualquier hombre, le diga a una mujer qué es lo que tiene que hacer con su cuerpo. Prescribirle que dé a luz si no está preparada. O si no llega nunca a estar preparada.

Entonces, ¿crees que habría sido mejor interrumpir mi embarazo para que no nacieras?

(Era muy duro decir aquello. Pero, si no, ¿cómo dejar bien clara mi posición?)

Lena, no hay un «mejor» ni un «peor». Es ridículo hablar en esos términos. Si yo no hubiese nacido, no habrías sabido nada de mí porque no habría existido. Pero podrían haber existido otros en mi lugar y superiores a mí. Nunca lo sabremos.

Si Gus Voorhees nunca hubiese nacido, nadie lo echaría de menos, ¿no es eso?

Bueno; yo te echaría a ti de menos. Si lo hubiera sabido, te habría echado de menos, no sabes hasta qué punto, Madelena. No hay otra madre como tú.

Ponte todo lo sarcástico que quieras, Gus, pero lo cierto es que te equivocas si piensas que por haber nacido estás en condiciones de evitar que otros nazcan.

¿«Me equivoco» de qué manera?, ¿lógicamente?

Moralmente.

El aborto es moralmente neutral. Lo que importa es que una mujer tenga libertad para controlar su cuerpo, lo que significa libertad para equivocarse. Por lo menos se trata de sus propias equivocaciones. E incluso si algún aborto puede ser un error, no se trata de un error irremediable, porque la mayoría de las mujeres pueden volver a quedarse embarazadas.

Estoy de acuerdo contigo, Gus. No digo lo contrario. Creo, como tú, que las mujeres deben tener libertad. El aborto es inevitable; siempre habrá abortos. Deben poder practicarse sin cortapisas, lo creo. Y, sin embargo, solo ha habido un Gus Voorhees.

¡Caramba, Lena! Eso es obstinación. Y estás siendo demasiado personal. Hablamos de todas las mujeres, no exclusivamente de ti... o de mí.

No es posible ser demasiado personal, Gus. Solo ha habido un Gus Voorhees.

«Martillo de Jesús»: marzo de 2008-febrero de 2009

La primera vez que la vio apenas se fijó en ella. Ni siquiera había reparado en el hecho (si es que era un hecho) de que se trataba de una *mujer*.

La joven se presentó un día en el gimnasio de Dayton. Eran casi las seis de la tarde.

Pantalones grises de chándal, sudadera gris, capucha. El pelo tan corto como el de un tío. Aun sin ser alta tenía un cuerpo tan sólido como el de una novilla. Ojos entornados de color gris piedra que parecían húmedos. Y una nariz que le moqueaba y que se limpiaba una y otra vez con el dorso de la mano.

Tan tímida como una persona de quien descubres a la larga que es muda, sordomuda. Más bien torpe con los pies. Cohibida, como si le preocupara que la gente la estuviese mirando. (Nadie lo hacía. Aún no.) Preguntando si era posible que le dieran «clases». Cuánto le costaría cada «clase».

Él dijo que dependía.

—Bueno... Quiero ser *boxeadora*.

Al ver que la miraba de arriba abajo y casi a punto de burlarse, añadió de prisa:

—Lo que quiero es aprender a boxear.

Al ver que él seguía sin contestarle, añadió:

—Y después quiero ser *boxeadora*.

—Quieres «ser *boxeadora*». ¿De qué clase?

—Como las que pelean en televisión.

—¿Una profesional?

—Eso. «Profesional.»

Él no sonreía. Estaba muy lejos de reírse.

Pensaba que las chicas blancas como aquella eran infrecuentes. Las candidatas a *boxeadoras* eran negras o hispanas. O como algunas de ellas se hacían llamar: *latinas*.

Había «latinas» en el gimnasio. Acudían después de trabajar, para *ejercitarse*. Cuerpos carnosos, no musculosos. Cuerpos femeninos carnosos y sexis que se exhibían en los aparatos, vapuleaban el saco de arena con guantes de medio kilo y al cabo de menos de un minuto o dos ya respiraban por la boca, jadeantes. Labios pintados, rímel y maquillaje empezaban a corrérseles con el sudor. Las narices masculinas captaban su olor especial: a sudor perfumado. Las uñas de las manos, brillantes, perfectas. Nada tan importante como la perfección de las uñas. En el gimnasio los hombres no podían dejar de mirar, y era un alivio cuando las chicas se marchaban. No les interesaba el boxeo de verdad, ni siquiera aficionado, pero a veces pagaban para que se les dieran «clases»... no muchas. En el ring, peleando con un instructor, recibían inevitablemente un manotazo en la cara, en el estómago, en los brazos, nada fuerte, pero sí, *manotazos*... no era eso lo que querían aquellas chicas.

Bueno, de cuando en cuando una de las latinas decía, metiendo tripa y sonriéndole de reojo *Oye, Ernie, ¿crees que podría ser boxeadora? ¿Como Melissa Hernández?* Y él decía con una sonrisa indulgente como se sonríe a un niño pequeño *Claro que sí*.

Muy poco después la chica en cuestión desaparecía. Se echaba novio, se casaba, se iba a vivir a otro sitio. Era raro que una mujer tuviese verdadero interés por *estar en forma*. Lo que les interesaba era el aspecto que tenían a ojos de los hombres.

Ernie vio que aquella chica era diferente. Tenía la cara tan chata como si se la hubieran restregado con un trapo de cocina. De cejas muy pobladas, pero con ojos que parecían carecer de pestañas. Ojos húmedos de color piedra, y piel del tono de un cielo plomizo de invierno o de un lavabo de loza cubierto por una fina capa de suciedad. Podía tener entre dieciocho y veintiocho años. El tipo de mujer que madura pronto. Cintura fuerte, ancha de hombros. Probablemente muslos tan grandes como pernils de res y músculos bien prietos. Rodillas poderosas. Uñas rotas y sucias. No cabía esperar que el maquillaje mejorase su apariencia en el ring y en especial en televisión, donde quedan expuestas todas las imperfecciones, aunque se podía ver (casi lo veía él) que podría resultar atractiva para cierto tipo de aficionados que disfrutaban con el espectáculo de una mujer más bien fea e impasible, como la hermana mal bicho de alguien, aporreada, derribada, humillada y ensangrentada por una de las estrellas en alza del boxeo femenino, lo que sin

duda implicaba cierta dosis de desahogo sexual. Quizás.

¿Quería él hacer dinero con algo así? No quería.

De todos modos: algún otro estaría dispuesto. Podía pensar en un buen número de aprovechados.

Sin olvidar la AMB, la Asociación Mundial de Boxeo, los promotores. Don King.

Había que respetar a los que carecían de cualquier apoyo. A los desesperados. Hombres, mujeres. La mayoría eran varones. Y negros, de Dayton. Aquella chica no era de la ciudad, pero sin duda había salido de Ohio, tal vez de Virginia Occidental. Los anhelantes ojos húmedos fijos en la cara de Ernie. La boca le hacía pensar en algún tipo de molusco. Los dientes no eran gran cosa.

—¿Has hecho algo de boxeo? ¿Alguna vez?

Negó con la cabeza: *no*. Como si la pregunta no fuese más que una molestia, como el zumbido de una mosca.

—¿Kárate?

Negó con la cabeza: *no*.

—¿Algún tipo de deporte atlético? ¿Baloncesto?

Afirmó con la cabeza: *sí*. Aunque frunció el ceño: quería indicar que no había ido demasiado bien, cosa que Ernie sabía ya al ver que tenía los brazos y las piernas muy cortos.

—¿Dónde? ¿Instituto?

—Sí.

—¿Hace mucho?

—Unos años.

—¿Eso qué quiere decir?

—Dos, tres años.

La respuesta había sido vacilante, insegura. No era alguien que recordase fechas con precisión. Pero si el dato era válido, quería decir que todavía era joven, menos de veinte.

—¿Por qué piensas que quieres boxear?

—Porque... creo que lo haré bien.

—¿Qué pruebas tienes?

Mirándolo con sus ojos húmedos de color piedra. ¿*Pruebas?*

La palabra misma pareció desconcertarla. Ernie veía su cerebro moviéndose, y pensó en el viejo ordenador de su oficina, que cuando se le

colgaba mostraba el icono de un arcoíris en miniatura que giraba sobre sí mismo.

—Soy... fuerte. Muy fuerte. Puedo levantar cosas pesadas... cajas, aparatos... Sé cómo defenderme. A mí no me tose nadie. No retrocedo ante nada.

Al ver que Ernie no se reía de ella y parecía escucharla, siguió contando que había visto muchísimo boxeo en televisión. Su hermano y ella casi no veían otra cosa de pequeños. Sus boxeadores favoritos eran Mayweather, Gatti, De la Hoya, Roy Jones, Mike Tyson, «no como está ahora sino como era antes». Hablaba con gran seriedad, frunciendo el ceño. Como si Ernie pudiera no entender la diferencia entre Mike Tyson *ahora* y Mike Tyson *antes*.

También, dijo, había visto algunas boxeadoras en televisión (impresionó a Ernie porque se sabía los nombres: Hernández, Gogarty, Crowe, Johnette Taylor): estaba segura de que podía aprender a boxear y hacerlo tan bien como ellas.

Ahora a él se le escapó una sonrisa desdeñosa, pero la chica contraatacó:

—Tuvieron que empezar igual que yo, ¿no es cierto? ¿Soy tan distinta? — su voz adquirió un repentino filo de beligerancia que le sorprendió.

—Depende de lo hambrienta que estés. De lo desesperada.

La chica se rio, insegura. No sabía si se trataba de un chiste.

Muchas cosas eran chistes, lo sabía. Daba lo mismo que a uno no le pareciesen divertidos.

—¿Sabías que Johnette Taylor se entrenaba aquí?

No lo sabía. Avergonzada de su ignorancia.

No era exactamente cierto que Johnette hubiera entrenado allí para sus combates como profesional, pero Ernie había visto las posibilidades de aquella chica de dieciséis años para (tal vez) el boxeo femenino en las Olimpiadas, algo de lo que se hablaba por entonces, pero que seguía (aún) sin aprobarse. Pronto, cuando Johnette se hizo profesional a los diecinueve años, abandonó Dayton: nuevo entrenador, nuevo representante, radicado en Cleveland. Ernie no había seguido su carrera desde que perdió el título de los pesos wélter de la AMB un año antes y corrieron rumores acerca de lesiones.

—¿Crees que podrías aprender a boxear como Taylor, eh?

Tímidamente la chica asintió con la cabeza. *Sí*.

Le salieron manchas en la cara por la vergüenza. Sonrió tontamente. Ernie

se preguntó si era ligeramente retrasada: parecía que hablar lo bastante alto para resultar audible le exigía un gran esfuerzo, una buena dosis de audacia. Como si se le hubiera hecho creer que ninguna de las palabras que pudiesen salir de su boca, ninguna expresión que estuviera a su alcance, podía tener el más mínimo interés para otra persona; y sin embargo, albergaba la audacia de imaginar que podía llegar a convertirse en boxeadora profesional...

Y cuantísimo esfuerzo había sido necesario para que se atreviera a entrar en el gimnasio, a pisar el interior de un lugar casi enteramente masculino, y oler los cuerpos, un olor apestoso a sudor, con solo hombres a la vista, en los aparatos, en los sacos de arena y en las peras de entrenamiento, en el ring, muy sucio (dos tipos jóvenes, larguiruchos, de unos veinte años, hispanos muy morenos, guantes de cuarto de kilo, protector de cabeza, combatiendo con puños rápidos y precisos), voces altas, todas masculinas, y en las paredes carteles y fotografías de boxeadores. Al menos la chica tenía coraje.

Ernie se notó impaciente con esa chica fea e inexpresiva, pero tampoco quería perjudicarla, y pensó *No malgastes tu dinero. No quiero tu dinero. Date la vuelta y vete de aquí si de verdad sabes lo que te conviene.*

—Entonces, ¿lo puede hacer?

—Hacer... ¿qué?

—¿Darme clases? ¿Como para... para boxear?

Su voz era tan de súplica, y tan desvalida la manera en que respiraba por la boca —como si su vida dependiera de las palabras que un desconocido podía pronunciar deprisa y sin esfuerzo, como si Ernie sirviera los naipes en una partida en la que él no se jugaba nada y ella todo—, que cómo demonios no decirle:

—Mira lo que vamos a hacer: vuelve mañana. Hoy nadie tiene tiempo para ocuparse de ti.

Alivio en su rostro y una sonrisa inesperada que la hizo parecer más joven, infantil en su esperanza.

Murmuró *¡Gracias!* Y se dio la vuelta para irse muy deprisa antes de que el desconocido cambiara de idea.

—Espera. ¿Cómo te llamas?

Murmuró algo que sonaba como *D.D. Dun-fie.*

—¿«D.D.»... ¿Es eso un nombre?

Se echó a reír, ruborizándose, pero complacida.

—Sí. Es mi nombre.

El Martillo de Jesús. Eso *era ella*.

Con la ayuda de Jesús, eso *llegaría a ser*.

Sabía que era tosca, torpe. Sabía que era mucho lo que tenía que aprender. No movía las piernas con la suficiente rapidez (todavía) y tenía los brazos cortos, por lo que estaría en desventaja ante cualquier mujer de brazos más largos. Tendría que aprender a encajar golpes si quería propinarlos. (Algo a lo que estaba muy dispuesta.) Hay combates que se ganan cuando el boxeador más fuerte se agota golpeando el cuerpo de su contrincante, como el joven George Foreman contra el no tan joven Muhammad Ali (Dawn había visto la pelea en ESPN, el canal por cable), y si aquella era una manera de ganar, D.D. Dunphy no tenía el menor inconveniente.

Aunque era fuerte, se quedó enseguida sin aliento en el gimnasio, lo que le supuso toda una sorpresa: en su trabajo, en el muelle de descarga de Target, D.D. Dunphy tenía más resistencia que nadie, incluidos los varones jóvenes.

D.D. era la persona que no se quejaba nunca. Ni siquiera en los días de frío helador. Hacía su trabajo y no abría la boca. Pensaba en sus cosas mientras sus compañeros mantenían un flujo constante de estúpido parloteo y chistes desagradables, algunos de los cuales (D.D. lo sabía) iban destinados a ella... *Eso solo quiere decir que tengo que trabajar mucho en el gimnasio. Me esforzaré más que nadie.*

Conseguiría que su apellido fuese un motivo de orgullo: *Dunphy*.

De esa manera no llamaría la atención sobre sí misma, dado que lo que deseaba era honrar a *Luther Amos Dunphy*, su padre.

Pero si le preguntaban, si la entrevistaban, en televisión por ejemplo, entonces diría con mucha calma: *Dedico mis combates a Luther Amos Dunphy, mi padre, y a Jesús, que es mi Salvador.*

Muchos de los boxeadores que Luke y ella habían visto en televisión daban gracias a Jesús por sus victorias. También eran muchos los que se arrodillaban en el ring para inclinar la cabeza en una rápida oración o se santiguaban si eran católicos. El magnífico peso pesado Evander Holyfield (que había ganado a Mike Tyson en dos combates por el título de dicha categoría) usaba una gorra de béisbol con las palabras *JESÚS ES EL SEÑOR*. George Foreman se había hecho ministro de una iglesia cristiana. La

boxeadora a la que D.D. más admiraba era Tanya Koznick («la Gata Salvaje»), campeona de peso ligero júnior de la AMB, que no podía medir más de un metro cincuenta y ocho, y que peleaba como una fiera, saltándose todas las reglas de seguridad y precaución, a base de abrumar e intimidar a sus contrincantes con feroces ráfagas de golpes. En los bíceps de ambos brazos llevaba cruces tatuadas, y una fina cadena con una crucecita de oro alrededor del cuello incluso cuando subía al ring. Empezaba las entrevistas en televisión diciendo con voz quebrada y gutural que se lo debía todo a Jesús y en especial le debía la vida: *Antes de Jesús mi vida era un asco. Jesús me sacó de ahí.*

Al oír aquellas palabras, D.D. Dunphy se estremecía y sentía tanta emoción como si Jesús la hubiese tocado en la frente: un toque muy ligero, solo con la punta de los dedos.

Era extraño, sin embargo, que en el gimnasio Jesús guardase las distancias. No lo aprobaba (todavía). Existían prejuicios muy intensos contra las boxeadoras. D.D. temía que llegase el día en que sus compañeros de Target descubrieran que se entrenaba en un gimnasio del centro (frecuentado sobre todo por negros e hispanos) y cuáles eran las esperanzas que albergaba. No le hizo confidencias a nadie, por supuesto. Ni siquiera a su supervisora, que parecía haberse percatado (¿cómo? D.D. no se lo había contado) de que tenía allí a una chica cuya madre no quería saber nada de ella.

Edna Mae había manifestado su repugnancia: según ella, que algunas jóvenes quisieran boxear por dinero como los hombres, exhibiendo el cuerpo ante los públicos más ignorantes y golpeándose en la cara como salvajes, tenía que deberse a la influencia de Satanás. D.D. no había sabido cómo rebatir a su madre o a otras personas de la iglesia de su madre, porque una parte de ella misma no estaba en desacuerdo con palabras tan duras. Pero la acusación de Edna Mae no era verdad, D.D. no era una *hija de Satanás*. Se sentía herida, pero también furiosa. Herida a menudo y a menudo furiosa. Le producía una especie de repugnancia y de rabia ver en televisión a boxeadoras maquilladísimas y con ropa tan sexi y ajustada que se parecía más a un traje de baño que a un adecuado atuendo para subir al ring como el que usaban los varones. Para sus combates, D.D. Dunphy vestiría de negro (como había hecho Mike Tyson): camiseta negra sobre un recio sujetador deportivo, y pantalones también negros, justo por encima de la rodilla, que era lo reglamentario para los varones.

Pronto llegaría su hora. La hora de D.D. Dunphy, «el Martillo de Jesús».

Durante el trabajo en Target la hipnotizaban aquellos pensamientos. Ante el saco de arena y ante la pera de entrenamiento, cuando hacía sentadillas, al levantar pesas, al hacer flexiones y abdominales y al saltar a la comba, caía en trance. Abría la boca, respiraba muy deprisa. Las voces de los demás quedaban muy lejos. Las voces de otros eran como emisoras de radio desvaneciéndose. No advertía las miradas masculinas desdeñosas y burlonas. No oía los comentarios groseros. No se enteraba si alguien decía *A esa tía tan fea, joder, con una cara como un culo, que alguien le tape la cabeza con una bolsa y nos haga un favor*. Lo que la fascinaba era *el Martillo de Jesús* en el ring bajo los focos de la televisión. La boxeadora que no era ella sino «D.D. Dunphy», con camiseta y pantalones negros. Zapatos negros con cordones muy apretados. Hombros y brazos musculosos, piernas y muslos igualmente musculosos. Untada de vaselina, el sudor le abrillantaba la cara. El pelo muy corto y cuidadosamente afeitado en la nuca. Las manos bien sujetas dentro de unos bonitos guantes rojos de cuarto de kilo. Que subía al ring bajo los focos cegadores de la televisión en un delirio de expectación. Vítores y silbidos del público y allí estaba el árbitro alzando en triunfo su mano enguantada para declararla *Vencedora por K.O. y nueva Campeona del Mundo de Peso Wélter de la AMB, D.D. Dunphy, «el Martillo de Jesús»*.

—Jesús, ayúdame. «Jesús es el Señor.»

Llevaría una gorra negra de pana con esas palabras cosidas. En algún momento futuro (si Dios lo quería) encontraría patrocinadores que pagarían sus gastos y la mantendrían: Adidas, Nike, Reebok.

O quizás una distribuidora local de automóviles. O Dayton Sports Supplies.

Johnette Taylor tenía un patrocinador local cuando vivía en Dayton. Había conseguido patrocinadores a todo lo largo de su carrera hasta que empezó a perder y la abandonaron.

D.D. quería preguntar por patrocinadores: sabía lo crucial que era tenerlos, imposible ser boxeador de otra manera, porque se ganaba muy poco, sobre todo las boxeadoras, incluso las mejor clasificadas y defensoras de títulos. Había sabido por Ernie que la actual campeona de peso wélter de la AMB tenía que trabajar a tiempo parcial en una de las farmacias Walgreen's de Omaha, en Nebraska; aquello la sorprendió y le supuso una decepción.

—Solo por informarte, D.D. Solo para que lo sepas.

—¿Saber *qué*? ¿Que es así como están las cosas ahora mismo, aunque quizá no sigan siempre así?

La voz se le llenaba de ferocidad. Comprendía que su interlocutor estaba tratando de desanimarla y no lo soportaba.

—No quiero boxear por dinero, de todos modos.

—¿Por qué, entonces?

—Por... una razón.

—¿Qué razón?

D.D. pensó. No le podía contar lo que de verdad le llenaba el corazón: el recuerdo de su padre, un hombre que había sacrificado su vida y al que se estaba olvidando.

No le podía decir: *Para hacer de mí algo que merezca la pena. Para poder enorgullecerme de algo en el nombre de Jesús.*

Se oyó reír, en cambio. Como se reía cuando se le enganchaban los pies en la condenada cuerda de saltar, o golpeaba tanto el saco de arena que tenía que agarrarse a él para no desmayarse.

Había aprendido a reírse de las cosas que la molestaban y la enfadaban y la frustraban. La ferocidad se le presentaba como un incendio, tenía que reír o aullar como una loca.

Era una sorpresa para otros, los que no esperaban que se echara a reír sino que se tapara la cara avergonzada. Pero Jesús la aconsejaba: *Ríe para demostrar que no eres incapaz de reír. Ríe para que se vea que te puedes reír.*

—Quizás ningún motivo valga. Solo te lo digo, D.D.

Ernie era lo que podría llamarse un negro de piel clara o (pensaba ella) algún tipo de hispano mezclado con negro. Al verlo en el gimnasio con otros que eran de un color más oscuro, Ernie Beecher no parecía especialmente «negro», pero al verlo con los llamados «blancos» (como ella misma, suponía D.D.) sí que parecía «negro», lo que llamaban «afroamericano».

Más adelante oiría que Ernie Beecher tenía toda clase de sangres «mezcladas»: negra, jamaicana, hispana, de indio americano, asiática (camboyana). D.D. no podía saber en qué medida todo aquello era exacto. O si tenía cincuenta años, ¡o incluso más!, lo que fue una sorpresa para ella, porque lo creía hasta entonces mucho más joven, dada su manera de pelear en el ring con algunos de los habituales, y lo incansable que era con ella cuando trataba de meterle en la cabeza la *estrategia defensiva*. Se decía que estaba

casado. Y que tenía hijos de varias mujeres. Había sido boxeador semipesado hacía mucho tiempo: se podía ver su nombre en letra pequeña en un cartel antiguo encabezado por TOMMY HEARNS vs. PIPINO CUEVAS. La velada se había celebrado en Detroit, en agosto de 1980.

¡Hacía tanto tiempo! 1980. D.D. trató de imaginar qué aspecto habría tenido entonces Ernie Beecher.

No era un hombre del todo corriente. Había algo intenso y vigilante en él; en los ojos, que eran como los de un halcón. Y algo retorcido en el rostro, como de raíces de un árbol que hubieran crecido entrelazadas. Con el tiempo D.D. se daría cuenta de que estaba muy marcado por las cicatrices.

Le hubiera gustado preguntarle por su carrera como boxeador. Ver algunas fotos.

Pero supo que no debía hacerlo. Nunca le preguntaría. Temía perder su aprecio. La mucha paciencia que tenía con ella.

Le resultaba asombroso que hubiese sido tan amable. No le había exigido que pagara la tarifa normal por las horas de gimnasio, concediéndole en cambio un «descuento».

No le hacía preguntas. Si el apellido *Dunphy* significaba algo para él (D.D. no tenía motivo alguno para sospecharlo, nadie se acordaba de su padre), no daba la menor señal. Era caballeroso. No toleraba tonterías, gamberradas, ninguna clase de comportamiento perturbador o desconsiderado en el gimnasio. Te echaba sin contemplaciones si te lo merecías. Lo había presenciado con sus propios ojos. Le había oído hablar de manera crítica a un joven instructor del gimnasio, familiar suyo. No olvidaba, pero podía perdonar.

Sus ojos eran de una tenue negrura líquida. Y su voz, tan suave para tratarse de una voz masculina que en realidad D.D. no le oía y solo podía murmurar *Sí. Vale, Ernie.*

Su olor era peculiar, muy definido, era *su olor*. Sola en el sitio que alquilaba en Post Street a pocas manzanas de distancia en la cama que era la suya, donde a menudo llegaba tan cansada que dormía sin quitarse la mayor parte de la ropa y en las noches frías incluso con calcetines de lana, se despertaba de repente oliendo *su olor* y con una confusión tal que no sabía dónde estaba.

¡Lo quería tanto! Deseaba hablarle de su padre que había entregado su vida

por las vidas de inocentes bebés que no podían defenderse. Quería contarle cuánto echaba de menos a su padre y también a su madre y a su familia de Mad River Junction, la pequeña ciudad a la que no podía volver porque no sería bien recibida.

Y él preguntaría *¿Por qué no serías bien recibida, D.D.?*

Y ella respondería *Porque mi madre cree que soy una hija de Satanás.*

Pero la dominaba la timidez. Y cuando estaba cerca de él lo más probable era que le faltase el aire, que jadeara antes de volver a respirar con normalidad y que el corazón le latiera alocadamente en el pecho. La preocupación era constante: *¿Soy lo bastante fuerte? Quizás no lo suficiente.*

Se acordaba de cómo Luke se había reído de ella. Dawn Dunphy, que se creía capaz de *boxear*.

No le quedaba más remedio que sonreír. Era... sí, cierto: era *extraño*. Cualquiera se reiría de ella. Ella misma se reiría si no fuese ella. Pero Jesús tenía fe en D.D. Dunphy, de eso estaba segura. Como Jesús había tenido fe en su rebelión contra los chicos del instituto, que creían poder avergonzarla y fueron ellos los avergonzados.

¡Había empuñado el martillo de Jesús! Cuando terminó con sus enemigos, la cabeza del martillo estaba pegajosa por la sangre.

—Setenta y tres kilos.

La había pesado, como a una novilla. Por la expresión de su cara, D.D. vio que Ernie no estaba satisfecho.

—¿Qué se supone que tengo que pesar? —su voz era lastimera.

—Sesenta y siete. Peso wélter.

¡Peso wélter! Era la primera vez que Ernie le ponía nombre a lo que tenía que ser.

El corazón se le inundó con lo que le pareció sangre caliente. Los ojos se le llenaron de lágrimas. No se atrevía a mirarle a la cara, por temor a traicionar lo que encerraba su corazón.

—Sí. Vale. Puedo hacerlo. Supongo.

Era una chica pesada. «Robusta» según su tía abuela, algo que Mary Kay también decía de sí misma.

Gran parte era músculo. Pero no todo.

Necesitaba dejar de comer a manos llenas cualquier tipo de comida basura

salida de envases de poliestireno, renunciar a los refrescos azucarados y a las patatas fritas. Su debilidad eran las patatas fritas, tan grasientas y saladas que los dedos le escocían mientras las devoraba. El aliciente de aquellas patatas en el Wendy's del centro comercial era que les podías echar todo el ketchup que te apeteciera sin que nadie te lo impidiera ni se diese cuenta.

Le gustaba el sabor intenso del ketchup, de la mostaza, de la cebolla picada. Mucho.

También le encantaban los donuts. Bañados en grasa, confeccionados con grasas saturadas. Donuts corrientes, donuts con azúcar cande, donuts de canela, donuts con crema, donuts espolvoreados con azúcar morena de grano grueso... Se le hacía la boca agua solo con pensarlo.

En la sección de alimentos de Target, con el descuento por ser empleada de la empresa, podías comprar donuts a precio reducido: era una forma de venderlos deprisa porque ya no eran recientes o se habían roto...

Ernie le habló de hacer un *régimen*. Le dio una lista impresa con los alimentos que tenía que comer y los que tenía que evitar. Lo intentaría, pero la mayoría de las cosas que debía comer no se las podía permitir (*verduras frescas, carne magra*), como Ernie tendría que haber sabido.

Pero ya empezaba a perder peso al mismo tiempo que añadía músculo, y se encontraba mejor, más fuerte aunque (a menudo) sintiera molestias y dolor por todo el cuerpo, además de insensibilidad y un resonar en la cabeza como de lejanas campanas de iglesia. Por otra parte, el corazón se le llenaba de júbilo ante todo lo que aún estaba por llegar.

Peso wélter: sesenta y siete kilos o menos. Tal era el peso ideal para D.D. Dunphy, que medía un metro setenta y dos con zapatillas de gimnasia.

Soñaba con celebrar su primer combate antes de un año y al poco tiempo (no estaba segura de cómo podría producirse aquello: su entrenador lo sabría) ganar el dinero suficiente para dejar Target o trabajar solo media jornada. Si las cosas iban bien (si ganaba las peleas), la emparejarían con contrincantes como Angel Díaz, Pryde Elka («la Squaw»), Yolinda Crowe. Y si las ganaba, se podría enfrentar con Ilse Kinder, la campeona de peso wélter de la AMB, en el caso de que Ilse Kinder siguiera en posesión del título para entonces.

En Mad River Junction la verían. En la televisión. Quizás Edna Mae no, porque nunca la veía, pero sí su tía abuela Mary Kay, su hermano Luke, Anita, Noah, vecinos, alumnos del instituto y profesores.

¡La vería la señorita Schine! La señorita Schine se alegraría por ella.

Y también en Muskegee Falls la verían. Gente que había conocido a su familia en el lugar donde Luther Amos Dunphy, su padre, había vivido y trabajado y donde el tribunal lo había declarado culpable y sentenciado a muerte.

Hablaría con calma. Daría gracias a Jesús con orgullo en la voz. Revelaría a su entrevistador que su carrera como boxeadora estaba dedicada a la memoria de Luther Amos Dunphy, su padre.

—Y quiero dar las gracias también a mi profesora, la señorita Schine... También ella tuvo fe en mí.

Le oyó por casualidad. Oyó su voz.

No escuchaba a escondidas. No lo había hecho nunca.

Ni siquiera de pequeña, aunque sabía (adivinaba) que sus padres hablaban de su hermanita Daphne en voz baja y con preocupación. Porque se decía (lo decían algunos de sus parientes) que la niñita *no estaba bien de la cabeza*.

Tenía muchísimas ganas de oír lo que decían. Pero no escuchaba.

Porque también a Dawn le preocupaba Daphne. Luke y ella se miraban cuando parecía que la niña no podía mantenerse en pie sin que la sostuviese alguien, ya que de lo contrario se derrumbaba como si tuviese rota la columna vertebral.

Se le caían las cosas de las manos como si los dedos no le funcionaran.

Y hubo otras ocasiones en las que habría querido oír lo que decían los adultos. Cuando los hermanos de su padre venían a la casa de Mad River Junction para hablar de *lo que Luther había hecho. Y qué era lo que había que hacer ahora*.

De manera que en el gimnasio de Dayton también deseaba escuchar a escondidas lo que Ernie Beecher pudiera estar diciendo. El anhelo era muy intenso por la temible posibilidad de que estuviese hablando de *ella*.

Y es que Ernie mantenía frecuentes conversaciones telefónicas. Utilizaba un inalámbrico y lo sacaba con frecuencia de su oficina. Hablaba, escuchaba y fruncía el ceño mirando al suelo. A veces se le crispaba la boca y era que se estaba riendo. Otras veces apenas hablaba. El misterio de otra vida, inaccesible para ella pero fascinante, la llenaba de una ansiosa especie de asombro.

Le gustaba oírle dar instrucciones sobre boxeo. Encontraba consuelo en las

palabras familiares dichas por una voz familiar y con ritmos familiares. No sentía celos... no muchos.

Pon todo tu peso ahí. Inclínate.

Okey. Otra vez.

No está mal. Pero nada del otro mundo.

Otra vez.

En el viejo televisor cuadrado de la oficina de Ernie, D.D. veía peleas antiguas.

Se sentaba en un sofá con muchas manchas y que se hundía demasiado. Contemplaba los vídeos fascinada. Para el final de un combate estaba sentada en el borde del asiento, la espalda recta y los ojos secos y sin parpadear.

Grandes combates del siglo. Jack Johnson, Jack Dempsey, Gene Tunney, Joe Louis, Jersey Joe Walcott, Rocky Marciano, Floyd Patterson, Cassius Clay/Muhammad Ali, Mike Tyson. Henry Armstrong, Sugar Ray Robinson, Jake LaMotta, Rocky Graziano, Tony Zale. Carmen Basilio, Marvin Hagler, Thomas Hearns, Roberto Durán, Sugar Ray Leonard, Óscar de la Hoya, Bernard Hopkins, Floyd Mayweather... No había ninguna mujer entre aquellos boxeadores y nunca la habría.

Vio también cómo a lo largo de las décadas, desde principios del siglo XX, el protagonismo en el boxeo había pasado de los púgiles de piel blanca a los de piel oscura y a los hispanos.

Se preguntó si también era demasiado tarde para ella. Las mejores boxeadoras eran negras, hispanas, nativas americanas.

Se acordó de lo que Ernie había dicho: *Depende de lo hambrienta que estés. De lo desesperada.*

Ernie no le había dicho *no*. No se lo había dicho todavía.

Ocho horas en Target, tres horas en el gimnasio.

Día tras día, semana tras semana, mes tras mes.

Estaba perdiendo peso... peso «blando». Los músculos se le endurecían, su cuerpo era para ella un motivo de asombro, una promesa.

Los pechos se los aplastaba lo mejor que podía. Utilizaba un recio

sujetador deportivo y encima una camiseta ni demasiado amplia ni demasiado ajustada. No le gustaba mirarse en ningún espejo; de manera especial si estaba desnuda después de ducharse. Incluso la palabra *desnuda* era reprobable... Seguro que Edna Mae no había pronunciado nunca semejante palabra.

Pero si encontraba un espejo empañado podía acercarse para ver su reflejo fantasmal peinándose deprisa, con impaciencia, el pelo mojado, retirándoselo de la frente y aplastándolo contra el cuero cabelludo. Ya no era posible limpiar las cerdas del cepillo rosa de plástico que le había regalado la señorita Schine y el mango estaba agrietado, pero D.D. no quería sustituirlo.

No le contaba a su entrenador que tenía recaídas en las que comía vorazmente alimentos prohibidos: patatas fritas, dónuts, pizzas que nadaban en grasa de *pepperoni*. De todos modos su peso disminuía poco a poco, de manera regular. Se estabilizaría entre sesenta y cuatro y sesenta y seis kilos, lo que, según Ernie, era el peso ideal.

—De acuerdo. Paso siguiente. Veamos de qué eres capaz.

Se le permitió empezar a pelear. Con muchas precauciones en un primer momento, y con uno de los instructores del gimnasio. Después con cualquiera que se dejaba convencer por Ernie para subirse al ring con D.D. Dunphy.

Chicos del barrio con aspiraciones a convertirse en boxeadores. Jóvenes de poco más de veinte años. Tipos de más edad que habían empezado una carrera como púgiles pero habían perdido los primeros combates o habían abandonado después de lesionarse, y que ahora esperaban intentarlo de nuevo. En aquel gimnasio no era raro que un boxeador cruzara guantes con una mujer: solo había tres instructores, los tres varones.

Estos últimos se resistían a pelear con D.D. Dunphy. Tenían intención de moderar sus golpes... al principio. Pero luego llegaba Dunphy, con la cabeza baja, patosa, absolutamente decidida, con el ceño fruncido y ojos sin pestañas, y golpeaba tan fuerte, cuando sus golpes lanzados sin orden ni concierto alcanzaban el blanco, que sus *sparrings* quedaban atontados.

—¡Eh! Joder, tía.

Retrocedían, riendo. La mantenían a distancia con ráfagas de golpes.

Ernie la seguía desde fuera del ring. Y ordenaba:

—Lánzate, Dunphy. Insiste. No te contengas. Vamos.

D.D. obedecía. Lo intentaba. Muy pronto estaba ya jadeante.

—Lánzate. Usa la derecha. *Vamos*.

A ciegas, insistía. Pese a sus piernas cortas se lanzaba hacia delante. Recibía golpes en la cara descubierta pero no se acobardaba.

Aquellas primeras sesiones pasaron en un abrir y cerrar de ojos. La adrenalina la inundaba, una avalancha jubilosa. No tenía una idea clara de lo que estaba haciendo, excepto de la necesidad de avanzar y de luchar.

Le iba la vida en ello, pelearía como fuera. No podía volverse atrás.

De los boxeadores que ya eran historia se identificaba con Jack Dempsey, que solo sabía ir hacia delante y que se estrelló con Gene Tunney, capaz de retroceder sin dejar de pelear.

En el gimnasio empezó a decirse con insistencia: *¿Esa chica a la que entrena Beecher? Es un pitbull.*

Esa Dun-phy, una especie de máquina de matar.

A Ernie le divertía que D.D. hubiera logrado, a regañadientes, el reconocimiento de los *sparrings* con los que se entrenaba. Los escuchaba asegurar *Tuve que contenerme, no podía partirle la cara y mandarla a las cuerdas para que se cayera de culo, ya lo has visto. Pero esa chica pega de miedo.*

Luego cruzó guantes con la primera mujer. La experiencia le resultó demoledora.

Nunca había golpeado un rostro femenino. Nunca la cara de una chica. Solo de jovencitos que la miraban con lascivia y que se merecían los golpes.

No puedo. Sencillamente no puedo.

Fue toda una conmoción. No había previsto semejante sorpresa. La nueva *sparring* era una joven del barrio, también con esperanzas de llegar a boxear, cinco o seis años mayor que D.D. Dunphy, y por lo menos cinco centímetros más alta, tirando a esbelta, cuerpo muy liso, de cara bonita y pálida algo desvaída, y pelo de color paja que dejaba ver unas raíces más oscuras. En los bíceps descubiertos lucía tatuajes de corazones en llamas y en las muñecas llevaba tatuados brazaletes. Pesaba como mínimo seis kilos menos que D.D., y era lo bastante rápida con los pies como para evitar los imprecisos golpes de Dunphy.

D.D. agachó la cabeza, ocultándose detrás de los guantes en alto. Se le erizó el vello de la nuca. ¡Ver un rostro de mujer frente a ella debajo del casco protector! No le pareció moralmente aceptable. En sus fantasías como

vencedora de combates, de ganadora de títulos, nunca había imaginado a su oponente excepto como un borrón. ¡Sería como golpear a la señorita Schine! Sería como pegar a su hermana... No le importaba hacer daño a los varones porque los aborrecía, pero no tenía nada en contra de aquella joven y no quería hacerle daño.

Lo que sabía de su *sparring* femenina era que se llamaba Mickey Burd y que se había entrenado de manera intermitente con Ernie Beecher durante los últimos años. Trabajaba en la cafetería del Hospital General de Dayton. Tuvo que dejar de entrenarse para mantener a su familia (su madre había muerto hacía pocos meses). Quizás estaba casada, o separada. Tal vez tenía hijos. Su única habilidad evidente en el ring era un directo de izquierda rápido y nervioso. Sus golpes resultaban débiles, vacilantes. El más potente era un gancho, también de izquierda, a la parte alta del pecho, que D.D. no sintió apenas. Pero retrocedía con un sinuoso desplazamiento lateral que resultaba imprevisible, como alguien que se desliza sobre hielo, por lo que D.D. no conseguía alcanzarla.

Y cuando lo hacía sus golpes volaban a lo loco, o solo la acertaban de refilón mientras Burd la esquivaba.

Después pasaron a trabarse, jadeantes. Los brazos de Burd se agarraban a los hombros de D.D., mucho más anchos que los suyos, como si se tratase de una mujer que se estuviera ahogando. Sabía que si D.D. se liberaba para atacar no iba a poder protegerse.

—Separaos. Hay que moverse.

A Ernie se le agotaba la paciencia.

—*Separaos*, he dicho.

Aun así a D.D. le resultaba imposible empujar a Burd para apartarla. Ella era mucho más fuerte, con mucho la mejor boxeadora, no había duda. Estaba sin embargo agobiada, se sentía desamparada. No tenía experiencia con aquellos abrazos en boxeo. La cercanía de la otra chica le resultó aniquiladora. El abrazo de la otra, la resbaladiza humedad ardiente de su piel, el olor del pelo color paja, su aliento en la cara la dejaron paralizada.

—¡Vamos, chica! Utiliza esa derecha.

Lo intentó, pero no pudo. El brazo le pesaba demasiado. No soportaba ver la cara de la otra, una piel como la suya, blanca y con manchas.

Indignado, Ernie detuvo el entrenamiento después de solo tres asaltos: nueve trabajosos minutos. D.D. Dunphy apenas se tenía en pie. La camiseta y

los pantalones cortos se le pegaban al cuerpo empapados en sudor. El mismo cuero cabelludo le picaba por el sudor. Respiración entrecortada. La cara escocida y con manchas rojas por los directos de izquierda de la otra, rápidos y nerviosos, y un hilillo de sangre brotándole de la nariz. Su cerebro estaba aturdido mientras escuchaba a Ernie, que le hablaba con dureza.

Tuvo que escapar. Bajarse del ring a trompicones. Sangrando. Rastro de sangre desde el ring hasta la parte trasera del gimnasio, hasta el reducido vestuario de mujeres, frío y húmedo, con un inodoro y una sola ducha de paredes de cemento, estrecha ventana horizontal mugrienta, como la ventana de un sótano, y a una altura de casi dos metros. La otra chica corrió tras ella —«Escucha, D.D.»— con la cara sudorosa y también sin aliento, pero abriendo el agua fría en el lavabo para empapar toallas de papel y limpiar el rostro escocido de D.D.

—Oye. No te sientas mal. Lo has hecho muy bien. Yo siempre hago lo mismo, o trato de hacerlo... mis golpes son de risa, así que me quito de en medio o me abrazo. Ernie presiona demasiado a veces. ¿De acuerdo?

Estuvo dos días sin volver por el gimnasio. Tres días.

(¿Iba a llamarla él? No.)

(D.D. sabía que no lo iba a hacer y así fue.)

Cuando reapareció, Ernie no hizo el menor comentario. Fue como si no hubiera estado ausente, pero era cierto que se había ido, y cierto también que, aunque se hubiese arrastrado para ir a morir a otro sitio, a nadie le había importado.

De manera que tomó la decisión de complacer a Ernie, aunque lo detestara. Se lanzaría con más ahínco a la rutina del entrenamiento, rutina que había llegado a ser un consuelo aunque le supusiera verdaderos sufrimientos. Pera de boxeo y saco de arena, flexiones, levantamiento de pesas, ejercicios de colchoneta, quince minutos de saltar a la comba. Práctica de golpes: directo de izquierda, croché, gancho de izquierda, gancho de derecha de abajo arriba. Se proponía impresionarlo, aunque Ernie no lo reconociera. Las duras palabras que le había dirigido flotaban entre ellos como un débil olor repugnante que se iría disipando, pero muy despacio.

D.D. era menos tímida ya. Habían pasado meses, empezaban a conocerla en el gimnasio. Quería pensar: *Están empezando a ver que este también es mi sitio.*

Evitaba a las otras mujeres que acudían a entrenar después del trabajo y

que pasaban una hora o menos con los aparatos, contemplándose sin rebozo en el espejo de la pared, pavoneándose con camisetas y mallas de licra, ejercitándose en la cinta de correr con lujosas zapatillas deportivas de color rosa, rostros maquillados al límite y uñas relucientes como garras. D.D. veía cómo sus ojos con rímel abundante la examinaban, fríos y desconcertados, o compasivos, descartándola de inmediato.

Idos al infierno. Que os den. Como si tuviera el menor interés en ser como vosotras, hijas de puta.

No era D.D. Dunphy quien pronunciaba aquellas palabras tan duras, sino otra persona. Con la esperanza de que Jesús no las oyera.

Estaba esperando a que volviera Mickey Burd. El pelo de color pajizo con raíces más oscuras, el rápido alivio de una sonrisa —«Oye. ¿Estás bien?»—, pero Mickey no reapareció. Y no quería preguntar por ella.

Podría haber ido a su casa y llamar a la puerta. Sabía que Mickey Burd vivía cerca, en una calle llamada Barrister. Pero no iba a interesarse por Mickey, el orgullo se lo impedía.

Tampoco Ernie Beecher le habló de ella. Los dos estaban dispuestos a olvidar el humillante episodio en el ring.

Se quedaba más tiempo en el gimnasio para ver entrenarse a boxeadores. Notables púgiles negros con poco más de veinte años, pesos ligeros. D.D. se desesperaba, nunca podría ser tan rápida con los pies, ni tampoco tan hábil. Los golpes de aquellos jóvenes no eran tan potentes como para hacer mucho daño, pero sí lo bastante para dejar cortes en un rostro desprotegido.

Llegó a sentirse fascinada por un peso semipesado apellidado Rodríguez, el boxeador estrella del gimnasio. En otra época había sido pupilo de Ernie Beecher, pero ahora trabajaba con otro entrenador más joven, protegido de Ernie, bajo su dirección.

Estaba en el mejor momento de su carrera, o solo un poco después del mejor momento, a D.D. no le importaba. En el gimnasio, entrenándose con otros boxeadores más jóvenes, Héctor Rodríguez conseguía rachas de boxeo poderoso. Al verlo, D.D. se acordaba de ciertos boxeadores a la antigua usanza que había visto en los vídeos de Ernie: Graziano, LaMotta. Su estilo en el cuadrilátero era un mínimo de cautela y precaución que alternaba con agresividad pura y dura. Disponía de un gancho de izquierda a poca distancia que era impresionante. Parecía muy enfadado cuando descargaba sus golpes más potentes, como si su *sparring* fuese un adversario que se interpusiera

entre él y una bolsa considerable. Y D.D. Dunphy advertía el dolor y la furia en sus ojos con un foganazo de emoción.

A Ernie le dijo que quería boxear como Rodríguez. Quería ser tan buena como él.

Y en otra ocasión le dijo que quería pelear con Rodríguez. Solo una vez.

A Ernie no le gustó semejante posibilidad. Movi6 la cabeza para decir *no*. No era una buena idea.

¿Por qué no? D.D. podría aprender de Rodríguez más que de cualquier otra persona del gimnasio.

—¿Por qué no? Es un peso semipesado. Te haría daño.

—Eso es lo que necesito. Necesito *saberlo*.

Pero Ernie se mostró inflexible. No era una buena idea. *No*.

Durante semanas D.D. no perdi6 de vista a Rodríguez, que se entrenaba para un combate en Cincinnati. Su imagen le llenaba la cabeza como un globo que se inflara. Comenz6 a descuidar algunos de sus ejercicios por observarlo. Y él había empezado a reparar en su existencia. En el gimnasio ya se iba conociendo a D.D. Dunphy como la boxeadora que Ernie entrenaba, y Rodríguez estaba al tanto, y (D.D. podía verlo) la desaprobaba. No le parecían bien las boxeadoras y a ella no la miraba con buenos ojos.

Vio cómo la examinaba. No con aire amistoso, sino frío. Desdeñoso. Varón hispano que menosprecia a una atleta concienzuda. Tenía rostro de halc6n, con pequeñas cicatrices en las cejas, pelo negro muy liso que se tensaba detras de la cabeza en una pequeña coleta. Pese a las marcas en la piel de la cara y en el cuello era bien parecido, vanidoso. Su cuerpo de boxeador de peso semipesado era musculoso y estaba en forma, y aún no había flacidez en su cintura. En la espalda, los bíceps y los antebrazos, las telarañas de los tatuajes parecían heridas florecidas.

Rodríguez se entrenaba con diversos contrincantes. D.D. Dunphy anhelaba figurar entre ellos.

Fue a implorarle a Ernie.

—Aprendería.

—¿Aprender qué? ¿Cómo conseguir que te rompan la mandíbula?

Estaba indignado. Los elogios que le hacía, y que ella apreciaba tanto como una criatura que se muere de sed aprecia el agua, se habían vuelto escasos y a regañadientes.

(¿Acaso Ernie tenía celos de Héctor Rodríguez? D.D. sonrió al pensarlo.)

En Target, las horas se le hacían larguísimas. Soñaba con el gimnasio, sus olores acres, el sudor de los cuerpos masculinos, las ventanas opacas por la mugre. Como soñaba con Rodríguez, si no estaba en el gimnasio durante sus ejercicios. ¡Le pesaban tanto los párpados! De repente se estaban entrenando juntos como iguales. O casi.

Se entrenaban juntos como iguales hasta que, de repente, Rodríguez arremetía, con un vendaval de golpes, contra la cabeza, el cuerpo y otra vez la cabeza de D.D.: por vez primera, D.D. Dunphy *caía derribada*.

Rodríguez se compadecía, se inclinaba sobre ella, y la llamaba por su nombre, «D.D.».

Era Graziano y también LaMotta. Los dos en pie, abrazados. Al término de un largo combate en el que el hombre era el vencedor y ella la vencida, aunque los dos con el rostro maltrecho y ensangrentado.

Una noche, cuando Héctor Rodríguez llegó al gimnasio con dos amigos, D.D. se atrevió a saludarle. El boxeador llevaba una chaqueta de ante de color gris claro que ya no era nueva y estaba un poco manchada. En los pies, botas labradas a mano. Su actitud con la chica nueva que Ernie Beecher estaba entrenando fue seca, indiferente. Existía cierta tensión entre Rodríguez y Beecher, como si se tratara de un hijo y un padre que se han decepcionado el uno al otro y no lo olvidan. Pero D.D. había calculado el encuentro con gran cuidado, era ella quien estaba en movimiento, quien pasaba por delante de los varones, ni un momento de indecisión, ni un volverse para mirar, tan poca importancia le daba.

Habían reparado ya en ella boxeando con un adversario imaginario, al estilo de Rodríguez. La inclinación de la cabeza, las descargas de rápidos golpes precisos a la cabeza, al cuerpo y otra vez a la cabeza del contrincante. El gancho de izquierda muy corto, con un arco de quince centímetros.

Con la capucha puesta, en un rincón helado del gimnasio. De manera que, a cierta distancia, no se sabía si se trataba de un hombre o de una mujer.

—«Chequeo.»

El sonido de la palabra la fascinaba: «che-que-o».

D.D. nunca había dicho aquello en voz alta. Pero ahora Ernie Beecher le había pedido una cita con un médico de Dayton para su *chequeo*.

La visita al médico no fue una experiencia agradable. Se le había explicado

que para poder boxear necesitaba estar «autorizada» y que, para ello, tenía que superar un examen médico. Nunca se había sometido a un examen como aquel en toda su vida, de eso estaba segura.

El doctor Danks era un hombre fornido (de raza blanca) de sesenta y pico años, de pelo canoso fino y etéreo, nariz y ojos en los que se marcaban las venas y con un ligero temblor en las manos. Debido a lo redondo y prominente de su estómago no se movía con facilidad en la silla en la que estaba sentado junto a su paciente. Detrás de unas gafas bifocales, sus ojos se movían a lo largo del cuerpo de la joven hasta los pies, melindrosamente recogidos, para subir de nuevo al rostro tenso, de cérea palidez.

—¿Sin problemas, eh? ¿Aunque sigue usted un duro entrenamiento para su primer combate?

Duro entrenamiento. Primer combate.

D.D. no lo había oído expresado de aquella manera: hacer un *duro entrenamiento para su primer combate*.

¿Era lo que Ernie Beecher le había contado al médico? Sintió que la inundaba una gran felicidad y no pudo hablar.

—Su entrenador me ha pedido que le recete algo. Cuando una mujer boxea existe la preocupación por... bueno, por el «ciclo menstrual», que es como se le llama. Una atleta debe tomar precauciones para estar siempre en su mejor forma física. Tenía la intención de examinarla de manera un poco más exhaustiva, pero, vaya... es obvio que está usted en excelente estado. Ernie Beecher tiene la reputación de trabajar solo con los mejores atletas que encuentra. Así que a continuación, señorita, si coopera usted un poquito... dejaremos resueltas estas formalidades y podrá seguir su camino alegremente.

D.D. no había oído gran parte de todo aquello. No había oído del todo *ciclo menstrual*, palabras que la habrían avergonzado. Y *seguir su camino alegremente*, ¿qué quería decir aquello?

Solo podía pensar en *primer combate. Duro entrenamiento*.

El doctor Danks, que respiraba con dificultad, no iba a tocarla más, eso era todo lo que importaba.

El médico consultó a la enfermera recepcionista y salió de la habitación arrastrando los pies. Con una risueña voz persuasiva como la que se podría emplear con un niño recalcitrante, la mujer le explicó a D.D. que ella misma podía «recoger una muestra» de entre sus piernas con un bastoncillo. «Eso será suficiente. Como un “frotis”.» D.D. se sintió avergonzada, pero aceptó el

bastoncillo de la mano de la enfermera y cuidadosamente se tocó con él entre las piernas, donde (supuso) había un poco de humedad pegajosa. Ruborizándose mucho se lo pasó a la enfermera recepcionista, que lo recogió con una mano enguantada.

—¡Muchas gracias!

Sola en la sala donde se hacían los reconocimientos, siguió tumbada en la camilla durante un momento sin poder moverse. Se había librado de la indignidad de un *examen pélvico*.

Edna Mae se sentiría aliviada, y no tan disgustada con ella.

Nunca olvidaría aquellas palabras: *Entrenamiento duro. Para su primer combate*. Oleadas de alivio, gratitud, esperanza le recorrieron todo el cuerpo.

«¡Gracias, Jesús!»

No la había abandonado después de todo. Aunque eso ya lo sabía.

Tras la visita al médico su entrenador le entregó un pequeño contenedor de plástico con cápsulas blancas. Una diaria, por la mañana.

—¿Para qué son? —D.D. tenía dudas sobre tomar pastillas; recordaba cómo a Edna Mae le habían afectado las suyas.

Las pastillas de ahora eran más pequeñas, pero también blancas.

Ernie le dijo que se trataba de «evitar problemas»... «como una vez al mes»... puesto que era una «atleta que tenía que tomar precauciones».

Parecía molesto, irritado. Como si D.D. debiera haber sabido de qué estaba hablando.

Durante un largo momento que pasó muy despacio, D.D. no entendió, luego una especie de comprensión la alcanzó, como un agua turbia en ascensión.

Casi de manera inaudible, avergonzada, murmuró *Vale*.

El primer combate quedó programado aquel mismo día.

Ya había una fecha, una meta. Ya podía ver en el calendario los días que faltaban hasta el 11 de febrero de 2009.

Sin querer acordarse de las otras veces en las que había marcado fechas en el calendario.

Ahora se entrenaba ya de manera oficial, todo el mundo lo sabía y la

miraba con respeto, a excepción, quizás, de las jóvenes que acudían al gimnasio únicamente para «hacer ejercicio»; D.D. inspiraba un nuevo interés, quizás una especie de asombro.

¿Es esa? ¿Dunphy?

¡Cielo santo! Un Tyson con faldas.

Un día que cruzaba guantes con Eduardo, peso wélter sin futuro, en otro tiempo uno de los jóvenes prometedores de Ernie, a D.D. la aturdió un golpe en la sien izquierda que pareció salir volando del guante derecho de su *sparring*. Atontada, bajó al suelo una rodilla; sintió cómo la lona del cuadrilátero la atraía con la fuerza de un imán; pero en aquel momento le llegó la concisa orden de Ernie —*Levántate. Ve a por él*— y D.D. consiguió recuperar el equilibrio y lanzarse sobre su contrincante con una ráfaga de golpes dirigidos, en su desesperación y con propósito asesino, al estómago, bajo vientre y entrepierna, acorralándolo contra las cuerdas.

—¡Eh! ¡La madre que te parió! ¡Qué estás haciendo! —Eduardo jadeaba, doblado por la cintura. Le brillaban lágrimas en las mejillas.

Por las venas de D.D. corría la adrenalina a toda velocidad. Se sentía tan feroz que podían estar saliéndole llamas por todos los poros del cuerpo.

Ernie detuvo el combate. Dunphy había dado un golpe bajo, con intención sanguinaria. No había visto una cosa así en la chica hasta entonces. Había un algo en sus ojos de color guijarro y en la boca, pequeña y cruel, que le daba miedo, pero que también le resultaba estimulante.

Entonces lo supe. Supe que Dunphy podía conseguirlo.

Tienes que tener hambre, y querer matar a tu contrincante.

Eso es todo. No hace falta más.

—Mi primer combate.

Dichas en voz alta, aquellas palabras tenían casi la resonancia de un eco.

—Seis semanas a partir de hoy, *mi primer combate*.

Empezaba a contárselo a la gente. Colegas de Target. A Evelyn, la supervisora, que parecía verla con buenos ojos. (Pero que se sorprendió mucho al oír la buena noticia.) Una vecina del edificio de apartamentos en cuyo piso bajo D.D. alquilaba una habitación con vistas a un patio que no era más que cemento en su mayor parte.

Con timidez, pero presumiendo: *Mi primer combate. Cleveland. Tengo*

entrenador y representante, sí.

Le resultaba asombroso poder decir con tanta naturalidad: *Tengo entrenador. Ernie Beecher es mi entrenador.*

Todavía más extraño decir: *Tengo representante. El señor Cassidy...*

Cass Cassidy era uno de los socios del gimnasio de Dayton. No estaba claro (para D.D.) si era el socio o el patrono de Ernie Beecher. Se comportaba con él de manera muy amistosa, le ponía la mano en el hombro con mucha frecuencia y lo llamaba *colega*. Era un hombre (blanco) de mediana edad que «representaba» a boxeadores y que aparecía por el gimnasio de cuando en cuando. Si oías hablar en voz muy alta, si oías risas... era muy posible que se tratara de Cass Cassidy intercambiando ocurrencias con boxeadores jóvenes (de piel morena).

Cassidy había sido el representante de Héctor Rodríguez en alguna época anterior. Pero Rodríguez ya no ganaba combates, de manera que tenía otro representante. (A D.D. le había afectado mucho enterarse de que Rodríguez había perdido el combate de Cincinnati por una decisión «dividida». Era la tercera derrota consecutiva. Se decía que a Rodríguez «le había abandonado la suerte», lo que a D.D. Dunphy le resultaba muy alarmante porque sugería algo así como un maremoto, un estremecimiento de la tierra y una inundación que no se podía evitar... una fatalidad, un acto de Dios.)

Hacía semanas que Héctor Rodríguez no aparecía por el gimnasio y D.D. estaba tan absorta en su propio entrenamiento que había dejado de buscarlo.

—Hola, «D.D.». Qué tal lo llevas.

La voz era monótona pero exigente. D.D. se oyó murmurar:

—Bien.

A menudo, la voz de D.D. sonaba taciturna, reticente, cuando se le preguntaba cualquier cosa. No era su intención. Temía tartamudear o equivocarse al responder y que la gente se riera de ella.

Estaban en la oficina de Ernie. La habían convocado. Después de un entrenamiento muy duro aquella tarde, se había duchado y tenía el pelo húmedo y lacio, cepillado hacia atrás desde la frente. Le dolía todo el cuerpo y, sin embargo... ¡era muy feliz! Ernie le había dicho que estaba «progresando». Una docena de veces al día, D.D. susurraba *Gracias, Jesús*.

Ernie le presentó a Cass Cassidy, que iba a ser su «representante».

La mano de Cassidy apareció, serpenteante, y D.D. se encontró estrechándola. Los dedos le parecieron un tanto fríos. Durante poco más que

un instante temió que no fuesen a soltarle la mano.

Cassidy se dirigió a ella arrastrando las palabras de una manera que parecía demasiado efusiva para la pequeña oficina de Ernie Beecher. Le dijo que había oído «cosas condenadamente buenas» acerca de ella de labios de Ernie Beecher y que todo lo que había visto con sus propios ojos se lo había confirmado.

D.D. no estaba segura de si tenía que responder. Descubrió que le costaba trabajo sonreír, pero consiguió decir:

—Gracias.

Cassidy la observaba con gesto de cauteloso entusiasmo. Su rostro, pese a las arrugas y defectos de la edad, tenía un algo juvenil, acompañado de un bigote del color brillante de una piel de zorro. No era alto, aunque calzaba botas de cowboy labradas a mano, con tacón, y lucía una camisa de un tejido brillante y de color morado intenso. El pelo, que le clareaba ya, de tono más apagado que el bigote, lo llevaba muy pegado al cuero cabelludo. Los ojos, preocupados, eran un tanto fríos. Fríos ojos muertos como los de un reptil. D.D. tragó saliva con dificultad y se esforzó por sonreír, dado que Ernie estaba presente y era lo que quería que hiciera. Su entrenador la miraba con el particular ceño fruncido que D.D. le veía algunas veces mientras se entrenaba. En aquel momento le llegó la voz de Edna Mae silbándole en el oído: *Es Satanás. Todos son Satanás. Estás rodeada por Satanás.*

En la oficina del entrenador se había tomado alguna decisión. D.D. sonrió porque no quería parecer ignorante. Comprendió que los dos hombres habían estado hablando de ella antes de que entrara y sintió un ligero estremecimiento de orgullo por el hecho de que dos hombres, dos personas adultas, deliberasen sobre ella.

Pensó que su padre podría sentirse orgulloso, si lo supiera. Luke tendría celos, pero también estaría orgulloso.

La decisión parecía ser que D.D. pasara a trabajar en Target solo media jornada. Le habían preparado un programa para cumplir hasta el momento del combate, que sería el 11 de febrero de 2009, en el Cleveland Armory. Cassidy —«Cass»— proporcionaría dinero a D.D. conforme lo necesitase. Algo así como una asignación.

—¿Has tenido alguna vez una asignación, D.D.? ¿Cuando eras pequeña?

A D.D. la abrumó aquella noticia. No sabía cómo responder. Ni siquiera entendió la pregunta.

—Sí. Imagino que sí.

—Bien, esto será bastante más. Te lo garantizo.

Había una hoja de papel blanco muy tieso —un «contrato»— que tenía que firmar. En una nube de emoción, gratitud, asombro, procedió a firmarlo: *Dawn D. Dunphy*. Su firma de colegiala junto a un gran garabato inclinado que no pudo descifrar pero que supuso sería la firma del señor Cassidy sobre unas palabras que eran nuevas para ella: *Dayton Fights, Inc.*

Para asombro suyo, se le hizo entrega de ocho crujientes billetes de cien dólares que olían a nuevo. Cass Cassidy se los contó en la mano:

—¡*Voi-là*, D.D.!, como dicen en Francia. Lo demás es historia del boxeo.

Torpemente entonces, sin aviso previo, Cass Cassidy le puso una mano en la cabeza a D.D., frotándole el pelo húmedo, en un gesto de afecto a la pata llana, como se podría palmear la cabeza de un perro al que se quiere mucho. Luego se atrevió a abrazarla, no con fuerza, sino a la manera en que algunas de las mujeres de la familia Dunphy habrían abrazado a Dawn, los brazos flojos, hasta cierto punto preocupadas por la rigidez de la columna vertebral de una joven tan fornida y de sus codos levantados, y soltándola nada más abrazarla.

Sorprendida por aquel gesto repentino de un hombre al que temía, así como por el contrato y el dinero, los crujientes billetes nuevos que olían de maravilla, Dawn Dunphy se quedó inmóvil, superada por los acontecimientos y sin palabras, los brazos colgando y sintiendo las manos desnudas, sin guantes de boxeo.

En un sobre, cuidadosamente dirigido con letra de imprenta a EDNA MAE DUNPHY A/C MARY KAY MACK en Depot Street, Mad River Junction, D.D. envió por correo cinco de aquellos billetes de cien dólares que olían a nuevo a su madre, que por su trabajo (como ayudante de enfermera en una residencia de ancianos) ganaba algo así como siete dólares a la hora.

Querida mamá, esto es para ti. Siento que no hayáis sabido nada de mí durante algún tiempo. Espero que Anita y Noah y tú estéis bien.

A mí me va bien. Ahora estoy en Dayton.

¡Búscame en televisión en febrero de 2009!

*Con mucho cariño,
Tu hija Dawn
«D.D. Dunphy» – «Martillo de Jesús»*

«Jesús es el Señor»

El *primer combate* pasó en un abrir y cerrar de ojos.

Terminó bruscamente a los dos minutos y cuarenta y dos segundos del primer asalto.

Lo presenciaba un público muy reducido desperdigado por el Cleveland Armory. De las quinientas localidades del destartalado y viejo pabellón estaban ocupadas menos de cien. *Lorina «la Tigresa» Starr contra D.D. Dunphy, «el Martillo de Jesús».*

El combate entre dos boxeadoras de peso wélter (sin *ranking*) a cinco asaltos era el primero de los programados antes del choque estrella de la velada e iba a empezar pronto, a las 19 horas. Los contrincantes de la pelea principal, a doce asaltos, eran los pesos pesados Deontay Wilder y Tony Thompson, clasificados cuarto y sexto respectivamente por la AMB, y empezaría en torno a las 21 horas.

Los combates previos eran peleas de interés creciente. Solo los dos últimos serían retransmitidos por televisión por cable.

«Lorina Starr» —(D.D. no se olvidaría nunca de aquel nombre)— era la oponente que le habían encontrado para su *primer combate*. Una mujer de algo más de treinta años que vivía y entrenaba en Gary, Indiana. Lorina Starr había llegado en otro tiempo a ocupar el séptimo lugar en la clasificación de la AMB para el peso wélter femenino, pero después de perder varios combates había desaparecido del *ranking*. Se decía de ella que era de origen indio chickasaw.

(D.D. se había enterado de que no había reservas indias ni en Ohio ni en Illinois, tan solo los desperdigados descendientes de los indios originales a los que se había trasladado a una zona inhóspita de Oklahoma en virtud de la Ley de Traslado Forzoso de los Indios, promulgada por el gobierno de los Estados Unidos hacía ya mucho tiempo. Lorina Starr era una de ellos, descendiente de chickasaws que lograron escapar a la evacuación en masa

con destino a Oklahoma.)

En sus fotos publicitarias, Lorina Starr, «la Tigresa», parecía una joven sexi y glamurosa pese a las cicatrices en el rostro. Para D.D. fue una sorpresa verla en persona (en el pesaje) porque tenía bastantes más años que en las fotos. Sus facciones eran de raza blanca, con la excepción de unos ojos muy oscuros y un pelo liso negro azabache muy corto, con mechones rubio platino. Se había aplicado de manera muy tosca un maquillaje beis con tonos rojizos. Para boxear vestía un atuendo muy sexi: sujetador deportivo rojo con lentejuelas y pantalones azules de licra que marcaban a la perfección sus nalgas bien torneadas. Encima del pecho izquierdo lucía un tatuaje con un guante de boxeo rojo, y en el hombro derecho, una tigresa rugiente de cola curvada. Según sus rimbombantes frases publicitarias, la Tigresa «nunca se daba por vencida en un combate» y «nunca defraudaba al público».

En el pesaje, D.D. vio a su contrincante mareada y tensa, con una risa tan áspera como si tosiera. No parecía tener deseos de mirar a su adversaria, mucho más joven, y menos aún de darle la mano.

—Qué coño, no soy tu amiga, chica —Lorina Starr retrocedió al acercársele D.D. cuando a las boxeadoras se las instó a que se dieran la mano.

D.D. tuvo que contenerse para no decir *¡Lo siento!* Era una frase que se le venía a la boca con demasiada facilidad.

Se pudo saber que D.D. Dunphy pesaba casi tres kilos más que Lorina Starr y era unos cinco centímetros más baja. El alcance de su brazo era de un metro cincuenta y el de su adversaria de un metro cincuenta y cinco.

(D.D. no quería pensar que aquellos cinco centímetros pudieran ser cruciales. Ernie dijo, con un encogimiento de hombros: *Tendrás que meterte dentro.*)

El historial en el ring de Lorina Starr eran tres victorias, siete derrotas y un empate.

El de D.D. Dunphy, cero victorias, cero derrotas.

Se oyeron aplausos dispersos por el pabellón cuando la potente voz del locutor presentó a las boxeadoras, protagonistas del primer combate de la velada. Se añadieron unos cuantos silbidos lánguidos provocados por el sujetador rojo de Lorina y los pantalones de licra y algunos aplausos más para animar a D.D. Dunphy al anunciarse su historial en el ring y descubrirse que se trataba de su primera pelea.

En las filas delanteras estaban sentados pocos espectadores, todos

hombres, individuos que hablaban muy alto, posiblemente borrachos. Algunos comían perritos calientes y bebían en vasos de papel. (¿Cerveza? Oficialmente prohibida en el pabellón.)

D.D. había entrado en el recinto en un estado de euforia y de miedo simultáneos. Le zumbaban los oídos. Tenía la boca tan seca que no podría haber tragado nada de no ser por la botella de plástico con agua que le alzó hasta los labios uno de los miembros de su equipo de apoyo.

Se había estado ejercitando con gran vigor, de manera un tanto desesperada, en el vestuario. Estaba cubierta de sudor, lo que le hacía sentirse protegida como por una manta muy suave.

Había sufrido una decepción: nada demasiado grave. Cass Cassidy, su mánager, no le había permitido vestirse de negro a imitación de Mike Tyson. Tampoco le había permitido que llevase una gorra en la que estuvieran bordadas las palabras *JESÚS ES EL SEÑOR*.

Quizás más adelante, dijo Cass de forma ambigua. Cuando el Martillo de Jesús tuviera algunos seguidores.

A D.D. Dunphy le habían entregado unos pantalones y una camiseta de color rojo oscuro con ribetes blancos. Los zapatos no eran negros sino zapatos de chica, también de color rojo oscuro con borlas. Se le habían dado algunas explicaciones que había tenido que aceptar.

Ahora era un soldado. Un soldado robot. Su entrenador le había dado instrucciones: la mirada fija en tu contrincante; nunca apartes los ojos. «Fascina» a tu adversaria con la mirada «como si fueras una víbora» y no apartes los ojos nunca, por ningún motivo.

¿Lo entendía? Sí. Por supuesto.

Durante semanas se le había dicho que aquel combate tenía que ganarlo. No podía perder. D.D. estaba convencida.

En los segundos que precedieron al sonido de la campana para el primer asalto, Ernie le habló al oído con total normalidad, dándole instrucciones. D.D. era una *máquina de matar*. Una *víbora de picadura mortal*. Un *pitbull*. Solo tenía que pelear como se le había enseñado y como había estado practicando. Su entrenador la había dirigido incontables veces a lo largo de la sucesión de golpes que D.D. ejecutaba ya de manera impecable y sin cansarse. Tenía que *meterse dentro*, dado que sus brazos eran cortos. Tenía que *moverse hacia delante*, nunca hacia atrás. Al ejecutar sus ejercicios

rutinarios en el gimnasio D.D. Dunphy era casi perfecta, pero resultaba menos predecible si entrenaba con un *sparring*; y en aquel escenario nada familiar, en un pabellón con cientos de asientos, luces muy brillantes, gritos aislados, alaridos y silbidos, y delante de una adversaria con la que no había peleado nunca, se sentía como alguien que ha abierto una puerta y va a entrar con la esperanza de que al otro lado haya un suelo y no... el vacío.

La campana sonó por fin. Las boxeadoras salieron de sus respectivas esquinas mirándose como sonámbulas a las que se ha despertado de repente.

Como una tigresa se acercaría a una víbora, Lorina Starr se aproximó con cautela a su joven contrincante. No prestaba ninguna atención a los abucheos del público. Era ducha en engaños y estratagemas. No tenía el menor deseo de que le hicieran daño, porque era algo que le había sucedido muchas veces y sabía lo que *ser alcanzada* significaba. Tanteó a Dunphy con su *jab* de izquierda, buscando un hueco para golpear a la fornida chica blanca de anchos hombros directamente en la cara con un golpe de derecha bien preparado y mandarla, tambaleante, contra las cuerdas, pero aquello no sucedió, porque Dunphy se agachaba mucho, protegiéndose el rostro con los guantes bien en alto, de manera que conseguía librarse de los golpes de Lorina Starr. Era el estilo *peek-a-boo*, esconderse y reaparecer, para el que Ernie Beecher la había entrenado hasta la saciedad y que había sido la estrategia defensiva de Mike Tyson, aprendida de su gran entrenador Cus d'Amato.

Eres baja, de brazos cortos. Necesitas bajar todavía más.

Las dos pesos wélter dieron vueltas una en torno a la otra mientras desde el pabellón llegaban gritos y silbidos aislados. A D.D. le sorprendió que apenas notaba el rápido *jab* de izquierda de su contrincante cuando la alcanzaba en brazos y hombros, torpemente lanzado, sin verdadera fuerza que lo respaldara.

Extraño, perturbador, ¡ver tan cerca el rostro y los ojos de la otra! En las cejas, las pequeñas cicatrices blancas oscurecidas con delineador, los *piercings* relucientes en las orejas que no era una buena idea ponerse (D.D. estaba segura) para salir a la lona. Descubrió que la piel de Lorina Starr estaba húmeda y enrojecida como la suya, un tanto pálida, áspera, debajo del maquillaje beis con tinte rojizo que tenía por objeto (supuso D.D.) sugerir la «piel roja».

Al sentirse la más fuerte de las dos, D.D. avanzó, golpeando con su *jab*,

con más fuerza de la que estaba a disposición de su contrincante, forzándola a retroceder y desequilibrándola. Siguió presionando siempre hacia delante, tratando de *meterse* entre los brazos de la boxeadora más alta. Al colocarse para lanzar un cruzado de derecha, su adversaria se apartó como un conejo asustado. D.D., sin embargo, consiguió alcanzarla, un derechazo rápido, seguido de un gancho de izquierda rápido y fuerte, que golpeó a su contrincante en la sien derecha y la obligó a apoyarse en la lona con una rodilla.

De inmediato, un frenesí de emoción se apoderó del pabellón.

El árbitro empezó a contar. Cinco, seis, siete... Aturdida y parpadeante, Lorina Starr se puso en pie al llegar a siete. Podría haber esperado hasta nueve para darse un poco más de tiempo de recuperación, pero parecía desafiante, atrevida. Sangraba por un corte en el labio. Se había quedado ya casi sin aliento. El árbitro la examinó con el ceño fruncido, pero permitió que continuara el combate; Lorina Starr retrocedió alzando los guantes, preparándose para un ataque que se iba a producir y que no podría evitar.

La boxeadora más joven y más fuerte avanzó de manera agresiva, atacándola por todas partes, golpeando con los dos puños, una poderosa andanada mientras entre el público se alzaban gritos de aprobación.

La visión de la sangre en el rostro de su oponente emocionó a D.D. como si se tratara de algo prohibido. No había esperado hierla tan deprisa. Esperaba a alguien con más experiencia, alguien más peligroso.

¡Avanza! ¡Métete dentro! ¡Golpéala!, le llegaba la voz imperiosa de su entrenador, o el recuerdo de su voz.

Una especie de locura se apoderó de ella. Una niebla roja. Estaba exultante, avanzando siempre. Era como si ella y su contrincante se estuviesen ahogando juntas en algún lugar terriblemente iluminado y D.D. tuviera que luchar para quitarse de encima a la otra mujer, derrotarla por completo, para salvarse a sí misma.

Gritos del público como chillidos de aves de presa.

Lo que D.D. entendió en aquel primer combate: es así como un boxeador sabe que lo está haciendo bien. Además de acumular puntos, enardece al público. Intimida a su rival, que oye esos gritos y los entiende perfectamente. Ya no necesita esperar los concisos elogios de un entrenador.

Asombrosa, la respuesta de unos desconocidos. La reacción del público que era tan inmediata. *Los espectadores estaban de su parte, querían que*

hiciera daño a la otra y que ganara.

El potente gancho de izquierda de D.D. Dunphy, su preciso golpe cruzado con la derecha. Los había practicado durante meses, y ahora podía «sacarlos a relucir». Por dentro de la débil defensa de la otra, abrumándola con golpes frenéticos, mientras su contrincante retrocedía tambaleándose hasta las cuerdas y trataba, desesperada, de sujetar a su oponente, más fuerte que ella, pero sin conseguirlo, fracasando y derrumbándose.

Lorina Starr cayó a plomo. Las piernas ya no estaban en condiciones de sostenerla. Con un ruido sordo perfectamente audible, su cabeza impactó contra la lona. Jadeando por la emoción, D.D. se inclinó sobre ella sin saber qué hacer; no había tenido (aún) la experiencia de derribar y noquear a una adversaria; la situación no le parecía real y, en consecuencia, se preguntaba: ¿era un truco? ¿Iba Lorina Starr a ponerse en pie de un salto y atacarla? El corazón le latía con desenfreno, inundado de adrenalina. Cuando alguien le tocó el brazo (el árbitro, instándola a que cruzara el ring hasta una esquina neutral), lo que le dictaba su instinto era golpear a aquella persona con fuerza.

Pero no lo hizo. Entendió lo que sucedía. Su equipo de apoyo le había estado gritando y entendió.

Desde la esquina neutral vio, con ojos muy abiertos que parpadeaban y le escocían por el sudor, cómo (después de contar hasta cinco) el árbitro detenía el combate con un rápido gesto de antebrazos cruzados, porque Lorina Starr no respondía.

En el pabellón, gritos y aplausos. La primera pelea de D.D. Dunphy, peso wélter, de Dayton, Ohio, había terminado en K.O., una rareza en el boxeo femenino.

Y en el primer asalto: dos minutos y cuarenta y dos segundos del primer asalto.

¿Era posible? Salió de la esquina neutral con un traspiés, convocada por el árbitro. No quería mirar desde demasiado cerca a la caída Lorina Starr, «la Tigresa».

Le estaban alzando el brazo. Se pronunciaba su nombre, amplificado por los altavoces: *D.D. Dunphy, «el Martillo de Jesús», dos minutos y cuarenta y dos segundos, primer asalto.*

Su entrenador estaba junto a ella. Le retiraron el protector bucal. Su sonrisa era la de un ciego confundido por oleadas de sonidos. Tenía el aspecto de alguien a quien hubieran abofeteado, la cara enrojecida por el *jab* de su

adversaria, pero no ensangrentada. La piel, intacta. Ningún corte en los labios. Siguió allí, quieta, bañada en sudor, reluciente bajo las poderosas luces del cuadrilátero. Con una punzada de algo parecido a la culpabilidad, miraba a su contrincante caída, que recuperaba poco a poco el conocimiento; su equipo de apoyo la ayudó a ponerse en pie mientras el público prodigaba aplausos, vítores, silbidos. Se aprobaba la actuación de D.D. Dunphy, y también hubo una apreciación (pasajera) de la boxeadora derrotada, Lorina Starr, que acababa de disputar el que iba a ser su último combate.

En el ring, bajo las luces brillantes, D.D. se quedó quieta, los guantes pegados a los costados, indecisa sobre qué hacer. Parecía ignorar dónde ir a continuación.

... Y de pronto alguien... un hombre... la agarraba, la abrazaba.

¡Su entrenador! Ernie Beecher prácticamente nunca tocaba a D.D. Dunphy, excepto para atarle o retirarle los guantes de boxeo. Ahora Ernie la estaba abrazando.

—¡Buen trabajo, D.D.! Un *uppercut* perfecto. Con rapidez de víbora.

La verdad era que D.D. había fallado muchos golpes. Había cometido errores. Pero su contrincante muchos más.

Se lo explicaría más adelante, en el gimnasio. Pero no en aquel momento.

Pasados unos instantes Lorina Starr pudo sostenerse sin ayuda, aunque su equipo de apoyo la seguía muy de cerca, sin apartarse de su lado. Su rostro cetrino y con señales de cicatrices sangraba por numerosos cortes. Parecía terriblemente cansada, con muchos más de treinta años, quizá diez más. Trató de hablar, incluso de sonreír con desenfado, pero no pudo. Dominada por una ola de emoción, D.D. se separó de su entrenador para correr hasta Lorina y abrazarla con juvenil entusiasmo, como les había visto hacer a boxeadores triunfantes con sus contrincantes derrotados. Se sentía casi debilitada por la gratitud y por el alivio de que el combate hubiera concluido y *ella hubiese ganado*.

La piel de las dos, caliente y húmedamente pegajosa, resultaba resbaladiza por el sudor. Desde una gran distancia los gritos en el pabellón resonaban como truenos en torno a sus cabezas.

La boca de la vencida estaba hinchada. Lorina no podía hablar. D.D. se oyó gritar con una voz que era un gemido desafortado: «Que Dios te bendiga... Jesús también te quiere a ti... *Gracias*».

A toda prisa, sus equipos de apoyo les hicieron abandonar el cuadrilátero.

Los boxeadores de peso medio que iban a competir acto seguido, alentados por nuevas oleadas de aplausos, estaban ya a punto de subir al ring.

«El *primer combate* de D.D. Dunphy.»

En la pared más visible del gimnasio se colocaron fotos borrosas. Y el recorte de un periódico sobre la velada de boxeo en Cleveland, en el que, en el breve párrafo final, se habían resaltado en amarillo las líneas cruciales.

En el gimnasio, aplausos espontáneos cuando D.D. reapareció a la semana siguiente.

Ahora los ojos seguían mirándola, pero de manera algo distinta. Nada burlones (hasta donde D.D. podía apreciar) sino sutilmente envidiosos, admirativos.

Por el *primer combate* recibió, en un sobre, novecientos dólares en crujientes billetes que olían a nuevo.

D.D. no sabía cuánto iban a pagarle... se había resistido a preguntarlo. Se esperaba que estuviese al tanto de detalles como aquel por el hecho de haber firmado un contrato, pero le había resultado difícil leerlo, dado que contenía palabras que nunca había visto antes en letra impresa. De manera que metió cuidadosamente su copia del contrato en una carpeta de papel manila y en la caja de cartón que ocultaba debajo de la cama de su habitación alquilada. No quería tener que avergonzarse delante de su entrenador. Tampoco quería tener que avergonzarse delante del señor Cassidy, quien parecía encontrar moderadamente divertida a D.D., al mismo tiempo que le causaba cierta perplejidad, o tal vez la despreciara como *boxeadora*. (Le había oído hablar de ella como *nuestra chica de pelo en pecho*, lo que sin duda era un comentario afectuoso, pensaba; recordando cómo, durante un breve periodo, en el instituto, cuando había jugado en el equipo femenino de baloncesto, se hacían comentarios parecidos sobre Dawn Dunphy, sin mala intención.)

La emocionó ver tanto dinero. Billetes de cien dólares, ¡nada menos que nueve! Su primer impulso fue llamar a Luke, contárselo. Por alguna razón estaba pensando en su hermano. *¿Ves? ¿Qué te dije? Imbécil.*

Pero no: se sentía generosa, magnánima. Quería a su hermano; *los quería a todos.*

Aunque no había tenido noticias de Edna Mae desde el envío de los quinientos dólares hacía ya varios meses, volvería a mandarle, de nuevo en metálico, en un sobre dirigido a EDNA MAE DUNPHY, A/C MARY KAY MACK en Depot Street, Mad River Junction, quinientos de los novecientos dólares, dentro de una simple cuartilla cuidadosamente doblada por la mitad.

Querida mamá, esto es para ti.

Espero que Anita y Noah y tú estéis bien.

Por favor, saluda a Luke y a Mary Kay de mi parte.

He «ganado» mi primer combate en Cleveland. Dicen que «ya estoy en el buen camino». No salí esta vez en televisión pero quizás la próxima.

Espero que tu trabajo de enfermera vaya bien de verdad.

Con mucho cariño,

Tu hija Dawn

«D.D. Dunphy» – «Martillo de Jesús»

—Cuando ganas, hay montones de gente que quieren ser amigos tuyos. Cuando pierdes, ni siquiera tu condenada familia quiere saber de ti.

Pero Mickey Burd bromeaba casi siempre. Mickey tenía una risa nerviosa muy aguda que para D.D. era como si alguien le hiciera cosquillas.

De algún modo sucedió que, después de su triunfo en el *primer combate*, Mickey Burd se hizo amiga suya. Se presentó una tarde en el gimnasio para ver entrenar a D.D. Dunphy y aquello fue el principio: se lanzó sobre D.D. para estrecharla con fuerza entre los brazos y felicitarla por su primera victoria, atreviéndose a rozar con los labios su sudorosa mejilla.

—Caramba, chica, ¡ya estás en el buen camino!

Mickey la había sorprendido tanto que bajó los guantes por completo. Ernie frunció el ceño al ver a su exboxeadora abrazar a la nueva, pero no llegó a reñirla.

Entre las dos era Mickey quien llevaba el noventa por ciento de la conversación, lo que suponía un alivio para D.D.; Mickey tenía además un sentido del humor tan desenfrenado que D.D. se reía hasta que le dolía el estómago.

D.D. no se reía la mayor parte del tiempo, y nunca cuando estaba sola. ¿Qué era lo que todo el mundo encontraba tan divertido? A solas recaía de manera natural en la tristeza. Y también cuando colocaba género en las estanterías de Target, que era prácticamente lo mismo que estar sola. Trataba de pensar en cómo había ganado su primer combate de boxeo y en que ya había firmado para disputar el segundo y en lo orgulloso que habría estado su padre de ella, excepto que no estaba vivo para enterarse y, de todos modos, cuando pensaba en serio sobre ello, no estaba tan segura de que Luther Dunphy viera con buenos ojos a una hija *boxeadora*. Aunque le pedía a Jesús que opinara, Jesús se quedaba al margen si el problema era trivial, porque lo que no le gustaba a Él era que D.D. «cavilara» y estuviese «triste». La exhortación era *cantad a Yahvé toda la tierra*, como se le había dicho de pequeña en la Iglesia de San Pablo Misionero. Así que no se le ocurría ni una sola cosa divertida, mientras que a Mickey Burd se le ocurrían todo el tiempo.

Mickey llevó a D.D. Dunphy a su pizzería favorita para celebrar la victoria contra Lorina Starr.

—¡Menuda «tigresa»! Esa zorra tuvo suerte de que no le rompieras la mandíbula, se la habrían tenido que sujetar con un *alambre*.

Mickey contó con los dedos las cosas que D.D. se debería permitir ahora que tenía un poco de dinero.

—Número uno, deberías hacer algo con tu pelo. Ahora mismo se diría que no haces nada, excepto lavártelo de cuando en cuando, pero si ya estás en el escaparate, que es de lo que va el boxeo, y en especial el femenino, deberías destacar, digamos, de alguna manera que sea especial tuya. Por ejemplo, yo me teñía el pelo de toda clase de colores hasta que se me reseco demasiado y estaba tan quebradizo que era un desastre, así que ahora estoy dejando que vuelva a ser castaño y punto. Pero me pondré mechadas rubias. Lo que tú deberías hacer, y yo te puedo ayudar, es ponerte también mechadas, de rubia o de pelirroja, o incluso de color morado, naranja o verde, y llevar un corte de pelo a lo mohicano, ¿sabes lo que es eso? Así parecerías de verdad una marimacho, pero en plan divertido.

D.D. se ruborizó al oír aquellas palabras. Sabía que *mohicano* era un corte de pelo que llevaban algunos hombres.

—Bueno, *divertido* quizá no. Porque eres una atleta auténtica, por supuesto. Pero te daría un aire... indio, por ejemplo; Cassidy, tu mánager,

podría decir que tienes «sangre india», como Lorina Starr, salvo que esa pobre zorra es de verdad de alguna maldita tribu india que paga menos impuestos —Mickey rio, despreciativa—. ¡Ya ves de qué le ha servido!

D.D. se preguntó por qué Mickey se burlaba tanto al hablar de Lorina Starr. ¿No bastaba con que a la pobre desgraciada la hubiera noqueado una debutante y hubiese perdido el combate? Empezaba a ver que en el boxeo existía el ridículo y una especie de furia asociada a los derrotados, como si al distanciarte de ellos estuvieses protegiéndote tú.

—¿Has boxeado alguna vez contra ella? —preguntó D.D. sin poder contenerse.

—Que se joda. Olvídala.

Mickey parecía molesta. Probablemente sí, había boxeado con Lorina Starr y había perdido. D.D. decidió no insistir.

—Es de ti de quien estamos hablando, chica. «El Martillo de Jesús», eso pide algo especial.

A D.D. le fascinaba aquella nueva amiga a la que apenas conocía, pero que le hablaba de manera tan directa y con tanta familiaridad. Siendo como había sido nada más que Dawn Dunphy mientras vivía en su casa, nunca se le había ocurrido que pudiera ser una persona sobre la que otros tuvieran opiniones, y menos aún opiniones bien definidas. ¿Mechas en el pelo? ¿Cortárselo a lo *mohicano*?

Solo los tipos más estúpidos que conocía y que trabajaban en Safeway, Walmart, Walgreen's o Target en el centro comercial llevaban el pelo a lo mohicano, y eran en realidad versiones cortas, abreviadas, que casi se podían confundir con un simple corte de pelo en pincho.

—Déjame que te lleve al salón de belleza donde trabaja mi primo para ver qué es lo que pueden hacer por ti. Quizá sin llegar a un corte a lo mohicano, pero que sea algo llamativo y guay. Ernie dice que si ganas tu próximo combate, probablemente te sacarán en televisión. Ya sabes que Ernie nunca exagera. Unas mechas de colores en el pelo sería fantástico. Y algún tatu.

—¿Tatu?

—Sí, tatuajes. Necesitas algunos tatuajes de buen tamaño, que vayan con ese gran cuerpo tuyo.

D.D. se echó a reír, negando con la cabeza. Nunca consentiría en hacerse tatuajes. En el caso de que lo hiciera, sería la ruptura definitiva entre ella y Edna Mae y todos los feligreses amigos de su madre. No había nada más

salvaje y pagano que los tatuajes, sus padres estaban convencidos.

—Creo que no, Mickey. Eso no estaría bien.

—¿Por qué demonios *no*?

—Porque... es como una cosa pagana. No es cristiano.

—¿Cristo habló en contra de los tatuajes? Y un cuerno.

D.D. rio, escandalizada. No conseguía recordar que Jesús hubiese hablado nunca de tatuajes, aunque no era propio de Jesús restringir ni reñir.

—Solo creo que... en mi iglesia... en la clase de iglesia... a la que va mi familia... no aprobarían...

Pero hablaba sin seguridad. Mickey hizo muecas y se rio de ella.

—Hay todo tipo de tatuajes cristianos. Algunos de los mejores. Hay música rock cristiana, ¿no lo sabías? Hay bandas cristianas de heavy metal. Mola de verdad. Joder, es *que pega*. Bebe un poco de mi cerveza. No tienes que estar entrenando de la mañana a la noche, coño.

—A Ernie no le gustaría...

—Que le jodan. ¿Acaso eres su novia? A la mierda.

D.D. se quedó de piedra al oír aquellas palabras. No podía creer que su amiga hubiese dicho algo así sobre Ernie Beecher.

—Escucha, mujer... Ernie no tiene por qué saberlo.

Mickey vació de agua el vaso de D.D., echándola en el suyo, y traspasó al de D.D. el resto de su cerveza.

—Vamos, venga, bébetela. No va a matarte.

D.D. alzó el vaso a regañadientes. El olor de la cerveza siempre le había resultado intrigante. Edna Mae sufría cuando Luther bebía cerveza y cuando el aliento le olía a cerveza; pero sabía que otros miembros de la familia Dunphy la bebían. Los hermanos de Luther.

D.D. bebió un poquito. La nariz se le contrajo. El sabor era tan fuerte que por la nariz le subió un algo ardiente. Al ver que su amiga la observaba con gran atención, D.D. se echó a reír y tuvo un ataque de hipo.

A Mickey se le había corrido el rímel. A menudo parecía somnolienta, como si acabara de despertarse de un sueño muy profundo. Las raíces del pelo, más oscuras, le habían crecido tanto que los cabellos de color pajizo parecían flotarle como un halo a varios centímetros sobre la cabeza. Mickey tenía una manera de lamerse el labio inferior que hacía estremecerse a D.D., como cuando un gato le lamía la mano.

—Entonces, vamos a cortarte el pelo y a darte mechás, solo un poco. Y un

tatu de lo más fardón. Podrás elegirlo tú misma.

Ruborizándose, D.D. movió la cabeza para decir *no*. Algo así no sucedería nunca.

Mickey la llevó al estudio de tatuajes Golden Arrow, en Division Avenue.

Se trataba del centro de Dayton, donde D.D. no había estado nunca. En el límite de aquella zona, en un barrio de bares, de salones de manicura, de casas de empeño y de tiendas de tatuajes. Division Avenue era una calle ancha, barrida por el viento y muy sucia, tuvieron que correr como colegialas antes de que el semáforo se pusiera en rojo, riendo y gritando mientras el tráfico se les echaba encima.

—¡Marco, hola! Esta es mi amiga D.D. Dunphy, «el Martillo de Jesús». Nada menos que la próxima condenada campeona del *mundo* de peso wélter.

Mickey entró contoneándose en la tienda de tatuajes con iluminación fluorescente, donde los espejos de las paredes reflejaron a las dos jóvenes en versiones distorsionadas y dilatadas. D.D. se vio y rápidamente desvió los ojos. Su rostro era tan ordinario y vulgar, las cejas tan densas, que sintió una punzada de aversión.

—Aquí. Ven a ver esto —Mickey le señalaba dibujos de tatuajes expuestos en la pared.

A D.D. Dunphy le tatuaron en el bíceps derecho una cruz hecha de rosas carmesíes, de diez centímetros de longitud. En el izquierdo, una cruz a juego de lirios blancos.

En la espalda, debajo y cerca del cuello, en una caligrafía ornamental negra, las palabras JESÚS ES EL SEÑOR.

¡Una tarea de amplias proporciones! Se necesitaron horas.

Mickey se había marchado, y regresó con Coca-Cola y hamburguesas con queso. D.D. estaba decidida a no hacer gestos de dolor mientras la aguja pinchaba, agujereaba, le punzaba la piel, como algo vivo que la estuviese devorando.

—Dios santo, D.D. Qué *hermosos* son, joder.

D.D. se miró en el espejo. Cruces en los dos brazos. En la espalda, debajo del cuello, JESÚS ES EL SEÑOR. Había esperado sentir una oleada de vergüenza, pero era otra clase de emoción la que la embargaba.

*Primitiva y torpe, pero tenía corazón. A D.D. Dunphy eso no le faltaba.
En un boxeador el corazón es lo último que cede. Solo justo antes que la vida.*

Primero se descorazonan. Luego pierden la vida.

«Gracias, Jesús.»

En el espacio de un año fue subiendo dentro de la división del peso wélter femenino. Primero D.D. Dunphy se situó en el número trece, después en el diez, después en el ocho... Su segundo combate fue con una joven canadiense, antigua boxeadora de peso superligero de Nueva Escocia, que estaba pasando al wélter, extraordinariamente precisa, segura de sí misma, muy rápida de pies, pero a la que, como a Lorina Starr, desconcertó el estilo agresivo de Dunphy en el cuadrilátero: *Hacia delante. Métete dentro. Utiliza tu fuerza. Mantente centrada. Hazle daño.*

La chica canadiense se llamaba Cameron Krist. Ya tenía entrenador estadounidense, además de mánager y promotor también estadounidense. Sus seis combates como profesional en los Estados Unidos los había ganado por decisión unánime. Vestía pantalones blancos de satén con ribetes rojos, y camiseta también blanca con una hoja roja de arce estampada en el pecho y en la espalda. Llevaba muy trenzado el pelo, de color claro. Piel suave, sin arrugas. Tenía el aplomo de una atleta que sabe que nadie la puede alcanzar, que es demasiado rápida con los pies y demasiado lista.

Un ave alta y elegante frente a una rapaz de poca altura y desgarrada, aunque dispuesta a atacar siempre.

El Martillo no era prudente. El Martillo se lanzaba hacia delante como si no viese nada.

El Martillo vestía pantalones negros de seda y camiseta negra. Zapatos negros. En los bíceps, llamativos tatuajes: una cruz adornada con lirios blancos y otra con rosas rojas. En la espalda, justo debajo de la nuca, las palabras JESÚS ES EL SEÑOR.

Tan pronto como las boxeadoras subieron al ring quedó claro que la de los pantalones blancos ribeteados de rojo era sexualmente atractiva, mientras que

la de los pantalones negros no lo era. Sin embargo, el emocionado interés de los espectadores (varones en su mayoría) se trasladó a la segunda tan pronto como empezó a apalear a su contrincante y a destrozarla por completo, dejándola tan indefensa como a una niña.

Porque te conviertes en varón al golpear al otro. Eso es ser «hombre»: golpear al otro hasta someterlo.

El rostro inmaculado y terso de Krist estaba ensangrentado. Los dos ojos, amoratados. Por las ventanillas de la nariz le resbalaba un destello de rojo. En la ceja le sangraba un corte de más de dos centímetros. El árbitro la examinó y frunció el ceño, pero no detuvo el combate. Cuando Krist trató nuevamente de abrazar a su adversaria, apartó sin miramientos a las boxeadoras.

—¡Sepárense! Atrás.

Se oyeron gritos aislados mientras el Martillo se precipitaba para rematar el combate con golpes poderosos semejantes al movimiento circular de una guadaña.

Acordándose de Mike Tyson: *Me gusta golpear la nariz, hundir el hueso de la nariz en el cerebro.*

Krist cayó, enredándose en sus mismos pies. Quedó tumbada boca abajo y tardaría algunos minutos en levantarse.

Esta vez, D.D. Dunphy no sufrió confusión alguna. Sin apresurarse, caminó sobre sus piernas firmes y fuertes hasta una esquina neutral y esperó a que el árbitro contara.

Inundada por la adrenalina, el corazón le latía alegre, eufórico. Se detuvo el combate. Su entrenador, ya en el ring, se dirigió deprisa hacia ella.

Un abrazo y un murmullo jubiloso al oído: *Gran trabajo. Mejor incluso que el primero.*

El árbitro la estaba felicitando. D.D. no lo había visto de verdad hasta entonces: un negro de mediana edad y ojos perspicaces. No se había fijado en la manera que tenía de mirarla.

Le retiraron el protector bucal, empapado en saliva. Le estaban alzando el brazo que no había empezado aún a dolerle. Y el guante de boxeo manchado con la sangre de su adversaria. Aunque D.D. Dunphy entendía que había ganado el combate, la enormidad de su victoria no le había calado del todo en la consciencia, como guata mientras absorbe la humedad, de manera que recorrió el pabellón con ojos humedecidos que parpadeaban, buscando al parecer, entre los rostros contraídos por el entusiasmo, uno que le resultase

familiar.

Vencedora por K.O. Un... minuto y cincuenta y cinco segundos del primer asalto... D.D. Dunphy, «el Martillo de Jesús».

—Es una asesina. ¡Dios santo, me da miedo!

Pero era un miedo delicioso. El Martillo se sentía como un gato que ronronea mientras lo acarician.

Aparecía por el gimnasio todos los días. Le encantaba el gimnasio. En la pared principal, junto al mostrador, había un recorte del *Dayton News* con una foto de «D.D. Dunphy, “el Martillo de Jesús”» que encabezaba un artículo de un solo párrafo con el titular *Boxeadora del peso wélter natural de Ohio, de veintiún años, consigue victoria inesperada sobre estrella canadiense.*

¿Había sido una «victoria inesperada»? D.D. Dunphy no se había dado cuenta.

Estaba razonablemente segura de que Cameron Krist no era ninguna «estrella».

Seguía trabajando media jornada en Target. Había recibido mil doscientos dólares por su segundo combate, pero como sus gastos eran ya considerables solo había podido mandar quinientos a Edna Mae.

(Supo que a Edna Mae le habían llegado las remesas anteriores por las noticias recibidas de labios de Luke después del segundo combate. Su hermano empezó felicitándola por ganar sus peleas, pero su tono se volvió desagradable a mitad de la conversación y terminó por decirle que «Edna Mae no va a tocar ni un centavo del dinero que has mandado, al que llama “dinero de Satanás”», aunque se lo había dado a Mary Kay, a quien «le importa un pimiento de quién sea el dinero con tal de poder gastárselo ella».)

(Sí, Edna Mae, Anita y Noah seguían viviendo con Mary Kay en aquella «casa vieja y venida a menos» de Depot Street. Edna Mae hacía el turno de noche en la residencia de ancianos y dos veces por semana iba a la iglesia, donde era, como decía Luke, «una persona muy querida», no por Luther, sino por su entrega a las tareas de la iglesia y a la causa del derecho a la vida. Anita y Noah estudiaban secundaria en el instituto. Mary Kay se había

jubilado por discapacidad, dado que estaba casi impedida por la artritis. En cuanto a él, Luke, iba «a casarse probablemente» —llevaba un año viviendo con una mujer con dos hijos pequeños—, porque tenía la sensación de que ya iba «siendo hora». Luke se había reído como si fuese una broma, o quizás una reflexión sombría presentada como un chiste. Después de que Luke colgara, D.D. se dio cuenta de que su hermano no le había preguntado absolutamente nada sobre *ella*, tan solo se había interesado por saber cuánto ganaba con el boxeo y si salía «alguna vez en televisión».)

Se celebró un tercer combate en Gary, Indiana, que D.D. Dunphy venció en cinco asaltos por K.O. técnico, pero que no fue televisado. La cuarta pelea, en Wheeling, Virginia Occidental, contra una pugilista local con un historial de 6-2, la ganó por decisión dividida, después de cinco asaltos agotadores.

Tuvo ocasión de oír que decían *No es una chica. Es del todo masculina.*

En los pocos relatos periodísticos de sus prestaciones profesionales se comentó *He aquí una boxeadora que hace honor a su despliegue publicitario «Martillo de Jesús».* ¡Dunphy es un martillo!

En Dayton, su «ciudad de residencia», empezaba a ser conocida. El presentador de un programa radiofónico la entrevistó en ¡*Buenos días, Dayton!* «He aquí a una atleta que se toma su deporte con tanta seriedad como cualquier varón. “D.D. Dunphy” no fanfarronea, ni malgasta el aliento. ¿Cómo te iniciaste en este peligroso deporte, D.D.? ¿Nos lo podrías contar?»

Dunphy se quedó en blanco. No lograba recordarlo... ¿cómo había llegado a boxeadora? ¿Había tenido algo que ver con su padre?

—Viendo boxear en televisión, imagino.

—¿Cuáles son tus influencias?

Aquello podía contestarlo. Gatti, De la Hoya, Roy Jones, Mike Tyson, «no como está ahora, sino como era antes». Las palabras parecieron salirle sin esfuerzo de la boca, y al parecer eran las correctas porque el entrevistador sonrió.

—¿Has estado alguna vez con Mike Tyson?

—... N... no...

—¿Crees que el boxeo femenino se acercará alguna vez al nivel de excelencia del masculino?

¿Era una pregunta trampa? Sabía que la respuesta era *no*. Pero sería un error decirlo y respondió, en cambio, dubitativa:

—Quizás algún día... no por ahora.

—Y ¿por qué es así, D.D.?

—Porque no hay muchas mujeres que boxeen, aún.

—Existen prejuicios contra las boxeadoras, D.D., tú probablemente lo sepas. A la gente no le gusta ver a chicas y a mujeres ensangrentadas, golpeándose entre sí. ¿Quieres comentarlo?

No estaba segura de cómo contestar. Se limitó a morderse un padrastro en el pulgar, esperando las palabras.

—La gente piensa que lo propio de las mujeres es «criar», no «guerrear». Pero por supuesto, a una mujer se le debe permitir que participe en cualquier deporte, igual que a los varones, así es como se piensa en la actualidad. ¿Estás de acuerdo?

D.D. asintió con la cabeza: *sí*.

¡Pero estaban en la radio! El entrevistador le hizo un gesto para que dijera algo.

—S... sí...

—Estás a favor, imagino, de que haya boxeo femenino en las Olimpiadas...

D.D. movió de nuevo la cabeza.

—Quiero decir... s... sí...

—Aunque, por lo que parece, tú no has competido nunca como aficionada. ¿Habría sido más conveniente, te habrías entrenado mejor, habrías estado mejor preparada para el boxeo profesional si hubieses boxeado como aficionada? ¿En un equipo olímpico, por ejemplo?

D.D. trató de entender aquello. No quería decir —no quería *insinuar*— que faltase nada en su entrenamiento, ni tampoco en su carrera. ¿Qué era lo que le preguntaba exactamente el entrevistador? Tenía un ligero zumbido en el oído izquierdo desde la última pelea. Y un dolor palpitante poco intenso en la base del cuello.

—¡Vamos a ver, D.D.! Cuéntaselo a nuestro público de la radio: ¿eres feminista hasta el tuétano? Parece que una boxeadora tendría que ser feminista.

Hasta el tuétano. No entendía bien aquello, ni era capaz de interpretar la gran sonrisa del entrevistador.

—Sí. Imagino que sí.

—Y ¿eres partidaria de la libre elección?

—«¿Libre elección?» ¿Cómo?

—Si estás a favor del aborto. Ya sabes, el derecho de las mujeres a «tener control sobre su cuerpo».

—No... no sé. Creo que no.

—¿No? ¿No estás a favor del aborto?

D.D. negó con la cabeza. El tema le resultaba desagradable, el entrevistador tomó nota y dio marcha atrás.

—Bueno. ¡Ha sido estupendo tenerte con nosotros en WOHI esta mañana, D.D. Dunphy! Cuéntales a nuestros oyentes cuándo podrán ver tu próximo combate de boxeo, ¿te parece?

Sabía la respuesta a aquella pregunta. Recitó una fecha, el nombre de su adversaria, el lugar de la pelea... Indianápolis, Indiana.

—¿Has estado alguna vez en Indianápolis, D.D.? ¿Has visto alguna vez el sitio donde vas a luchar?

Movió la cabeza para decir que *no*.

Primera vez que la golpeaban, es decir, *un impacto de verdad*.

Como surgido de la nada, le había llegado un golpe que la dejó aturdida. Que le alcanzó el lado izquierdo del rostro sin verlo venir; debía de haber bajado el guante sin darse cuenta (algo que su entrenador había tratado de meterle en la cabeza incontables veces, pero con la avalancha de adrenalina lo había olvidado) y su contrincante (negra elegante, peso superwélter de Chicago, D.D. había ganado casi tres kilos para pelear con ella, otra antigua campeona de kickboxing, número dos del *ranking* de su categoría en la Liga de Boxeo del Medio Oeste, de veintiocho años, sesenta y siete kilos y un alcance de brazo de un metro cincuenta y siete: ¡dinamita!) había sabido aprovechar.

—¡Mueve el culo y pelea, chica blanca!

Los guantes de Jamala estaban a los lados de su cara, que era feroz y hermosa. D.D. sintió que su alma perdía los papeles al ver semejante belleza, como en otro tiempo había sentido que le fallaban las rodillas al ver a Penelope Schine.

De manera que su adversaria la golpeó como nunca (antes) la habían golpeado. No vio llegar el puñetazo, lanzado contra la órbita del ojo izquierdo, un golpe impactante sobre el pómulos resbaladizo por la vaselina (aunque la vaselina no se lo había salvado) y sobre el relieve del hueso

encima del ojo, por lo que en la ceja apareció al instante un corte de más de dos centímetros de donde brotó la sangre antes incluso de que D.D. Dunphy se enterase de cómo la había alcanzado su contrincante. Era necesario devolver el golpe, pero no podía, no tenía fuerzas. Durante varios segundos de confusión no supo lo que había sucedido ni tampoco que estaba *caída sobre la lona* (lo que era radicalmente nuevo para D.D., y nuevo y escandaloso también el delirio del público que gritaba a favor de Jamala Prentis, «la Princesa», boxeadora local nacida en Chicago, con tatuajes de dagas con reflejos dorados en los bíceps y un diente de oro a juego, hermosa cabeza a lo Nefertiti, afeitada a navaja, donde las relucientes gotas de sudor semejaban joyas), pero decidida a levantarse, a trepar, como se trepa por escalones, uno tras otro, se puso temblorosamente en pie por fin, mientras el árbitro se apartaba para permitirle a Jamala Prentis que se lanzara contra ella, un duro golpe punzante contra el estómago (desprotegido), y había caído otra vez, o casi, con una rodilla en el suelo, moviendo la cabeza para aclarársela, mientras Jamala se burlaba, «¡Zorra blanca!». Y la sangre se le acumulaba en la boca. Sangre que la ahogaba, obligándola a toser sin poder evitarlo. (El público chillaba, ¿era un aviso para ella? ¿O le daban ánimos a Jamala para que acabara con D.D.?) Pero después estaba en pie, algo con apariencia de milagro: Dunphy está *en pie*.

Había que tratar de salvar el combate del desastre. D.D. no lograba aclararse lo suficiente para recordar, ¿estaban en el cuarto asalto? ¿O era el tercero? (¿Y cuántos asaltos quedaban?) Necesitaría tiempo para reponerse... necesitaría tiempo para enmendar su equivocación... pero ¿tenía fuerza suficiente para mantenerse en pie dos asaltos más? Le parecía que no.) Como una criatura herida, supo retirarse a su posición de defensa estratégica: rodillas flexionadas, cabeza baja, guantes alzados para proteger un rostro magullado y sangrante, mientras Jamala Prentis, más alta, la golpeaba con plena libertad, puñetazos que Dunphy no podía ni parar ni devolver: tal era la debilidad de sus brazos... ¡*Jesús, ayúdame!* No lo había invocado aún ni una sola vez en su nueva vida.

En el elevado cuadrilátero, bajo el calor de los focos, diminutos arcoíris de humedad. Sudor desperdigado en gotitas desde una cabeza iluminada por las luces y unos ojos tan oscurecidos como las órbitas de una calavera, y D.D. entendió que también la Princesa triunfante estaba exhausta, de pronto, al haberse agotado peleando contra su oponente, la chica blanca estoica,

testaruda e insensible cuya táctica de agacharse mucho la forzaba, dada su mayor estatura, a doblar las rodillas, la espalda, a adoptar una posición antinatural, contraria a sus instintos.

No era inusual que se produjera una fatiga así a mitad de un combate: D.D. sintió renacer la esperanza, la pelea no había terminado aún. No la habían derrotado todavía. Tenía la cara ensangrentada. Las costillas y los brazos palpitaban de dolor, pero era un dolor adormecido, como a cierta distancia. Reconocía la sensación dolorosa, pero *el dolor no era suyo*. También su adversaria respiraba por la boca.

Cayeron en un abrazo. Se sujetaron. Ahogándose juntas, aunque ninguna de las dos se atrevía a soltar a la otra hasta que el árbitro las forzó a hacerlo.

—¡Sepárense!

Sonó cerca una campana, junto a sus cabezas. D.D. Dunphy parpadeó para aclararse la visión, nublada por la sangre, con hematomas en ambos ojos. No llegaba a entender dónde estaba, cuál era su esquina, a la que tenía que regresar tambaleándose, aterrada ante la posibilidad de volver a caer.

Alguien le estaba gritando:

—¡Aquí!

Se encaminó a ciegas hacia aquella persona. Se tambaleaba con las piernas rígidas, su contrincante le había aporreado la zona lumbar durante el abrazo.

Tan indignado estaba su entrenador que ni siquiera pronunció su nombre; tampoco ella habría sabido decir el de él. D.D. se hundió, se desplomó sobre el taburete. Cerró los ojos para no verlo. El rostro oscuro con cicatrices, los ojos enfurecidos. ¡Le estaba fallando! No estaba dando *lo mejor de sí misma*.

Deprisa, a la desesperada, alguien trabajó en su cara destrozada con un lápiz astringente para restañar la sangre. Un corte de más de dos centímetros en el párpado derecho que el árbitro se acercó a inspeccionar, agachándose sobre ella con una expresión de desdén cuidadosamente controlada.

Al mundo del boxeo, que era como se le llamaba, no le gustaban las *boxeadoras*.

Y qué estúpida, patética, despreciable, la *boxeadora* con mechchas en el cabello muy corto, áspero, y cruces (blanca, carmesí) en los bíceps.

¿La había abandonado Jesús? Estaba ansiosa por protestarle: no era una hija de Satanás.

Algo así como un pliegue en el cerebro. Miraba una pared de textura muy basta. Una mosca en la pared que agitaba las alas. Dubitativa, no tenía claro

si la mosca era ella. ¿El patetismo de agitar las alas?

—¡Despierta! Un asalto más.

Los ojos se le abrieron de golpe. ¡Un asalto más! Tres minutos.

La cabeza le pesaba extrañamente sobre los hombros, apenas lograba mantenerla erguida. Algo le había sucedido en el cuello, en las cervicales... Y en la zona lumbar, que le latía por el dolor.

Sonó la campana. Empezó el nuevo asalto. La empujaron para que abandonara el taburete. Tuvo que buscar a su contrincante, ¿dónde estaba? La otra boxeadora tardó en levantarse, como si estuviera reacia a acercarse a D.D. en el centro del cuadrilátero.

La elegante y bella princesa Jamala, con sus tatuajes de dagas doradas, cabeza afeitada, pantalones de licra bien ajustados, no tan arrogante y segura de sí misma ya, sin fuerza en los brazos y aturdida por el cansancio. Tal era el secreto de la campeona de kickbox de raza negra: siempre había boxeado muy pocos asaltos. Ganaba enseguida sus combates. Toda ella era brillo, exhibición de unos pocos golpes muy duros, directos y precisos. Pero nunca se había puesto a prueba su aguante.

El del *Martillo de Jesús*, tampoco. Ahora necesitaba demostrar que lo tenía.

D.D. se estaba preguntando si Jamala la veía con claridad; si (quizás) la visión de su adversaria era tan borrosa como la suya. Y si la adrenalina había estimulado más de la cuenta el corazón de Jamala, desbocado ya, excesivamente veloz... D.D. sabía que era el momento de pasar al ataque, pero las piernas le pesaban como plomo. Sus pies eran pezuñas de plomo. Apenas podía mover el tronco para evitar golpes, no habría sido capaz de apartarse de la trayectoria de un puño certero, pero por fortuna la Princesa no podía alcanzarla; no de lleno, no con violencia.

El esfuerzo necesario para su incontrolado golpe lateral de derecha hizo que de su rostro contraído volaran gotitas de sudor.

Volvieron a enlazarse. Respiración ardiente, intenso olor acre del otro cuerpo. Las dos se esforzaban para evitar ser derribadas.

Jamala murmuró lo que sonaba como *Maldita chica blanca, no me jodas, zorra, y suéltame*, incluso mientras D.D. la apartaba ya con los dos guantes.

(¿Era el último asalto? D.D. no lograba recordarlo.)

Agotada y cubierta de sangre, D.D. consiguió de todos modos boxear mejor que su oponente y apartarla cada vez que la otra trataba de protegerse

abrazándola. Casi quería murmurarle al oído: *Perdóname*.

Ganaría la pelea por puntos; no iba a tratar de noquear a su contrincante. Su potencia había disminuido, no estaba segura de poder lanzar un golpe crucial, porque al tratar de conseguirlo podía dar a Jamala la oportunidad de alcanzarla a ella. Y para D.D. no sería ningún triunfo derribar y humillar a Jamala Prentis, «la Princesa», incluso aunque fuese capaz de hacerlo.

Terminó el último asalto. Jadeante e insegura sobre sus piernas, Jamala Prentis no había devuelto un solo golpe en todo aquel asalto.

¡D.D. Dunphy había ganado! Estaba segura. Su entrenador no la abrazó como solía hacer en aquellas ocasiones, pero la tocó en el hombro en reconocimiento por su trabajo.

—Bien. Has terminado con fuerza.

El presentador llamó a las boxeadoras al centro del ring para que se colocaran hombro con hombro, empapadas en sudor, magulladas y ensangrentadas, descontentas de sí mismas. Débilmente, la chica negra alzó los guantes, lo que provocó un coro de vítores por parte de sus seguidores, así que D.D. también alzó los suyos, recibiendo aplausos insignificantes. O quizás eran aplausos en broma, porque no habían peleado bien. Dunphy se había apuntado una mayoría de golpes para el final del combate, pero no había derribado a su oponente.

—La decisión de los jueces es... empate.

¡Empate! Hubo un momento de silencio, mientras el público asimilaba el resultado: la chica blanca, que debería haber ganado la pelea, no había conseguido hacerlo; la chica negra, que debería haber perdido, no había perdido.

Con tres jueces el empate es una decisión infrecuente. Hubo aplausos aislados, pitos y abucheos.

Con un grito de alivio, Jamala abrazó a D.D. Dunphy.

—Dicen que hemos ganado *las dos*.

D.D. rio descontrolada. No era eso lo que un «empate» significaba... lo sabía bien; el empate quería decir que ninguna de las dos había ganado.

Jamala se dio la vuelta para alzar los guantes en señal de triunfo, y D.D. trató de volver a abrazarla, porque no lo había hecho bien la primera vez; el gesto resultó torpe, incómodo... Jamala se rio de ella, una risa que fue como un alarido, y se alejó cojeando hacia su rincón para abandonar el cuadrilátero. D.D. se quedó en el límite de la superficie iluminada por el foco, mientras los

espectadores de la primera fila vitoreaban a Jamala como si hubiera derrotado a su rival.

A D.D. le cubrieron los hombros con una toalla. La piel le ardía, aunque ya empezaba a estar húmeda y pegajosa. Le entrechocaban los dientes con algo que se asemejaba al pánico. Le dolía la región lumbar, apenas podía mover las piernas. Tuvo, sin embargo, que apresurarse a abandonar el ring porque ya se anunciaba el próximo combate y habían aparecido los contendientes. Su entrenador lanzaba venablos contra la decisión: D.D. no lo había visto nunca tan enfadado.

—¡Joder, joder, joder! Esto apesta.

D.D. estaba deseando alejarse de él. No le gustaba verlo tan fuera de sí.

—Y tú... las dos... menuda peste. Agarradas todo el tiempo, las dos, jodidos *abrazos*. Puto *empate*. En eso consiste «hacer algo apestoso»... ahora ya sabes lo que significa.

D.D. estaba al tanto de aquella expresión. Pero nunca había pensado que se le pudiese aplicar a ella.

Se sentía mareada, aturdida. Tuvo que empujarlo para librarse de aquel hombre enfurecido.

Apresuró el paso para alcanzar a la chica negra alta de cabeza afeitada que avanzaba por el pasillo hacia los vestuarios, resplandeciente en una bata con adornos dorados, rodeada de admiradores.

—¡Jamala! Espera...

La chica negra se volvió hacia D.D., el ceño fruncido y parpadeando como si no viese bien.

—¿Sí? ¿Qué quieres?

D.D. no tenía ni idea de lo que quería. Lo que brotó de su boca magullada fue inesperado:

—¡Eres la mejor!

—Soy... ¿qué has dicho?

—La mejor, Jamala. Lo eres.

—Sandeces, chica. Eso solo lo dices... porque *es verdad*.

A Jamala empezaban a oscurecerse los ojos hinchados. Su rostro, que había sido salvajemente hermoso hacía apenas media hora, estaba magullado y en carne viva. Era posible que el diente de oro le bailase ya en la mandíbula y también era posible que escupiera sangre. Tal vez orinase sangre aquella noche. Pero en aquel momento estaba exultante, eufórica. Una especie de

amor sin límites brotó de ella hacia D. D. Dunphy como una explosión de música tan alta que no era para ser oída sino solo sentida como puras vibraciones pulsátiles por la chica blanca con la cara hinchada, de pie en el pasillo, que la miraba con adoración... pero aparecieron amigos gritando «¡Jamala! ¡Jamala!», arremolinándose alrededor, gritándole su cariño e intentando apoderarse de ella. Y en el pabellón los seguidores se habían puesto en pie y aplaudían a rabiar a Jamala Prentis, «la Princesa», como si hubiera ganado el combate.

En el pasillo, la desconcertada D.D. Dunphy se quedó olvidada, contemplándolo todo y tratando de sonreír con la boca lastimada.

Hasta el combate siguiente, que borraría la vergüenza de la pelea en tablas, todos le dirían muchas veces *Ganaste. Tendrías que haber ganado. Esos condenados hijos de puta te robaron el combate.*

Se entrenó sin quejarse, aunque a menudo sentía la cabeza como el interior de una campana. Un zumbido agudo y muy alto en los oídos. Las costillas magulladas le dolían y a la larga se descubrió, gracias a una exploración radiológica, que tenía una fracturada.

Lesiones en la zona del ojo que se curarían pero cuyas marcas no llegarían a desaparecer. En la ceja, una diminuta cicatriz blanca en forma de hoz.

Aunque despacio, iba recobrando toda su fuerza. Pero no empezó de inmediato a cruzar guantes para entrenarse; ya llegaría el momento.

Se lo repitieron machaconamente *No bajas la izquierda al lanzar un directo. No bajas nunca la izquierda. Y no dejes de mirar a tu contrincante.*

La estaban preparando para el campeonato de peso wélter de la AMB. Pero antes tenía que ganar el título femenino de la Asociación de Boxeo del Medio Oeste, la ABMO.

En la ABMO, D.D. Dunphy era la número nueve del *ranking*.

En la AMB, la número doce.

D.D. sonrió, nerviosa, al pensar en que se televisara su próximo combate: «Casi con toda probabilidad», como había dicho Cass Cassidy.

Sería el día de la semana en el que el canal ESPN retransmitía boxeo, con Pittsburgh Armory como escenario, y justo antes de un combate entre pesos pesados (varones): Kevin Johnson y Homer Cruze. ¡La posibilidad era evidente!

D.D. sonreía pensando en aquello mientras, despacio, se trenzaba el pelo.

Jamala le había dado confianza. Denso pelo negro aceitoso en trenzas africanas. Se trataba de un proceso que necesitaba dedicación: muy lento, riguroso. Los dedos de D.D. eran (solo ligeramente) torpes. Dedos grandes, trenzas pequeñas.

Era como si la boxeadora negra estuviera de pie delante del espejo, inclinada sobre la chica blanca, con la cabeza ladeada para prestar más atención; una cabeza que ya no estaba afeitada, sino bien mullida, adornada por un pelo muy denso que tenía que ser organizado en meticulosas trenzas africanas. Pero D.D. no lograba ver el rostro de la joven (de piel morena). Sabía de todos modos que se trataba de Jamala, con el pelo largo ya, que requería trenzas muy apretadas. Fragancia de cabello untuoso, ligeramente áspero entre sus dedos como el pelo de D.D. era áspero, hirsuto. Le encantaba el olor, y quería sentir contra su rostro aquel pelo. Y las partes del cuero cabelludo que quedaban expuestas.

Te quiero como Jesús te quiere. Desearía que me quisieras tú también.

El combate siguiente lo ganó por K.O. técnico. Y en el siguiente noqueó a su contrincante en el tercer asalto.

Pero sin televisión. (Todavía no.)

Se duchaba recorriéndose los costados con las manos, arriba y abajo, muy deprisa. El agua, todo lo caliente que era capaz de soportar. El placer del agua caliente sobre sus músculos doloridos, el ligamento del cuello que sentía como desgarrado, el latido de la región lumbar, donde (¡imposible evitarlo!) le habían golpeado repetidamente los riñones. Alzaba el rostro para que se le rociara el agua. Los ojos cerrados, la boca abierta, se pasaba con gesto tímido el jabón por el cuerpo, entre las piernas, entre los pechos. La sensación del agua caliente recorriéndola a raudales, una sensación que era como una caricia.

Bruscos abrazos de la otra boxeadora, después del combate. Agarrándose las dos. Aturdida y jubilosa, anonadada, borracha de adrenalina, como con efervescencia en la sangre, sin sentir dolor alguno o, por lo menos, todavía no.

Dolor punzante en el cuello, un palpar más apagado en la base del cráneo. Pastillas recetadas por el doctor Danks que Ernie le daba. Y las otras pastillas

blancas más pequeñas que también le daba Ernie, una cada mañana, sin olvidar ninguna, porque era esencial que D.D. *no sangrara*.

Todavía trabajaba en Target. A tiempo parcial, no media jornada. Los trabajadores a tiempo parcial o con media jornada no disfrutaban de prestaciones, pero si (por ejemplo) D.D. Dunphy necesitaba medicamentos con receta, pedir cita con el doctor Danks o una radiografía, Dayton Fights, Inc. cubría aquellos gastos.

Más ir al dentista. Más botas nuevas, guantes nuevos o nueva chaqueta de nailon con forro polar de más calidad que las prendas de Target que podía conseguir con descuento por trabajar allí.

Todos los domingos, además, en la Iglesia Misionera de Sión dejaba (doblado, sin llamar la atención) un billete de diez dólares en el cestillo de la colecta.

Estaba orgullosa: *Esa chica sabe encajar un golpe*.

No tan rápida con los pies como algunas de sus rivales. Pero con más fuerza en la pegada, con la (supuesta) potencia de un hombre. Se la entrenaba para defenderse, pero el boxeo no es cuestión de defensa sino de ataque. Dos boxeadoras defensivas, y el combate apesta. Los aficionados abuchean, pitan. Las boxeadoras tienen demasiada tendencia a abrazarse. A Dunphy no le gustaba, se podía contar con ella para empujar a la otra y apartarla. A menudo no tenía la rapidez necesaria para evitar un golpe, y por eso se la ejercitaba para que aprendiera a *encajar un golpe*.

Fue así como Ali (de más edad, más lento) ganó su famoso combate contra George Foreman (muy joven, de pegada muy fuerte). Se trataba de *mantenerse apostado contra las cuerdas, un «rope-a-dope»*. *Foreman golpeó repetidamente a Ali hasta quedar tan exhausto que perdió toda su energía, y hacia el final del combate no era capaz de golpear con más fuerza que una muchachita o un niño. ¡Fantástico!*

D.D. tenía los ojos cada vez más delicados y se le hinchaban con facilidad. Necesitaba llevar gafas de sol al aire libre. Le aparecían hematomas más deprisa que en el pasado. Pero era capaz de «ver»... todo lo que necesitaba ver para boxear.

Arcoíris, borrones resplandecientes. La manera más decisiva de pelear se basa en el instinto, no en la habilidad ni en el cálculo.

Ni a su entrenador, ni a su equipo de apoyo, ni al señor Cassidy, ni siquiera a su amiga Mickey Burd les contó lo borrosa que era su visión a veces. Si se

lo hubiera dicho durante un combate, lo habrían parado. Si se enteraban el árbitro o el médico responsable, también lo habrían parado.

O quizá Ernie no detendría el combate y D.D. Dunphy entendería que ella les tenía sin cuidado y que solo les importaba el público que la aplaudía. Porque el *Martillo de Jesús* tenía admiradores, fans. Que eran varones. Porque D.D. hacía que la gente se pusiera en pie, o casi. Parte del público. El tipo de seguidores dispuestos a pagar por ver buen boxeo.

En el coche donde le habían dicho que esperase, D.D. Dunphy se estaba comiendo un bocadillo de buen tamaño con dedos temblorosos. La habían llevado al doctor Danks para que le pusiera inyecciones de vitaminas. Y tenía muchísima hambre: salchicha, tomate, cebolla, todo empapado en mostaza que ya le manchaba las manos.

A Edna Mae no le enviaba mucho dinero últimamente. Le parecía que su madre podría haberle escrito para darle las gracias. La que escribía en cambio era Mary Kay. Su tía abuela prometía ir a verla boxear «muy pronto, de verdad», si no era en un sitio demasiado alejado, como Cleveland o Cincinnati.

Diciéndole que era una «chica buena y valiente». Y que Edna Mae la quería, pero que «se le hacía muy duro decir lo que guardaba en el corazón».

Después del sexto combate, cuando D.D. Dunphy quedó colocada como la aspirante número tres al título del peso wélter de la ABMO y la número siete de la AMB, era casi seguro que se televisara uno de sus combates en algún momento del año siguiente (2010).

En un sobre en el que había escrito con mucho cuidado, en letra de imprenta, EDNA MAE DUNPHY, envió a su madre cinco billetes de cien dólares, como en anteriores ocasiones. Jesús lo aprobaba, porque era ofrecer la otra mejilla, devolviendo amor a quien no la quería o parecía no quererla.

Mamá, esto es para ti. Espero que todo el mundo ahí esté bien.

Si me quieres llamar, mi número es —.

Ya soy una boxeadora con «ranking». Soy una «aspirante».

Lo estoy haciendo bastante bien. Búscame en TV (quizás) en enero del año que viene.

Te quiere,

Tu hija Dawn

«D.D. Dunphy» – «Martillo de Jesús»

Habían vuelto a machacarle la región lumbar en otro combate. Los riñones. En el aseo, antes de tirar de la cadena, lo vio y apartó enseguida la vista. ¡Ah, por qué había mirado!
Aquel lánguido bucle de color rojo en la orina.

Tengo que confesarlo, me sorprendió que Dunphy diera un resultado tan extraordinario.

Al verla por primera vez (en el gimnasio) no me pareció gran cosa. Más bien una chica feúcha que se tropezaba con los pies al andar, así de torpe. Y las piernas y los brazos, tan cortos... se veía que su alcance iba a ser un desastre. Pero Ernie Beecher no se cansaba de decir Dunphy promete. Dale una oportunidad.

Resultó que estaba en lo cierto. Solo hizo falta un poco de tiempo.

Una chica no es muy diferente de un hombre a la hora de entrenar. Se lo puede tomar con la misma seriedad. Pero también se puede desanimar más deprisa. Dunphy no era así... Dunphy no se desanimaba.

Se vio enseguida la fuerza de sus puñetazos. Suele decirse que o has nacido con pegada, o sin ella. Si has nacido con pegada, se te puede entrenar para usarla. Si no la tienes, entrenar no sirve de nada.

Dunphy era de verdad prometedora con ese gancho de izquierda, el cruzado con la derecha y el uppercut de izquierda al mentón, que a veces conseguía colocar exactamente en la punta de la barbilla como se supone que tienes que hacerlo, pese a su poco alcance. Era extraordinaria a la hora de devolver golpes una vez que se animaba... nada conseguía detenerla.

Todo el mundo comentaba cuánto corazón tenía Dunphy. Nada la paraba. Habría hecho falta matarla para detenerla. Es el tipo del guerrero: has de matarlo para que no siga. La gente decía, Cass, tienes una chica que es como Tyson.

Pero no hay ni punto de comparación, entiéndanlo. Las chicas no golpean con fuerza... no como Tyson. Cualquier lesión que se produzca solo demuestra la debilidad de la contrincante, o que, al caer de lado, se dan en

la cabeza contra un poste del cuadrilátero. O en los entrenamientos con sparring, cuando se traban y se golpean en los riñones. Pero los golpes mismos, incluso los de Dunphy, no son gran cosa, se mire como se mire. Un hombre los encajaría sin problemas.

Bueno: pueden sufrir una conmoción cerebral en un combate. Eso es cierto. Hay boxeadoras que están bastante sonadas, supongo. Es algo que sucede.

La causa es una debilidad en el cráneo femenino. No se le puede golpear sin que el cerebro se mueva dentro, como algo que flota en el agua... como si hubiera un saco o algo parecido y lo agitaras. Pero Dunphy pegaba fuerte, dejando a un lado la cuestión de hombres o mujeres, y sabía protegerse.

El problema era que al público no le gustan las mujeres que tienen aspecto de atletas o de hombres. Eso es lo que dicen los promotores, los productores de televisión y los anunciantes. Y es correcto porque lo dicen ellos. Están comprando mercancía y hay que darles lo que quieren.

Buscamos a Mickey Burd, una chica del barrio que ya había sido boxeadora con Ernie, para que nos ayudara. Engatusó a Dunphy y consiguió que se diera mechadas en el pelo, que se hiciera tatuajes llamativos, y que llevase pendientes. Incluso le afinaron un poco las cejas para que no pareciera algo así como una hembra de orangután.

Dunphy tenía poca sensibilidad al dolor. Los admiradores pueden confundir eso con el valor. Si la golpeaban, se reía. Si hubiera perdido un diente, lo habría escupido sobre la lona para seguir peleando. Al igual que Arturo Gatti o, ¿cómo se llamaba?, sí, «Boom Boom» Mancini, daba todo lo que tenía para el público, no se guardaba nada. Un boxeador así se arriesga a todo tratando de noquear al contrincante, de hacer que sus fans lo vitoreen.

Si era de verdad una solitaria, eso tenía que hacer que se sintiera bien. Oír que la aclamaban personas que no conocía.

Sus pechos eran un poco excesivos para una boxeadora, pero se los aplastábamos al máximo sin provocar lesiones. Aunque quizás tuvo alguna. Dunphy nunca soltaba prenda. Se tomaba las pastillas que le conseguíamos y nunca tuvo el periodo. No sangraba como una chica normal ni como una mujer. Cualquiera pensaría que la sangre negra volvía al interior del cuerpo como aguas residuales, ¿no les parece?

Puede que sea así. Se oyen todo tipo de cosas.

El consuelo en la aflicción

SEPTIEMBRE DE 2011-FEBRERO DE 2012

El «verdadero tema»

*Cuando encuentres tu verdadero tema, te darás cuenta.
Tenía fe. No había dejado de esperar.*

Muskegee Falls, Ohio: septiembre de 2011

El río Muskegee, manchado por el sol, con resplandores que deslumbraban.

El color del río era de peltre deslucido. Las zonas en las que se reflejaba el sol semejaban fuego sobre la agitación de las olas.

Una extraña belleza en el sonido de la palabra: «Mus-ke-gee».

Llevaba horas conduciendo por Ohio a través de tierras de labor. Colinas onduladas como las colinas esculpidas de los cuadros de Thomas Hart Benton. Hectáreas de maizales de color pardo, con tallos secos y rotos, trigales ya cosechados, rastrojos.

Principios de otoño. Belleza de la luz sesgada, de las cosas reseca.

Junto a la autovía, la corriente del río se apresuraba: había llovido mucho el día anterior.

Halcones que describían círculos lentos, muy altos en el cielo. Había reparado en ellos al mirar hacia lo alto. ¿Los halcones cazaban en grupo? Había varias aves de gran envergadura que se elevaban, descendían, planeaban con alas casi inmóviles. Como pensamientos a la deriva de los que no se es del todo consciente.

Él habría hecho en automóvil aquel mismo recorrido, pensó. Cuando se dirigía hacia el sur y el este desde Michigan.

Habría abandonado la interestatal en Bowling Green o en Findlay. Hacia el sur a través de Upper Sandusky hasta Broome County, al sur de Wyandot. Por autovías estatales de dos carriles a través del Ohio rural (densamente arbolado, con muchas colinas, tierras de labor) hasta Muskegee Falls donde Gus Voorhees había empezado una nueva vida.

Naomi se había enterado de las muchas amenazas de muerte recibidas por su padre. No lo supo en su momento, y no creía que Darren hubiera estado nunca al tanto de que a su padre lo habían atacado muchas veces de palabra en sitios públicos y también físicamente en varias ocasiones; cuando vivían

en Grand Rapids lo asaltaron en el aparcamiento del centro para mujeres, golpeándolo con tanta violencia que tuvieron que llevarlo a urgencias. (Sin embargo, cuando Naomi trataba de recordar algo parecido, una imagen de su padre con heridas visibles, hospitalizado, no lo lograba. Posiblemente a sus hijos se les había dado la explicación de que se había ausentado durante algún tiempo.) Casi todos los centros para mujeres en los que trabajó sufrieron fuegos provocados; también se dieron casos de vandalismo en los edificios y los vehículos aparcados en el exterior. No solo a los médicos: también se amenazaba a enfermeras y otros miembros del personal. Era igualmente estremecedor enterarse con tanto retraso de que las amenazas habían sido contra todos ellos, mujer e hijos de Gus Voorhees incluidos.

A los hijos nunca se les había contado nada. Tal vez Jenna solo hubiera llegado a saber parte de lo sucedido.

Madelena había dicho *Pero fue esa la razón de que se mudara, Naomi. Y de que Jenna se negara a acompañarlo. Para protegeros a vosotros. Los niños.*

Naomi no había querido creer que aquello pudiera ser verdad. Que su padre, sabedor de que podían matarlo, hubiese continuado de todos modos con su trabajo de médico.

Gus Voorhees siempre se había negado a rendirse ante sus enemigos, como manifestaba con insistencia. Pero sus enemigos, en cualquier caso, habían terminado por vengarse.

¡Qué desolado resultaba el campo en aquella parte del Ohio rural! Las granjas quedaban a mucha distancia unas de otras y lejos de la carretera; los pueblos por los que pasaba no eran más que unas cuantas casas desperdigadas, una gasolinera y unas pocas tiendas e iglesias.

(¿Le recordaba aquella parte de Ohio a Huron County, en Michigan? Cualquiera de las carreteras rurales que recorría podría haber sido Salt Hill Road.)

Perdida en sus pensamientos, casi se salta la salida de Muskegee Falls. A la izquierda y hacia el este, para cruzar el río Muskegee.

Su padre utilizó también aquel camino. Naomi había marcado con mucho cuidado en un mapa los trayectos que sin duda él tuvo que recorrer.

El puente de una sola arcada que llevaba a Muskegee Falls (26.000 habitantes), si bien de otra época y venido a menos, era decoroso, aunque estrecho: apenas dos carriles. Límite de velocidad, veinticinco kilómetros por

hora.

De no haberlo sabido no lo habría adivinado (era lo más probable): el río de agitada corriente y del color del peltre fluía de norte a sur, perpendicular al puente que Naomi cruzaba en su pequeño coche alquilado. Las cataratas que daban nombre a la población se hallaban a medio kilómetro corriente arriba, envueltas en niebla.

Una rápida sucesión de sombras proyectadas por las oxidadas vigas del puente cayó sobre el vehículo. Cruzaban el capó, pasaban fugazmente por el parabrisas (con manchas de insectos y de simientes, necesitado de una limpieza: tenía que pararse pronto para echar gasolina), y después se hacían invisibles sobre el techo hasta desaparecer por completo.

Manchas de luz de sol, las sombras en movimiento de las vigas, el brillo del capó... Naomi recordó cómo las luces estroboscópicas podían desencadenar ataques epilépticos. Rápidos fogonazos de luz con un ritmo constante pueden tener un efecto narcótico sobre el cerebro. Karl Kinch, su (medio) tío, el enfermo crónico hijo de su abuela, no soportaba la habitual luz del día y menos aún la iluminación eléctrica o fluorescente. Si se arriesgaba a salir al aire libre llevaba gafas oscuras para protegerse el cerebro de un mayor envenenamiento, pero de hecho casi nunca se atrevía a salir. Tenía que esconderse del mundo para salvarse.

Pero no quería pensar en Kinch, no en aquel momento. No cuando se hallaba en Muskegee Falls, Ohio, adonde (por fin) había decidido viajar, sola.

Las cataratas, que ocupaban todo el ancho del río, eran ya bien visibles, con una altura aproximada de diez metros, blancamente agitadas, rociándolo todo de agua y espuma. El agua de una cascada produce fascinación, y Naomi apartó los ojos, aunque con dificultad, por temor a extasiarse al volante. Había instalado una cámara de vídeo junto a la ventanilla del conductor para grabar los paisajes que sin duda su padre había visto durante los últimos meses de su vida.

Estaba decidida a hacer un vídeo del lugar en el que Gus Voorhees había vivido muy poco tiempo, y donde trabajó sin arredrarse hasta que lo mataron. Un vídeo de las circunstancias de su vida en Muskegee Falls. Habían pasado suficientes años y se creía lo bastante fuerte para intentarlo.

Los consejos de Madelena: *Tú solo ve, cariño. Tómate todo el tiempo que haga falta. Necesitarás armarte de valor. Haz lo que precisas hacer. Llámame.*

Naomi había llegado a querer a su abuela. Aquel cariño se había producido sin voluntariedad por su parte, y ahora que Madelena no estaba bien, sentía su afecto por ella con una peculiar suerte de desesperación. Se sentía como alguien que ha dispuesto de una inmensa cantidad de tiempo y lo ha desperdiciado en su mayor parte, descubriendo ahora el horror de la brevedad de la vida, que se va como agua entre los dedos.

Pero por favor llámame. ¡Te vamos a echar de menos!

En un primer momento Madelena no había pensado que el proyecto de Naomi de crear un archivo con la vida de su padre fuese ni una buena idea ni algo factible. ¿Cuánto tiempo se necesitaría para semejante tarea? ¿Cómo iba a poder concluirlo de una manera razonable? ¿Y qué haría en el caso de que descubriese cosas lesivas acerca de Gus?

Naomi dijo que no esperaba descubrir cosas «lesivas» acerca de su padre.

Después rectificó. Entendía, por supuesto, que todas las vidas son imperfectas. También Gus Voorhees era *imperfecto*.

Naomi tenía ya veinticuatro años, lo que le hacía creer que había dejado de ser joven. Necesitaba *darse prisa*.

Durante los dos últimos años había estado trabajando como ayudante de un realizador de documentales ligado al New York Institute, su primer empleo de verdad. El proyecto consistía en monitorizar la vida de una familia de somalíes viviendo en la ciudad de Nueva York y en Minnesota. El trabajo había sido exigente y emocionante; había aprendido muchísimo. Creía que estaba lista para preparar un documental del todo suyo.

Nada más cruzar el puente aparcó el coche, un Nissan alquilado en el aeropuerto de Detroit, en una vía de servicio. Utilizando una pasarela peatonal retrocedió más o menos una tercera parte de la longitud del puente para colocar su cámara encima de la barandilla y grabar la pequeña población que era Muskegee Falls desde aquella perspectiva. Más adelante añadiría una voz, un comentario.

Este río es el Muskegee, en la parte central de Ohio. Lo que se ve al fondo es Muskegee Falls.

El puente sobre el Muskegee se construyó en 1939.

Gus Voorhees, mi padre, se trasladó aquí para vivir y trabajar —creía él que temporalmente— a finales del verano de 1999.

Por teléfono, Gus sonaba con frecuencia como si se sintiera culpable. Se reía mucho. La llamaba *cielo*. Había conseguido sacarle la vaga promesa de *Ir a visitar a papá, ¿de acuerdo? ¿Algún fin de semana?*

Ese fin de semana no llegó nunca. Y ahora Naomi había ido por fin a Muskegee Falls.

¡Pero estuvo tan enfadada con papá! Todos lo estaban.

No estaban enfadados con papá, eso era una tontería. De estar enfadados con alguien, habría sido con mamá (¡con qué cruel perspicacia infantil lo sabían!), por el fracaso de no ser lo bastante querida como para conservar en casa a un hombre como Gus Voorhees.

Durante mucho tiempo a Naomi no le había gustado decir «Muskegee Falls» en voz alta. El sonido mismo de «Ohio», el burlón arrastrarse de las vocales, le resultaba repugnante.

Había preparado una cronología detallada de 1999, el último año de la vida de su padre. Conforme iban creciendo en volumen, sus archivos habían llegado a ser difíciles de revisar de una tacada.

Desconcertante que su padre hubiera ido allí, a aquel sitio entre todos los lugares del mundo... y hubiese *muerto allí*.

No había respuesta para la pregunta quejumbrosa... *¿Por qué?*

Naomi había investigado. Se había aficionado a usar internet en busca (por lo menos) de una noción estadística y computacional del medio en el que vivió su padre durante aquellos breves meses antes de morir.

De manera que ya sabía, antes de ver a lo largo de la orilla del río las fábricas y los almacenes cerrados y el aspecto destartado de todo aquel entorno, que Muskegee Falls no se había recuperado de una crisis económica que se remontaba hasta mediados de los años noventa. La sucursal de General Motors había cerrado, y también se había marchado un fabricante de ropa femenina; una ola de bancarrotas trajo consigo desahucios. La pequeña población había perdido en torno a la quinta parte de sus habitantes.

En una carretera a la orilla del río —llena de baches— grabó con su cámara tramos de edificios abandonados, muelles, almacenes y empresas de transportes, solares en los que se amontonaban escombros, parcelas abiertas y con vegetación, convertidas en campos en los que (lo vio gracias al zoom de la cámara, que acercaba las imágenes) ratas de color polvo hurgaban enérgicamente entre la basura acumulada. Sintió que se le erizaba la piel. Las ratas resultaban visualmente emocionantes a través del ojo de la cámara.

Un patio de maniobras de la línea de ferrocarril Baltimore & Ohio, vías férreas, vagones de mercancías que parecían viejos, maltratados, abandonados. Un intenso olor a creosota.

Y más allá el río Muskegee, con manchas de luz de sol como pequeños fuegos brillantes, sorprendentes y hermosos para la vista.

Su padre había visto todo aquello, estaba segura. En especial el río, magnífico pese a la fealdad de la orilla.

¡Gus le tenía tanto cariño a la isla de Katechay!: la niebla matutina sobre el lago Huron. Somormujos en el agua, un viento que soplaba con fuerza. Caminaban a lo largo de la orilla, las huellas de los pies descalzos de papá muy hundidas en la arena, y su hija trotando detrás y esforzándose por encajar sus piecitos en las huellas paternas...

En Main Street, el tráfico lento de las últimas horas de la tarde. Semáforos interminables. Había que torcer por Center Street, hasta First Avenue, Capitol Square y el juzgado de Broome County, que era un edificio municipal de granito y de aspecto severo, con un ala de ladrillos de color beis, más luminosa, en la parte de atrás.

Fue algo así como una pequeña conmoción encontrarse con el Palacio de Justicia de manera tan abrupta.

Jenna había asistido allí al primer proceso de Luther Amos Dunphy, el que terminó en «juicio nulo».

¡Su pobre madre tan consternada y sola en aquel lugar! No había querido que Naomi o Darren la acompañaran.

Jenna ocultó a sus hijos su terrible desesperación, su dolor que era una especie de cáncer de médula que le estaba vaciando el alma. Tenía la esperanza de evitarles a sus hijos todo aquello.

No se dieron cuenta entonces. Por su condición de niños habían pensado sobre todo en sí mismos. Sin embargo, nunca la habían perdonado del todo. Casi empezaba a ser demasiado tarde.

Naomi volvió la cámara hacia el juzgado de Broome County, un edificio de poco mérito. A través del visor, el edificio de granito parecía un poco más interesante, pero solo un poco. Además de las instalaciones judiciares criminales y civiles del condado, también albergaba la Oficina de Registros Públicos y una sucursal de la Dirección General de Tráfico de Ohio, lo que representaba casi todos los asuntos que, según Naomi podía ver, se gestionaban en el Palacio de Justicia.

¿Había entrado su padre alguna vez en aquel edificio? (No tenía ninguna razón para suponer que sí.) Había sido allí, sin embargo, donde, en el segundo juicio, se declaró culpable a su asesino y se le sentenció a muerte.

Por esa razón tenía que grabar las imágenes del juzgado. Tenía que ver el interior del edificio en el que su madre se había visto sometida despiadadamente al tedio y a la ansiedad del primer proceso.

En el vestíbulo principal, después de un errático control de seguridad, Naomi pidió permiso a un ayudante del sheriff del condado para filmar el interior de la sala de audiencias. (En el edificio no había más que una, de considerables dimensiones, que no se estaba utilizando en aquel momento.)

—¿Por qué? —el ayudante la miró con desconfianza.

—Para un proyecto académico. Soy alumna de una escuela de cine.

—¿«Escuela de cine» de dónde?

Naomi meditó. Decir de la ciudad de Nueva York podía ser una respuesta menos juiciosa que de Ann Arbor, Michigan.

De hecho, había cursado asignaturas relacionadas con la llamada *teoría y práctica de la cinematografía* tanto en la Universidad de Michigan como en la de Nueva York.

Le dijo Michigan al ayudante, y por lo visto resultó ser la respuesta adecuada.

De todos modos, su interlocutor le pidió algún documento de identidad. Naomi le mostró su carné de conducir, que el policía procedió a examinar con detenimiento.

—«Voorhees.»

(¿Encerraba aquello algún significado? ¿Por qué el ayudante del sheriff había repetido su apellido en voz alta? ¿Era que, de algún modo, lo recordaba?)

El policía tenía unos cuarenta años. Era muy posible que hubiese prestado sus servicios durante la época de los juicios. Posible, incluso, que hubiese estado de servicio la mañana en que Luther Dunphy se presentó con una escopeta en el centro para mujeres y asesinó a dos personas antes de que nadie pudiera impedirlo.

Naomi esperó, incómoda, sonriendo. Siempre, en semejantes circunstancias, hay que sonreír.

Suerte que era de raza blanca, una chica atractiva con una actitud amistosa y espontánea, y que sin duda no suponía ningún peligro para la seguridad del

juzgado de Broome County ni para la del ayudante del sheriff.

—De acuerdo, señorita... «Naomi».

Con una sonrisa el policía le devolvió el carné plastificado. El apellido *Voorhees* no le había dado ninguna pista.

Había sonreído, pero no con la mirada. Era un hombre fornido de ojos pequeños y desconfiados, mandíbula poderosa. Llevaba muy ajustado el uniforme de color azul apagado; se notaba el relieve del arma de fuego en su funda a la altura de la cadera. En cualquier caso, Naomi le agradeció que le permitiera pasar unos minutos en el interior de la sala con su cámara de vídeo.

Aquí es donde se juzgó a Luther Dunphy. Dos veces.

El primer juicio fue declarado «nulo».

En el segundo se llegó a un veredicto de culpabilidad. Y se le sentenció a muerte por el asesinato de Gus Voorhees y de Timothy Barron.

Ejecutado en marzo de 2006.

La lente de la cámara es neutral, imparcial. Los ojos de Naomi advirtieron la inutilidad del esfuerzo: el estrado del juez (vacío), el de los jurados (vacío), filas de asientos (vacías). En la pared delantera de la sala, el sello heráldico en cobre del Estado de Ohio. Cerca de la tarima del juez, una bandera de los Estados Unidos.

Ventanas muy altas, incandescentes por la luz del sol, motas de polvo en suspensión que revoloteaban.

Aquí no hay nada. De nada no sale nada.

Una observación que Gus Voorhees solía acompañar con una sonrisa.

Una dulce sonrisa irónica. No una sonrisa malévola ni sarcástica.

Habían transcurrido años desde la conclusión de los juicios. No era posible evocar nada de aquellos días.

—Quédese todo el tiempo que quiera, señorita. No hay ningún juicio programado para hoy.

La voz era entrometida, discordante. Naomi se había dado cuenta de que el policía la estaba observando, pero no quería darle pie para iniciar una conversación.

—Gracias. Casi he terminado.

—¿Qué clase de curso sobre cine está usted haciendo?

—Nos han encargado hacer un registro visual de edificios municipales e históricos de Ohio.

Una respuesta tan poco interesante que ni siquiera a un ayudante del sheriff intrigado por una joven que había aparecido en el lugar donde trabajaba se le ocurrió ningún comentario.

Para su visita a Muskegee Falls, Naomi se había vestido de la manera menos llamativa posible: pantalones de color caqui poco ajustados, camisa, suéter. Gorra de béisbol cuya visera podía bajar sobre la frente para protegerse del sol mientras conducía, así como de las miradas escudriñadoras de desconocidos. El pelo, ondulado y de un cálido color castaño caoba, que le llegaba hasta los hombros, se lo había recogido, pragmáticamente, en una cola de caballo. No llevaba anillos ni sortijas, con la excepción de un pequeño ópalo lechoso engastado en oro blanco que su abuela Madelena le había regalado como «recuerdo»: una sortija que había sido suya.

Naomi era cineasta: documentalista. No tenía deseos de ser vista sino de ver. Todo en su apariencia y en sus modales era una señal para cualquier observador: *Por favor, no se fijen en mí. No soy nada ni nadie. Invisible.*

—En su carné dice que es usted de Michigan, ¿cómo es que ha venido hasta aquí, tan lejos?

Vio que el policía la miraba con atención, con una especie de leve beligerancia masculina que se podía aplacar sin esfuerzo con una sonrisa, con un intercambio de bromas, un aire (femenino) de coqueta sumisión. Cualquier agente del orden público de cualquier edad con una placa resplandeciente, una pistola en la cadera y un uniforme está condicionado para esperar un apaciguamiento semejante: a Naomi Voorhees no le habría costado nada conseguirlo. Habló, sin embargo, con sencillez, ligera frialdad y sin mirar directamente al ayudante del sheriff.

—Porque aquí hubo un juicio en el año 2000. Se juzgó por asesinato a un individuo llamado Luther Dunphy. Por dos asesinatos. ¿Lo recuerda? — Naomi se oyó hablar con menos indiferencia de lo que se había propuesto.

—«Luther Dunphy.» Sí...

El policía se mostraba inseguro, fruncía el ceño. Naomi tuvo que preguntarse qué podía significar para él, que no se acordaba de Voorhees, el apellido *Dunphy*.

Le explicó que habían sido dos los juicios. El primero resultó nulo.

—¿Cómo dice que se llamaba?

—«Luther Dunphy.» Vivía en Muskegee Falls...

—«Dunphy»... el apellido me resulta de algún modo familiar. Pero yo no

estaba aquí por entonces. No vine a Broome County hasta 2002.

Los asesinatos databan de noviembre de 1999, explicó Naomi. Un individuo llamado Luther Dunphy había matado a dos personas con una escopeta en la clínica para mujeres.

—En el segundo juicio a Dunphy lo sentenciaron a la pena capital y murió, lo ejecutaron, en 2006.

Extrañamente, le falló la voz. El policía la miró fijamente. Naomi se preguntó si pensaba que podría estar emparentada con Luther Dunphy.

Y que volvía al juzgado donde se le había sentenciado a muerte... pero ¿con qué intención? ¿Para hacer daño de algún modo? ¿Para poner una bomba?

Pero el detector de metales le había permitido pasar. Habían examinado la bolsa con la cámara. Tenía que ser inofensiva.

¡Me compadece, piensa que Luther Dunphy era mi padre!

—¿Qué ocurre, señorita? ¿Qué sucede?

—No «sucede» nada. Perdóneme.

Desconfiaba de ella. Ya no le gustaba tanto.

Apretando la cámara contra el pecho, forzándose a sonreír, Naomi hizo un intento de marcharse; pero el ayudante del sheriff le cortó el paso.

—¿Señorita? Déjeme ver esa cámara, por favor.

—Pero ¿por qué? No es más que una cámara...

—Ya se lo he dicho, señorita... déjeme verla.

Naomi se la pasó. La adrenalina le inundó todo el cuerpo, casi sintió que se podía desmayar. ¡Cómo detestaba a aquel fulano! Aquel matón uniformado con una pistola en la cadera y una placa reluciente. Su interés inicial por ella había sido sexual sin más, no exactamente intimidatorio, pero tampoco del todo benévolo; en cualquier caso no habría podido presentar ninguna queja contra él. Y ya no dijo nada más, puesto que no deseaba provocar su animadversión. Dándose importancia, el representante de la ley examinó la cámara, dándole vueltas entre las manos sin miramientos; pidió también ver la bolsa donde se guardaba, y examinó el interior. Examinó las lentes, agitó los estuches. ¿Qué era lo que temía encontrar? ¿Qué era lo que esperaba encontrar? Naomi tuvo un pensamiento cobarde: qué suerte para ella ser de piel blanca. Alguien de color, alguien cuyo tono de piel pudiera sugerir extranjería, «terrorismo»... ¿cómo habría tratado entonces a ese alguien aquel policía de Broome County, Ohio? No habría sido difícil provocar un forcejeo;

si el agente del orden le ponía las manos encima y ella se resistía de manera instintiva, podía utilizar la fuerza; aunque ella no se resistiera, cabía que no llegara a obedecer con la rapidez suficiente para librarse de que se la tratara con dureza. ¡Y qué deprisa podía suceder algo así! Con el rabillo del ojo vio en el vestíbulo a transeúntes que los miraban a ella y al agente que la había detenido. Al menos, había testigos.

Cuando el ayudante del sheriff terminó su examen, convencido a regañadientes de que no había nada sospechoso dentro de la cámara o en la bolsa, y no tuvo ya otro remedio que dejarla ir, Naomi permaneció muda, sin un murmullo de descontento ni de gratitud; se limitó a recuperar sus pertenencias y a marcharse cuanto antes.

De aquel encuentro no conservó ninguna grabación. Ni testimonio, ni prueba. Como si nunca hubiera sucedido.

A pie e invisible en el «centro» de la vieja población de Ohio a la orilla de un río.

Inquieto visor de la cámara en continuo movimiento.

Servicios para la Familia de Broome County. Centro para Mayores de Broome County. Consejería de Educación de Broome County.

¡Cómo había llegado a aborrecer aquellas dos palabras: *Broome County*!

Las había detestado durante años. Las había temido.

Fountain Square, limitada por árboles jóvenes sin apenas hojas. Zona abierta pavimentada, baldosas de color salmón. Bancos recién pintados de verde brillante. Bulevar peatonal, pero con pocos peatones. Paradas de autobús con marquesinas de plástico y aspecto de nuevas, donde personas de avanzada edad, algunas de piel oscura, aguardaban, pacientes, los autobuses metropolitanos o de enlace.

A no ser que se tratara de personas sin hogar, rodeadas de bolsas de la compra, cajas y cestas para la ropa sucia repletas de sus pertenencias.

Figuras solitarias en el «centro» de la población, inmóviles como estatuas en un retablo de infortunio. Aunque en aquella parte de Muskegee Falls se había llevado a cabo un ambicioso plan de renovación urbana (era evidente), la zona no parecía remozada sino más bien debilitada, destripada. El ojo de la cámara se detenía en «plazas» casi desiertas, con fuentes que brillaban vertiginosamente al sol y sin nadie a la vista, como en un cuadro de Chirico.

Zonas de césped con la hierba seca. Arbolitos larguiruchos que parecían abandonados a su suerte bajo el calor del sol otoñal.

En el límite de la plaza de piedra arenisca, un elegante edificio con aspecto de recién construido, y cierto frenesí de actividad: la Biblioteca Pública de Broome County.

Ya le temblaban menos las manos al empuñar la cámara. Sentía con retraso un ataque de miedo, indignación, desaliento... qué impotente se habría sentido si el policía le hubiera confiscado o destrozado la cámara... ¿Era una exageración imaginar que podía haber sucedido una cosa así? ¿Había malinterpretado su hostilidad, que parecía haber surgido tan de repente? No quería pensar en que, si hubiese conocido su identidad, no *Dunphy* sino *Voorhees* la hija del médico abortista asesinado, podría haberse mostrado todavía más hostil.

Deambuló con su cámara como un fantasma. Había desconocidos que la miraban, algunos con sonrisas desconcertadas. ¿Acaso la conozco, señorita? ¿Me conoce usted *a mí*?

No sabía quiénes eran aquellos desconocidos. No conocía a ninguno. No se atrevía a preguntar si alguien había conocido, o había al menos oído hablar, de Gus Voorhees, su padre.

Y por qué allí, por qué grabar con su cámara aquellas imágenes dispersas y al azar, era algo que no habría sabido explicar. Excepto por la presencia de Gus allí, o en los alrededores, durante 1999. Y porque grababa lo que podía de Muskegee Falls con la esperanza (quijotesca, desesperada) de ser capaz de extraer, en algún momento futuro, un significado, que ahora se le escapaba, de aquellas imágenes dispersas y al azar.

Yael Ravel, la realizadora israelí a la que tanto admiraba, había hablado de la necesidad de acumular horas, días, semanas de material de vídeo para extraer nada más que unos pocos minutos preciosos, dignos de ser conservados... si tenías suerte.

Naomi quería creérselo. No le quedaba otro remedio.

En el vestíbulo del Muskegee Falls Inn, en funcionamiento desde 1894. Un hotel «histórico», antiguo y agradable de ver, con una fachada venida a menos de estilo Tudor. Muy tranquilo a media tarde. Escasamente iluminado, paredes con revestimiento de madera, severos sofás de cuero, sillas.

Chimenea (apagada) en la que se apilaban troncos de abedul. Araña muy adornada con falsas velas blancas, altas y esbeltas.

Por una puerta se tenía acceso a una sala muy grande, un comedor para banquetes, con una infinidad de mesas redondas, todas vacías.

Por otra puerta se entraba al pub El Signo del Carnero, escasamente iluminado.

Su padre se había alojado a veces en aquel hotel, Naomi tenía razones para creerlo. Antes de alquilar un apartamento en la ciudad.

¿O le había acogido algún amigo en un primer momento? Una amistad reciente de allí mismo, de Muskegee Falls. Colegas en tareas de salud pública. Planificación familiar, interrupción del embarazo.

La camaradería de los asediados. Los amenazados, los despreciados.

Asesinos de bebés. Vuestras almas arderán en el infierno.

Naomi sabía que Jenna se había hospedado en el Muskegee Falls Inn durante todo el primer proceso.

Sola, de acuerdo con sus preferencias.

Recién enviudada y nada deseosa de conmiseración. La multitud de manifestaciones de solidaridad con sus quejumbrosas exclamaciones: *Ah, Jenna, me entristece tanto lo de Gus, qué cosa tan terrible lo de Gus... ¡Terrible, terrible!*

Se habían reído juntos hasta las lágrimas. Jenna, Darren, Naomi. Una especie de juerga de borrachos. El estrés de tanta conmiseración (bienintencionada). Temerosa durante mucho tiempo de salir (lo había dicho Jenna) sin llevar un velo, o una máscara o una bolsa de papel en la cabeza, de manera que nadie pudiera reconocerte y estrecharte entre sus brazos.

—¿Señorita? ¿Puedo ayudarla en algo?

La mujer de abultada cabellera tras el mostrador de recepción lanzó su voz a través del vestíbulo hasta Naomi, acompañándola de una sonrisa mínima.

Especializada en valorar a desconocidos, decidió intervenir al ver a aquella joven que había entrado en el hotel con arrugados pantalones de color caqui, zapatillas y una gorra de béisbol calada sobre la frente, que solo llevaba una bolsa colgada del hombro y una cámara, y que carecía de equipaje propiamente dicho.

Cortésmente, Naomi preguntó si había una habitación disponible para pasar la noche.

La sonrisa mínima se transformó en ceño fruncido.

—¿Una habitación individual?

—Sí. Individual.

¿Resultaba un tanto extraño que Naomi se presentara sola?, ¿se trataba de eso? Porque se trataba sin duda de una viajera, forastera en Muskegee Falls, que deseaba una habitación individual.

—¿Para cuántas noches, señorita?

—No estoy segura. Quizá dos, o tres.

La mujer de abultada cabellera sonrió a Naomi con una expresión de franca curiosidad.

—¿Tiene usted familia aquí?

—No. No tengo.

—¿Negocios?

—No.

—¿Amigos?

—No.

—¿Va de viaje, entonces? ¿Solo de paso por aquí?

—No, realmente.

Confundida, a la recepcionista no se le ocurrió ninguna otra pregunta. Con el ceño todavía más fruncido, hizo una comprobación en su ordenador: sí, había una habitación. No fumadores, cama de matrimonio, vistas al río, cuarto piso.

Un aire de reticencia acompañó a aquella revelación. Naomi se preguntó si no habría, de hecho, un gran número de habitaciones disponibles en el antiguo e imperturbable Muskegee Falls Inn, al menos durante los días de entre semana.

En la salida desde la interestatal, a unos cuantos kilómetros de distancia, había visto un grupo de hoteles con aparcamiento, moteles, restaurantes de comida rápida, gasolineras. Aquellas instalaciones parecían plantadas sin más sobre la tierra desnuda, rastrillada, como se podrían depositar servicios similares en el más desértico de los paisajes, en la Luna por ejemplo, o en Marte, sin intentar en absoluto convertirlos en algo permanente. Eran construcciones anónimas, intercambiables. Había pensado, sin embargo, que sería mejor para ella (emocionalmente) regresar allí, pasar la noche en uno de aquellos sitios y volver a Muskegee Falls por la mañana, en lugar de quedarse en un hotel del núcleo urbano.

Naomi preguntó por el precio de la habitación. No resultó ser tan alto

como imaginaba.

La recepcionista pareció malinterpretar su silencio:

—En el segundo piso hay una habitación sin vistas al río, en el caso de que prefiera usted algo más económico...

Cortésmente Naomi dijo que prefería una habitación con vistas.

—Pero me gustaría verla antes, si es tan amable.

—¡Por supuesto! Se la enseño ahora mismo.

En el ascensor, la mujer de abultada cabellera le preguntó si conocía ya Muskegee Falls. Naomi le respondió que *no*.

—Pero mi madre estuvo aquí. Hace unos diez años.

—¡Estuvo aquí! —Naomi parecía desconcertar a la recepcionista, a oscuras sobre cómo interpretar su entonación. El banal intercambio de bromas amables al que estaba acostumbrada como empleada de hotel se frustraba y el resultado era incómodo—. Tenía familiares aquí, ¿no es eso? ¿Su madre?

—No.

La habitación era de techo alto pero no grande: Naomi sintió de inmediato un escalofrío de claustrofobia.

Se acercó de prisa a la ventana —no había más que una en la habitación— para descorrer las cortinas de terciopelo de color morado oscuro y dejar entrar la luz del sol.

Apoyando el rostro en el cristal, contempló el río a medio kilómetro, por encima de azoteas y depósitos de agua dispersos.

—Las puestas de sol sobre el río son bonitas. Se ven bien desde este piso.

Y añadió a continuación, al tener la sensación de que Naomi no la había oído:

—Hay televisores nuevos en todas las habitaciones del cuarto piso. Con pantalla plana.

Pero Naomi no prestó ninguna atención al televisor de pantalla plana. Ni al minibar. Estaba mucho más interesada por el panorama desde la ventana, aun sin estar segura de qué era lo que veía.

—Perdóneme, ¿es aquello el juzgado? ¿Allí?

—Sí. Creo que sí.

—¿Dónde está Howard Avenue? ¿Se puede ver desde aquí?

—No estoy segura...

La dirección que tenía Naomi del centro para mujeres era el número 1183 de Howard Avenue.

—¿Se ve Shawnee Street desde aquí?

—¿«Shawnee»? Creo que no...

—¿Front Street?

Pero la mujer no conocía aquella otra calle.

Naomi se oyó decir, como si estuviera pensando en voz alta:

—Mi madre asistió en una ocasión a un juicio aquí, en Muskegee Falls, en el Palacio de Justicia.

—¿Asistió a un juicio! —la mujer sonrió, dubitativa.

—Fue en el 2000. El de Luther Dunphy. ¿Se acuerda usted?

—«Luther Dunphy.» Sí, claro. Todo el mundo se acuerda de aquel juicio.

—¿Qué es lo que recuerda usted?

—Fue... fue un caso muy triste.

—¿Por qué triste?

—Porque Luther Dunphy mató a dos personas... disparó contra ellos en la calle sin mediar palabra. Dos médicos.

Dos médicos. Naomi meditó sobre aquello.

—¿Conocía usted a alguno de los asesinados?

—No. Pero mi cuñada vivía al lado de uno de ellos. Era muy buena persona, un excombatiente de Vietnam.

—¿Recuerda cómo se llamaba?

—«Barron», creo. Tom o Tim.

—¿Y el nombre del otro?

—No... Creo que no era de Muskegee Falls.

—¿Conocía usted a Luther Dunphy?

—Oh, no. Por supuesto que no. Nadie de mi familia *lo* conocía.

Naomi optó por dejar de interrogar a la recepcionista, que había empezado a fruncir el ceño ante la acumulación de preguntas. Desde que trabajaba como realizadora de documentales, Naomi se había vuelto más agresiva con los desconocidos de lo que le resultaba natural; no era un rasgo que admirase en otros ni tampoco en ella misma.

Se fijó en el aroma a ambientador que había en la habitación; en la silla con asiento mullido de patas curvas, tapizada de terciopelo de color morado oscuro; en un pequeño escritorio con una pintoresca persiana que se abría y se cerraba, no muy práctico para alguien con un ordenador portátil. Amplia cama de matrimonio con cabecero de bronce y una colcha de color blanco mate sobre la que se habían distribuido artísticamente media docena de

cojines.

Encima de una cómoda, un gran espejo, también enmarcado en blanco mate, en el que Naomi Voorhees y la mujer de abultada cabellera se reflejaban. La más joven con una gorra de béisbol que le ocultaba la mitad de la cara y la otra, de algo más de cuarenta años, con el pelo llamativamente teñido de color teja.

Naomi preguntó:

—¿Recuerda usted mucho sobre el juicio?

—Bueno... no. En realidad, no. Nunca asistí, tenía que trabajar. Algunas de mis amigas fueron, y familiares suyos. Pero era difícil entrar... conseguir sitio. La sala no es grande. El proceso despertó muchísimo interés. Se habló de él en los periódicos y en la televisión. Y luego estaba toda la gente que se manifestaba delante del juzgado...

—¿Manifestantes? ¿Por qué?

—Creo que eran personas en contra del aborto. Algunos católicos entre ellos. Quiero decir, monjas y sacerdotes católicos. Pero también había otros... de todas clases. Venían en autobuses. Había una clínica aquí para abortar, en el sitio donde mataron a los médicos.

La mujer hablaba ya con especial cuidado, consciente del interés de la joven que la escuchaba.

Naomi le preguntó si recordaba cuál había sido el resultado del juicio.

—Lo declararon culpable, creo. Y lo sentenciaron a muerte.

Luego añadió:

—Provocó mucho malestar. Se opinaba que la sentencia había sido excesiva. Entre la gente que conocía a Luther Dunphy y a su familia, o que trabajaba con él o que pertenecía a la misma iglesia. En el periódico se publicaron entrevistas con gente que lo conocía y todos hablaban de lo buena persona que era, buen esposo y padre, de cómo había hecho trabajos de carpintería para su iglesia. Una vecina dijo que después de un vendaval, que se llevó algunas tejas de su casa, se las repuso sin cobrarle... gratis... —hizo una pausa como si no estuviese segura de lo que aquello podía significar.

Buena persona. Marido, padre. Carpintero. Gratis.

A Naomi le zumbaban los oídos. No estaba oyendo lo que le decían.

—¿Todavía vive aquí la familia Dunphy?

—No lo sé.

La mujer hablaba ya con voz cortante. Se había ruborizado levemente.

—Señorita, ¿es usted... periodista?

—No.

—¿No es periodista? Hace preguntas como las que hacen ellos. Había muchos aquí durante el juicio. Gente de televisión, con cámaras, por la calle...

—No soy periodista.

Naomi tomó nota: en tres de las paredes de la habitación había daguerrotipos enmarcados con escenas del río Muskegee de otro siglo. Por la espesa alfombra de felpa que cubría el suelo se había pasado hacía muy poco la aspiradora. El reducido cuarto de baño parecía remodelado con materiales resplandecientes, y era como si la bañera estuviera hecha de plástico blanco.

Un rostro fugaz en el espejo del baño. Naomi tuvo un breve momento de pánico: su madre había estado allí, en aquella habitación. Estaba segura.

En tono conciliador la recepcionista estaba describiendo características del «histórico» Muskegee Falls Inn de las que parecía estar orgullosa. Su restaurante, su pub, su servicio de habitaciones. A qué hora abría el comedor por la mañana para los desayunos, hasta qué hora servía comidas el restaurante. Naomi la escuchó cortésmente mientras regresaba junto a la ventana. Vio que empezaba a caer la tarde. El río estaba tan luminoso como papel de aluminio y desde aquella distancia parecía inmóvil.

—Bien, señorita, la habitación está bien, ¿verdad que sí?

—Sí.

—¿Le parece que se va a quedar con ella? —la pregunta estaba extrañamente planteada.

—No.

Naomi oyó que la otra retenía bruscamente el aliento. Pero no había querido decir *no*; su intención era decir *sí*.

—Discúlpeme, lo siento. Quería decir *sí*.

En el ascensor, mientras regresaban al vestíbulo, a ninguna de las dos se le ocurrió ningún nuevo tema de conversación.

Ya en el vestíbulo, Naomi facilitó a la encargada su nombre y una tarjeta de crédito. Fue un alivio para ella, aunque también una decepción, que *Naomi Voorhees* no pareciese causarle la menor impresión.

Recibió la tarjeta para abrir la habitación y la llave del minibar. Estaba a punto de marcharse, para ir a buscar el coche y aparcarlo detrás del hotel, cuando la mujer de la abultada cabellera dijo de repente, como si acabara de

recordar una noticia llamativa:

—¿Sabe? Hay alguien de la familia de Luther Dunphy de quien hemos oído hablar últimamente. Una boxeadora: «D.D. Dunphy».

A Naomi le picó la curiosidad. ¿Boxeadora?

—Una Dunphy. Hija de Luther. Creo que acaba de ganar algún título. No estoy segura, pero me parece que ha sido en Cleveland. Por casualidad vimos una entrevista suya en televisión. Mi sobrina dice que iba a clase con ella.

—¿Se refiere usted a Dawn Dunphy? ¿Es boxeadora?

—Bueno, una de ellas. Una de las hijas.

A Naomi le costaba trabajo creérselo. ¡Dawn Dunphy, boxeadora! Y en televisión.

Pero no debería sorprenderla. Por las fotografías que había visto se acordaba de la desgarrada y desapacible Dawn Dunphy, la hija del asesino que le había inspirado una animosidad especial.

En Muskegee Falls las agujas de su brújula se volvieron locas.

Estaba *allí*, en el lugar preciso. *Allí*, donde había muerto su padre.

Por consiguiente, no quería llamar a nadie desde Muskegee Falls. No quería reconocer su existencia.

No quería pronunciar las palabras *Muskegee Falls*.

Solo telefoneaba a Darren si se trataba de una absoluta necesidad, y llamadas así eran cada vez más infrecuentes. Porque se había convertido ya en una mujer hecha y derecha. No podía seguir cargando a su hermano con su fantasmal hermana menor.

A su madre la llamaba de vez en cuando. Y (cuando menos lo esperaba) también Jenna telefoneaba. Pero Naomi no quería que supiera que había vuelto a trabajar en el archivo, porque a Jenna el archivo le había parecido una idea detestable.

Por favor, no me incluyas en ese «documental». Tampoco me cites.

No te lo puedo prohibir y no quiero enmendarte la plana. Pero te lo suplico.

Jenna, por supuesto, quería ponerle límites. No sabía con precisión por qué.

«¿Es que mi dolor no es tan legítimo como el tuyo? ¿Qué razón hay para que no lo sea?», pero no le podía preguntar algo así a su madre.

Llamaría, en cambio, a Madelena Kein. Aunque la inquietaba lo que pudiera percibir en la voz de su abuela que le sonara a débil, a apagado. No la voz cálida y segura de sí misma que había sido durante mucho tiempo su voz pública, sino la de una mujer a la que se le había hecho sentir su mortalidad.

¡Hola! Soy yo... Naomi.

Estoy... bueno, en ese sitio. Estoy grabando con mi cámara.

Te volveré a llamar, Lena.

Confío... espero que estés bien.

Incapaz de obligarse a decir, ni siquiera en un murmullo precipitado: *Ya sabes que te quiero.*

En el 1183 de Howard Avenue, pintada de un alegre color amarillo canario y decorada con llamativas siluetas de animales de películas de dibujos, se encontró con la GUARDERÍA CRISTIANA PEONY.

Naomi se quedó sentada un momento en el Nissan de alquiler. Su cerebro sintió como si la rozase un ala negra.

«Una guardería...»

Pensó: Pero mi padre murió aquí. En la entrada para coches, aquí.

Tendría que grabar lo que encontrase. El ojo de la cámara es neutral y no juzga.

El asfalto de la entrada para coches junto a la Guardería Cristiana Peony estaba agrietado, y en las grietas crecían malas hierbas pequeñas pero robustas que parecían trozos de encaje. No había indicio alguno de sangre en aquel marco tan normal, señal alguna de muerte. Demasiados días, años, inclemencias meteorológicas se habían interpuesto.

En el ojo de la cámara, la evidente normalidad de la escena encerraría un misterio. ¿Por qué estamos mirando esto?

El barrio mismo era difícil de describir. Comercial en parte, en parte residencial. A un lado de Howard Avenue, un almacén de madera en rápida expansión; en el otro una manzana de chalés con diminutas parcelas sin hierba. Una única y enorme casa de madera con torreones y ventanas en mirador, dividida en apartamentos, y que llevaba por nombre *Howard Manor: apartamentos de alquiler.*

La Guardería Cristiana Peony tenía el aspecto chapucero de una iniciativa

de aficionados. Brillantes letras rojas pintadas a mano sobre fondo amarillo. Los animales de dibujos animados —claramente artesanales— estaban dotados de ojos marrones, grandes y amables. Ninguna señal indicaba que la guardería fuese cristiana. El ambiente resultaba alegre, ruidoso. Si vivías en el barrio, podías sonreír todos los días al ver los brillantes colores primarios o, por el contrario, sentirte molesto, irritado por un entusiasmo tan unánime, decidido y sin fisuras.

Había vehículos aparcados en la parte de atrás del edificio de un solo piso de color amarillo canario. Llegaban madres con niños muy pequeños. Era una cálida mañana de septiembre: cierto número de niños y de personal de la guardería estaban fuera, en un patio pequeño.

Gritos de niños, risas y agitación.

Al ver a las criaturas en el improvisado patio de juegos, Naomi se descubrió sonriendo.

Los niños prefieren sin duda la vida.

La vida prevalecería siempre. Tal era la singular lección a cuyo lado todas las demás perdían valor.

—¡Hola! —Naomi se presentó a una mujer amable, pero de aspecto agobiado, llamada Diana, y vestida con unos vaqueros y una blusa de punto que le dijo sí, eran conscientes de que el anterior arrendatario del edificio había sido un centro para mujeres, pero no, ellas no habían conocido el centro en funcionamiento porque antes de que lo adquiriesen llevaba ya varios años desocupado. Y tampoco conocían a nadie relacionado con la clínica de mujeres.

—Entonces, el «Centro para Mujeres de Broome County» ¿se ha trasladado a otro sitio?

—No. Creo que se limitaron a cerrarlo. Déjeme preguntar...

La colega de Diana, una mujer de más edad, les informó de que, hasta donde a ella se le alcanzaba, el centro se había incorporado al hospital de East Avenue.

—Hay un servicio de radiología allí... mamografías. Disponen de médicos, fisioterapia, clases de yoga, pilates. ¿Necesita que le digamos cómo llegar?

Naomi le dio las gracias, *no*.

Pasó a preguntarles si sabían por qué se había cerrado, y sus interlocutoras se miraron y dijeron, de manera vaga, que habían oído hablar de «problemas»... de «manifestantes».

—¿No han oído nunca que se cometieron asesinatos? ¿Porque era una clínica en la que se practicaban abortos?

Naomi había hablado con excesiva brusquedad. Se dio cuenta demasiado tarde.

No estaba bien visto en Muskegee Falls, Ohio, hablar de manera tan franca sobre asuntos desagradables. Sobre desagradables cuestiones locales. Al ver la cámara en sus manos y la inclinación de la gorra de béisbol, las mujeres de la Guardería Cristiana Peony parecieron sentirse incómodas. De manera vaga negaron con la cabeza, *no*.

Naomi dudó: *no*, no sabían nada de lo sucedido; o *no*, no querían hablar de ello.

Les explicó que el centro prestaba otros servicios además de abortos para mujeres y chicas jóvenes, pero que había sufrido ataques de manifestantes provida a finales de los años noventa y que en noviembre de 1999 dos hombres fueron asesinados en la entrada para coches...

Diana preguntó, incómoda:

—Perdóneme, ¿es usted periodista?

Las dos mujeres miraban a la cámara. También la miraban a ella y ya no sonreían.

Naomi dijo:

—No; no soy periodista.

Un niño vino a tirarle a Diana del brazo.

—¡Solo un minuto, Billy! ¡Voy ahora mismo!

Naomi se ablandó. No quería retenerlas más tiempo.

No era su intención preocupar a aquellas mujeres, ni incordiarlas, ni hostigarlas. No quería abrumarlas con lo que no querían oír en aquella mañana de septiembre, templada y seca, de 2011.

—Su guardería parece estupenda. Debe de ser muy divertida y muy gratificante...

—Sí. Lo es.

—... trabajo duro, pero...

—... muy gratificante.

Naomi se alejó, saludándolas con la mano. Pudo ver el alivio en sus rostros. Varias mujeres más, que parecían ser madres, también miraban a Naomi mientras se alejaba; comprendió que comentarían animadamente todo lo relacionado con ella tan pronto como desapareciera.

¿Periodista? ¿Algún periódico? ¿Ha hecho fotos? ¿Buscaba la clínica abortista? ¿Forastera? ¿Partidaria del aborto?

En 1999 los Dunphy vivían en el 56 de Front Street. Era una información que había conseguido.

Una casa de madera de dos pisos en un barrio de casas pequeñas casi idénticas que se remontaban todas a ¿mediados del siglo XX? La pintura estaba descolorida, castigada por el mal tiempo, como cualquier objeto que ha pasado demasiado tiempo bajo la lluvia.

Las ventanas estaban solo en parte cubiertas por persianas. Casi era posible imaginarse que hubiese alguien mirando por una de las del piso de arriba.

Lo que vio Naomi: estrecha entrada de coches, garaje para un solo vehículo, demasiado abarrotado de otras cosas como para poder acomodar ningún automóvil. Breve escalera de cemento delante de la entrada, jardincito de hierbas abrasadas y tierra, y en la acera un cubo de basura metálico, con muchas abolladuras y manchas, vacío.

Un triciclo caído en el jardín. Un cuenco de plástico rojo para el agua de un perro, aunque también vacío. Huesos dispersos, roídos a conciencia.

El barrio estaba tranquilo con la excepción de un perro que ladraba. Chiquillos con bicicletas que se llamaban unos a otros.

Esta es la casa en la que vivía Luther Dunphy con su familia en noviembre de 1999.

A algo más de cuatro kilómetros del Centro para Mujeres de Broome County.

En la entrada para coches apareció una mujer de mediana edad con ropa demasiado amplia. Chanclas en unos pies muy pálidos de dedos excesivamente largos. Sonreía en dirección a Naomi, a no ser que estuviera frunciendo el ceño.

No era un barrio en el que personas desconocidas merodearan por los jardines ni se detuvieran al final de la entrada para coches, mirando fijamente, cámara en mano.

Son otras las personas que viven aquí, por supuesto.

Han pasado casi doce años.

—Perdone, ¿busca usted a alguien? —la mujer se protegía los ojos con la

mano, entornándolos para ver mejor a Naomi. Todavía podía pensarse que su actitud era amable, de simple curiosidad.

—Oh, lo siento —la intrusa trató de utilizar la franqueza para desarmar a su interlocutora—. No sé si todavía viven aquí. ¿Los Dunphy? Conocía a su hija...

La mujer había dejado de sonreír. Naomi vio que apretaba los dientes.

Con la mano izquierda sostenía la cámara como si no la estuviera utilizando, aunque en realidad grababa lo que veía de manera tan discreta que la mujer de mediana edad que la miraba con desconfianza no habría podido saberlo.

—Sí, bueno. Aquí ya no vive nadie con ese apellido.

—¿Los Dunphy? ¿Conoce usted el apellido?

Fornida, rezumando hostilidad, la mujer se encogió de hombros.

—¿Sabe usted... cuándo se mudaron?

De nuevo la mujer se encogió de hombros. Su gesto no indicaba *No sé cuándo se mudaron* sino *¿Por qué tendría que decirle a usted si sé cuándo se mudaron?*

—¿Por casualidad sabe usted dónde se fueron?

La mujer movió la cabeza, *no*.

—¿Vive todavía algún otro Dunphy en Muskegee Falls? ¿Alguien con quien pueda hablar?

La mujer volvió a negar con la cabeza.

Un perro grande, desgarrado y desgredado, se acercó cojeando para unirse a la mujer malhumorada. Mezcla de labrador y terrier, con un muñón en lugar de rabo. Al advertir la incomodidad de su dueña, el animal mostró sus dientes amarillos y empezó a ladrar a la joven de la gorra de béisbol como si supiera muy bien el significado del pequeño objeto negro que llevaba en la mano izquierda.

La falta de sinceridad de Naomi era palpable. Nadie que estuviera buscando a uno de los hijos de Luther Dunphy podía desconocer quién era su padre. Fingir lo contrario era un engaño evidente. Naomi sintió sin embargo que no le quedaba más remedio que mantener aquella torpe tapadera incluso mientras la mujer la miraba sin sonreír y, a su lado, el perro desgredado gruñía.

—No era amiga de Dawn Dunphy... quiero decir que no éramos íntimas. Pero he sabido que se ha convertido en atleta... que es boxeadora...

¡Qué extraño, la aparición en sus labios del nombre *Dawn Dunphy*! Estaba segura de que no lo había dicho en voz alta en toda su vida.

—Aquí no vive nadie con ese apellido, «Dunphy». Desde hace años.

La mujer hablaba alzando mucho la voz. Despedía con toda claridad a la intrusa.

Naomi, sin embargo, miraba fijamente a la casa. No podía apartar los ojos. Porque era una casa *del todo ordinaria*. Y eso lo había sabido de antemano. La casa en la que el asesino había tramado la muerte de su padre y en la que guardaba sus armas. En el sótano, quizás.

En el caso de que la mujer del ceño fruncido le hubiera permitido entrar y filmar el interior, incluso el sótano donde (según su teoría) podían haberse guardado en su momento las armas de fuego, ¿de qué le habría servido?

—Como ya le he dicho, señorita, no hay nadie con ese apellido que viva aquí ni en ningún sitio de los alrededores. ¿De acuerdo?

—¡Sí! Lo siento —Naomi sonrió tontamente. Sentía la cámara como poco manejable, innecesaria—. Lo siento mucho...

Se dio la vuelta, torpemente, para regresar al coche aparcado junto a la acera, muy cerca del abollado cubo de basura. Al mirar por un instante hacia atrás vio a la mujer, inmóvil en la entrada para coches, sin ceder terreno, con el perro que seguía gruñendo a su lado, mientras miraba a Naomi como si hubiera reconocido al enemigo.

Está viviendo en la casa del asesino. Hay un punto de vergüenza en eso. Está claro que no quiere que nadie se lo recuerde.

Hacia el sur, en el compacto utilitario de alquiler, por Front Street hasta Mason Street y de allí a Woodbind. A la izquierda en Summit. Otra vez a la izquierda para entrar en Howard Avenue. El camino que, casi con toda seguridad, el asesino utilizó aquella mañana para llegar al número 1183.

Había trazado una cronología. Siempre es útil concebir esquemas, estructuras. De todo lo que había averiguado a lo largo de varios años al organizar la secuencia (probable) de los acontecimientos, imaginando trayectorias paralelas: Luther Dunphy salía en su vehículo de la casa de madera de dos pisos en Front Street, a algo más de cuatro kilómetros del centro para mujeres, muy de mañana, en algún momento del 2 de noviembre de 1999; Timothy Barron, voluntario del centro, abandonaba la suya en una

furgoneta y llegaba a la casa de Gus Voorhees en Shawnee Street, a unos cinco kilómetros del centro, aproximadamente a las 7.10, para recoger a Gus y llevarlo a su trabajo...

Naomi condujo hasta Shawnee Street, que estaba en otra zona de Muskegee Falls. Se trataba de un barrio residencial de casas unifamiliares, más grandes y situadas en parcelas también más grandes que las de Front Street; en el número 81, que era la dirección del apartamento que alquiló su padre, había un edificio cuadrado nada atractivo pintado de beis, con un cartel que anunciaba: *apartamentos de alto standing de 1, 2 y 3 dormitorios*.

Se preguntó si aquella casa habría cambiado mucho en los últimos once años. También se preguntó si su madre había llegado a ver el interior del apartamento que ocupaba Gus.

Se acordó de que su padre había calificado su alojamiento de «provisional». Tenía intención de mudarse a otro, en un edificio más cercano al centro de la población. O había dicho (por entonces Naomi era muy joven, y tratándose de un momento anterior al asesinato, no podía recordar cada una de las valiosas palabras que pronunció su padre) que estaba «esperando saber» si Jenna cambiaría de idea sobre mudarse a Ohio, «en cuyo caso alquilaríamos una casa de verdad agradable. Vosotros, chicos, podéis ayudarnos a elegirla».

Poco después de las 7.00 del 2 de noviembre de 1999, sin saber en absoluto que en el espacio de media hora estaría muerto, el doctor Voorhees salió de aquel edificio para subirse a la furgoneta Dodge que Timothy Barron conducía. Juntos se trasladarían al centro para mujeres.

Para las 7.30, tanto Gus Voorhees como Timothy Barron ya estaban muertos.

Nadie sabría nunca de qué habían hablado de camino hacia el centro.

Naomi esperaba que hubiese sido una conversación amistosa. Confiaba en que se llevaran bien. Deseaba que ni siquiera hubieran temido por su vida mientras se acercaban a su destino, donde los manifestantes hostiles empezaban a congregarse.

De camino hacia Howard Avenue, Naomi tuvo una sensación cada vez mayor de irrealidad. Porque todo lo que había sucedido años atrás podría haberse evitado muy fácilmente.

No había nada de ineluctable en la geografía del lugar. No había *predestinación*. Gus Voorhees podría haber estado sin el menor problema en

cualquier otro sitio, incluido Huron County, en Michigan. Con la misma facilidad, Luther Dunphy podría haber visto desviada su atención por otros problemas presentes en su vida: un hijo enfermo, o su propia indisposición. Un cambio de actitud. Un cambio de opinión. Había que llegar a la conclusión de que todo era pura casualidad, sin significado alguno.

Los mató. Murieron los dos. Eso es todo lo que pasó.

Muy pronto, antes de que estuviera del todo preparada, había llegado ya otra vez al 1183 de Howard Avenue. Pero el centro para mujeres había desaparecido y su lugar lo ocupaba la Guardería Cristiana Peony, de color amarillo canario. *Eso es todo lo que hay.*

Perseveraría, de todos modos.

Llamó a Madelena para dejarle un mensaje: *Estoy desanimada pero no voy a renunciar.*

Añadiendo a continuación con voz ronca: *Te quiero.*

Thelma Barron aceptó, por fin, hablar con ella. Pero solo durante menos de una hora y solo para grabar su voz pero no para hacer un vídeo.

—Nadie necesita ver mi cara en tu vídeo. Basta con que utilices el rostro de mi padre.

Thelma Barron hablaba sin emoción, pero con resentimiento. Pronunció la palabra *utilices* con una entonación especial, desdeñosa.

Una mujer de mediana edad y ojos llenos de ironía. Una mujer inteligente que hacía todo lo posible por mostrarse cortés con una desconocida.

Naomi iba a echar de menos el consuelo de la cámara. Porque su lente nos da la espalda y nos permite escondernos detrás. Las dos se sentaron frente a frente en una mesa de jardín deteriorada por la intemperie detrás de la hermosa casa de los Barron, de estilo victoriano, en Mercy Street, en un jardín trasero necesitado de un cortacésped y de un rastrillo. A Naomi le afectó mucho oír las palabras de su interlocutora, que eran, según el momento, vacilantes y enojadas, resentidas y furiosas.

Durante mucho tiempo no pudimos hablar de lo sucedido. El nombre de tu padre nos amargaba la vida.

El dolor que sentíamos porque a nuestro padre, al que tanto queríamos, lo

hubieran matado por ofrecerse voluntario para ayudar en el centro y hubiera muerto al lado del doctor Voorhees, sin que nadie salvo su familia y unas pocas personas más lo supiera ni le importase, era insoportable.

En las noticias, el titular era siempre VOORHEES. Todo se centraba en VOORHEES. Ese apellido sigue siendo terrible para nosotros todavía hoy, no podemos pronunciarlo en voz alta.

Muertos los dos, se rendía homenaje a VOORHEES. Era la fotografía de VOORHEES lo que se veía. VOORHEES era el mártir. En los sitios web antiabortistas se afirmaba que la muerte de Timothy Barron era un DAÑO COLATERAL y que en una guerra el DAÑO COLATERAL es de lamentar pero resulta inevitable.

Siento hablar así contigo... Naomi. Sé que también en tu corazón hay una herida terrible. Pero no soy «hermana» tuya. Eso es imposible.

El doctor Voorhees no era amigo de nuestro padre, aunque nuestro padre habría querido que lo fuese. Lo había invitado a cenar a nuestra casa en más de una ocasión, pero él siempre encontraba alguna excusa para no aceptar.

Papá hablaba orgulloso de Gus Voorhees como amigo suyo. Pero nunca llegó a ser cierto.

Nuestra pérdida es mucho más amarga que la vuestra y más injusta porque a vuestro padre se le aplaude y se le honra y no se le olvidará, mientras que a Timothy Barron, nuestro padre, lo han olvidado todos menos unos pocos.

Déjame que te lo diga... nuestro padre era de verdad un hombre bueno. Se había jubilado del ejército de los Estados Unidos con el grado de comandante. Combatió en la guerra de Vietnam desde 1966 a 1971. En su vida privada se dedicaba a ayudar a otros, solía decir que por qué se le había permitido vivir mientras otros miembros de su pelotón habían muerto. Decía haber regresado del infierno.

Como era un hombre grande, la gente lo juzgaba equivocadamente, pero era una persona tranquila y tierna de corazón. Explicaba que se había convertido en «guerrero» para proteger a su país. Pero no tenía alma de «guerrero», decía. Se comparaba con uno de nuestros perros, una mezcla de pastor y collie. Solíamos bromear sobre cómo Andy podía poner en fuga a un ladrón si el ladrón veía al perro, pero si era Andy quien veía al ladrón, saldría corriendo en dirección contraria... Andy no ladraba nunca si podía

evitarlo. Su ladrido era más bien como alguien tosiendo. Llegó a pesar cincuenta kilos...

Nadie se afligió más que Andy por la muerte de papá. Aquel pobre perro, tan adorable, gemía y se lamentaba y no se podía estar quieto. La primera semana o así tras la muerte de papá, Andy estaba fuera de sí. Movía el rabo con desesperación tratando de convencerse de que papá estaba de camino a casa y se emocionaba mucho, pero luego todo quedaba en nada y veías cómo se le apagaba la vida en los ojos. Ahora es un perro muy mayor y a veces todavía va a la entrada para coches y se tumba muy estirado, con la esperanza de que papá regrese a casa.

Se te rompe el corazón. No le puedes contar a un animal qué es lo que ha sucedido para cambiarle la vida por completo y robarle la felicidad.

Nuestro padre siempre había apoyado a las mujeres y las jovencitas. No era solo que tuviera cuatro hijas y un hijo. Era de verdad lo que sentía.

Algunos de nuestros familiares se sorprendían y es posible que no lo aprobaran... Papá decía que los «derechos de las mujeres» eran la avanzadilla del futuro.

Con todas nosotras, sus hijas, papá tuvo buen cuidado a la hora de educarnos, para que pudiéramos llegar más lejos que él, decía. (¡Papá llegó bastante lejos, te lo aseguro! Él y uno de sus hermanos eran los dueños de Repuestos para Automóviles Barron, aquí en el pueblo.)

Nuestra abuela paterna también trabajó como voluntaria. Iglesia, escuela, hospital, hospicio. Trabajó en el Refugio para Animales de Muskegee Falls hasta una semana antes de morir a los ochenta y siete años, y el día en que murió, el año pasado, era solo un día después del aniversario de la muerte de papá.

No estamos enfadados con la familia Voorhees, por supuesto. Eso ya lo hemos superado. Lo siento si he hablado con dureza y sin pensar. No creía que pudiera conversar contigo en absoluto y esa es la razón de que no contestase a tu primera carta. Por nuestra parte no tenemos ningún interés en un «documental» sobre el doctor Voorhees. Sigue siendo muy doloroso para todos nosotros, incluso ahora, recordar lo que le sucedió a nuestro padre. Y la justicia fue tan terriblemente lenta, el juicio se pospuso una y otra vez...

Tim Barron estuvo de acompañante en el centro para mujeres durante tres años, y en ese tiempo no se encontró con ninguna oposición que fuese más

allá de lo ordinario. Como era un hombre grande, para él no era natural tener miedo de que alguien se propusiera avasallarlo o intimidarlo. Desde luego, los manifestantes que acudían al centro eran en su mayoría pacíficos. Lo peor que hacían era gritar a las mujeres que entraban, a veces... pero no las amenazaban con violencia física. La mayoría participaba en vigilias de oración y trataba de aconsejar a las embarazadas si alguna estaba dispuesta a escuchar... por supuesto eso no sucedía nunca. Pero cuando Gus Voorhees vino a dirigir el centro, las cosas cambiaron. Se le dio mucha publicidad y casi toda negativa. Los manifestantes estaban más enfadados y eran más beligerantes, además de presentarse en mayor número. Papá notó el cambio casi de la noche a la mañana. Decía que alguien iba a salir herido. Se hizo necesario un mayor despliegue policial por motivos de seguridad. También aparecieron de inmediato cosas muy desagradables en las páginas web antiabortistas. Se destacaba Broome County. Y también al doctor Voorhees. El Ejército de Dios tenía fuerza en Ohio, sobre todo en el Ohio rural. La Operación Rescate todavía tiene fuerza. (Todos nosotros conocemos a personas que forman parte de esas organizaciones. Hemos sido discípulos de algunos de ellos. Pero nunca pensamos que fuesen a asesinar a alguno de nosotros.)

Entiéndeme cuando te digo que no es mi intención molestarte, Naomi. Pero por aquí eran muchos los que creían que tu padre se comportaba de manera provocadora al conceder entrevistas al periódico y a la televisión locales. Sí, lo sé, creía que si la gente llegaba a entender la misión del centro, que era prestar atención sanitaria y aconsejar a «todas y a cada una de las mujeres», con independencia de su solvencia económica, no estaría enfadada; pero no parecía entender que su misma presencia, sus palabras, dijera lo que dijese, resultaban una provocación en determinados círculos y solo empeoraban las cosas. Era atrevido, no tenía pelos en la lengua y creía «estar en lo cierto». Me parece que papá trató de decírselo, pero si llegó a hacerlo, el doctor Voorhees no le escuchó.

Papá entendía los riesgos a los que se exponía todos los días yendo al centro. Era un hombre valiente pero no un médico abortista, y no deberían haberlo asesinado.

La gente de Provida afirmó por entonces que Luther Dunphy no había disparado contra mi padre, que fue otra persona. Porque Luther Dunphy se negó a reconocer que había apretado el gatillo.

Todavía se sigue manteniendo que uno de los agentes de orden público mató a papá y no Luther Dunphy. Lo que es ridículo, dado que la policía solo disponía de pistolas, no de escopetas. Y hay testigos que vieron cómo Luther Dunphy se volvía muy deprisa, después de disparar contra tu padre, para apuntar contra el nuestro y volver a apretar el gatillo. Dijeron que había una expresión «helada» en el rostro de Dunphy, sin emoción de ninguna clase.

Era un asesino despiadado con un corazón de piedra. No merecía vivir con las personas decentes ni respirar el mismo aire.

Aquellas semanas antes de que lo mataran, papá se levantaba pronto para llevar al doctor Voorhees al centro médico. Se había ofrecido para hacerlo precisamente por la posibilidad de que se produjera un ataque contra la furgoneta. El plan era que el doctor se agachara y que papá acelerase a fondo para escapar. Papá no durmió bien durante los ocho últimos años de su vida, de manera que levantarse temprano no le suponía ningún problema. Se había sometido a un tratamiento con quimioterapia porque le diagnosticaron un cáncer de colon. Estaba solo en la fase dos cuando se lo descubrieron, pero papá lo pasó muy mal con la quimio, que lo aniquiló por completo; él lo comparaba con «algo que se borra de una pizarra». Tenía el pelo rizado y se le cayó todo; la primera vez que lo vimos sin pelo nos echamos a llorar, fue tal el impacto. Pero papá se rio de nosotros: «Ea, chicos, no iba a ganar ningún concurso de belleza de todos modos, ¿no es cierto?». Esa era su clase de humor. Todo el mundo lo quería.

Para la época en que papá conoció a tu padre, ya había terminado la quimioterapia y le había vuelto a crecer el pelo, pero no como antes, nada de pelo rizado, sino muy fino y liso. No le contó a tu padre su historial médico porque no era de los que hablan de cosas personales. No era de los que hacen que otros se preocupen por ellos. De manera que casi se puede decir que nunca nos fiamos del todo después del cáncer; le preguntábamos qué tal estaba y nos decía: «Estupendamente», pero nunca sabíamos qué quería decir con eso; y le preguntábamos a mamá y ella nos decía: «¿Por qué pensáis que me lo va a contar a mí?». Nuestro padre era justo lo contrario de la autocompasión, pero eso hacía que no dejáramos de preocuparnos. En una ocasión nos contó que tu padre le había mencionado que iba a tener que posponer algunas de sus citas quirúrgicas porque tenía bronquitis y «no podía parar la condenada tos»... y papá pensó que le había contado algo muy confidencial, que le había dado una gran prueba de estima, como si el

doctor Voorhees y él fuesen viejos amigos e incluso más aún, hermanos... Papá estaba muy conmovido...

Era un hombre bueno y lo mataron como a un perro.

No lamentamos que el centro para mujeres haya cerrado. En todos los relatos acerca del centro, el personal no habló nunca de Timothy Barron, excepto muy de pasada. Por supuesto llegaban a decir «Tim era un hombre maravilloso», «A Tim lo quería todo el mundo», «Lo echamos de menos». Pero nada más. Todo se centraba de verdad en el doctor Voorhees. Lo único que les importaba a los medios de comunicación era el doctor Voorhees. Entendíamos la razón, pero eso no hacía que fuese más fácil de soportar. Cuando la gente habla de Gus Voorhees como un mártir, todavía hoy queremos decir, sí, y Tim Barron, nuestro padre, también fue un mártir.

=====

Perdóname, pero no me siento nada bien. Hacía mucho que no hablaba así con nadie. En nuestra familia ya no hablamos nunca del tema; los más pequeños no saben nada, y no queremos preocuparlos ni amargarles la vida. Pero creo... me parece que no estoy en condiciones de seguir hablando contigo más tiempo.

¿Cómo te llamas? ¿Naomi?

Lo siento, Naomi. Por favor, apaga ese condenado trasto y márchate ya.

=====

La siguiente entrevista fue amable, incluso afectuosa. Lejos de mantenerla fuera, en una mesa de jardín desvencijada, se invitó a Naomi a entrar en la casa, donde pudo sentarse en la cocina, ante una mesa de formica, y compartir —con la hija de un agente de policía de Muskegee Falls que había «pasado a mejor vida» varios años antes— una botella de Coca-Cola light de medio litro que había perdido algo de gas.

Bueno, vamos a ver: mi padre no presencié el tiroteo. Es una idea equivocada.

El otro agente y él iban de camino hacia el lugar de los hechos. De acuerdo con su horario tenían que llegar a las 7.30; los disparos se

produjeron muy poco antes y la llamada para que se trasladaran allí al instante les llegó cuando estaban en el coche patrulla. Casi no tuvieron tiempo de poner en marcha la sirena, eso dijeron.

Papá llegó a pensar que casi había oído los disparos. Desde luego oyó los gritos tan pronto como pararon el coche patrulla. Tuvo que ocuparse de la gente, que estaba muy asustada. Y fue él quien «arrestó» a Luther Dunphy. Fue él quien lo esposó.

Tejado con tejas de madera. Pequeña iglesia rural con forma de caja. Y del color del cartón. Otra iglesia rural también con forma de caja. Tercera iglesita rural, tablas marrones de aluminio, tejado que parece nuevo, situada en un campo sin cultivar, hierbas de color pardo, entrada para coches de grava, cartel pintado a mano: *IGLESIA DE SAN PABLO MISIONERO, SERVICIO DOMINICAL A LAS 9.00, GRUPO DE ORACIÓN LOS MIÉRCOLES A LAS 19.00.*

Situada en Schylerville Road, a unos diez kilómetros del centro de Muskegee Falls, en una zona rural de granjas, casas destartaladas, caravanas.

Había llamado por teléfono. Tenía esperanzas de hablar con el ministro de la iglesia, pero le habían dicho que no era posible porque el reverendo Dennis estaba «ausente» y «no regresaría» hasta pasados doce días.

Preguntó si le podían facilitar un número de teléfono para comunicarse con él, o una dirección de email, y le respondieron que aquella información era «privada».

(¿Cómo sabían quién era ella?, se preguntó. ¿Se había corrido la voz por Muskegee Falls de que había llegado a la ciudad otra «periodista» forastera?)

Varias veces se lo habían confirmado: *ahora no vive aquí nadie que se apellide Dunphy.*

Dio la vuelta alrededor de la iglesia con la cámara en la mano. La hierba crujía seca bajo sus pies.

Detrás de la iglesia había un pequeño camposanto. Sepulcros entre penachos de hierbas espinosas, cruces de madera, lápidas y flores artificiales en vasijas de barro. De repente se le ocurrió: ¡Luther Dunphy debía de estar enterrado allí! Pero cuando investigó las tumbas más recientes no encontró el apellido *Dunphy.*

Había averiguado que su familia inmediata, la mujer y los hijos, se habían

mudado a una ciudad pequeña, no muy lejana, llamada Mad River Junction. Pero no tenía intención de seguirlos hasta allí. Ni deseo alguno de meterse en su vida. Ni siquiera Dawn Dunphy, especial objeto de su desagrado, presentaba ya para ella el menor interés.

En otro tiempo Darren y ella habían fantaseado con la posibilidad de «vengarse» de los Dunphy. Pero de aquello hacía ya muchos años, cuando eran apenas adolescentes, trastornados por el dolor.

—¿Oiga? ¿Oiga? ¿Oi... *ga*? ¿No hay nadie? —su voz se alzaba sin fuerza, tristemente.

No había nadie. Nadie la veía. Nadie aparecía con un vehículo en la entrada para coches, enfurecido por su violación de aquella propiedad y exigiendo saber quién era.

Ningún otro ruido excepto el de los insectos del otoño y los gritos al azar de los pájaros. Aves con cierto aire de murciélagos y que supuso serían vencejos o aviones roqueros que bajaban en picado hasta casi rozar la superficie del río. De camino en su coche hacia la Iglesia de San Pablo Misionero siguiendo el curso del río había visto las cataratas, de donde se alzaba un vapor resplandeciente, que se esfumaba al ascender.

En lo más alto del tejado de la iglesia había una cruz de aluminio que no era ni prominente ni ostentosa, como de metro y medio de altura.

Papá, ayúdame. Estoy fracasando, me estoy ahogando. No sé qué hacer para llegar hasta ti.

Apagó la cámara. Había grabado todo lo que se podía grabar.

Aquella noche en su habitación del Muskegee Falls Inn soñó con su padre después de no haberlo visto desde hacía muchísimo tiempo. Gus le había hablado con premura, medio enfadado, como se puede hablar con un niño cabezota que corre peligro.

—Cariño, escucha: deja que me vaya.

Y le respondía una voz, que se suponía que era su voz, pero que no procedía de ella exactamente:

—¿Que te deje ir, papá? ¿Adónde?

Y él decía:

—Donde van los muertos, cariño. Déjame ir allí.

—Pero... no puedo hacer eso. ¿Cómo voy a hacer algo así?

Y él le explicaba:

—Yo no era una persona tan fuera de lo corriente, cielo. Excepto por ser tu padre, no era nada del otro mundo.

El corazón de Naomi empezó a latir con violencia. Se despertó, enferma de horror, y ya no pudo dormir durante el resto de la noche.

La isla de Katechay: octubre de 2011

Esperaron en el motel de la isla de Katechay.

—Dijo que vendría seguro.

—¿«Seguro»? Me parece que no. Dijo que confiaba en poder venir.

—¿*En poder venir?* A mí no fue eso lo que me dijo.

Naomi hablaba con más convicción de la que sentía. Casi desafiante.

Darren había traído la urna que contenía las cenizas de su padre. Encima de una mesa, parecía un artefacto primitivo que generaba su particular sombra oscura.

En medio de la confusión que reinaba en su vida por aquel entonces (a lo largo de los primeros meses del año 2000), Jenna no había enterrado la urna en un cementerio, confiándosela en cambio a uno de los más antiguos amigos de Gus en Ann Arbor, quien, durante años, la había conservado en un estante de su estudio repleto de libros.

Había existido cierta amargura entre ellos: entre el hermano y la hermana y su madre.

Naomi y Darren habían querido esparcir las cenizas en la isla de Katechay, pero Jenna se había opuesto. ¿Por qué? Nunca había llegado a quedar claro.

En los meses que siguieron a la muerte de su padre, fueron muchas las cosas que no quedaron claras, e incluso recordar ahora aquella época, o intentar recordarla, hacía que Naomi se sintiera intranquila, como si le fallara la tierra bajo los pies.

Naomi había dado por sentado que las cenizas se habían enterrado en Ann Arbor. También Darren estaba convencido de que era eso lo que había sucedido. Les había supuesto casi una conmoción enterarse, hacía muy poco y de labios de Jenna, de que las cenizas de su padre habían permanecido con alguien ajeno a la familia durante más de una década... «Para mantenerlas a buen recaudo.»

¿Qué quería decir *a buen recaudo*?

Los dos habían decidido que no era una buena idea examinar demasiado de cerca los motivos de su madre. La noticia fue, de todos modos, una sorprendente revelación. Y una revelación alegre, porque ahora, por fin, las cenizas de su padre se podrían esparcir en la isla de Katechay, tal como él había querido.

—Cualquiera pensaría que si mamá iba a dejarle la urna a alguien, habría elegido al abuelo Voorhees...

—O dárnosla a nosotros, que podríamos haber esparcido las cenizas...

Una punzada en el corazón. Hermanos siameses. Los dos sintieron el veloz estremecimiento, el escalofrío de una intensa emoción compartida, algo que podían haber creído ya más que superado.

Nuestra madre no nos quiere. Nuestra madre nos ha abandonado.

Pero ¡era ridículo a su edad! Sentir aquella herida antigua, aquel desconcierto. Como Darren repetía en los últimos tiempos, eran ellos quienes tendrían que haber estado más pendientes de protegerla *a ella*.

Darren había madurado mucho. Era ya el hermano mayor que tiene su propia vida, totalmente separada de la de Naomi.

¡Lo echaba de menos! Y también echaba de menos a la antigua Naomi, joven y rabiosa, durante tanto tiempo identificada con su hermano.

Era casi increíble darse cuenta de que Darren andaba ya muy cerca de cumplir treinta años. Había abandonado los cómics y las novelas gráficas (de momento, al menos) y estaba en su segundo año de Medicina en la Universidad de Washington, en Seattle; se proponía especializarse en salud pública, como había hecho Gus. Vivía con una mujer llamada Rachel, logopeda, a la que Naomi no conocía (aún) pero con quien había hablado por teléfono: «¿Naomi? ¡Hola! Casi me parece que te conozco ya, Darren me ha contado muchas cosas sobre ti». El asombro, al pensar en lo que su hermano podía haber dicho de ella a una desconocida, la dejó de piedra.

Bueno, éramos de lo más normal, el hermano mayor y la hermana pequeña tramando el caos contra el enemigo, como fenómenos de feria unidos por la cadera. ¿Hicimos daño a alguien en realidad? No. Solo a nosotros mismos.

Y, ¡qué sorpresa, el primer vislumbre del nuevo Darren! Su hermano la había estado esperando aquel mediodía en el Katechay Inn, adonde había llegado la noche precedente; cuando Naomi entró con su coche alquilado en el aparcamiento, apareció a la carrera un joven alto y sonriente con

pantalones cortos de color caqui, camiseta, gafas oscuras y botas de excursionista. Con una gran sonrisa, como si hubiera estado vigilando desde una ventana.

—¡Hola! ¿Qué tal?

La primera impresión de Naomi fue: *No está preocupado, no se le ve cauteloso. Ha cambiado.*

Darren la abrazó con tanta fuerza que le hizo daño. El cambio en su hermano era evidente: *Es feliz.*

Por supuesto que lo había reconocido al instante. Los cambios de aspecto no eran más que superficiales. En sus espesos cabellos oscuros habían aparecido prematuras hebras grises, como a su padre cuando todavía era muy joven, y no los llevaba tan largos y desgredados como antaño. Tampoco resultaba tan desgarbadamente flaco como antes, el rostro más lleno, y una barba muy recortada que a Naomi le hizo pensar en la de su padre en uno de sus avatares, en algún tiempo ya muy remoto.

¿Por qué se deja la barba un hombre?, le había preguntado Naomi a su padre en una ocasión. Gus se había reído y dijo que una pregunta más pertinente sería por qué un hombre decide afeitársela. *¿Te parece que «bien afeitado» es lo natural, cariño? ¿Por qué se te ocurre una cosa así?*

Le hubiera gustado buscar entre las viejas fotos familiares para ver si lograba localizar precisamente la barba de su padre que la de Darren emulaba... Habría sido interesante ver la cara de Darren cuando se diese cuenta.

Pero no llevaba encima su colección de fotografías. Algunas estaban en casa de sus abuelos en Birmingham, Michigan. Otras, con sus cosas de Nueva York, en la que ya era «su» habitación en el apartamento de Madelena Kein.

(Si Naomi vivía en algún sitio era con su abuela. Se quedó ya con ella mientras estudiaba en la escuela de cine de la Universidad de Nueva York y había vuelto con ella a raíz de que a Madelena le diagnosticaran un cáncer en la primavera de 2010, para hacerle compañía durante la dura prueba de la operación y la quimioterapia.)

Detrás del Katechay Inn había una plataforma de madera con vistas a la orilla poco profunda y pantanosa de Wild Fowl Bay, en el extremo más meridional de Saginaw Bay en el lago Huron. Les llegaban sonidos procedentes de tordos sargentos y ranas mugidoras. En las marismas, iluminadas por el sol otoñal, podían verse algunos ejemplares de mariposas

monarca y de libélulas. Naomi recordaba con tanta nitidez las excursiones por la zona con su padre que los ojos se le llenaban de lágrimas a cada instante.

(¿Se dio cuenta Darren? Si lo notó, tuvo el tacto de no decir nada.)

—Si fuese a llegar tarde, llamaría...

—¿Tú crees?

Hermano y hermana rieron juntos. Placer en aquella compartida exasperación acerca de su (excéntrica, difícil) madre.

Sin duda existía un nuevo entendimiento entre ellos desde el momento en que no tenían que depender de Jenna para lo que habían ido a hacer allí: esparcir las cenizas de su padre. Podían hacerlo sin ella, de la misma manera que habían vivido sin ella durante más de diez años.

Esperaron, de todos modos. Como dijo Darren, otro cuarto de hora no le haría daño a nadie.

Y cuando pasaron los quince minutos sin que, hasta donde llegaban con la vista, se divisara ningún vehículo por la carretera, Naomi dijo:

—Bien, otros cinco minutos más seguirán sin hacernos daño —pensó un momento. (¿Debería hacer un chiste sobre aquello? ¿Era pertinente un poco de humor?)—. Diez.

Cabía, sin duda, que el avión de Jenna hubiese llegado con retraso al aeropuerto de Detroit. Y también era posible que hubiese tenido problemas con el alquiler del coche. Aunque nada de todo aquello servía para explicar por qué Jenna no los llamaba, a no ser...

—A lo mejor el móvil se le ha quedado sin batería. Conoces de sobra su tendencia al despiste.

Sonrieron al recordar la casa de Salt Hill Road. Los dos habían oído el silbido desenfrenado de la tetera en la cocina, mientras su madre (a quien en aquellos años no hubieran soñado siquiera con llamar Jenna), en el piso de arriba, en la habitación llena de corrientes a la que llamaba su despacho, aporreaba el teclado de un ordenador demasiado grande, indiferente a los chillidos procedentes del piso bajo.

Arriba hacía tanto frío que a veces se ponía chaqueta y guantes.

—Guantes sin dedos. ¿Te acuerdas?

—Sin dedos. Sí que era raro.

—¿Dónde los habría conseguido?

—No lo sé.

—¿Crees... que los niños no captan el concepto de *guantes sin dedos*... ?

—Nos recuerdo como fantasmas de niños...

—¿Crees que la casa sigue encantada... por *nosotros*?

Los dos estaban pensando: *Podemos ir a verla. Salt Hill Road. Huron Township. Después de esparcir las cenizas podemos ir allí.*

Aunque ninguno de los dos habló. La posibilidad de volver a visitar la casa en la que su padre no había muerto pero a la que había llegado la noticia de su muerte era demasiado espantosa.

La impregnaba el olor de la muerte. Alguna criatura había perecido (literalmente) en el sótano de la casa, y el olor nunca había desaparecido del todo...

—¿Te acuerdas de las moscas en aquel sitio tan horrible?

—¿Moscas? No estoy segura...

—Arriba. Por dentro de las paredes. Te tienes que acordar...

—Recuerdo un *olor*.

Guardaron silencio, estremecidos.

Bañados por el brillante sol otoñal, estaban sentados en la plataforma de madera detrás de sus habitaciones (contiguas) en el motel. (Que fueran contiguas era intencionado. La habitación que había reservado Jenna estaba en otra ala.) Miraban hacia la carretera que hacía curvas al atravesar marismas pantanosas, en la dirección del puente hacia la tierra firme, sobre el que tendrían que ver a Jenna en su coche de alquiler, si de verdad estaba llegando para reunirse con ellos.

Unos pocos vehículos habían aparecido en el puente para continuar su camino más allá del motel. Furgonetas, turismos. Ningún automóvil con un solo pasajero.

Jenna solo se había retrasado poco más de una hora hasta aquel momento. Si se tenía en cuenta que venía desde Bennington, Vermont, que estaba muy lejos, no era un retraso *desproporcionado*.

¿Y qué sucedía con Melissa? Era doloroso hablar de Melissa.

Su hermana menor se había mostrado muy pesarosa. Había explicado en lacónicos emails *Lo siento muchísimo. No puedo dejar mis clases estando como estoy tan lejos de Michigan. Me acordaré de vosotros todo el tiempo.*

Era muy de Melissa no firmar *con cariño, Melissa* sino solo *Melissa*.

Durante algún tiempo pareció que iba a reunirse con ellos para esparcir las cenizas de su padre en la isla de Katechay. No había dicho exactamente sí, pero tampoco había dicho exactamente no.

Aunque la distancia desde California era mucha. No cabía la menor duda. Solo hacía un mes que se había trasladado allí para empezar su primer semestre en la Universidad de California en Berkeley. Y podía ser que la perspectiva de esparcir las cenizas paternas en aquel hermoso y desolado lugar no significara tanto para Melissa como para sus hermanos mayores.

En un principio pensaron que Melissa elegiría Bennington College para graduarse en Humanidades y vivir con Jenna en Bennington, una pequeña población en la que dispondría de una casa que ya era propiedad de Jenna y de un acompañante. (¿Quién era el o la acompañante? ¿Se trataba de un varón? El nombre era ambiguo: sonaba como *Noy*.) Pero luego, de repente, se supo que a Melissa la habían aceptado en Berkeley, donde se proponía estudiar biología molecular.

Ningún miembro de la familia estaba al tanto de que Melissa hubiese enviado una solicitud para estudiar en Berkeley. Ni tampoco de que se interesara por la biología molecular.

Nada más llegar a Berkeley (había sabido Naomi), Melissa se había afiliado a la Asociación de Estudiantes Asiáticos Cristianos y vivía en una residencia en la que se alojaban sobre todo jóvenes de las mismas características. Naomi ignoraba que en Berkeley existieran residencias como aquella. Tampoco sabía que su hermana fuera tan categóricamente religiosa. Le sorprendió que Melissa les hubiera contado a sus abuelos que, a través de internet, se había puesto en contacto con su madre biológica en Shanghái, y esperaba visitarla —una desconocida para todos los Voorhees— en una fecha futura no muy lejana.

Melissa había estudiado mandarín en el instituto. También había frecuentado una iglesia baptista con una condiscípula, en una zona residencial de Detroit llamada Oak Park. A sus abuelos les dijo que se sentía «muy cómoda» con otros cristianos y «no tan cómoda» con quienes no eran cristianos. En un email para toda la familia, Melissa había escrito *Aceptamos a Jesús como nuestro Salvador. Jesús no está siempre presionándonos. Solo nos juzga por nuestras intenciones.*

Naomi estaba pensando en cómo Melissa y ella se habían quedado atrás aquel día, la última vez que habían salido de excursión con su padre por la isla de Katechay. No eran capaces de mantenerse a la altura de papá y de Darren mientras caminaban por la orilla áspera y llena de guijarros donde rompían frías olas que parecían jabonosas.

¡Papá, por favor! Espera.

Espéranos. ¡Papá!

Melissa se había agarrado de la mano de Naomi, que se la apretaba con mucha fuerza.

Pero de algún modo no había sido suficiente. El cariño de todos ellos por Melissa no había bastado y nunca habían entendido por qué.

¿Porque era adoptada? ¿Porque era de *otra procedencia étnica*? Se trataba de unos motivos tan obvios que cualquiera los rechazaría, enfadado.

No se sabía lo que pensaba Jenna. Naomi había sentido una punzada de celos cuando, durante algún tiempo, Melissa planeaba vivir con su madre en Bennington, lo que significaba que Jenna la había invitado y había hecho un sitio para ella en su (nueva) vida. Pero era un plan que se había quedado en proyecto.

Aquel día ya tan lejano almorzaron en el restaurante del faro de la isla, de especial interés para los niños. Se podía subir por una escalera exterior y ver hasta muy lejos la enorme extensión del lago (aunque resultaba imposible divisar la orilla canadiense, tan solo la de Michigan por los dos lados). Papá y mamá se habían hablado de manera cortante como hacían a veces, pero luego se rieron y cuchichearon, entrelazando las manos como si jugaran. Mamá, sin embargo, decidió no acompañarlos en la excursión a lo largo de la orilla.

No era fácil caminar sobre la arena áspera. La frialdad de las dunas, muy compactas, se hacía notar incluso al sol. La playa estaba sucia de algas, de trozos de madera en descomposición, de pececillos que llevaban mucho tiempo pudriéndose y cadáveres de pájaros que evitabas pisar descalza por todos los medios, muy desagradables de ver, y de los que se desprendía un olor apestoso. Un día de una luminosidad demasiado cegadora para estar cerca del agua, un día frío y ventoso, de manera que el agua era como algo estremecido, cortante como papel metálico.

Fue entonces cuando lo dijo. Palabras que no habían entendido.

Prometedme que esparciréis mis cenizas aquí cuando me muera.

No tenían ni la menor idea de lo que quería decir. Ni siquiera Darren, que era el mayor, lo entendió. Y era una especie de chiste, ¿verdad que sí? Papá había estado sonriendo, los ojos arrasados en lágrimas. Papá explicaría *Porque soy muy feliz. Porque os quiero mucho, chicos, y quiero a vuestra madre. Por eso.*

Era una tontería esperar. Pero siguieron allí, de todos modos, en una especie de letargo, bebiendo un insípido café solo, pero muy caliente, de una máquina expendedora en el vestíbulo del motel.

Ninguno de los dos quería reconocer lo que era obvio: por supuesto, su madre no iba a presentarse. Qué ingenuidad, qué estupidez, imaginar que Jenna fuese a reunirse con ellos para aquella tarea a la que no había querido enfrentarse a lo largo de once años.

—Cinco minutos. Nada más —dijo Darren.

Llevaban tanto tiempo esperando a Jenna, la condenada, egocéntrica e informal Jenna, que Naomi tuvo que volver a usar el cuarto de baño de su habitación del motel, y mientras estaba en la habitación llamó a su madre al móvil y le dejó un mensaje; y cuando regresó a la plataforma oyó voces... y el corazón le dio un salto.

Había aparecido una mujer de etéreos cabellos grises que abrazaba a Darren. Naomi no la reconoció en un primer momento.

—¿Jenna?

—¡Naomi! Cielo.

Nadie, ni siquiera Madelena, llamaba *cielo* a Naomi. Solo sus padres, de los que (casi) había llegado a pensar que estaban los dos muertos.

—¡Cielo! ¡Hola!

Se abrazaron. El abrazo de Jenna fue intenso, extremo. Naomi quedó aturdida por la sorpresa, felicidad y sorpresa, una especie de profundo alivio: *Ya no tengo que odiar a mi madre. Todo eso ha terminado ya.* Sentía la delgadez de la espalda materna, la ligereza de sus huesos a través de la ropa. Le resultó extraño que Jenna fuese tan alta como ella, y no más baja, además de encogida, como había estado imaginando.

Y sus brazos eran fuertes, como pudo comprobar en aquel primer abrazo que la había dejado sin aliento.

Jenna se estaba limpiando los ojos con las dos manos. El rostro tan pálido como una pieza de alabastro suavizada por el uso. No parecía *vieja*, pensó. Era un alivio.

Pero su pelo había perdido color y parecía seco, quebradizo. Una curiosa variante de blanco plateado, no tan singular y glamuroso como el de Madelena, aunque atractivo a su manera, etéreo, peinado por detrás de las orejas sin un estilo discernible.

Apretando la mano de Naomi y la de Darren, Jenna estaba murmurando lo mucho que sentía haberse retrasado:

—Os he hecho esperar. He hecho esperar a Gus.

Con una desmañada muestra de humor adolescente Darren dijo que a Gus no le importaría. Gus llevaba esperando más que suficiente, unos pocos minutos más no importaban.

Naomi rio aunque se sentía desorientada, mareada. Qué extraño era aquello, y qué maravilloso, que su madre no los hubiera abandonado después de todo. Y allí, además, estaba su hermano Darren, aquel joven bien parecido, con una gran sonrisa cálida.

Volvió a abrazarlos a los dos. ¡Su familia!

Con voz ronca, Jenna estaba diciendo que no se había atrevido a llamarlos para explicarles por qué se había retrasado. Pensaba que si les decía que se había perdido en algún sitio entre el aeropuerto y el lago, le dirían que no se molestara en aparecer.

—Me habríais dicho que no me necesitabais, que podíais hacerlo todo solos.

Le temblaba la voz. Les apretaba la mano a los dos para que no se escaparan.

—¡Mamá, por el amor de Dios! Qué tonterías dices.

—Sí, mamá. Qué tontería.

Aunque era exactamente lo que pensaban un momento antes de que apareciese.

Delicioso, impagable y apasionante, reñir un poco a su madre que les sonreía tímidamente, insegura de cómo responder.

—De todos modos, creo que mi móvil no funciona. Olvidé apagarlo durante el vuelo y me he quedado sin batería.

En el coche de Darren recorrieron los tres kilómetros hasta Wild Fowl State Park y el inicio de la senda (que Naomi reconoció nada más divisar los dos aseos pintados de verde). Jenna no había querido perder tiempo en registrarse en el motel, deshacer la maleta y colgar la ropa: ya les había hecho esperar bastante.

—Para todo eso habrá tiempo de sobra después.

Se quedaron callados un momento, porque la palabra *después* les había resultado extraña al oírla, aunque sin razón reconocible.

Ya en la senda, Darren se situó delante, llevando la urna. Había explicado

que las cenizas de Gus tenían la «ligereza de lo incorpóreo» —«no pesan nada»—, pero que la pesada urna era todo lo contrario.

—Como diría papá, «muerte con dignidad». No aceptaríais una urna de poliestireno o de plástico.

Naomi se rio. ¿Por qué era aquello divertido?

—Oh, Darren —exclamó Jenna—. Suenas casi como si fueses... *él*.

—Supongo que sí. A veces lo oigo yo mismo. Una especie de eco.

Avanzaron por la senda en fila india. Darren iba delante, pero volviendo la cabeza para hablar con Naomi y Jenna por encima del hombro. Muy animado, comunicativo, como alguien que se siente muy aliviado. Y como alguien que está al mando.

Siempre que hacían excursiones a pie era Gus quien dirigía... por supuesto. En cualquier vehículo que utilizaban, siempre conducía Gus. Pero ahora Darren podía ocupar su sitio igual de bien, al parecer.

Era un día de otoño luminoso y fresco. En la parte central del día el sol calentaba aún, pero tan pronto como declinase, la temperatura se situaría por debajo de los diez grados.

Naomi vio que Jenna llevaba ropa adecuada para ir de excursión: pantalones ligeros, de un tejido preparado para repeler a los mosquitos, chaqueta de color caqui, gorra con visera para protegerse los ojos, zapatos de senderismo. Gus insistía en que su mujer y sus hijos llevaran calzado adecuado en cada excursión, y botas de montaña cuando se trataba de recorrer senderos más rocosos. A Naomi no le sorprendió que su madre, que parecía haberse alejado tanto de su antigua vida, siguiera ateniéndose a los requisitos de Gus.

Darren había llevado bastones para los tres. Gus los habría *recomendado* para una excursión por la orilla del lago; con tantos guijarros, y con la posibilidad de encontrar rocas, peñascos, troncos de árbol y otros impedimentos en la senda, era una buena idea ir preparados.

Apretando con fuerza el bastón, Naomi empezaba a sentirse ligeramente asustada. Se había jurado a sí misma que *no se vendría abajo*.

Muchas veces había oído por delante de ella el *clic-clic-clic* del bastón de excursionista de su padre al chocar con una roca. Un sonido que no había vuelto a oír desde hacía mucho tiempo.

Pero habían pasado ya muchos años, y había dejado de ser una niña afligida. Ya no pensaba en Gus Voorhees a todas horas todos los días, ni

mucho menos. Tampoco pensaba con tanta frecuencia en Jenna, lo que resultaba irónico ahora que, por fin, Jenna parecía regresar a sus vidas.

El hecho es, Naomi lo venía pensando desde su visita a Muskegee Falls, que todos nos estamos haciendo más viejos.

Aunque no lo parecía, por lo delgada que estaba y por su palidez, Jenna andaba por los cincuenta y pico. La pobre Madelena se acercaba a los ochenta (y los aparentaba, o casi). Su abuelo Voorhees tenía ochenta y cinco, como mínimo. Si Gus viviera aún, habría cumplido los cincuenta y siete.

Muchas veces había pensado que su padre nunca llegaría a *viejo*. No lo vería *hundido por los años, enfermo*. Solo lo había visto en la plenitud de la vida, en el esplendor de su robusta humanidad. Nunca había oído su voz excepto como una voz poderosa, incluso de autoridad.

La primera parte de la excursión los llevó por una zona boscosa de abedules, cedros, pinos. Con afloramientos de rocas que había que superar tomando precauciones. Luego la senda desembocaba en una zona pantanosa y con hierba, después en otra sembrada de rocas, y finalmente llegaron a la orilla del lago, donde el cielo se abrió ante ellos, de manera en cierto modo abrupta, antes de que estuvieran del todo preparados. El horizonte estaba muy lejos, y les asaltó un viento helado del norte con un leve olor familiar a cosas podridas: peces, algas, trozos de madera.

Jenna caminaba bien, dadas las circunstancias. Por supuesto, no habría podido seguir el ritmo de sus hijos si Darren y Naomi hubiesen acelerado el paso. Pero Naomi se había colocado detrás, deseosa de ser la última para vigilar a los otros dos. A su hermano, alto y seguro de sí mismo, y a su madre de pelo plateado. *Suyos* ambos.

A Madelena le diría: *Mi madre y yo nos hemos reconciliado, creo.*

Y Madelena respondería: *Me alegro por ti. Eso está bien.*

Había sucedido, sin que Naomi lo advirtiera del todo, que ya estaba más unida a su abuela que a su madre. Había llegado a querer a su abuela más de lo que quería a su madre.

¿Era algo antinatural? Parecía haber sucedido sin que ella se hubiese dado cuenta.

Pero también quería a Jenna. El amor por su madre era receloso, cauto. No se fiaba de ella como había llegado a fiarse de Madelena. La primera la había mantenido a raya, sugiriendo solo la posibilidad de una invitación, la posibilidad de que Naomi pasara algún tiempo en Bennington; la otra había

dejado bien claro que podía visitarla, así como vivir con ella en cualquier momento y durante todo el tiempo que quisiera.

Madelena la quería pero también la necesitaba. No estaba claro que Jenna necesitase a ninguno de sus hijos.

Durante la excursión, Darren informó a su madre sobre su vida en la Facultad de Medicina. Sus asignaturas, sus profesores. El clima de Washington, la cabaña que Rachel y él habían construido en el río Skagit y adonde trataban de ir siempre que les era posible. Naomi solo escuchaba a medias. Ya había oído parte de aquello de labios de Darren, y encontraba placer en el simple hecho de escuchar la voz de su hermano. Y los murmullos de Jenna: *¿Sí? ¿De verdad? ¡Vaya!* Naomi veía la espalda de su madre, su cabeza. Quería tocarle el pelo, o el hombro, o un brazo. Un contacto casi imperceptible.

Iban a cenar juntos, en el faro. Exactamente el restaurante que Gus habría elegido, y al que habría insistido en llamar para reservar una mesa, aunque era poco probable que en la isla de Katechay fuera preciso hacer una reserva a mitad de semana en aquella época del año.

Darren, ocupando el sitio de su padre, había hecho la reserva. Naomi sonrió al oír a su hermano hablar con gran seriedad por teléfono, y reconoció la voz de Gus en la suya. El eco de marras.

Mediados de octubre, un tono nacarino en el agitado lago. A lo lejos, un carguero navegaba con el aplomo majestuoso de una prehistórica criatura marina. En los años transcurridos desde que ya no vivían en Michigan, cerca de los Grandes Lagos, el tráfico de mercancías había disminuido de manera apreciable. (Naomi se había enterado.) Gus señalaba siempre los «lagueros», que era como se los llamaba; cuando estudiaba en la Universidad de Michigan había trabajado, durante los meses de verano, en uno que tenía el curioso nombre de *Integridad Extranjera*, y que transportaba mercancías desde Sault Sainte Marie a Chicago, Buffalo y el puerto de Montreal y hacía luego el trayecto de vuelta.

Después de cuarenta minutos a lo largo de la orilla, en un estupendo saliente rocoso, Darren propuso que se detuvieran. Había allí una caleta, entre grandes peñascos tostados por el sol. Y nubes de libélulas iridiscentes. Un ligero olor a vida desecada, nada desagradable. Naomi pensó que reconocía vagamente aquel lugar al tiempo que Darren anunciaba que se hallaban en el sitio «perfecto».

Su hermano depositó la urna sobre una roca e hizo fuerza para abrir la tapa, muy apretada. Tanto la urna como la tapa estaban hechas de algún denso material oscuro con aspecto de arcilla que era probablemente sintético, una ingeniosa especie de plástico que se proponía imitar lo orgánico.

Naomi cerró los ojos, sin querer ver en un primer momento.

La amenazaba un ataque de hilaridad. ¿Qué pasaría si, después de todos aquellos años, fuese imposible abrir la tapa... ?

Con su voz ronca, dubitativa, Jenna dijo:

—Gus se reiría de nosotros, si pudiera vernos. Le molestaba cualquier tipo de aspaviento y de protocolo...

La tapa se abrió. Darren inclinó la urna de manera que empezaran a caer las cenizas. (Naomi no quiso ver si a su hermano le temblaban las manos.) (¿Tendría que estar grabando la escena con su cámara? La había dejado en el motel, se había olvidado por completo de ella.) Después, trozos más grandes de lo que tenían que ser sin duda huesos, y que Naomi se quedó mirando, sin pinta de saber qué era lo que estaba viendo.

—¿Mamá? ¿Quieres sostenerlo? ¿Naomi? —aturdidas, se acercaron para colocarse al lado de Darren y colaborar.

—Tengo la sensación de que deberíamos «rezar»... pero...

—¡No! A papá le enfurecería.

—Quizás no le importase... Le vi en una ocasión fingir que rezaba, en una ceremonia.

—En una de vuestras graduaciones juró lealtad a la bandera como todos los demás.

—Le habría gustado nuestro interés...

—Se habría dado cuenta de que lo queríamos. Eso es lo que importa.

La «dispersión» terminó casi demasiado deprisa: cenizas y trozos de huesos desperdigados en la agitación del agua, para desaparecer enseguida.

¿Era posible que hubiera sucedido en tan poco tiempo? Y ahora, ¿qué? Por un segundo Naomi se quedó en blanco.

—Al final no hay más que... silencio. El mundo sin nosotros.

¿Por qué había dicho una cosa así? Se pasó la lengua por los labios, muy secos, que sintió como escamosos. Los ojos, sin lágrimas ya, le quemaban a causa del sol y del viento.

No quería mirar el rostro ajado de su madre, de un blancor cadavérico. Los labios separados, como los suyos, reseco y entumecidos.

¿Es esto todo lo que hay? ¿Esto?

No era creíble. Lo que habían hecho.

En lugar de organizar un entierro de verdad en un cementerio con césped, donde fuese posible arrodillarse y llorar al difunto.

En lugar de una lápida, la orilla del lago Huron.

Bromeaban. Habían estado tratando de bromear. Tratando de reírse.

Tratando de respirar.

Tratando de no tropezar y caer sobre las rocas de afiladas aristas. (Sí, pero ¿adónde iban las cenizas envueltas en espuma? ¿Adónde habían ido los pálidos trozos de huesos? A Naomi le aterraba la idea de caer de rodillas y meter el brazo en la agitación del agua fría tras el reguero de cenizas para recuperar un puñado...)

—Qui... quiero...

¿Qué intentaba decir? No podía hablar, se había quedado sin aliento.

Los otros dos no parecían oírla. No se podían mirar a la cara. Darren sacudía la urna para verter los últimos restos de las cenizas, el rostro contraído, el ceño fruncido.

¿Por qué era tan importante, tan crucial, que se desprendiera hasta el último resto de las cenizas? La intención de Darren era abandonar también la urna en la caleta.

Excepto que Jenna dijo de repente que se la quedaría ella. La urna.

El sol estaba muy bajo en el cielo de poniente, como un ojo que empieza a entornarse. Se había levantado el viento. Tiritaban. Echaron a andar para regresar por donde habían venido, hasta el punto de partida de la senda, donde habían dejado el coche de alquiler de Darren, y terminaron la nueva caminata en menos de media hora, como si la carga que transportaban se hubiese aligerado y les faltara tiempo para abandonar la hermosa y desierta bahía Wild Fowl.

Agotados, llegaron al Katechay Inn.

Los relojes marcaban solo las cinco y veinte. No habían estado fuera mucho tiempo. Aunque tenían la sensación de haber tardado mucho más, de haber empleado un día entero en hacer un arduo recorrido.

—La reserva es para las siete. Deberíamos salir camino del restaurante a las siete menos cuarto, ¿de acuerdo? Conduciré yo.

Apenas se tenían en pie de cansancio. Naomi, Jenna. Incluso Darren.

Naomi vio que su madre se tambaleaba un poco, como si la urna de color tierra fuese muy pesada y no tan ligera como poliestireno, por lo que le pasó un brazo por la cintura para sujetarla. Jenna no parecía ya tan alta, y su cuerpo resultaba frágil, sin sustancia. Al quitarse la gorra, el pelo, en lugar de etéreo, estaba apelmazado, pegado al cuero cabelludo, y la piel parecía exangüe, de una blancura cadavérica por la fatiga.

—Deberíamos descansar todos. Trata de dormir un poco, mamá.

—Sí. Lo voy a hacer. Y tú también, Naomi. ¡Prométemelo!

Como si fuera una niña pequeña, que tenía que prometerle a su madre que iba a echarse la siesta.

¡Qué profundamente durmió Naomi! Cayó sobre la cama de su habitación sin hacer otra cosa que quitarse los embarrados zapatos de excursionista, demasiado cansada para desabrocharse la ropa o bajarse las cremalleras. Tenía tiempo para dormir, tiempo suficiente. Todos descabezarían un sueño y estarían rejuvenecidos para la velada.

Pero cuando a las siete menos diez Darren y Naomi fueron a llamar a la puerta B18, la habitación de su madre, nadie respondió.

—¿Hola? ¿Mamá? Somos nosotros.

—¿Mamá? Oye...

Sabedores, para su desconsuelo, de que se trataba de una habitación vacía. Dentro no había nadie.

En recepción la encargada les dijo que sí, una señora llamada «Jenna Matheson» había pagado la habitación por una noche, con tarjeta de crédito; pero hasta donde sabía el personal del hotel, la señora Matheson no había llegado a colocar en ella ninguna de sus pertenencias.

—Creo que solo ha entrado en la habitación para utilizar el cuarto de baño y una o dos toallas. Eso ha sido todo.

—Pero a usted, ¿qué le ha dicho?

—Ha dicho que se marchaba, que había cambiado de planes y no se iba a quedar a pasar la noche. No ha dado ninguna razón. Se fue en su coche hace cosa de una hora.

—¿Qué dirección tomó?

—Creo que... hacia el puente.

—¿No ha dejado ninguna nota?

La recepcionista examinó la casilla para el correo de las habitaciones de

Darren y Naomi. En la de esta última había una cuartilla plegada con un mensaje escrito a mano: *Perdonadme, lo siento mucho. Jenna.*

Leyeron varias veces el lacónico mensaje. Darren murmuró:

—Pero... no es posible...

Naomi estaba demasiado estupefacta como para decir nada.

Al ver su expresión, la recepcionista les preguntó, compasiva:

—¿La señora Matheson es pariente suya? ¿Son todos ustedes de la misma familia?

Velada de boxeo, Cincinnati: noviembre de 2011

LIGA DE BOXEO DEL MEDIO OESTE
COMBATE A OCHO ASALTOS DEL PESO WÉLTER FEMENINO
PRYDE ELKA («LA SQUAW») CONTRA D.D. DUNPHY («EL
MARTILLO DE JESÚS»)
WAR MEMORIAL ARMORY, EAST CINCINNATI
18 DE NOVIEMBRE DE 2011
ENTRADAS EN TAQUILLA, VENTA POR CORREO Y *ONLINE*

Compró *online* una entrada para la pelea. Noventa y cuatro dólares más impuestos por un asiento de pasillo, fila once. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, tan solo que lo iba a hacer.

Con el mismo aire impulsivo y al mismo tiempo de madura reflexión, compró los billetes de avión. Ida y vuelta Nueva York-Cincinnati.

Pasaría dos noches en Cincinnati. Tal vez estaba cometiendo una equivocación: quizás no fuese capaz de soportar más de una noche en Cincinnati.

De todos modos reservó para dos noches una habitación en un motel del aeropuerto.

Naomi, ¿adónde vas? ¿Otra vez? ¿Qué demonios hay en... Cincinnati?

No tenía respuesta que dar a su abuela Madelena. Ninguna explicación. Era como aquel primer dolor, cuando sentía el interior de la boca cosido con áspero hilo negro.

No lo sé. O quizás lo sepa cuando llegue allí.

Pese al colapso de su vida, no era desgraciada. En las ruinas a las que había ido a parar salvaría algo valioso, estaba segura.

Por qué parecía inevitable que regresara al Medio Oeste todos los meses y siempre cámara en mano.

Por qué había renunciado al archivo de la vida (y la muerte) de su padre, aunque sin destruirlo.

(No había destruido ni un solo cuaderno que hubiera pertenecido en otro tiempo a Gus Voorhees. Ni una sola carta, tarjeta postal, nota adhesiva, recorte de periódico, instantánea rota y arrugada. Ni una sola entrevista grabada. Todo seguía pulcramente etiquetado en archivadores, carpetas y cajas en su habitación del apartamento de Madelena Kein en la ciudad de Nueva York.)

Por qué (en secreto) había estado siguiendo la carrera del «Martillo de Jesús», D.D. Dunphy.

Había sido toda una novedad, una sorpresa absoluta, que la hija de Luther Dunphy se hubiera convertido en boxeadora profesional. Al principio se había burlado, escéptica. Porque detestaba intensamente a Dawn Dunphy.

Recordaba su rostro hosco en las fotos de prensa.

La *existencia* misma de los hijos de Luther Dunphy había despertado en ella, y en Darren, una especie de rabia.

Al regresar de Muskegee Falls investigó a «D.D. Dunphy» en internet y se enteró, para sorpresa suya (y algo así como desasosiego), de que la hija de Luther Dunphy había adquirido una sólida reputación de boxeadora desde sus inicios en la profesión a comienzos de 2009; a excepción de un empate, había ganado todas sus peleas en Cleveland, Dayton, East Chicago, Indianápolis, Gary, Scranton y Pittsburgh. Parecía pelear con frecuencia. Todavía no era la principal aspirante a ningún título, pero figuraba en varias listas entre los diez primeros puestos de su categoría.

En algunos sitios de internet la llamaban *la Tyson con faldas*.

Naomi recordaba cómo la recepcionista del Muskegee Falls Inn había hablado de la hija de Luther Dunphy como boxeadora: la primera vez que Naomi tuvo noticia de semejante cosa.

Por entonces le había parecido estrafalario, repugnante. Porque detestaba el boxeo, lo que sabía sobre el boxeo. Detestaba los deportes violentos.

En aquel rechazo se hacía eco de Jenna, que había escrito sobre la explotación de las mujeres en espectáculos tan violentos como el boxeo, la lucha libre, las artes marciales mixtas. Una especie de prostitución, había sostenido Jenna Matheson. Y como siempre, eran los varones los que se

aprovechaban de las mujeres.

Jenna Matheson había escrito tan polémicas afirmaciones feministas hacía tiempo, en los años noventa. Su madre seguía escribiendo, y publicando, pero con menos frecuencia, por lo que Naomi sabía.

Una coincidencia: la noche siguiente, en el pub anexo al hotel de Muskegee Falls, llamado El Signo del Carnero, había un televisor encima de la barra y en el televisor un videoclip de un combate de boxeo femenino. Fue una total casualidad que Naomi hubiese entrado en el pub para cenar, porque a aquella hora tardía el comedor del hotel había cerrado ya. Aunque no había hecho más que lanzar una ojeada a la pantalla del televisor, oyó que el barman y varios de los clientes comentaban el combate: *Esa de ahí es la hija de Luther Dunphy. ¡Dios bendito!*

¡La hija de Luther Dunphy! En un instante, el programa captó la atención de Naomi.

No era una retransmisión en directo de un combate de boxeo sino más bien un programa de noticias deportivas. El fragmento de boxeo había sido breve. Y siguieron otros de la posterior entrevista con la vencedora, «D.D. Dunphy», que jadeaba aún, sonriendo con infantil entusiasmo, sudorosa, con las cejas muy pobladas y un rostro de piel basta, marcada por los punzantes golpes cortos de su contrincante.

Naomi miró fijamente. Nunca la hubiese reconocido.

Qué extraño, qué incongruente: las mechas carmesíes y verdes en los oscuros cabellos en punta de Dunphy. Además de tatuajes estridentes en ambos bíceps.

Naomi sintió hacia ella una intensa aversión visceral. Lo que peor le pareció fue la *felicidad* de la boxeadora, lo que percibía como regodeo infantil en la victoria.

Dunphy hablaba emocionada pero insegura. Vacilaba, tartamudeaba.

Era evidente que no estaba acostumbrada a hablar con un micrófono delante de la boca: no estaba acostumbrada en absoluto a hablar. Y quien le hacía las preguntas era un entrevistador agresivo que parecía acobardarla, por lo que, repetidas veces, miraba hacia un lado, buscando ayuda de alguien que quedaba fuera de plano.

—¿Cuáles son mis «planes para el futuro»?... Imagino que... entrenarme duro de verdad... para... quizá... pelear por un título...

—Y ¿cuándo será eso, «D.D.»?

—¿Cuándo? No... no lo sé... depende de...

—¿Qué título es el que estás considerando, «D.D.»? ¿Liga de Boxeo del Medio Oeste? ¿Asociación Mundial de Boxeo?

—N... no lo sé...

—Preparada para lo más grande, ¿no es eso? ¿Atlantic City? ¿Las Vegas?

—... n... no lo sé...

Naomi miraba con disimulo la pantalla de la televisión. ¡Qué lastimosa, aquella entrevista con «D.D. Dunphy»! Confiaba en que nadie en el pub advirtiera su interés. Sobre todo no quería que ni el barman ni los clientes que estaban bebiendo se percataran y la incluyeran en su conversación.

Los hombres murmuraban entre ellos, se reían. Había en sus voces una admiración a regañadientes.

Es ella... Dunphy. No la hubiera reconocido.

Vivían en Front Street. Luther era techador, como mi padre.

Claro, joder. Cómo olvidar a aquel pobre diablo, Luther Dunphy.

Mi hermano era amigo del hermano de esa chica... No me acuerdo de cómo se llama...

¡Dios santo, qué fea es! Pero tiene pegada.

Una boxeadora, es de chiste. Te dan ganas de vomitar. Pero hay otras que dan el pego... como la hija de Muhammad Ali.

—Perdón, señorita...

—Lo siento, señorita...

—¡Coño! Lo siento, señorita...

Al tratar de pasar por el estrecho espacio sin molestarla, uno de ellos derramó sobre sus rodillas, de un gigantesco vaso de poliestireno, un oscuro líquido espumoso y cubitos de hielo.

—No pasa nada —Naomi se limpió los pantalones de pana con un clínex, y sonrió para que se viera que no estaba molesta ni enfadada.

Con risas estentóreas, los jóvenes larguiruchos ocuparon sus asientos del pabellón del Armory. No se reían de la solitaria chica blanca en el asiento del pasillo; solo tardaron un instante en olvidarse de ella.

Pero otros sí habían advertido su presencia, sentían curiosidad. No exactamente hostil, pero tampoco amistosa.

¡Naomi Voorhees con su piel pálidamente «blanca»! Como un hueso

descubierto del que estuviera goteando tuétano. Y además estaba sola.

Era evidente: nadie más, visible en aquel espacio cavernoso, parecía estar solo. Grupos de aficionados al boxeo, de doce o más personas, que ocupaban filas enteras.

Se trataba en su mayor parte de varones de piel oscura y de origen hispano. Predominaban los hombres entre los veinte y los cuarenta años que habían acudido a ver los combates más destacados de la velada y sentían muy poco interés por las boxeadoras.

El combate en el que D.D. Dunphy peleaba contra Pryde Elka era el tercero de un programa de cinco peleas que culminaba con una «competición» (así era como la llamaban) en la categoría de pesos pesados entre dos boxeadores en lo más alto del *ranking* (afroamericano uno, jamaicano el otro) que eran las estrellas de la velada.

Al no saber cómo vestirse para la velada de boxeo en el Armory, Naomi se había puesto pantalones oscuros de pana, pulóver también oscuro, chaqueta anodina y botas. El pelo recogido en la nuca. Y en la cabeza un sombrero para la lluvia de color caqui. La cara pálida, como recién lavada: Naomi casi nunca se maquillaba, decepcionando así (era una suposición: Madelena no se lo había dicho nunca) a su elegante abuela, todavía de buen ver, para quien los productos cosméticos sabiamente aplicados eran tan indispensables como la exquisita peluca de cabellos plateados que ahora se ponía.

Naomi albergaba la esperanza de tener el mismo aspecto que los aficionados al boxeo más corrientes, pero una rápida ojeada le hizo saber que en aquella asamblea festiva no había nada que fuese *corriente*.

Todo el mundo estaba bien vestido de manera muy llamativa: los espectadores se habían gastado dinero abundante en ropa, zapatos, peluquería, joyas. Mujeres y chicas de piel oscura e hispanas iban espléndidamente ataviadas, glamurosamente maquilladas. Podrían haber sido modelos, actrices. Podrían haber sido personajes de películas románticas. Llevaban las uñas pintadas y notablemente largas. Los peinados eran espectaculares y desafiaban la gravedad. Las joyas parpadeaban y resplandecían incluso en la penumbra del pabellón, al tiempo que los *piercings* hacían que les brillaran las caras. Y los hombres que las acompañaban vestían con el mismo cuidado, muchos con cadenas de oro alrededor del cuello y camisas a la última, desabrochadas en la garganta.

Naomi agradeció que nadie le hiciese caso y también que los jóvenes

negros que tenían que pasar por delante de ella para llegar a sus asientos no fuesen groseros ni desconsiderados, sino más bien alegres y desenfadados.

—Lo siento, señorita... *maldición*.

—Lo sien... to...

A las 20.10, la hora del combate Elka-Dunphy, no se habían ocupado aún ni la mitad de las ochocientas localidades del pabellón. Prácticamente no se oyeron aplausos cuando D.D. Dunphy, con una bata oscura, apresurada como si se avergonzara, entró por el pasillo en el lado del ring más distante de la localidad de Naomi, frente a un estallido de aplausos entusiastas para Pryde Elka que cesaron cuando las dos contendientes subieron al cuadrilátero.

A Naomi la escandalizó la vulgaridad de la pelea: «la Squaw» contra «el Martillo de Jesús».

Pryde Elka subió al ring con un atuendo casi indio, una bata de color aguamarina con plumas, y borlas del mismo tono en el calzado hasta los tobillos. Llevaba el pelo muy negro, como si estuviera teñido, en rígidas trenzas de quince centímetros. Sus mejillas parecían tatuadas a imitación de las pinturas de los guerreros apaches. Era una mujer de rostro enjuto, nervuda, de poco más de treinta años y piel bronceada, ojos muy juntos, boca severa. Vestía pantalones oscuros de licra hasta la rodilla, con alguna clase de logotipo publicitario, si es que no se trataba de símbolos verbales shawnee. La camiseta, también muy ajustada, tenía una inscripción similar. Los músculos de los hombros y de los brazos destacaban como cuerdas muy tensas; las piernas, de un bronceado muy oscuro, mostraban músculos poderosos pero de aspecto disecado, como algo orgánico, madera viva que ha sido deshidratada y condensada. Dunphy vestía con mayor sencillez, camiseta y pantalones cortos negros, con un recio sujetador deportivo que no la favorecía ni disimulaba su cuerpo, tan cuadrado como el de una novilla.

Naomi las contempló con alarmada conmiseración. No quería sentirse superior ni mostrarse condescendiente. Sus padres se lo habían enseñado: no midas a otros con tu rasero porque (en muchos casos) has disfrutado de ventajas que ellos no han tenido. Y sin embargo, qué lamentable le pareció que Pryde Elka, de quien se decía que era una nativa americana descendiente de la tribu shawnee de Ohio, se presentase como «la Squaw» en su combate contra D.D. Dunphy, diez años más joven, de más peso, más alta y más fuerte en apariencia, quien, a su vez, se presentaba como «el Martillo de Jesús».

Squaw. Martillo de Jesús. ¿Pagana contra cristiana? Resultaba abominable

para Naomi —hija de una cultura en la que el simple vocablo *squaw* resultaba una obscenidad y los principios feministas de igualdad y dignidad tan intocables como hechos científicos— que a las mujeres se las degradase y explotara tanto, presumiblemente con plena aceptación por parte de las interesadas.

Una vez en el ring se retiró de los hombros de Pryde Elka la bata aguamarina con plumas y la pugilista se pavoneó por el cuadrilátero y arrancó unos tímidos aplausos al alzar sus brillantes guantes rojos. Alguien en la primera fila de espectadores emitió un sonido que era como un grito de guerra. Al quitarse D.D. Dunphy la bata en su rincón, nadie respondió.

—Damas y caballeros, ocho asaltos de boxeo femenino de peso wélter, cortesía de la Liga de Boxeo del Medio Oeste...

Se oyeron gritos aislados, abucheos y silbidos mientras una campana sonaba con fuerza para señalar el comienzo del combate. Las boxeadoras corrieron a reunirse en el centro del cuadrilátero, los puños enfundados en guantes rojos, dispuestas a vapulearse.

Naomi se encogió en el asiento. Sintió una punzada de pánico: temió que una de las boxeadoras resultase *herida*, y que ella lo presenciara.

Dominada por la aprensión, se quedó muy quieta en el duro asiento de madera. Lo que le apetecía era cerrar los ojos y taparse los oídos. Borrosos, y como parte de una pesadilla, volaban los guantes de las contendientes, puñetazos veloces, rostros ceñudos. Naomi oía los resoplidos de las púgiles y también el ruido de las suelas de sus zapatos al deslizarse con un ruido seco sobre la lona del ring.

Dios santo, ¿qué hago yo aquí? ¿Por qué pensé que tenía que venir aquí a descubrir... qué?

Aparte de gritos aislados, de exclamaciones de aliento y burlones abucheos, el combate transcurría en silencio, sin voces de locutores, sin televisión. Naomi no era aficionada a los deportes, pero advirtió la ausencia de comentarios. Sin el continuo parloteo de los locutores, el boxeo es mudo, y el espectador está desorientado y no sabe lo que sucede.

Un violento sonido de golpes contra la carne. Naomi vio que D.D. Dunphy golpeaba y recibía golpes a su vez. En una ocasión había tenido que retroceder, apoyándose en los talones, aturdida por un instante. Naomi se estremeció con algo parecido a la satisfacción por el hecho de que a Dunphy *la estuvieran golpeando*.

Alivio después, cuando el combate se detuvo bruscamente. Las boxeadoras se habían agarrado... estaban trabadas.

O, quizá, una de ellas trataba de lograr que la otra perdiera el equilibrio para derribarla sobre la lona. Varias veces el árbitro (varón de raza blanca) ordenó con sequedad: «¡Sepárense!».

¡Qué largo se le hizo el primer asalto! Cuando la campana señaló el final, Naomi apenas podía respirar. Las boxeadoras bajaron de inmediato los guantes como marionetas a las que se les cortan los hilos, se dieron la vuelta y regresaron corriendo a sus esquinas.

Naomi se sentía alerta al máximo, vigilante. Se preguntaba quién habría ganado el asalto. ¿Quién había superado a quién? Advirtió una delgada línea roja en el nacimiento del pelo de Dunphy, pese a que uno de los miembros del equipo de apoyo que la esperaba en su rincón se apresuró a limpiársela.

A Naomi le pareció que la púgil de más edad se mostraba claramente más ágil en el movimiento de pies, tanto al retroceder como al ir de un lado a otro para esquivar los golpes, mientras que Dunphy avanzaba siempre de manera agresiva, más pesada, la cabeza baja como una cobra preparada para atacar.

¡Extraño que dentro del cuadrilátero brillantemente iluminado la concentración y la tensión fuesen tan intensas! Porque fuera del ring, en las localidades solo parcialmente ocupadas, en los pasillos donde los vendedores deambulaban con refrescos, perritos calientes, sándwiches, los espectadores hablaban y reían como si la pelea tan duramente combatida entre las dos mujeres tuviera muy poco valor para ellos, o fuese incluso digna de burla. Durante el transcurso del primer asalto un continuo flujo de espectadores entró en el pabellón, hablando en voz muy alta y muy divertidos.

—¡Eh, tío! ¿Qué es eso? ¿Mujeres? ¡Dios santo!

El segundo asalto empezó como el primero: el sonido de la campana, las boxeadoras que se apresuraban a enfrentarse. Para entonces (le pareció a Naomi), la más joven, la boxeadora «blanca» con mechadas de colores en el pelo de punta, obligaba a retroceder a su contrincante, la nativa americana, que se deslizaba hacia atrás, encogiéndose, en dirección a las cuerdas, donde (sucedió muy de repente) parecía estar atrapada, sin poder protegerse de los continuos golpes laterales de la otra.

Sin embargo (y también muy de repente) apareció un feo corte sanguinolento en la frente de Dunphy, justo por encima del ojo derecho. ¿Cómo había sucedido aquello?

Sangrando en abundancia, limpiándose el ojo con un guante, Dunphy tropezó y se tambaleó. Al instante, Elka se abalanzó sobre ella con una lluvia de golpes, algunos sin precisión, otros que acertaron el blanco, mientras los espectadores empezaban a gritar y a lanzar exclamaciones de aliento: *¡Dale! ¡Eso es! ¡Elka! ¡El-KA!*

A Naomi la dominó el miedo. ¿Qué estaba pasando? Una especie de desenfreno se apoderó del pabellón. Tuvo el impulso de ponerse en pie de un salto y unirse a los gritos: *¡Dale! ¡El-KA!*

En sus rodillas descansaba la cámara, olvidada. El griterío tan cercano la asustaba y emocionaba al mismo tiempo.

Sentía un estremecimiento de satisfacción que sabía rastrero, mezquino, al ver a la hija de Luther Dunphy golpeada y herida. La sangre corriéndole por la cara y dándole un lastimoso aspecto de haberse quedado ciega. *Ahora lo sabes. Ya sabes lo que es que te hieran. Eres una criatura odiosa, mereces que se te castigue.*

¿Iba el árbitro a detener el combate? Naomi no sabía si deseaba que sucediera, porque entonces terminaría el castigo de Dunphy.

Por fortuna sonó la campana para marcar el fin del segundo asalto.

El corazón le latía más deprisa. Y se le había acelerado la respiración. Por los comentarios en los asientos a su alrededor, concluyó que D.D. Dunphy había recibido un cabezazo. La astuta guerrera shawnee había bajado la cabeza y había golpeado a Dunphy con violencia en el reborde del hueso frontal por encima del ojo derecho, en apariencia sin querer; el árbitro, sin embargo, le había quitado puntos por cometer un *foul*.

Se oyeron abucheos dispersos entre el público. ¿Contra la decisión del árbitro? ¿Contra Pryde Elka? O ¿contra D.D. Dunphy?

—¿Quién va ganando? —Naomi estaba ansiosa por saberlo.

—No... ninguna lleva ventaja. Todavía no.

Naomi tenía la esperanza de que Pryde Elka ganara, y pronto. Confiaba en que el corte en la ceja de D.D. Dunphy empezara a sangrar de nuevo. Y en que aquella pelea tan desagradable llegara a su fin. Porque no le gustaban los sentimientos que estaba despertando en ella y que eran una novedad, groseros y bárbaros y vergonzosos.

Reconócelo: quieres que Dunphy sufra. Quieres que Dunphy sufra mucho.

Como su padre el asesino: quieres que la destruyan.

Pero al comienzo del tercer asalto D.D. Dunphy se precipitó contra su

opponente con renovada energía, con una especie de ferocidad de pitbull, nada elegante pero implacable, avanzando ciegamente. Dunphy se asemejaba tanto a una adolescente corpulenta como a una mujer madura con un impulso interior. Su estrategia parecía ser el puro presionar: utilizar en provecho propio su peso, su altura, su indiferencia ante los puñetazos recibidos. Naomi había oído hablar de «boxeo a la contra», y veía que Dunphy, la púgil menos habilidosa, extraía una forma de energía del hecho de que la golpearan, de recibir punzantes golpes cortos que le estaban provocando una hinchazón de la parte inferior de la cara y le habían ensangrentado la nariz. Cada nuevo golpe parecía rejuvenecerla, inspirarla. Elka podía golpear, Elka podía conectar, pero ninguno de sus golpes era lo bastante decisivo como para detener la progresión de Dunphy; y cuando sonó la campana para dar por terminado el asalto, se oyeron aplausos del público e incluso un grito: *¡DunPHY!*

Qué volubles son, pensó Naomi con desdén. No es posible poner la menor fe en *ellos*.

En el siguiente asalto y también en el quinto, Dunphy siguió obligando a Elka a retroceder. Muchos golpes cortos le alcanzaron el rostro enrojecido, al igual que los hombros, el estómago e incluso los pechos, pero Dunphy no se amilanaba. El efecto era el de una criatura ciega como un molusco que empujaba hacia delante, siempre hacia delante. En su asiento, Naomi se sentía paralizada. Se le había secado la boca, y quería tragar saliva todo el tiempo o, al menos, intentarlo.

Cada vez que abría los ojos era para ver a D.D. Dunphy bajando la cabeza, avanzando y golpeando sin descanso. Y de nuevo el corte en la ceja le volvió a sangrar. ¿Sin duda sería necesario detener la pelea? Sin duda... ¿pronto? Pero Dunphy apenas hizo una pausa, mirando a través de una máscara de sangre, parpadeando para fijar de nuevo la imagen de su contrincante, resoplando mientras la golpeaba con ambos puños, izquierda, derecha, un golpe a la parte inferior de la barbilla, desprotegida durante un veloz segundo. Y Elka se tambaleó, pero se agarró a su rival como alguien que se ahoga se aferra a su salvador, entre jadeos. Hasta que por fin sonó de nuevo la campana.

—¿Quién va ganando ahora?

—Gana la chica blanca.

—¿*La chica blanca*? —la voz de Naomi se apagó, consternada.

La fila de jóvenes negros se rio de ella. ¿No era también ella una *chica blanca*?

En un momento determinado se le ocurrió que se podía marchar. Muy deprisa, sin llamar la atención, ponerse en pie, apresurarse pasillo arriba y desaparecer, abandonar el pabellón y encontrar un taxi que la llevara de vuelta al hotel...

Llamaría a Darren, solo por oír su voz. Se reiría con él al recordar lo sucedido en la isla de Katechay. ¡Su imposible madre! ¿*La señora Matheson es pariente suya? ¿Son todos ustedes de la misma familia?*

Nadie, excepto Darren, con quien pudiera reírse: reír hasta quedar exhausta. Los dos llorando de risa. ¿*Son todos ustedes de la misma familia?*

En el sexto asalto las piernas de las boxeadoras se enredaron. A mitad de un trabado, Elka golpeó con saña la parte baja de la espalda de Dunphy (¿no era aquello un *foul*?, ¿puñetazos en los riñones?), agarrándose a los musculosos hombros de su contrincante, pero Dunphy se liberó para disponer de espacio y golpear la cabeza que Elka había bajado, cuando de repente, de manera cómica, las dos mujeres cayeron sobre la lona, y el público estalló en risas mientras el árbitro, molesto, les ordenaba: «En pie. *Levántense*».

Naomi pensó que casi le había oído decir *señoritas* al árbitro.

Levántense, señoritas. Sarcástico, en un murmullo.

¿O era que se lo había imaginado?

Deseaba con toda el alma que la hija de Luther Dunphy fuese derribada, humillada, que perdiera aquel terrible combate, pero no quería que ninguna de las dos resultase *herida* de gravedad.

Especialmente no deseaba que algo así le sucediera a Pryde Elka (¿podía llamarse de verdad así? ¿*Pryde Elka*?), que acabase malherida y perdiera la pelea. Había leído que era la madre divorciada de dos pequeños, uno de los cuales era «un caso grave de autismo»; Elka trabajaba en una fábrica de Electra, en Illinois; comenzó a boxear de manera intermitente a los diecisiete años y había competido dos veces para ganar un título (sin conseguirlo en ninguno de los dos combates); el año anterior había cambiado de mánager y de entrenador y estaba empezando una «campana para reaparecer».

(Algunas fuentes *online* cuestionaban la relación de Pryde Elka con la nación shawnee. Pero su mánager la había reafirmado con energía.)

La información sobre D.D. Dunphy era escasa. Nada permitía saber que se trataba de la hija de un notorio asesino ejecutado en Ohio en el año 2006.

Aparte de su historia profesional como boxeadora, todo lo que se añadía sobre «el Martillo de Jesús» era su *activa participación en la Iglesia Misionera de Sión en Dayton, Ohio, su ciudad de residencia.*

¡Ocho asaltos! La tensión era casi insoportable.

El combate terminaba por fin. Las dos pugilistas parecían exhaustas. En los últimos segundos, Dunphy siguió martilleando a Elka, que trataba de agarrarla y trabarse y (una vez más) propinarle un cabezazo, pero Dunphy estuvo lo bastante atenta como para evitar que la otra le alcanzase la cara.

A lo largo del combate Elka se había movido por el cuadrilátero con mucha más agilidad que Dunphy, que se quedaba más pegada al suelo, pero implacable como un alud. De las dos, la cara de Dunphy era la más magullada; le sangraba la nariz y tenía cerrado el ojo derecho por la hinchazón. ¡Qué grotescas las mechas casi glamurosas en el pelo, los espantosos tatuajes relucientes en los brazos! (Naomi acababa de fijarse en otro tatuaje en la espalda de Dunphy, justo debajo de la nuca, en el que parecía leerse *Jesús es el Señor.*) Sentía una hostilidad casi insoportable hacia D.D. Dunphy, algo tan visceral como la náusea.

¡Sonó la campana! Naomi volvió a respirar con normalidad. La terrible prueba había terminado; nunca volvería a someterse a nada parecido.

Alzó la cámara para hacer fotos. Nadie puso objeciones, nadie reparó en ello. Grabaría a Pryde Elka, «la Squaw», apenas capaz de alzar las manos enguantadas en una jactanciosa simulación de triunfo; y a D.D. Dunphy, «el Martillo de Jesús», con aire perdido (¿no se daba cuenta de que la pelea había concluido?), limpiándose la sangre de los ojos mientras su equipo de apoyo se apresuraba a rescatarla.

Del público llegaban exclamaciones aisladas, gritos, ráfagas de aplausos. Pryde Elka tenía sus partidarios y lo mismo sucedía (era obvio) con D.D. Dunphy. Pero muchos espectadores habían entrado en el pabellón durante el último asalto y no sentían el menor interés por el frenético intercambio de golpes que habían protagonizado las boxeadoras. Existía más bien una impaciencia colectiva por que terminara aquella pelea y pudiera comenzar la siguiente.

Naomi creía que Elka había ganado. En el pabellón era evidente el entusiasmo en favor suyo. Había demostrado ser la boxeadora más habilidosa, aunque también la menos deportiva, en razón de su recurso a los cabezazos y los puñetazos en los riñones. Por su condición de nativa

americana Elka gozaba de más simpatías. De Dunphy solo se podía decir que era dura, resistente. Pero *torpe*.

Naomi regresaría feliz a Nueva York si Pryde Elka ganaba. Haría unas cuantas fotos en el pabellón y regresaría a la gran ciudad para cuidar de su abuela y de Kinch, su «medio tío» (aunque no acababa de comprender cómo las cosas habían evolucionado así). Los dos eran ya su familia. La necesitaban y Naomi se alegraba de que la necesitaran. Estaba acumulando retratos fotográficos, y los de «la Squaw» y «el Martillo de Jesús» le vendrían muy bien. Y nunca más volvería a pensar en la hija de Luther Dunphy.

Pero para sorpresa suya los tres jueces dieron el combate a Dunphy. Naomi no había sido consciente de la presencia de los «jueces», sentados en primera fila, hasta aquel momento: dos blancos y un negro, todos de mediana edad. El primer juez había «adjudicado» siete asaltos a Dunphy y uno a Elka; el segundo, seis a Dunphy y dos a Elka; y el tercero, los ocho a Dunphy.

¿Cómo era posible algo así? Naomi no salía de su asombro.

En el ring, la amplificadora voz del presentador rezumaba entusiasmo y alborozo:

—«D.D. Dunphy»... «el Martillo de Jesús»... ¡Su victoria por unanimidad mejora el récord de esta joven luchadora y lo sitúa en ocho victorias, un empate y cero derrotas!

Se produjo entonces una última explosión de aplausos. Espectadores que acababan de incorporarse a la velada y que no habían visto nada del combate batieron palmas con entusiasmo, abuchearon y silbaron. El estado de ánimo en el pabellón era festivo, optimista. Pero también impaciente. ¡*Sacad a esas zorras del ring!*... se oyeron gritos destemplados enlazados con risas.

En el cuadrilátero, bajo las luces cegadoras, sin los relucientes guantes rojos alzados para protegerse, D.D. Dunphy estaba muy incómoda. Sonreía tontamente, como podría hacerlo un niño nervioso. El presentador la había invitado a «decir unas palabras a nuestro público», pero antes de que pudiera hablar hubo un cambio de planes, y se indicó al equipo de apoyo de Dunphy que tenían que abandonar el ring. Se necesitaba instalar equipamiento para el combate siguiente, que iba a ser televisado al cabo de pocos minutos.

Naomi preguntó a los jóvenes aficionados al boxeo sentados junto a ella cómo la chica blanca podía haber ganado la pelea cuando era tan torpe que parecía incapaz de «boxear»; y ellos le replicaron: «Claro que ha ganado, caramba. Esa chica blanca *tiene pegada*».

Aquello era un reproche. Naomi sintió que le ardía la cara, como si hubiera traicionado a alguien a quien se la suponía leal.

Con su cámara, se apresuró a seguir a D.D. Dunphy y a su equipo de apoyo, haciendo instantáneas. Vio ya lo que no había visto antes de la pelea: la bata negra de Dunphy, que le llegaba hasta las rodillas, con letras doradas en la espalda: D.D. DUNPHY – MARTILLO DE JESÚS. Y en su cabeza una gorra negra con la inscripción, también en letras doradas, JESÚS ES EL SEÑOR.

En los vertiginosos minutos que siguieron a la victoria de Dunphy hubo varios fotógrafos más retratándola. Un diluvio de fotos con *flash*. Naomi agradeció el anonimato que aquello le proporcionaba. Tuvo que suponer que un boxeador es algo así como propiedad pública y que el mánager de Dunphy celebraba que se la fotografiase si todo ello se traducía en publicidad.

Naomi se oyó preguntar a uno de los ayudantes si su boxeadora estaría disponible para una entrevista, y lo que se le dijo fue: «Quizá. Depende».

Otro le dijo, por encima del hombro: «Póngase en contacto con Dayton Fights, Inc.».

Dunphy y su séquito desaparecieron en una zona interior del Armory donde no se permitía entrar a nadie sin autorización. Naomi vio que a uno de los fotógrafos, al que los acompañantes de Dunphy parecían conocer, probablemente de algún periódico local, se le había permitido pasar con ellos al vestuario de Dunphy.

Ridículo, pensó Naomi. ¿Por qué iba a querer entrevistarla *a ella*?

Se sentía ligeramente aturdida, desconcertada. El corazón le latía por la emoción y también por una especie de desasosiego o vergüenza. Nunca había presenciado nada que tuviera el más remoto parecido con el «combate a ocho asaltos» entre Pryde Elka y D.D. Dunphy.

Deprisa ya, porque tenía la sensación de que estaba a punto de desmayarse, Naomi abandonó el War Memorial Armory, y se quedó durante unos minutos fuera, en la avenida, respirando hondo, inhalando aire fresco, o al menos más fresco que en el interior del pabellón, aunque con un componente de algo metálico y vigoroso, un olor procedente del río Ohio, que no quedaba muy lejos. Dada su confusión y desorientación, apenas sabía dónde estaba. No podía dejar de pensar en el combate —no dejaba de ver sus imágenes—, le bastaba con cerrar los ojos y de inmediato las dos boxeadoras y sus guantes

en movimiento, sus rostros con las huellas de los golpes recibidos, la asaltaban como imágenes soñadas que se hubieran escapado de alguna pesadilla primitiva.

«D.D. Dunphy»: ese era el disfraz.

Preguntándose: ¿acaso Dawn Dunphy la conocía *a ella* tan íntimamente como ella conocía a Dawn Dunphy?

A la mañana siguiente se le concedieron cuarenta minutos para la entrevista. En un espacio funcional lleno de corrientes, descrito como sala de conferencias y banquetes, en el hotel Cincinnati Marriot, cerca del aeropuerto.

—¿Qué tal? Me llamo...

El nombre le salió sin el menor esfuerzo: *Naomi Matheson*.

(Y ¡qué nombre tan hermoso! No lo había pronunciado nunca antes en voz alta.)

—... y preparo un documental sobre boxeadoras.

Luego hizo una pausa para añadir con amistosa franqueza, sonriendo tanto a D.D. Dunphy, que parecía avergonzada, como a la mujer teñida de rubio y de unos treinta y cinco años que se había presentado como «Marika», *jefa de relaciones públicas de Dayton Fights, Inc.*:

—Solo sobre boxeadoras destacadas que son campeonas o principales aspirantes a títulos. El documental está financiado por —una vez más el nombre le brotó sin el menor esfuerzo— el *Instituto de Cine de Nueva York*, un centro privado donde se realizan documentales que después se emiten en la televisión pública y en otros canales, además de en festivales cinematográficos como Sundance, Telluride o Lincoln Center.

La mujer teñida de rubio pareció impresionada, pero D.D. Dunphy parpadeó y miró al suelo con sus ojos magullados, casi cerrados por la hinchazón. Aunque la herida sobre la ceja derecha parecía muy bien suturada, también tenía un lado de la boca hinchado y amoratado.

Llevaba un chándal completo de color gris oscuro que cubría con holgura su cuerpo fornido y en el que no lucía ningún adorno. Naomi buscó con los ojos la gorra negra con las letras doradas *Jesús es el Señor* pero no la vio.

—Mi colega y yo —dijo— hemos hecho varios documentales centrados en mujeres pioneras en campos que pertenecían tradicionalmente a los hombres.

Existe un interés creciente por las boxeadoras y no descartamos la posibilidad de que el canal de televisión ESPN ayude a financiar el film...

Nada de lo que estaba diciendo «Naomi Matheson» era en absoluto inverosímil. Como tampoco era imposible que, en una fecha cercana, se realizara un documental sobre boxeadoras en los Estados Unidos en el que figurara D.D. Dunphy, y que se programara en la televisión pública o incluso en ESPN.

Estaba claro que D.D. Dunphy y Marika se creerían cualquier cosa que las halagara. O, más bien, que Dunphy cooperaría con cualquier iniciativa que Marika considerase que podía impulsar su carrera y beneficiar a Dayton Fights, Inc.

—¿Nos hará usted llegar un vídeo con la entrevista, señorita Matheson? ¿Para que también podamos utilizarlo nosotros? —Marika hablaba con perspicacia, y Naomi respondió, con la más cálida variedad de sinceridad fraterna:

—Por supuesto que sí.

A Dunphy, la mujer teñida de rubio le dijo, como si estuviese hablando con una niña:

—Solo cuarenta minutos, D.D. Volveré para asegurarme de que no dura más. ¿Te parece bien? Ya te han entrevistado antes para grabar un vídeo. ¿O necesitas que me quede contigo?

Seria, valiente, D.D. Dunphy negó con la cabeza. La expresión quejumbrosa en el rostro de la joven, en sus sombríos ojos amoratados que no alzaba del suelo, habrían sugerido a otra protectora más clarividente que en realidad *no* quería decir *sí*; pero Marika, que ya se había puesto en pie, con un cigarrillo sin encender entre los dedos, optó por no advertirlo.

Aun así se quedó en el umbral durante un minuto o dos escuchando las preguntas iniciales de la entrevistadora, lo suficiente para asegurarse de que la conversación iba a ser del todo convencional, siguiendo el acostumbrado formato periodístico: *qué le hizo decidirse a ser boxeadora, cuáles son las esperanzas que abriga para su carrera, ¿es emocionante formar parte de la «revolución» en el boxeo femenino?*

Dunphy respondió a aquellas preguntas despacio, con mucho cuidado, como alguien que tiene que cruzar por encima de un abismo utilizando un simple tablón. En ocasiones dejaba de hablar por completo, aunque unas pocas palabras de la entrevistadora bastaban para animarla a continuar. Su

timidez, o cierta desconfianza, o tal vez se tratara de testarudez bovina, no le permitía alzar los ojos para encontrar la mirada de la entrevistadora, amistosa y franca. No era nada fácil establecer una *relación* fraternal.

Asombroso para Naomi y no del todo real, el hecho de que se le permitiera con tanta facilidad un contacto tan directo con «D.D. Dunphy», sin hacerle prácticamente ninguna pregunta sobre sus credenciales, sin que se produjera un solo momento de duda o de escepticismo por parte de la encargada de relaciones públicas. Desde su llegada a Cincinnati el día anterior, Naomi no se había sentido del todo real, se había sentido invisible, por más que en el War Memorial Armory su piel blanca hubiese atraído sobre ella la atención. Era como deslizarse a través de un espejo en un mundo reflejado en el que, si alguien advertía su presencia, era como si se tratara de otra persona que no era ella misma.

Había colocado la cámara en la mesa entre las dos. Explicó que se trataba de una cámara que «grababa», aunque Dunphy no pareció oírla. Al responder a sus preguntas, D.D. hablaba tan bajo que Naomi tuvo que pedirle cortésmente en una ocasión que repitiera lo que acababa de decir.

Dunphy pareció sorprendida, perpleja. ¿Repetir lo que había dicho?

Naomi pensó: *¿Ya lo ha olvidado? ¿Tan deprisa?*

Se preguntó si la joven boxeadora había sufrido una conmoción cerebral. O, más bien, varias. Tantos golpes en la cabeza, justo la noche previa...

Le explicó amablemente:

—Puede usted mirar a la lente de la cámara, «D.D.». Esto es un medio visual, no se trata solo de la voz.

Nerviosa, Dunphy se pasó la mano por la nariz y murmuró algo que sonó como *Vale*.

—¿La han entrevistado antes alguna vez? ¿Para la televisión? ¿Para grabar un vídeo?

Dunphy asintió vagamente con la cabeza. Tenía dificultades para alzar los ojos amoratados hasta la entrevistadora o incluso hasta la lente de la cámara. Naomi pensó: *¿Se avergüenza? Pero ¿por qué?*

Naomi había abordado la entrevista con un sentimiento de profunda repugnancia hacia aquella tarea. Una ligera náusea de desagrado se le agitaba en las entrañas por el hecho de que la hija de Luther Dunphy *existiera* y estuviese sentada, algo encorvada, su boca herida moviéndose pero sin decir nada, tan solo a un par de metros al otro lado de la mesa.

El tablero que las separaba era muy modesto y parecía fabricado con un material barato como corcho. Cabía suponer que sobre mesas como aquella se extendiera un mantel blanco de lino con ocasión de algún banquete.

—Bien, «D.D.». Fue un combate estupendo el de anoche... una actuación excelente. Los tres jueces...

Dunphy parecía escuchar con atención. Pero no sonrió.

—¿No está... contenta con la pelea? Usted *ganó*.

Dunphy se encogió de hombros. Una expresión de ligera turbación le cruzó el rostro, como si soportase un dolor provocado por los gases.

—No. Estuvo bien. Ernie dice que tengo que trabajar más.

—«Ernie»... ¿su entrenador?

Pero Dunphy callaba de nuevo. Marika le había dejado una botella de agua mineral de la que procedió a beber, sedienta, de manera un tanto torpe debido a la hinchazón de la boca. Naomi advirtió que su nariz presentaba manchas de capilares rotos. Los dientes eran desiguales, del color de un té muy poco cargado. Le resultó perturbador, cuando alzó la mirada por un momento, ver hasta qué punto tenía los ojos inyectados en sangre, casi ocultos por los párpados hinchados y amarillos.

El pelo áspero y corto, rasurado a navaja a ambos lados de la cabeza y en la nuca, se le había pegado al cuero cabelludo y necesitaba un lavado. Las mechas de distintos colores resultaban todavía más incongruentes, estrafalarias, con la inclemente luz del día.

—¿La ha examinado un médico, verdad?

Dunphy murmuró algo que sonó como *Sí*.

—¿Ha sido algo más que un examen somero? ¿Es un médico... de verdad... quien la examina? ¿Radiografías, escáner cerebral?

Dunphy murmuró de nuevo, esta vez algo irritada. Con un brusco movimiento se limpió la nariz, que le goteaba, con el dorso de la mano.

Naomi se acordó de las revisiones físicas intensas, rigurosas, de su infancia. El análisis de sangre era esencial: no se podía evitar que la aguja extrajese sangre de una delicada vena. Una costilla visiblemente amoratada y dolorida precisaba un examen radiológico, por supuesto. Las infecciones por picaduras de insectos o por accidentes infantiles había que tratarlas de inmediato con antibióticos. No había que arriesgarse con la enfermedad de Lyme. Crecer en casa de un médico obliga a tomar conciencia de la amplia variedad de deficiencias que padece lo que el mundo llama «atención

médica». Gus Voorhees creía en la igualdad en todos los aspectos, menos en cuestiones de salud: un médico era bueno o no era bueno.

Había que evitar al que no era bueno. Por desgracia, los «no-buenos» estaban en todas partes, salvo en los principales centros médicos y facultades de medicina.

—Veamos, «D.D.». O ¿en realidad se llama usted «Dawn»? Alguien dijo...

Dunphy se revolvió en la silla. Oír su nombre fue inesperado y sorprendente para ella, pero no lo rechazó. Más bien, sonrió apenas, mirando avergonzada a su entrevistadora.

Naomi pensó: *Ha quedado al descubierto. No dispone de ningún sitio donde esconderse.*

—Cuéntamelo, Dawn. Con tus propias palabras. Qué fue lo que te dio la idea de convertirte en boxeadora...

Naomi sonrió a Dunphy para darle ánimos. En realidad no la odiaba. Era su *existencia* lo que la enfurecía, como durante años, desde la muerte de su padre, la había enfurecido la *existencia* de Luther Dunphy.

En cualquier caso estaba dispuesta a representar el papel de entrevistadora sincera. En cierto sentido, hasta donde cualquiera podría saber, era de verdad la sincera entrevistadora que fingía ser. No había dormido en toda la noche, emocionada con la posibilidad de hacer un documental sobre boxeadoras que incluyera tanto a D.D. Dunphy como a Pryde Elka. Le vinieron a la cabeza las palabras de Yael Ravel: *Cuando encuentres tu verdadero tema, te darás cuenta.*

¿Era aquel el *verdadero tema* de Naomi? ¡Había esperado tanto tiempo!

Dunphy siguió hablando tan despacio como quien va a tiendas, cautelosa y con miedo. Como entrevistada daba muy poco de sí: sin duda Pryde Elka sería más interesante.

—A las personas corrientes les da miedo que las golpeen... temen que se les haga daño. Pero, por lo que parece, tú no tienes miedo.

¿Era una pregunta? Dunphy se mordisqueó el labio inferior y no contestó.

—¿No tienes miedo de que te hagan daño?... Quiero decir, ¿daño de verdad?

Dunphy negó vigorosamente con la cabeza.

—¿Y eso por qué?

—¿Por qué? —Dunphy miró a la entrevistadora como si le hubiese hecho

una pregunta muy estúpida o estuviera de broma—. Porque soy demasiado buena.

—Eres... ¿«demasiado buena»?

—Me entreno para evitar que me hagan daño. Aunque me golpeen, no me hacen tanto daño como si se tratara de otra persona —un ligero tono desdeñoso al pronunciar *otra persona*.

Naomi se dio cuenta de que Dunphy repetía cosas que le habían dicho. *Soy demasiado buena. Aunque me golpeen...*

—Nunca te han derrotado en ninguna pelea. Eso es impresionante.

Dunphy se encogió de hombros. Y muy ligeramente, pese a los labios hinchados, sonrió.

—He hecho ciertas comprobaciones y es sorprendente... algunos de los campeones en el mundo del boxeo han perdido combates. Pero tú no — Naomi hizo una pausa, esperando a que Dunphy murmurase *todavía*.

Era lo que siempre se esperaba: que el joven o la joven atleta murmurase *todavía*.

Al cabo de un momento, Naomi prosiguió, con su tono amistoso, sincero:

—¿Te ganas bien la vida como boxeadora? ¿Podrías decirnos, por ejemplo, cuánto ganaste con la pelea de anoche? —Naomi sonrió para suavizar la impertinencia de semejante pregunta; pero Dunphy no pareció advertir que se trataba de una desfachatez. Rápidamente sus ojos hinchados parpadearon como si estuviera tratando de recordar una cifra, una cantidad total.

—Supongo... No sé... Hay «gastos»...

—¿Los gastos salen de la paga del boxeador? Imagino que es esa la tradición... Son considerables los gastos, supongo...

Dunphy asintió, con gesto sombrío.

—Están las habitaciones de hotel, las comidas y toda clase de... «suministros». También está el «botiquín».

—Pero ¿no recibes una cantidad fija? ¿No recuerdas a cuánto asciende esa cantidad?

Dunphy negó con la cabeza, *no*.

—Pero has firmado un contrato, ¿no es así?

Cautelosa, Dunphy asintió con la cabeza, *sí*.

—¿Tuviste un abogado que estudiara el contrato antes de firmarlo?

—¿A... abogado? No... —Dunphy frunció el ceño tratando de pensar—. Quizás sí. Puede que lo tuviera.

—¿Un abogado de Dayton? ¿*Tu* abogado?

Dunphy emitió un vago gruñido de incomodidad. Naomi renunció a seguir presionándola.

—¿Mandas dinero a tu familia?

Dunphy asintió con más energía que en anteriores ocasiones, *sí*.

—Eso es muy generoso por tu parte. Eres una buena hija.

(¿Había ido demasiado lejos? ¿Iba Dunphy a advertir la adulación que enmascaraba apenas el desprecio? No dio esa impresión.)

Naomi prosiguió, con convincente interés:

—He leído en internet que la mayoría de las boxeadoras ayudan a mantener a su familia. Algunas tienen hijos pequeños... Pryde Elka, por ejemplo. ¿Sabes algo sobre sus antecedentes?

Dunphy se encogió de hombros, molesta. Como para decir *¡A quién demonios se le ocurre que deba interesarme por Pryde Elka!*

—Tengo entendido que trabajas todavía... ¿En una tienda de la cadena Target en Dayton? Eso tiene que ser difícil... trabajar al mismo tiempo que te entrenas como boxeadora, además de viajar para los combates...

Dunphy dijo, con aire de recordar algo que era al mismo tiempo agradable y doloroso:

—Iba a tener un «patrocinador en la comunidad», una tienda de deportes... en Dayton... pero no salió adelante. Aunque... aún podría... Hay gente con títulos que tiene que trabajar. No puede vivir del boxeo —hizo una pausa, entristecida—. Me refiero a mujeres boxeadoras. Hombres, no.

—¿Ganan más dinero los hombres?

Dunphy hizo una mueca, como si la entrevistadora hubiese dicho algo que se suponía divertido.

—Sí, claro. Los hombres ganan más.

—Parece sorprendente que un «campeón» tenga que trabajar... tanto si se trata de un hombre como de una mujer. Muchos aficionados al boxeo lo encontrarían sorprendente.

Aquel tipo de preguntas incomodaba e irritaba a Dunphy. Naomi no había entrevistado a nadie en toda su vida, aunque estaba llegando a entender el sutil pero inconfundible desafío entre adversarios, una especie de corrida de toros, con espadas muy bien afiladas. Quien esgrimía las preguntas blandía el cortante acero.

—¿Cuántas horas trabajas a la semana, Dawn?

Dawn. El nombre surgió con toda naturalidad. Dunphy no reaccionó.

—¿Cuántas horas? No lo sé... En Target si no trabajas la jornada completa te llaman cuando te necesitan. Puede cambiar cada semana. Sobre todo si trabajas en el almacén o en las descargas. El señor Cassidy preparó un horario para mí en Target: conoce al gerente. Se llegó a un acuerdo especial para cuando necesito entrenarme antes de un combate y salir de viaje para una pelea.

—Estás hablando de «Cass Cassidy», tu representante, ¿no es eso?

Dunphy dijo que *sí* con la cabeza. Estaba claro que le producía un sentimiento de orgullo que se dijera de ella que tenía un *representante*.

—¿Y Ernie Beecher es tu entrenador? El señor Beecher tiene una excelente reputación, según he podido saber.

Dunphy sonrió, vacilante. Estaba claro que se enorgullecía de Ernie Beecher, su *entrenador*.

—¿Resulta extraño trabajar con un hombre? ¿Estar tan cerca, con una proximidad física tan grande, de un hombre como Ernie Beecher?

Dunphy se lo planteó. No se sentía cómoda con las palabras *proximidad física*, Naomi se dio cuenta.

—Y, por otra parte, el señor Beecher es negro. Eso debe de ser... aunque no sea más que un poquito... dados tus antecedentes... extraño...

Dunphy se encogió de hombros como si se avergonzara. Estaba claro que hasta aquel momento no había pensado mucho en aquella extrañeza.

—¿Qué piensa tu familia?

—¿Qué *piensa* mi familia?

—De tu carrera como boxeadora. De que estés todo el tiempo entrenándote con Ernie Beecher, por ejemplo.

Dunphy se frotó los hinchados párpados. Tenía la piel cetrina y como pastosa. Naomi le veía las pequeñas cicatrices blancas en el nacimiento del pelo, como joyas diminutas. Era todo un descubrimiento que el rostro de una boxeadora victoriosa, alguien que nunca había perdido un combate, evidenciara las señales del castigo sufrido. También sin ser del todo consciente, mientras se esforzaba por responder a las preguntas de Naomi, Dunphy se frotaba la nuca y la parte alta de la columna vertebral como si le dolieran.

Naomi dijo, comprensiva:

—Pero por supuesto no hay entrenadoras. En especial, entrenadoras

blancas. Si quieres entrenarte para boxear, has de acudir a alguien como Ernie Beecher. De hecho es una suerte que puedas trabajar con Beecher.

—Sí que tengo suerte.

—Calculo... por lo que he leído... que el boxeo se ha convertido en un deporte para negros, ¿no es cierto? ¿Negros e hispanos? Dominan las «personas de color», como Angel Díaz, que está en tu misma categoría, ¿no es así? ¿Pelearás con ella... con Angel Díaz?

Dunphy tembló y se estremeció. En su rostro pastoso apareció una expresión de repentino entusiasmo, pero también de miedo.

—Sí. Supongo que sí.

—La única boxeadora a la que no has vencido de manera concluyente ha sido una joven negra... «Jamala»...

Naomi se había informado sobre D.D. Dunphy en internet. Había hecho una lista de las boxeadoras con las que había peleado. Vio cómo el nombre «Jamala» sorprendía a Dunphy, que la miró a continuación con expresión inescrutable.

—«Jamala»... sí. La mejor.

De manera extraña, Dunphy había pasado a hablar como los negros. La voz se le había vuelto gutural, más musical. Había murmurado aquellas palabras con una expresión de dolorida adoración.

—¿Jamala Prentis, «la Princesa»? No, ha perdido su último combate. Ha perdido tres o cuatro peleas y ya la clasifican por debajo de D.D. Dunphy. Me he preparado a conciencia. La Liga de Boxeo del Medio Oeste, Asociación Mundial de Boxeo. En las dos listas estás por delante de Jamala. *Tú eres la mejor.*

Naomi hablaba con una peculiar clase de apasionamiento, como desafiando a Dunphy a que la creyera.

Pero Dunphy se la quedó mirando como si no entendiera. Tal vez no estuviese al tanto de que Jamala Prentis había perdido combates recientemente.

—No; Jamala es la mejor. «La Princesa»... tiene estilo.

Aunque en la sala para banquetes hacía más bien frío, Dunphy parecía acalorada. Con un pequeño resoplido se quitó la sudadera, sacándosela sin contemplaciones por la cabeza; Naomi tuvo el impulso de ayudarla, pero no lo hizo. Debajo de la sudadera, Dunphy llevaba una camiseta de algún material sintético ligero, muy ajustada por encima de sus pechos firmes,

pesados; una camiseta casi sin mangas, de manera que quedaron al descubierto los llamativos y chabacanos tatuajes que le decoraban los brazos.

En uno de los musculosos bíceps, una cruz con lo que parecían ser llamas carmesíes, y en el otro una cruz con lirios blancos. En el antebrazo izquierdo, un martillo morado: *el Martillo de Jesús*.

¡Qué espectáculo! ¿Es que no sabe el aspecto que tiene...?

¡Es tan ingenua! Tan lamentable.

Ansiosa de creer que es alguien importante.

Ansiosa de creer que cualquiera querría hacerle una entrevista. Que cualquier cosa de su patética existencia tiene importancia.

—¡Qué tatuajes tan impresionantes! —exclamó Naomi con una admiración que resultó convincente.

—Sí. Eso creo —Dunphy sonrió, tímida. Metiendo la barbilla para mirárselos de un modo que sugería que los contemplaba con frecuencia. Naomi pensó: *Mira los tatuajes en lugar de mirarse en un espejo. Los tatuajes son su espejo.*

Naomi estaba deseando acabar la entrevista. Creía que sus padres no aprobarían lo que estaba haciendo, si pudiesen llegar a saberlo. Pero estaba como paralizada, y no parecía capaz de detenerse.

—Por favor, cuéntame un poco más de tus antecedentes, Dawn. Se dice que Dayton es tu ciudad, pero... no es donde naciste, ¿verdad que no?

Dunphy se encogió de hombros de manera ambigua, como para decir *Imagino que no. Quizás.*

—He leído en internet que eres de Muskegee Falls, una población pequeña en la parte central de Ohio.

¿Era una pregunta? Dunphy frunció el ceño, cautelosa.

—¿Cómo fue?, ¿crecer en Muskegee Falls?

—¿Cómo fue? —a Dunphy pareció desconcertarle la pregunta.

—¿Tuviste una infancia feliz?

Infancia feliz dio la sensación de confundir a Dunphy, que estuvo mucho tiempo sin responder.

—Bueno, ¿hubo alguien de tu familia que te animase?

—N... no... No querían que fuese boxeadora, creo.

Dunphy hablaba a trompicones, con expresión nostálgica.

—¿Nadie? ¿En absoluto? ¿De dónde te vino la idea, entonces?

—Supongo... que fue viendo la televisión. Con mi hermano Luke —

Dunphy se echó a reír de repente—. ¡Él nunca creyó que fuese a conseguirlo!

—¿Qué te atrajo del boxeo, cuando lo veías en televisión? Suponiendo que hubiera otras cosas que ver, incluidos otros deportes violentos... —Naomi se aventuraba mucho al hablar, pero Dunphy no reparaba en ninguna ironía.

—Imagino que... el hecho de golpear. Si alguien te golpea, devuelves el golpe. Supongo... quizás... que fue eso.

—«El boxeo consiste en golpear»... ¿no es eso?

—Nooo. El boxeo consiste en golpear sin que te devuelvan el golpe — Dunphy se echó a reír, sorprendida de sí misma. Aquellas palabras ingeniosas, casi en argot de la profesión, no eran suyas sino algo aprendido de memoria y ahora repetido, lo que le había resultado satisfactorio.

—Nos puedes decir (trata de hablar con la cámara de manera natural, como si estuvieras conversando) (mi voz se borrará del vídeo final), en una pelea, ¿qué es lo que estás *pensando*? ¿Qué se te pasa por la cabeza?

Dunphy frunció el entrecejo, tratando de pensar. A Naomi se le ocurrió que casi se podían ver ideas voluminosas moviéndose por el cerebro de la joven, un poco demasiado grandes para el espacio disponible, como a través de estrechas arterias, lo que se traducía en gestos de dolor.

—En una pelea, es como si te ahogaras. O sea, sientes que te estás ahogando y lo único importante es salvarte. Y la única manera de salvarte es golpear a la otra persona, hacerle daño, derribarla para que no te pueda agarrar y hacerte caer. Es ella o tú. Tengo la voz de mi entrenador en la cabeza. *Ataca ataca. Métete dentro. Ve a por el cruzado de derecha. Métete dentro. Gancho de izquierda. Golpea a la contra. Métete dentro. Mantén altos los guantes. Mantén alto el guante izquierdo. Métete dentro. GUANTE IZQUIERDO ARRIBA* —se echó a reír y se limpió la humedad del rostro con la sudadera—. Como tengo los brazos cortos, me lo dice todo el tiempo: *Métete dentro*.

—¿No es peligroso? Me fijé en eso... la otra boxeadora retrocedía sin parar, y tú avanzabas. Pero seguro que te golpean una barbaridad de veces.

Era una observación con segundas. Pero Dunphy no captaba sutilezas.

—Ya he dicho que si eres buena no te hacen daño. «El Martillo de Jesús» encaja los golpes mejor que nadie. Eso se sabe.

También aquello lo repetía como una declaración memorizada. Y dicha con orgullo.

—¿De verdad no tienes miedo a que te lesionen? La cabeza, el cráneo, el cerebro parecen tan vulnerables en el boxeo... —la voz de Naomi se fue apagando, con una entonación como de súplica.

Pero Dunphy negó con la cabeza, testaruda. Porque alguien le había asegurado que *el Martillo de Jesús encajaba los golpes mejor que nadie*.

—¿Tienes seguro médico? ¿Seguro de hospital? En el caso de que alguna vez te lesionaran... de gravedad...

—Todo ese tipo de cosas está resuelto. Mi mánager...

—¿Incluye tu contrato la cobertura médica? ¿Qué sucedería si...?

Dunphy alzó la botella de agua para beber como si estuviera sedienta. Había impaciencia y brusquedad en el gesto y su rostro pastoso se había contraído.

Naomi pensó con mezquindad: *Tampoco tú me caes bien a mí. Quiero que te hagan daño. Quiero que fracasas. ¡No soy amiga tuya!*

Tendría que terminar la entrevista, se daba cuenta. ¡En qué había estado pensando! Un documental sobre boxeadoras: demasiado horrible, demasiado lleno de dolor, de riesgos. A nadie le interesaría ver un film así. Había cierto interés en el caso de las campeonas, hasta cierto punto. Pero D.D. Dunphy nunca llegaría a ser una campeona con carisma. Y nadie querría enterarse de cómo eran las vidas privadas de gente sin importancia, cosas que no se muestran nunca en televisión. Nadie querría saber nunca nada acerca de las derrotadas.

—Solo unas pocas preguntas más, Dawn. ¿Tus padres viven todavía en Muskegee Falls, y tienes familia allí? —Naomi se expresó con mucha naturalidad, dando ánimos a la entrevistada.

Dunphy murmuró algo que sonaba como *No. Ya no*.

—¿Se han mudado? ¿Dónde se han ido?

—Mad River Junction... es como se llama el sitio. Donde viven.

—¿Toda tu familia?

—Mi madre es enfermera, trabaja allí en una residencia de ancianos. Mi hermano trabaja para el condado.

—¿Tu madre es enfermera? —Naomi no estaba al tanto, y se preguntó si podía ser cierto.

Pero Dunphy insistió: *sí*. Su madre era enfermera.

—Es un tipo de trabajo que uno respeta, una enfermera. Pero es un trabajo duro —Dunphy hizo una pausa, considerando lo que había dicho. Sus

palabras parecían haberla sorprendido.

—¿También a ti te gustaría ser enfermera? Quiero decir, ¿si no te dedicaras al boxeo?

—Qué va.

Luego, ablandándose:

—Bueno, quizá. Es un tipo de trabajo que la gente respeta y que ayuda a las personas. Y... la gente te respeta.

—Y, ¿qué hay de tu padre, Dawn?

—Mi padre... mi padre no vive ya.

Se había estado preparando para aquella pregunta y contestó con valentía. Pero luego se detuvo por completo, como si hubiese sonado una campana para señalar el final de un asalto.

—Siento oír eso... Habría estado orgulloso de ti, como boxeadora de éxito, ¿no crees?

Boxeadora de éxito captó la atención de Dunphy. Se quedó mirando a un rincón oscuro de la sala para banquetes con una ligera sonrisa y pareció, por un momento, haberse olvidado de la entrevista.

—Sobre todo si ganas un título, como parece que sucederá pronto...

Dunphy miró a Naomi, sin expresión alguna.

—Quiero decir... tu padre se enorgullecería de ti. En especial si llegas a ser campeona.

Dunphy asintió, de manera vaga. Se había estado frotando la nuca, como para aliviar algún dolor.

—¿A qué se dedicaba tu padre, Dawn?

—Era techador y carpintero. *Maestro* techador y carpintero, según dicen.

—¿Cómo murió?

—Murió en un grave accidente de tráfico.

Había hablado muy deprisa, para sacarse las palabras de la boca. Sus ojos inyectados en sangre se estaban llenando de lágrimas y se movían dentro de las órbitas como canicas demasiado sueltas. Dunphy no sabía mentir.

Naomi continuó, cruelmente:

—¿Cuántos años tenías cuando murió tu padre, Dawn?

Durante un largo rato, no contestó. Con la ausencia de disimulo de un niño, se levantó la camiseta y se limpió los ojos. Naomi atisbó un sujetador deportivo negro muy sólido y tan apretado como un aparato ortopédico.

—No lo recuerdo demasiado bien. Quizá diez, once...

—¿Qué recuerdas de tu padre?

Dunphy se quedó muy quieta. Se le alteró el rostro, como si estuviera a punto de echarse a llorar. Los maltratados ojos siguieron llenándose de lágrimas, pero no se le derramaron por las mejillas.

Al cabo de mucho tiempo se le movieron los labios. Naomi consiguió con esfuerzo oírle murmurar:

—... *quería mucho a mi papá.*

Naomi aguardó, pero Dunphy no dijo nada más. Con su voz de entrevistadora, con la que seguía fingiendo una amistosa animación, prosiguió el interrogatorio como si nada hubiera sucedido:

—¿Intentas regresar a casa con la mayor frecuencia posible? Debes de sentirte sola... viajando tan a menudo.

—Sí —Dunphy hablaba con voz monótona, sin convicción.

—Vas a visitar la tumba de tu padre, imagino... Cuando vuelves a casa...

Dunphy asintió con la cabeza, *sí*. Una vaga expresión de desconfianza le había aparecido en el rostro.

—¿Tu padre está enterrado en... Mad River Junction?

Dunphy se puso tensa y no contestó. Parpadeó muy deprisa.

A Naomi casi le sorprendió que la joven boxeadora no se levantara del asiento, se inclinara por encima de la mesa y golpeará a la descarada y entrometida entrevistadora con un puño de pétrea dureza.

—¡Tu madre es enfermera! Una profesión de gran trascendencia. ¿Estás muy unida a tu madre?

Dunphy volvió a asentir con la cabeza, *sí*. Pero mentía muy mal.

—¿A tus consanguíneos?

¡*Qué palabra tan absurda, consanguíneos!*, pensó Naomi. Sintió vergüenza de sí misma y se preguntó cómo podía seguir adelante. Lo que estaba haciendo era odioso. Pero no parecía capaz de dejar de hacerlo.

Si tienes a tu rival contra las cuerdas, sigues martilleándola. Sin la menor duda. Si eres una profesional. Eso, al menos, le había quedado claro la noche anterior en el pabellón.

—Me refiero a tu hermana... o a tus hermanos. ¿Estáis muy unidos?

Demasiado tarde comprendió, preocupada, que a Dunphy podía resultarle sospechoso que la entrevistadora pareciera saber tanto sobre su familia. Pero Dunphy se limitó a encogerse de hombros con cara de pena. Las finas arrugas que ya se le dibujaban en la frente se hicieron más pronunciadas y visibles.

Murmuró que se llevaba bien con ellos.

—¿Están orgullosos de tener una boxeadora profesional en la familia? ¿Con un palmarés como el tuyo, sin una sola derrota?

Dunphy volvió a asentir con la cabeza, pero sin convicción.

—¿Acuden a verte pelear?

Dunphy reflexionó. En su rostro apareció una expresión que era casi de astucia.

—Sí, a veces. Vienen. Vino mi tía. A Cleveland. Se asustó mucho cuando me vio en el ring, pero luego estaba muy orgullosa de mí cuando gané el combate, eso fue lo que dijo.

No añadió nada más. Parecía poco probable que hubiera dicho toda la verdad en aquel punto, pero la entrevistadora no iba a insistir.

—¿Existe alguna contradicción, crees tú, entre el hecho de ser cristiano y golpear a otras personas? ¿Hacer daño a otras mujeres en el ring?

Dunphy frunció el ceño. Se limpió violentamente la nariz con la mano. Durante mucho tiempo pareció que se disponía a responder a aquella pregunta, pero al final no dijo nada, siempre con los ojos en el suelo.

—Bueno. Imagino que se trata de un *deporte*. Y ese es el meollo de ese *deporte*.

Dunphy asintió sin mucho entusiasmo.

—¿Eres amiga de otras boxeadoras?

—No demasiado...

—¿No conoces a ninguna? ¿O sencillamente no tienes amistad con las que conoces?

—No te haces muy amiga de alguien con quien te vas a pelear. No te haces amiga de ninguna de ellas —explicó Dunphy con expresión sombría.

—¿Es una vida solitaria, entonces?

—No. Si tienes a Jesús, nunca estás sola.

Había un algo de desfachatez en aquellas palabras, como si Dunphy las hubiese memorizado y repetido muchas veces. Y enseguida apareció en su rostro un gesto desafiante.

—Y ¿qué religión profesas?

—Soy cristiana y formo parte de la Iglesia Misionera de Sión en Dayton.

—¿Es... baptista?

—Iglesia Cristiana Misionera de Sión.

—¿Es una iglesia protestante?

—S... sí... imagino que sí.

—¿Ser cristiana te sirve de ayuda en tu profesión?

—¿«De ayuda»... ?

—¿Tu religión te inspira?

—Jesús es mi religión. Sí, Jesús me inspira.

—¿En qué sentido?

—Jesús es mi amigo. Le dedico todos mis combates, y Jesús me ayuda.

Dunphy hablaba con orgullo y de manera apasionada. Aquello era lo único que le parecía del todo seguro.

—Jesús te ayuda. Pero ¿Jesús no ayuda también a las otras boxeadoras, tus contrincantes?

Dunphy frunció el ceño. No había pensado en eso.

—Quizás. Quizás Jesús las ayude. O quizás nos ayuda a las dos a que lo hagamos lo mejor que podamos.

¡Qué buena respuesta era aquella! Naomi tuvo que reconocerlo.

—De manera que Jesús te ayuda a tomar conciencia de tu talento y de tus posibilidades. No influye en la pelea.

—Supongo que no —Dunphy no estaba demasiado dispuesta a asentir.

—Jesús es imparcial, no cae en favoritismos.

Naomi hablaba con claridad y sencillez, como si se dirigiera a una niña pequeña. No estaba siendo irónica ya, porque quería saber de verdad qué era lo que Dawn Dunphy iba a decirle.

Su entrevistada la sorprendió respondiendo con tono cortante:

—¿Por qué no se lo preguntas a Él, si quieres saberlo?

Un rápido puñetazo directo. Naomi sintió el impacto. Pero con una sonrisa helada dijo:

—Mucho me temo que no estoy en muy buenas relaciones con tu Jesús.

Al tiempo que pensaba: *¡Ten cuidado! Si te burlas de su dios, te estarás burlando de ella.*

No quieres que Dunphy sepa que eres el enemigo.

Con voz repentinamente irritada, Dunphy dijo:

—Mis peleas son por la gloria de Jesús. Para que los paganos conozcan su nombre.

Le temblaba la barbilla. Los puños apretados como si le hubiera gustado darle a alguien un puñetazo en la cara.

Y añadió a continuación, como si alguien estuviera desafiándola, o

riéndose de ella, con la voz temblorosa de quien sufre:

—Mis peleas son *para Jesús*. No tienen otro fin... *son para Jesús*. Si en lugar de ser *para Jesús* fueran solo *para mí*, entonces... Dios me castigaría y me mandaría al infierno.

¿Por qué estaba Dunphy tan alterada? ¿Por qué lloraba? Naomi no salía de su asombro.

¡Había sucedido tan deprisa! Hacía un segundo se mostraba orgullosamente desafiante, y un instante después, presa de la agitación, la cara se le había inundado de lágrimas.

—¿Pasa algo, Dawn? ¿Qué te pasa? Lo siento...

De manera impulsiva, Naomi extendió el brazo para darle la mano, pero la joven fue demasiado rápida para ella y apartó las suyas como quien trata de evitar a una serpiente.

—Creo que... no quiero hablar más. Me voy.

Se levantó con paso vacilante. Se la oía respirar, entre jadeos. En sus ojos brutalmente enrojecidos había lágrimas, pero no de tristeza, sino de rabia. Naomi se esforzó por pensar con frialdad: *Me podría matar con esos puños suyos. Aporrear me hasta acabar conmigo. Y yo no estaría en condiciones de alzar un dedo para defenderme.*

—Por supuesto... la entrevista está casi terminada de todos modos. Muchas gracias por...

—Sí. Adiós.

Todavía desasosegada, Dunphy se alejó. Sin mirar atrás ni una sola vez, atravesó la sucesión de dobles puertas que llevaban al hotel.

Naomi interrumpió la grabación. Se notó estremecida. Emocionada. Todavía encontraba irreal el habérselas ingeniado para «entrevistar» a la hija de Luther Dunphy. Su primer impulso fue llamar a Darren, para regodearse y mofarse.

No lo adivinarás nunca...

Oh, pero estoy tan... avergonzada...

Le temblaban tanto las manos que casi se le cayó la cámara al introducirla en su ajustada funda negra de cuero.

Fuera, en el aparcamiento, Marika, la rubia teñida jefa de relaciones públicas de Dayton Fights, Inc., fumaba un cigarrillo y hablaba por el móvil.

—Ah. ¿Ha terminado la entrevista? ¿Qué tal ha ido? D.D. Dunphy no es muy habladora, ¿no es cierto? Podemos enviarte fotografías si necesitas más.

Como, por ejemplo, «el Martillo de Jesús con el saco de entrenamiento»... o en el cuadrilátero. Quizás llegue a tener un patrocinador local en Dayton, una tienda deportiva... podríamos hacer algunas fotos allí. Ernie dice que le recuerda a Joe Louis. Quiere decir... supongo... que no hablan mucho pero pegan fuerte.

Marika le dio su tarjeta y no pareció reparar en que Naomi no tenía una tarjeta para corresponder a la suya.

—Mándame el vídeo... Natalie, ¿no es eso? Por favor. La próxima vez que D.D. pelee quizás sea en un combate por el título. Podría ser la campeona del mundo de peso wélter. Seguro que no te lo querrás perder.

Familia

Resultó cierto. Toda una predicción.
Seguro que no te lo querrás perder.

Había regresado a la ciudad de Nueva York. No pensaba recordar nada relacionado con Cincinnati. No pensaría en D.D. Dunphy porque al hacerlo se vería obligada a recordar con qué crueldad, de qué forma tan grosera, despiadada incluso, se había comportado al ingeniárselas para entrevistar a la ingenua boxeadora. ¡Qué *inmoral* había sido el comportamiento de Naomi Voorhees!

Por fortuna, nadie lo sabía. No había llamado a Darren para regodearse con su audacia... ni por lo más remoto.

Tampoco Gus ni Jenna llegarían a enterarse. El gran alivio era que se les evitara llegar a saber algo así. *Vuestra hija padece un trastorno, está de alguna manera pervertida. A vuestra hija le falta humanidad, caridad, decencia. Piedad.*

A su abuela apenas le había hablado del viaje, y a Kinch no le había dicho nada.

(Siempre existía la tentación de compartir un secreto con Kinch. Cuanto más deliciosamente vergonzoso el secreto, mayor la tentación de contárselo al hermanastro de su padre que habitaba en su guarida como una araña depauperada por falta de alimentos y por tanto siempre hambrienta, y que, en consecuencia, agradecía cualquier bocado que pudieras darle. Pero Naomi se resistía.)

Sin embargo no le resultaba nada fácil olvidarse de D.D. Dunphy. De lo temerariamente cerca que había estado de apoderarse de su mano para consolarla. Y ¿cuáles hubieran sido las consecuencias? ¿Le habría ella dado un violento empujón, además de maldecirla? *¡No me toques! Eres una*

pagana, no se te ocurra tocarme.

Se trataba quizá del recuerdo más extraordinario de toda su vida: lo cerca que había estado de darle la mano a la hija de Luther Dunphy.

En la habitación de paredes blancas, treinta pisos por encima de las ruidosas calles del West Village, había aprendido a dormir con los ojos medio abiertos, incapaz o poco deseosa de dormir a pierna suelta, con plena confianza. Por el temor a que le sucediera algo terrible si se relajaba. *Mantén la izquierda arriba. Métete dentro. ¡Dentro!* Abriendo los ojos cuando sonaba una campana para acabar bruscamente un asalto. Y allí estaban los velados ojos acusadores, inyectados en sangre e hinchados, enfrentándosele con una voz que parecía estar en la habitación con ella, muy cerca de su oído: «Mis peleas son por la gloria de Jesús, para que los paganos conozcan su nombre».

Naomi se daba cuenta de que había recibido un desafío. ¿Cuál era la finalidad de las *peleas* de Naomi Voorhees? No tenía ni la más remota idea.

—Naomi, cariño. Tenemos que hablar.

De mala gana fue a sentarse cerca de su abuela. Unos dedos helados buscaban los suyos, que tampoco estaban muy calientes.

—¿Por qué?... ¿Ahora? En algún otro momento.

—Sí, pero ahora es precisamente ese «algún otro momento» de la última vez, *chérie*.

Madelena se echó a reír. Le resultaba placentero ser ingeniosa, divertida. Para ser ingeniosa y divertida se requiere al menos otra persona que escuche y que se divierta o se estremezca.

Por fortuna en aquel momento las interrumpió un teléfono.

Como una niña juguetona, la nieta corrió para apoderarse del inalámbrico y llevárselo a su abuela, sentada junto a una de las ventanas que iban del suelo al techo y desde las que se dominaba el abismo.

—Lena, para *ti*.

Eran tiempos de fragilidad. La fragilidad de una fina *capa de hielo*. Llamadas telefónicas de Sloan Kettering. Del laboratorio de radiología, del departamento de oncología. Naomi había aprendido a reconocer entre las

personas que llamaban a las que provocaban más miedo. Según sus estimaciones, no había ninguna que garantizase la seguridad.

Al comienzo de la primera serie de tratamientos con quimioterapia, Madelena había tomado una drástica decisión: mejor que esperar a que el pelo se le cayera a mechones, había hecho que se lo cortasen al cero para que fuese posible adquirir una peluca de un color casi idéntico al de sus cabellos, pero de mayor fortaleza y resistencia.

Naomi había acompañado a su abuela al glamuroso establecimiento de venta de pelucas en un rascacielos del centro de la ciudad. Una vendedora y ella habían ayudado a Madelena Kein a probarse varias, tratando de no ver las lágrimas que le brillaban en los ojos; aunque no era posible decir si se trataba de lágrimas de vergüenza, de repugnancia, de autocompasión o de desprecio.

—Nadie necesita saberlo. Incluso aunque lo sospechen, no estarán seguros. Y si no lo saben, no tendrán que compadecerme.

Cirugía, quimio, alopecia, peluca. A Naomi le había asombrado el orgullo de Madelena, que le había parecido la clase más obvia de desesperación por parte de su abuela (tan racional y razonable), y encaminada a exorcizar el terror a la mortalidad.

A lo largo de ocho meses Naomi se había familiarizado con las salas de espera —atractivas, llenas de luz, tan solo ligeramente malolientes— de Sloan Kettering, en el centro de Manhattan. Se llevaba trabajo, tareas académicas y un portátil, para esperar a que la quimioterapia siguiera su curso en una habitación interior en la que a ella no se le permitía entrar. (Porque la quimioterapia significaba sustancias químicas, lo que se traducía en materiales médicos peligrosos. El protocolo clínico que rodeaba la quimioterapia y la radiación era de alta seguridad y solo enfermeras especialmente formadas estaban en contacto con esa clase de pacientes.)

Le tocaba aguardar junto a una de las altas ventanas de la sala de espera hasta que su abuela salía en silla de ruedas, empujada por una de las enfermeras que administraban las infusiones intravenosas.

—¿Naomi? Aquí tiene a su abuela —al alzar la vista de lo que estuviera haciendo sentía encogersele el corazón.

El espectáculo de la pobre Madelena tan pálida, tan cansada. Sin su hermosa peluca de plateados cabellos auténticos, con la pobre cabeza desnuda, de aspecto tan frágil como una cáscara de huevo. Pero vestida, sin

embargo, con uno de sus elegantes conjuntos de calle, suéter y pantalón combinados, y sin prescindir de unos pendientes.

Madelena conseguía sonreír, dando prueba de valor:

—¡Hola! Siento que tengas que pasar aquí tanto tiempo.

Madelena solo ocupaba la silla de ruedas hasta llegar a la sala de espera, donde ya se ponía en pie, vacilante, se cogía del brazo de Naomi y caminaba con ella hasta el ascensor. La silla de ruedas era parte del protocolo. Quizá tenía que ver con el seguro de la clínica. Pero todas las veces era un shock para Naomi ver a su abuela en esa silla.

Siempre, o casi siempre, Madelena hacía gala de estoicismo, y no se quejaba. El orgullo no se lo permitía. Los días de quimio estaban cargados de tensión, del drama de no saber si (en el coche de alquiler con el que descendían al Village, en el ascensor del número 110 de Bleecker Street, o en las sábanas húmedas y pegajosas de su cama aquella noche) Madelena podría tener una reacción repentina al veneno bombeado por su corazón: un aumento o una caída de la temperatura; náuseas y vómitos súbitos, o diarrea; un dolor de cabeza lacerante, un derrame en el ojo de aspecto macabro.

(¿Por qué el derrame se producía solo en un ojo y no en los dos? ¿Y sin poder predecirse si iba a tratarse del derecho o del izquierdo? Nadie parecía saberlo.)

Al menos no había que preocuparse por la cena esos días, le gustaba decir a Madelena. Naomi le preparaba una modesta cantidad de caldo de pollo, otra de arroz blanco y una tercera de puré de manzana.

Esas noches Madelena se iba pronto a la cama. O, más bien, cerraba la puerta de su dormitorio y Naomi la oía hablar por teléfono (¿con su amigo Laslov? Se hablaban por lo menos una vez al día, por lo que Naomi sabía); palabras murmuradas, incluso risas, aunque no del todo audibles.

Durante aquellos meses ninguna de las dos había considerado en serio la posibilidad de que Madelena se fuese a morir. Si Naomi hubiera examinado sus ingenuos postulados, podría haberlos resumido así: *Mi padre se me murió. Mi madre es como si estuviera muerta. No es posible que también se me muera mi abuela.*

Tal había llegado a ser el amor que Naomi profesaba a Madelena. La quería ya con un afecto inconmensurable. Entre las dos se había desarrollado un vínculo que era como una delicada telaraña, suave pero compacta, que había aparecido de noche, sin que se reparase en ella. Un vínculo así podía

romperse fácilmente, pero... ¿por qué rompería nadie algo tan hermoso?

Por la calle, en el metro, Naomi desprendía un aire de fortaleza femenina; se había convertido en una neoyorquina, de la subespecie joven mujer profesional. Con las personas con las que se relacionaba era rápida y enérgica, competente, sufrida; no se distraía nunca (en apariencia).

Su único momento vulnerable no se le presentaba en público, sino al regresar al edificio de apartamentos de Bleecker 110 y entrar en el piso de su abuela cuando no había nadie. De manera especial cuando a Madelena le correspondía pasar la noche en el hospital. El segundo ciclo de tratamiento constaba de seis etapas de varios días cada una con quimioterapia intensiva durante las veinticuatro horas, y no en la sala de terapia intravenosa, casi social, de Sloan Kettering, sino en una cama del hospital privado en otro piso.

Al encender una luz en el apartamento, en el que los grandes ventanales flotaban en el cielo nocturno y en las luces de la ciudad que parpadeaban más abajo; y al reaparecer de golpe las sombras, en imitación del movimiento humano, Naomi no podía evitar decir, con voz esperanzada, «¡Hola!»... aunque, por supuesto, allí no había nadie.

No se sentía de verdad desgraciada. No recordaba demasiado bien qué era ser *feliz*, pero no era *infeliz*.

Su razonamiento: los tratamientos con quimioterapia parecían estar ayudando a su abuela. Pese a la alopecia y a la pérdida de peso. En un primer momento Madelena había recibido un tratamiento cada dos semanas a lo largo de ocho meses, al que siguió un breve periodo de remisión de tres meses. Pero se había presentado ya una nueva recaída. Y una terapia más extrema. Porque a los oncólogos de Sloan Kettering les inspiraban los cánceres menos frecuentes, las metástasis (por ejemplo) del riñón en el colon, o del colon en el riñón. Estaban menos interesados en cánceres «ordinarios»: colon, riñón, mama, hueso, sangre. Había quedado de manifiesto una intensa y celosa limitación académica relacionada con el cáncer que Naomi nunca hubiera imaginado. Tenía que pensar que su padre podría no habérselo imaginado tampoco, porque su especialización médica pertenecía a un campo muy distinto. ¡Cuánto se habría interesado Gus por los oncólogos que estaban tratando a su madre! Le hubiera gustado analizar su enfermedad con ellos y el tratamiento que le estaban prescribiendo. No por primera vez, Naomi lamentó todo lo que su padre se había perdido por estar muerto.

En cualquier caso, la terrible quimioterapia de veinticuatro horas durante

cinco días parecía estar funcionando. Según el último informe de laboratorio facilitado por el oncólogo, el análisis de sangre de Madelena Kein indicaba que la paciente *se defendía bien*.

—«Defenderme bien.» Una metáfora conmovedora. Parece querer decir que algo, alguna fuerza, está tratando de arrebatarme algo, una cosa que me pertenece... quiere quitármela de los brazos, por ejemplo. Pero no estoy permitiendo que me la quiten... no adopto una actitud pasiva ante mi destino, sino que *me defiendo*. Muchas gracias por esa buena noticia.

En otro tiempo aquellas palabras podrían haber sido irónicas, viniendo de labios de Madelena. Pero Naomi sabía que ahora eran sinceras. Y pensó en lo concienzuda que estaba siendo su abuela al resistirse a la ironía en un momento semejante.

Porque las buenas noticias, incluso si son provisionales y precarias, son buenas noticias. Aunque un dato pueda quedar desmentido en la siguiente tomografía computarizada o en el próximo análisis de sangre, no deja de ser un dato por mucho que sea provisional y precario.

—Si los muertos pudieran volver a la vida, se alegrarían con «la vida», fuera la que fuese. No se mostrarían exigentes y combativos. No serían *irónicos*. De manera que a quienes estamos vivos, más nos vale alegrarnos en su lugar.

—Sí, Lena.

—¡Bien! Has aprendido a llamarme «Lena». ¿Qué vendrá luego? — Madelena rio, encantada.

—Aprenderé a llamar «Kinch» a Kinch.

De hecho, Naomi no era capaz de llamar nada a Kinch, excepto, si no podía evitarlo, «tú».

Cuando regresó a Nueva York después de su primer viaje a Muskegee Falls, fue para descubrir que Madelena se había vuelto alegremente «resignada». Prematuramente «resignada». Había un nuevo esponjamiento, una nueva ligereza en los huesos de su abuela. No se trataba de los estragos de la quimioterapia; más bien de estragos en el alma. Un enrarecimiento del alma. Para sorpresa suya, Naomi descubrió —y le hubiera gustado tirarlo por la bajante del pasillo que desembocaba en el incinerador— un ejemplar de *El libro tibetano de los muertos* en la mesilla de noche de Madelena.

Lo había hojeado, temerosa de lo que pudiera encontrar. Sabía de la actitud burlesca de Gus hacia la literatura «sapiencial»: los textos sagrados de las

grandes religiones, apologías de la opresión, la ignorancia, la superstición, y también de la resignación ante la tiranía política. Por no mencionar la esclavitud y el maltrato a las mujeres. Ninguna «sabiduría» puede compensar tanta ignorancia, había dicho Gus. Que además estaba espolvoreada con anticencia como con ántrax.

Naomi supuso que *El libro tibetano de los muertos* no había que tomarlo de manera literal sino más bien simbólica. El subtítulo era *Liberación por el oído durante el estado intermedio*.

Porque uno no se moría instantáneamente, se afirmaba allí. Se moría por etapas, al decrecer la conciencia. Se requerían muchos días y muchas noches para la extinción total. Era posible que semejante doctrina fuese verdad en otro tiempo, o verdad en cierto modo, antes de la moderna tecnología médica. Ahora, la conciencia del moribundo disminuía, y se extinguía, mientras el cuerpo seguía viviendo una vida de zombi en su precaria situación. Se le podía llamar *vida*, pero solo en el plano físico.

Naomi dejó el libro donde lo había encontrado y no quiso enfrentarse a su abuela. Porque sabía que, en caso de hacerlo, Madelena haría un chiste que a Naomi le resultaría de alguna manera doloroso.

Echaba de menos la antigua disposición polémica de Madelena. Su espíritu a contracorriente. Desde el inicio del cáncer, a su abuela apenas parecía importarle que alguien disintiera cuando hablaba con ella; y raras veces se molestaba en llevarle la contraria a nadie. Había perdido sus opiniones más arraigadas como si se perdieran voluminosos objetos domésticos y nadie se diese cuenta. No rebatía a sus colegas, no tomaba partido en las discusiones. Cuando Kinch decía algo descabellado o provocador, Madelena se limitaba a sonreír.

Unía las manos, apretándolas mucho, como para contenerse. Y sonreía.

Cuando Naomi le dijo a Madelena que pensaba que quizás había hallado por fin su «tema» («un documental sobre boxeadoras»), Madelena respondió, «¡Estupendo!»... sin plantear las evidentes objeciones que Naomi había esperado.

—¿Solicitarás una beca? ¿Del Instituto? O... ¿vas a buscar inversores particulares? Si es así, quizás te pueda ayudar.

Naomi se apresuró a decirle a su abuela que no estaba buscando dinero... todavía. Le resultaba mortificante que Madelena se ofreciera a financiar su actividad de documentalista además de permitirle vivir gratis en su

apartamento.

Madelena dijo:

—Pero yo deseo ayudarte de cualquier manera que me sea posible. ¿Por qué tendría que renunciar a ayudarte, Naomi? Eres mi nieta. Y te quiero.

Lo había visto con claridad: Madelena se había propuesto hacer todo lo posible para que llegara a establecer una relación de cierta intimidad con Kinch, su *medio tío*. Lo supo casi desde el primer momento. ¡Claro que *lo supo!*

Y, sin embargo, había sucedido de todos modos. No era que hubiese sido incapaz de impedirlo, sino que no lo había impedido, como si fuese incapaz.

Igual que había necesitado cierto tiempo para llegar a querer a Madelena, con Karl Kinch le había sucedido lo mismo. (Hasta cierto punto.)

Mi familia. ¡Mía!

No sabía si sonreír o echarse a llorar cuando pensaba en ello. A menudo tenía una visión fugaz de algo —cenizas, huesos— que giraba en remolino, succionado por una corriente.

Hasta la enfermedad de Madelena, Naomi no había visitado a Kinch sola, por supuesto. Y le había resultado muy extraño, incómodo, ver a su *medio tío* sin que su abuela estuviese presente.

Cuando fue sola, Kinch se mostró tan brillante, alegre, parlanchín e inquisitivo como de costumbre. Había hecho un esfuerzo por acicalarse: camisa blanca recién lavada, colonia para después del afeitado. Con desenfadada grosería envió a la severa Sonia a «pudrirse» en un cuarto interior sin molestarlos. No pidió, sin embargo, que se le dieran detalles sobre el estado de Madelena.

Tampoco provocó a Naomi tanto —ni mucho menos— como nada más conocerse. Ya se había convertido para él en una presencia habitual, una «pariente» casi, alguien de la familia a quien conocía desde hacía mucho tiempo y a quien no necesitaba hacer preguntas exploratorias.

A Kinch le gustaba sorprender a Naomi haciéndole regalos en momentos inesperados. Una immaculada primera edición de los *Selected Poems of Marianne Moore*. Un ejemplar en edición de bolsillo de *El origen de la conciencia en la ruptura de la mente bicameral* de Julian Jaynes con anotaciones del propio Kinch en los márgenes. Un ejemplar de *Tristes*, el

temprano libro de poemas de Kinch, publicado cuando tenía la edad de Naomi, y agotado y no reeditado (como dijo Kinch) desde hacía tres décadas, con una dedicatoria por demás oscura: *Para mi querida sobrina Naomi, con la esperanza de que sea feliz en su vida futura. Tuyo con mucho cariño, «tío Karl».*

Naomi se llevó los libros y trató de leerlos. Agradeció que Kinch nunca le preguntara después por ellos.

Como pago por aquellos presentes, Kinch le pedía a veces que le leyera. Cualquier cosa de cualquier tipo: textos del *New York Times* del día o de un nuevo libro de Cambridge sobre epistemología, pies de chistes gráficos del *New Yorker* con un tipo de letra demasiado pequeña y fina para su único ojo en buen estado.

Suspirando de felicidad, Kinch dijo:

—Una idea divina, tener una «sobrina». Para alguien que nunca ha sentido el menor deseo de tener hijos propios, una «sobrina» es la solución perfecta.

—¿Solución para qué?

—Para el problema del aislamiento. Que a veces se añade al de la «soledad».

Naomi había cultivado una manera moderadamente escéptica de responder a las observaciones de Kinch: una actitud de colegiala lista, adecuada para una sobrina joven.

Naomi Voorhees no hablaba en ningún otro sitio de aquel modo, como alguien más joven de lo que ella se sentía y al mismo tiempo mayor, «sofisticada» como una chica de una película de Jean Renoir.

(Madelena la había llevado a un festival de Renoir en el cineclub local, y se había dejado cautivar por la fascinación del mundo fílmico, visualmente bello, del cineasta, de movimientos lentos y tan autónomo como un sueño.)

Kinch hablaba de sus problemas médicos en un tono parecido: casual, coloquial, perplejo. Le gustaba contar anécdotas de sus infortunios en los hospitales, de pruebas y «procedimientos» que eran verdaderas pesadillas, cosas que podrían haber resultado desastrosamente mal pero que, por alguna razón, se habían enderezado. No quería que se le compadeciera por sus dolencias pero deseaba atención, necesitaba un público. Cuando de verdad tenía buenas noticias, como un nuevo medicamento que funcionaba bien, un nuevo análisis satisfactorio, la desaceleración del «progreso» de su esclerosis múltiple, a Kinch le resultaba muy difícil hablar de ello. Tenía más miedo a la

esperanza que a ninguna otra cosa, pensaba Naomi.

Había sin embargo esperanza, de cierta especie, en la vida de Kinch. Una nueva medicación intravenosa estaba disponible para el tratamiento del tipo de EM que él padecía, y era posible que, después de todo, no tuviera en realidad el VIH sino un trastorno sanguíneo muy poco frecuente... Podía haber sido víctima de un falso diagnóstico.

Al hablar de cuestiones como aquellas, Kinch mantenía una actitud ligera, de chanza. Naomi entendía que su tío no quería aceptar esperanzas de ninguna clase. Mejor acomodarse a su pose cínica: «El tratamiento tuvo un gran éxito, el paciente falleció».

Y: «Vida es lo que se derrama del pie de una viñeta del *New Yorker*».

Naomi le oponía resistencia. Un hombre de mediana edad que permanecía eternamente joven, extrañamente «juvenil»; «infantil». Estar en presencia de Karl Kinch era tener la impresión de que se estaba conspirando, de que se hacían travesuras, aunque no sabías del todo a qué clase de travesura estabas contribuyendo. En realidad Naomi no quería que le *cayera bien* Kinch. Sospechaba que, si viviera, a Gus no le gustaría su hermanastro: había en él una especie de entusiasmo por lo morboso muy en desacuerdo con la manera de ser franca y nada irónica de Gus Voorhees.

Naomi, sin embargo, se encontró haciéndole confidencias. Sucedió una tarde, cuando estaba visitándolo en su austera vivienda de Fifteenth Street, nada más pasar la Quinta Avenida en dirección este. Tras su reciente regreso de Muskegee Falls había caído en un estado de apatía. O quizás se trataba de un estado de baja autoestima y desesperación que se esforzaba por ocultarle a su abuela. Había decidido —por fin— dejar de trabajar en el archivo sobre su padre; pero carecía de cualquier proyecto propio. Su trabajo para el realizador de documentales era a tiempo parcial y además errático; disfrutaba con él y había aprendido mucho, pero la carrera de un realizador de documentales era episódica, y si no podías elegir tus propios temas, podía convertirse en pura monotonía, en un trabajo ingrato.

Yael Ravel se lo había advertido: No existe el idilio con el film. Excepto para el ojo del espectador.

Kinch reparó en el silencio de su sobrina. Había observado con su mirada afilada, singular, la tristeza de su actitud, que no obedecía solo a la enfermedad de Madelena (sobre la que él estaba al tanto solo de manera indirecta) sino a algo más personal, más privado. Le había preguntado cuál

era el problema, y ella se lo había contado: su viaje a Muskegee Falls, cómo había hecho fotos, grabado vídeos.

—Pero es todo exterior. Ni siquiera había alguien de la familia Dunphy. Y hace ya seis años que murió.

—Tu padre lleva muerto bastante más tiempo —dijo Kinch.

A Naomi le dolió aquello, aun sin tener ni idea de lo que significaba. Pero le estaba bien empleado que se lo dijeran, porque era ella misma quien le había proporcionado armas al hermanastro de su padre, siempre dispuesto a rivalizar con él.

De manera inesperada Kinch empezó a hablar de «Luther Dunphy». Naomi no sabía que sintiera el menor interés por Dunphy, ni siquiera que recordara su nombre; menos aún que se hubiese documentado sobre el caso. Nunca habría adivinado que Kinch, dada su aparente indiferencia por las relaciones familiares, se hubiera interesado hasta tal punto por Gus Voorhees. Pero ahora encendió un cigarrillo y exhaló el humo con aire sensual, como un personaje de una película, convencido de ser el centro de atención. Para Naomi era fascinante que alguien se preocupara por la obsesión de su joven vida, de la que había hablado con muy pocas personas.

—Dunphy. Luther Amos. Tal como yo lo veo, ese individuo se autoproclamó «soldado de Dios» o «soldado de Jesucristo», si es que existe alguna diferencia. Lo esencial es que Dunphy pasó a ser un mártir. No esperaba sobrevivir a lo que había hecho. Precipitó su propia ejecución. Era un suicida.

Kinch hizo una pausa. Se había inclinado hacia delante en su silla de ruedas, luciendo una horrible sonrisa húmeda y emocionada, exhalando humo, pasándoselo muy bien, sin duda. Nunca se hubiera explayado sobre aquel tema en presencia de Madelena, pensó Naomi.

—¿Fue la crucifixión de Jesús una especie de suicidio? —preguntó Naomi.

—No, si Jesús resucitó. Ese es el final feliz.

—Pero... nosotros no creemos que Jesús resucitara. ¿O sí?

—Nosotros no, pero otros sí lo creen. Es muy probable que Jesús pensara que resucitaría, al menos antes de la crucifixión.

»Recuerda —continuó Kinch— que en la cruz Jesús exclama, alzando la voz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”, *Eli, Eli, lama sabactani?* Las palabras más tristes del Nuevo Testamento. (Pero esas palabras son un eco de los Salmos del Antiguo Testamento. ¡Jesús era un

erudito bíblico!) El resto de la historia, la muerte, el enterramiento en el sepulcro, la resurrección y la ascensión a los cielos, pertenecen, es evidente, a una época posterior. Es un final de cuento de hadas, el final prescrito. Son los versículos que preceden a la crucifixión los que describen una realidad más dura. La traición de Judas, la negación de Pedro, la unción de los pies de Jesús por María Magdalena, como si ya fuese un cadáver, las palabras prosaicas de Jesús que presagian su muerte: “Por poco tiempo aún está la luz en medio de vosotros. Caminad mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas, pues el que camina en tinieblas no sabe por dónde va”.

Kinch dejó de hablar, como si le hubieran dejado mudo unas palabras que solo fuese entendiendo conforme las pronunciaba. Naomi, sentada muy erguida en el sofá situado frente a él, que ocupaba su silla de ruedas, lo contempló sumido en un estado de ánimo que no era muy diferente de la confusión creada por un sueño, el despertar del sueño, cuando lo que has perdido sigue contigo, aunque ya no puedas nombrarlo.

Aquellas tinieblas habían envuelto a Gus Voorhees. Sigilosamente continuaban avanzando. Ningún esfuerzo humano podría impedirlo.

En su estado de confusión, Kinch aspiró el humo de su ridículo cigarrillo que parecía enrollado en pergamino y que Naomi aborrecía. Le hubiera gustado aborrecerlo *a él*.

Kinch recuperó algo de su desenvoltura y continuó.

—¿Qué es «suicidio»? ¿Qué queremos decir con «martirio»? En los Evangelios, Jesús acepta claramente su propia muerte, es decir, la muerte que precede a la resurrección. «Porque a los pobres, en todo tiempo los tendréis con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis.» Es una observación conmovedora, objetiva, y no de autocompasión. Jesús acepta su muerte pero «se engaña», podríamos decir: cree que su Padre en el cielo puede salvarlo en cualquier momento. Pero sabe que tiene que morir para lavar los pecados de la humanidad. Es una historia trágica si no crees, si no puedes creer, que Jesús era de verdad un semidiós, y que resucitó y ascendió al trono del Padre en el paraíso. Jesús no es un «suicida», porque cree que es el salvador de la humanidad; se le puede matar, pero no es posible destruirlo. El hombre que asesinó a tu padre, y a otra persona, es el suicida más auténtico. Nunca trató de salvarse, es lo que se ha dicho. Nunca perdió la fe y murió al servicio de su fe, una ilusión. No se engañaba del todo, sin embargo: sabía que Dios lo

abandonaría y que moriría *muerto*. Hay que admirar a alguien así, ¿no es cierto?

En especial, el *¿no es cierto?* le resultó intolerable. Naomi se encogió como si Kinch hubiera dicho algo obsceno. No le era posible replicar.

Kinch insistió:

—Muy pocas personas morirían por un ideal. Incluso por una ilusión. Tanto valor es raro.

—No fue «valor». Fue... crueldad, estupidez...

—No estaba loco. Nadie ha tratado en serio de sugerir que Luther Dunphy estuviera loco. Pero ¿qué me dices de tu padre, Gus Voorhees? *Tu padre* no estaba loco, por supuesto.

Sin poder hablar, Naomi miró fijamente a Karl Kinch. ¿Qué estaba diciendo aquel hombre?

—Pero Gus Voorhees era también una especie de «suicida»... *de facto*. En la manera de desafiar a sus enemigos, en los riesgos que corría, tu padre era valiente, pero también, como sin duda tenía que saberlo, tenía «tendencias suicidas». Sopesó la posibilidad de su propia muerte y el valor de sus servicios a mujeres que le necesitaban y decidió que merecía la pena, sucediera lo que sucediese. El mártir perfecto es un suicida.

Naomi se levantó, consternada. Se marcharía corriendo y dejaría a Kinch en su silla de ruedas motorizada, con un desolado y vago olor a colonia alrededor de su cuerpo depauperado, y con cenizas diseminadas por encima de sus huesudas rodillas.

—Te odio. Y no tengo por qué escuchar lo que dices.

—Pero yo no te odio *a ti*. Te *adoro*. Y a tu padre, a Gus... lo admiro inmensamente. Cuanto más sé de él, más lo admiro; y también a Luther Dunphy, con su triste credulidad a cuestas...

»Pero tendría que preocuparme, porque Gus Voorhees no me admiraría *a mí*.

Kinch empezó a toser. El cigarrillo que sostenía tembló y cayeron de él más cenizas. Naomi deseó arrancárselo de la mano y tirárselo a la cara.

—Perdóname, Naomi...

La tos de Kinch empeoró. En el espacio de unos segundos se convirtió en un espasmo destructor. Naomi contaba con que Sonia se presentara corriendo para ayudar a su paciente, tan incapaz de valerse por sí mismo, pero Sonia quizás fingía sordera, oculta en un remoto cuarto, viendo la televisión.

Naomi se acercó a Kinch, encorvado en su silla de ruedas, muy pálido, estremecido, del tamaño y peso de un preadolescente. Con una servilleta de papel le secó el rostro húmedo. Le retiró el odioso cigarrillo de entre los dedos y se apresuró a aplastarlo en un cenicero.

Muy poco después Kinch se recuperó. Con muy malos modos, dijo:

—Solo ha sido que me he atragantado con algo. Una cosa de nada.

El consuelo en la aflicción: febrero de 2012

Hizo un nuevo viaje al Medio Oeste.

La última vez. Se prometió a sí misma.

En el aeropuerto Kennedy su vuelo se retrasó porque hubo que descongelar las alas del avión: le resultó fascinante, aunque estremecedor, verlo desde la cola del aparato en su asiento de ventanilla. En el aeropuerto a las afueras de Cleveland, bancos de nieve de dos metros de altura bordeaban las pistas, y los pasajeros ya exhaustos por un vuelo con turbulencias y un aterrizaje muy movido tuvieron que seguir sentados en el interior del avión cuarenta minutos a la espera de una «puerta de llegada». Naomi se tuvo que decir *Estás aquí por elección propia. Eres tú quien ha decidido venir.*

Aquella noche, en el Cleveland Sports Arena, en un programa con un combate estelar de peso medio entre los dos primeros boxeadores del *ranking*, figuraba también la pelea por el título wélter femenino de la Liga de Boxeo del Medio Oeste entre Siri Aya, «Mujer de Hielo» (en posesión del título), y D.D. Dunphy, «Martillo de Jesús».

Esta vez Naomi estaba mejor situada: tercera fila, en el centro. Una invitación por gentileza de Dayton Fights, Inc.

Desde su visita a Cincinnati, Naomi había seguido en contacto con Marika, que tenía la impresión (hasta cierto punto, no por completo infundada) de que Naomi Matheson preparaba un documental sobre boxeadoras en el que D.D. Dunphy ocuparía un lugar prominente.

Las dos mujeres creían que «mantener el contacto» era una prueba de inteligencia.

Marika estaba convencida de que D.D. Dunphy iba a ganar, en febrero y en Cleveland, el título de la Liga de Boxeo del Medio Oeste. Pero la pelea de verdad importante sería con otra contrincante, llamada Ilse Kinder, la

campeona de la Asociación Mundial de Boxeo, muy taquillera.

—Ya no podrán ignorarnos. Tendrán que llegar a un acuerdo sobre derechos de televisión.

Luego añadió:

—Será un combate destacado, probablemente en verano. Atlantic City como mínimo. Las Vegas sería ya más complicado pero no hay que descartarlo.

Y:

—Quizá termines por hacer todo tu documental sobre D.D. Dunphy, Naomi. «La primera gran boxeadora», «La primera gran boxeadora americana»... algo así como título.

Era difícil no contagiarse de semejante entusiasmo, de tanto optimismo sobre lo que estaba por llegar, incluso para alguien que se había vuelto cauta, si no aprensiva, en lo referente a escudriñar el futuro como si tal cosa, como si fuera posible mirar con calma cualquier futuro y no, más bien, algo que se parecía a una distorsionante superficie que devolvía el reflejo del propio rostro lleno de ansiedad.

Naomi se oyó decir, cautelosa:

—Eso sería una posibilidad. Sin duda.

Vehemente y llena de razón, Marika continuó:

—¡Cielo santo! La realidad es que todos los cronistas deportivos son hombres. Pensarías que eso ya tendría que haber cambiado, pero esencialmente no ha sido así. Los fotógrafos de deportes son todos hombres. Y los productores de deportes para la televisión. Les importan un rábano las boxeadoras y desprecian a la nuestra porque no es «fotogénica». ¿Sabes lo que dicen? ¿Sabes lo que ha dicho la cadena ESPN? «Dunphy tiene demasiada pinta de atleta: a los espectadores no les va a gustar.» Como si Mike Tyson no tuviera pinta de «atleta». ¿Qué aspecto se supone que tiene que tener Dunphy, el de una bailarina de ballet? ¿De una patinadora sobre hielo? Nuestra boxeadora tiene el aspecto *de ser quien es*.

Esta vez Naomi no llegó demasiado pronto a la velada. Evitó así los agotadores primeros combates entre boxeadores sin experiencia o menos competentes, que provocaban el desdén del escaso público distribuido por el pabellón.

En el recinto del Cleveland Sports Arena, Naomi estaba sola en medio del vocerío. Ya tenía los nervios de punta por el exceso de ruido.

Esta vez no se sentía tan cohibida. En Cincinnati, después de todo, lo que había hecho que llamase tanto la atención no había sido el estar sola sino el color de su piel, y aquí, en el pabellón de Cleveland, más atractivo, al menos en las primeras doce filas aproximadamente, la mayoría de los espectadores eran blancos.

De piel blanca y con un buen porcentaje de mujeres. Mujeres en grupos, ocupando filas enteras. Alborotadoras y divertidas. Por los comentarios que había estado oyendo, aquellas aficionadas habían acudido desde bastante lejos para ver boxear a la Mujer de Hielo.

Siri Aya había defendido su título dos años antes en Cleveland, en el mismo pabellón, y en el combate de aquella noche era la favorita con un porcentaje de tres a uno.

Nadie parecía saber gran cosa sobre D.D. Dunphy ni sentir interés por ella.

Naomi no quería que Dunphy ganara y se convirtiera en «campeona». Tampoco quería, sin embargo, que perdiera estruendosamente o que terminase lesionada. Había visto por internet varias peleas en las que Aya «Mujer de Hielo», con elegante aplomo, en apariencia invencible, había boxeado mejor, había maniobrado mejor y había resistido mejor que sus contrincantes. El historial de Aya eran dieciocho victorias y dos derrotas. El de Dunphy, nueve victorias, ninguna derrota y un empate.

Aya tenía veintinueve años y llevaba once boxeando. En una entrevista había dicho, como era bien sabido, que «no se retiraría nunca»; que tendrían que «sacarla del ring con los pies por delante». En Milwaukee, Wisconsin, su ciudad natal, se había entrenado en artes marciales y en kickboxing, y en la adolescencia había sido campeona aficionada en esos deportes. Su hermano mayor fue candidato al título de los pesos pesados de la AMB hasta que lo condenaron por violencia doméstica y lo encarcelaron. Las únicas derrotas de Aya se habían producido al comienzo de su carrera. Había defendido varias veces el título de la Liga de Boxeo del Medio Oeste. Cuando entró en el Cleveland Sports Arena con una bata de seda de un blanco marfileño, saludando con gran animación al público, fueron muchos los vítores y prolongados los aplausos. Al entrar D.D. Dunphy unos minutos antes, los aplausos habían sido aislados y se habían apagado enseguida.

Ya en el cuadrilátero, se comprobó que las dos boxeadoras no podían ser

más distintas. La bata de Aya, de color blanco marfil, llevaba relámpagos de hielo bordados, y los pantalones y el top de licra eran de la misma tela llamativa; su pelo, muy chic, estaba cortado a cepillo y teñido de rubio platino; en los brazos, esbeltos pero musculosos, lucía un tatuaje entrelazado de marfil y oro. Aya era elegante, de piernas largas como las de un antílope, y sus brazos parecían brillar como cimitarras. Piel de color cacao pálido, pero con rasgos de raza blanca. Todo lo relacionado con Dunphy era más vulgar: vestimenta de color negro mate, pelo en punta con mechas, tatuajes chabacanos en los bíceps. Piel cetrina. Cuerpo robusto, musculoso, torpe. Naomi se avergonzó al ver el anuncio, en colores vivos, de una tienda de deportes de Dayton.

Siri Aya calzaba zapatos de color blanco marfil con borlas doradas. Los de D.D. Dunphy eran negros, vulgares, sobre pies tan grandes como pezuñas.

—Damas y caballeros, combate a diez asaltos por el título femenino de los pesos wélter de la Liga de Boxeo del Medio Oeste...

Los primeros segundos del primer asalto evidenciaron ya que Aya era la más rápida y Dunphy la más contundente. Parecía muy probable que Dunphy se viese superada por su contrincante, más alta, más esbelta, más madura, con más recursos, y que enseguida consiguió detenerla con un rápido *jab*, una sucesión de puñetazos, y un desplazamiento lateral como en retroceso que en realidad no era un retroceso sino un avance agresivo, inesperado, de manera que la boxeadora más robusta, más fuerte, se vio obligada a lanzar sus puñetazos sin orden ni concierto, por lo que, o bien no alcanzaban su objetivo o, si lo conseguían, no pasaban de tocarlo de refilón.

Aya no permitía *meterse dentro* a Dunphy. Mientras no consiguiera *meterse dentro*, la boxeadora de brazos más cortos se encontraba impotente.

Naomi vio, además, que Dunphy no mantenía el guante izquierdo en alto todo el tiempo. Estaba ausente, desconcertada. Algo parecido al pánico debía de haberse apoderado de ella al advertir que su estilo en el ring no iba a ser eficaz ante una contrincante que podía eludir con tanta facilidad sus golpes más potentes y que poseía unos pies mucho más veloces.

Cuando sonó la campana, Naomi se dio cuenta de que le dolían las muelas; había estado apretando demasiado las mandíbulas.

No quería, en verdad, que D.D. Dunphy ganara aquella pelea; no quería que el apellido Dunphy quedase asociado a una victoria. Pero no podía evitar sentir miedo ante la idea de que resultase lesionada. Apenas había logrado

respirar durante los tres minutos del asalto.

Ojalá Dunphy pudiera perder la pelea sin que *le hicieran daño, sin que la noquearan*.

Trató de ver el combate como un simple evento deportivo. Como un espectáculo. ¿Qué más le daba quién fuese a ganar? Ninguna de las púgiles significaba nada para ella. No afectaban en modo alguno a su vida.

Hasta donde Marika sabía, Naomi Matheson era una realizadora de documentales que se proponía entrevistar a boxeadoras. No podía importarle qué boxeadora ganaba aquel combate, porque su tema era *las boxeadoras* y eso incluía a las que perdían con el mismo derecho que a las que ganaban.

El segundo asalto fue más intenso y brutal que el primero. Aya presionaba, obligando a Dunphy a retroceder, a tropezar. Extraño que el antílope fuese feroz en la agresión, rápido y diestro y despiadado; el novillo, lento y pesado, estoico, presionando a ciegas, dispuesto a no delatar la menor debilidad. En su esquina entre los asaltos, Ernie Beecher, el entrenador de Dunphy, tenía que haberle dado instrucciones urgentes que su pupila no era capaz de poner en práctica.

Hacia la mitad de la pelea Dunphy jadeaba, con el rostro encarnado y cortes que se le abrían encima de los dos ojos por los golpes de su contrincante. Pero no se daba por vencida; con los hombros encorvados y los guantes bien levantados trataba de protegerse cara y cabeza. No conseguía *meterse dentro*, tan solo golpear, frenética, los brazos y los guantes de su oponente.

—¿Quién va ganando? —preguntó Naomi a los aficionados que tenía detrás después del quinto asalto.

—¿Está de coña? La Mujer de Hielo.

Sintió un mezquino y rastrero escalofrío de satisfacción al oír aquello. Notaba la humillación de Dunphy en sus propias tripas.

Y aquel anuncio ridículo y humillante en la espalda de su camiseta...
¡Date por vencida! No tienes nada que hacer.

Sin embargo, a los pocos segundos del comienzo del sexto asalto, Dunphy consiguió alcanzar a su escurridiza oponente en la sien con uno de sus golpes lanzados a ciegas. La deslumbrante Aya se tambaleó de inmediato, claramente afectada.

Del público se alzaron gritos de decepción y desaliento. Dunphy continuó avanzando sin dejar de lanzar puñetazos. Su rostro ancho, pastoso, sangraba

desfigurado. Respiraba por la boca. Aunque Dunphy seguía siendo lenta y pesada y carecía de elegancia, la volátil simpatía del público empezaba, por una especie de perversidad, a orientarse hacia ella, hacia la boxeadora blanca en continua agitación, que quizá lograra superar a la otra, sin duda más bella.

¡Dun-phy!

Pero Aya era demasiado lista y demasiado experimentada. Incluso en peligro, supo trabarse, golpear los riñones de su oponente, terminar el asalto sin derrumbarse.

Y luego, en el siguiente asalto, como si su equipo de apoyo le hubiera inyectado una poción mágica, Aya pareció salir por completo recuperada. O casi. Incluso bailó en torno a Dunphy, de pies más lentos, como un torero escarneciendo y atormentando a un toro. Y Dunphy era lenta, le pesaban las piernas. Se sentía el esfuerzo que necesitaba para alzar el peso muerto de sus brazos, para protegerse el rostro con los guantes.

Y, de nuevo, el favor del público la había abandonado. Aya volvía a ser la favorita después de todo. Por supuesto... La Mujer de Hielo era la favorita: mira qué guapa es, con qué elegancia se mueve, con qué superioridad evita los feroces golpes de su oponente. Cuando a Dunphy se le resbaló un pie y casi se cae sobre la lona, Aya aprovechó para golpearle con fuerza en la sien con rapidez de relámpago, lo que provocó que el público estallara en vítores y silbidos.

¡A-ya! ¡A-ya!

Naomi vio, o creyó ver, en las cejas de Dunphy, pequeñas marcas blancas que eran, entre estrías y manchas de sangre, como trocitos de hueso al descubierto.

El asalto terminó con ráfagas de golpes de las dos mujeres. También Aya respiraba por la boca. Cuando sonó la campana regresó a su esquina con pasos largos, no muy seguros.

—¿Quién ha ganado este asalto? —preguntó Naomi con miedo.

—Difícil decirlo. Muy igualado.

—Pero ¿Aya va por delante?

—Sí. Muy «por delante».

En el siguiente, sin embargo, la Mujer de Hielo se comportó de manera sorprendente. Trataba de trabarse con Dunphy siempre que se le presentaba la ocasión, como si, para ella, la pelea hubiese terminado: había ganado por puntos. Excepto por un K.O. que nadie esperaba, era imposible que perdiera

la pelea, solo tenía que contener a su contrincante. El público se dio cuenta y empezó a inquietarse. Dunphy, frustrada, se liberó finalmente de los brazos que la sujetaban y embistió a ciegas a su oponente. Por un momento las púgiles se tambalearon, unidas, y habrían podido caer si Aya no hubiera empujado para separarse. Estaba de nuevo alerta. Sonreía y provocaba a su oponente, burlándose de su torpeza.

La elegante y astuta Aya se desentendía de su desconcertada oponente, retrocediendo, con movimientos laterales, lejos del alcance de los imprecisos golpes de Dunphy. Cuando lo necesitaba se defendía con los codos, alzando los brazos. Su cabeza, de cabellos rubio platino cortados a cepillo, se mecía y zigzagueaba como una cabeza de serpiente. Parecía disfrutar con el estrés mismo del combate, aunque también su rostro, de un hermoso color cacao, estaba encendido, húmedo por el sudor. Dunphy seguía insistiendo aún, esforzándose por *meterse dentro*. Como ya era habitual, Dunphy bajó el guante izquierdo, algo inconsciente pero letal: en aquel momento de vulnerabilidad Aya la alcanzó en la barbilla con un cruzado de derecha ejecutado con precisión.

Naomi entendió por el estallido del público que Dunphy estaba malherida. Tambaleándose, se la veía aturdida, parecía cegada. No se podía defender. Bajó los guantes como si le pesaran demasiado.

Naomi gritó:

—¡No! No...

Otro golpe a la cabeza de Dunphy, al torso, al estómago, mientras el público rugía. Naomi sintió un odio tremendo hacia los espectadores: eran como una jauría, salvajes, estúpidos.

De todos modos, Dunphy ni siquiera cayó de rodillas. Siguió en pie, aturdida, mientras el árbitro empezaba a contar: porque no podía permitir que continuara la pelea en aquel estado; la otra boxeadora la destruiría.

Al llegar a seis, sonó la campana.

Naomi se dio cuenta de que estaba de pie, horrorizada. No era la única entre el público.

Dunphy, ensangrentada y desorientada, se quedó en el centro del cuadrilátero, sin saber qué hacer. Su equipo de apoyo se apresuró a llevársela.

Se oyeron voces: *¡Detengan el combate!*

El médico estaba examinando a Dunphy en su esquina. Naomi salió al pasillo y se quedó mirando. Quería hacer bocina con las manos y gritar:

¡Detengan el combate!

Estaba ronca. Solo entonces advirtió que tenía que haber gritado.

Aunque pareciera increíble, el médico que la examinaba debió de decidir que Dunphy estaba en condiciones de proseguir la pelea. El equipo de apoyo quería a toda costa que continuara. La misma Dunphy parecía ya menos desorientada, más lúcida. Le habían lavado el rostro ensangrentado, y aplicado con destreza un producto astringente en las heridas.

Cuando sonó la campana y se reanudó el combate, Naomi se encontró bajando a toda prisa los escalones para acercarse al cuadrilátero brillantemente iluminado. Notó un rugido en los oídos como de una catarata distante... el ruido del público o el sonido de su sangre, latiéndole veloz en los oídos. Estaba ya debajo de las boxeadoras en acción. Veía el rostro magullado y hosco de Dunphy, y el de la otra, que no era un rostro joven, sino demacrado y tenso, y también las oía resoplar a las dos, y el ruido de sus pies al moverse. Nunca había estado tan cerca, tan terriblemente cerca de personas inmersas por completo en una pelea, en un combate. Olía los cuerpos que se debatían. Olía su propio miedo. Trató de llegar desde allí a la otra esquina del ring, donde se sentaba el equipo de apoyo de Dunphy, porque se proponía recurrir a ellos, rogarles que detuvieran el combate; pero le bloqueaban el camino piernas y pies, y espectadores furiosos de la primera fila le estaban gritando:

—¡Largo de aquí! ¿No ve que molesta? ¡Joder! Zorra chiflada.

Un guardia de seguridad la detuvo:

—¡Dónde va, muchacha!

La cara le palpitaba de calor. Su voz sonó suplicante:

—El combate... tienen que parar el combate. Esa chica está muy mal. Puede tener una conmoción cerebral. ¿Es que no se puede hacer nada? —pese a su angustia, Naomi hizo un esfuerzo por mostrarse razonable.

Cómo sonreirían sus padres, pensó. *No alces la voz. Si alzas la voz, ya has perdido la discusión.*

El guardia de seguridad, alto, de mediana edad pero con aire juvenil, piel oscura, la miraba con incredulidad.

—Señora, esto es un combate de boxeo... ¿es que no lo sabe?

—Pero... a Dunphy le están haciendo daño...

—Están pendientes de ella, señora. Puede abandonar en cuanto quiera hacerlo. Será mejor que vuelva a su asiento, señora. ¿Necesita ayuda?

Naomi se dio la vuelta, ofendida. Por supuesto que no necesitaba ayuda para volver a su sitio.

Sentada ya, sin embargo, se sintió muy extraña. Los gritos y exclamaciones que llenaban el pabellón le llegaban como un vértigo submarino. Las imágenes que recibían sus ojos se habían estrechado como en un simulacro de visión en túnel, de manera que se libraba del espectáculo en el cuadrilátero, al que, por otra parte, no se atrevía a mirar.

Una de las boxeadoras había resbalado, o había recibido un puñetazo y había doblado la rodilla. Pero lo asombroso era que no se trataba de Dunphy sino de la otra, la contrincante con el pelo rubio platino cortado a cepillo y suave piel de color cacao: los gritos del público dificultaban que Naomi se pudiera concentrar para saber quién estaba en desventaja.

¿Se trataba de una «caída»?... El árbitro empezó a contar. Dunphy se retiró a una esquina neutral.

Al llegar a nueve, Aya se puso en pie. Prudente, la veterana boxeadora era capaz de esperar hasta el límite para de ese modo recuperar fuerzas.

Pero estaba tambaleante y jadeaba. Dunphy se abalanzó sobre ella como una novilla enloquecida y la golpeó mientras los guantes de Aya se agitaban impotentes. Dunphy se había *metido dentro* por fin. La golpeó varias veces, pero Aya no cayó sino que se trabó con ella, con la voluntad desesperada de seguir en pie. Las dos se tambalearon hasta casi caer sobre las cuerdas. Secamente el árbitro dijo: «¡Sepárense!». Dunphy se soltó, preparándose para luchar, pero Aya bajó la cabeza, dio la impresión de que se agachaba, y cayó contra Dunphy...

De pronto, sangre de vivo color en la frente de Dunphy, encima del ojo derecho. Una terrible brecha de un buen número de centímetros sobre fino tejido cicatricial que apenas se le había curado desde el último combate.

Había sido un cabezazo. No un golpe legítimo sino un *foul*. Dunphy cayó de rodillas, luego también se apoyó con las manos, mientras caía sobre la lona lo que pareció ser parte de su boca: ¿dientes rotos? Naomi se horrorizó hasta que comprendió que debía de tratarse del protector bucal...

Gritos y exclamaciones entre el público. Protestas. El árbitro agitó con energía los brazos por encima de su cabeza para detener la pelea.

De inmediato el equipo de apoyo de Dunphy subió al cuadrilátero para protestar alzando mucho la voz. Y estaba también la desolada boxeadora, sangrando profusamente, en pie ya, tratando de protestar.

Así que el combate terminó de la manera más abrupta. Se condujo a Dunphy a su esquina, en la que se sentó pesadamente, aturdida, mientras le examinaban la herida de la frente.

Naomi no lograba ver lo que estaba sucediendo. Demasiada gente había subido al ring a través de las cuerdas, todos ellos hombres, con la excepción de Siri Aya, que se pavoneaba con los guantes en alto y en actitud triunfante.

El público no estaba contento. El presentador reclamó la atención de los espectadores.

—... vencedora, y todavía en posesión del título de campeona de peso wélter de la Liga de Boxeo del Medio Oeste, Siri «Mujer de Hielo» Aya...

En torno al talle de Aya se procedió a abrochar un pesado cinturón de grandes dimensiones, tachonado de falsas piedras preciosas, absurdamente ornamental.

Desafiante, y alzando los guantes, Aya dio la vuelta al ring como si perteneciera a una familia real. En sus brazos, largos y bien torneados, brillaban los tatuajes. Su rostro acusaba la fatiga, pero era capaz de sonreír, no dejaría de sonreír mientras siguiera en el ring y continuaran los fogonazos de las cámaras. Estallaron los aplausos, aunque también muchas protestas. El presentador alzó la voz para hacerse oír por encima del revuelo.

—... y aplaudamos también a la aspirante D.D. «Martillo de Jesús» Dunphy por una destacada y espectacular actuación en esta velada...

A Dunphy no se la veía. Continuaron los abucheos y los pitidos. Naomi se encontró de pie en el pasillo, a la altura de la tercera fila, pero lejos del asiento que (al parecer) había abandonado. Apretaba la cámara que había olvidado utilizar. Estaba exhausta, emocionalmente vacía, como si hubiera sido víctima de un despiadado forcejeo consigo misma, resultando derrotada.

El público empujaba en el pasillo. Guardias de seguridad impedían que nadie se acercara al cuadrilátero.

—Señora, circule. Todo el mundo tiene que abandonar el pasillo.

Dejar libre el pasillo no resultó fácil. Despacio, Naomi fue subiendo los escalones hasta la salida, lo que implicó que recibiera bastantes empujones y tardara muchos minutos. Pero la salida era también la entrada. Muchos espectadores se incorporaban a la velada en aquel momento.

En su bolso encontró la tarjeta de Marika... *Dayton Fights, Inc.* Trató de enseñársela a un guardia de seguridad, insistiendo en que era amiga de D.D. Dunphy y se la esperaba en el vestuario, pero el vigilante apenas la miró.

—Señora, esta zona no está abierta al público. Aquí hace falta un carné especial.

Acabaría enterándose: el combate se había detenido porque la herida de D.D. Dunphy era demasiado grave para permitirle continuar. La brecha por encima del ojo no se podía tratar con una simple medicación astringente: necesitaba que le dieran puntos.

Aunque la herida la había provocado un *foul* que parecía intencionado, y aunque Dunphy, inesperadamente, «iba ganando» en aquel momento, y a Aya se le deducirían los puntos correspondientes, esta sería de todos modos la vencedora del combate dado que iba por delante en los marcadores de los tres jueces. No había manera de probar que el cabezazo hubiera sido deliberado. El equipo de Dunphy protestó enérgicamente, pero la decisión del árbitro y de los jueces era definitiva.

Sería Marika quien la informase de todo aquello. Una Marika resentida, que explicó a Naomi por qué se había detenido la pelea y D.D. había perdido el campeonato:

—¡Tendría que habérselo llevado! Todo el mundo lo sabe.

En aquel momento parecía que la entrevista con D.D., programada para la mañana siguiente, había sido anulada.

Naomi, sin embargo, recibió una llamada en el móvil. Aunque ya estaba a punto de llamar a la aerolínea para ver si podía adelantar el viaje de vuelta a Nueva York, comprobó que quien estaba al teléfono era una Marika que sonaba muy agobiada.

Naomi podía ver a Dunphy unos minutos si quería... «Para que te cuente nuestra versión de la historia.»

Luego tuvo que esperar —en otro funcional «salón para banquetes» que no tenía ventanas, pero sí corrientes— a que llegase Dunphy.

En una esquina, Marika hablaba con vehemencia por su móvil, haciendo por completo caso omiso de ella.

Naomi solo lograba oír unas pocas palabras sibilantes, además de palabrotas. Marika, siempre teñida de rubio, no resultaba tan atractiva como había parecido en un principio, ni tampoco tan amable con ella como

recordaba.

En Dayton Fights, Inc. todo el mundo estaba furioso. La indignación era tan genuina como si a su boxeadora le hubieran colocado ya el cinturón del campeonato y otra se lo hubiese arrebatado por la fuerza.

Naomi no escuchaba. Era un testigo neutral, realizadora de documentales. Estaba repasando las noticias en la pantalla de su móvil, tratando de localizar a *Dunphy, D.D.* Al cabo de algún tiempo se dio cuenta de que —por supuesto— lo que tenía que buscar era *Aya, Siri*.

Las noticias eran lacónicas, nada más que los hechos. *Siri Aya, veintinueve años, Milwaukee, Wisconsin, conserva el título de la categoría de peso wélter de la Liga de Boxeo del Medio Oeste al derrotar a D.D. Dunphy, veinticuatro años, Dayton, Ohio.*

A Naomi le preocupaba la gravedad de las lesiones infligidas a Dawn Dunphy. Las peores lesiones de un boxeador (tenía que suponer) no quedaban a la vista.

Las hemorragias internas, no las externas, podían ser mortales.

Marika estaba junto a ella.

—¿Qué tal? Viene de camino. Llegará enseguida.

Naomi necesitó pensar un momento para saber de quién estaba hablando.

Marika añadió, acalorada:

—Tienes que decir en la entrevista que a D.D. le han robado el campeonato. Que quede bien claro. Un cabezazo es un *foul*. Es como una agresión. ¡Veintidós puntos! Esa fue la razón de que Tyson le mordiera dos veces la oreja a Holyfield: Holyfield le daba cabezazos. ¡Esos mierdas! Ha sido un complot. Cass está consultando a un abogado, por si fuera posible ponerles pleito. Solo que si pones pleito, estás jodido. Nadie quiere saber nada de ti. La televisión, ESPN, Las Vegas... olvídате. Cass está pidiendo la revancha. El mánager de Aya hizo un trato con el árbitro. Hay que estar ciego para no darse cuenta. Aya le da al crack. La limpian cuando se tiene que entrenar. La hinchan a esteroides. La mitad de las peleas están amañadas. Se hacen trapicheos. No puedes decir nada de todo eso en tu película (aunque todo el mundo lo sabe), pero puedes dejar claro que a Dunphy le han robado el campeonato. ¡Veintidós puntos! La próxima vez le arrancará las orejas a mordiscos a esa zorra. ¡La dejará para el arrastre, joder! Más vale que te lo creas, porque habrá una segunda ocasión... una revancha. ¿Entiendes?

Naomi asintió sin hablar. *Sí*, entendía.

Tras la debacle de la pelea, Naomi había tenido toda la noche para tranquilizarse. De vuelta en su hotel se había tomado dos, posiblemente tres, copas de vino antes de caer en la cama.

Una noche muy larga, como todas las noches fuera de casa. Había dormido mal. Con la sensación de que la golpeaban en la cabeza. Traumatismo cervical. La tensión en el cuello. Capilares rotos en los ojos. Pobre Madelena, los capilares reventados después de la quimioterapia. Se había puesto gafas oscuras. Para que nadie lo viera. Naomi la ayudaba a ajustarse la preciosa peluca plateada. Naomi se sentía muy sola cuando se iba de Nueva York. Ya solo dormía bien si estaba en su cama del piso treinta y uno del edificio de su abuela, porque había decidido que su *hogar* estaba allí.

Se preguntó si le hablaría a Madelena sobre Dawn Dunphy. Madelena, por supuesto, sabía de Luther Dunphy: estaba al tanto del viaje infructuoso de Naomi a Muskegee Falls. Al menos, lo que Naomi le había contado.

Pero Madelena no sabía nada de Dawn Dunphy. Naomi no estaba segura de qué era lo que había que saber sobre ella.

Había decidido intentar el documental sobre boxeadoras. Entrevistaría muy por extenso a D.D. Dunphy y también a Siri Aya si le era posible. Preveía un proyecto que necesitaría defender para poder sacarlo adelante. No púgiles que resultaban ser mujeres, sino mujeres que resultaban ser púgiles.

—Naomi, cariño. Tenemos que hablar.

No pudo escabullirse: Madelena había terminado por apoderarse de su mano.

Al parecer estaba en remisión, Madelena lo admitió. Al examinar el último análisis de sangre, su meticuloso oncólogo chino americano de Sloan Kettering había confirmado la «robustez» de su sangre.

Pero: «La remisión no dura para siempre».

Y: «Haz el favor de aceptarlo, Naomi: me sobrevivirás varias décadas».

Naomi puso mala cara al escuchar las reflexiones de su abuela. Muy típico de las personas mayores avergonzarte con el pretexto de que son amables contigo.

El hecho de que esas reflexiones se hicieran como si tal cosa, del mismo modo que su abuela podría comunicarle que había invitado a cenar a un amigo, o que tenía entradas para ir por la noche a un concierto de temas de Philip Glass, las hacía aún más angustiosas.

—Podrías sobrevivirme, Lena —dijo Naomi.

—¿Quieres que apostemos?

Madelena se echó a reír con la mayor cordialidad. Las mujeres mayores disponen de una particular especie de risa devastadora, pensó Naomi.

Su abuela estaba diciendo que pensaba dejarle una «considerable cantidad de dinero» en su testamento. De hecho la había nombrado albacea: «Será una experiencia instructiva».

Una idea mucho mejor, quizás, era dejarle parte del dinero, quizás la mayor parte, antes de morir. «De esa manera podemos disfrutarlo las dos.»

Madelena había heredado dinero de sus padres, dinero que había crecido mediante inversiones. También había acumulado algo más a lo largo de su existencia con la enseñanza, la escritura y con una vida esencialmente frugal. Al hablar de su herencia, Madelena se animaba visiblemente. Había un algo muy juvenil en su actitud, algo que no aparecía a menudo desde que le habían diagnosticado el cáncer.

Naomi quería taparse los oídos. *Por favor. No quiero hablar de eso.*

Había tratado de explicarle a Madelena que, de verdad, no quería ni necesitaba dinero. Tanto su padre como su madre estaban convencidos de que el dinero heredado era perjudicial para el bienestar de los jóvenes. Gus siempre había querido trabajar. Jenna también. Sin trabajar, ninguno de los dos habría sido feliz en absoluto. Aunque el trabajo, por supuesto, tenía que ser satisfactorio. Tenía que ser, de algún modo, *creativo*.

Madelena se rio de ella, aunque de manera afectuosa.

—Pero es a ti a quien quiero dejar mi dinero, Naomi. Hago contribuciones a organizaciones caritativas, por supuesto. Dotaré una beca o dos. Y Karl, el insaciable, estará siempre ahí. Pero quiero dejarte dinero expresamente *a ti*.

Naomi se había sentido profundamente avergonzada.

—Bueno... podría... podría utilizar algo de financiación, imagino. Para el documental. Si...

Madelena dijo:

—Exacto. Estás en lo cierto.

Cuarenta minutos después de la hora fijada, cuando Naomi se disponía a recoger su equipo y marcharse, llegó Dunphy.

—Hola.

Su voz era monótona, sin matices ni intención de disculparse. La boca, con

grietas e hinchada, se le caía en la triste imitación de una sonrisa.

—¿Qué tal? Gracias por venir.

—Vale.

—Me llamo Naomi, por si lo has olvidado.

Con frases cuidadas, de manual básico, se dirigió a Dawn Dunphy. Era como hablar con una criatura primitiva: gato asilvestrado, pájaro. Al menor paso en falso podría salir huyendo.

A la menor equivocación te quedas sola y avergonzada.

—Podemos seguir la entrevista... si te parece bien. Marika ha dicho...

—Ya. Que le den.

Naomi se preguntó si había oído bien. El rostro maltrecho de Dunphy resultaba inescrutable. Le temblaban los párpados, como de rabia.

(Marika estaba en una esquina de la habitación, hablando agitada por su móvil. Y fumaba.)

Naomi murmuró, disculpándose:

—Me dijo que no había inconveniente, durante media hora quizás. Me doy cuenta de que no es el mejor momento —hizo una pausa, preguntándose si había dicho alguna inconveniencia—. Bien. Me gustaría hacerte unas cuantas preguntas más...

Dunphy esperó impasible mientras Naomi tardaba en preparar su cámara. Las manos le funcionaban con torpeza inusual, entumecidas por el frío.

En aquel espacio inhóspito y con corrientes, hacía mucho frío. Y en el exterior el frío era por demás intenso: se le habían helado los dedos dentro de los guantes de cuero mientras iba hacia el hotel.

Naomi vio que Dawn Dunphy tenía las uñas romas, no muy limpias, cortadas muy cerca de la carne y sin limar. Los dedos de la boxeadora abultaban más que los suyos, y la mano era lo bastante grande (pensó) para, si quería, hacer desaparecer dentro la de Naomi.

Y si Dawn Dunphy apretara fuerte y no la soltara, le destrozaría los huesos de la mano a Naomi.

Dunphy rio sin alegría.

—Como la última vez. Aunque supongo... que tengo peor aspecto...

—No, no... bueno, tal vez sí.

Naomi se preguntó si Dawn Dunphy sabía lo que significaba *déjà vu*.

El marco funcional y con corrientes en un hotel. Desolada luz fluorescente en un espacio sin ventanas. La una frente a la otra con una mesa entre ambas

de un barato material de corcho que se desharía si se golpeaba de la manera precisa.

—Me parece que el corte por encima del ojo se nota más. ¿Cuántos puntos?

Dunphy se encogió de hombros. Luego se limpió la nariz con el dorso de la mano.

—Supongo que... ¿veinte?, ¿veinticinco?

—Sí —los labios de Dunphy se contrajeron en una amarga sonrisa.

—¿Duele?

—¿Tú qué crees? ¡No fastidies!

—Vaya. Lo siento.

—No pasa nada. Me dan... esa cosa. Ty-le-nol.

—Deberías ponerte hielo en la herida. Eso ayuda a reducir la hinchazón.

—Sí, eso hice. Anoche.

—¿Has podido dormir?

—Claro. Cuando estás tan cansada como estaba yo, duermes.

Las lesiones en la cara no eran mucho peores que las de Cincinnati. Los dos ojos con moratones e inyectados en sangre, además de cortes pequeños en la frente. Los puntos con hilo negro encima del ojo derecho tenían un aspecto feroz, desagradable. Le daban una apariencia entre cómica y grotesca. Pero Naomi no tenía ninguna gana de sonreír.

Era posible que Dawn Dunphy llevara puesta la ropa con la que había dormido. Brotaba de ella un olor algo rancio, aunque no desagradable. Pantalones de chándal de un apagado color gris y sudadera con capucha y manchas muy visibles en la pechera.

—Si te sirve de consuelo, la gente dice que ganaste el combate... o que deberías haberlo ganado. En el último asalto...

Naomi hablaba tratando de dar ánimos. Pero Dunphy miraba cavilosa el tablero de la mesa.

—Si no hubieran parado el combate, si tu contrincante no te hubiese dado un cabezazo...

Naomi se oía hablar como si fuese una entendida, y se preguntaba si Dawn Dunphy la encontraría tan ingenua como se encontraba ella misma.

Marika había descuidado el proporcionarle a Dawn una botella de agua mineral para la entrevista. Mientras esperaba a la boxeadora, Naomi había estado bebiendo café en un vaso de plástico, el café de una máquina

expendedora situada en el vestíbulo, y el vaso destacaba llamativamente sobre la superficie de la mesa. Naomi tuvo una repentina sensación de vértigo, porque D.D. se podía apoderar del vaso sin pensárselo dos veces y beber de él, y lamentaba que el café fuese de muy mala calidad y no estuviera ya caliente.

—¿Quieres que te traiga un poco de café? Hay una máquina expendedora en el vestíbulo...

—No. Gracias.

—No es molestia, Dawn. Está ahí mismo, en el vestíbulo.

Dawn. Naomi pronunció su nombre con mucha naturalidad, y la entrevistada apenas pareció reparar en ello.

Al ver que no insistía en su negativa, Naomi salió al vestíbulo. Introdujo las necesarias monedas de veinticinco centavos en la máquina. Se sentía desorientada, casi mareada.

Regresó con el vaso de plástico (muy caliente) que sujetaba con las dos manos. También traía paquetitos de azúcar y de «nata».

Dejó el vaso delante de Dunphy, que en un primer momento no pareció verlo.

—Gracias.

—Como te iba diciendo... todo el mundo sabe que ganaste el combate. Tendrías que ser la campeona de la Liga Mundial...

—Liga del Medio Oeste.

—Sí; eso quería decir. Campeona de peso wélter.

—Sí. Vale.

—Te darán la revancha. Es lo que dice la gente.

—Sí.

—La próxima vez ganarás a Siri Aya. También lo dice todo el mundo.

Dawn Dunphy se encogió de hombros. Alzó el vaso de café con las dos manos y examinó el contenido, pero no bebió.

—Si es que hay una «próxima vez». Nunca se sabe.

—Todo el mundo dice...

—Sí. Lo sé.

—No deberías desanimarte. Hasta anoche nadie te había ganado...

¿Qué estaba diciendo? No era en absoluto lo que pensaba.

Por supuesto que deberías desanimarte. Deberías dejar este terrible deporte antes de que...

Dunphy estaba explicando que Ernie, su entrenador, le había dicho que se tomara una semana de vacaciones... «Descansar, nada más.»

—No trabajas ya... ¿o sí? ¿En Target?

—No la jornada completa. Solo cuando me necesitan.

Dunphy bebió un sorbo de café caliente, al que no había añadido ni azúcar ni nata. Tuvo que saberle muy amargo.

—¿Sabes? Podríamos encontrar un Starbucks. Podría invitarte a un café bueno de verdad.

—¿«Star-bucks»? —Dawn Dunphy parecía no haber oído nunca aquel nombre.

—Quizás no haya en este barrio. No sé dónde estamos exactamente. Pero... en algún sitio... ¿Hay una zona céntrica en Cleveland?

—¿Cómo voy a saberlo?

—En cualquier caso. Hay toda clase de sabores de café en Starbucks, y es café de verdad, no instantáneo como este.

Naomi volvió a la entrevista. Dawn Dunphy no parecía muy interesada en probar el café de Starbucks.

—Marika estaba diciendo... El señor Cassidy, tu mánager, ¿va a negociar una «revancha»?

Dawn Dunphy se encogió de hombros.

—Sí. Puede.

—¿Crees que lo conseguirá? ¿Tienes idea de cuándo se celebraría?

—Es probable que no ocurra.

—Pero ¿por qué no?

—Saben que acabaría con Aya la próxima vez. Y no ganarían tanto dinero conmigo como con alguna otra.

—Pero ¿no está obligada la campeona a pelear con las aspirantes? ¿No tiene que negociar contigo el mánager de Aya?

—¿*Tener, tener?*... no.

—Hay otros «campeonatos», me parece. La LMB...

—AMB.

—... ¿quizá estén dispuestos a negociar? Con tu historial...

—Saben que soy demasiado buena. Puedo ganar y hacer daño a la gente. Demasiados riesgos para ellos —Dunphy hizo una pausa frunciendo el ceño

—. Si me obligan a retirarme, podría ir a la escuela de enfermería, como hizo mi madre.

—Y ¿por qué te harían dejarlo?

—Si pierdo el próximo combate. Si no consigo salir adelante.

—Pero... hasta ayer estabas invicta... Todo el mundo dice que eres una boxeadora estupenda, Dawn.

Eres tosca y torpe. Pero sabes encajar un golpe.

—Sí. Gilipolleces.

—La última vez que hablamos me dijiste que peleabas por Jesús. ¿Todavía sigues pensando lo mismo?

—A lo mejor Jesús se ha cansado de mí. A veces lo pienso.

—Pero... ¿por qué?

Los ojos de Dawn Dunphy se movieron inquietos, como buscando la figura fantasmal de Jesús en aquella misma habitación.

—No lo sé. Es la sensación que tengo.

—¿Le gustaría a tu madre que dejaras de boxear?

—Sí. Imagino que sí.

—Le preocupa que te lesionen...

—Qué va. No le preocupa. No creo.

—¿Te llevaron anoche a un hospital?

—A algún tipo de clínica. Me dieron allí los puntos.

—¿Te hicieron radiografías?

—No lo sé.

—Pero... ¿cómo te encuentras? ¿Te duele la cabeza?

—Después de una pelea duele todo. Da igual que ganes o que pierdas.

—Dawn, no me gustaría decirte lo que tienes que hacer, pero... deberías ir a que te viera un neurólogo. Puede que anoche sufrieras una conmoción cerebral. Cuando caíste sobre las manos y las rodillas...

—¿Cuándo fue eso? No me *caí*.

Dawn Dunphy hablaba desdeñosamente. Naomi se dio cuenta, con un escalofrío de horror, de que no se acordaba.

—... nunca estuve *inconsciente*, ni tampoco me *caí*. Ernie me lo habría dicho.

—Creo que deberían hacerte un escáner de la cabeza. Por si tuvieras una fisura. Deberías insistir.

Naomi hablaba deprisa, en voz baja. En una esquina de la habitación Marika seguía colgada del móvil, dolida y enfadada, sin acordarse para nada de la entrevista.

—Hay un médico en Dayton. Me llevan siempre a que me vea él.

—Sí, pero... ¿qué clase de médico? ¿Es... de verdad... *médico*?

—Hay algo así como un diploma en la pared de la consulta. Me receta medicinas.

—¿Qué clase de medicinas?

—No lo sé.

—¿Crees que se trata de... esteroides?

—No sé.

—Quizá me las podrías enseñar en algún momento. Podría ver qué son.

—¿Cómo lo vas a saber?

—Soy hija de médico. Lo que no sepa, lo puedo mirar.

Dawn Dunphy se lo pensó. Durante un segundo dio la impresión de que se disponía a hablar, pero no lo hizo.

—Deberías ver a un médico más fiable. Podría llevarte yo —dijo Naomi.

—¿Cómo lo harías? —Dawn sonrió, incrédula.

—¿Cómo? ¿Por qué no?

—¿Quién va a pagar por eso?

—Yo.

—¡Tú!

Dawn se echó a reír, casi burlándose.

Naomi insistió:

—Claro que puedo pagarlo.

—¿Por qué harías eso?

—Porque querría hacerlo.

—¿Por qué querrías?

—Porque... necesitas un tratamiento médico mejor que el que estás recibiendo. Esa es mi impresión.

—Pero ¿por qué harías eso por *mí*? No me conoces.

—Lo haría por cualquiera que lo necesitara...

Aquello no era cierto. Naomi hablaba deprisa, sintiendo que se le encendía el rostro.

—¿Tu padre? ¿Tu padre es médico? ¿Sería él quien me vería?

—No. Mi padre no.

—Ese médico al que me llevan está bien. Me pondré bien. Incluso cuando ganas un combate, duele una barbaridad durante mucho tiempo.

—¿Te has visto sangre en la orina?

—No.

Dawn contestó tan deprisa, avergonzada, arrugando la frente, que Naomi tuvo la seguridad de que mentía.

—Eso es una lesión renal. Requiere cuidados.

—No, no tiene importancia. No te preocupes.

—Escucha, hazme el favor. Te lo pagaré yo. ¿Vuelves hoy mismo a Dayton? Puedo mirarlo y ver quién está disponible allí. Hay una red de médicos que se conocen y se recomiendan entre sí y puedo... puedo buscar a alguien para ti. Llamar y pedir una cita. Podría hacer eso en Dayton. Ni siquiera necesitaría estar allí... aunque podría ir, si fuese necesario.

—Estoy bien. *Ya te lo he dicho.*

Dawn estaba empezando a enfadarse. Naomi se dio cuenta de que no debía insistir. Pero estaba emocionada. Temeraria.

La noche anterior había escrito un mensaje para Dawn Dunphy. Incapaz de dormir en una cama de hotel que no conocía, redactar un mensaje para ella le había resultado reconfortante. Aunque, a decir verdad, nunca creyó que llegaría a entregárselo.

Pero lo llevaba encima, cuidadosamente doblado dentro del bolso.

—Voy a mirarlo, Dawn. Voy a encontrar un médico. Y te voy a llevar —dijo, testaruda.

—¡Dios santo! Por qué tendrías que hacer *eso*.

—¿Por qué? Porque puedo. Perdóname.

Naomi se puso en pie. Las manos le temblaban mucho. Pero sostenían el mensaje, la hoja doblada de papel para cartas del hotel, para entregárselo a Dawn Dunphy.

—Esto es para ti —dijo—. Vuelvo enseguida. Necesito ir al baño.

Se marchó, abriendo dobles puertas hasta llegar al corredor. Le zumbaban los oídos. Sentía como si le hubiesen golpeado ambos lados de la cabeza con unos guantes de boxeo.

En el aseo, en una sucesión de espejos vio un rostro pálido y emocionado que, en un primer momento, no reconoció como suyo.

Querida Dawn:

No te conté la verdad cuando te conocí.

El motivo por el que había ido a verte.

Soy la hija de Gus Voorhees. Soy Naomi Voorhees.

Siento haberte engañado. No creía que fuese posible conocerte de ninguna otra manera.

Voy a volver dentro de diez minutos. Confío en que sigas ahí.

Si no estás, lo entenderé.

Somos las dos únicas que lo entenderemos. Pero quizás no sea posible.

Si quieres verme en algún otro momento, pero no ahora mismo, te dejo aquí mi número de teléfono. Y mi correo electrónico.

Si no quieres volver a verme, lo entenderé y no intentaré verte de nuevo.

Es verdad que soy realizadora de documentales. Estoy poniendo en marcha mi proyecto sobre boxeadoras. Me gustaría que intervinieras en él, pero no sé aún cómo va a funcionar.

Mi vida ha sido siempre así... He iniciado proyectos y he empezado estudios en la universidad sin acabar ninguno de ellos.

Antes pensaba que era porque habían matado a mi padre cuando yo aún era muy joven. Pero ahora me pregunto si no se trata solo de una excusa para mi vida, que se hizo pedazos y algunos de esos pedazos se han perdido.

O quizá es así la vida de todo el mundo y yo no soy nada especial.

Espero verte de nuevo. Pero si no es así, lo entenderé.

Cordialmente,

Naomi Voorhees

Le dolía la cabeza como si le hubieran dado repetidos puñetazos. La boca se le torcía una y otra vez en una sonrisa absurda.

Podía marcharse corriendo, no tenía por qué regresar al salón de banquetes.

Excepto que había dejado allí la cámara, que valía mucho dinero. No le quedaba más remedio, tenía que volver.

Pero podía llevarse la cámara a toda velocidad, tanto si Dawn seguía allí como si se había marchado.

Cuando la tuviera, la sujetaría bien. Revisaría la lente llena de ansiedad. Comprobaría lo que la cámara acababa de grabar. Quizás algún día pudiera incorporarse a un documental. Proyectarse en una sala a oscuras. Personas desconocidas contemplarían rostros magullados de boxeadoras. Personas desconocidas se esforzarían por oír sus voces entrecortadas.

Personas desconocidas quizás exclamaran: *¡Has contado mi historia! Me*

has llegado al corazón. Gracias.

Audaz, Naomi atravesó la doble puerta y allí estaba Dawn Dunphy en pie, con su sudadera de capucha y sus pantalones de chándal, conmocionada, sin saber qué hacer.

¡La expresión en su rostro! Por debajo de los moratones, de los cortes y las hinchazones, se podía ver cómo despuntaban el asombro y la sorpresa.

Naomi se lo tuvo que preguntar: ¿estaba Dawn Dunphy a punto de abandonar el salón dando un portazo o por el contrario se disponía a salir al corredor en busca de Naomi?

—Escucha...

A Naomi el corazón se le salía del pecho. No se podía creer que Dawn estuviera todavía delante de ella y no se hubiera marchado sin volverse a mirar atrás ni una sola vez.

Sucedió muy deprisa. Alguien lo había decidido por ellas.

Movidas por el consuelo en la aflicción se abrazaron con fuerza la una a la otra sin querer separarse nunca.

Notas

[1] Todas las citas de las Sagradas Escrituras (Nuevo y Antiguo Testamento) que aparecen a lo largo de esta novela están tomadas de la versión de Nácar y Colunga, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1949. *(N. del T.)*

[2] *Woe* significa «infortunio», «calamidad». *(N. del T.)*

[3] Esta solicitud nunca se cumplimentó ni se envió.

[4] Literalmente Hacha Mala, hacha en malas condiciones. *(N. del T.)*

[5] Leonard McMahan, grabación de los días 11 y 12 de agosto de 2006, Ann Arbor, Michigan.

[6] ¡Esta lucecita mía / quiero que brille hoy en día! / ¡Quiero que brille hoy en día / esta lucecita mía! / Que brille, que brille, que brille, / esta lucecita mía. *(N. del T.)*

La monumental y polémica nueva novela de «la eterna candidata al Premio Nobel» (Elena Hevia, *El Periódico de Cataluña*) es una profunda reflexión sobre el aborto y la pena de muerte, pero también sobre los problemas esenciales de nuestras sociedades y de nuestras propias vidas.



Premio Ja! Bilbao 2017 por el «modernísimo humor negro» de su obra.

«En los Estados Unidos se libra una guerra religiosa por el corazón y la cabeza de los ciudadanos... de los votantes. Hay una guerra. Y en las guerras muere gente inocente.»

Una magistral novela río que sigue la historia de dos familias norteamericanas muy diferentes entre sí, pero íntimamente conectadas: la de Luther Dunphy, un enardecido evangélico que cree actuar en nombre de Dios cuando dispara a un médico abortista en la pequeña ciudad de Ohio, y la de Augustus Voorhees, el médico idealista al que mata. A partir del asesinato, los destinos de las hijas de ambos transcurren en paralelo: Dawn Dunphy se convierte en boxeadora de éxito, mientras que Naomi Voorhees, documentalista en ciernes, se obsesiona con el pasado. Hasta el momento tan esperado como estremecedor en el que ambas se encuentran frente a frente.

Un implacable y polémico retrato de los Estados Unidos de hoy y una profunda reflexión sobre el aborto y la pena de muerte, pero también sobre los problemas esenciales de nuestras sociedades y de nuestras propias vidas.

Críticas:

«La novela más relevante en la larga carrera de Oates, un poderoso recordatorio de que la ficción puede ser tan oportuna como un *tuit*, pero infinitamente más reveladora.»

Ron Charles, *The Washington Post*

«Una novela potente. *El libro de los mártires americanos* logra tratar muchos de los temas más controvertidos de nuestra política; sea cual sea el que le envenene, hallará en este libro alguno que hará que su sangre se agite.»

Steph Cha, *Los Angeles Times*

«Desde el principio fue como si alguien me hubiera inyectado cafeína en las venas. Me mantuvo sin aliento desde el primer minuto hasta que lo terminé en solo cuatro días.»

Steven Krage, *Chicago Now*

«La obra de Oates cautiva porque se enmarca dentro de un drama real... Una elegante y agudísima historia de dos familias que no viven muy alejadas, pero cuyas realidades son muy distintas.»

USA Today

«En esta sobria, implacable, inquisitiva y astutamente equilibrada novela social, Oates crea un retrato implacable de dos hombres situados en lados opuestos del siempre tenso debate sobre el derecho al aborto.»

Booklist

«Aun sin perder de vista el realismo más visceral, sus novelas juegan con lo gótico, un gótico norteamericano que la aproxima al Faulkner más siniestro, el de *El ruido y la furia*.»

Laura Fernández, *El Mundo*

«Los libros de Oates desnudan sin eufemismos nuestra condición humana. Oates nos ayuda a entendernos, o al menos eso es lo que he sentido al leerla.»

Carlos Salinas, *El Confidencial*

«Una de las más grandes escritoras del último medio siglo... Una leyenda viva de la literatura.»

Daniel Martín, *República.com*

«Probablemente la mejor escritora norteamericana viva, todo un clásico sobre el que aletea el Nobel.»

Elena Hevia, *El Periódico de Catalunya*

«Perturbadora, inteligente e hipnótica, así es Joyce Carol Oates. Imprescindible.»

AR

«Novelistas como John Updike, Philip Roth, Tom Wolfe y Norman Mailer compiten por el título de Gran Novelista Americano. Pero quizás ellos se equivocan. Tal vez la Gran Novelista Americana es una mujer.»

The Herald

Sobre la autora

Joyce Carol Oates nació en Lockport, Nueva York, en 1938. Autora de más de 50 novelas, más de 400 relatos breves, más de una docena de libros de no ficción, ocho de poesía y otras tantas obras de teatro en cuatro décadas, es una de las grandes figuras de la literatura contemporánea estadounidense. Ha sido galardonada con numerosos premios, como el National Book Award, el PEN/Malamud Award y el Prix Fémina Étranger. En 2011 recibió de manos del presidente Obama la National Humanities Medal, el más alto galardón civil del Gobierno estadounidense en el campo de las humanidades, y en 2012, el Premio Stone de la Oregon State University por su carrera literaria. En España ha sido galardonada con el Premio Ja! Bilbao por el «modernísimo humor negro de su obra». Alfaguara inició en 2008 la publicación de su obra con la magistral *La hija del sepulturero*, a la que siguieron *Mamá; Infiel* —para muchos la mejor recopilación de relato breve de Oates y uno de los libros más destacados de 2001 según *The New York Times*—; *Ave del paraíso*; *Memorias de una viuda*; *Una hermosa doncella*; *Blonde* —su monumental novela sobre la vida de Marilyn Monroe que fue finalista del Premio Pulitzer—; *Hermana mía, mi amor*, galardonada con el Grand Prix de l'Héroïne Madame Figaro; *Mujer de barro*; *Carthage*; *Mágico, sombrío, impenetrable*, y *Rey de picas. Una novela de suspense*. Su última novela, *Un libro de mártires americanos*, será publicada próximamente en Alfaguara.

Título original: *A Book of American Martyrs*

© 2017, The Ontario Review, Inc. Published by arrangement with Ecco, an imprint of HarperCollins Publishers

© 2017, José Luis López Muñoz, por la traducción

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-3233-5

Imagen de cubierta: © Laetitia Molenaar

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[Un libro de mártires americanos](#)

[Dedicatoria](#)

[Soldado de Dios: Luther Amos Dunphy. 2 de noviembre de 1999](#)

[Muskegee Falls, Ohio](#)

[Giros](#)

[El milagro de la Manita](#)

[Defender a los indefensos](#)

[La hija perdida](#)

[Pecado](#)

[La vocación](#)

[Soldado de Cristo](#)

[Vida y muerte de Gus Voorhees. Un archivo](#)

[La hija del abortista](#)

[Recuerdo, sin fecha](#)

[Recuerdo, sin fecha: fragmentos de cristales por los aires](#)

[«Os pudriréis en el infierno»](#)

[Entrevista\(s\)](#)

[Venganza](#)

[«Mal» y «cielo»](#)

[Cirugía especial](#)

[«¿Papá me habría hecho daño?»](#)

[«Adoptada»](#)

[La caja blanca](#)

[«Muy torpe»](#)

[«Un asesino de bebés vive en tu barrio»](#)

[Solicitud, Escuela de Artes y Ciencias. Universidad de Michigan](#)

[«Falsa alarma»: junio de 1997](#)

[«Ninguna buena acción se libra del castigo»: testimonio personal, agosto de 2006](#)

[Rompecabezas](#)

[«Como una vela que alguien apaga»](#)

[La archivera entrevistada](#)

[Ley de los exponentes](#)

[«Restos mortales»](#)

[¡Regocijaos!](#)

[Hijos del difunto](#)

[Mensaje de voz](#)

[«Idea nueva»](#)

[Risas](#)

[*El pueblo del Estado de Ohio contra Luther Amos Dunphy: diciembre de 2000*](#)

[«Juicio nulo»: esposa del fallecido](#)

[«Juicio nulo»: hijos del fallecido](#)

[«Solo para vosotros»](#)

[«Ya no»](#)

[La hormiga](#)

[El Martillo. 18 de diciembre de 2000-4 de marzo de 2006](#)

[Juzgado de Broome County: 18 de diciembre de 2000](#)

[«En verdad te digo, hoy serás conmigo en el paraíso»](#)

[La joven cristiana](#)

[Juicio](#)

[La Gran Tribulación: septiembre de 2001](#)

[Veredicto](#)

[Sentencia](#)

[Malas noticias](#)

[Tiempos de barro](#)

[El aplazamiento](#)

[Letal](#)

[Suciedad](#)

[Santos inocentes](#)

[Orden de ejecución](#)

[El abrazo. Marzo de 2006-marzo de 2010](#)

[Autoinmune](#)

[Sola](#)

[Resaca](#)

[Desahogo de odio](#)

[«Vacío»: enero de 2007](#)

[«No deseado» – «Deseado»](#)

[«Martillo de Jesús»: marzo de 2008-febrero de 2009](#)

[«Jesús es el Señor»](#)

[El consuelo en la aflicción. Septiembre de 2011-febrero de 2012](#)

[El «verdadero tema»](#)

[Muskegee Falls, Ohio: septiembre de 2011](#)

[La isla de Katechay: octubre de 2011](#)

[Velada de boxeo, Cincinnati: noviembre de 2011](#)

[Familia](#)

[El consuelo en la aflicción: febrero de 2012](#)

[Notas](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)